ELENA CALDERÓN DE CUERVO Y TATIANA CUELLO PRIVITERA (EDITORAS)

El Bernardo
o Victoria de Roncesvalles

Tomo I

Bernardo de Balbuena

UNCUYO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
EDIFYL

Elena Calderón de Cuervo
Tatiana Cuello Privitera
(Editoras)

El Bernardo
o Victoria de Roncesvalles
Tomo I
Bernardo de Balbuena

Mendoza
2020

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras/
Centro de Edición de Textos Hispanoamericanos

CENTRO DE EDICIÓN DE TEXTOS HISPANOAMERICANOS (CETHI)

(serie textos nº 5)
Universidad Nacional de Cuyo

Elena Calderón de Cuervo y Tatiana Cuello Privitera (Editoras)
El Bernardo o Victoria de Roncesvalles
Bernardo de Balbuena

Diseño de tapa: Clara Luz Muñiz
Impresión: Talleres Gráficos de la Facultad de Filosofía y Letras, UNCUYO, Argentina.

El original virtual de este libro está alojado en el micrositio de libros de la Facultad de Filosofía y Letras en acceso abierto, en el repositorio institucional de la UNCUYO:

https://librosffyl.bdigital.uncu.edu.ar/

Balbuena, Bernardo
El Bernardo o Victoria de Roncesvalles / Bernardo Balbuena ; editado por Elena María Calderón de Cuervo ; Tatiana Cuello Privitera. - 1a ed revisada. - Mendoza : Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, 2020.
Libro digital, PDF - (Textos / 5)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-774-391-7

1. Literatura. 2. Literatura Medieval. 3. Literatura Española. I. Calderón de Cuervo, Elena María, ed. II. Cuello Privitera, Tatiana, ed. III. Título.
CDD 860.9

Se permite la reproducción de los textos siempre y cuando se cite la fuente. Esta obra está bajo una Licencia Atribución-NoComercial-CompartirIgual 2.5 Argentina (CC BY-NC-SA 2.5 AR). Usted es libre de: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato; adaptar, transformar y construir a partir del material citando la fuente. Bajo los siguientes términos: Atribución —debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial —no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original. No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia. https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/.
Este trabajo se publica digitalmente a través del SID (Sistema Integrado de Documentación), que constituye el repositorio digital de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza): http://bdigital.uncu.edu.ar/.
Nuestro Repositorio Digital Institucional forma parte del SNRD (Sistema Nacional de Repositorios Digitales) http://repositorios.mincyt.gob.ar/, enmarcado en las leyes argentinas: Ley N° 25.467, Ley N° 26.899, Resolución N° 253 del 27 de diciembre de 2002 de la entonces Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Resoluciones del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva N° 545 del 10 de septiembre del 2008, N° 469 del 17 de mayo de 2011, N° 622 del 14 de septiembre de 2010 y Nº 438 del 29 de junio de 2010, que en conjunto establecen y regulan el acceso abierto (libre y gratuito) a la literatura científica, fomentando su libre disponibilidad en Internet y permitiendo a cualquier usuario su lectura, descarga, copia, impresión, distribución u otro uso legal de la misma, sin barrera financiera [de cualquier tipo]. De la misma manera, los editores no tendrán derecho a cobrar por la distribución del material. La única restricción sobre la distribución y reproducción es dar al autor el control moral sobre la integridad de su trabajo y el derecho a ser adecuadamente reconocido y citado.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN DE LA EDICIÓN 5

Presupuestos histórico-literarios en torno a *El Bernardo* de Balbuena: ¿por qué cantar a *El Bernardo* del Carpio y a la Victoria de Roncesvalles en el siglo XVII? 4

La épica italiana del cinquecento en *El Bernardo* de Balbuena 14

La influencia de los *Orlando* en España 14

Fortuna del *Orlando* en España 19

El Bernardo y Ariosto 21

La tradición literaria italiana 25

A modo de conclusión 28

Algunas notas sobre la "escuela" editorial hispanoamericana 29

Criterios para la presente edición 33

Aspectos generales 33

Aspectos específicos 34

Abreviaturas 38

Bibliografía 38

Ediciones de las obras de Bernardo de Balbuena 38

Bibliografía general 39

EL BERNARDO O VICTORIA DE RONCESVALLES 43

Presentación y Prólogo 43

Libro Primero 53

Libro Segundo 95

Libro Tercero **133**

Libro Cuarto **169**

Libro Quinto **205**

Libro Sexto **243**

Libro Sèptimo **275**

Libro Octavo **315**

Libro Nono **359**

Libro Décimo **401**

Libro Undécimo **437**

Libro Duodécimo **477**

Libro Decimotercero **515**

Libro Decimocuarto **549**

INTRODUCCION Y JUSTIFICACIÓN DE LA EDICIÓN

Presupuestos histórico-literarios en torno a *El Bernardo* de Balbuena: ¿por qué cantar a Bernardo del Carpio y a la Victoria de Roncesvalles en el siglo XVII?

Basado en la leyenda del caballero español Bernardo del Carpio, Balbuena reconstruye en el México virreinal esta historia perteneciente al ciclo carolingio e íntimamente relacionada con al poema francés *La Chanson de Roland*. No obstante, la epopeya de Balbuena no remite tanto a sus fuentes medievales como a las obras de los *Orlando* que inundaron el siglo XVI en Italia y dieron pie a toda una serie de tópicos y personajes que aparecerán luego en la novela de caballerías española. Particularmente y siguiendo el ejemplo de *La Araucana* de Ercilla, Balbuena se basa en el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, poema extensísimo, que es, y así lo presenta el autor, una continuación del *Orlando enamorado* de Matteo Maria Boiardo. Allá donde dejó éste inacabada su obra, la derrota del ejército de Carlomagno en los Pirineos por los moros, es donde arranca el Ariosto la suya, que suele, al reintroducir los personajes de su predecesor, dedicar una o dos octavas a resumir las aventuras narradas por Boiardo en el *Enamorado*. Balbuena, por su parte, retoma la batalla de Roncesvalles, la derrota de los franceses por los españoles y los sarracenos de Zaragoza pero sigue la línea temática del paladín español Bernardo del Carpio, subrayando las razones de la enemistad franco-española y la justificación del epíteto: la enemiga Francia, que no deja de aparecer toda vez que el mexicano se refiere a este reino.

> Cuéntame, oh Musa, tú, el varón que pudo
> a la enemiga Francia echar por tierra,
> cuando de Roncesvalles al desnudo
> cerro gimió al gran peso de la guerra
> (Libro I, 1-4)

A la visión denostativa de Francia, (*la enemiga Francia*), habrá que agregar la de Carlomagno (*victorioso y potente monarca mal aconsejado*) como la del resto de los pares de Francia (*Ferraguto, mancebo disoluto y libre; Galirtos, prolijo hablador; Garilo astuto ladrón; Bramante tirano disoluto y Morgante soberbio y blasfemo*) incluida también Angélica (*distraída cortesana*) y Arleta (*sagaz ramera y hechicera supersticiosa*). Sin excluir la figura del mismo Rolando que es vencido por el joven Bernardo en la fratricida batalla de Roncesvalles, y al que Balbuena hace exclamar en el momento de su muerte:

> ¡Oh cielos, dijo, oh Francia, oh Roncesvalles,
> donde hoy cae del imperio la grandeza!
> Fenezca aquí mi vida, ¡oh ciego hado!
> ¿cómo tal fin a tal principio has dado?
> (Libro XXIV, 136)

Es evidente que el epíteto "la enemiga Francia" como la proliferación que a partir de allí se hizo de la batalla de Roncesvalles y de la leyenda de Bernardo tuviera su

razón en los encuentros entre españoles y franceses en el siglo XVI. Ercilla usa este epíteto en el relato que, a través de Belona, hace de la batalla de San Quintín:

> Viendo el hijo la próspera carrera
> del vitorioso padre retirado
> por hacer la esperanza verdadera
> que siempre de sus obras había dado,
> en el principio y ocasión primera
> aquel copioso ejército ha juntado,
> para bajar de la enemiga Francia
> la presunción, orgullo y arrogancia.
>
> Aquella es San Quintín que ves delante
> que en vano contraviene a su ruina
> presidio principal, plaza importante
> y del furor del gran Felipe dina;
> (Libro XVII, 55-56)

Es interesante señalar con qué detalle está narrada esta batalla que Ercilla hace coincidir con el asalto al fuerte de Concepción en su prólogo *Al Lector*, que en realidad no es tan inmediata ya que el asalto a Concepción se da en primavera (*era el tiempo de Virgo*) y San Quintín es el 13 de agosto de 1557.

Otro aspecto que se señala también en *La Araucana* es la actitud de Felipe II frente al asalto:

> Mas el pío Felipe antes que entrasen
> había mandado a todas las naciones
> que con grande cuidado reservasen
> las mujeres y casas de oraciones,
> y amigos y conformes evitasen
> pendencias peligrosas y quistiones,
> que del saco y la presa a cada una
> diese su parte franca la fortuna.
> (Canto XVIII)

La lucha entre naciones cristianas no fue nunca un motivo del todo limpio para construir una epopeya. De hecho, Ercilla agregará una serie de anticipaciones en lo que respecta a la aparición de reyes protestantes en Francia para entrar luego en el relato de otra gran batalla, la de Lepanto, en la que los franceses, Carlos IX, se mostraron también "enemigos" de la cristiandad pactando secretamente con los turcos y especulando sobre un posible triunfo del Islam. El relato de San Quintín le da pie a Ercilla a introducir un personaje enigmático:

> (29…) vi cerca una mujer que me hablaba,
> más blanco que la nieve su vestido,
> grave, muy venerable en el aspecto,
> persona al parecer de gran respecto.

que le anticipa de manera profética sobre lo que sucederá luego de San Quintín y le informa que si quiere saber más "del futuro" recorra un camino "por donde corre Rauco más ceñido,/verás al pie de un líbano a la orilla/una mansa y doméstica corcilla", a la que debe seguir y encontrar, guiado por ella, una "oculta morada

muy pequeña" donde vive un "anciano, viejo venerable/que famoso soldado fue primero/de quien sabrás do habita el intratable/Fitón, mágico grande y hechicero,/ el cual te informará de muchas cosas/ que están aún por venir, maravillosas". (Canto XVIII, 62). Esta misma presencia le abre el corazón al amor y le muestra un grupo "de damas tan hermosas /en especial y sobre todas de una,/que vi a sus pies rendida mi fortuna". De esta dama, "de tierna edad" nos dirá Ercilla que "saber su nombre deseaba/rendido y entregado a su hermosura/vi a sus pies una letra que decía:/DEL TRONCO DE BAZÁN DOÑA MARÍA". Doña María de Bazán se casa con Ercilla y le aporta a éste una importante dote, cosa que le permitirá publicar la segunda parte de *La Araucana* y, póstumamente, la tercera parte.

Ercilla retomará el encuentro con Fitón en el canto XXIII, describiendo los horrores que ve en la cueva de la serpiente, basado en Ariosto quien a su vez recupera fuentes virgilianas (*Aenn*, IV, 487-491) y principalmente Lucano (*Phars*, VI, 461 y sq.) donde se describen y enumeran las artes de las brujas de Thesalia (especialmente Erictho, consultada por Pompeyo) y del libro IX, 700sq en donde se da una lista de alimañas ponzoñosas de Libia. A partir de la octava 70 comienza, "proféticamente" el relato de la batalla de Lepanto, que se completa en el canto XXIV[1]. No está demás aclarar que la batalla de Lepanto fue un combate naval de capital importancia que tuvo lugar el 7 de octubre de 1571 en el golfo de Lepanto, frente a la ciudad de Naupacto (o Lepanto, del italiano y ahí al español), situado entre el Peloponeso y Epiro, en la Grecia actual. Se enfrentaron en ella la armada del Imperio otomano contra la de una coalición cristiana, llamada Liga Santa, formada por el Reino de España, los Estados Pontificios, la República de Venecia, la Orden de Malta, la República de Génova y el Ducado de Saboya. Los cristianos resultaron vencedores, y se salvaron sólo 30 galeras turcas. Se frenó así el expansionismo turco por el Mediterráneo occidental.

Es decir, que cuando Balbuena utiliza en el segundo verso de la primera octava de su poema el epíteto "enemiga" para Francia, tiene este ya un aval histórico y literario muy presente en el momento de producción de la obra.

No resulta extraña, de acuerdo con esto, la elección de Bernardo del Carpio, que se convierte en el héroe central del poema del obispo de Jamaica en las lejanas tierras americanas. Este personaje, que se pierde en las luchas medievales entre españoles y franceses por los pequeños reinos navarros y que no alcanzó la importancia y la universalidad de un Cid Campeador precisamente por haber estado comprometido en guerras entre reinos cristianos, se convirtió en el tema más elegido por los poetas épicos del Siglo de Oro. De hecho, la épica española de este período, tan apegada a la historia nacional, se dedicó en un primer momento a celebrar las hazañas de Bernardo del Carpio, vencedor de los franceses en Roncesvalles. En 1555 fundan Nicolás de Espinosa y Francisco Garrido de Villena, poetas de Valencia, una tradición que ha de continuar hasta *El Bernardo* de Balbuena y la *España defendida* de Suárez de Figueroa. Este hecho se explica sobradamente teniendo en cuenta la hostilidad que opone Francia a España a lo largo del siglo XVI y parte del XVII. En tiempos de Felipe II, observa Jules Horrent, "nada parecía más actual que la historia de Bernardo del Carpio". De hecho, los poetas

[1] o XXIIII, como numera la P. y repite la edición que aquí se maneja de Lerner-Morínigo. Madrid: Castalia, 1979.

épicos de la segunda mitad del siglo XVI, los de los primeros años del siglo XVII todavía, experimentan una reacción de orgullo al evocar los difíciles principios de una nación que debía dominar al mundo[2]. Inclusive, la participación de Marsilio y los sarracenos de Zaragoza a favor de España no herían el interés de un público que ya veía (y sobre todo después de la victoria de Lepanto en 1571, que es cuando se escribió *El Bernardo* de Balbuena), el fin del dominio musulmán en la Península.

Bernardo del Carpio fue siempre una realidad histórica en la tradición historiográfica, el romancero y la literatura culta. Se lo considera hijo extramatrimonial de una infanta y hermana del rey de Oviedo, Alfonso II, de nombre Ximena, y del conde de Saldaña, Sancho Díaz. Bernardo habría derrotado a Carlomagno en la batalla de Roncesvalles, en los altos Pirineos, dando muerte al Paladín Roldán. Nacido en el Castillo de Saldaña, Bernardo del Carpio es el protagonista de una serie de romances. Su historia consiste principalmente en lograr que el rey Alfonso el Casto libere a su padre, encarcelado a causa de haber deshonrado a la infanta. Para ello el héroe, a semejanza de otro Hércules, ha de resolver las distintas tareas guerreras que le encomienda el monarca.

Debido a las estrechas relaciones entre Carlomagno y Alfonso II, el Rey de Asturias y Galicia, como lo llama Eginardo, podría, según la tradición y los cantares de gesta conservados, haber prometido a Carlomagno parte del territorio ovetense (puede que parte de León o parte de la actual Castilla)[3]. Ante esta

---

[2] Durante el Siglo de Oro, las hazañas de Bernardo y la victoria española de Roncesvalles se convirtió en un tema muy usado y sirvió de inspiración para piezas teatrales, obras caballerescas en prosa y poemas épicos, tanto en español como en portugués. Miguel de Cervantes tuvo entre sus proyectos no llegados a consumarse una novela histórica sobre el héroe. Hay varias versiones de su historia según las distintas obras que lo tratan. Con bastante libertad precisamente por la falta de datos históricos: Juan de la Cueva escribió una comedia, Bernardo del Carpio; Agustín Alonso escribió, como Balbuena, una epopeya culta: *Historia de la hazañas y hechos del invencible cavallero Bernardo del Carpio* compuesto en octavas, de 1585; Lope de Vega compuso diversas piezas teatrales: *Las mocedades de Bernardo del Carpio, El casamiento en la muerte, y Hechos de Bernardo del Carpio*; Álvaro Cubillo de Aragón escribió dos tratados sobre el tema: *El conde de Saldaña* y *Hechos de Bernardo del Carpio*, segunda parte. Lope de Liaño escribió una comedia *Bernardo del Carpio en Francia,* 1739. En el siglo XVIII, se redactaron libros sobre él: Hilario Santos Alonso y Manuel José Martín compusieron la *Historia fiel, y verdadera del valiente Bernardo del Carpio: sacada con toda fidelidad de los célebres historiadores de España, el padre Mariana, Morales, Berganza, y otros muchos autores verídicos, y graves*, (1779); Jorge Mira y Perzebal compuso un melólogo, *Bernardo del Carpio en el castillo de Luna* (1760), y la leyenda llamó la atención del portugués Flaviene Caetano Gomes, quien le dedicó su *Verdadeira segunda parte da Historia de Carlos Magno, em que se escrevem as gloriosas acçoes, e victorias de Bernardo del Carpio, e de como vençeo em batalha aos doze Pares de França* (1746); en el XIX se transforma en héroe romántico de la mano de George Washington Montgomery, *El bastardo de Castilla, «novela histórica, caballeresca, original»,* de 1832. También escribieron sobre el héroe, entre otros. Manuel Fernández y González (1858), Francisco Macarro (1876).

[3] Alfonso II siguió con las campañas de conquista que iniciaran su abuelo Alfonso I y su padre Fruela I, derrotando al emir Hisam I de Córdoba en el año 794, aunque al año siguiente sufrió una importante derrota ante los mismos cordobeses. En 798 ocupó la ciudad de Lisboa, aprovechando la guerra civil que enfrentara al nuevo emir Al-Hakam, el hijo de Hisam I, con su tío Sulaymán o Solimán. Repobló la cuenca alta del Ebro y del valle del río Ulla, y hacia el año 800 entabló alianza con Carlomagno. En política interior restableció la ley visigótica y propició el renacimiento cultural en la zona de su reino, cuya

situación, muchos nobles asturianos, posiblemente los antiguos seguidores de Mauregato, partidarios de la paz con Córdoba y Zaragoza, se rebelan y organizan una coalición que logrará frenar a los carolingios en Roncesvalles.

Sus aventuras se cuentan en cantares, fablas e *storias* de los juglares medievales que fueron recogidas por Menéndez Pidal en su *Romancero*. El único romance español que la crítica considera *primitivo* es el que, en una versión, dice así:

> Las cartas y mensajeros del rey a Bernardo van,
> que vaya luego a las cortes para con él negociar.
> Bernardo, como es discreto, mal recelado se ha,
> las cartas echó en el fuego, los suyos mandó juntar:
> —Cuatrocientos sois, los míos. Los que coméis el mi pan
> nunca fuisteis repartidos. Agora os repartirán:
> en el Carpio quedan ciento para el castillo guardar:
> los ciento por los caminos, que a nadie dejéis pasar;
> doscientos iréis conmigo para con el rey hablar;
> si mala me la dijere, peor se la he de tornar.
> Con esto luego se parte y comienza a caminar;
> por sus jornadas contadas a la corte fue a llegar.
> De los doscientos que lleva, los ciento mandó quedar
> para que tengan segura la puerta de la ciudad;
> con los ciento que le quedan se va al palacio real:
> cincuenta deja a la puerta que a nadie dejen pasar,
> treinta deja a la escalera para el subir y el bajar,
> con solamente los veinte a hablar con el rey se va.
> A la entrada de una sala con él se vino a topar;
> allí le pidió la mano, mas no se la quiso dar.
> —Dios vos mantenga, buen rey, y a los que con vos están.
> —Bernardo, mal seas venido, traidor hijo de otro tal;
> dite yo el Carpio en tenencia, tú tómaslo en heredad.
> —Mentides, buen rey, mentides, que no decides verdad,
> que nunca yo fui traidor, ni en mi linaje lo hay.
> Acordársevos debiera de aquella del Encinal,
> cuando gentes enemigas allí os trataron tan mal,
> que os mataron el caballo, y aun a vos querían matar:
> Bernardo, como traidor, el suyo vos fuera a dar:
> con una lanza y adarga de entre ellos os fue a sacar.
> El Carpio entonces me distes por juro y por heredad;
> prometísteme a mi padre, no me guardastes verdad.
> —Prendedlo, mis caballeros, que atrevido se me ha.
> Todos le estaban mirando. Nadie se le osa llegar.
> Revolviendo el manto al brazo, La espada fuera a sacar.
> —¡Aquí, aquí, los mis doscientos, los que comedes mi pan,
> que hoy era venido el día que honra habedes de ganar!
> El rey, como aquesto vido, procuróle amansar:
> —Malas mañas has, sobrino, no las puedes olvidar:
> lo que hombre te dice en burla, de veras vas a tomar.
> Yo te do el Carpio, Bernardo, por juro y por heredad.

---

capital estableció en Oviedo. Durante su reinado tuvo lugar en Compostela el descubrimiento del sepulcro del apóstol Santiago.

—Aquesas burlas, el rey, no son burlas de burlar.
El castillo está por mi, nadie me lo puede dar;
quien quitármelo quisiere, yo se lo sabré vedar.

Las versiones de la derrota francesa en Roncesvalles fueron conocidas en España gracias a los poemas franceses y provenzales[4]. De estos poemas se completa y se transfiere la historia de Bernardo, entre histórica y legendaria. Los historiadores primitivos ocupados del tema son Lucas de Túy, alias el tudence y Rodrigo Ximénez de Rada, llamado el toledano. De acuerdo con ambos historiadores, Bernardo es leonés por ambas líneas. En la versión del tudense, el Rey Alfonso habría aceptado el pedido de un Carlomagno envanecido por sus triunfos, de hacerse vasallo suyo. Bernardo, lleno de ira se habría unido a los moros de Zaragoza para luchar contra Carlomagno. La versión del toledano afirma, por su parte, que don Alfonso, por carecer de hijos, llamó al Emperador a España y le ofreció la sucesión de sus reinos, al menos de Oviedo. Los magnates de la corte al enterarse, estallan en indignación y, con Bernardo a la cabeza, obligan al rey a revocar la promesa. El Rey envía una nueva embajada a Carlomagno anulando el tratado. Carlomagno, no obstante, cruza los Pirineos y allí, es derrotado en Roncesvalles, no a la vuelta, sino a la ida; no en la retaguardia donde estaban los moros de Zaragoza, sino en la vanguardia por los mismos cristianos y el Rey Alfonso. El tudense atribuye el triunfo de Roncesvalles al rey Marsilio -en cuyas tropas revistaban navarros- y a Bernardo el cual, peleando, al parecer, por su cuenta, ayuda a los sarracenos en la matanza de franceses. El tudense escribe que Bernardo después del desastre de Roncesvalles se reconcilia con Carlomagno, del cual obtiene grandes honores, se hace famoso entre los romanos, galos y germanos y pelea contra los enemigos del Imperio carolingio. De regreso a España ayuda al nuevo rey Alfonso II el Magno en sus batallas contra los sarracenos, puebla el castillo del Carpio, cerca de Salamanca y, desde allí exige del rey la libertad de su padre don Sancho de Saldaña.

El relato del toledano es más sencillo: no dice nada de las aventuras de Bernardo por tierras del Imperio ni de la segunda invasión de los francos al mando de Carlos el Calvo, vencido nuevamente por Bernardo y que fuera ya relatado por el tudense. Pero sí habla de sus hazañas contra los sarracenos en tiempos de Alfonso III, de la fundación del Carpio y de la rebeldía contra el Rey, en la cual Bernardo desbasta fronteras del reino hasta que Alfonso III le otorga la libertad de su padre, ciego y decrépito. El relato "oficial" que nos da la *Crónica General* concilia las diferencias entre ambos autores e incorpora numerosos detalles de los cantares de gesta, con lo que las aventuras del héroe se enriquecen de pormenores dramáticos, entre míticos y románticos.

De acuerdo con estas tres fuentes, se puede decir que aparecen en esta historia-leyenda, tres temas básicos del mundo caballeresco medieval español:

[4] Habrá que tener en cuenta que en esta tradición de romances y leyendas tuvo una gran importancia la peregrinación a Santiago de Compostela que precisamente se inicia con la expedición de Alfonso II en un acuerdo con Carlomagno y con un supuesto relicario que éste tuviera y que señalaba una ruta marítima (por medio de datos de estrellas) marcando el lugar de la tumba del Apóstol. Sobre esto se podría desarrollar un tema aparte pero solo nos interesa marcar la íntima relación que tiene la historia de Roncesvalles con el camino de Santiago.

1. El vasallo que lucha contra su Señor, tan característico de la épica románica española y presente tanto en Bernardo como en el Conde de Saldaña.
2. El orgullo nacional encarnado por Bernardo vencedor de Carlomagno en Roncesvalles.
3. La lucha y los pactos contra y con el Islam, común también a franceses y españoles, que será el tema de la Reconquista y que tiene su proyección y reactualización en la guerra contra el Islam y la batalla de Lepanto en el siglo XVI (1571)

Sin embargo, en el siglo XVII nace la duda en algunos historiadores que terminan negando la existencia del héroe; esta idea sostenidas por Pedro Mantuano en sus *Advertencias a la historia de Juan de Mariana* (Milán, 1611) y Pellicer continúa hasta la época reciente con Menéndez Pidal. Éste cree que es una fantasía surgida de la leyenda del conde Bernardo de Ribagorza (alto Aragón oscense), que muere en el siglo X. Con el matrimonio de su hija doña Ava con el conde castellano Garci Fernández, es trasladada la leyenda a Castilla adaptándola a las circunstancias locales, desarrollándola en contra del mundo franco por la pujanza del Camino de Santiago y el poder político de éstos. No obstante, le reivindicación de su historicidad, negada por la mayoría de los medievalistas, es defendida más recientemente por el historiador asturiano Vicente José González García, sosteniendo que la negación de su existencia se basa únicamente en la confusión de la Primera batalla de Roncesvalles (778), con una posterior en 808 y la implicación de Bernardo en esta batalla primera en la que no tuvo nada que ver.

Es en 1960 cuando D. Vicente José González García publica su tesis desmontando los errores de Pellicer y otros negacionistas y dedujo a través de sus investigaciones documentales y arqueológicas cual fue la verdadera batalla de Roncesvalles.

Don Vicente J. González demostró que la corriente contraria a la existencia de Bernardo lo hacía basándose en un triple error:

a. En negar, por la no asistencia a una batalla, la posible existencia (salto lógico)
b. En implicar a Bernardo en una batalla (778) en la que nadie le había implicado (desconocimiento de la historia).
c. En confundir la primera batalla con la posterior de Roncesvalles (808) (confusión de batallas).

La primera batalla (*Vita Karoli*, epitafio de Aggiardo, Poeta Saxon, Anales francos...) ocurrió, el 15 de agosto del año 778, en Valcarlos, en la parte *de allá* de los Pirineos. En ella mueren Eginardo y Anselmo a las órdenes del rey Carlomagno, tras la lucha contra los vasco-navarros. El hallazgo del epitafio de Eginardo (Aggiardo) hizo creer que esa fecha y lugar correspondía con la batalla a que hace referencia *La Chanson de Roland*. Pero en la que muere Roldán, es la de Roncesvalles, ocurrida el 16 de junio del año 808, en la parte *de acá* de los Pirineos, bajo el alto de Ibañeta. Esa batalla enfrenta al emperador con tropas hispanoárabes lideradas por Marsilio y Bernardo. Esta participación musulmana es lo que hace que los francos muertos se consideren mártires (Chanson, capilla de Roncesvalles), cosa que no se da en la primera batalla, pues luchan con gascones cristianos (capilla de Ibañeta).

El descubrimiento e identificación de estas dos batallas diferentes aclara que no hay razones para negar la existencia de Bernardo, progenitores, familiares de Roldán; que no son las rutas Jacobeas (el camino de Santiago) el origen de la leyenda de Bernardo en oposición a Roldán (es anterior) y que los datos que antes no encajaban, ahora se identifican perfectamente haciendo histórica la tradición[5].

Las fuentes principales y más antiguas sobre lo que se conoce como los relatos del "ciclo carolingio" lo constituyen *La Chanson de Roland* y los cantares de gesta franceses. *La Chanson de Roland* narra, en términos muy escabrosos, la derrota de la retaguardia del ejército de Carlomagno hostigada en el valle de Roncesvalles por el rey moro de Zaragoza, Marsilio, aliado con el traidor a Carlomagno: Ganelón. En esta batalla perece el héroe del cantar, Roldán, y su deuteragonista Oliveros, por confiar demasiado en sus propias fuerzas para repeler la agresión. Cuando Roldán toca el olifante para pedir ayuda ya es demasiado tarde. La venganza del emperador Carlomagno, del obispo Turpin y de los Doce Pares de Francia ocupa el apocalíptico final de la historia.

Los temas de los cantares de gesta franceses, o el ciclo carolingio, se convirtieron en la llamada "materia de Francia", que se opuso a la llamada "materia de Bretaña", constituida por las historias del rey Arturo y de los caballeros de la mesa redonda. Ambas temáticas fueron refundidas en el modelo italiano, a través de las obras de Luigi Pulci, Pietro Bembo y Ludovico Ariosto, todos del siglo XVI. Ha sido muy estudiada la influencia de la épica italiana, particularmente Ariosto, en las epopeyas americanas ya que tanto Ercilla como Hojeda y Balbuena tienen con los *Orlando* una deuda evidente no solo en la tópica, histórica, legendaria o fabulada, como en la utilización de la octava real que fue la forma estrófica impuesta para la épica a partir de la incorporación del *itálico modo.*

Pero, para el caso concreto de la batalla de Roncesvalles, es muy probable que Balbuena utilizara como fuente *La historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia.* Se trata de un libro de caballerías, originalmente escrito en francés y cuya traducción al castellano, publicada en Sevilla en 1521, tuvo un notable éxito editorial. Entre otras muchas reimpresiones cabe mencionar las de Sevilla (1525, 1528, 1534, 1547, 1548, 1549, 1650), Alcalá de Henares (1570), Lisboa (1613, 1728, 1800) Huesca (1641), Cuenca (sin año), Barcelona (1696, 1708 y otras), Coímbra (1732) y Madrid (1744). La obra, que se dice traducida por Nicolás de Piamonte, o Piemonte de acuerdo con las primeras dos ediciones, consta de un *Prólogo* y setenta y seis capítulos, distribuidos en una parte introductoria y tres partes más, todos de muy corta extensión. Según el *Prólogo,* el texto se tradujo al francés de una crónica escrita en latín por el Arzobispo Turpín, un poema épico francés y un libro llamado *Espejo historial.* Es imposible pensar que este libro no pasara a América junto con muchísimos otros libros de caballerías[6].

---

[5] Don Vicente J. González ha desarrollado y defendido su tesis en foros nacionales e internacionales, sin que nadie haya rebatido sus conclusiones. En 2008 fue expositor principal en el Congreso celebrado en Oviedo: "Bernardo del Carpio y la batalla de Roncesvalles" con motivo del centenario (doce siglos) de la fundación de la ciudad y de la batalla de Roncesvalles.

[6] Sobre la presencia e influencia que tuvieron las novelas de caballerías en América Cfr. Ida RODRÍGUEZ PRAMPOLINI. *Amadises de América: la hazaña de Indias como empresa*

Sobre la autoría del obispo Turpin hace referencia explícita Balbuena en el libro XXIV, en las octavas 193 y 194:

> El obispo Turpin, que entre el morado
> manto vestía bruñido y limpio acero,
> a recoger, del campo destrozado
> salió, lo que sobró al vencedor fiero:
> de plumas y roquete señalado,
> y en el escudo grave un trozo entero
> sobre oro de agradable siempreviva,
> y por letra, "mi fama", puesta arriba.
>
> Solo a este dejó España por testigo
> y cronista de esta su victoria,
> aunque el con pluma en todo no de amigo
> ya intentó y supo oscurecer su gloria:
> halló a Oliveros muerto por castigo
> de su alevoso padre, que en memoria
> del desafío pasado, en aquel valle
> acabó Montesinos de matalle[7].

Resaltando, además, la tergiversación de la verdadera historia de la batalla cuando afirma que fue "testigo y cronista" "aunque con pluma en todo no de amigo" "intentó y supo oscurecer su gloria", refiriéndose a la de España y a la de Bernardo.

Aunque no es mencionado expresamente con su título en el *Quijote*, este libro fue sin duda leído por el caballero de la Mancha, ya que éste hace varias veces referencias a los doce pares de Francia, atribuye a Fierabrás la confección de un bálsamo mágico para curar heridas y también hace mención de la obra del Arzobispo Turpín, aunque dándole el título de *Cosmografía*[8].

---

caballeresca. (México: Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1948) y el clásico estudios de Irving LEONARD. *Los libros del conquistador* (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), se trata de una reedición de esta obra capital para el estudio de la cultura de los primeros años de la América española. Los libros de ficción que leyeron los conquistadores del Nuevo Mundo son el objeto de estudio de Irving A. Leonard; no es el menor de sus méritos el haber conseguido iluminar una vasta zona de fenómenos culturales que había caído masivamente en el olvido, como el hecho de la cantidad de novelas de caballerías que entraban a América aun estando en la lista de libros prohibidos.

[7] Los textos de *El Bernardo o Victoria de Roncesvalles* están citados de la edición a cargo del Cethi- FFyL.UNCuyo, de la que forma parte esta Introducción.

[8] *La historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia* fue objeto de dos continuaciones distintas en portugués, ambas publicadas en el siglo XVIII: la *Segunda parte da Historia do Imperador Carlos-Magno e dos doce Pares de França*, del médico militar Jerónimo Moreira de Carvalho, publicada en Lisboa en 1737 y reimpresa en 1784 y 1799, y la *Historia nova do Emperador Carlos Magno, e dos doce pares de França* de José Alberto Rodrigues, impresa en Lisboa en 1742. En realidad, ninguno de estos dos libros es una continuación en sentido estricto de la obra traducida por Nicolás de Piamonte, porque ésta concluye con la muerte de Carlomagno, mientras que tanto en la obra de Moreira de Carvalho como en la de Rodrigues, el Emperador desempeña un destacado papel.
A su vez, la Segunda parte de Moreira de Carvalho fue proseguida por el presbítero Alexandre Caetano Gomes Flaviense en una obra denominada *Verdadeira terceira parte da historia de Carlos-Magno*, impresa en Lisboa en 1745, que en sus primeras páginas refiere la historia legendaria de España y después se dedica narrar las fabulosas hazañas de

Si uno de los presupuestos de Balbuena era poner en evidencia y para la posteridad las causas de la enemistad entre España y Francia, era un acierto relatar los pormenores de la batalla de Roncesvalles y adherir a los historiadores y leyendas que le otorgaban el mérito de la victoria y, sobre todo, la muerte del paladín Roldán, al leonés Bernardo del Carpio[9].

La épica italiana del *cinquecento* en *El Bernardo* de Balbuena

La influencia de los *Orlando* en España

La influencia del *Orlando furioso* sobre las letras españolas tanto peninsulares como americanas no es un tema nuevo[10]: demasiado evidente en algunos espacios, particularmente en la novela y en la épica, como para que no haber sido examinada y evaluada anteriormente. Lo que se propone en este trabajo, con todo, es verificar la influencia de Ariosto no solo a nivel de las formas constructivas, tópicos e iconología, sino en el plano de la justificación y configuración de un género, el épico, que tiene forzosamente una bajada política en el horizonte de producción en el que se inserta.

Ariosto emprendió la continuación de la obra de Boiardo hacia 1505, diez años después de que la repentina muerte del conde de Scandiano hubiese dejado el *Enamorado* inconcluso. Pidió consejo a su amigo Bembo sobre cómo acometer la continuación y, a pesar de que este lo animó a proseguirlo en latín, desoyó el consejo y continuó la obra en el mismo metro (la octava) y con la misma lengua (el dialecto ferrarés) con los que Boiardo había escrito su obra. A los diez años, en abril de 1516 se publicó en Ferrara una primera versión del *Furioso* en cuarenta cantos dirigida principalmente a ser lectura de la corte ferraresa. No obstante, Ariosto no estaba del todo satisfecho con la primera versión de su obra, y, en 1521 publicó también en Ferrara una segunda versión con pequeñas modificaciones y una lengua algo más toscana. Durante este tiempo, entre 1518 y 1519, escribió además cinco cantos que no se resolvió a añadir a la obra. La obra tuvo ya un considerable éxito con diez y siete reimpresiones, pero Ariosto se propuso aún hacerle una profunda revisión y acercarla más al público de toda península. Por

---

Bernardo del Carpio, hijo extramatrimonial de la infanta Jimena de León y de Sancho, conde de Saldaña, al que se atribuye el vencimiento de Roldán y sus compañeros en los Pirineos y una variada serie de aventuras caballerescas, y que después de haber conquistado Cataluña a los moros, ingresa como monje a un monasterio de Aguilar de Campoo.

[9] Vicente José GONZÁLEZ GARCÍA. *Bernardo del Carpio y la batalla de Roncesvalles.* Oviedo: Fundación Gustavo Bueno, 2007.

[10] De más está señalar el prolijo trabajo de Maxime CHEVALIER, *L'Arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du "Rolan furieux"* (Bordeaux: Institut d'Études Ibèriques et Ibèro-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1966). También: Oreste MACRÍ, "L'Ariosto e la letteratura spagnola" (En: *Letterature moderne,* vol III, 1952, pp. 515-543), Edwin S. MORBY, "A latin Poem of Ariosto in Spanish" (En: *Modern Language Notes*, vol. LXX, 1955, pp. 360-362); Frank PIERCE, *La poesía épica del Siglo de Oro* (Madrid: Gredos, 1961), John VAN HORNE, *"El Bernardo" of Bernardo de Balbuena. A Study of the Poem with Particular Attention to its Relations to the Epics of Boirado and Ariosto and to its Significance in the Spanish Renaissance* (Urbana: The University of Illinois, 1927).

aquella época bullía en Italia la «discusión sobre la lengua», esto es, la discusión sobre cuál debía ser la lengua culta italiana. Ariosto siguió la tesis defendida por Bembo, que publicó la considerada primera gramática del italiano (sus *Prosas*[11] sobre la lengua vulgar) en 1524, y emprendió una profunda toscanización del texto siguiendo a Petrarca como modelo de lengua para su poesía. Además, añadió seis cantos, con los que la obra llegó a los cuarenta y seis, y produjo notables modificaciones en el resto. Fruto de todo ello fue la tercera y definitiva versión de su *Orlando* en 1532. El resultado de toda esta larga y dedicada elaboración es una obra singular, universalmente reconocida como una de las cumbres de la literatura europea. Con ella, y teniendo el antecedente de Dante y Petrarca, las lenguas modernas logran al fin producir una poesía épica culta a la altura de las más admiradas de la antigüedad clásica; y la octava real se constituye definitivamente para las lenguas romances en la sucesora del hexámetro latino. Tal es la perfección formal que alcanza la octava del Ariosto[12], que suelen referirse a ella los críticos como *ottava d'oro*[13]. Se cuentan 138 ediciones del poema entre 1532 y 1600. Este número baja en los primeros años del siglo XVII y más notablemente aún después de 1630. El *Orlando furioso* fue impreso 23 veces entre 1601 y 1630, siete veces solamente entre 1631 y 1679[14]. Estas cifras dicen con elocuencia cómo la obra de Ariosto sedujo a los italianos del siglo XVI.

El poema de Ariosto se compone de cuarenta y seis cantos escritos en octavas (casi 40.000 versos) por los que deambulan personajes del ciclo carolingio, algunos del ciclo artúrico (gruta de Merlín, visita de Reinaldos de Montalbán a Inglaterra) e incluso algunos seres tomados de la literatura clásica griega y latina. Es, y así la presenta el autor, una continuación del *Orlando enamorado* de Matteo Maria Boiardo. Allá donde dejó éste inacabada su obra, la derrota del ejército de Carlomagno en los Pirineos por los moros, es donde arranca el Ariosto la suya, que suele, al reintroducir los personajes de su predecesor, dedicar una o dos octavas a resumir las aventuras narradas por Boiardo en el *Enamorado*. A pesar de su título, *Orlando* no es el protagonista absoluto del poema, sino el personaje sobre el que se puede fundar una cierta unidad de este extensísimo poema: la obra es un continuo entrelazarse de historias de distintos personajes que van apareciendo y desapareciendo en la narración, encontrándose y distanciándose, según se le antoja a Ariosto; una tela que constituyen diversos hilos paralelos que hábilmente sabe tejer el autor:

> Mas pues son menester de varias telas
> varios hilos, que tanto urdir pretendo,

---

[11] "Prosa" equivaldría más o menos a lo que hoy entendemos por ensayo.

[12] Para una actualización bibliográfica y de temas del *Orlando furioso,* cfr. Michel PAOLI e Monica PRETI (Eds.), *L'Arioste et les arts*, Milano, Officina Libraria, 2012. Voltaire, rendidísimo admirador de esta obra, llegó a declarar en su *Diccionario filosófico:* "¡Cuán grande es el encanto natural de su poesía! Hasta el punto de que soy incapaz de leer uno solo de sus cantos traducido en prosa".

[13] Voltaire, rendidísimo admirador de esta obra, llegó a declarar en su *Diccionario filosófico:* "¡Cuán grande es el encanto natural de su poesía! Hasta el punto de que soy incapaz de leer uno solo de sus cantos traducido en prosa!".

[14] AGNELLI et RAVEGNANI, *Annali delle edizioni ariostee*. Bologna: Zanichelli. 2vol., 1933 y Giuseppina FUMAGALLI, *La fortuna dell'Orlando Furioso in Italia nel secolo XVI.* Ferrara: Zuffi, 1910, pp. 351-sq.

dejo a Reinaldo en suerte semejante
y vuelvo con su hermana Bradamante.
(*Orlando furioso*, II, 30, vv. 5–8)

No hay, pues, en el poema la unidad de acción que, casi simultáneamente a su aparición, tanto preocupó a los teóricos y poetas renacentistas y que llevó a Torquato Tasso a escribir de muy diferente modo su *Jerusalén liberada*. Pero a pesar de que un resumen de la obra sería un discurso muy largo, pueden establecerse tres puntos en torno a los que gira el poema:

- El tema épico representado por la lucha entre moros y cristianos y los distintos combates que protagonizan entre sí los héroes del poema.

Las damas, héroes, armas y decoros,
amor y audaces obras ahora canto
del tiempo aquel en que cruzaron moros
de África el mar, y a Francia dieron llanto,
(*Orlando furioso*, I, 1, vv. 1–4)

- El tema amoroso, cuya figura central es Angélica y el secundario más sobresaliente *Orlando*. Uno de estos sucesos amorosos es el que da nombre a la obra, «cuando halló [don Roldán] en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, e hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura», según nos cuenta don Quijote antes de emprender su penitencia en Sierra Morena.

Diré de Orlando en este mismo trino
cosa no dicha nunca en prosa o rima,
pues loco y en furor de amor devino
hombre que antes gozó por sabio estima;
(*Orlando furioso*, I, 2, vv. 1–4)

- El tema laudatario de exaltación de la Casa de Este, señores de Ferrara en tiempos de Ariosto. La obra, de hecho, está dedicada por Ariosto *allo Ilustrissimo e Reverendissimo Cardinale donno Ippolito da Este, suo signore.*

Os plegue, hercúlea prole generosa,
adorno y esplendor del siglo nuestro,
Hipólito, aceptar esto que osa
y daros sólo alcanza un siervo vuestro.
(*Orlando furioso*, I, 3, vv. 1–4)

No obstante, se trate de un poema épico fabuloso e inverosímil, el Ariosto salpica el texto de aventuras que a veces se antojan casi bufonadas, como la fabulilla del canto XXVIII en que una reina, engañada, retoza con un enano contrahecho; o de ironías punzantes, que devuelven al lector a la realidad más verosímil como el comentario aquel que vierte luego de haber Angélica sostenido ante Sacripante que después de todas sus aventuras se mantenía aún virgen:

Quizás era verdad, mas no creíble

para quien fuese de razón provisto
(*Orlando furioso*, I, 56, vv. 1–2)

Comienza la obra cuando *Orlando* acaba de regresar de sus aventuras por Oriente en custodia de la bella Angélica y se presenta en el campamento cristiano de los Pirineos donde Carlomagno pretende hacer frente a la invasión sarracena de Agramante, rey de África, y Marsilio, rey de Zaragoza. Se halla allí Reinaldo, que disputa también por el amor de Angélica, a pesar de que ella lo odia; a causa de haber bebido ambos de dos fuentes diversas (Reinaldo de la fuente del Amor y Angélica de la del Odio). El asunto principal en tanto que da razón al título de la obra es la locura de *Orlando* (Roldán)[15]; locura o furia que deviene al enterarse de que ella está enamorada de Medoro, soldado sarraceno al que había curado. *Orlando*, al ver esto, pierde la razón, tira sus armas y destroza todo lo que encuentra. Para recuperar su cordura su amigo Astolfo se marcha a la Luna, donde encuentra en una botella la razón de *Orlando*, quien debe beberlo para recuperar *il giudicio*. Es importante destacar que la trama del Furioso está salpicada de historias secundarias, fábulas, encomios a los duques de Ferrara, relaciones de hechos presentados como adivinaciones, que interrumpen habitualmente las aventuras de los personajes principales y cuya inclusión en este apartado se ha evitado aquí deliberadamente. Ariosto, como ya se anticipó, comienza la acción de su Furioso un poco antes del punto en que abruptamente termina la del incompleto Enamorado: *Orlando* acaba de regresar de sus aventuras por Japón (Catay) en custodia de la bella Angélica (de la que ha caído rendidamente enamorado), y se presenta en el campamento en los Pirineos. La víspera de la batalla Carlomagno, para evitar litigio alguno entre *Orlando* y Reinaldo, confía la princesa a Námo, duque de Baviera, y promete que será de aquel cuyo valor más se distinga frente a los moros. Pero los cristianos son completamente vencidos y Angélica aprovecha la confusión para huir a lomos de un palafrén. Durante su huida es descubierta y perseguida por Reinaldo, que ha perdido su caballo Bayardo y anda en su busca. A pesar de la desventaja de Reinaldo, que debe seguirla a pie, es alcanzada dos veces; pero primero Ferragús, sobrino de Marsilio, y luego Sacripante, rey de Circasia, (ambos también enamorados de Angélica) entorpecen la persecución de Reinaldo. Finalmente, Angélica topa con un ermitaño que sabe nigromancia y al que cuenta su caso. El ermitaño invoca un demonio que en hábito de paje hace creer a Reinaldo que Angélica ha regresado a París junto a *Orlando*. Reinaldo, que en este punto recupera a Bayardo, regresa furioso a París, donde Carlomagno ya está preparando el previsible asalto de los vencedores moros a su capital. A poco de llegar Reinaldo y sin que tenga tiempo de indagar sobre el paradero de Angélica, el Emperador le encomienda que viaje a Inglaterra para recabar refuerzos. Reinaldo acepta de mala gana el encargo y durante la travesía en barco lo sorprende una tormenta. Mientras tanto, Bradamante, hermana de Reinaldo, va en busca de Rogelio que, aunque hijo del cristiano Rogelio de Reggio, ha sido criado por el mago Atlante, y sirve al rey Agramante. En el Enamorado Rogelio quedó, junto a Gradaso, rey de Sericana, hecho prisionero por un caballero que monta un hipogrifo. Durante su búsqueda topa con el pérfido Pinabel, de la casa de Maguncia, enemiga secular de la casa de Claramonte a la que pertenecen Reinaldo

[15] Es ya una sentencia de la épica que este género, para lograr su formalización completa, parece requerir de un héroe encolerizado.

y Bradamante. No obstante, no se reconocen y Pinabel promete decirle dónde hallar el castillo del caballero del hipogrifo para que pueda rescatar, a la par que a Rogelio, a su amada. De camino descubre Pinabel la identidad de su compañera y, de secreto, urde traicionarla. Finalmente, encuentra la ocasión propiciando que se precipite Bradamante al fondo de una caverna. No muere la doncella de la caída y la cueva resulta ser la tumba de Merlín, donde se halla la maga Melisa. Allí Melisa le hace conocer cuál será su descendencia con Rogelio, la casa da Este; y qué industria deberá seguir para poder rescatarlo del castillo inexpugnable. Para ello debe hacerse con el anillo de Angélica, que ahora lleva el enano y ladrón Brunelo. El anillo tiene un doble poder mágico: puesto en el dedo, deshace cualquier encanto; puesto en la boca, vuelve invisible al que lo lleva. Bradamante encuentra a Brunelo, lo engaña para que la conduzca al castillo y, a la vista de la fortaleza le arrebata el anillo y lo ata a un árbol. Con el anillo en el dedo logra ser invulnerable a la magia de Atlante, que es el caballero del hipogrifo, y lo vence. El castillo desaparece, porque era todo obra de los encantamientos de Atlante, y los caballeros y damas que allí están, quedan libres. Entre ellos Rogelio, que se reencuentra brevemente con Bradamante, pero que al montar en el hipogrifo es conducido de nuevo involuntariamente lejos de la dama franca. El hipogrifo finalmente lleva a Rogelio hasta la isla de la maga Alcina, donde Astolfo, duque de Inglaterra, convertido en un mirto, le cuenta cómo ha sido amado por Alcina y, cómo después, lo ha reducido la maga a tal estado. Rogelio se propone abandonar la isla, pero acaba finalmente en la fortaleza de la maga. Allí queda prendado de los encantos de la encantadora y pierde memoria del mundo. Bradamante entre tanto, busca a Melisa, le da el anillo mágico y le pide que busque a Rogelio. Ésta cumple el cometido, le advierte a Rogelio de la falsedad de la maga y le aconseja usar el anillo. Rogelio hace tal, descubre el verdadero rostro de su seductora y se dispone a huir. Melisa por su parte devuelve a Astolfo su forma humana y junto a él marcha al reino de Logistila, donde después llegará también Rogelio. Por su parte Reinaldo, después de atravesar Escocia, adonde lo había arrastrado la tormenta, llega a Inglaterra, recibe los deseados refuerzos del rey y con ellos toma el camino de París. Angélica, que quedó en compañía de un ermitaño, es conducida por éste a una playa solitaria, donde el viejo tiene el propósito de abusar de ella. No lo consigue por su avanzada edad y allí es raptada por el pueblo bárbaro de Ebuda que pretende darla viva en ofrenda a la Orca. En París, *Orlando*, consumido por el amor a Angélica tiene un sueño premonitorio que le advierte del peligro que corre su amada, y disfrazado abandona París en su búsqueda. Durante su camino tiene noticias del pueblo de Ebuda y sospechoso de que Angélica pueda estar allá, se embarca; pero una inoportuna tormenta lo arrastra a Holanda, donde socorre a la condesa Olimpia, que es hostigada por el rey Cimosco. Vence a este rey, repone a Olimpia y a su esposo Bireno en su primitiva dignidad, y se dispone a tomar rumbo a Ebuda. Sin embargo, Bireno se enamora de otra mujer y abandona a Olimpia a su suerte. Vuelve la acción al reino de Logistila, donde Melisa instruye a Rogelio en la monta del hipogrifo. Éste lo cabalga y viaja con él atravesando Asia y Europa. Pasa Inglaterra y después Irlanda y cerca, en la isla de Ebuda, contempla como una desnuda Angélica espera ser devorada por el monstruo marino. Logra rescatarla y huye con ella a la Bretaña francesa. Allí descabalgan ambos y Rogelio queda prendado de la belleza de Angélica, pero ésta metiéndose en la boca el anillo que le había confiado previamente el caballero se vuelve invisible y huye de él y se

determina a volver a su reino del Catay. A la vez que pierde a Angélica, pierde el hipogrifo al que había dejado atado a un árbol para poder hostigar a Angélica, Al poco Rogelio contempla cómo un gigante combate una mujer que le parece ser Bradamante y los sigue. Olimpia, sola y abandonada es capturada por las gentes de Ebuda que la ofrecen a la Orca a cambio de Angélica. Llega *Orlando* al fin a la isla, rescata a Olimpia y mata al monstruo. Llega también Uberto, rey de Irlanda, que se enamora de Olimpia, la toma por mujer y jura vengar la vileza de Bireno. *Orlando*, por su parte, decide continuar la búsqueda de Angélica, pero acaba engañado por Atlante que ha construido un palacio mágico en el que quien llega a él ve lo que más desea y pierde el tiempo persiguiéndolo en vano por sus habitaciones. Allí están ya presos de su propio deseo también Fierabrás, Sacripante, Gradaso y Brandimarte. Llega después Rogelio detrás del gigante y Bradamante, porque son éstas en realidad figuras contrahechas que forman parte del encantamiento. Angélica, por casualidad, llega también al palacio, aunque el poder del anillo la libra de sus engaños. Ve a Sacripante y a *Orlando* y, como necesita un caballero que la proteja en la vuelta a su tierra, elige que este sea Sacripante. Se hace visible ante él, pero *Orlando* y Ferragús que están cerca también la ven. Al darse cuenta, huye la princesa y van tras ella los tres caballeros alejándose del palacio y de su encantamiento. Allí muda de consejo Angélica y decide que el poder del anillo le basta para viajar segura, así que se lo mete en la boca y desaparece de la vista de los tres. Entre tanto Ferragús logra hacerse con el famoso yelmo de Almonte, que calaba *Orlando*. Después de la pérdida del yelmo, se provee Orlando de otro y desbarata dos ejércitos de sarracenos. Tras ello, ve luz en una cueva y entra en ella. Dentro está prisionera la princesa Isabel hija del rey de Galicia y enamorada del príncipe Zerbino, hijo del rey de Escocia. Cuenta Isabel su historia y cómo ha sido que ha llegado a ser presa de unos malhechores en aquella horrible guarida. Llegan en esto los captores, *Orlando* los mata a todos y parte con Isabel a la que ofrece su protección. Por el camino topan con un caballero que va cautivo y en este punto, sin develar la identidad del caballero, vuelve su atención Ariosto sobre Bradamante.

Fortuna del *Orlando* en España

La obra de Ariosto, publicada hacia 1540, gozó pronto, como en el resto de Europa, de gran fortuna en España. Y fue traducida en varias ocasiones, principalmente en los siglos XVI y XVII. No solo Ercilla la toma como modelo de *La Araucana*, sino Cervantes en el Quijote hace en varias ocasiones mención de ella. Gozaron también de fortuna las continuaciones que los poetas españoles hicieron. Las más famosas son dos que retoman los amores de Medoro y Angélica, cuyo asunto había invitado a proseguir Ariosto en el canto XXX: *Las lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto y *La hermosura de Angélica* de Lope de Vega.

También ha sido traducida al castellano en varias ocasiones, principalmente en el siglo XVI y en el siglo XIX. En las traducciones, si se distingue entre aquellas que respetan la métrica original (la octava) y aquellas que no lo hacen, la relación completa es:

En octavas reales:

• La más temprana, de 1549, se debe al capitán Jerónimo de Urrea. La traducción gozó de un extraordinario éxito editorial a pesar de que sus versos, forzados y ripiosos a veces, recuerdan más los toscos versos de Boiardo que los refinados de Ariosto. Es la traducción que en su *Quijote* censura severamente Cervantes por boca del cura (I, 6). Sin embrago y a manera de pieza rara, aún hoy sigue editándose.

• Un año después, en 1550, se publicó una justamente olvidada traducción de Hernando Alcocer, que conoció la imprenta una sola vez.

• También está la de 1878 de Vicente de Medina y Hernández, editada en cuadernos. En 1883, sacó el conde de Cheste una traducción no del todo olvidada. Tiene esta traducción la curiosidad de incluir tres octavas (las tres primeras del segundo canto de José de Espronceda, escritas como fruto de un ejercicio de juventud que se propusieron llevar a cabo Ventura de la Vega, el conde de Cheste y él mismo).

En otra estrofa o en prosa:

• Diego Vázquez de Contreras tradujo muy libremente en prosa el *Orlando* en 1585 con una aprobación elogiosa de Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana*.

• En silvas tradujo la obra Augusto de Burgos en 1846.

• Para su Biblioteca ilustrada editó Gaspar y Roig una traducción en prosa en 1851.

• En 1872 Manuel Aranda y San Juan publicó una prosificación.

• Francisco J. de Orellana publicó su versión en prosa en 1883.

• José María Micó, en 2005, publicó una versión en endecasílabos blancos que respeta la estructura de la octava, aunque no la rima, y procura conservar un pareado final, las más veces asonantado.

Pero aún más importante que sus traducciones es la honda huella que ha dejado la obra en la literatura española. En el *Quijote*, ya sea en el de Cervantes o en el apócrifo de Avellaneda, es a menudo o citado, o imitado o fuente de inspiración para alguna de las aventuras: es obra elogiosamente aludida en el escrutinio (I,6); don Quijote cree ser don Reinaldos de Montalbán poco después (I,7), más adelante confunde una bacía de barbero con el yelmo de Mambrino, esto es, el que cubría la cabeza de don Reinaldos (I,21); la furia de *Orlando* es recordada por don Quijote en su penitencia en Sierra Morena (I,25), etc.

La imitación de Ercilla en *La Araucana* es tal que el más importante de los poemas épicos españoles parece un *Orlando* sin *Orlandos*: los cantos de *La Araucana* comienzan todos con un proemio que introduce la aventura que se tratará dentro de él; todos los cantos acaban invitando al lector a continuar la lectura en el siguiente o justificando la oportunidad de parar la acción en ese momento; el poema, escrito en una primera persona protagonista, apunta a un destinatario al que se dirige a menudo el poeta. Pero, sin lugar a dudas, donde el *Furioso* está ya funcionando como intertexto probatorio es en el *Bernardo* o *Victoria de Roncesvalles* de Bernardo de Balbuena.

Hemos señalado ya porqué Balbuena reconstruye en el México virreinal la epopeya de Bernardo del Carpio, perteneciente al ciclo carolingio e íntimamente relacionada con al poema francés *La Chanson de Roland*. No obstante, la obra de Balbuena no remite tanto a sus fuentes medievales como a las obras de los *Orlando* que inundaron Italia en el siglo XVI y dieron pie a toda una serie de tópicos y personajes que aparecerán luego en la novela de caballerías española. Particularmente y siguiendo el ejemplo de *La Araucana* de Ercilla, Balbuena toma como texto de base el *Orlando furioso*, retoma, por su parte, la batalla de Roncesvalles, justifica la derrota de los franceses por los españoles y los sarracenos de Zaragoza por lo que sigue la línea temática del paladín español Bernardo del Carpio, sin desatender la proliferación iconográfica y mitológica creada por Ariosto y Boiardo.

El Bernardo y Ariosto

Se ignora la fecha exacta en que fue escrita la epopeya de Balbuena. En general se acepta que esta fecha sería muy anterior a 1624, año de la primera edición de *El Bernardo*. Van Horne sitúa la última etapa de la composición entre 1595 y 1598 y estima que los retoques a los cuales alude Balbuena en el Prólogo son anteriores a 1609, año en el que el autor intentó publicar el poema por primera vez[16].

Además del sentimiento patriótico y el revanchismo contra el reino de Francia, otro aspecto para señalar en la obra de Bernardo de Balbuena es la proliferación abundantísima y protagónica de personajes del ciclo artúrico, tales como el Hada Morgana y sus compañeras de la Isla de Ávalon.

Morgana o Morgan le Fay es un personaje que algunas tradiciones lo hacen hermana de Arturo y discípula de Merlín. Es la reina de la isla de Ávalon, con el poder de curar y cambiar de forma. Es uno de los personajes más populares y controvertidos del ciclo artúrico ya que puede ser presentada como una benefactora de su hermano o la peor de sus enemigos.

En el ciclo artúrico, el hada Morgana es una mujer, a veces presentada por los cristianos como antagonista del Rey Arturo y enemiga de Ginebra. En los relatos galeses más antiguos, Morgana tiene dos antecedentes que no tienen su nombre,

---

[16] John VAN HORNE. *Bernardo de Balbuena. Biografía y crítica*. Guadalajara (México): Impr. Font, 1940, pp. 150-151. Sobre este punto agrega CHEVALIER*: Peut-être certains remaniements ont-ils été opérés après 1609, mais nous ne pouvons le démontrer et devons convenir quenotre étude du poème ne nous a permis de relever aucun índice susceptible de préciser cette chronologie indécise. Autre obstacle: nous ne possédons pas de bonne édition moderne du Bernardo. Celle de la Biblioteca de Autores Españoles que nous avons utilisée, est d'accès commode, mais elle ne manque pas d'incorrections, dans sa ponctuation comme dans sa graphie. Il serait sohaitable que nous puissions disposer d'un texte soigneusement établi, accompagné d'un index de personnages et des épisodes, qui servirait de guide dans cet artificieux dédale. Souhaitons que la tache soit entreprise et menée à bonne fin. Elle faciliterait le travail des chercheurs à venir sur une oeuvre passionnante dont no une pensons pas, il s'en faut de beaucoup, épuiser ici l'intérèt* (Op. Cit., p. 364). Este es, precisamente, el trabajo de edición crítica que el *Centro de Edición de Textos de la Universidad Nacional de Cuyo* viene realizando desde hace cuatro años y que justifica los estudios presentados en este segundo volumen del *Tabulae*.

pero sí algunas de sus características: el primero es la diosa Modron, que se casó con el rey Urien y fue madre de Owain (igual que la Morgana, Le Fay, de *La Morte d´Arthur*) y Gwyar, hermana de Arturo, que era madre de Medrawt y una poderosa bruja (papel que cumple Morgana en otras versiones). En la *Vita Merlini*[17] del siglo XII, se dice que Morgana (*Morgen*[18]) es la mayor de nueve hermanas que gobiernan Ávalon. Geoffrey of Monmouth habla de Morgana como sanadora y cambiante. Escritores más tardíos como Chrétien de Troyes[19], basándose en la interpretación de Monmouth, han descrito a Morgana observando a Merlín en Ávalon.

En la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey of Monmouth[20] se cuenta que después de la batalla contra su hijo Mordred, el Rey Arturo se retiró a descansar eternamente a la isla mágica de Ávalon, pero no menciona quién lo llevó a esa isla, ni qué sucedió después. Cuando Monmouth escribe la *Vita Merlini,* habla del viaje de Arturo a dicha isla, y dice que está gobernada por nueve hermanas hadas. De este grupo destaca la mayor, más bella, más buena, más sabia y más poderosa: *Morgen*, que será conocida en el futuro como Morgana. En este libro se mencionan todas sus habilidades (volar, cambiar de forma o curar) que le fueron enseñadas por Merlín. *Morgen* se ofrece a acoger al Rey en su isla mágica, lo acuesta en una cama de oro, y con sus hierbas y pociones, le devuelve la salud. Un

[17] Geoffrey of MONMOUTH. *The Life of Merlin, Vita Merlini.* ReadaClassic.com, 2011.

[18] Se puede ver el paralelo entre estas hadas de Ávalon y las Musas griegas. Según la mitología griega, las Musas son las nueve hijas de Zeus y de Mnemósine. Éstas fueron engendradas, según el mito, en nueve noches consecutivas. Según Pausanias, al principio las musas fueron tres: Aedea (el canto, la voz), Meletea (la meditación) y Mnemea (la memoria). Juntas representaban las precondiciones del arte poético en la práctica del culto religioso. La tradición les atribuía dos residencias: la una sobre el monte del Parnaso y la otra sobre el Helicón. Es Platón en el año 401 a.c. aprox. y, posteriormente, los autores neoplatónicos, el que hace de nueve Musas las mediadoras entre el dios y el poeta o cualquier creador intelectual. No se trata de hadas o hechiceras como en la mitología bretona sino de mediadoras entre los hombres y los dioses y en función de las artes sublimes: Calíope: Musa de la elocuencia y de la poesía épica. Sus diferentes representaciones artísticas son una corona de laureles, un libro, una tablilla, un estilete y una trompeta. Clío: Es la musa de la historia. Sus diferentes representaciones artísticas son una corona de laureles, un libro o un pergamino, una tablilla, un estilete y un cisne. Erato: Es la musa del arte lírico de la elegía. Sus representaciones artísticas con una lira, una viola y un cisne. Euterpe: Es la musa de la música. Su representación artística suele ser una flauta (simple o doble). Melpómene: Es la musa de la tragedia. Se representa con una corona, con una espada o con una máscara trágica. Polimnia: Es la musa de la retórica. Se representa con un gesto serio y con un instrumento musical (normalmente un órgano).Talía: La musa de la comedia. Normalmente se la representa con un instrumento de música (generalmente una viola), una máscara cómica y un pergamino. Terpsícore: La musa de la danza. Se la representa con un instrumento musical de cuerda: una viola o una lira.Urania: La musa de la astronomía y de la astrología. Es representada habitualmente con un compás, con una corona de estrellas y con un globo celeste (Cfr. Pierre GRIMAL, *Diccionario de mitología griega y romana.* Barcelona: Paidós, 2009.) No hay, que se sepa, ningún desarrollo en este sentido en la isla de Ávalon y sus hadas.

[19] CHRETIEN de TROYES, *Obras completas* (en papel), Barcelona: EDHASA, 2013.

[20] Geoffrey of MONMOUTH. *Historia Regum Britanniae*: A Variant Version. Medieval Academy of America, 2012.

texto escrito por Guillaume de Rennes llamado *Gesta regum Britanniae*[21] sugiere que una vez que Morgana ha curado a Arturo, se convierte en su nueva amante y vive con él en la isla mágica. Ni en esta obra ni en la de Monmouth se dice que Morgana y el Rey fueran parientes, de modo que su relación no estaría mal vista, y sería un equivalente a la peculiar relación de Ulises con la ninfa Calipso durante el tiempo que éste estuvo en Ogigia. En el *Roman de Brut* de Wace, Arturo también viaja a Ávalon, pero en esta versión la reina de la isla es el hada *Argante*. Como sólo se habla de ella en este libro, podemos deducir que *Morgen* y *Argante* son distintos nombres de un mismo personaje: el Hada Morgana.

En la época de Chrétien de Troyes el personaje de Morgana toma más relevancia, pero sin llegar a ser protagonista. Durante esta época, Morgana comienza a ser identificada con Ana (la hermana de Arturo en la obra de Geoffrey of Monmouth) y es considerada hermana o hermanastra de Arturo. En obras como *Yvain, el caballero del león* o *Erec y Enide*, Chrétien describe a Morgana como la hermana de Arturo, y dice que es una sabia curandera que fue discípula de Merlín. En *Yvain* el protagonista no se cura hasta que no recibe de parte de Morgana un ungüento mágico. Años después de que éste pasaje fuera escrito, en textos como *La Morte d' Arthur*,[22] Morgana e Yvain (o Owain) serán madre e hijo. En *Erec y Enid* se dice que Morgana está presente en el banquete de boda de los protagonistas. El autor la relaciona con Guingamor, señor de Ávalon. Esta relación será desarrollada en obras posteriores hasta ser descrita como una relación amorosa entre Guingamor y Morgana que será frustrada por Ginebra, la tía del caballero. Tanto en la *Vulgata* anónima como en *Le Morte d'Arthur*, el papel de Morgana crece en importancia y protagonismo. Ya no es un hada que vive en la lejana Ávalon, sino un personaje muy implicado en lo que sucede en la Corte de Arturo, una mujer poderosa, como un hada, pero con sentimientos e ideas propias de los hombres, como la ambición, la pasión, la venganza o la compasión. Su papel se torna más oscuro, será una de las principales destructoras de la paz que reina en Camelot cuando devele a su hermano los amores de Ginebra con Sir Lanzarote, pero, al igual que en la historia de Geoffrey de Mounmouth, es ella quien encabeza la barca que llevará a su hermanastro a Ávalon.

En la tradición de los ciclos artúricos, Morgana era la hija de la madre de Arturo, Lady Igraine, y de su primer marido, Gorlois, duque de Cornualles. Arturo, hijo de Igraine y de Uther Pendragon, era, por tanto, su medio hermano. Como mujer celta, Morgana heredó parte de la "magia de la Tierra" de su madre. Morgana tenía dos hermanas mayores (y era por tanto la menor de tres, y no la mayor de nueve). El trío de hermanas (por ejemplo Morgause, Elaine y Morgana, así como otras) es una fórmula abundantemente usada en la mitología celta. Cuando Uther se casa con Igraine, sus hermanas mayores también se casaron. A partir de entonces se deja de hablar de Morgana en la leyenda hasta después de la coronación de Arturo, pero hay dos versiones de dónde acabó la niña: una dice que se fue a Ávalon con Merlín a aprender magia, y otra que cuenta que Uther encerró a Morgana en un convento,

[21] Ver la edición crítica de Jean MARKALE, *Contes populaires de toutes les Bretagnes.* Rennes, Ouest-France, 1977; y del mismo autor también, *Merlin l'Enchanteur ou l'eternelle quête magique*, Paris: Editions Retz, 1981.
[22] Jean MARKALE, *Le Roi Arthur e la Societé celtique,* Paris: Payot, 1976.

en el que sufrió burlas y castigos debido a sus poderes. Allí se le comenzó a llamar *le Fay* (el Hada).

En *La Mort d'Arthur* y otras fuentes, ella es la infeliz esposa del Rey Urien de Gore, y Owain mab Urien es su hijo, que la detiene cuando, presa de la ira, intenta matar a Urien.

En las interpretaciones cristianas más modernas de la mitología artúrica, Morgana seduce a Arturo y concibe con él al malvado Mordred, aunque originalmente en *La Mort d'Arthur* este papel es asignado a Morgause o Anna, una de sus hermanas.

Morgana vive en Ávalon junto con varias reinas hadas, que en algunas versiones forman grupo de tres, en otras de cuatro, y en otras de nueve: Febosilla; Falerina, Olofana, Filteorna, Limaturia, Bruna, Aquilina, Dragontina y Logistilla

Todo esto sería la trama de los personajes artúricos que, de una manera dislocada y anacrónica, aparecen colaborando con la historia central de *Bernardo o Victoria de Roncesvalles*. En su momento, entre los siglos XII y XVI este recuento de tradiciones históricas en un punto y legendarias en otro, respondía a un deseo: estaba de moda en casi toda Europa, escribir la historia que remitiera a los orígenes de los pueblos y, si faltaban datos en los documentos, se inventaban[23]. El *pays de Galles* último resto del vasto imperio bretón insular debía luchar contra las pretensiones anglo-normandas. Y era un medio de lucha eficaz presentar los hechos que probaban la especificidad y el valor del pueblo que los habitaba. Pero sobre todo no hay que olvidar la política cultural de los reyes anglo-normandos: debiendo oponerse sin cesar a la dinastía de los capetos, herederos de la figura grandiosa de Carlomagno, realzada en las *chansons de geste*, tenían necesidad de proponer un equivalente de la tradición insular para justificar su presencia y sus derechos. En ese sentido y aun cuando la figura del Rey Arturo estaba rodeada de misterios propios de las tradiciones druídicas que se oponían, a su manera, al imperio romano-cristiano, Arturo y su corte no dejaban de tener también su gloria. Fue, sin dudas, Enrique II Plantagenet quien dio impulso a la creación y a la difusión de los romances arturianos en la Europa de los siglos XII y posteriores.

Sin embargo y precisamente, es del ciclo carolingio que Balbuena tomará la mayoría de los elementos y personajes de su obra y es este el tercer aspecto que nos llama la atención en el poema mexicano. A este ciclo pertenece, principalmente, *La Chanson de Roland* y los cantares de gesta franceses.

La *Chanson de Roland* narra, en términos épicos, la derrota de la retaguardia del ejército de Carlomagno hostigada en el valle de Roncesvalles por el rey moro de Zaragoza, Marsilio, aliado con el traidor a Carlomagno: Ganelón. En esta batalla perece el héroe del cantar, Roldán, y su deuteragonista Oliveros, por confiar demasiado en sus propias fuerzas para repeler la agresión. Cuando Roldán toca el olifante para pedir ayuda ya es demasiado tarde. La venganza del emperador Carlomagno, del obispo Turpin y de los Doce Pares de Francia ocupa el apocalíptico final de la historia.

[23] "Se non è vero, è ben trovato", era ya en esa época una frase célebre del filosofo italiano Giordano Bruno (del siglo XVI) y significaba: *se non è vero è stato inventato bene, se non è vero è ben inventato*.

Los temas de los cantares de gesta franceses, o el ciclo carolingio, se convirtieron en la llamada "materia de Francia", que se opuso a la llamada "materia de Bretaña", constituida por las historias del rey Arturo y de los caballeros de la mesa redonda. Para el modelo italiano habrá que esperar las obras de Luigi Pulci, Pietro Bembo y Ludovico Ariosto. Pero, antes de llegar a esa épica novelesca y hasta sentimental de los *Orlando* habrá que advertir la influencia capital que sobre estos tuvo el llamado "dolce stil nuovo" del siglo XIII.

La tradición literaria italiana

Con la expresión toscana *Dolce stil novo*[24], Francesco de Sanctis[25] denominó, en el siglo XIX, a un grupo de poetas italianos de la segunda mitad del siglo XIII, integrado por Guido Guinizelli, Guido Cavalcanti, Dante Alighieri, Lapo Gianni, Cino da Pistoia, Guianni Alfani y Dino Frescobaldi. Este dulce nuevo estilo deriva de diversas fuentes:

- La misma tradición trovadoresca, de la que toma las convenciones del amor cortés (trasfondo religioso de la experiencia amorosa, concepto de gentileza, idealización de la mujer y creencia de que el amor ejerce un influjo benéfico y ennoblecedor sobre el amante).

- El franciscanismo, que valoraba sobre todo la sinceridad y la armonía de la naturaleza humana.

- La mayoría de los «stilnovistas» tuvieron contacto con la Universidad de Bolonia, por entonces muy influida por el pensamiento aristotélico, pero en el que ya entraba de manera socavada, el platonismo dualista y la idea de la preponderancia de lo espiritual sobre lo corporal.

- La escuela poética siciliana de la primera mitad del siglo XIII (Gecco Angioleri, entre otros), pionera en el empleo de la lengua vernácula vulgar y a la que se deben formas como el soneto, creado por Giacomo da Lentini.

Los poetas más importantes de este grupo fueron la tríada compuesta por Guinizelli, Cavalcanti y Dante Alighieri, quien configuró el desarrollo teórico, filosófico y metafísico de la "fenomenología" amorosa. Desde un punto de vista formal, los metros más usados por esta escuela poética fueron el soneto, la canción y la balada, compuestos en endecasílabos y heptasílabos. Guinizelli compuso la canción programática del movimiento, *Al cor gentil ripara sempre amore.* Definió el amor gentil como «purificado y purificador» y considera que el amor y el corazón noble, derivado de la virtud personal, son una y la misma cosa. Según

---

[24] *El Stil Nuovo tiene la particularidad de que su inspiración religiosa no es únicamente mística sino que es subjetivista en grado sumo.* [...] *Esta mentalidad, que recuerda a las corrientes místicas, neoplatónicas y averroístas, es como mínimo una fortísima sublimación de las doctrinas eclesiásticas, es algo autónomo que en todo caso puede hacerse un sitio en el seno de la Iglesia, pero que, no obstante, se encuentra ya en los límites de la heterodoxia. Y de hecho, algunos miembros de aquel círculo eran considerados librepensadores* (Erich AUERBACH. *Dante, poeta del mundo terrenal.* Traducido por Jorge Seca. Barcelona: Acantilado, 2008, p. 51)

[25] *Storia della letteratura italiana*, Morano 1870.

Guinizzelli, la amada estimula la disposición innata del amante para el bien absoluto y lo pone en comunicación con el amor divino.

Cavalcanti pregona su ideal de amor cristiano y neoaristotélico en su canción *Donna me prega, per ch'eo voglio dire*. En tal canción la idealidad y la renuncia a las realidades empíricas provocan que la dama nunca asuma una corporeidad perfilada, sino que irradie acción por medio de su belleza. El amante, entre agitaciones y angustias, se siente perseguido por los espectros del amor y de la muerte.

Los primeros poemas de *La vita nuova* (1293) de Dante Alighieri expresan la angustia que deriva del modelo cavalcantiano, pero en la canción *Donne ch'avete intelletto d'amore* se rechaza esa actitud y se prefiere el concepto de amor de Guinizelli para engarzar elementos pertenecientes al platonismo, especialmente la contemplación angélica de la amada o *donna angelicata.* En *De vulgari eloquentia* (1304–07), Dante elabora sus ideas sobre el estilo, lengua, forma y metro más adecuados para valorar esencialmente la autenticidad del sentimiento poético y la dulzura y sutileza del tono.

El *Dolce stil novo* ejerció un extenso influjo sobre poetas posteriores, en especial Francesco Petrarca, Matteo Frescobaldi, Franceschino degli Albizzi, Sennuccio del Bene, Giovanni Boccaccio, Cino Rinuccini, y otros. Asimismo, a través de la influencia del *Canzoniere* de Petrarca, las convenciones del *Dolce stil novo* se expandieron por toda Europa y marcaron el desarrollo de la poesía lírica en general: francesa, ibérica e inglesa (salvo la rara excepción de William Shakespeare). No es extraño entonces que esta concepción absoluta del amor humano pasara inclusive a las versiones épicas de los *Orlando* y de allí al resto de la literatura no solo europea sino americana como se ha visto. Balbuena, por su parte, presenta su poema como la conclusión y el coronamiento de los poemas italianos que trataban estos temas. Influido por el *Furioso*, se puede ver nuevamente en *El Bernardo* a Ferraguto prendado de Angélica, y al personaje de Arleta como su retrato reflejando por momentos la astucia y la belleza de Alcina. Sin embargo y a pesar de la presencia de muchos otros personajes femeninos, por medio de los cuales se expresa la pasión amorosa, el tema llevado al *itálico modo*, no alcanza la primacía de los relatos guerreros en los que se observa la huella innegable no solo de Ariosto y Bembo sino del *Morgante* de Pulci.

Hemos insistido lo suficiente como para aceptar cuál era la situación política que justificaba, por su parte, esa sentencia que Balbuena tomaba, sin dudas de Ercilla y de la común opinión de la gente, de la "enemiga Francia".

Por otra parte, todo el relato de la batalla está hecho, como ya se anticipara, por Belona. Belona es una diosa romana de la guerra, no del todo bien definida en su función, de un furor particular y que se la fue asimilando a las Furias[26]. Suele ser considerada hija, hermana o compañera de Marte y representada conduciendo un carro, con rasgos horripilantes, empuñando una antorcha, o bien una espada o una lanza. La menciona San Agustín en *De Civitas Dei* precisamente dándole el carácter más nefasto y violento que trae la guerra. También está mencionada en las *Noches áticas* (*Noctes Atticae*) de Aulio Gelio, datada durante el mandato

[26] Cfr. Pierre GRIMAL (Op. Cit.) .

de Marco Aurelio (161-180), título que hace referencia a que empezó a escribirla en las largas noches de un invierno que pasó en el Ática, terminándola posteriormente en Roma. En ella anotó desordenadamente todas las curiosidades que oía o leía en otros libros. Está dividida en veinte libros, de los que nos han llegado todos menos el octavo. Contiene notas sobre historia, las guerras civiles, geometría, gramática, filosofía y casi cualquier otra materia.

Ariosto, en el *Orlando furioso*, la menciona en el canto VII

> 41. Y así la flor de la su edad más leda
> podría haber ajado en vano asunto
> tan gentil paladín; y en torpe preda
> perder ánima y cuerpo a un mismo punto;
> y aquel honor que de nosotros queda
> después que el frágil resto es ya difunto
> que carga el hombre y al sepulcro dona,
> jamás tener de Marte ni Belona.

No hay en Ariosto una actividad del personaje de Belona sino que aparece como referencia mitológica. Aparece también en el canto XXVI

> E s'ella lui Marte stimato avea,
> stimato egli avria lei forse Bellona,
> se per donna così la conoscea,
> come parea il contrario alla persona[27].

En la *Tebaida* de Estacio:

> »Tú, que entre las batallas, de horror llenas,
> cual Marte y cual Belona h
> as encendido
> igual furor en las heladas venas
> de aquellos a quien has favorecido.

Está más tipificada: diosa de la guerra, se encargaba, ayudada por Eris (la Discordia), Fobos (el Terror) y Fige (la Huida), del aprovisionamiento y preparación del carro de guerra de Marte, se la representa con los cabellos sueltos, en actitud de infundir crueldad y agresividad a los combatientes. Los poetas y los pintores la representan en lo más reñido de la pelea despeinada, armada con un látigo ensangrentado y enardeciendo el coraje de los soldados. Sus sacerdotes se llamaban belonarios. En las fiestas que se dedicaban a su diosa, recorrían las calles como enloquecidos, esgrimiendo en las manos espadas o cuchillos con los cuales se destrozaban el cuerpo. También está mencionada por Cervantes en el *Quijote*, en los poemas preliminares:

> Del caprichoso, discretísimo
> académico de la argamasilla,

[27] En esta cita conservamos el texto en italiano para poder resaltar la relación con los clásicos latinos. El texto está citado de: Ludovico ARIOSTO, *Orlando furioso*. Texto bilingüe. (disponible en: https://es.wikisource.org/wiki/Orlando_furioso)

en loor de Rocinante,
caballo de don Quijote de la Mancha
Soneto

En el soberbio trono diamantino
que con sangrientas plantas huella Marte,
frenético el Manchego su estandarte
tremola con esfuerzo peregrino,

cuelga las armas y el acero fino
con que destroza, asuela, raja y parte...
¡Nuevas proezas!, pero inventa el arte
un nuevo estilo al nuevo paladino.

Y si de su Amadís se precia Gaula,
por cuyos bravos descendientes Grecia
triunfó mil veces y su fama ensancha,

hoy a Quijote le corona el aula
do Belona preside, y dél se precia,
más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido mancha,
pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
excede a Brilladoro y a Bayardo.

Una vez más, es Cervantes quien nos permite advertir el dibujo de ese complicado bastidor de personajes y opiniones que fueron armando la trama de la épica española de los siglos XVI y XVII. Si bien se puede asegurar que las fuentes del mito de Belona son los clásicos, a partir del quinientos están autorizadas y actualizadas por la poesía italiana. De allí la toma Ercilla y la entiende como la parte cruel y mala de la guerra. Por eso la invoca en la batalla de San Quintín y no en la de Lepanto, donde el mensajero y mentor no será otro que Phitón. No es, entonces, puramente mitológica la elección que Ercilla y Balbuena hacen de este personaje para contar uno la batalla de San Quintín y otro la de Roncesvalles, que no fueron sino enfrentamientos entre reinos hermanos.

A modo de conclusión

Conviene señalar cómo estos temas de origen extranjero se ordenan en *El Bernardo* en nuevas direcciones. Balbuena es un admirador convencido de la poesía italiana, pero es un español de América lo cual hace que su nacionalismo se vuelva intransigente en la medida en que ha crecido y se ha desarrollado dentro de la más selecta tradición literaria nacional, que era precisamente en la que se formaban los autores del nuevo mundo. Es evidente que Balbuena tomará de Ariosto los temas relacionados con las guerras entre España y Francia y, a la vez, de Ercilla la manera de darles un sentido actual, político e histórico. El nacionalismo de Balbuena se manifiesta tanto en la acción del poema: Bernardo del Carpio triunfa sobre sus adversarios franceses en diversos encuentros, mata al paladín Roldán al

que ve caer y no disimula su satisfacción por esto, como en la dedicatoria y el elogio de la familia Castro y su linaje que nace de la unión- explícita en el poema- de Bernardo con Crisalba.

La huella de literatura española se constata en Balbuena no solo en la reminiscencia constante del texto de la *Chrónica General* sino y muy especialmente en la del romancero español, y no solo en temas y versos trasladados sino en personajes que se mezclan con la materia del ciclo carolingio en lo relativo, muy particularmente a los relatos en torno a Bernardo del Carpio, sus padres y sus compañeros. Esta tentativa no es nueva en las letras españolas de la época ni en las del nuevo mundo y de ello da cuentas no solo *La Araucana* sino el otro gran poema épico debido a suelo americano como lo es *La Christiada* de Diego de Hojeda, escrita en el Perú virreinal de principios del siglo XVII.

Algunas notas sobre la "escuela" editorial hispanoamericana

Es necesario destacar que se aprecian sistemas y criterios ligeramente diferentes entre lo que podemos llamar los ***editores andinos o antárticos*** y los llamados ***editores novohispanos***. Los primeros tuvieron su maestro en Andrés González de Barcia, quien reeditó entre 1722 y 1723 la *Historia general de Perú*, la Primera parte de los *Comentarios Reales* y *La Florida del Inca*. Como antecesor de Marcos Jiménez de la Espada, cumplió un papel fundamental en el conocimiento de la historia andina gracias a su labor editorial de los textos de historiadores primitivos de Indias, de las *Décadas* de Herrera y otros más cuyas obras ya empezaban a escasear en el siglo XVIII. González de Barcia (firmando como Gabriel de Cárdenas y Cano[28]) fue de alguna manera responsable de la difusión del texto de Antonio de la Calancha de 1638 sobre la superficialidad de una reconstrucción del espacio andino a partir de una hegemonía de los grupos nobiliarios incaicos sobrevivientes[29]. Al reproducir González de Barcia extractos de la *Crónica moralizada de Calancha* entre los prolegómenos de su edición del Inca Garcilaso, repetía un gesto común de que, en Lima, hallaba amplia resonancia y precedencia entre criollos y españoles. Para que se pueda visualizar la trascendencia que tuvo la labor editorial de González Barcia, hay que subrayar que esta edición de los *Comentarios* fue, muy probablemente la utilizada por Pedro Peralta para su exaltación criollista de *Lima fundada* de 1732 y fue, también, el libro de cabecera del cacique José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, para su gran Rebelión cuzqueña iniciada el 4 de noviembre de 1780. A estos primeros editores andinos siguieron en el tiempo, ya sea con autores indios o mestizos como el Inca Garcilaso, Guamán Poma de Ayala, Titu Cusi Yupanqui (con su complejidad desde el quechua dictado, en que originalmente se emitió), Joan de Santacruz Pachacuti y muchos otros menos conocidos , otros autores de la Academia Antártica (Diego Mexía y Fernangil, Diego de Hojeda, Pedro de Oña, Pedro Peralta Barnuevo, Juan de Miramontes, Rodrigo Valdés, Fernando Valverde, el Conde de la Granja entre otros). Los editores que siguieron esta tradición "andina" fueron Ángel Rosenblat,

[28] Cfr. Ignacio ARELLANO y Antonio MAZZOTTI (Eds.). *Edición e interpretación de textos andinos*. Madrid, Iberoamericana: 2000.
[29] Cfr. Ibídem, p. 11.

Manuel de Odriozola, José de la Riva-Agüero, Raúl Porras Barrenechea, Aurelio Miró Quesada, Luis Alberto Sánchez, Carlos Araníbar, entre los más conocidos.

Por el lado de los editores "novohispanos", el texto que inicia el *boom* de la labor editorial es, sin lugar a dudas, la obra de Sor Juana Inés de la Cruz: la primera, llamada : *Inundación castálida de la única poetisa, Musa Décima, sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el Monasterio de San Jerónimo en la Imperial Ciudad de México, que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios asuntos con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos, para enseñanza, recreo y admiración*, fue editada en Madrid por Juan García Infanzón en 1689 estando aún viva la autora y sin escribir *El Sueño* y la *Respuesta* que serán posteriormente los textos claves de la mexicana. Reimpresa esta misma edición con el título de *Poemas....* Madrid, 1690; Barcelona, 1691; Zaragoza, 1692; Valencia, 1709 (dos ediciones); Madrid, 1714; Madrid, 1725 (dos ediciones). Contiene 121 poemas, cinco juegos completos de villancicos y el *Neptuno alegórico* junto con la *Explicación del arco.*

Un *Segundo tomo de las obras de sóror Juana Inés de la Cruz, monja profesa en el monasterio del señor San Jeronimo de la Ciudad de México, dedicado por la autora a D. Juan de Orúe y Orbieto, caballero de la Orden de Santiago* aparece en Sevilla, por Tomás López de Haro en 1692. Reimpreso en Barcelona en 1693 (tres ediciones). Y luego, con el título de *Obras poéticas*, en Madrid: 1715 y 1725. Incluye los autos sacramentales, la *Carta atenagórica*, *Amor es más laberinto*, *Los empeños de una casa* y setenta poemas más.

Aparece luego *Fama y obras póstumas del fénix de México, décima musa, poetisa americana, Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el convento de San Jerónimo de la Imperial Ciudad de México, conságralas a la majestad católica de la reina Nuestra Señora doña Mariana de Neoburg Baviera Palatina del Rhin, por mano de la Excma. Señora doña Juana de Aragón y Cortés, duques de Montoleón y Terranova, marquesa del valle de Oaxaca, el doctor don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, Capellán de Honor de su majestad, Protonotario, Juez Apostólico por su santidad, teólogo, Examinador de la Nunciatura de España, prebendado de la Santa Iglesia Metropolitana de México*. Esta edición se hizo en Madrid, en la imprenta de Manuel Ruiz de Murga en 1700. Reimpreso en Madrid en 1700, 1701 y 1714, y en Barcelona en 1725. Incluye *El Sueño* (al que llaman *Primero Sueño* para marcar su deuda con Góngora), la *Respuesta a Sor Filotea* y varios poemas más, algunos atribuibles.

Sin dudas, entre los editores más modernos y maestros en el sentido de lo que se considera una edición crítica novohispana, están las *Obras completas*, cuatro tomos, edición y notas de Alfonso Méndez Plancarte[30]. (México, Fondo de Cultura Económica, 1951-1957 con reedición del primer tomo, Lírica Personal, a cargo de Antonio Alatorre, 2009) y las *Obras completas*, prólogo y edición de Francisco Monterde (México: Porrúa, 1985). Ediciones clave y señeras que luego tuvieron una larga y ejemplar sucesión en especialistas como Manuel Toussaint (México: Cultura, 1928), Ermilo Abreu Gómez (México: Contemporáneos, 1928 y Botas,

[30] México: Fondo de Cultura Económica, 1951-1957, con reedición del primer tomo, Lírica Personal, a cargo de Antonio Alatorre, 2009.

1940), Francisca Chica Salas (Buenos Aires: Estrada, 1940), Antonio Castro Leal (México: Porrúa, 1948), Juan Carlos Merlo y Gerardo Moldenhauer (Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1953), Georgina Sabat de Rivers y Elias L. Rivers (Barcelona: Clásicos Noguer, 1976) hasta la de José Carlos González Boixo (Madrid: Cátedra, 1992) por no citar más que algunas.

En lo que respecta a nuestro Bernardo de Balbuena o Valbuena como corrige Cayetano Rosell, no ha tenido el mismo éxito que Sor Juana Inés. Y esto por la razón misma de la calidad y recepción de la obra como por los *sponsores* que en su momento la patrocinaron. La obra más conocida de Balbuena es su *Grandeza mexicana*, editada en México por Melchor Ocharte en 1604[31] que se imprime acompañada de una especie de metapoética titulada *Compendio apologético en alabanza de la poesía*: un erudito tratado de poética que sostiene una concepción casi parnasiana de la belleza formal. La edición más usada y moderna es la de Francisco Monterde García Icazbalceta: *Bernardino de Balbuena y la "Grandeza Mexicana"* de 1941 y la que la incluye en el volumen titulado *Poesía lírica*, edición de Matías Barchino (Ciudad Real: Diputación Provincial de Ciudad Real) del año 2000.

Otra obra del jamaiquino es *Siglo de oro en las Selvas de Erífile del doctor Bernardo de Balbuena. En que se describe una agradable y rigurosa imitación del estilo pastoril de Teócrito, Virgilio, y Sannazaro* hecha en Madrid, por Alonso Martín[32].

En lo que respecta a la epopeya objeto de nuestro trabajo y como ya se anticipó, hay una edición *Princeps* titulada: *El Bernardo o Victoria de Roncesvalles Poema heroyco Del doctor don Bernardo de Balbvena Abad maior de la Isla de Iamayca Obra toda texida de vna admirable variedad de cosas. Antigüedades de España, Casas, y linajes nobles della, Costumbres de gentes Geográficas Descripciones dellas más floridas Partes del mundo, Fábricas de edificios y Suntuosos Palacios, Iardines, Caças y frescuras, Transformaciones, y Encantamentos De nuevo y Peregrino Artificio, llenos De sentencias, y moralidades* hecha en Madrid en la imprenta de Diego Flamenco en 1624[33]. Está la valiosa -aunque de divulgación- edición de Cayetano Rosell para la Biblioteca de Autores Españoles (BAE), en 1851 (vol 17, pp 139-399). De esta última edición de la BAE, hay una reproducción en 1948, en Madrid por la editorial Atlas, a la que no hemos tenido acceso hasta el momento. También la edición de Martín Zulaica López realizada en 2017 por Ars Poetica en España.

Hay en Wikisource en español, obras originales de Bernardo de Balbuena, en la que están incluidas la *Grandeza*, *El Siglo de oro* y *El Bernardo.* Se ha encontrado (sin fecha de edición) una *Biografía de Bernardo de Balbuena* por Fernández Juncos; una Edición de la Real Academia Española del *Siglo de Oro en las Selvas de Erifile* de 1914; una Edición facsímil del *Bernardo del Carpio* ilustrado editado en 1852 por Gaspar y Roig; una Antología del *Bernardo del Carpio* seleccionada

[31] Hay dos emisiones con dedicatorias diferentes.

[32] No hay reediciones que se sepa. Se prepara una edición en el *Cethi*, a cargo de la Dra. Tatiana Cuello Privitera, con beca de Conicet y presentación de Proyecto de Doctorado Personalizado en la FFyL-UNCuyo (2013) y aprobado en 2019.

[33] Hay reimpresiones de 1808, 1833, 1851, 1852, 1905 y 1914.

por Manuel José Quintana; algunos Fragmento de la *Grandeza mexicana* en una *Antología de la poesía Mexicana* de 1879 (Instituto de la Cultura) y las Obras digitalizadas de Bernardo de Balbuena en la Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España, que son hoy de muchísimo valor para el investigador.

En lo que respecta al grupo de editores novohispanos quien los representa de excelente manera es Margarita Peña con su edición de *Flores de Baria Poesía. Cancionero novohispano del siglo XVI*, editada en México por el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Autónoma de México en 1980 y reeditada por el Fondo de Cultura Económica en 2004, esta última, edición que aquí se maneja.

Se podría anotar, para concluir este breve espacio, que en la medida en que los editores andinos ponen el acento en el valor contextual y crítico del texto seleccionado, los novohispanos lo hacen en la recuperación de notas críticas filológicas e históricas que establecen con absoluto rigor la influencia y presencia de los grandes autores y poetas españoles peninsulares. Y esto muy probablemente porque si en el cono sur se parte de la obra monumental, política-histórica y sociológica del Inca Garcilaso, en el norte es Sor Juana y su intencional intertextualidad con los poetas e intelectuales del viejo mundo la que proporciona el protocolo a los editores posteriores. Y es curioso también que así como en la zona andina es la preocupación historiográfica la que predomina, aún desde un principio (como es el caso de *La Araucana*), en la Nueva España y su ámbito de influencia, sea la acumulación de datos y de erudición el rasgo predominante en sus autores más representativos.

Retrato de Bernardo de Balbuena con un epítome sobre su vida incluido en el libro Retratos de Españoles ilustres, publicado en el año de 1791

Criterios para la presente edición

Aspectos generales

A la hora de establecer el texto definitivo de una edición, el filólogo intentará acercarse lo más posible a la idea del original, muchas veces perdido. Aunque se conserve un manuscrito autógrafo, es posible que en él igualmente se hallen errores[34]. Por ello, la edición crítica intenta reflejar el arquetipo, el texto libre de erratas, aunque estas provengan del propio autor o de un ejemplar revisado por él. En este punto, seguimos los criterios de la Escuela de Filología Española, que se alinea en las directrices de la nueva filología y que frente a los métodos mecánicos en el establecimiento del texto al que apuntaban otras escuelas[35], plantea la necesidad de conocer en profundidad la lengua de la época y el estilo del autor:

> El estudio de la tradición textual como fenómeno de cultura viene proclamado abiertamente por A. Castro: "La filología es una ciencia esencialmente histórica; su problema consiste en prestar el mayor sentido que sea dable a los monumentos escritos, reconstruyendo los estados de civilización que yacen inertes en las páginas de los textos" [1924, 176]. La reconstrucción de la lengua del autor y de la época –el *usus scribendi*, podríamos decir- es objetivo prioritario en la tarea: "Lo frecuente es que haya varios manuscritos copia del original, y que a través de ellos tengamos que reconstruir la lengua de la primitiva redacción que no poseemos, al que suele llamar 'arquetipo'. Requisitos previos son conocer a fondo la lengua de la época y de la región del autor, y la de escritos análogos"[36].

Importantísimas son en la comprobación de nuestra hipótesis las variantes de autor, ya que contamos con varios manuscritos autógrafos:

> Cuando un autor introduce modificaciones en el texto del que se ha extraído ya alguna copia o simplemente lo corrige en una nueva fase redaccional, nos hallamos ante casos de doble redacción o de variantes de autor. El fenómeno, poco admitido en la escuela lachmanniana, comenzó

[34] "El filólogo francés Alphonse Dain, tras comprobaciones estadísticas, estimó que un copista medio, al reproducir un texto medianamente alterado, deja escapar una falta por página" (Cit. por Miguel Ángel PÉREZ PRIEGO. *La edición de textos.* Madrid: Síntesis, 2010, p. 26).

[35] El método lachmanniano fallaba en propugnar un texto único, pues ignoraba las variantes de autor y dobles redacciones: "Tras examinar los estemas de numerosas obras literarias, observó Bédier que a pesar de las más o menos complejas ramificaciones que presentaban, estas se reducían siempre a una estructura binaria [...] siguiendo a Lachmann, se corría continuamente el riesgo de una contaminación e hibridación de textos, es decir, de utilizar un testimonio para completar otro, a pesar de que dichos testimonios fueran autónomos y completos en sí mismos. Ante esa situación, Bédier proponía sencillamente el retorno a un solo manuscrito, al *bon manuscrit*, que habría que corregir y depurar únicamente en los errores evidentes. [...] Las objeciones y razonamientos de Bédier también alcanzaron amplia difusión, sobre todo en Francia y Bélgica [...] También surgieron algunas propuestas de corrección a este nuevo sistema. Se trataba en líneas generales, como propugnaron Alexandre Micha o Eugène Vinaver, de introducir algunos controles que impidieran la sola y descarnada transcripción del buen manuscrito, puesto que de ese modo podría llegar a legitimarse lo que era solo pura obra del copista y no del autor" (Cit. por PÉREZ PRIEGO, Op. Cit., p. 15).

[36] Castro, 1924, p. 192. Cit. por PÉREZ PRIEGO, Op. Cit., p. 18.

> a ser atendido a partir de los trabajos de Giorgio Pasquali[37] y hoy es una de las evidencias sobre las que opera la "filología de autor" [...] es una situación relativamente frecuente en la tradición textual de las obras modernas. De estas efectivamente conocemos muchas veces por testimonios originales, incluso autógrafos, las modificaciones que se han ido introduciendo en el texto debido al trabajo de lima del poeta o a su personal concepción del poema como una tarea viva y nunca acabada.
> Tampoco es exclusivo de las obras de época moderna. Lo tenemos bien documentado entre nuestros poetas del Siglo de Oro. De las *Soledades* de Góngora, por ejemplo, han llegado a discernir los críticos hasta siete fases en su redacción[38].

Esta elaboración sucesiva apunta en general al mejoramiento del texto, pero no siempre. A veces los cambios tienen que ver con determinadas circunstancias temporales, vuelven sobre algunos giros lingüísticos preferidos por el autor o se deben al deseo de remitir antes a unas fuentes literarias que a otras o de corregir alguna alusión histórica o literaria. En caso de doble redacción, "el editor debe ofrecer como texto crítico la última redacción aceptada por el autor y al mismo tiempo ha de dar cuenta de la historia genérica de la obra y de sus sucesivos estratos"[39].

Más allá de las reglas que rigen la edición textual, existe acuerdo entre los filólogos en que hay muchos aspectos que dependen del *iudicium* del editor y han de respetarse las diversas valoraciones que haga sobre las diferentes opciones técnicas que se le presenten. Cañedo y Arellano en una ponencia síntesis del "Seminario Internacional para la Edición y Anotación de Textos del Siglo de Oro", realizado en Pamplona en diciembre de 1986, se refieren a los principios básicos que cimentan el trabajo del editor, los cuales son:

a. fidelidad al texto.
b. finalidad de la edición
c. responsabilidad del editor
d. coherencia de criterios en el tratamiento del texto
e. comunicación texto-receptor (proceso que tiene al editor como mediador) (1986, 340).

Aspectos específicos

Begoña López Bueno en su artículo "Problemas específicos de la edición de textos poéticos: la ordenación del corpus"[40] plantea que el carácter fragmentario y breve del texto poético pone en tela de juicio la idea de un solo original auténtico. Además, la existencia de variantes de autor o redaccionales supone un desafío a la tarea editorial. Nos preguntamos: ¿Qué ocurre cuando no se cuenta con un original autógrafo? Cuando con lo único que se cuenta es con una Princeps "desprolija",

[37] Giorgio PASQUALI. *Storia della tradizione e critica del testo, seconda edizione con nuova prefazione e aggiunta di tre* appendici. Firenze: Le Monnier, 1952.
[38] Miguel Ángel PÉREZ PRIEGO, Op. Cit., p. 34.
[39] Miguel Ángel PÉREZ PRIEGO, Op. Cit., p. 34.
[40] Begoña LÓPEZ BUENO. "Problemas específicos de la edición de textos poéticos: la ordenación del *corpus*". En: *Criticón*, 83, 2001, pp. 147-164.

cargada de erratas y, aunque algunas están salvadas por el mismo editor, otras parecen ser o descuido o errores que se acarrean y se repiten inconscientemente.

Los criterios de edición de las obras del *Cethi* son aquellos establecidos en el Borrador de un acuerdo entre especialistas realizado después del Encuentro titulado "Hacia un estándar en la edición de textos antiguos españoles". Este se efectuó los días 25 y 26 de junio de 2007 y fue organizado por el Centro Internacional de la Lengua Española (*Cilengua*) de la Fundación San Millán de la Cogolla. Fue convocado con el fin de hallar acuerdos en lo referente a las representaciones gráficas de los textos, que permitiera abordar con mejores bases los proyectos de investigación del mencionado *Cilengua*. Por otra parte, el objetivo mediato sería lograr herramientas electrónicas de análisis de los textos y allanar el camino a los lectores de obras medievales y clásicos. La propuesta de partida, mejorada en el encuentro, había sido trabajada por el grupo de investigación GITHE de la Universidad de Alcalá y forma parte de los criterios de la Red Internacional CHARTA (Corpus Hispánico y Americano en la Red de Textos Antiguos).

El acuerdo da por sentados algunos supuestos, entre ellos: la edición crítica ha de optar por una presentación formal que facilite la comprensión del texto; cualquier propuesta debe considerar la lengua de llegada, en este caso el español actual, con su ortografía forjada históricamente; cuando los rasgos gráficos puedan tener valor fonético, se reflejarán, pero el principio general es la regularización de las diferencias gráficas, no fonológicas.

En consonancia con los criterios de regularización gráfica que se desprenden del acuerdo, en esta edición:

-se desarrollan las abreviaturas sin dejar constancia,

-se respetan las formas gráficas del texto (v. m. "vuesa merced" y no "vuestra merced") si la primera aparece desarrollada.

-se unifican las diferencias gráficas no fonológicas a fin de preservar la identidad de la palabra (mueue>mueve, v. 12, "Epístola décima, A Lope de Vega Carpio")

-se mantiene la alternancia entre formas no diptongadas y diptongadas de un mismo término (rogo-ruego).

-la apócope no requiere de marca especial (delant y no delant'), pero en nuestra edición colocamos este signo cuando lo consideramos necesario.

-en los contactos vocálicos entre palabras, la pérdida de una vocal se marca con (): sobrellos, sobrèllos; contral, contral̀.

-se reparten *u* y *v* según su valor vocálico o consonántico (soberuias>soberbias).

-en los textos del siglo XVII se propone regularizar b-v según el uso actual (imbidioso>invidioso,).

-se reparten *i, j, y* según su valor vocálico o consonántico: djxo: dijo; yguales: iguales; vierays; Iosef>Josef .

-la secuencia de vocal + i final se transcribe según los usos actuales (oi>hoy).

-la h expletiva se elimina (hedat>edat), salvo que separe sílaba y, en ese caso, se la señala con un lguión bajo.

-en los textos del siglo XVII se propone regularizar f, h y ø según el uso actual (oyo>hoyo).

-no se refleja la h interior si no ha tenido continuidad hasta hoy (veher>veer).

-se sustituye qu por cu para el valor [qw] (quan obediente>cuán obediente)

-se reemplaza ch por c o qu (Cherubin>Querubín,).

-se refleja c por qu (arquo>arco).

-en el caso de *mill* se simplifica en mil desde el siglo XVI [en la edición se simplifica fee].

-se presenta m para la implosiva ante b y p (combida).

-se respetan usos no etimológicos del tipo colu(m)pna (posible disimilación para evitar la asimilación o palatalización de las nasales).

-se coloca ñ en representación de la nasal palatal (anno>año).

-se restituye rr en formas como corer 'correr', pero no cuando parece que alternaron la vibrante simple y la múltiple (parroquia>parroquia, paroquia>paroquia).

-sc y sç se transcriben como c ante e, i cuando su valor fonético, por la época del documento, se suponga igual al de c (paresce>parece, sciencia>ciencia (prescio>precio .

-en los textos del siglo XVII se propone regularizar c, ç, z según el uso actual.

-se simplifica ss intervocálica en s.

-se regularizan i, j, g/x de acuerdo con el uso actual.

-se respetan los casos de supresión o adición de s (lo otros, volo digo, los buenos).

-las grafías "cultas" y las secuencias consonánticas se regulan si no tienen valor fonético particular (salvo en los contextos latinos, Phelipe>Felipe; charta>carta, thesoro>tesoro. Pero se mantienen cuando implican diferencia fonética, dino>digno; "respecta">respeta; considérese "sanctos", pero santos que rima con "llantos".

-se unen o se separan las palabras para mostrar las unidades léxicas y gramaticales de la lengua de la época del texto.

-se escriben juntas o separadas según el uso actual secuencias formadas por dos elementos gramaticales (porque, sino), un elemento gramatical y otro léxico (susodicho), dos elementos léxicos (maldecir).

-con respecto al uso de mayúsculas y minúsculas, se escribe inicial mayúscula cuando la puntuación lo exige.

-se escriben con mayúscula los nombres propios, así como los nombres comunes que, por fenómenos como la antonomasia, funcionan con el valor de aquellos (Salvador, Creador, Amor,).

-para las obras citadas en textos antiguos se preferirá mayúscula en el primer término.

-se aplican las reglas de acentuación vigentes respetando la prosodia de la época del texto (vío-vio; médula-medula, océano-oceano).

-se debe atender a las marcas de la versión original (Manuscrito si lo hay o Princeps) por su posible valor prosódico.

-podrá ampliarse el inventario de pares con tilde diacrítica respecto al uso actual: *dó* (verbo o interrogativo) / *do* (relativo); *dél* para *de él; és* (pronombre demostrativo) / *es* (adjetivo demostrativo), *es* (verbo); *á* (verbo aver) / *a* (preposición).

Para la presente edición de *El Bernardo* se llevaron a cabo los siguientes ajustes:

1. Se realiza en cada Libro el cotejo con la Edición de la BAE (1851).
2. Se actualiza conforme a las normas vigentes de acuerdo con los principios básicos de *Cilengua* ya enumerados lo concerniente a la puntuación, la acentuación y el uso de mayúsculas y minúsculas. La estrofa endecasílaba típica del 1600 y, muy particularmente la octava real que, como forma del verso épico es más narrativa que la silva o la estancia, exhibe la típica construcción ornamentada y amplia del baroco español, sobrecargado en subordinadas y yuxtapuestas. Otro dato que complica la puntuación es el uso de la mayúscula inicial del verso – en todos los casos eliminada- que hacía difícil marcar el encabalgamiento- muy frecuente por otra parte- y reordenar las subordinaciones. El uso de los dos puntos «:» lo hemos reducido al caso que lo aplica la preceptiva actual reemplazándolo por la puntuación que consideramos pertinente. Hay que tener en cuenta que los dos puntos (muy usados en las ediciones de la época) denotan una pausa mayor que la del punto y coma y proponen un cierto énfasis a lo que va a venir luego, que resulta una consecuencia o resumen de lo que se acaba de enunciar. Lo hemos conservado, no obstante, cuando Balbuena usa los dos puntos para indicar el inicio de un parlamento.
3. Se mantiene el uso de comillas «""» para los pasajes dialógicos, muy frecuentes en el texto ya que la *amplificatio* es constante y hasta abusiva. Se mantienen los pocos guiones y paréntesis que figuran de manera compatible con el uso actual y se reponen las diéresis que parecen escasear en la tipografía española: argüir, ungüento, etc.
4. Se amplifican en todos los casos las contracciones y elisiones de palabras.
5. Se revisaron y modificaron, tanto en el listado de abreviaturas como en el uso ortográfico de ciertas palabras comunes como de nombres propios y en relación con la edición de la BAE, algunos términos cuando así convino.
6. Se repone la *h* en todos los casos y se marca con un guion bajo la *h* sonora ya que incide en el aumento de sílaba del verso. Es el mismo caso que se

presentó con la edición de *La Christiada* y que fuera estudiado en su oportunidad[41].

7. Si, por un lado, hacia 1600 se usaba el acento ortográfico con avaricia ejemplar y, por lo común, solo para no incurrir en ambigüedad, por otro, en el siglo XIX – concretamente en la edición de Cayetano Rosell- se acentuó toda palabra que pudiera requerir un énfasis tal, cumpliera o no las reglas vigentes en ese momento del uso del acento. Por tanto, la acentuación aplicada al texto es totalmente moderna. Eliminamos todo signo gráfico supernumerario y nos ceñimos a los usos vigentes. En algunos casos excepcionales y por razón muchas de las veces de la rima (consta en todos los casos en nota a pie) hemos conservado la acentuación arcaica, de la misma manera que el uso de las licencias poéticas y, muy particularmente, del hiato y la ruptura de la sinalefa.
8. Se añade al final un Glosario de nombres propios de personajes y lugares fundamental para recuperar el sentido que cada uno de estos tiene en el desarrollo del texto.

Abreviaturas

BAE: Biblioteca de Autores Españoles

BNM: Biblioteca Nacional de Madrid

CETHI: Centro de Edición de Textos Hispanoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo

CHARTA Corpus Hispánico y Americano en la Red de Textos Antiguos

CILENGUA: Centro Internacional de la Lengua Española

RAE: Real Academia Española

P: Edición Príncipe

Bibliografía

Ediciones de las obras de Bernardo de Balbuena

BALBUENA, Bernardo de. *Grandeza mexicana del bachiller Bernardo de Balbuena, dirigida al ilustrísimo Y Reverenisimo Don Fr. García de Mendoza y Zuñiga, Arzobispo de México. Del Colegio de su Magestad.* México: Melchior Ocharte, 1604.

BALBUENA, Bernardo de. *Grandeza Mexicana del Bachiller Bernardo de Balbuena, dirigida al excelentísimo don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, y Andrade, Marques de Sarria, y Presidente del Real Consejo de Indias.* México: Diego López Dávalos, 1604.

[41] Cfr. Elena CALDERÓN de CUERVO. *Introducción* a la edición de *La Christiada* de Diego de Hojeda. Buenos Aires:Cethi-Nueva Hispanidad, 2008, pp 43-44.

BALBUENA, Bernardo de. *Grandeza Mexicana y Compedio apologético en alabanza a la poesía.* México: Sociedad de bibliófilos mexicanos, 1927.

BALBUENA, Bernardo de. *Grandeza mexicana de Bernardo de Balbuena,* editada según las primitivas ediciones de 1604, con una introducción y con notas sobre las obras y los autores citados por Balbuena, por John Van Horne, Urbana: Universidad de Illinois, 1930.

BALBUENA, Bernardo de. *Grandeza mexicana*, Edición y prólogo de Francisco Monterde, México: Ediciones de la Universidad Nacional, 1941.

BALBUENA, Bernardo de (2011) *Grandeza mexicana.* Edición de Asima Saad Maura. Madrid: Cátedra.

BALBUENA, Bernardo de (1608) *Siglo de oro en las selvas de Erífile.* Madrid: Alonso Martín.

BALBUENA, Bernardo de (1821). *Siglo de oro en las selvas de Erífile.* Editado por la Academia Española. Madrid: Ibarra.

Bibliografía general

AGNELLI, Giuseppe et RAVEGNANI, Giuseppe. *Annali delle edizioni ariostee.* Bologna: Nicola Zanichelli. 2 vol., 1933.

ALIGHIERI, Dante. *La divina comedia.* Buenos Aires, Centro Editor de Cultura, 2005.

ARACIL VARÓN, Beatriz. Hernán Cortés en sus Cartas de Relación: la configuración literaria del héroe. En: *Nueva Revista de Filología Hispánica,* vol. 57, nº 2, 2009, pp.747-760.

ARELLANO, Ignacio y MAZZOTTI, Antonio (Eds.). *Edición e interpretación de textos andinos*. Madrid, Iberoamericana, 2000.

ARIAS Y ARIAS, Ricardo. *La poesía de los Goliardos*. Madrid: Gredos, 1970

ARIOSTO, Ludovico. *Orlando furioso*. Texto bilingüe. Disponible en: https://es.wikisource.org/wiki/Orlando_furioso

AUERBACH, Erich. *Dante, poeta del mundo terrenal.* Traducido por Jorge Seca. Barcelona: Acantilado, 2008.

BARCIA, Roque. *Diccionario general etimológico.* Barcelona: Seix editor, 1880.

BARRAU DIHIGO, Lucien. *Historia Política Del Reino Asturiano.* Madrid: Cañada. T.5, 1989.

BARTHES, Roland. *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica. Ayudamemoria.* Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1974.

BENEYTO, Juan. *Historia social de España y de Hispanoamérica.* Madrid. Aguilar, 1961.

CALDERÓN de CUERVO, Elena. *Introducción* a la edición de *La Christiada* de Diego de Hojeda. Buenos Aires: Cethi-Nueva Hispanidad, 2008.

CAMELOT ALVAR, Carlos. *Breve diccionario artúrico.* Madrid: Alianza Editorial, 1997.

CASTILLO, Rosa. *Leyendas épicas españolas.* Madrid: Editorial Castalia, 1966.

CHEVALIER, Jean. (1995) *Diccionario de los símbolos.* Barcelona: Herder, 1995.

CHEVALIER, Maxime. *L'Arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du "Rolan furieux".* Bordeaux: Institut d'Études Ibèriques et Ibèro-Américaines de l'Université de Bordeaux, 1966.

CHRETIEN de TROYES. *Obras completas* (en papel), Barcelona: EDHASA, 2013.

COLLINS, Roger. *La España visigoda.* Barcelona, Crítica, 2004.

CONDE, Perfecto; REGUERA LÓPEZ, Arturo y FANDIÑO, Xosé Ramón. *Gran Enciclopedia Galega Silverio Cañada.* Barcelona: Lugo, 2003.

COROMINAS, Joan. *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana.* Madrid: Gredos. T. IV, 1954.

COROMINAS, Joan. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispano.* Madrid: Gredos, 1992.

CORTÉS, Hernán. *Cartas de Relación.* México, Porrúa, 2007.

CUEVA, Juan de la, *Bernardo del Carpio* (comedia en tres actos). Edición de Anthony Watson. Exeter: University of Exeter, 1974.

DE SANCTIS, Francesco. *Storia della letteratura italiana.* Morano: s/ed., 1870.

DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, José. *Métrica española.* Madrid: UNED: Arte y humanidades, 2014.

ELIADE, Mircea (1978) *Historia de las creencias y de las ideas religiosas.* Madrid: *Ediciones cristiandad.*

Enciclopedia Italiana di scienze, lettere ed arti. Roma: Insitituto della Enciclopedia Italiana, 1934-37.

ERCILLA y ZÚÑIGA, Alonso de. *La Aracuana.* Edición, introducción y notas de Marcos Moringo e Isaías Lernes, Madrid: Castalia, 1979.

FLÓREZ, Henrique. *Memorias de las Reinas Católicas. Historia genealógica de Casa Real de Castilla y León.* Madrid: Antonio Marín, T1, 1770.

FUMAGALLI, Giuseppina. *La fortuna dell'Orlando Furioso in Italia nel secolo XVI.* Ferrara: Zuffi, 1910.

GARCÍA PELAYO Y GROSS, Ramón. *Diccionario Larousse Ilustrado.* Madrid, Ediciones Larousse, 1993.

GISPERT, Carlos (Ed.). *Diccionario de literatura universal.* Madrid: Océano, 2005.

GONZÁLEZ GARCÍA, Vicente José. *Bernardo del Carpio y la batalla de Roncesvalles.* Oviedo: Fundación Gustavo Bueno, 2007.

GONZÁLEZ PORTO BOMPIANI. *Diccionario literario de obras y personajes de todos los tiempos y de todos los países*. 1ª ed., Barcelona, Montaner y Simón S.A., 1959.

GRIMAL, Pierre. *Diccionario de mitología griega y romana.* Barcelona: Paidós, 2009.

GULLÓN, Ricardo. *Diccionario de Literatura Española e Hispanomaericana.* Madrid: Alianza, 2 tomos, 1993.

LEONARD, Irving. *Los libros del conquistador.* México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

LÓPEZ BUENO, Begoña. "Problemas específicos de la edición de textos poéticos: la ordenación del *corpus*". En: *Criticón*, nº 83, 2001, pp. 147-164.

LÓPEZ DE SANTA CATARINA, Pedro. *Espejo de caballerías* (1527). Edición de Juan Carlos Pantoja. Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 2007.

MACRÍ, Oreste. "L'Ariosto e la letteratura spagnola". En: *Letterature moderne,* vol III, 1952, pp. 515-542.

MARCH, Jenny. *Diccionario de mitología clásica.* España: Crítica, 1998.

MARIANA, Juan de. *Historia General de España.* Madrid: Gaspar y Roig, 1855.

MARKALE, Jean. *Le Roi Arthur e la Societé celtique*. Paris: Payot, 1976.

MARKALE, Jean. *Contes populaires de toutes les Bretagnes.* Rennes: Ouest-France, 1977.

MARKALE, Jean. *Merlin l'Enchanteur ou l'eternelle quête magique*. Paris: Editions Retz, 1981.

MARTÍNEZ, José Luis. *Pasajeros de Indias. Viajes transatlánticos en el siglo XVI.* Madrid, Alianza, 1985.

MONMOUTH. Geoffrey of. *The Life of Merlin, Vita Merlini.* ReadaClassic.com, 2011.

MONMOUTH, Geoffrey of. *Historia Regum Britanniae*: A Variant Version. Medieval Academy of America, 2012.

MORBY, Edwin S. "A latin Poem of Ariosto in Spanish". En: *Modern Language Notes*, LXX, 1955, pp. 360-362.

OVIDIO NASÓN, Publio. *Las metamorfosis.* Madrid: Editorial Gredos, 2008.

PAOLI, Michele e Monica PRETI (Eds.). *L'Arioste et les arts*. Milano: Officina Libraria, 2012.

PASQUALI, Giorgio. *Storia della tradizione e critica del testo, seconda edizione con nuova prefazione e aggiunta di tre appendici.* Firenze: Le Monnier, 1952.

PAULA MELLADO DE, Francisco. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europea – Americana.* Madrid: Espasa Calpe, 1924.

PELLICER, Juan Antonio. *Bibliotheca Hispana Nova sive Hispanorum scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV floruere noticia*. 2 vol. Madrid: Joaquín Ibarra, 1783-1788.

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel. *La edición de textos.* Madrid: Síntesis, 2010.

PIERCE, Frank. *La poesía épica del Siglo de Oro.* Madrid: Gredos, 1961.

RODRÍGUEZ PRAMPOLINI, Ida. *Amadises de América: la hazaña de Indias como empresa caballeresca.* (México: Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, 1948.

Romancero de romances moriscos. Madrid: Agustín Durán, 1614.

Romancero de romances moriscos. Madrid: Agustín Durán, 1614.

SABAT de RIVERS, Georgina. *El Barroco de la contraconquista. Primicias de conciencia criolla en Balbuena y Domínguez Camargo.* En: Biblioteca Virtual Universal. Disponible en: https://www.biblioteca.org.ar/libros/153980.pdf

TESTI, Gino. *Dizionario di Alchimia e di Chimica Antiquaria*, Roma: Mediterranee: 1950.

TORRE, Esteban. *El ritmo del verso. (Estudios sobre el cómputo silábico y la distribución acentual, a la luz de la métrica comparada, en el verso español moderno)*. Murcia: Universidad de Murcia, 1999.

VAN HORNE, John. *"El Bernardo" of Bernardo de Balbuena. A Study of the Poem with Particular Attention to its Relations to the Epics of Boirado and Ariosto and to its Significance in the Spanish Renaissance*. Urbana: The University of Illinois, 1927.

VAN HORNE, John. *Bernardo de Balbuena. Biografía y crítica*. Guadalajara (México): Impr. Font, 1940.

EL BERNARDO
O VICTORIA DE RONCESVALLES

Poema heroico

DEL DOCTOR DON BERNARDO DE BALBUENA
ABAD MAYOR

De la isla de Jamaica

Obra toda tejida de una admirable variedad de cosas, antigüedades de España, Casas y linajes nobles de ella costumbres de gentes geográficas, descripciones de las más floridas partes del mundo fábricas de edificios y suntuosos Palacios, jardines, casas y frescuras transformaciones y encantamientos de nuevo y peregrino artificio llenos de sentencias y moralidades.

Al Excelentísimo Don Franco de Castro Conde de Lemos de Andrade y Villalv,a Marqués de Sarriá, Conde de Castro y Duque de Taurisano, Comendador de la encomienda de Hornachas, del Consejo de Estado de su Majestad, Virrey Capitán General que ha sido de los reinos de Nápoles y Sicilia y Embajador de Roma.

Con Privilegio
en Madrid por Diego Flamenco Año 1624
Juan de Diesa sculpsit

TASSA

Yo lázaro de Ríos Angulo Escribano del Rey nuestro Señor, que por mandado de los señores del consejo de su Majestad, hago oficio d Escribano de Cámara de los que en l residen, certifico que habiendo visto por los señores de un Libro intitulado, El Bernardo de Balbuena Obispo de la Isla de San Juan de Puerto Rico, que con la licencia de los dichos señores fue impreso, tasaron cada pliego de los del dicho libro a cuatro maravedís. Y parece tener setenta pliegos con principios y fines, que al dicho respecto, monta doscientos y ochenta maravedís, y a este precio y no más mandaron se venda, y que esta tasa se ponga al principio de cada libro de los que se imprimieren, y para que de ello conste doy esta fe en Madrid a veinte y ocho días del mes de setiembre de mil seiscientos veinticuatro años.

Lázaro de Ríos

Vea este libro el señor doctor Mira de Mescua, y enviéme su censura. En Madrid en último de enero de 1609.

El Doctor Gutierre de Cetina

APROBACIÓN

Este poema heroico, llamado el Bernardo, que v. m. me remitió, he visto con particular atención, y pienso que los españoles ingeniosos, dados a la lección de poetas, no tienen en su lengua Poema como este, porque en la variedad de los sucesos, y episodios hallaran imitado a Ludovico, Ariosto, y en la unidad de la acción, y contextura de la fábula, a Torquato Tasso, y así merece ser impreso y leído y su autor alabado. También advierto a v. m. que no hay en él cosa contra la Fe Católica y buenas costumbres. Guarde Dios a v. m. largos años, de casa y febrero 9 de 1609.

El Doctor Mira de Mescua

[FE DE ERRATAS]

Las erratas de este libro del Bernardo: por el primer número, se entiende el libro, y por el segundo, la octava.
Lib. I. estancia 70, vno, 1. vano. Lib. I. est. 226. mamo□a, 1. famo□a. Lib. 2. est. 20. aquilados, 1. alquilados. Lib. 2. est. 83. heredo, 1. heredero. Libro 6. est. 93 yernas, 1. yervas. Lib. 10. est. 20. Castillo 1, las pinturas. En la misma, lucende. En la misma, claras. Lib. 10. est. 56. azero, 1. acento. Lib. 11. est. 32. qua, 1. que. Lib. 12. est. 50. abteracion, 1. alteración. Lib. 14. est. 5. gasta, 1. degastada. Lib. 14. est. 16 acerrado, 1. acerado. Lib. 5. est. 144. presa, 1. presea. Lib. 16. est. 162. vaño, 1. vaños. Lib. 20. est. 33. al tuo, 1. al bulto. Lib. 20. est. 40. de golpes, 1. de tres golpes. Lib. 21. est. 33. vipa, 1. vida. Lib. 21. est. 56. podrais, 1. podras. Lib 22. est. 157. Namones, 1. Nasamones.

Este libro intitulado *El gran Bernardo del Carpio* con estas erratas corresponde con su original. En Madrid a 18 de setiembre de 1624 años.

El licenciado Murcia de la Llana.

[PRIVILEGIO]

EL REY

Por cuanto por parte de vos el Reverendo *in Cristo* padre, Don Bernardo de Balbuena Obispo de la isla de San Juan de Puerto Rico, de nuestro Consejo, nos fue hecha relación que vos habías compuesto un libro intitulado, *Bernardo del Carpio*, y por nos se os había dado licencia para le poder imprimir, y privilegio constaba, de que fue hecha presentación ante los del nuestro Consejo: y porque el dicho privilegio se os había dado en once d julio del año pasado de mil seiscientos nueve, y el término de los dichos diez años era cumplido sin usar del por la ausencia que había, hecho de estos nuestros reinos, nos fue pedido y suplicado os mandásemos prorrogar el término de la dicha licencia y privilegio por otros diez años más o por el tiempo que fuésemos servido, para que durante él le pudiese imprimir y vender conforme al dicho privilegio, o como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los del nuestro Consejo, fue acordado, que debíamos mandar dar esta nuestra Cédula para vos en la dicha razón, y nos tuvimos lo por bien. Por la cual os prorrogamos y alargamos el término de la dicha licencia y privilegio que por nos se os dio, para poder imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención, por otros diez años más, los cuales corran y se cuenten desde el día de la data de esta nuestra cedula, durante los cuales os damos licencia y facultad, para que podáis imprimir y vender el dicho libro, conforme al que así se os dio, guardado su tenor y forma, fin exceder en cosa alguna: y cumplidos los dichos diez años, mandamos no se imprima ni venda más el dicho libro, sin tener para ello licencia nuestra. Fecha en Madrid a nueve días del mes de Julio de mil seiscientos veinticuatro años.

Yo el Rey.
Por mandado del Rey nuestro Señor.
Don Sebastián de Contreras.

DEDICATORIA

AL EXCELENTÍSIMO
Señor don Francisco Fernández de Castro, Conde de Lemos y Andrade, Marqués de Sarriá, Duque de Taurisano, &c.

Este poema heroico del famoso Bernardo del Carpio, en que se describe la esclarecida descendencia de la Excelentísima Casa de Castro, ha más de catorce años que se le dedicó su autor en esa Corte, al gran Mecenas, de todas las buenas letras, y habilidades de España, el Excelentísimo Don Pedro Fernández de Castro, que esta en el cielo, hermano de V. Excelencia y después que la suya con la agradable benignidad de su nobilísima condición, no se desdeñó de honrar la obra, pasando los ojos por ella, debajo de la aprobación de su clarísimo ingenio, se ganó privilegio para imprimirla, lo cual hasta ahora no se ha hecho, por las dificultades con que de ordinario caminan las cosas que van sobre diligencia de cuidados ajenos: ahora su autor, que puede decir, que ha salido de nuevo al mundo, de las soledades de Jamaica, donde este tiempo estuvo como encantado, por refrescar el gusto en la memoria de haber hecho este pequeño servicio, a quien se debían los mayores de la tierra, la ha mandado poner en la estampa, suplica a vuestra excelencia, como a dignísimo sucesor, no solo la nobilísima casa y estado, sino de las demás heroicas y soberanas virtudes, entendimiento, magnanimidad y gentileza de ánimo de su tan querido hermano, la favorezca con admitirla por suya, y dar licencia que ella y su autor gocen debajo de la protección y amparo de un tan gran príncipe, la honra y acrecentamientos que desean, cuya excelentísima persona guarde nuestro señor muy felicísimos años, etc.

El doctor don Bernardo de Balbuena.

PRÓLOGO

Aunque sacar ahora la luz este libro, en alguna manera desdice de lo que en rigor toca a mi oficio y Dignidad, y a la profesión de púlpito, y estudios de Teología porque el tiempo dueño de las acciones humanas, de tal manera altera y muda las cosas, que lo mismo que en uno era gala, bizarría, en otro suele heredar diferentes nombres. Con todo eso lo que en una ocasión fue virtud reconocerlo por tal, en otra no puede ser vicio; y así este poema, además de haber sido los primeros trabajos de mi juventud, fábrica y compostura del calor y brío de aquella edad, que tiene por gala semejantes acontecimientos y partos de imaginación, todo él es sujeto heroico y grave, lleno de honestidad, modestia, y pureza de lenguaje. él es sujeto heroico y grave, lleno de honestidad, modestia, y pureza de lenguaje. Y cual de necesidad se requería para celebrar el Real origen y descendencia de la excelentísima casa de Castro, una de las más calificadas de Europa.

Y aunque para el vulgo y generalidad del pueblo, que por la mayor parte lee esto libros, sin más advertencia, que a sola armonía de los consonantes, o al superficial deleite de la fábula, no había que hacer este discurso ni menos para los doctos, que versados en letras humanas saben de todo fundamento lo que yo aquí puedo repetir: todavía quise servirles el plato con salva a los unos que procuren seguir los preceptos de su arte, y a los otros, que si quisieren salir de su ordinario paso, y entrar al fondo de las cosas, hallen senda y camino por dónde. Y así digo, que deseando yo en los principios de mis estudios, y por alivio de ellos, poner en ejecución y práctica las reglas de humanidad, que en la Poética y Retórica nos acababan de leer (Clase por donde todos en la niñez pasamos) y celebrar en un poema heroico las grandezas y antigüedades de mi Patria en sujeto de alguno de sus famosos héroes, cuyas admirables hazañas, asombrando con Majestad el mundo, también con la de su fama pregonan el descuido de su nación, me puse a buscar un asunto que levantando con su espíritu el mío, tanto en la grandeza de sus partes, se llegase a la perfección del arte que siguiendo yo el que de esta facultad Aristóteles nos dejó en sus obras, esta mía saliese, sino con toda perfección, con los menos descuido posibles.

Este fue el fundamento de acometer en aquella primera edad con los bríos de la juventud, y la leche de la Retórica, a escribir este libro, que pudiera haber salido a dar cuenta de si muchos años ha, pues de diez que se le concedieron de privilegio, más son ya pasados más de los seis, y poco menos de veinte que se acabó, aunque no de perfeccionar, que esto es inacabable. Al fin sale ahora por gusto y consejo de personas que le tienen bueno y le saben dar mejor en casos de mayor importancia, persuadido, que no por haber trocado el tiempo el estado y profesión de las cosas, era justo, se perdiesen aquellos primeros trabajos, que para algo podría ser bueno, supuesto que el dejarlos perder y olvidar, para siempre, no era de provecho para nada a con que convino ayudar a su voluntad la mía, y dar por la misma regla cuenta de las que fui siguiendo en el discurso de esta obra.

Y sea la primera que por cuanto las fábulas que se fundan en alguna breve historia, dice el filósofo, que son las de mayor artificio y lustre, y las que de la centella de la verdad dan el rayo del deleite, vestido demás verosimilitud y hermosura, trabaje en hallar una, que sirviendo de fundamento a mi poema, en sí misma fuese breve, admirable, y d varón famoso, y tan llena de rastros de grandeza, en la memoria de los hombres, que desde luego el tratar de ella, la hiciese agradable y deleitosa.

Tal me pareció la de nuestro famoso español Bernardo del Carpio, breve en su discurso, como lo son casi todas las historias de aquel tiempo, admirable por la pomposa fama con que siempre sus hechos se han celebrado de memoria en memoria hasta la nuestra, de Príncipe heroico, descendiente de la Real sangre de los Godos, y por el consiguiente de la mayo nobleza de la tierra.

Y porque la acción en estas obras, ha de ser una, y esa de la persona principal (que llaman épica) la más famosa, escogí la más célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española, el Rey Don Alonso el Casto su tío, por cuyo General iba, destruyó la potencia de Carlomagno, que venía a dar sobre Asturias, venciendo por su persona y las de sus españoles, los tan celebrados Paladines de Francia, y dando de su mano, con el último de sus golpes, muerte a Roldán, el principal de todos, en que se remata la acción y el libro, porque siendo a que la muerte la del hombre más famoso que por aquellos siglos había a pasar adelante en sus victorias fuera decrecer en la grandeza y Majestad de ellas.

Algunos del número primero, a quien en estos discursos respondo, me habrá ya en diversas ocasiones hecho cargo, que esta victoria de Roncesvalles, y muerte de los Doce Pares, en ella se tiene comúnmente por incierta y fabulosa, según la apurada diligencia de los más graves historiadores de España, que con ser a favor suyo, hay pocos que la admitan por verdadera a con que parece, que desde luego entra esta mi obra manca, pues toda su máquina se funda sobre cimiento dudoso, y aun por ventura d todo punto falso, pues los encantamientos de Orlando, las bravezas de Reinaldos, las traiciones de Galalón, las mágicas figuras y cercos de Malgesí, y las demás caballerías de los Doce Pares, con su tan celebrado coronista, y arzobispo Turpín, más tienen de fabuloso, que verdadero a no solo en las historias graves, más aún en el juicio y estimación de un moderado discurso.

Digo pues, a toda esta objeción, que lo que yo aquí escribo es un Poema heroico a el cual, según doctrina de Arist. Ha de ser imitación de acción humana en alguna persona grave, donde en la palabra, imitación, se excluye la historia verdadera, que no es sujeto de poesía, que ha de ser toda pura imitación, y parto feliz de la imaginativa, donde de paso se verá cuan advertidamente hablan los que la principal calidad de sus obras en verso, halla, que el no haberse desviado un punto de la verdad, como quiera que cuanto más de esta tuvieren, tanto ellos tendrán menos de poetas, pues dice el mismo filósofo, que si la historia de Heródoto se hiciese en verso, no por eso sería poesía, ni dejaría de ser historia como antes, que es la razón porque tan poco Lucano es contado entre los poetas, con haber escrito en verso a porque la poesía ha de ser imitación de verdad, pero no la misma verdad, escribiendo las cosas, no como sucedieron, que esta ya no sería imitación sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfección que puede alcanzar la imaginación del que las finge, que es lo que hace unos poemas mejores que otros y así para mi obra no hace al caso, que las tradiciones que en ella digo sean ciertas o fabulosas, que cuanto menos tuvieren de historia, y más de invención verosímil , tanto más se habrá llegado a perfeccionar que le deseo.

La acción y fundamento del poema es este, el artificio de su ampliación, es imitando las personas más graves de la Ilíada de Homero, porque la del rey Casto es la de Agamenón, la de Bernardo, la de Aquiles al que la diosa Tetis dio a criar al Centauro Chiron, y la hada Alcina al sabio Orontes, Ferraguto, es Áyax, Telamón, Galalón, Ulises, Morgante, Diomedes, y Roldán, Héctor, y así de los demás.

Y porque la Majestad heroica, conforme a nuestra religión, hacen falta para lo verosímil, las deidades, y semidioses, con que los antiguos hacían tan admirables y pomposos sus poemas, el Bayardo, y los que le han seguido inventaron en su lugar las Hadas, y encantamientos de los Magos, que siendo potestades superiores, sirven de levantar la fábula, y hacerla en el deleite y alegoría más vistosa y admirable. Yo en esto seguí lo que hallé inventado por tratar de las mismas hazañas, y de los mismos héroes, que la común tradición nos da muertos a manos de nuestro Bernardo, y de sus españoles y así este poema se puede llamar el cumplimiento, la última línea y la clave que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas y aquellos portentos y asombros, que de los príncipes de aquel siglo, con tanta admiración ha celebrado lo mejor de Italia y Francia.

En la narración de la fábula, de tal manera proseguí su discurso, que sin comenzarla por el principio quedase en el fin patente y descubierta en todas sus partes porque así como el mundo consta de dos géneros de cosas, unas naturales, y otras artificiales, así también hay dos modos de contar y hacer relación de estas mismas cosas, uno natural, que es el histórico, y otro artificial, que es el poético, y así como sería el defecto en el discurso natural, no comenzar las cosas con claridad desde sus principios, siguiéndolas ordenadamente hasta los fines, así lo sería en el artificial contarlas sin artificio, y como las cuenta el historiador y así conviene, que la narración poética, no comience del principio de la acción que ha de seguir, sino del medio, para que así al contarla toda, se comience, se prosiga y acabe artificiosamente, y traiga con eso en su discurso aquel deleite que el artificio con su novedad y la novedad con su admiración suelen causar tanto mayor cuanto más ingenioso es, y más sutiles, y menos violentas invenciones/ intenciones descubre.

Sirve también este modo de contar las cosas, con artificio de engañar disimuladamente el receloso gusto del lector, que siempre con la prolijidad se cansa a el cual comenzando su lectura, por el medio de la fábula, caminando tras los deseos de saber su principio. Al encontrarlo, se halla tan cerca de fin, que no le es molesto acabar lo que resta y esta es la razón porque mi poema no se comenzó, como dice Horacio, por los huevos de Teda. Esto es del conocimiento de Bernardo, ni de su educación y crianza, sino de los alborotos de la guerra de Francia, que ya le hallaron criado y hecho hombre valeroso en el mundo, sin dejar por eso de contar su nacimiento y origen, sus hazañas y descendencia, y cuanto del, y de sus sucesores han escrito los historiadores más graves de nuestra nación, hasta ochocientos años después de su muerte, con lo más florido de las antigüedades y nobleza de España, descripciones de lugares, montes, ríos, y fuentes, castillos y palacios suntuosos, con una casi universal Geografía del mundo, sembrada artificiosamente por el, y las costumbres unas notables de sus naciones, y aquellas que por haber dejado vistoso rastro de sí en las memorias de las gentes más dignas, juzgue de ser celebradas.

Y no solo este artificio, se guardó en lo principal de la acción, más así en sus episodios, o digresiones, no hay fábula, que antes de mostrar su fin, no ponga al Lector en las manos los principios de otra, de no deleite y gusto, dejando siempre, la primera, en el mayor riesgo, y en lo más apretado del nudo, y donde el deseo queda más violentado, y el deleite más empeñado en lo por venir artificio a mi parecer, poderoso, a llevar entretenido hasta el fin, con el natural apetito de saber al gusto más tibio y el lado que en el entrare.

Para todo lo cual, y para mejor tejer las narraciones de un poema tan largo, sin cansar demasiado con ellas, procuré que la persona del autor hablase en el lo

menos que fuese posible y con que también se pudo añadir a la fábula más deleite siéndole por esta vía permitido el extenderse a cosas más admirables sin perder la verosimilitud porque si la persona del poeta contara los monstruos de Creta, o el origen de la ciudad de Granada, careciera lo uno y lo otro de apariencia de verdad más referidos estos casos por tercera persona, queda con todo lo admirable, y el Autor no fuera de lo verosímil porque si no lo es, que Gravinia se convierte en árbol, y Estordián en gusano de seda, es lo, y muy posible, que aquellos cuentos por entonces anduviesen en las bocas de los hombres de aquel mundo, y los unos los contasen a los otros debajo de aquella misma opinión que los oían , que si de la imitación poética, la porción mayor de su fin, es el deleite, en ningún modo le podrá dañar el enriquecerla de ese tesoro, por todos los caminos posibles.

Mas, porque este con perfección no se consigue menos que moviendo las pasiones del ánimo, y estas con ninguna cosa se mueven tanto, como con la compasión y el miedo en los sucesos ajenos, que mientras más lastimosos y tristes, más poderosos son a mover los presentes. Hice lo posible, porque este poema en sus partes, y en su todo, fuese una apurada tragedia, y que así lo principal de su deleite le naciese de la compasión de tantas muertes lastimosas, sucesos trágicos, destrozos de gentes, truecos de reinos, y caídas de Príncipes, como por el van sembrados, con que no solo se deleita el gusto, se mueve el ánimo, y sus pasiones, más aún con su encubierta moralidad y alegoría, le deja instruido en las virtudes, y saboreado en ellas, dibujándole entre el deleite de la fábula, y sus colores retóricos en la persona de Bernardo, que es la Épica, un Príncipe soberano, invencible, generoso, lleno de heroicas virtudes de magnanimidad y fortaleza, en la del Casto Alfonso un Rey prudente y Católico, en la de Carlomagno un victorioso y potente Monarca, mal aconsejado, la atrevida libertad de un lisonjero en Galalón, un mancebo disoluto y libre en Ferraguto, un prolijo hablador en Galirtos, en Angélica, una distraída cortesana, a quien ya el tiempo va marchitando los claveles de su rostro, y las flores de su juventud, en Garilo un astuto ladrón, y en Arleta una sagaz hechicera supersticiosa, la gran fuerza del favor en la fuente de la Hada Iberia, en el desgraciado Arnaldo, los embelecos y fábulas de un Alquimia, la disoluta vida de un tirano en Bramante, y las desatinadas blasfemias de un soberbio en las de su hermano Morgante y en lo principal de la acción, lo poco que hay que fiar en favores de Fortuna, y prosperidades de tiempo.

Más porque tocar toda la moralidad, fuera dilatar demasiado este discurso, remito al Lector que la quisiere, al fin de cada libro, y de aquí al principio del primero, por donde desde luego entre haciendo anatomía, sino de la apurada observación del Arte, a lo menos de un cuidadoso e infatigable deseo de acertar con la vena del deleite, para dar con ella en la de gusto.

Y porque el ser los versos de muchas dicciones y sinalefas, los hace llenos y sonoro, y el tener pocos, flojos, y humildes, y dos asonantes juntos disminuyen la suavidad de las cadencias, y los consonantes en verbales, humillan mucho el estilo, y le descaecen, se ha huido todo lo posible de esta dos cosas, procurando llenar los versos, de manera que en cinco mil octavas que tiene este poema, que son cuarenta mil versos, no se hallará uno que sea de solas tres dicciones, sino que el menos lleno tiene cuatro, y de hay para arriba, de ocho y de nueve, de catorce y quince sílabas, y algunos de catorce dicciones, y diez y ocho sílabas, como el último de la octava 138 del libro Nono, que dice: *Qué es bien, qué es mal, qué es fin, qué es vida y muerte.*

LIBRO PRIMERO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Describe este primer libro, los estados de España y Francia, los alborozos de la guerra, el gran viaje de la Hada Alcina a los Palacios de Morgana, la prisión del conde de Saldaña, y de don Teudonio, el cual da cuenta al Conde, de su linage, y antigua privanza con el Rey Casto, y como el Tirano Manuces se apoderó del reinado de León, y por negociación suya el Emperador Carlomagno envió con dos Gaiteros, un gran socorro de gente que Rodamonte desbarató en el camino, con la muerte de Rosa y su amante, y la hermosa arquitectura de los Palacios de Morgana.

1. Cuéntame oh musa, tú, el varón que pudo
a la enemiga Francia echar por tierra
cuando de Roncesvalles el desnudo
cerro gimió al gran peso de la guerra.
¡Tanto en Alcina hizo un dolor mudo!
¡Tanto el celoso ardor que su alma encierra,
tanto la invidia obró, tanto la saña
de defender su invicta tierra, España.

2. Allí donde de un grave desafío,
el trágico suceso lastimoso,
a los pies de un leonés el cuerpo frío
del francés arrojó más orgulloso!.
Tú, de esta fuente caudaloso río,
de su real sucesión fruto precioso,
por quién la Fama ya promete a Castro
láminas de oro y bultos de alabastro.

3. Mientras que de Austria el sucesor divino,
por honra a su diadema soberana,
a su diestra el asiento más vecino,
cual mereces en dártele se ufana;
y el nuevo mundo de gozarte indino,
en voz te adora y en librea humana,
y tu sangre heredada de mil reyes,
honor le envía y moderadas leyes.

4. Muestra aquí tu valor, que si allanares
del Parnaso a mi voz las agras cuestas
las alas que en mis hombros levantares
te dejare en tu heroico templo puestas;
estense Apolo y Baco en sus altares,
esté dando furor y aquel respuestas,

que tú, que en majestad al mundo sobras,
con tus grandezas honrarás mis obras

5. Donde en el mar Cantábrico se acaba
la rica Europa y en su golfo helado,
las fértiles arenas ciñen y lava
al inculto español nunca domado;
un pequeño rincón solo quedaba,
que la bárbaro furor había sobrado,
y en él, el Casto Alfonso recogido
de estrecho y breve término ceñido.

6. Aquí se conservaba antiguamente,
como en el duro pedernal guardada
la santa luz de una centella ardiente
jamás de infernal hielo apagada;
aquella ilustre y belicosa gente,
de la Fortuna hija regalada,
corona universal, cetro fecundo,
dé honor a España y dé gobierno al mundo

7. Y bien que entonces del furor de Marte
viese arruinando su florido asiento,
y del morisco bárbaro estandarte,
de sombras llene y de pavor el viento;
el que más tuvo en sus despojos parte
menos seguro vio su vencimiento;
que no trueca su tierra a gente extraña,
menos que a sangre la invencible España.

8. No se vio en Colcos el vellocino
bañando el aire con vislumbres de oro
entre más enemigos cuando vino
la flor de Grecia a entrar en su tesoro;
ni las manzanas del metal más fino,
que Atlante cría y beneficia el moro
de más Hércules fueron asaltadas,
ni con más sed ni más calor buscadas.

9. Que el agradable reino y fértil tierra
que el Betis riega fue de gente extraña
que es hambre de oro la sangrienta guerra
hija cruel de la ambición y saña;
y los tesoros que en su seno encierra
siempre inquietaron a la rica España,
desangrando sus venas por mil modos,
griegos, romanos, árabes y godos.

10. A todos dio la bárbara codicia
de sus metales loco atrevimiento
de violar con hidrópica avaricia,
los sacros bosques de su alegre asiento;
hasta que al fin de Arabia la malicia.

con soberbia, crueldad, y horrible intento
más de sangre sedienta que de imperio,
volvió el suyo en estrecho cautiverio.

11. Y aunque desde aquel día lastimoso
que sobre el desgraciado Guadalete
cayendo el nombre ilustre y cetro honroso
donde, en el mar de Cádiz, se entremete;
de azares hizo el Hado su reposo,
y que de su grandeza se interprete,
el agorero río en quien hundido
su invencible valor quedó en olvido.

12. La paz y majestad que antes gozaba
vuelta guerra y común desasosiego,
cuanto en sus anchos términos sonaba
era de un feroz Marte el voraz fuego;
la altiva frente desdeñosa y brava,
de ardiente rabia llena y furor ciego
viendo sembrado en su español distrito
del mauro pueblo, el número infinito.

13. Y bien que un triste asalto y ronco estruendo
vio siempre su primer sosiego asido
después que entre peñascos revolviendo
sobre el honor y crédito perdido;
salió del cuello altivo sacudiendo
el yugo infame a que le había rendido
sin gozar tiempo, término, ni tierra,
de asaltos libre y de ambición de guerra.

14. Mas en la que al presente está alterada
a toda antigua competencia excede
sin que desde la cumbre más nevada
del Alpe helado, al firme Atlante que de
pueblo, gente o nación tan olvidada,
que en ella con su riesgo no se enrede
que este fue el ademán en que Fortuna
quiso de mil tragedias hacer una.

15. Ni cuando sobre aquella cueva altiva,
alcázar real de la perdida España,
del valiente Alcamán la furia esquiva
cubrió de gente y tienda la campaña;
y a no le reservar persona viva,
espigada de lanzas la montaña,
un nuevo rey acometió escondido,
que con mil hombres le dejó vencido.

16. Ni cuando a sus magnánimas conquistas
el católico Alfonso abrió la mano,
y con más lanzas que Tinacria aristas,
pasó a Galicia, ejército asturiano;

y en varios lances y en copiosas listas
gran número añadió al pueblo cristiano
de victoriosos triunfos, cuya gloria
eterna da a los siglos su memoria.

17. Ni otro alboroto, brega, ni ruido,
de los que en aquel tiempo peligroso
el grave reino vieron consumido,
de asaltos lleno y falto de reposo;
ni con mayor estruendo y alarido,
sonó el arnés de Marte belicoso
que hoy sobre la cerviz y altiva frente
de la francesa y española gente.

18. ¿Las causas de tan nuevas disensiones
qué furia las sacó sobre la tierra?
¿Cuál dios de tan parientes escuadrones
la ira trazó de esta enconada guerra?
¿Nacieron de odio antiguo sus pasiones,
o del furor que la ambición encierra?
¿O las cosas violentas cuesta arriba
su misma pesadumbre las derriba?

19. ¿Por dónde abriré senda a los portentos
que estos siglos sembraron por el mundo?
¿En cuáles casos, sobre cuáles cuentos
mi estéril verso volveré fecundo?
¿De esta antigua preñez de pensamientos,
cuál el primero haré, cuál el segundo?
¿Qué brazo, qué valor, qué brío, qué saña?
el discurso guiará de esta hazaña?

20. Por los campos sepulcros olvidados
se han visto temerosamente abiertos
y los enjutos cuerpos descarnados,
de triste amarillez salir cubiertos;
los ojos sin mover embelesados,
la voz sin fuerza, los cabellos yertos,
pregonando desdichas no pensadas,
con los vivos trocaron sus moradas.

21. El mar sus peces espantó bramando
y la tierra tembló de su bramido,
a quien mil monstruos fueron afeando
de vista y talle nunca conocido;
donde tal madre se asombró mirando
el hijo que ella misma había parido,
y muchos sin nacer, en no aprendidas,
palabras, dieron voces escondidas.

22. Y donde el nuevo horror en sangre fría
los alientos volvía más briosos,
donde con más violencia prometía

tristes tragedias a los lastimosos;
era sobre los ánimos que veía
de lo mejor del orbe victoriosos,
que siempre los favores de Fortuna
crecen para menguar como la luna.

23. Reinaba en las regiones del Occidente
Carlomagno, un gran príncipe famoso,
príncipe a quien las águilas de Oriente
su estandarte volvieron más pomposo;
obedecido de invencible gente
y sobre mil ciudades poderoso,
a cuyo nombre ilustre y lirios de oro
reverenció el cristiano y tembló el moro.

24. Los altos muros de trofeos cargados,
fama a sus victoriosos escuadrones,
los altares y templos coronados
de conquistadas armas y pendones;
despojos de enemigos destrozados
de indómitas y bárbaras naciones,
que las más peregrinas y extranjeras
llenas vieron de espanto sus banderas.

25. ¿Quién a los altibajos de la vida
punto dará y compás tan acertado,
que cortando del tiempo a su medida
el círculo feliz saque cuadrado?
Ninguno hasta el fin de la partida
se sueñe a sus contentos ajustado,
que en suerte humana todo es movimiento,
ni mal que dure, ni placer de asiento.

26. Triunfante el victorioso Carlomagno
con los favores de la instable rueda,
persuadido vivía en su mano
el punto estaba de tenerla queda.
¡Frágiles trazas del juicio humano,
que quién más fía en él sin él se queda,
que cierto es en la noche más serena
el decrecer la luna en siendo llena!

27. Después de haber el mundo amenazado
la Fama con la voz de sus victorias,
después de dar su nombre celebrado
con letras de oro escrito en mil memorias;
después de haberle a su sabor colmado
Fortuna el vano plato de sus glorias
y que cebado en ellas su contento
manos temía del contrario viento.

28. Para reseña y fin de sus mudanzas
y freno de ambiciosos corazones,

en su fama y pomposas esperanzas
hoy la flaqueza muestra de sus dones;
y pues a las más firmes confianzas
las desvanecen flacas ocasiones,
del bien o el mal, que el tiempo nos envía,
será el juez más cierto el postrer día.

29. Tenían sus belicosos paladines,
lleno el mundo y la Fama de proezas,
que en lisonjera lengua a varios fines
nuevas ensanchas daba a sus grandezas;
sonando en lo mejor de sus clarines
de Orlando las victorias y bravezas,
los muertos reyes, los gigantes fieros
de su invencible brazo prisioneros.

30. Del bravo Almonte y nuevo rey troyano
y el altivo Agricón la sangre ardiente
que halló su espada y derramó su mano
sobre las yerbas aún se está caliente;
y de Cimosco el instrumento vano,
ya sin rayos ni luz resplandeciente
por orla al vencimiento y triste caso,
del soberbio Agramante y rey Gradaso.

31. Mas como no hay valor siendo extremado
sin carcoma de pechos envidiosos,
el mundo de este antiguo error llevado
lleno estaba de quejas y quejosos;
de tan largas venturas enfadado,
que no hay sin agraviados victoriosos,
ni hombre tan ajustado y tan querido,
que de alguno no sea aborrecido.

32. Las hadas que a las cosas variables
de nuestro inferior mundo dan gobierno
y en cavernas y grutas espantables
vecinas viven del silencio eterno;
y del antojo humano los mudables
gustos al suyo revalidan tierno,
y en sus vacíos asientos desiguales,
los bienes acrecientan y los males.

33. Estas de los franceses paladines
en general estaban agraviadas,
destruidos sus palacios y jardines
y su halago y caricias despreciadas;
Alcina, sus tritones y delfines,
focas, ballena y redes delicadas,
deshechas ya y en libertad Rugero
del torpe lazo en que se vio primero.

34. Despreciada Morgana y su riqueza,

Febosilla su fama destruida,
Falerina su astucia y sutileza,
Osofana sus gulas y comida;
Filteorana su amor y su belleza
y la soberbia máquina caída
de Limaturia, Bruna y Aquilina
y el juvenil ardor de Dragontina.

35. Ninguna en el fatal colegio había
sin queja de francés, ninguna al cielo
sin lágrimas miró desde aquel día
que la furia de Francia pisó el suelo;
si no fue Logistilla, que seguía
de esta parcialidad el mejor celo.
Y sobre todas las afeitada Alcina
es la que a su venganza más se inclina.

36. Está en un lago oscuro de horror lleno,
su jardín y su casa destruida,
consumiéndose estaba en el veneno
de la afrentosa injuria recibida;
bien que su fértil isla y bosque ameno
cobrar pudieran la beldad perdida
y ella su alcázar con mayor tesoro
de cristal reformar y lazos de oro.

37. Mas ardiendo en deseos de venganza
a solo este deleite y gusto aspira,
que es mujer agraviada con mudanza,
metida en un celoso infierno de ira;
conoce que le ofende la tardanza
y que si la ocasión se le retira
su agravio pasará, que el tiempo leve
las penas traga y los agravios bebe.

38. Y como con la cólera quemada
se alumbra y sutiliza el pensamiento
de uno en otro discurso dio la hada
en la traza mejor para su intento;
de aquella rica y peligrosa espada
que Falerina obró en su encantamiento,
en conjunciones de menguante luna
y temples de mudanzas de fortuna.

39. Se acuerda, y revolviendo sobre el caso
los libros de su ciencia peregrina,
sin dejar del oriente al turbio ocaso
planeta, signo, aspecto y luz divina;
que no consulte, siga y mida el paso,
llegó a saber que el Hado determina
adquiera aquella espada vigor nuevo
en la templada sangre de un mancebo.

40. Faltole un punto cuando fue forjada
en las observaciones de su estrella
y esta falta con sangre reparada,
sus vivos filos volverán sin mella;
invencible y a su artífice vengada
la dejará y a Alcina sin querella,
si la bañare en una oculta guerra
la más heroica sangre de la tierra.

41. De un mago aspecto el abreviado punto
a decirle llegó que el mar Tirreno
ya sobre sus cristales tiene junto
a un galeón de amor y de armas lleno;
un joven español que, puesto a punto,
se vía entrar por su entoldado seno
a que la autoridad de un rey severo
blasón y armas le dé de caballero.

42. Es de suyo el contenido bullicioso,
y Alcina, que le ha puesto en la venganza,
al orgullo de su ánimo brioso
cada hora le es un siglo de tardanza;
una carroza de cristal lustroso,
que una piedra preciosa a otra se alcanza,
de oro las ruedas, de marfil los tiros,
los clavos de diamantes y zafiros.

43. Para ir a los jardines de Morgana
hace aprestar y en forma contrahecha
de varia plumería y pompa ufana,
al yugo dos soberbios grifos echa,
que en invencible vuelo por la vana
región del aire, una alba hermosa hecha,
la llevan, y ella derramando amores
llueven hechos aljófar por las flores.

44. En silla de oro y rica pedrería
en el triunfante carro recostada,
con mayor luz que la que saca el día
la mañana de mayo más pintada;
de perlas, de rubís y argentería
por el cabello vuela una lazada
que, haciendo el rostro un sol, sirve de llama
que en bellos arreboles se derrama.

45. De blanca tela de oro con plumajes,
de diamantes y aljófares menudos
vestida y por las puntas y follajes
erres de perlas y cuajados nudos;
entre doradas nubes y celajes
volando pasa por los aires mudos
al lago blanco que Morgana habita
entre el frío geta y el helado escita.

46. Tomó la hada toda esta belleza
del primer arrebol de la mañana,
que del mago pincel la sutileza
lo sano enferma y lo doliente sana;
lo feo agracia, al muerto da viveza,
la encogida vejez vuelve lozana
y al fin hacen y fingen sus unturas
alegres teces, nuevas hermosuras.

47. Hoy la suya amasó de un rojo cielo
el vengativo gusto de la hada
y a la enemiga Francia torció el vuelo
por ver cuál nuevo ardor la da ocupada;
miró y gozando triunfos sin recelo
la vio de pompa y fiestas coronada,
tan llena de victorias que en su adorno
un despojado mundo goza en torno.

48. Si bien de la jornada y pretensiones
en que Saturno agüera su caída,
nuevo rumor halló y alteraciones,
en armas toda y en furor metida;
contrapuestos sus llenos escuadrones
a una tasada gente así rendida
al violento rigor del duro Hado,
que apenas tierra en que morir le ha dado.

49. Contempla la soberbia y aparato
del belicoso ejército y las fiestas
que a vueltas de la guerra y su rebato
en públicos carteles vuelan puestas;
y en esto divertida un breve rato
pasa el Reno, sus aguas y florestas,
y Holanda, un tiempo dura y inclemente
mira ya de agradable y culta gente.

50. Deja el fuerte Calés a la siniestra
y los peñascos ánglicos nevados
la Quersoneso Cimbrica a la diestra,
con el mar que le escarba los costados;
y Zelandia amenísima le muestra
en los golfos de Esquenia sus pescados,
donde volando el carro cristalino,
a la Noruega tuerce su camino.

51. En el gótico mar mira al oriente
de Colmar los alcázares famosos,
ahora patria, y otro tiempo fuente
y origen de los godos belicosos;
y siguiendo la costa del poniente,
de la Suecia goza los preciosos
metales que revientan por los riscos
y las fieras que amparan sus lentiscos.

52. Pasa a Fimarquia y sobre el cristalino
y endurecido mar que la costea,
conoce en el peñasco Subentino
el peligroso golfo que la ondea;
y dando a las espaldas el contino
fuego que en la encubierta Tile humea
a las alturas de Biarmia sube
y allí se baja de su hueca nube.

53. Estampa de las ruedas las molduras
en la vega de Elsingue placentera,
gozando de las nuevas hermosuras
que en sus flores sembró la primavera;
y por entre arboledas y frescuras
del lago blanco llega a la ribera,
en cuyas playas el mayor espacio
ocupa de Morgana el gran palacio.

54. Fueron en este lago antiguamente
de Galatea los baños celebrados,
de cuyo pecho y cuerpo transparente
la tibia leche y el cristal mezclados;
le dan nombre y color y la corriente
de Varciga a la mar nuevos pescados,
que de sus revoltosos y anchos senos
por secretos caminos le hace menos.

55. Humillando jazmines y azucenas,
rosas y lirios, que el placer retoza,
de blanco aljófar y de olores llenas
las ruedas van de la imperial carroza;
y la playa, el cristal y ondas serenas,
la hada mira y con la vista goza
de un florido tapiz y alfombra rica
de cuanto abril y mayo multiplica.

56. Del inmortal laurel en la guirnalda
que en torno ciñe el lago, considera
bruñida plata y cercos de esmeralda,
que un resplandor en otro reverbera;
y en las floridas rosas de su falda
de pedrería una estrellada esfera
de no menor beldad que la que en vuelo
trastorna por sus bóvedas el cielo.

57. Dentro del fértil lago, hacia la parte
que le apunta la luz de la mañana,
o por natural curso o fuerza de arte,
está una fresca isleta y tierra llana;
de cien torres ceñido un baluarte,
donde resurte vuelto espuma cana
el cristal tierno que en hermosos lejos
sirve a sus playas y árboles de espejos.

58. Aquí sobre cimientos de alabastro
y mármoles preciosos se levanta
hecha de un cerco en conjunción de un astro
de un real palacio la soberbia planta;
sin que de cimbrias ni canteras rastro
quedase al mundo de grandeza tanta,
que Morgana lo hizo en sola un hora
al romper blando de la tierna aurora.

59. En doce altivas torres dividido
donde el diestro primor de un nuevo Apeles
mil lazos relevó de oro bruñido
al vuelo de sus altos chapiteles;
el jaspeado muro compartido
en dorados balcones y rejeles
y el claro ventanaje en mil maneras
de alegre luz y claras vidrieras.

60. Las altísimas bóvedas cargadas
del peso real de un bárbaro tesoro,
de bruñido alabastro las portadas,
los firmes quicios de metal sonoro;
sobre que se revuelven ajustadas
las puertas de marfil y clavos de oro,
que es esta hada la que al mundo vano
las riquezas reparte de su mano.

61. Crece un fresco jardín sobre la playa,
a sus resacas y frescor dispuesto,
del quebrado cristal florida raya
y del deleite humano alegre puesto;
donde Pomona de su verde saya
el regalo mayor dejó traspuesto,
sembrando por sus yerbas y sus flores
la humana industria todos sus primores.

62. De un lustroso cristal muro almenado
la corva playa ciñe del poniente,
de dorados balcones rodeado,
al precioso jardín pomposa frente;
donde del rico mayo el matizado
artificio en la cerca transparente
de rayos de oro forma y de vislumbres,
hermosos visos y encendidas lumbres

63. que al jugar por los árboles el viento
y el sol dorar sus hojas de esmeralda
del claro golfo en el mudable asiento,
del real jardín la altísima guirnalda;
a la vista hace del que mira atento,
de verde, azul, de rosicler y gualda,
bellos reflejos, claros resplandores,
de un mezclado color de mil colores.

64. Tal de vidrio sutil hinchadas pomas,
del claro alinde por el terso poro,
alegres fingen de lustrosas gomas
jardines de esmeralda y bosques de oro;
y en bellos tumbos de preñadas lomas,
la matizada cera abre tesoro
a unos alegres visos que en reflejos,
la vista engañan con fingidos lejos.

65. Y así la hada por la selva amena,
mientras volando pasa su carroza
de aljófar y oro la campaña llena,
sus flores mira y sus olores goza;
ve el palacio, el jardín y la serena
playa donde el verano se remoza
que en aquel punto al despuntar el día
luces sembraba y rosas producía.

66. Ya de las torres un clarín bastardo
la salva hacía a la amorosa Alcina
que en vista alegre y ánimo gallardo
doblando iba a la playa cristalina;
cuando en hábito humilde y paso tardo,
entre dos mirtos y una parda encina
un bulto vio; mas yo, que un mundo entero
confuso miro y darlo en orden quiero.

67. La pluma vuelvo a la intrincada masa
de historias que en aliento y son divino,
como de un nuevo abril flores sin tasa
por este asunto brotan peregrino;
después diré de la encantada casa,
la traza, el modo y fin de este camino,
que de la historia aquí la grave suma,
tras su vuelo arrebata el de mi pluma.

68. Y el triste y ronco son de las cadenas
de un conde por invidia aprisionado
aunque al rey sordas, porque son ajenas,
ya mi música y voz han destemplado;
y sus canas de honor y llanto llenas
piden que deje el cuento comenzado
por ver de sus delitos el proceso,
que es obra santa consolar un preso.

69. Tuvo el rey Casto una gallarda hermana
y hubo en Saldaña un conde valeroso.
Ella Venus en gala cortesana
y él en braveza un Marte belicoso;
y ambos de la nobleza castellana
la fuente de caudal más abundoso,
en quien mostraron su poder a una
los tiempos, el amor y la fortuna.

70. El tiempo les dio en gracia y gentileza
colmada a sus deseos la medida
y del pródigo Amor la ancha largueza
todo el vano placer con que convida;
solo de la Fortuna la tibieza
su gloria dejó en llanto convertida,
con que sus gustos vueltos en dolores
tuvieron más de amargo que de amores.

71. Duró el tiempo feliz de los amantes
lo que el sagaz recato en su cuidado,
que en el amor los gustos importantes
son hurtos de contento reservado;
al fin con ocasiones semejantes
del cielo llegó el tiempo señalado
que a Bernardo con próspero ascendiente
la vida había de dar y luz presente.

72. Y luego que en los signos más dichosos
que en sus esferas vio el cielo sereno
y a gozar de los siglos venturosos
salió encogido del materno seno;
incitado de pechos envidiosos
el rey, quitando a la templanza el freno,
de su hermana y el conde de Saldaña
a pesar se vengó de toda España.

73. Y en justa pena al descortés delito
de haberse tras su antojo desposado
y en la ciega pasión del apetito
su real palacio y opinión manchado;
con dura ley y riguroso edito
oculto el niño, el conde aprisionado,
a su hermana hizo monja, con que pudo
torcer del firme matrimonio el nudo.

74. Sobre tres quintos lustros daba el cuarto
de su curso infeliz la mayor parte,
que de gustos ayuno y penas harto
la honra y la fama de Saldaña y Marte;
en el más solo y encubierto cuarto
en que un torreado alcázar se reparte
vivía en su cadena y prisión fuerte,
si es la vida en prisión vida y no muerte.

75. Guardaba el mundo tan oculto al conde
que ya los vivos le tenían por muerto
y si está preso nadie sabe dónde,
que el rey por más seguro lo ha encubierto;
y siempre a un desdichado corresponde
olvido general, favor incierto,
que la fortuna al trastornar su esfera
ninguna gloria antigua deja entera.

76. De un ofendido rey el rigor grave
ponerlo pudo en cárcel tan estrecha
que ni del día ni la noche sabe,
ni cual favor le daña o le aprovecha;
del trato más hidalgo y más suave,
con más recelo vive y más sospecha,
que es grave riesgo y de áspero castigo
un ofendido rey por enemigo.

77. Así en larga cadena aherrojado
el preso conde sin vivir vivía,
cuando un hombre de nuevo aprisionado
su tristeza aumentó y su compañía;
de aspecto afable, rostro autorizado,
de discreción un centro y cortesía,
que son las partes que con fiesta doble
el lustre muestran de la sangre noble.

78. Ceñido en torno de un doblado muro
en la Mota de Luna un cuarto había,
que un ciego caracol por más seguro
a sus lóbregos senos descendía;
secreta estancia, calabozo oscuro,
donde jamás llegó la luz del día,
y tal que al delincuente, más amigo,
de cárcel le servía y de castigo.

79. A esta bajó Teudonio por más fuerte
que así el honrado preso se llamaba,
y al afligido conde allí la muerte
por sobrarle la vida le faltaba;
llegó el huésped y tuvo la feliz suerte
aunque en la ciega sepultura entraba,
ver otro muerto allí, que todavía
consuela en la aflicción la compañía.

80. Diéronse en cortés trueco afablemente
el pésame y bienvenido a una
doliéndose cada uno del presente
daño que al otro ha hecho la Fortuna;
el conde, como aquel que ha estado ausente
del cielo, el claro sol y errante luna,
tantos años cerrado en el profundo
podíase ya contar por de otro mundo.

81. Y deseando saber qué nuevo estado
las cosas alcanzaban de la tierra,
quién gobernaba el reino, a cuál cuidado
la dulce paz está y a cuál la guerra;
dejando su valor disimulado
-que quien luego lo dice todo yerra-
así con un fingido regocijo
afable, vuelto a don Teudonio dijo:

82. «Señor, aunque en mis culpas he aprendido
que jamás el castigo faltó en ellas,
sé también que no siempre un afligido
padece y sufre agravios por tenellas;
que el tiempo muchas veces compelido
del contrario rigor de las estrellas
trocarse vemos y enviar al suelo,
en vez de alegre sol, borrasca y yelo.

83. »Y ahora vuestra presencia resplandece
aún entre estas tinieblas de tal modo,
que en su compuesta gravedad parece
retrato singular del valor godo;
yo señor, soy un hombre en quien fenece
de mi principio y fin el nombre todo,
no tengo más valor ni más estado
que ser dichoso ayer y hoy desdichado.

84. »No os quiero ya informar de mi derecho,
que en la cárcel no hay preso con delito.
Todos están sin culpa, y sin provecho
es dorar a la culpa el sobrescrito;
solo os ruego, señor, si a un noble pecho
amor con sola ceremonia y rito
puede obligar, conozca ahora el vuestro,
que le deseo servir en más que muestro.

85. »Y en recambio me deís de vuestras cosas
la parte que sin riesgo os pareciere,
seguro que en las tristes o dichosas
mi gusto os seguirá como pudiere;
mas si estas son demandas peligrosas
que ni el lugar ni el tiempo las requiere
contadme en trueco, porque así se ahorren
en el mundo, qué mundo y tiempos corren.

86. »Qué cetro lo gobierna y rige ahora?
¿Qué guerras hay de nuevo? ¿Qué dictados?
¿Si es ciega todavía la señora
que da y reparte reinos emprestados?
¿Quién se señala en armas? ¿Quién adora
la Fama? ¿Quién celebra sus cuidados?
¿Qué ritos, qué prem áticas, qué leyes
o qué lisonjas privan con los reyes?»

87. Así el conde, y Teudonio así admirado
de la prudencia y gravedad del preso,
en tanto que habló estuvo colgado
de su dulce discurso y raro seso;
de aquel discreto preguntar pagado,
de las preguntas y su grave peso,
la entereza del ánimo y el modo,
tan de pecho real y heroico en todo.

88. Y en sus penas suspenso y divertido,
sin conocer al olvidado conde,
Teudonio, más de honrado y comedido
que gustoso de hablar, así responde:
«Si los agravios con que me ha traído
Fortuna aquí, lugar me dan por donde
aliviar tu cadena y mis prisiones,
gran campo han descubierto tus razones.

89. «La tierra está sembrada de portentos,
de grandeza hasta ahora nunca vistas,
famosos hombres, de altos pensamientos,
armas, guerras, furor, pleitos, conquistas,
fieros jayanes, bárbaros intentos,
altivos reyes que en copiosas listas
el mundo sacan al soberbio alarde
de un desmán nuevo en que hoy se enciende y arde.

90. »En gran riesgo está España de perderse,
preñada de costosos enemigos,
ligero el rey y fácil de creerse
y sin lealtad y fe los más amigos;
harto de esto en mis causas puede verse
y servir mis agravios de testigos,
pues mis nuevas cadenas y prisiones
son de eterna lealtad los galardones.

91. »Es Teudonio mi nombre y mi famoso
linaje en todo el orbe conocido,
del feliz Recaredo en río copioso,
por sucesión legítima traído;
hasta don Pedro, duque valeroso
de la Cantabria, padre esclarecido
del Católico Alfonso y del valiente
Fruela, de corazón y alma ardiente.

92. »Fue sucesor de Alfonso otro Fruela
y el generoso infante Vimarano,
por quien del rey su hermano la cautela
cruel le hizo y fratricida hermano;
de este un hijo quedó en su infiel tutela,
a quien en recompensa dio el tirano
del muerto padre y de su injusta saña,
en título el condado de Saldaña.

93. »Del Fruela primero, hijos famosos,
Aurelio fue, Teudonio y don Bermudo,
soldado el uno y reyes poderosos
los dos que es cuanto el tiempo darles pudo;
Teudonio otros dos hijos belicosos
dio al mundo y de los dos el más membrudo,
por animoso, intrépido y osado,
el conde don Osorio fue llamado.

94. »De este nació mi padre y por el suyo,
como he dicho, me llaman don Teudonio,
y esta es la sangre que amo y la que huyo,
y este de mi linaje el testimonio;
ni la fortuna me faltó, sin cuyo
favor en el estado y patrimonio
ser la nobleza suele grave carga
en honras corta y en congojas larga.

95. »Estado tuve y tengo suficiente
por mí y por mis mayores levantado,
de reyes como el rey soy descendiente
y tan leal con él como agraviado;
un tiempo me trató por su pariente,
con favor y caricias de privado,
mas siempre las privanzas de los reyes
como viven sin ley, mueren sin leyes.

96. »Cuando de Nugariz la furia esquiva
con ochenta mil moros de pelea
entró en Asturias y a su voz altiva
tembló cuanto en sus términos rodea;
yo que de mis primeros años iba
dando al mundo el ensaye y la tarea,
por el gusto del rey toda la tierra
general me aclamó de aquella guerra.

97. »Nuestro pequeño campo en el de Lutos
al morisco dejó desbaratado,
que las infames parias y tributos
pedía soberbio y de ánimo arriscado;
y pasando con libres pies enjutos
sobre el roto escuadrón empantanado,
de Miño crucé y Duero ambas riberas
y asombré a Portugal con mis banderas.

98. »Largo es contarte de esta gran jornada
los sucesos y lances por menudo,
públicos fueron y ella tan nombrada
que al mundo hacer temblar su fama pudo;
no quedó filo de enemiga espada
ni resistencia de contrario escudo,
de Oviedo hasta Lisboa, que no fuese
de la opinión y ley que yo le diese.

99. »Y aunque para las fuerzas de la guerra
en campo la persona real venía,
el bastón general de mar y tierra
a cuenta anduvo siempre de la mía;
tomé a Lisboa y cuanto dentro encierra
di franco a mi española infantería
con que la volví rica y vi triunfante,
mas por faltarle yo no fue adelante.

100. »En este tiempo con la hermosa Berta,
de Carlo rey francés querida hermana,
santo himeneo el montañés concierta,
en solemne aparato y pompa ufana;
y en la rica ciudad ahora desierta
que a Ulises ya fue un tiempo cortesana
del grave asiento a las futuras bodas
las condiciones se firmaron todas.

101. »Despachose a mi cargo la embajada
por gusto real o pretensión ajena
de quien por dicha el ver la mía colmada,
era para la suya estorbo y pena;
o fuese que ocasión tan señalada
con solo mi valor quedaba llena,
yo al fin con el asiento y real presente
partí dejando al rey por mi teniente.

102. »De parte del ejército asturiano,
de sargento mayor hacia el oficio
Basilio de Manuces, un villano
catalán falso, hecho de artificio;
a quien pudo el dinero dar la mano
y subirle, del reino en perjuicio
a la plaza que ocupa y no merece
mas donde él manda, todo le obedece.

103. »Era bisnieto del traidor Manuces,
que con Tarif capituló concierto
de dar a sus escuadras andaluces
rendida la ciudad y su rey muerto;
este pues, que por caños y arcaduces
tan limpios vino al mundo y salió enjerto,
hijo de una africana esclava lora,
con mezcla catalana y sangre mora.

104. »Luego que el campo y gente victoriosa,
sin mí quedó en dos bandos dividida
y su hambrienta codicia y la ambiciosa
sed de mandar no se halló oprimida;
con maña astuta y traza cavilosa
la más granada gente reducida
a su opinión en riesgo no pequeño,
de la guerra y la paz se alzó por dueño.

105. »Fuese en secreta astucia apoderando
de las fuerzas del reino y porque había
leales cabezas del contrario bando
cuya ambición las suyas reprimía;
por dar más nervio al usurpado bando
y entrada a su insolente tiranía,
dos parientes del conde de Saldaña
nuevos cómplices hizo en su maraña.

106. »Estaba el conde preso injustamente
y aún lo está todavía, si no es muerto,
sin que criado, amigo, ni pariente
de su prisión alcance el lugar cierto;
la culpa a tanta pena insuficiente,
el rigor grande, el perdonarle incierto,
agraviada de España la nobleza
y el obstinado rey en su dureza.

107. »Esto en su arbitrio fue ocasión bastante
y el fingirse él falaz protector de ella,
de hacer malquisto al rey y su arrogante
ánimo, con más fuerte y firme estrella;
creció en hinchado aplauso en lo restante,
y al fin por esta senda sin perdella,
un sin principio pudo, mal nacido,
privar del reino al rey inadvertido.

108. »Librose en nueva astucia y presta huida
de las traidoras armas del tirano,
que para asegurar la infame vida
contra su rey tomaba ya en la mano;
el nuevo asombro de la real caída
a la corte llegó de Carlomagno
conmigo, en que se vio ser mi persona
la leal cabeza de su real corona.

109. »La triste nueva el mundo alborotado
dejó, y de mi embajada el grave asiento
sin fuerza, que en no haberla el cielo dado,
frustrado vino y sin sazón su intento;
hallose el reino y rey necesitado,
el Imperio temiendo un fin violento,
de alarbes lleno y bárbaros jayanes
y ausentes sus invictos capitanes.

110. »Bien que en medio el aprieto en que Agramante
a Francia tuvo en la ocasión presente,
su ínclito emperador campo bastante
al rey envió de su francesa gente;
y por su ausencia del señor de Anglante,
a quien vio a la sazón el rubio Oriente
de amores preso de su reina bella,
a Gaiferos nombró general de ella.

111. »Con valiente escuadrón de pechos briosos
de Carlomagno el generoso yerno
de Paris los alcázares famosos
soberbio deja y vuelve a mirar tierno;
llevando de su esposa los hermosos
ojos por norte y luz de su gobierno,
que el niño amor por las recientes bodas
quiso a una gloria aventurarlas todas.

112. »No se atrevió a quedar la bella infanta
en las mudables manos de la ausencia,
que es amor con la soga a la garganta
y hacer sin fruto y premio penitencia;
es niño Amor, cualquier cosa le espanta
y en gustos dilatados no hay paciencia,
tierno Gaiferos, Melisenda bella
la guerra larga, no quiso ir sin ella.

113. »Dejó del río Siene los cristales
y la costa aquitania al diestro lado,
de Orliens los muros y altos pantanales,
de Bourges y el río Erve medio helado;
y tocando en Limoges sus breñales
pasa y llega a Garona, en que alojado
sobre una fértil vega hizo alarde
de su aparato bélico una tarde.

114. »De doce veces mil fue la reseña,
gente en cursadas guerras escogida,
bien que a la que Fortuna es zahareña
no importa más despierta que dormida;
una mañana cuando el alba enseña
de aljófar su guirnalda guarnecida
-de aquel aljófar que al romper la aurora
su luz primera, el cielo en flores dora-.

115. »El rey de Argel, el fiero Rodamonte,
con una escuadra de enemiga gente,
saliendo de una selva, entrando a un monte,
dio sobre el nuevo campo de repente;
y apenas con la luz del horizonte
la desvelada centinela siente
la mora tropa, cuando el arma grita
y ella al son de un clarín se precipita.

116. »Hallanos descuidados el asalto
y el sagaz enemigo en ordenanza,
la grita, el algazara y sobresalto
fue la primera y la mayor matanza;
quién corre a las trincheas, quién de un salto
caballo cobra sin espada y lanza,
va sin saber adónde y de esa suerte,
por guarecer la vida da en la muerte.

117. »Uno busca las armas, que dormido
ya le solían servir de cabecera,
otro por yelmo de su arnés lucido
del caballo se encaja la testera;
quién arrogante, quién despavorido,
quién con alma cobarde, quién con fiera,
quién con espada, quién con solo escudo
y quién de rabia armado va desnudo.

118. »El astuto enemigo que el desorden
vio del dormido campo, el suyo aguija,
y antes que de oro los penachos borden
los rayos del que al mundo regocija;
nuestro alboroto atropellando en orden,
codiciosos del saco y la partija,
con trápala, alarido y alboroto
quedó al primer asalto el francés roto.

119. »Rodamonte de Sarza, que en la tierra
de la muerte fue el dardo más agudo
y al cielo de la paz no movió guerra
solo porque subir allá no pudo;
una luciente cimitarra afierra
y echando a las espaldas el escudo
entró por el ejército normando
aquí y allí rompiendo y destrozando.

120. »El rostro al uno, al otro la cabeza,
los pies a otro llevó, a otro los brazos,
hecho dos dejó a otro de una pieza
y a otro de tres golpes seis pedazos;
hiende, mata, rebana, descabeza,
y sin defensa, estorbos y embarazos,
de aquí, de allí, de aquesta o de otra suerte,
no alcanza golpe que no sea a muerte.

121. »Parecía en el hervir vivo trasunto
de Briareo en su batalla brava,
cuando a un tiempo con todo el cielo junto
con cien brazos y espadas peleaba;
desbaratando y rebatiendo a un punto
su alfanje a Marte, a Hércules su clava,
a Palas su gorgón, su flecha a Apolo
y el rayo ardiente al rey del alto polo.

122. »Gaiferos, que a la bella Melisenda
abrazado en sosiego y paz dormía,
al alboroto despertó y contienda
de la desbaratada infantería;
salta del lecho y sale de su tienda
con sola espada al tiempo que venía
el africano bárbaro arrogante
con mil vencidos pechos por delante.

123. »"Detén, canalla vil desordenada"
Dice el francés y de un escudo afierra
y con él, con su cólera y su espada,
con Rodamonte y su soberbia cierra;
y apuntando a la gola una estocada,
aunque por su desgracia el golpe yerra,
tal fue su furia y su llegar tan presto
que le llevó seis pasos descompuesto.

124. »Valiole al yerno del francés caudillo
coger al rey de Argel de sobresalto,
que a tener más lugar de prevenillo
su muerte fuera el descompuesto asalto;
yo solo que lo vi puedo decillo,
que fui a ayudarle en verle de armas falto,
al tiempo que el jayán de rabia loco
le era para vengarse un mundo poco.

125. »Lanzando humo y fuego la visera
y los dientes quebrando de coraje,
sobre el francés la cimitarra fiera
hace a dos manso que furiosa baje;
fue su reparo el ir a la ligera
y un salto que por medio no le raje;
que a esperarle fiado en el acero,
dos Gaiferos hiciera del primero.

126. »Al desviarse de él bajó la espada
y a un duro risco en inmortal empeño
la mitad de ella se quedó clavada
y, bramando de cólera su dueño;
por junto al firme puño destroncada
y viendo el golpe en vano, aquel pequeño
trozo que de su alfanje halló consigo
furioso envió a buscar a su enemigo.

127. »El bravo Alcín y el bello Atenedoro,
ambos competidores y galanes,
que por la dama que gozó Medoro
otro tiempo pasaron mil afanes;
a la sazón que el descompuesto moro
de la espada arrojó los gavilanes,
en favor iban del francés Gaiferos,
matando el uno, el otro haciendo fieros.

128. »Y aunque erró el tiro el moro de arrogante,
a Atenedoro dio que era el postrero,
que no está todo el riesgo en ir delante,
ni el peligro mayor en ser primero;
la celada le abrió, que a ser diamante
lo mismo fuera entonces que de acero
poniéndole los sesos por el suelo
y a Alcín eternas treguas en su celo.

129. »Gaiferos, que vio el golpe y la herida
y que le libró de ambos su destreza,
no huye el riesgo, que salvar la vida
padeciendo la honra no es grandeza;
y aunque está la ventaja conocida
y armado de los pies a la cabeza
el moro, y él sin armas todavía,
en más que el hierro está la valentía.

130. »Por la cimera le alcanzó un mandoble,
que de plumas dejó sembrado el suelo
y forzó al fiero rey que humilde y doble
el cuello altivo a su orgulloso celo;
que honra herida en sentimiento noble
no hay cosa que acometa con recelo,
tras él le da una punta y otra punta,
por quien tal vez la roja sangre apunta.

131. »El moro, que se halla sin espada
y de un hombre sin armas ofendido,
en rabia ardiendo con la vista airada
parece al cielo vuelto áspid herido;
y de la peña que dejó cortada
un duro risco en alto suspendido
contra el francés arroja, y arrojara
el monte Tauro que a sus pies hallara.

132. »Bien así el ciego Polifermo bruto,
en descompuesta cólera encendido,
sintiendo irse por agua el griego astuto
en su humilde vellón entretejido;
de la puerta del sótano con luto
el gran peñasco asió y tiró al ruido
del libre preso ya, y el peso grave
hiciera en medio el mar hundir la nave.

133. »No fue de riesgo el espantoso tiro,
aunque se llevó a Fabio por delante,
Fabio infeliz, que natural de Epiro
en Francia subió a noble de farsante;
y dando el alma el último suspiro,
confesó que la culpa de arrogante
mudar le hizo de oficio y pasatiempo
y en la guerra morir antes de tiempo.

134. »Mas no dejó su muerte sin venganza
el francés capitán, que al homicida
a dos manos por medio el cuerpo alcanza
de un revés diestro una mortal herida;
dada en tal ocasión, con tal pujanza,
que, a no estar la escarcela guarnecida
con redobladas láminas de acero,
mucho antes le matara que Rugero.

135. »Fue encenderle la cólera al gigante,
que saliendo de sí de rabias lleno,
un duro roble asió que vio delante,
cual seca caña de liviano heno;
y de él ya hecho un bárbaro montante,
lleva a dos manos sin templanza y freno
a descompuestos golpes el medroso
campo huyendo de su herir furioso.

136. »Las calientes entrañas escondidas
ya por el valle aquel deja sembradas,
los destrozos, crueldades y heridas
sin cuento fueron para ser contadas;
diferencias de muertes nunca oídas,
antes puestas por obra que inventadas,
aquí destroza, hunde, acullá mata
y un campo entero asombra y desbarata.

137. »Así tal vez del Alpe se desgaja
peñasco altivo en ímpetu furioso
que a buscar en el centro humilde baja
a pesar de los árboles reposo;
y si la encina, el fresno o roble ataja
a su caída el vuelo presuroso,
hasta arrojarse en el profundo valle
por cuanto encuentra rompe y hace calle.

138. »Tal el jayán en su tropel violento
el roto campo con furor derrama.
No causa más horror el raudo viento
cuando en las olas del Egeo brama;
y a escapar solo el marinero atento
a San Telmo en devotos gritos llama,
que del moro el destrozo y el gemido
del campo humilde a su furor rendido.

139. »Y mientras el soberbio rey de Sarza
tales blasones labra a costa nuestra
bravo en ver que el francés huya y se esparza,
medroso de los golpes a su diestra;
el valiente Alancredo de Galarza
del montañés valor su parte muestra,
defendiendo la bella Melisenda
de mil moros que acuden a su tienda.

140. »Era el joven feliz de ánimo vivo,
briosa portación y fuerza brava,
galán, diestro, cortés, bizarro, altivo,
que el rojo bozo apenas le apuntaba;
de una bella mujer recién cautivo
que a la francesa infanta acompañaba
y la formó de intento su ventura
más que el sol bella y más que el mármol dura.

141. »Diole el gusto y el alma por despojos
a las primeras vistas de su gala,
ella por una gloria mil enojos
-que amor es peso que jamás se iguala-,
bien que tal vez con halagüeños ojos
le acaricia al descuido y le regala,
que no hay mujer tan dura y desabrida
que del todo aborrezca, si es querida.

142. »Tocole aquella noche ser de guarda
a la real tienda, cielo de su gloria,
adonde en sueño envuelta la gallarda
Rosia de él ni de sí tiene memoria;
mas el que ama de veras nunca aguarda
a si es o no su voluntad notoria,
que en cuanto hace, habla, piensa, siente,
siempre se da el amante por presente.

143. »Fue por ser visto el montañés gallardo
más puesto a lo galán que a lo seguro:
bizarra calza de amarillo y pardo,
grabado peto ardiendo en oro puro;
plumas en el sombrero y por resguardo
de una acerada cofia el temple duro,
relumbrante rodela, espada y daga
y un gran valor que a todo satisfaga.

144. »De verde y plata el fino arnés grabado,
de aljófar y oro los bordados tiros,
una banda de perlas y encarnado
y un collar de diamantes y zafiros;
un barco entre dos aguas engolfado,
que las altera un ciego con suspiros,
en la rodela, y este mote abierto:
"Donde está el bien dudoso, el mal es cierto".

145. »No se vio en los cristales de Cefiso
ni trastornó las flores del Parnaso
en más lozano talle su Narciso
siguiendo a un presto corzo en campo raso;
ni con más gracia, más primor ni aviso,
notó Beocia su gallardo paso,
cuando fue de sus selvas el tesoro
con arco de marfil y flechas de oro.

146. »Que el brioso Alancredo con su gente
a hacer la ronda fue y guarda a su dama,
donde los arreboles del oriente
le saludaron con su nueva llama;
y el mauritano campo de repente,
con la ocasión de un gran renombre y fama,
dándole amor aliento, el honor brío,
y su espada de sangre mora un río.

147. »El rubio Orión, que con su alfanje de oro
el mundo alumbra, parecía a la puerta
de la real tienda, cuando el cauto moro
la asaltó en sueño sepultada y muerta;
y él de su nuevo amor viendo el tesoro
al riesgo puesto de una suerte incierta,
y que aún los bravos huyen, sale ciego
de honra y amor de dos haciendo un fuego.

148. »"Teneos –dice- cobardes! ¿Dónde os lleva
el deseo infame de vivir sin honra
que antes de hacer de los contrarios prueba
de su temor hacéis vuestra deshonra?
¡Tened, parad, volved, haced que os deba
mi espada el verla un rato como os honra
y de este orgullo os da, que ahora os espanta,
a costa suya una venganza santa!

149. »Si tanto miedo os pone el de la muerte,
¿en cuál parte del mundo no se halla?
¿dónde o cómo podrá la humana suerte
dejar, por más que huya, de alcanzalla?
¿A dónde el flaco campo huis del fuerte,
cobarde, vil y misera canalla?
¿A qué castillo, a qué ciudad, qué muros,
si con trincheas aquí no estáis seguros?"

150. »Dijo, y en tanto que él con sus razones
y los sangrientos filos de su espada
venció algunos honrados corazones
y mató alguna gente desmandada;
una escuadra de alarbes nasamones,
gente en las sirtes líbicas criada,
la tienda real entró pretendiendo en ella
a Melisenda ilustre y Rosia bella.

151. »El montañés que mira su esperanza
mudada en posesión de un torpe moro
y que en cualquiera punto de tardanza
a mortal riesgo queda su tesoro;
furioso en medio el escuadrón se lanza,
a rescatar con sangre y no con oro
la vida de su alma, que es amante,
y esta a verle morir su amor delante.

152. »Hiere de tajo, de revés y punta,
y a voces, golpes, gritos y heridas,
de Amor la furia a la de Marte junta;
rinde, espanta, acobarda y quita vidas;
y al que la suya vio llevar difunta,
con manos sin temor descomedidas,
los ojos con que osó verla agraviada
ambos se los cosió de una estocada.

153. »A otro el brazo cortó, dejando asida
la mano al velo de oro y halagüeño
por donde la prendió medio dormida
y le quitó la libertad y el sueño;
y ya en ella y su honor restituida:
"Toma, -dice- señora, este pequeño
servicio del que indigno de tal palma
no se atreve también a darte el alma."

154. »Ella en alegres ojos y alma ardiente,
con un tierno suspiro vergonzoso
el riesgo le pagó y favor presente,
que a más que esto un mirar es poderoso;
a la sazón que un bárbaro inclemente
al francés lecho perturbó el reposo,
por saquear la bella Melisenda
y el rico mueble a su asaltada tienda.

155. »Pone punto al amor y a la honra acude
suya en un trance tal y de la infanta
y sin que el jayán fiero el paso mude
la cabeza le deja sin garganta;
haciendo en esto que la reina dude,
si el bulto muerto más que el vivo espanta;
el lecho, antes de gusto, ya cubierto
de roja sangre y un contrario muerto.

156. »Los demás que en la tienda al robo atentos
por interés sin honra habían entrado,
asombrados de golpes tan violentos,
por la vida renuncian lo robado;
y al victorioso amante entre lamentos
de francesas beldades rodeado,
que asidas todas de él pensó cada una
guarecer en la suya su fortuna.

157. »La tienda reforzó cual mejor pudo
y al paso se hizo una invencible roca,
donde un ciego montón de pueblo rudo
confuso arremetió con furia loca;
por capitán un zahará membrudo,
nacido del río Cénega en la boca,
que al filo de una corva cimitarra
a un hombre dentro de su arnés desgarra.

158. »Acertole uno al montañés valiente
y no bastando a todo la rodela,
parte, aunque poca, le alcanzó en la frente,
que le sirvió a su cólera de espuela;
tras él la chusma de la negra gente,
en confuso escuadrón y estrecha muela,
por todas partes le acomete y pica
y en sangre ajena y propia le salpica.

159. »Uno le arroja un dardo, otro una flecha,
otro el venablo que a sus pies enclava,
este con él se afirma, aquel le flecha,
este hiere de alfanje, aquel de clava;
parecía nube y tempestad deshecha,
que instrumentos de guerra granizaba,
cruzando por el aire hechos cometas,
chuzos, lanzas, gorguces y saetas.

160. »Y él como áspera roca a todos vientos,
en medio el turbulento mar sentada,
que de los alterados elementos
es por mil partes juntas contrastada;
la mar carcome y bate los cimientos,
de rayos, aires y ondas asaltada
y en ella firme en sus ásperos bajíos
de lejos pone espanto a los navíos.

161. »Andaba por mil partes mal herido
aunque de todas a su honor vengado,
que no hay en su esgrimir golpe perdido,
ni en su reportación tiempo olvidado;
mas ya de tanto bárbaro ofendido
y de ayuda y socorro desahuciado,
la rodela arrojó y asió la espada,
que ha de dejar su cólera vengada.

162. »Y al feroz capitán en brío lozano,
al pasar de dos brazos quitó el uno,
a otro dejó en un pie y sin una mano,
y a otro cortadas ambas sin ninguno;
a este hiere de corte, a aquel de llano
y este y el otro ensarta de uno en otro,
hiende, parte, rebana, descabeza,
y cuando al parecer acaba, empieza.

163. »La bella Rosia que en sangriento día
su caro español ve pisar la tierra
y la pena del riesgo en que le vía
al rostro saca lo que el pecho encierra;
deseosa de tenerle compañía
y con vista de paz templar su guerra,
sin ocasión salió, que la sacaba
Cloto, y el filo ya a su estambre daba.

164. »Eran escraches de oro sus cabellos,
de un cielo de marfil ricas techumbres,
que en tiernas rosas y jazmines bellos
de su garganta dan doradas lumbres;
los ojos de azabache y dentro de ellos
de placenteras niñas dos vislumbres,
que al sol retozan, que en coral hacía
la rica concha de quien nace el día.

165. »Salió a ver el ejército enemigo
y así le dice a su español brioso:
"¡Tu brazo el cielo esfuerce, oh caro amigo,
y de riesgo te saque tan dudoso!
¡Ánimo amor, que moriré contigo!
¡Oh, anuncio triste, agüero prodigioso,
Fortuna cruel que a la primera suerte,
quieres que sea el favor azar de muerte!"

166. »Aún más quería decir cuando de lleno
la voz le atajó un dardo que venía
deseoso de llegar al blanco seno,
donde su cielo la beldad tenía;
cayó cual tierna flor en valle ameno,
al tiempo que su amante revolvía
a darle el alma y vida por despojos
y cobrarla él de nuevo de sus ojos.

167. »"¡Oh tragedias de amor, glorias de viento
las que el tiempo nos muestra en sus mudanzas!
¡Vienen en sombra, sombras de contento,
tesoros de engañadas confianzas!
¡Con qué facilidad mudan asiento
las más bien asentadas esperanzas!
¡Oh mi gloria acabada ya y perdida!"
Dijo Alancredo al golpe de su vida.

168. »Quiso ir a recibir entre sus brazos
el desmayado cuerpo de su dama
y los primeros y últimos abrazos
con que sin tiempo le convida y llama;
"Mas no merezco –dice- tales lazos,
ni que de mí en el mundo quede fama,
si antes no le quitare con la vida
la gloria de tu muerte al homicida."

169. »Así dijo y, cual Hércules furioso
con el incauto don de Deyanira,
rompe, quiebra, destroza y presuroso
los altares trastorna ardiendo en ira;
hasta llegar al mensajero odioso
que el presente le dio y temblando mira,
y en él a su furor ciego entregado,
a no poder ya más muere vengado.

170. »Así de Rosia el sin ventura amante
furioso entró en el escuadrón tejido,
rompiendo cuanto encuentra por delante,
hasta el cobarde moro mal nacido;
que con medroso y tímido semblante,
del tiro y daño hecho arrepentido,
las espaldas volvió, mas no se fuera
aunque por padre a Dédalo tuviera.

171. »Por el crespo cabello áspero y duro,
bramando le ase y de él rastrando tira,
y haciendo que le den paso seguro,
seguro va a pesar de quien le mira;
adonde yace entre un confuso muro
de armas un rostro bello en quien espira
del mundo la beldad, de honor lo justo,
de amor lo fino y de su amante el gusto.

172. »Llega y, haciendo campo con la espada,
el delincuente preso le presenta,
y así le dice con la voz turbada:
"Remate triste de mi alegre cuenta,
suspende por un rato la jornada,
en tanto que esta víctima sangrienta
en tu altar sacrifico y yo tras esto
a seguirte y morir por ti me apresto.

173. »Que no es bien que la pena de perderte
pueda menos en mí que un enemigo
y que la aprehensión del bien de verte
no me lleve tras ti a verme contigo;
mi corta vida se acabó en tu muerte
y así es muy fácil de acabar conmigo.
Sigo tus pasos, que a quien vive en pena,
la muerte más penosa le despena.

174. »Ya la vida me sobra y el suave
deleite del morir siento en el pecho,
gloria y gusto que no se alcanza y sabe
sino es al punto de este paso estrecho;
que el cielo a este secreto echó la llave
porque el mundo quedase de provecho,
que a saberse lo dulce de la muerte
fuera el largo vivir adversa suerte"

175. »Así dijo y al moro que fue causa
de la triste tragedia clavó al punto
la daga al corazón, con que hizo pausa
su miedo y se extendió el cuerpo difunto;
y tomando en sus brazos quien le causa
tormento, vida y muerte todo junto,
los ya turbados ojos un instante
para mayor dolor puso en su amante.

176. »Y con la débil voz enflaquecida,
como aceptando el sacrificio hecho:
"¡Ay-dice- honesto amor, prenda querida,
cuán tarde conocí tu honrado pecho!
¡Ingrata!, que te vine a dar la vida
a tiempo que ya no era de provecho,
siendo para morir con pena eterna
dura en la vida y en la muerte tierna.

177. »Mas si una alma es de estima en quien mudanza
no habrá ya para siempre, en ella viva
-fue a decir- tu memoria..." y no le alcanza
la última parte que quedaba viva;
cayó muerta y con ella la esperanza
del triste amante que con ansia esquiva
del presente dolor y la perdida
sangre también allí quedó sin vida.

178. »En tanto el francés campo a la potencia
del fiero rey de Argel cayó delante
sin caudillo que hiciese resistencia
al furor de su ejército arrogante;
-que a unos el miedo, a otros la imprudencia
para darlos rendidos fue bastante-;
el moro con soberbia vanagloria,
del despojo gozando y la victoria.

179. »Yo, en tanta confusión del ya vencido
campo francés, las sobras derramadas
cual pude recogí, aunque mal herido,
en escuadrón y mangas concertadas:
gente bisoña, pueblo mal regido;
que los de pundonor y armas honradas,
por varios trances, en diversos modos,
sin dar un paso atrás murieron todos.

180. »Cuatro mil de esta gente alborotada,
al ronco son del repentino asalto,
a defender su honor mal enseñada,
en mi real estandarte hicieron alto;
Melisenda a Sansueña fue llevada,
su esposo, de armas y de sangre falto,
quedó donde un soldado fugitivo
por muerto entre los muertos le halló vivo.

181. »Con estas sobras de vencida gente
al socorro pasé del rey ingrato,
que en Samos en custodia suficiente
sin majestad vivía ni aparato,
cual ya otra vez huyendo la insolente
tiranía se libró de Mauregato,
que de aquel santo claustro la guarida
dos veces le dio el reino y dos la vida.

182. »Rehice allí sus fuerzas con la mía
y el bastante presidio reforzado,
la vuelta de León tomé otro día,
injusta corte del tirano alzado;
por si abría puerta o encontraba guía
de reducción al puerto rebelado,
y con deseos también de ver mi esposa,
del cielo de mis gustos alba hermosa.

183. »Filarco, un noble caballero godo,
caudillo fiel de aquellas dos banderas,
que en Mondoñedo contra un campo todo
de unas hojas se armaron de higueras;
a cuya sombra se peleó de modo,
que cobraron cien bellas prisioneras,
y a España dieron libre del pedido
y a Figueroa blasones y apellido.

184. »De este fue hija Arlinda, por quien vivo
alegre, al rayo de sus ojos bellos,
desde el día que amor blando y esquivo
para mi bien labró su alcázar de ellos;
vilos en mi niñez, fui su cautivo,
y todo el cielo de mi gloria el vellos,
hasta que en día feliz y hora dichosa
rey de mis gustos fui y ella mi esposa.

185. »Trazose el nudo de mi honrado intento
para la vuelta y fin de la jornada
del viaje de Lutos y este asiento
la ocasión suspendió de mi embajada;
llevado pues de mi amoroso aliento,
y la real pretensión justificada,
por si en los tratos descubriese modo,
que al rey pueda importar y al reino todo.

186. »Llegué a la corte en hábito descubierto,
el riesgo huyendo del tirano brío,
solo al infiel Garilo descubierto,
un hombre hecho de solo el favor mío,
sagaz, traidor, doblado, astuto, incierto,
con más mudanzas que el raudal de un río
y con un medio tan de azares lleno,
ventura fue salir suceso bueno.

187. »Peligro es levantar a honras mayores
sin gran virtud humildes nacimientos.
Solía decir este ayo de traidores,
en favor de sus falsos pensamientos;
que los niños se engañan con amores
y los hombres con falsos juramentos;
y que en su mejor ley el mundo quiere
que tenga más aquel que más pudiere.

188. »Entré escondido y, en su humilde techo
con fingido recato recibido,
lo más guardado le mostré del pecho,
y el fin honrado tras que había venido;
y habiéndole del alma alcaide hecho,
de él y la escura noche guarnecido,
a mi Arlinda fui a ver yendo conmigo
el alevoso en hábito de amigo.

189. »Hallé la ilustre casa alborotada
y más se alborotó con mi venida,
por nueva desventura no pensada
de loca ocasión bárbara nacida;
el sin lealtad tirano en mano armada,
insolente furor y alma atrevida,
enamorado de mi esposa bella,
casarse a su pesar quería con ella.

190. »Había intentado el caso por mil modos;
ruegos, lisonjas, fieros, amenazas,
y habiéndole salido en vano todos
a las armas se fue y dejó las trazas;
y un escuadrón de cien bastardos godos,
de aleve sangre y de mestizas razas,
envió que por fuerza o ruegos rinda
del padre el gusto y de su hija Arlinda.

191. »Vime de un nuevo enjambre de cuidados
cercada la confusa fantasía,
los puertos todos del favor tomados,
y la salud sin esperanza y guía;
mas el aprieto y caso ponderados,
el breve tiempo, la venida mía,
la fuerza del tirano, el mando injusto,
y el peligro común de honor y gusto.

192. »Todo alumbró el confuso entendimiento
y una quimera fabricó no vista,
que puede mucho un noble pensamiento,
y es la necesidad grande tracista;
o fue desesperado arrojamiento,
o sentencia que el cielo dio en revista
contra el tirano infiel, cuya insolencia
en nada halla y tiene resistencia.

193. »Yo fui de parecer que libremente
al rey se entregue mi querida esposa,
corriendo un velo de alegría aparente
al triste ceño y cara vergonzosa;
pues pretenderla resistir sin gente
volver la afrenta fuera más vistosa,
y donde la insolencia y fuerza daña,
a veces suele aprovechase la maña.

194. »Fue ya opinión del ofendido viejo,
de Hércules libio ilustre descendiente,
que donde no alcanzare el gran pellejo
del fuerte león se añida el de serpiente;
que las fuerzas se ayuden del consejo,
y el animoso aprenda a ser prudente,
que, donde a ganar nada se aventura,
perderse no es valor, sino locura.

195. »Esto dispuse y no perder su lado.
que es el riesgo de honor grave herida,
y en hábito de dueña disfrazado,
para la muerte encaminé mi vida;
de un secreto puñal el brazo armado
que de uno de los dos fuese homicida
del tirano o, si acaso errase el hecho,
se entrase, de temor, dentro de mi pecho.

196. »Convino el grave acuerdo efectuarse
a la priesa mayor que el tiempo daba,
sin ver el daño que era no guardarse
del traidor que allí en vez de amigo estaba;
¡Oh, cómo debe un cuerdo recatarse,
si al mejor tiempo la lealtad se acaba
y la sin premio invidia muchas veces,
para matar con una, hace dos teces!

197. »Arlinda con la guarda del tirano
y con la mía dejó su honrada casa,
y al palacio guio, en que el rey, en vano
contando el tiempo los minutos pasa;
trazando el gusto de entregarse ufano
en la alta posesión de un bien sin tasa,
que un gran deseo sueña montes de oro,
que suelen ser, al despertar, de lloro.

198. »El sin lealtad Garilo de otra parte,
sin mayor premio que mostrarse ingrato,
a riesgo de ambos trata de dar parte
al falso rey de mi encubierto trato;
y a toda priesa y diligencia parte
a decir con el suyo mi recato,
en el que un memorial que contenía,
tras su infame traición, la lealtad mía.

199. »Ya la cuadra real se había cerrado,
y el rey con las cortinas en su lecho,
al lado suyo Arlinda, yo a su lado,
bañando ambos en lágrimas el pecho;
y él con el tierno suyo enamorado,
procurando ablandarla sin provecho,
cuando sonó en la guarda de improviso
que al rey le traen un importante aviso.

200. »Garilo al rey gallego es quien lo envía
y a quien la honra y vida importa el caso…»
Así su dulce historia proseguía
el noble godo, cuando el sabio Eraso,
su nuevo alcaide, sienten que venía,
y él, por oírlos, entretuvo el paso,
y Teudonio el aviso de Garilo
y yo también, pues se ha quebrado el hilo.

201. Que el rumor de la guerra es ya de modo,
que el aire en ciega confusión envuelve,
y en la francesa furia y valor godo
rayos Marte del rojo alfanje vuelve;
trae revuelto Morgana el mundo todo,
sola ella es quien su cólera revuelve
y la ira mujeril cuando se ensaña
entre las iras es la de más saña.

202. Y aunque en el lago blanco retirada
vergonzosa quedó aquel triste día
que Orlando pudo con la nueva espada
el jardín destrozar en que vivía;
ni de él ni de su injuria está olvidada,
que en tristes ansias la alimenta y cría
dentro el alma. Buscando de contino
para vengar su deshonor camino.

203. El grave ultraje a su guedeja de oro,
con libre y atrevida mano hecho
y en la encantada sala del tesoro
ya el precioso carbunco sin provecho;
los reyes libres y olvidado el moro,
ardiente fragua a su lascivo pecho,
trocado todo en gustos de venganza,
que son los que en mujer no hacen mudanza.

204. La ciega noche atenta contemplando
del pardo cielo aspectos y señales,
fue en puntos de efemérides sacando
de los pasados los futuros males;
Saturno al Sol en diámetro mirando,
Marte, con un cuadrado aspecto iguales
desde Cancro a Saturno y al Sol mira,
el aire altera, el mundo enciende en ira.

205. Y en estos astronómicos secretos
la mudanza de un reino vio escondida
y en sus soberbias gentes mil efetos
a su salud contrarios y a su vida;
cerró el libro con cercos más perfetos
a un apremiado espíritu homicida
la cuenta pide y que la dé, si sabe,
adónde el cielo agüera un mal tan grave.

206. A la honda boca de una escura cueva
desceñida la halló el siguiente día,
y, en medio sus conjuros, la luz nueva
el alma la asombró que la seguía;
huyó a su centro y ella con la nueva
de deseada venganza y alegría
la vuelta daba, cuando dio con ella
la bella Alcina, en su carroza bella.

207. Son del mago colegio estas dos hadas
las que más se conforman en los gustos
y así ahora de su antiguo amor llevadas
al cuello hacen los lazos más robustos;
y en la carroza de marfil sentadas,
olvidados de Francia los disgustos,
en tierno labio y pláticas sabrosas
cuenta se dan y piden de sus cosas.

208. Llegan al real palacios de Morgana
cuando ya el sol de lleno le embestía
y entre el rocío del campo y la mañana
en lumbres de oro y de cristal se ardía;
donde el diestro pincel con mano ufana
bellos dibujos a la vista envía,
sonando el pueblo dentro, antes dormido,
de las puertas de bronce el gran ruido.

209. Cercada de sirvientes la carroza,
de bellas ninfas y bizarros pajes,
que en fresca juventud y sangre moza
salarios gozan de la hada y gajes,
pasan la altiva puerta en quien retoza
la vista pòr bellísimos follajes,
de ricas piedras bárbaro tesoro,
en finos jaspes con perfiles de oro.

210. Entran al primer patio en forma ovada,
de altas columnas de alabastra hecho,
donde en arcos de bóveda sentada
la cimbria sube y vuela el antepecho;
de allí en dos nuevos cuerpos levantada
la máquina se encumbra al postrer techo,
que en varias acroterías se remata,
de enlazados estucos de oro y plata.

211. Aquí al gran peso de un cristal de roca,
al frío rigor del polo congelado
una clara inmortal fuente provoca
a sed el apetito más templado;
cien faunos lanzan agua por la boca
en armonía y son diferenciado,
y en otras tantas urnas, cien hermosas
ninfas las ondas cogen deleitosas.

212. Estas sufren en peso otra ancha taza,
sobre quien una y otra y otra crece,
de tantos caños y tan varia traza,
que el sutil artificio desvanece;
y así en nuevos primores los engarza
los unos por los otros, que parece
que es toda junta, en su primor distinto,
de agua y cristal un bello laberinto.

213. El patio a toda cuenta y primor hecho
de encajes bellos de bruñidas losas
y por los corredores, trecho a trecho,
de valiente pincel prendas vistosas;
de plata los balaustres y antepecho,
de jaspes escaleras anchurosas
cuyas pomposas puertas y ventanas
dan, de ébano y marfil, sombras galanas.

214. De revelado estuco y artesones
las bóvedas bellísimas con cuantas
piedras de ingrato amor, transformaciones
de bellas ninfas y torcidas plantas;
da la parlera Grecia en sus ficciones
y en sus verdades las historias santas,
cuyo diestro pincel abre en la vista
de gusto al alma, un nuevo coronista.

215. De cuadros de primor ricos encajes
coronan la imperial tapicería,
con faunos, fuentes, riscos y follajes,
Dianas, Venus, cazas, montería;
una Flora entre rosas y celajes,
un muerto Adonis, una Pocris fría,
aquí un Faetón cayendo, acullá un Midas,
en otro las arenas convertidas.

216. Pasaron las dos hadas a sentarse
en persianos tapetes de brocado,
en una sala que, a dejar mirarse
su techo de oro y pedrería grabado;
pudiera de pobreza avergonzarse
Nerón con su palacio celebrado,
aunque fue el desconcierto sin segundo
que el oro embebió en sí de todo el mundo.

217. Exhalando perfumes y vapores
de aromas finas pebeteros de oro,
con lo mejor de Arabia y sus olores
fiesta a la diosa hacen del tesoro;
y de cítaras, liras y cantores,
vigüelas y harpas, un tropel sonoro
en conforme y suavísima armonía
le añiden gala a la en que nace el día.

218. En gozar de ella y ver la hermosura
del fértil campo en bellos miradores,
de la aurora pasaron la frescura
y del sol los primeros resplandores;
mientras el maestresala, que procura
las mesas adornar y aparadores,
con vasos de oro, en pompa ufana y larga,
de rica y nueva majestad los carga.

219. En la sala de Apolo la real fiesta,
por más ostentación, hizo aquel día,
dicha así de una imagen suya puesta
en un rico Parnaso que allí había;
con soberbios collados y floresta
de árboles de oro y varia pedrería,
aves de alegres plumas y colores
y ricas perlas en lugar de flores.

220. Víase Dafne en medio convertida
en un fresco laurel, víase a su lado
el dios de Amor la venda desceñida,
riendo el triunfo, al arco recostado;
llorando Apolo, Dafne arrepentida,
el mundo triste y el cruel vengado
y entre las arboledas de Peneo
tañendo a veces y cantando Orfeo.

221. Es de la altiva sala la techumbre
un repartido cielo en mil estrellas,
que del Sol de un carbunco enciende lumbre
la plateada Luna a un tiempo y ellas;
a quien sigue la excelsa pesadumbre
de clavos de cristal y ruedas bellas
con su cerco vital cuyo tesoro
la esfera parte en varios climas de oro.

222. Los apartados polos, donde el hielo
el blanco nácar da a las ondas frías,
las templadas regiones, y aquel suelo
donde tú, Apolo, soplo ardiente envías;
el oriente abrasador del cielo,
término de las noches y los días,
profunda sima y anchurosa cava
adonde el mundo sin morir se acaba.

223. El abrasado igual meridiano,
de luz sembrado y puntas de oro fino,
cuya dorada y no torcida mano
fiel lumbre al mundo llueve de contino;
los trópicos de invierno y de verano,
del sol cerrada cárcel y camino,
uno de nieve y tempestad cubierto,
y en siempre nuevas flores otro abierto.

224. La línea de igualdad, cuyas vertientes
los montes miran sin ninguna altura,
que unas tiznadas y desnudas gentes
cultivan en eterna calentura;
los coluros que ciñen ambas frentes
a los dos nortes y con luz segura
el estrellado cerco que los guía
adonde vive sin morirse el día.

225. Hay un camino de oro que divide
del círculo vital la anchura ardiente,
por quien el rubio Sol que el cielo mide
ya con luto se ha visto entre la gente;
y la encantada Luna que preside
al flojo sueño en su mayor creciente,
se vio alegre salir con sus estrellas,
y faltarle la luz en medio de ellas.

226. Relumbra aquí el dorado vellocino
que un tiempo a Colcos hizo ser famosa,
y el toro que con cuernos de oro fino
nadando el mar pasó una ninfa hermosa;
dos niños, uno humano, otro divino,
el cancro y su figura portentosa,
el león con la cerviz de oro estrellada,
y la virgen de espigas coronada.

227. El peso ajustado de nuestras horas,
el escorpión de su veneno armado,
el que con arco y flechas voladoras
de tierna nieve deja el campo helado;
el frío capricornio, que en sonoras
borrascas da el sereno mar turbado,
el copero que a Júpiter infama,
con los dos peces de argentada escama.

228. Las frías nietas del nevado Atlante,
el dorado Orión armado y fiero,
que al triste y solitario caminante
de guía a veces sirve y compañero;
el carro de oro en ruedas de diamante,
las dos osas, las guardas y el lucero,
y el fijo norte que a sus pies relumbra,
que es quien las horas de la noche alumbra.

229. Sea pincel sutil o mago aliento,
fuerza de ingenio, yerbas o conjuro,
no hay en el cielo esfera, movimiento,
signo, estrella, planeta ni conjuro;
aspecto, casa, conjunción, aumento,
oriente claro ni poniente oscuro,
que por esta ancha sala y su discurso
no haga en su natural periodo curso.

230. El año, la semana, el mes y el día,
creciendo en su volar y decreciendo,
la clara luz a la tiniebla fría
con bellos rayos de oro hace ir huyendo;
de la flor tierna que el verano envía
dulce fruto el otoño está vertiendo,
por sustento al invierno y al estío,
este rico en calor, el otro en frío.

231. Sin lo que hermoso aquí la vista goza,
que es del mundo la máquina abreviada,
la alegre escuadra de aves que retoza
toda la vuelve en suavidad bañada;
canta, gorjea, despierta y alboroza
a Orfeo, que acude si a Morgana agrada;
mas si ella con su gusto no lo entabla,
todo ello es oro muerto que no habla.

232. Sirve esta alegre pieza de intervalo
y antecámara de otra más secreta,
donde su estudio tiene y su regalo
de libros en quietud y paz perfeta;
yo en su dulce memoria me regalo,
que a un pacífico gusto y vida quieta
en sabia juventud nada la iguala
y más con tal estudio y con tal sala.

233. Aquí las reales mesas coronadas
de costosas vajillas de oro fino
con preciosos manjares ocupadas
vestidas dio aquel día el blanco lino;
donde en comida espléndida a las hadas
las tazas colman de espumante vino
y en graves salvas sirven y aparato
la real ostentación de cada plato.

Alegoría

De tal manera se puso el blanco y último fin de esta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en esta por principal intento; y así en ninguna parte va tan escura que no descubra y dé algunas centellas y resplandores de sí, mostrando debajo de la dulzura del velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes a la virtud, de modo que si aquí por evitar prolijidad no se descubre toda la alegoría, podrá con este estilo sacarla quien con atención leyere.

En las prosperidades de Francia tan vecinas a su caída, se descubre la poca estabilidad de los bienes temporales; y cómo entonces tiene el prudente más que temer cuando en mayor grandeza se halla, porque ni a la virtud le faltó émula, ni a la invidia modos para dañar.

Las hadas significan los efectos y pasiones del ánimo sensitivo, y así ninguna hay en que no se pinte algunos de ellos: Alcina, el apetito amoroso; Morgana, el de la riqueza: Febosilla, el de la fama; Falerina, que labró la espada para matar a Orlando, las astucias de la guerra, a cuyas manos suelen morir los más invencibles capitanes.

En Teudonio, tan privado en el gobierno del rey Casto, y luego puesto por el mismo en prisión, se muestra lo poco que hay que fiar en favores de príncipes, que tan dispuestos están a pasarse de un extremo a otro, porque en cuanto hombres, aunque reyes, son mudables.

En la tragedia de Alancredo y Rosia se muestra cuán juntos y engazados andan en los amores los gustos y los disgustos. Y en la de Manuces en medio de los suyos, el ordinario fin de un tirano.

En Garilo, que traidoramente quiere vender a su amigo, el gran riesgo que hay en fiar secretos de importancia a hombres de quien no se tenga entera satisfacción.

En la amistad de Alcina y Morgana se dice, que el apetito de la sensualidad y el de las riquezas son las dos pasiones que más unidas están en el deseo humano y que hasta en los cursos de los cielos pretende el rico tener dominio.

Fin del primer libro.

LIBRO SEGUNDO DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Cuenta Alcina a Morgana la causa de su venida, las admirables cosas que vio en la cueva de los Hados y, para darle entera relación de la persona de Bernardo que las ha de dar vengadas de Orlando y los demás paladines, refiere el origen de los godos en España, de cuyo linaje él desciende. Morgana, agradada de la relación del mancebo, promete darle para adorno de su persona las celebradas armas de Aquiles. Píntase la casa de la Fama y la que hay de la venida del francés. Libra Ferraguto una ninfa de las manos de un sátiro, que se convierte en la fuente del desengaño: y la ninfa, en un lienzo de su labor, en profecía le muestra a algunos valerosos capitanes de España.

1. Templó en tanto Gadir su laúd dorado
y todo en furor bélico encendido,
por el aire sutil dejó sembrado
del suave acento un resonar medido;
de tan varia armonía acompañado
que el alma cautivó por el oído,
al dulce son que en los sentidos dejan
los golpes de las cuerdas que se quejan.

2. Y dando a los bemoles compañía
la dulce voz de su divino canto,
la beldad comenzó a cantar, que el día
al mundo saca en su rosado manto;
las flores que derrama la alegría,
en que a la noche trueca el ciego manto,
y en invisible y blando movimiento
de negras sombras barre y limpia el viento.

3. Hurta a la Luna el oro de su esfera
y a las estrellas su argentado brío,
entolda de jazmines su litera,
respira el aire blando aljófar frío;
sale el dorado Sol, la mar se altera,
tiembla la luz sobre el cristal sombrío,
y de su barro el caluroso aliento,
el bajo suelo humea, y arde el viento.

4. Y ya después que toda esta hermosura
al bello rostro acomodó de Alcina,
y el lisonjero labio de su dulzura
envuelta dio en destreza peregrina;
la antigüedad del largo tiempo escura
veloz canto y la priesa en que camina

el origen del mundo y cuando el cielo
feliz principio halló a su inmortal velo.

5. Canto de las mudanzas de fortuna
en su inconstante esfera el punto breve,
canto al Sol sus eclipses y a la Luna,
la luz que con dorados cuernos bebe;
canto el fatal colegio y de una en una,
las hadas celebró su canto leve,
tocando a vueltas no menuda parte,
de heroicos hechos del sangriento Marte.

6. Y acabada la música y comida
en pomposa grandeza y aparato,
la una majestad a la otra unida
a gozar fueron del jardín un rato;
en cuya alfombra fértil y florida,
vivo de la beldad dormí el retrato,
al templar con los árboles, y el viento
el tierno ruiseñor su alegre acento.

7. Había por él diversos cenadores,
sobre estanques y arroyos cristalinos,
de estatuas adornados y primores,
y de diestro pincel cuadros divinos;
allí burlas y juegos de pastores,
personajes de risa y desatinos,
aquí brutescos, acullá grimazos,
y de olmos y de parras mil abrazos.

8. Después que con jazmines y claveles,
azules, lirios y encarnadas rosas,
lo más vistoso hurtando a sus vergeles,
sus cabezas volvieron más vistosas;
al margen de un arroyo entre laureles,
sobre alcatifas pérsicas preciosas,
a sombras frescas de una vid lozana,
así Alcina habló, y oyó Morgana:

9. «Si ya deseas saber, oh Reina hermosa,
de mi nueva venida el fundamento,
que causa hacerme venturosa
a hurtarse a tu vida este contento;
negocios graves, ocasión forzosa,
a salir me obligaron de mi asiento,
aunque el gusto de verte lo hiciera,
del muerto mundo cuando allá estuviera.

10. «Mas hoy este regalo y mi venida
a tu servicio queden y a mi cuenta,
que tú en venirte a ver serás servida
y yo en verte, cual ves, rica y contenta;
un agravio común nunca se olvida,

ni a un noble la memoria de su afrenta,
ni a un amigo, si lo es en lo que digo,
la injuria que le hicieron a su amigo.

11. »Después que tu jardín fue destrozado
por la mano de aquel francés furioso,
que ganó a Balisarda y ha ganado
contra nuestra nación nombre famoso;
nunca de mi memoria se ha borrado
de la afrenta el ultraje vergonzoso,
en que su espada nos dejó y quedamos
las que de sangre tuya nos preciamos.

12. »Y aunque ninguna goza en tu linaje
derecha acción a la fatal bebida,
de cuyo vaso y su inmortal brebaje
el brío desciende a nuestra larga vida;
que recibido no haya algún ultraje
de esta nación francesa malnacida,
todas sin hacer caso de los suyos,
como a más principal lloran los tuyos.

13. »A ti contenta, sola a ti vengada,
desea en esta ocasión la más briosa,
y yo más, como más interesada
y en yerros contra ti menos piadosa;
que como rica de vez ser honrada,
y en solo este cuidado cuidadosa,
ninguna diligencia he perdonado,
oye lo que con ellas he alcanzado.

14. »Donde el mar Jonio al Ténaro le baña
los verdes jaspes de su fértil vena,
y en bosque espeso y hórrida montaña
sobre las nubes se encarama y sueña;
de entrada escura y abertura extraña
de negro hollín, herrumbre y lamas llena,
una espantosa cueva se descubre,
que el cielo y mar, con humo altera y cubre.

15. »Por esta se camina al ciego mundo,
y Alcides a esta luz sacó el Cerbero,
cuando de las deidades del profundo
victorioso salió, arrogante y fiero;
aquí la muerte tiene otro segundo
Carón, que asista y sirva de portero,
a cuyo aliento y cálido bochorno
el vivo huye, el muerto tiembla en torno.

16. »En cierto aspecto de menguante Luna
la escura cueva está en segura entrada,
hasta donde en los libros de fortuna
la humana cuenta se nos da ajustada;

por tu ocasión aquí en hora oportuna,
de fantasmas bajé y horror cercada,
a consultar tu caso y ser testigo
de lo que allí hallé, y aquí te digo.

17. »Después que por torcidos escalones,
vacíos de claridad, bajé a los senos
de la tierra, y sus negros artesones,
de hollín tiznados, y de sombra llenos;
antes del triste término y mojones,
del reino de Plutón vi unos serenos
campos, y allí un castillo a quien el día
de la suya una luz dudosa envía.

18. »En la jurisdicción de los mortales
este alcázar está, y quien dentro vive;
de aquí el Hado, los bienes y los males
a la tierra despacha, y apercibe;
aquí con altibajos desiguales
fortunas labra y su valor describe,
y aquí es, al fin, la casa de moneda
de cuanta el tiempo por el mundo rueda.

19. »Aquí Demogorgón está sentado
en su banco fatal, cuyo decreto
de las supremas causas es guardado
por inviolable y celestial precepto;
las parcas y su estambre delicado,
a cuyo huso el mundo está sujeto,
la fea muerte, y el vivir lúcido,
y el negro lago del oscuro olvido.

20. »Aquí se labra el siglo venidero
y las humanas inviolables leyes,
que ni el tiempo las muda lisonjero,
ni las quebrantan príncipes ni reyes;
cuelga el último día del primero,
y en torpe yunta de alquilados bueyes
ara la vida el mundo y nadie advierte
que es el vivir dar surcos a la muerte.

21. »Aquí en negro dosel sin luz sentadas
tres diosas hilan las humanas vidas,
al curso las madejas devanadas
de nueve ruedas de cristal lucidas;
donde en el huso apenas marañadas,
las blandas hebras crecen mal torcidas,
cuando de todas tres la más ligera,
por lo hilado corre la tijera.

22. »Copos de suerte, y colores varias,
unos blancos sin tez, otros blancos lustrosos,
unos a quien los reyes pagan parias,

y otros que pechan a los más astrosos;
cuales de tornasol hebras voltarias,
cuales de rica luz hilos preciosos,
cuales de alquimia y cuales de oro fino,
y en cada cual su hebra y su camino.

23. »El siglo venidero, la mudanza
de reyes, reinos, casas, y dictados,
lo que el distrito de fortuna alcanza,
lo que el decreto toca de los hados;
cuanto se pesa con mortal balanza,
los que vendrán, presentes y parados,
cuanto es, cuanto ha de ser y cuanto ha sido,
aquí se hila, corta y da tejido.

24. »De los tiempos la masa vi abreviada,
manar al mundo, y revolver sus cosas,
la vida de congojas asaltada,
la muerte de sus vascas temerosas;
la fortuna dichosa y desdichada,
con sus dos caras, ambas engañosas,
volando en sus favores y desdenes
los males engazados con los bienes.

25. »Y entre estos mundos al que ya nacía,
humilde vi la victoriosa Francia,
que un mancebo y su espada le tenía
por el suelo sembrada su arrogancia;
mirela, y admirada en lo que vía,
aquella conocí ser la inconstancia
del bien humano, que los más cumplidos
forzados vienen y se van corridos.

26. »No me admiré de ver que tanta alteza
en tragedia tan triste se trocase,
que es cierto que en mortal naturaleza
todo tiene su fin y ha de acabarse;
la rueda me admiró con su presteza,
que apenas deja de la vista hallarse,
allí, ¡Oh Fortuna! quien de ti se fía,
verá cuán firme tiene su alegría.

27. »La espalda Balisarda vi presente,
que un victorioso joven a tu instancia
en la sangre de un valiente,
que asombró el mundo y dio valor a Francia
de oro, con estas letras en la frente:
"Bernardo honor de España", aunque en distancia
brevísima su fama así encogida,
que apenas al nacer fue conocida.

28. »Cual la dudosa Luna amortiguada
en los principios del helado invierno,

entre negros celajes ofuscada,
falto muestra de luz el rostro tierno;
y antes de ver el alba deseada,
el oro pierde de uno y otro cuerno,
haciendo el tibio resplandor difuso,
de mil colores un color confuso.

29. »De tal manera entre una niebla escura
de Bernardo la fama se quedaba
y sin lumbre, sin luz ni hermosura,
confusamente aquí, y allí volaba;
cortas alas, pobre la ventura
y aunque el confuso espíritu alentaba,
faltábale la pluma y no podía
la oscuridad huir, que la ofendía.

30. »No porque su grandeza no subiese
a donde hasta hoy nadie ha llegado,
mas un astro infeliz quiso que fuese
corta de voz, y de valor sobrado;
faltó quién a sus alas añadiese
una pluma de estilo moderado,
y así en lenguajes bárbaros metida,
arrinconada quedara y perdida.

31. »Hasta que el tiempo que ofuscarla pudo
hermosa y clara al cielo la levante,
y de su oscuro y encantado nudo
un nuevo verso y voz la desencante;
esto por las molduras de su escudo
grabado vi y con letras de diamante,
"A otro de su nombre está guardado
el romper con la pluma este nublado".

32. »Mas si gustas saber con fundamento
quién este valeroso joven sea.
qué sangre puso en él tan firme aliento.
qué obligación honrada le espolea;
sabrás hermana, aunque es prolijo el cuento,
que en su real nacimiento dio una idea
de su furor, la quinta esfera al suelo,
y otra de afable amor el tercer cielo.

33. »En esta rica Escandinavia hermosa,
a quién la antigüedad llamó otro mundo,
y desde aquí con vuelta deleitosa,
casi en torno la ciñe el mar profundo;
madre ilustre de gente belicosa,
de fértil suelo y de vigor fecundo,
donde este rico lago halló asiento,
que hoy da a tu alcázar real firme cimiento.

34. »Tres soberbias provincias y regiones

pisan su invicto suelo y la postrera,
cuyo distrito y bárbaros mojones
del mar germano tocan la ribera;
oficina de indómita naciones
de inculta vida fue y de gente fiera,
donde los getas fueron y los dacos,
y el primer godo aró bosques opacos.

35. »De aquí salieron por diversas vías
de antigua gente en gruesos escuadrones
valientes hombres, que las tierras frías
pueblos producen de altos corazones;
buscando en qué habitar partes vacías,
por venirles ya estrechos sus rincones,
los vándalos, los cimbrios, los suevos,
y los alanos más que todos nuevos.

36. »Pues entre estas naciones que su tierra
dejaron por estrecha, aunque abundosa,
y a revolver el mundo y darle guerra
en figura salieron temerosa;
los godos fueron gente en quien se encierra
nobleza humana en sangre belicosa,
y que de los monarcas más potentes
siempre temidos fueron por valientes.

37. »Tras la alta insignia de un león bermejo,
que en azules banderas tremolaba,
y de tres capitanes de un consejo,
ánimo altivo, y arrogancia brava;
a ser salieron de grandeza espejo
al mundo en la región donde él se acaba,
del cielo a su nobleza prometida,
y al feliz brío de su valor debida.

38. »No salieron con pechos ambiciosos
a solo hacer alarde de valientes,
mas con la paz pidiendo, aunque briosos,
en qué habitar lugares suficientes;
no guerra, campos piden anchurosos,
del gran derecho usando de las gentes,
que el pueblo que en su tierra no cabía,
que se llegue permite a la vacía.

39. »Negó el Imperio la demanda justa,
y la inquietud parió desasosiego,
que es hacer guerra justa de la injusta,
negar lo justo de un humilde ruego;
y dando a la razón fuerza robusta,
su despreciado campo a sangre y fuego,
de Italia destruyó una larga parte
y en el río Tíber la ciudad de Marte.

40. »Y a tal colmo subió el de su potencia,
que hacía y deshacía emperadores,
hasta que en útil premio y conveniencia
a su rey y futuros sucesores;
Honorio dio en legítima tenencia
la España, a quien los bárbaros furores
de los suevos, vándalos y alanos
al Imperio usurparon de las manos.

41. »Fue el trato que al rey godo le quedase
lo que entre el Pirineo y mar se encierra,
y que del yugo vándalo sacase
a su corona la usurpada tierra;
con que su invicto campo reservase
a Italia y Roma de su injusta guerra,
dando por precio al español estado,
cuanto en el Lacio suelo habían ganado.

42. »Ora sea o no justificado el hecho
con que se había en él introducido,
su cetro tenía ya el primer derecho
de ocupación, por armas adquirido;
y así al ceñido imperio útil provecho
la ley fue del contrato establecido,
y por aquí legítima y no extraña,
la entrada de los godos en España.

43. »Murió Alarico hecho el trato en todo,
si bien no pudo verlo efectuado,
sucediole Ataúlfo, el primer godo
que en España metió campo formado;
ganó hasta Barcelona y allí el modo
de su gobierno próspero asentado,
por mano le mató de Ernulfo fiero,
quien las suyas por rey besó primero.

44. »Siguiole el desgraciado Sigerico
en el reino también como en la muerte,
con más vana codicia de ser rico,
que en campo armado belicoso y fuerte;
diole el tiempo en gran cuerpo ánimo chico,
con que se ahogó en él la buena suerte,
matándole en la paz por más casera,
la espada que en la guerra no lo hiciera.

45 »Tras este el reino dieron a Walía,
porque la siega y haga sin partido,
salió en armada flota a Berbería,
que el aire la venció y volvió corrido;
y con él la arrogante valentía
del gótico poder nunca vencido,
para ser firme pie en el reino instable,
la antes odiosa paz halló agradable.

46. »Sucedió a su real pecho el animoso
de Teodoredo, a quién los adivinos
triste muerte anunciaron y él furioso
a buscarla salió por mil caminos;
contra el soberbio Atila victorioso
de Tolosa en los campos convecinos,
donde en sangriento innumerable estrago
el rey bebió entre el vulgo el común trago.

47. »Bien que su belicoso Turismundo,
del muerto padre en la áspera venganza,
contra el azote del vencido mundo,
de firme acero armó su invicta lanza;
fuera al primer azote, ella el segundo,
si invidia no enfrenara su pujanza,
cuando al bárbaro rayo de la guerra
las fuerzas le templó y quitó la tierra.

48. »Tuvo por sucesores dos hermanos:
el sin piedad incauto Teodorico,
que a un humilde rey vándalo en sus manos
matar le hizo y a él su hermano Eurico;
fratricida cruel, pero de humanos
respetos, noble, afable, ilustre y rico,
que a su reino dio ley, y a su corona
la orla de Zaragoza y de Pamplona.

49. »Compeliendo a bramar al cielo en vano,
en un toro de alambre a Burdeneo,
Alarico entró al reino y por su mano
la ambición lo usurpó de Clodoveo;
a este le sucedió un bastardo hermano
y a este el valor que da Amalo y Balteo
las nobles sangres puso en un supuesto,
y en él un nombre de los dos compuesto.

50. »Matáronle en Narbona y entró luego
Téudis, en cuyo tiempo el real de Francia
en España sembró sangriento fuego,
con mayor suyo que ganancia;
matole un brazo loco en furor ciego,
sucedió de Teudisclo la arrogancia,
y a este de Egica la arriana suerte,
y a ambos tras torpe vida infame muerte.

51. »Atanagildo entró determinado
de echar de España la romana gente,
siguiole Liuva, y por acompañado
el cruel Leovigildo, rey prudente;
aunque soberbio y sin piedad airado,
en grandeza y tesoros eminente,
de Recaredo padre y de su hermano
el mártir Emerguildo sevillano.

52. »Fue el singular y noble Recaredo
del cetro y silla real sucesor dino,
de Francia vencedor, de Roma miedo
y de la fe restaurador divino;
de amada majestad brioso denuedo,
de tan feliz estrella y noble sino,
que del real valor que le acompaña
eterna sucesión gozará España.

53. »Sucediole de Liuva de reino breve
de esperanzas en flor sembrado en vano,
que Viterico con espada aleve
segarlas pudo el cetro toledano;
dejándolo él con muerte menos leve
a Gundemiro, el que en fervor cristiano
los templos hizo con piedad sagrados,
inviolables defensas de culpados.

54. »Tras este el elocuente Sisebuto
por dos veces triunfó de los romanos,
y a los hebreos con público estatuto,
dejar les mandó el Reino o ser cristianos;
entró al suyo de lágrimas y luto,
niño de tierna edad y años lozanos,
su hijo Recaredo, y murió luego,
que aún no lloró a su padre con sosiego.

55. »Heredole Suintila y fue el primero
que el reino hizo de España monarquía,
y tras él el Sisenando copió el fuero
de la jurispañola policía;
Chintila entró en resplandeciente acero,
más que por sucesión por tiranía,
y Tulga al mundo dio en veloz corrida
solos deseos de gozar su vida.

56. »Alzose con el reino Chindasunto,
y sucediole su hijo valeroso
el católico y noble Recisunto,
de ánimo insigne y corazón piadoso;
tras quien a Wamba hizo el pueblo junto,
en concorde elección rey poderoso,
y él, dando temporal por infinito,
la púrpura trocó en sayal benito.

57. »Dio en sucesión el reino no estimado
al conde Ervigio, rey ahora intruso
en la real silla, donde no forzado
a Egica su famoso yerno puso;
por quien Vitiza entró en adverso Hado,
de cuyo infeliz tiempo el torpe abuso
a oscurecer llegó y deslucir todos
los graves hechos de los reyes godos.

58. »Fue ayo de perniciosas libertades,
y el que estragó de la compuesta España,
en las nobles virtudes sus beldades,
¡Tanto un mal rey con su insolencia daña!
desnudó de sus muros las ciudades,
a las armas quitó el acero y saña,
y al mal regido Reino dio permiso
del sensual deleite en cuanto quiso.

59. »Privolo de él Rodrigo en campo armado,
que su robusto pecho y brazo fuerte,
en sensuales deleites estragado,
su grandeza perdió y ganó su muerte;
un antiguo palacio dio encantado
en su alcázar real la infeliz suerte,
a cuyo firme umbral el bronce duro
mil siglos tuvo en su quietud seguro.

60. »Nadie en la antigüedad fue así atrevido,
que el acero rompiese a sus candados,
medroso, que el furor allí escondido
sus desastres tenía encarcelados;
de este rey solo al pecho distraído,
la infiel codicia le vendió pintados
los bárbaros que a España en triste día
un encantado bulto prometía.

61. »Turbose el rey al infeliz agüero,
aunque el lascivo amor más le turbaba
con una dama, y su desdén severo,
niña, lozana, altiva, hermosa y brava;
por ganarla perdió su reino entero,
él fue el último godo, ella la Cava:
su padre Julián, por él España,
bárbara presa de una gente extraña.

62. »En las selvas cayó del río Leteo
del sin ventura rey, el cetro y mando,
quedó perdida España, harto el deseo
en sus destrozos el morisco bando;
mas ¿qué no puede un vicio torpe y feo
y el descuido de un rey lascivo y blando?
Todo al fin lo abrasó y tragó su rabia
la torpe secta que nació en Arabia.

63. »Hiciera punto aquí el linaje godo,
su altivo reino, y el valor de España,
en miserable riesgo puesto todo,
al tirano furor de gente extraña;
si un nuevo rey por milagroso modo,
del áspero solar de una montaña
no levantara el cielo ya cansado,
del fiero azote y del rigor pasado.

64. »Fue este feliz restaurador Pelayo,
del despojado rey noble sobrino,
en quien conservó el cielo vivo un rayo
del gótico valor, brío peregrino;
y el triste reino en su mortal desmayo
nuevo aliento cobró, nuevo camino,
a la rica esperanza, antes sin vida,
de recobrar la libertad perdida.

65. »Pelayo al reino dio un brazo animoso
por sucesor de su ánimo valiente
a quien la breve vida quitó un oso,
y el católico Alfonso entró prudente;
a gobernar el cetro valeroso
por digno rey de la española gente
y en linaje, valor, brío y denuedo,
ínclito sucesor de Recaredo.

66. »De este fue hijo el áspero Fruela
que en corazón cruel y ánimo impuro
un hermano mató, sin más cautela,
que deseos de gozar reino seguro;
fue de su religión fiel centinela,
de su sagrada fe inviolable muro
y al estragado clero, en casto celo,
la limpia honestidad volvió del cielo.

67. »Fue alegre prenda de una hija hermosa
del que en Guiena fue duque contrario
al potente Martel, que en la alevosa
Francia a rey le subió el tiempo voltario;
abuelo del que ahora reina y osa
con sus duques nombrarse tu adversario
de cuya sangre real, así enemiga
de Carlomagno y su francesa liga,

68. »el Casto rey nació, que ahora enfrena
con riendas de oro la invencible España,
y su hermana menor doña Jimena,
que al mundo dio del Conde de Saldaña;
la invicta espada de victorias llena,
cuyas grandezas en prudente saña,
harán los Hados, sin que el curso muden,
que ahora espanten y después se duden.

69. »Este es el gran Bernardo, a quien el cielo,
por benignos favores de su estrella,
a su brazo rendido dará el suelo,
que guía de flor de lis la impresa bella;
hará vengado a su ofendido abuelo,
satisfará tu agravio y mi querella,
y a un golpe que la fama le atribuya
de Francia la honra y la opinión por suya.

70. »Es al presente un joven valeroso,
de real disposición, feroz denuedo,
noble, fácil, cortés, compuesto, brioso,
de pecho altivo y corazón sin miedo;
en paz afable, en guerras desdeñoso,
de España, al fin, que es cuanto decir puedo,
que un ánimo español de sangre noble,
en cuantas goza el mundo, es fiesta doble.

71. »En la corte nació del rey su tío,
de adonde el sabio Orontes, deudo nuestro,
pequeño le robó y, por gusto mío,
ayo le ha sido fiel, guarda y maestro;
salió cuál se esperaba de su brío,
en todas armas valeroso y diestro,
cuya temprana espada y brazo fuerte
su rey libró de una alevosa muerte.

72. »No se crió en regalos ni en blanduras,
ni el ocio padre fue de heroicos pechos,
que del deleite humilde las dulzuras,
solo son de almas pobres ricos lechos;
desde que a las primeras luces puras
abrió los tiernos ojos, los vio hechos
a soledades, y asperezas solas,
y a oír del sordo mar las roncas olas.

73. »En el crespo archipiélago copioso
de ásperas islas un preñado monte,
de la jovial Creta al golfo ondoso,
su cabeza descubre a mi horizonte;
y entre el Samo, y el Mergo pantanoso,
y entre el principio de Asia y Negroponte'
hecha deja una isleta y costa brava,
que Icaria en otro tiempo se llamaba.

74. »En cuyos solitarios arenales,
del atrevido Ícaro la pluma,
aún eternas conserva las señales,
sin que el mudable tiempo las consuma;
y su nombre en las ondas inmortales
de herviente cubierto y blanca espuma,
sobre el sepulcro temeroso suena,
puesto al rigor de su mudable arena.

75. »El sabio aquí, por la esperanza mía,
a su cargo tomó la ilustre impresa,
y en noble crianza y sabia policía,
salvaguardó la destrucción francesa;
probando en aventuras que fingía
de su niñez la inclinación traviesa,
y tras ella sus años juveniles,
al grave pundonor de hechos gentiles.

76. »Vestile anoche un rico arnés de acero,
y armole hoy caballero un rey persiano,
guardando a mis lecciones el agüero
de un observado aspecto soberano;
con que ya su valor veo tan entero
que golpe no dará en vacío humano,
y a darte nuevas de esta buena suerte,
las alas me prestó el deseo de verte.

77. »Ya pues, diosa feliz, en lo restante,
por ti mi joven se gobierne y rija,
y contra el brazo y el furor de Anglante
armas iguales tu saber le elija;
que aunque es a todo su valor bastante,
con prevención prudente el bien se fija,
acudiendo a esta impresa por ser tuya,
yo de mi parte, Orontes de la suya.

78. »Está de tu favor necesitado
el católico reino de Castilla
contra el francés orgullo, que agraviado,
por fuerza quiere la española silla;
y al valiente doncel recién armado,
la soberbia del mundo se le humilla,
solo tu amparo pide, que en la tierra
de la paz es el nervio y de la guerra.

79. »Si el francés enemigo se apodera
de España, queda muerto el valor godo,
todo el mundo rendido a su bandera
que el cielo ha dado a España el mundo todo;
suyo ha de ser en esta edad postrera,
y de Francia será, si por tal modo,
por fuerza ahora ¡oh cautelosa maña!
su brío introduce en el valor de España.

80. »Tu agravio queda sin venganza justa,
y para siempre nuestro honor manchado,
si el ímpetu francés a la robusta
fuerza de España queda incorporado;
la nueva causa de esta guerra injusta,
que entre estas dos naciones se ha trabado,
de aquí tomó corriente, advierte el modo
que señora te dé una vez de todo.

81. »Hijo dije que fue del rey Fruela,
el que lo es hoy de Asturias y Galicia,
mas quedó niño y con su infiel tutela,
de Aurelio usurpó el reino la malicia;
sucedió del rey Silo la cautela,
y a este de Mauregato la avaricia,
que por gozar de infame cetro de oro,
bellas parias pagó en tributo al moro.

82. »Sucedió don Bermudo a Mauregato,
de pecho real y de ánimo prudente,
que al Casto primo dio del reino ingrato,
como antes era suyo, el cetro y gente;
este es hoy de virtud vivo retrato,
en la guerra y la paz, sabio y valiente,
invicto vencedor, feroz guerrero,
casto en la vida, en el juzgar severo.

83. »Mas viéndose de larga edad ceñido,
y de ilustres deseos rico el pecho,
en el estrecho término encogido
de un combatido muro y pueblo estrecho;
sin forzoso heredero conocido,
con quien dejar su reino satisfecho,
vio también que, aunque sobre fortaleza
es confusión un mundo sin cabeza.

84. »Y de estos graves pensamientos llena
la heroica fantasía, el rey severo,
entre el cargo y descargo de la pena
de ver su invicto león sin heredero;
de sus trazas tomó la menos buena,
sin fiarla de prudente consejero,
notable error, y en ya resuelta instancia
ceder quiere su cetro en el de Francia.

85. »Movíale ver el brazo victorioso
del nuevo Augusto César de Occidente
y el español distrito belicoso
así ocupado de enemiga gente;
quería dejar un capitán famoso
a su invencible ejército decente,
que con su autoridad al pecho frío
pusiese, a ser posible, mayor brío.

86. »Que a él su prolija edad más le convida
al ocio blando que a la dura guerra,
y del mauro la gente malnacida
de aumentar trata la usurpada tierra;
mas la rica esperanza concebida
del noble fin que el real cuidado encierra,
ya el tiempo con suceso no esperado,
en ambiciosa guerra la ha trocado.

87. »Que el reino al no decente ofrecimiento
del católico rey al rey de Francia,
de su imprudente arbitrio descontento,
su valor ofendido y su arrogancia;
que revoque pidió el dañoso intento
con la segunda, la primera instancia,
o la obediencia le alzarán debida
y harán no poco en le dejar con vida.

88. »Esto a anular bastó el concierto hecho
con público estatuto y embajada,
y agraviado el francés quiere, de hecho,
la injusta sucesión con mano armada;
y que la fuerza, a falta de derecho,
le dé el reino y sobre esto es la jornada:
de Francia la soberbia y de Castilla,
de esta fuente bebieron su rencilla.

89. »Vencidos ya Agramante y Desiderio,
aquel rey africano, este lombardo,
con el feroz poder del nuevo Imperio,
sobre España el francés baja gallardo;
y ella no tiene en todo su hemisferio
otro valor igual al de Bernardo,
mas basta este, que un brazo valeroso,
un campo, un reino, un mundo hace dichoso.

90. »Hasta ahora el riesgo ha estado por mi cuenta
del rico enjerto y de la invicta rama,
que ha de dar sombra al mundo, a Francia afrenta
y a su España de honor lustrosa llama;
ahora haz tú, hermana, que yo sienta
que en esto vuelvo por tu gusto y fama,
y que eres diosa del tesoro humano,
que la guerra y la paz tiene en la mano».

91. Al dulce hablar de la afeitada Alcina,
Morgana en gran deleite estuvo atenta,
que es la lisonja dulce golosina,
que al necio rico en ambición sustenta;
y ufana con el nombre de divina,
así arrogante respondió y contenta,
sin mirar que la Hada en cuanto emprende,
solo a su gusto y no al ajeno atiende.

92. «Siempre creí que en tu cuidado puesto,
vivía seguro el de mi honra y vida,
que más promete tu nobleza que esto,
y en más que esto te estoy agradecida;
el cielo a mi venganza está dispuesto,
que pues la veo de ti favorecida,
ya no la dudo ni recelo en nada,
tú quedarás contenta y yo vengada.

93. »Por varios motivos pretendí vengarme,
y todos ellos me han salido en vano,
ya del fiel Galalón quise ayudarme,
ya de la injusta muerte de Troyano;
de Agramante el valor pudo alentarme,
el tártaro furor y el africano,
de Mandricardo y Rodamonte fiero,
mas a aquel mató Orlando, a éstos Rugero.

94. »En graves pensamientos ocupada
el placer me halló de tu venida,
ya en mis perplejas dudas enterada
del francés riesgo en su fatal caída;
aunque ignorando la dichosa espada
de tal hazaña digna y tal herida,
ahora que tu saber me la ha mostrado,
oye lo que al presente me da el Hado.

95. »Ya sabes que son míos de derecho
los tesoros del mar y de la tierra,
y que a mi cetro y gusto paga pecho
cuanto en los senos de los dos se encierra;
pues donde del mar Jonio el bravo estrecho
de Acroceranio bate la alta sierra,
cierta joya en el mundo celebrada
días ha que a un grave fin tengo guardada.

96. »Aquellas armas que del griego Aquiles
a Ulises se entregaron por sentencia,
de ricas perlas llenas, y perfiles,
en quien Vulcano echó toda su ciencia;
donde en realces de mágicos buriles
grabada está una oculta descendencia
de héroes ilustres que vendrán al mundo,
del primer poseedor, y del segundo.

97. »Del crespo mar una áspera tormenta
allí hasta hoy las dio depositadas,
sin que el furioso Telamon consienta
que le sean de mortal mano tocadas;
vive en su muerto corazón la afrenta
de haberle sido sin razón quitadas,
y, en virtud de este pensamiento altivo,
muerto, para guardarlas se está vivo.

98. »Si ya este nuevo espíritu valiente
el fin supiere hallar de esta aventura,
yo mi favor le prestaré decente
y él me hará de su valor segura».
Así Morgana al margen de una fuente
al blando viento hurtaba la frescura,
y yo, al sabor de su parlar atento,
también bebí de su discurso el viento.

99. Cuando el tiple marcial que el clarín vierte,
y el ronco son de trompas y atambores
con que el mundo camina hacia la muerte,
su plática deshizo entre las flores:
cesó el sepulcro en que la hada advierte
que el arnés vive lleno de primores,
del griego capitán a cuya mano
Héctor murió y tembló el muro troyano.

100. Que el quinto cielo, ya en sangrienta rueda,
por la tierra marcial furor derrama
y en invisible aliento da el que pueda
crecer a soplos de ambición la llama;
del rey francés los triunfos, con que queda
en majestad vencido el de la fama,
el requemado enojo, los desvíos,
y del leonés los indomables bríos.

101. Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento
un soberbio castillo está labrado,
que aunque de huecos aires su cimiento,
y en frágiles palabras amansado;
basa no tiene de mayor asiento
el mundo, ni los cielos se la han dado,
pues a solo él y su muralla fuerte
no ha podido escalar ni entrar la muerte.

102. En las nubes esconde sus almenas,
la tierra y cielo desde allí juzgando,
de anchos resquicios y atalayas llenas,
de ojos cubiertas, sin dormir velando;
y con más lenguas que la mar arenas,
ajenas vidas y obras pregonando,
sin que palabra, aunque pequeña, suene,
que de rumor las bóvedas no llene.

103. Fama, monstruo feliz, vario en colores,
es quien las torres del alcázar vela,
y en plumas de vistosos resplandores
por todo el orbe sin cansarse vuela;
favores pregonando y disfavores,
que allí el parlero tiempo le revela,
de ojos vestida, de alas y de lenguas,
de unos contando loores, de otros menguas.

104. Vuelan sus claraboyas por la cumbre
de la enarcada bóveda del cielo
sobre pilares de oro cuya lumbre
el aire baña y da hermosura al suelo;
vuelve en cuadrados ecos su techumbre
de huecas voces un sonoro vuelo,
que en confuso rumor los patios llena
y un rico mundo de grandezas suena.

105. Los firmes quicios de las altas puertas,
sin guardadoras llaves ni candados,
a todo tiempo y toda gente abiertas,
de cualquier calidad, suerte y estados;
las ocultas verdades descubiertas,
los antiguos engaños disfrazados,
los vulgares rumores, cuyo enjambre,
al deseo de saber crece el hambre.

106. A estos, sin que el reciente rastro borre
el vulgo la ignorante oreja aplica,
y al ciego aliento que en sus patios corre
la más templada boca multiplica;
los cuentos que uno oyó en la primer torre,
tan mudados en otra los publica,
que, volviendo a encontrarlos sus autores
nuevos los juzgan y los dan mayores.

107. El firme umbral de sonoro bronce
al grave peso de la gente gime,
que el vario tiempo por el ancho esconde
a todas horas de aquel mundo esgrime;
aquí de nudo eterno el mortal gonce
los siglos vence, y a la muerte oprime,
y en vuelo infatigable y ancha pompa,
el son retumba de una hueca trompa.

108. Humilde a los principios se levanta,
de ronca voz y de alas encogida,
mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta
que a la luz deja en su cundir vencida;
de feroz vista y proporción que espanta,
en vivas lenguas y ojos convertida,
y de tal propiedad y tal sujeto,
que a todo hace y no a guardar secreto.

109. Así a los cielos ruego le suceda
al vuelo heroico de mi corta pluma,
que si hoy humilde y por el suelo queda,
mañana suba a ser de honor la espuma;
y en lo alto ya de la voluble rueda,
el tiempo ni la halle ni consuma,
mas con su altiva voz tan hueca suene,
que el mundo espante y sus regiones llene.

110. De todas las humanas invenciones,
soberbias torres, máquinas, trofeos,
bellos teatros, ricos panteones,
altas columnas, graves mausoleos;
anchos doriscos, sacros íliones,
colosos, arcos, termas, coliseos,
pincel, estatuas, bronces, escultura
y otra, si hay más constante o más segura;

111. en todas hunde la infeliz polilla
del voraz tiempo, autor de las verdades,
no hay real corona ni suprema silla,
sagrado Imperio, muros ni ciudades;
contras sus fuerzas todo lo aportilla,
en todo imprime y causa novedades
los reinos muda, sus linderos trueca,
y hoy, donde ayer fue mar, ya es tierra seca.

112. ¿Quién me dirá de la usurpada España
el cetro oscuro de ásperos alanos?
¿Qué terrones rompió la inculta saña
de almonidas y antiguos turdetanos?
¿Quién los epalos fueron, cuya maña
al Betis dio los muros sevillanos?
Los zacintos, los celtas, los ancones,
¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?

113. Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias,
la romana y la griega monarquía,
de Virgilio y de Homero plumas varias,
murieron, y ellos viven todavía;
si a sus versos los reinos dieron parias,
también yo espero que a la musa mía
rinda a pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Rodas sus colosos.

114. Estos deseos, sabrosa medicina
contra la muerte son, de honrados pechos,
que el alma eterna de nación divina
eternizar también desea sus hechos.
¿Quién a un famoso nombre no se inclina?
¿Quién la honra no antepone a otros provechos?
¿Quien tan inútil y de humilde suelo,
que de una inmortal voz no ame el señuelo?

115. Pues este antiguo monstruo, en pasos blando,
de pechos nobles pasto apetecido,
hoy por un ciego mundo hace volando,
con mayor voz que nunca, más ruido;
la nueva infausta guerra pregonando,
el valor del francés nunca vencido,
el aprieto de España y de sus cosas,
unas alegres y otras lastimosas.

116. Y entre, las que el clarín con mayor vuelo
del vulgo humilde al real dosel levanta
es de Francia el ejército que el suelo
con sombra cubre y con braveza espanta;
por cuanto ciñe el mar y abraza el cielo,
ni otra voz suena ni otra gloria canta,
que siempre el vario monstruo se recrea
con los que la fortuna lisonjea.

117. También la invicta España en contra viene
del común enemigo a la potencia
con cuanto dentro encierra, hasta el que tiene
en religión y leyes diferencia;
el que de arar la tierra se mantiene
los que en mandarla alcanzan eminencia,
al que en alcázar real o humilde choza
la nueva guerra asesta o la paz goza.

118. Los que a Duero cultivan sus jazmines,
y al río Miño las riberas rojas,
y de Ebro los principios y los fines,
de nieblas frías y corrientes flojas;
los que del Tajo habitan los confines,
y pisan de sus álamos las hojas,
y el que sin fruto en Guadiana pesca
o al Betis ciñe la ribera fresca.

119. Marsilio en prevenirse fue el primero
contra el común pavor que asombra a España,
y al rey Casto ofreciendo un campo entero
el de su gente infiel puso en campaña;
mandando a Ferragut que al mauro fiero
por gente pase natural y extraña,
y a la de Cataluña, por Valencia,
de África anude y junte la potencia.

120. Fue Ferragut un bárbaro brioso,
de fornida estatura de gigante,
miembros doblados, ánimo orgulloso,
colérico en sus gustos y arrogante;
en fuerzas firme, en cuerpo poderoso,
velloso rostro, y áspero semblante,
y en el llegar con su opinión al cabo
entre los valerosos el más bravo.

121. A insignes triunfos de armas inclinado,
y a devolver del mundo las regiones,
y dejar fama en él, que es un cuidado
que no cabe en estrechos corazones;
Todo hasta el marcial pecho era encantado,
y este, lleno de honradas pretensiones,
a sembrar sale belicosa saña,
de Zaragoza a lo mejor de España.

122. Del Ebro claro a la corriente fría
alterando llegó el rumor la tierra,
con rayos de orgullosa valentía
que es la paz de su espíritu la guerra;
y del florido salto que hacía
la preñada cuchilla de una sierra,
como en grillos de plata vio ceñido
del humilde collado el tumbo erguido.

123. Así enfrenada la corriente brava
de arboledas vestido y de frescura,
que el sosegado curso que llevaba
a la vista engañara más segura;
el bosque en sus cristales se miraba,
y dando y recibiendo hermosura
de Flora, a vueltas vía el brazo tierno
rosas sembrando del florido cuerno.

124. La fresca vid al álamo sombrío
sus ramos dulcemente encadenaba,
y a costa del humor del manso río
de una inmortal frescura le adornaba;
donde al ardiente Sol el blando frío
con pardas frescas sombras convidaba,
y a contemplar en su cristal profundo
otro bosque, otro cielo y otro mundo.

125. En este alegre soto entretenido
sus flores Ferragut pisa contento,
y del lugar, y del calor movido,
un nuevo busca y apacible asiento;
este halla fresco, el otro más florido,
aquí hay más verde juncia, allí más viento,
hasta que de uno en otro remolino,
de un raudal espumoso al salto vino.

126. Al sordo murmurar que se desempeña
el hondo valle suena comarcano,
y de una peña dando en otra peña,
de aljófar lleno salta al verde llano;
aquí una cueva está que aunque pequeña,
hecha parece por divina mano,
en cuyo húmedo seno y hueco frío
las deidades habitan de aquel río,

127. donde en tiernos cuidados ocupadas,
en grutas de cristal y ondas ceñidas,
las ninfas sobre telas delicadas
sus amores dibujan y sus vidas;
las rubias hebras de oro marañadas
entre la blanda lana retorcidas,
a vueltas muestran de sus lazos bellos
mil lances de primor de ellas y de ellos.

128. Aquí entre olores que tributa el prado,
al ronco estruendo del cristal rompido,
el moro, en graves trazas ocupado,
sin saber cómo, se quedó dormido;
débil Morfeo en paso sosegado
el sentir le robó sin ser sentido,
al blando entrar de una quietud suave,
que al sueño abrió y al alma echó la llave.

129. Y apenas de la vista en las ventanas
el sentido común fijó dos sellos,
y de las cosas las figuras vanas
hechas aires sutil voló por ellos;
cuando con luces no del todo humanas
el sueño le mostró, en retratos bellos
un alarde a quién dan rayos adustos
los malogrados fines de sus gustos.

130. Sueña que se halla en los alegres días
que a Doralice festejó en Granada,
cuando a un breve favor largas porfías,
la puerta le dejaron más cerrada;
las armas y pomposas gallardías
en la amorosa impresa celebrada
de Angélica y la bella Guadalara,
del Brabonel amante prenda cara.

131. Prosigue amor en su pesado sueño,
y hácele en Babilonia enamorado
de Bagdelia y que en Persia alzó por dueño
a la Hada Argiran de su cuidado;
que a la dueña del lago en dulce empeño
también sin premio le entregó el cuidado,
y de Marfisa fue atrevido amante
y oculto de la bella Bradamante.

132. Que a Flordelis y a Flordespina quiso
en diferentes partes, y en ninguna,
o sea por cuidadoso o por remiso,
favorable le vino suerte alguna;
o sea estrella cruel, Hado preciso,
azotes o regalos de fortuna,
o la aspereza de su rostro y talle,
que era oille temor, miedo miralle.

133. Nadie le codició por tierno amante,
ni él en saberlo ser halló ventura,
con que el parlero sueño fue bastante
a despeñarlo en una cueva escura;
donde en lloroso vio y mortal semblante
la bella granadina hermosura
que a la arrogancia de su pecho fiero
su primer gusto fue y su amor primero.

134. Parécele que en triste cárcel puesta,
donde halagüeñas lágrimas vertía,
con medroso ademán y habla modesta
breve socorro a su aflicción pedía;
quiso darle las obras por respuesta,
y del pesado sueño la agonía
su quietud le hurtó y en medio el prado
un sátiro a una ninfa vio abrazado.

135. Ahora fuese que al sabroso frío
a recrearse sin temor saliese,
y a gozar de algún álamo sombrío
su labor, y la siesta le moviese;
o que en la cueva del cercano río
en cuidadosas lazadas le prendiese,
o que ahumado encanto le fingía
lo que durmiendo oyó y despierto vía.

136. En mil lazos el sátiro encadena
el delicado cuerpo transparente,
y la boca de amarga espuma llena,
ya el dulce aliento de la ninfa siente;
que a desdeñosos golpes le refrena,
y en tesón duro y forcejar valiente,
el torpe nudo huye y feo semblante
del atrevido deshonesto amante.

137. Procura libertar el tierno cuello
del peligroso nudo de sus brazos,
y el sátiro importuno el bulto bello
más encadena en amorosos lazos;
el cendal rompe, troza los cabellos,
y el cuerpo sin piedad hace pedazos,
y todo en vano que, aunque no rendida
está de la ocasión del gusto asida.

138. Cual parda sierpe, que de nudos llena,
el águila real lleva a su nido,
las alas con sus roscas encadena,
y en ellas cuerpo y pies le tiene asido;
o escura yedra que, en maraña amena,
el tronco a un olmo deja entretejido;
o el blanco risco que la jibia tiñe;
o el pulpo en negros lazos teje y ciñe.

139. Tal el lascivo sátiro envolvía
la bella ninfa en su prisión forzada,
el moro que entendió la demasía
del torpe amor y el tiempo ocasionada;
y del fresco lecho salta en que dormía,
y al vano amante la desnuda espada
al ciego corazón le guio de suerte,
que echó fuera el amor y entró la muerte.

140. Cayó descoyuntado al mortal hielo
el corvo fauno, y una alegre fuente
las nuevas flores del pintado suelo
en su cristal bañó resplandeciente;
o fuese influjo de observado cielo,
o de mágica fuerza cerco ardiente,
al desangrado amante entre la yedra
el mundo recibió mudado en piedra.

141. Y un celoso cristal por la herida
de desengaños lleno corrió al río,
tal que si al gusto a verse en él convida,
tal vez le vuelve en tristes sombras frío;
que al pecho no dio amor duda escondida,
que clara no la dé el licor sombrío,
los celos, las sospechas, los antojos,
descifrados su luz pone en los ojos.

142. El hijo de Lanfusa fue el primero
que el alinde probó de la onda pura,
y ya por culpa ajena o rostro fiero,
del suyo le asombró ver la figura;
o sea sospecha, o caso verdadero,
él lo sabe y amor que le asegura
que de su arco, los menos agraviados
salen, cuando no heridos, asombrados.

143. Ni importa en nobles gustos ser amado;
que en alegre verano y pasto tierno,
al corderillo que hay más regalado
a vueltas crece de la lana el cuerno;
el caso de Anteón ¿a cuál honrado
en el alma no imprime miedo eterno?
Pues no hay Diana tan fiel, si se le antoja,
que en ciervo no convierta a quien la enoja.

144. Para humillar su altivez la rueda
en gustos locamente confiados,
labrada esta parlera frente queda
de un libre desengaño de cuidados;
donde el Narciso, de favores pueda
en el agua escribir los más fundados,
y gozar en sus márgenes y orillas
de los hurtos de amor las maravillas.

145. Del feo bulto del fauno heredó el nombre,
y de su pecho y cuernos agua fría,
y su fama en el mundo tal renombre,
que de divino oráculo servía:
¡Ciega locura aventurar el hombre
sin ganancia el caudal de su alegría!
¡Vana curiosidad, locos antojos,
donde es mejor no ver que tener ojos!

146. Bien que al cristal de su parlero seno,
hermosos campos y pinturas bellas,
un tierno niño Amor, de gustos lleno,
sobre un cielo de flores por estrellas;
mil bellas ninfas por un bosque ameno,
Venus, que alegre se regala entre ellas,
y al compás de los sátiros que espantan
bailan las unas, y las otras cantan.

147. Cuando el antojo del que al agua llega,
por gusto pide halla retratado,
montañas de oro, la codicia ciega
de Midas, si aún le dura ese cuidado;
cazas Adonis en su fértil vega,
desengaños de amor quien no es amado
el nuevo amante pensamientos tiernos,
el galán galas y el celoso infiernos.

148. Los caballeros, guerras, y aventuras,
los sabios mil secretos naturales,
la vista, melancólicas pinturas,
los placenteros ojos, otros tales;
el labrador, sus mieses mal seguras,
el pescador, sus cañas y sedales,
la dama bella amor, galas la fea,
y cada cual, al fin, lo que desea.

149. En campo abierto el agua transparente
un tiempo al mundo vio sus maravillas,
mas el ciego concurso de la gente
que a ver llegó sus márgenes y orillas;
con disgustos turbada la corriente,
rojas volvió sus flores amarillas,
hasta que en defendida niebla escura,
la ninfa le encantó la hermosura.

150. Fue esta aparente máquina de cosas
sombríos cercos de la hada Alcina,
que a hacer las de Bernardo más pomposas
su nuevo estudio y su saber camina;
y de España las sangres belicosas,
a que su natural gusto la inclina,
entre estas sombras quiere y su aparato
al mundo dar un singular retrato.

151. A este fin levantó en sus huecos senos
de un rico alcázar la belleza extraña,
cuyas cornisas y artesones llenos
de lazos de oro tan sutil maraña;
de marciales sucesos más o menos
que en venideros siglos tendrá España,
crecientes olas que en lenguajes mudos
los campos honraran de mil escudos.

152. Hasta aquel siglo de oro y rey prudente,
que, como antes, la vuelva monarquía,
y el lleno goce en él de su creciente,
y sin menguante corra su alegría;
esto en muros de vidrio transparente,
y en cristalinos tumbos de agua fría,
la ninfa dibujó y en niebla escura
encantó hasta su tiempo su hermosura.

153. Al primer riesgo de la sabia fuente
el lascivo animal perdió la vida,
la ya vengada ninfa en la corriente,
del claro río sin temor metida;
viéndose con castigo suficiente,
en su ofendido honor restituida,
a su libertador vuelve lozana,
y a darle el premio del favor se humana.

154. Los espumosos tumbos refrenando,
de entre ellos levantó el gallardo cuello,
con las nuevas vislumbres deslumbrando
al que se atreve con su riesgo a vello;
y en lanzada sutil de un cendal blando,
en crespos lazos reformó el cabello,
que, a no ser de más precio su tesoro,
el día comprara del sus rayos de oro.

155. Halló el moro caída entre las flores
de un sirgo azul la tela delicada
de matices cubierta y de primores,
milagros de la aguja de la hada;
donde en preciosas sedas y colores
una historia sutil vio dibujada,
parte labrada ya, parte en amago,
del punto natural o aspecto mago.

156. Nunca de Palas la sutil aguja,
cuando Aragne intentó su competencia,
a los heroicos dioses que dibuja,
igual perfección puso ni igual ciencia;
ni el divino cendal que sobrepuja
toda invención de humana suficiencia,
sembrar pudiera en el atento moro
igual deleite ni mayor tesoro.

157. No entendió las figuras, aunque pudo
su gallardo ademán entretenello
y atento a verlas por un rato mudo
el gusto le dejó el cendal bello;
la sabia ninfa, que del torpe nudo
del ya muerto animal vio libre el cuello,
y al caballero en entender atento
de su labor el escondido cuento,

158. por conveniente paga que al servicio
en algo iguale de su espada hecho,
y el premio al recibido beneficio
la majestad descubra de su pecho;
quiso al moro dejar que es noble oficio
en su presente gusto satisfecho,
con breve relación de cuanto incluso
en el rico cendal su aguja puso.

159. Huyose de las aguas el ruido,
y por hacerse espejo a su belleza,
y el río en nuevo estanque convertido,
inmudable volvió de su ligereza;
y ella en palabras de inmortal sonido
así, al invicto moro vuelta, empieza:
"Bien que sea tu valor en cuanto haga
de su antigua virtud la mayor paga.

160. «Tal vez a un fiel servicio le ennoblece,
que digno del quien le recibe sea,
y el gusto y gloria de la hazana crece
cuanto es mayor la parte en que se emplea;
pues porque el tuyo en lo que en sí merece
su colmo goce y su creciente vea,
contarte quiero a quién por modo honrado
con tu invencible espada has obligado.

161. »Conocerás de paso los varones
que en mi heroica labor voy dibujando,
que sombras de proféticas visiones,
no se pueden gozar solo mirando;
y yo que el gusto miro en las acciones,
ya los deseos del tuyo estoy juzgando,
oye pues, te diré, moro valiente,
lo que deseas saber y hay en mi fuente.

162. »Una soy de las ninfas de este río,
de su juncia nacida en las riberas,
ya en otro tiempo el ejercicio mío
fue por los montes fatigar las fieras;
ninguna selva ni lugar sombrío
sin los despojos de mi caza vieras,
en armar redes y acechar paradas
las más diestras no fueron tan nombradas.

163. »Sin lanudos sabuesos ni lebreles
al jabalí rendí y al oso fiero,
y si hay fieras más fieras y crueles,
esas trataba de amansar primero;
de rosas coronada y de laureles,
mas tuve, sin querer, de un prisionero
que de lo que yo entonces me preciaba
era de un arco, un dardo y una aljaba.

164. »Y no me estraga el áspero ejercicio
la atezada beldad de mi figura,
que si estimarla en poco no fue vicio,
nunca más la estimé de lo que dura;
el terso espejo, cuyo amargo oficio,
es siempre preparar nueva hermosura,
nunca la mía templó, ni en clara fuente
por nuevo adorno contemplé mi frente.

165. »Ya Febo estas montañas abrasaba,
en iguales balanzas puesto el día,
cuando yo sus collados trastornaba
rastrando un ciervo que flechado había;
el cansancio el calor me acrecentaba,
y una fresca alameda que nacía
de las orillas de este hondo río,
señas hacía temblando a un viento frío.

166. »Tejiendo en frescas hojas y altas ramas
de sombríos sauces y ásperos laureles
tupidas cuevas, y floridas camas
de azules lirios, carmesíes claveles;
de atada yedra y revoltosas gramas,
vistosos lazos, rejas y canceles,
donde el blanco jazmín hacia la ventana
al tierno grumo de la vid lozana.

167. »La murta, madreselva y arrayanes,
los almeces cercaban y algarrobos,
y ellos con sus brutescos ademanes
de hojosas ramas resonantes globos;
por donde las calandrias y faisanes
cruzando, daban silbos y corcovos,
y el Sol por su tupida celosía
su luz quería engazar y no podía.

168. »Bebiendo al fresco viento el soplo blando
al frío llegué de la ribera amena,
por donde se iba, sin mover, pasando
en brazos de cristal la onda serena;
cuyo profundo seno va volcando
los granos de oro den la menuda arena;
meto el pie dentro y como siento el frío,
desnuda me arrojé en el manso río.

169. »A veces con la una y otra mano
si asir procuro de las ondas frías,
ellas haciendo mi trabajo vano
de mí se huyen por diversas vías;
vuelvo y revuelvo el cristalino llano,
y entre el huir del agua y mis porfías,
sentí por ellas nuevos remolinos,
y vi temblar los árboles vecinos.

170. »El dios de este lugar, sagrado río,
de verdes cañas y ovas coronado,
el rostro y barba llenos de rocío,
lloviendo arroyos de sudor helado;
en una mano un álamo sombrío,
y en una urna de vidrio reclinado,
del lugar con el mío más vecino
salió rompiendo el muro cristalino.

171. »Al descubrir el dios quedé turbada,
y a huir medrosa comencé desnuda,
y él viéndome sin ropa, despojada,
de mi arco de oro y de su flecha aguda;
ardiendo sintió el alma antes helada,
y de su nueva pretensión no duda,
que al gran señuelo que el amor le hacía,
ningún estorbo en él serlo podía.

172. »Yo huyo de él, cual tímida paloma
del presto gavilán que le da caza,
y él el seguirme tan por suyo toma
como a paloma el gavilán de raza;
saliendo de este valle, a aquella loma
subía y como nada me embaraza,
en lugar de correr creo que volaba,
y siempre a mis espaldas le llevaba.

173. »En esto veo su sombra de improviso,
que el Sol ya por mis hombros la subía,
si no era de algún álamo o aliso,
y por suya el temor me la vendía;
mas no era el presto dios nada remiso
ni sus pies solos cabe mí sentía,
que ya casi en mis pasos tropezaba,
y su aliento el cabello me volaba.

174. »Pasmome el corazón un miedo helado,
y allí, sin poder más, me vi rendida,
que al desenvuelto amante el premio amado
metiendo espuelas vía en la corrida;
los ojos volví al cielo y el cuidado
le entregué de mi honra y de mi vida,
y a la casta Diana en tal estrecho
esta breve oración dije en mi pecho:

175. » "Divina diosa, si por mí ofrecidas
víctimas fueron humos de tus aras,
y sus puras entrañas encendidas
llamas, en nombre tuyo, dieron claras;
si aljaba y flechas traje a ti debidas
y tu selva aprobó sus diestras varas,
de este fiero enemigo y su torpeza
defiende, oh casta diosa, mi limpieza"

176. »A este fresco lugar en que ahora estamos
diciendo estas palabras descendía,
cuando Diana de entre aquellos ramos
salió esparciendo en mí una niebla fría;
las dos en medio de ella nos salvamos,
y el fugitivo dios, que ya ponía
en mí sus brazos, aunque quedó ciego,
por mil partes cercó la nube luego.

177. »Yo viendo tan solícito enemigo,
aunque de la triforme luz guardada,
y en su inviolable amparo y casto abrigo,
segura estaba de dañarme nada;
la beldad ciega que vivía conmigo,
inquieta me traía y alterada,
cual tímida cordera que presente
el lobo en torno del aprisco siente.

178. »Cuando medrosa entre un sudor helado
me vi ir toda ablandando y consumiendo,
que a modo de rocío delicado
de sus senos la nube fue lloviendo;
los huesos ya en cristal se habían trocado,
y como hielos se iban derritiendo,
corriendo entre las yerbas y el amante,
que el agua conoció y mudó el semblante.

179. »Dejó la grave majestad pesada
y en ver mis nuevas ondas atrevido
"La impresa mía, dijo, es acabada
y en sus aguas tras mí se ha convertido"
Yo, viendo pretensión tan porfiada,
rendime y al tomarle por marido,
vi que a mudar el celestial decreto
ningún humano curso hace efeto.

180. »Entre estos riscos mi morada tengo
de cristal duro y blandos pedernales,
y aquí con otras ninfas me entretengo
en dibujar impresas inmortales;
del dios Jano por recta línea vengo,
y saben las antorchas celestiales
que es Iberia mi nombre y mi estandarte
la mejor sombra del sangriento Marte.

181. »Fue Túbal nieto del famoso Jano,
de quien segunda vez renació el mundo
y a poblar esta tierra de su mano
de Armenia vino sobre el mar profundo;
de este nació el segundo rey hispano
llamado Ibero y yo de este segundo,
este es mi antiguo origen, de este Ibero
nombre tomé y le di a este mundo entero.

182. »Soy pues la que hoy en grave pompa y vuelo
sus cosas guía y soy la que su fama
con pío derramará y heroico celo,
por cuanto el rojo Sol su luz derrama;
de entre las ondas de mi claro hielo
el cielo ha de sacar la inmortal llama,
que dará vida y ley a un mismo paso,
desde la rubia aurora al turbio ocaso.

183. »Quisiérate mostrar, pero no quiero,
los preciosos tesoros de mi cueva,
las grandezas que al siglo venidero
por todo el orbe su corriente lleva;
los triunfos y el camino verdadero
que al mundo sacará una gente nueva,
a reducir debajo de su lanza
cuanto rodea al sol y el mar alcanza.

184. »Los apartados reinos y las gentes
por los senos del mundo derramadas,
el fin del mar, las playas diferentes
y aquellas islas del calor tostadas;
que al valor de mis claros descendientes
por las estrellas viven reservadas,
aunque no caben todas en la tierra,
lo menos cunden que mi pecho encierra.

185. »Mas no es posible alcance tantas cosas
el presto huir de un tiempo tan escaso,
ni tú, en horas tan breves, mis famosas
grandezas puedas ver sino es de paso;
a otro brazo las lumbres poderosas
la victoria pasaron de este caso,
y a ti lugar famoso al margen suyo,
en honra al real valor del brazo tuyo.

186. »Mas por bastante paga al beneficio
de haber en mi favor tu espada honrado,
ya que el precioso Hado te es propicio
y tanto tu nobleza me ha obligado;
del mundo por venir un breve indicio
quiero que en mi labor veas abreviado,
en nueve hermosos rayos, cuya llama
con los nueve compite de la fama.

187. »Este lienzo entre lazos de oro fino
al mundo guarda vivos sus retratos,
cuya estampa y dibujo peregrino
labrando me entretiene alegres ratos»
Dijo, y desde el remanso cristalino
la tela desdobló, que dio baratos
a sus ojos mil rayos de contento,
y ella así prosiguio su alegre cuento.

188. »Estos que de mi aguja retratados
dan gloria a las edades venideras,
son nueve capitanes celebrados
tras de quien vienen todas mis banderas;
los triunfos a sus hechos reservados
celebrados quedaran, si los vieras,
que yo ahora no he de darles más renombres,
de que aquí los conozcas por sus nombres.

189. »Este que ves entre moriscas lides
con seis azules roeles señalado,
antiguas armas del gentil Persides
en tiempo del rey Artus celebrado;
es el godo alemán Nuño Belchides,
y este escuadrón que en sombras abreviado
aún se está en los principios de mi aguja
y su luz la del cielo sobrepuja,

190. »el fruto es de su tronco que al cercano
mundo que ha de venir promete el cielo,
y yo en su nombre al reino castellano,
príncipes dignos de su invicto suelo;
y a Castro y Lemos, colmo soberano
de esta creciente, cuando en feliz vuelo
nazca un Apolo por patrón y guía
de una famosa historia suya y mía.

191. »El que tras él no quiere atrás quedarse
y su opinión tan adelante lleva
que a todo el ancho mundo hará estimarse
si a hacer llegare de su espada prueba;
pues aquí no pudieron dibujarse,
celebre sus hazañas con voz nueva,
y al Conde Hernán González sin segundo,
no solo España, pero todo el mundo.

192. »De la real sangre que sucede y mana
a Sandoval de esta sagrada fuente,
Lerma gozará duques y hará ufana
a España un soberano descendiente;
de cuya sabia y fiel prudencia humana
el grave sucesor de un rey prudente,
hará el mejor gobierno que en Castilla
haya tenido la española silla.

193. »Este de blancas plumas señalado,
que el campo de morisca sangre baña,
si el frigio Héctor no ha resucitado,
famoso Cid será y honor de España;
temblará Mauritania en verle armado
y en el frío ataúd ¡grandeza extraña!
hecho a vencer con su ademán altivo,
tan bien vencerá muerto como vivo.

194. »Mira tras este al que por propio nombre
el de Gran Capitán será debido,
y si el retrato te parece de hombre,
es porque en mortal lienzo está tejido;
su fama, sus hazañas, su renombre,
no en columnas de mármol esculpido
al mundo dejará para memoria,
mas toda Italia cantará su gloria.

195. »Este a quien favorece la fortuna
al parecer con tan alegre cara,
si los Hados le sacan de la cuna,
Marqués será famoso de Pescara;
victoria eterna en inmortal coluna
digna promete a su grandeza rara
y él al honor de España un gran tesoro
en el rey preso de los lirios de oro.

196. »Aquel por tantos mares venturosos
en pequeños bajeles engolfado,
es Hernando Cortés, que en mil colosos
su nombre ser merece eternizado;
descubrirán sus ojos venturosos
y rendirá su esfuerzo afortunado,
otro mundo, otro cielo y otro polo,
que es poco para él un mundo solo.

197. »Este que tiene el venerable cuello
de un bello tusón de oro enriquecido,
y colgado del peso de él y de ello,
del suelo lo mejor y más florido;
si acaso el mundo mereciere vello,
como él ser su monarca ha merecido,
Duque de Alba será y honor de España
en Portugal, en Flandes y Alemaña.

198. »El que sobre este carro cristalino
el mar gobierna en venturoso freno,
si al mundo hallare su valor camino
para dejarlo de victorias lleno;
de Santacruz será marqués divino,
y si la parca en su enlutado seno
antes de tiempo su valor encierra,
temblar hará el furor de la anglia tierra.

199. »Aquel en quien las horas presurosas
el curso abreviarán con tal corrida,
que apenas a las puertas deleitosas
llegar le dejarán de nuestra vida;
cuando entre negras sombras tenebrosas,
la tierna faz de amarillez teñida,
dejará el aire claro y nuevo día
que en su real presencia amanecía.

200. »Yo digo de aquel príncipe famoso
que a España vestirá de luto y llanto,
después que su valor vuelva espantoso
el seno de Corfú y el de Lepanto;
y desde allí con triunfo victorioso
al espanto del mundo ponga espanto,
mostrando en esto ser hijo segundo
de Carlos Quinto, emperador del mundo.

201. »¡Oh estrellas, cómo fuisteis envidiosas
a la gloria de España! ¡Oh, duro Hado!
Si al golpe de sus suertes valerosas
no les faltara tiempo señalado;
tú solo a mil regiones poderosas
pusieras yugo y freno concertado,
desde donde se hiela el fiero escita,
a donde el abrasado mauro habita.

202. »Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
para esparcir sobre la tierna frente,
en sacrificios y debidos loores
de este mi soberano descendiente;
y vosotros, divinos resplandores,
deshaced los agüeros felizmente
y aquella sombra y triste centinela,
que sobre su cabeza en torno vuela.

203. »De estos nueve bellísimos luceros,
en oro ahora y rosicler grabados,
sin otra inmensa copia de guerreros,
entre sombras y luces escorzados;
a los siglos prometen venideros,
honra a los vivos, gloria a los pasados.
No sé si diga, en tan veloz corrida
otro que aquí de intento se me olvida.

204. »Vive en el mundo y es el adversario
mayor que ha de encontrar tu brazo altivo,
por quien un hombre heroico el tiempo vario
para siempre dará a tus obras vivo;
dejara el alabar a tu contrario,
mas véotele mirar con rostro esquivo,
y es de tan grandes llenos la figura,
que aún asombra su luz puesta en pintura.

205. »Es pues el valeroso brío dispuesto,
que allí campea entre plumajes de oro,
y en tierna edad y en ademán compuesto
al francés rinde y doma al pueblo moro;
el invicto Bernardo, en quien he puesto
de mi esperanza el sin igual tesoro,
cuya braveza ha de librar la mía
de un yugo de ambiciosa tiranía.

206. »Ya nuevo arnés ganado representa
un invencible Marte al turbio Egeo,
donde el rigor de una áspera tormenta
de un casto amor le alcanzará el deseo;
y con el rey de Persia en lid sangrienta
ya esta noche le vi y ahora veo
que fue el segundo trance y el primero
de que triunfó con voz de caballero.

207. »Otro tuvo en defensa de su tío
en los famosos bosques de Miduerna,
donde de mora sangre un rojo río
su dura espada abrió y su mano tierna;
allí, sin otras armas que su brío,
su rey libró y ganó una fama eterna,
mas son ensayes, que en las veras puesto,
su espada rendirá de un mundo el resto.

208. »Matará en Benavente y en Zamora
al soberbio Alcamán y al rey Oreste,
que con la suya la pujanza mora
hará que ni le valga ni le preste;
dejo el campo de Orcejo: dejo ahora
el riesgo del rey Casto, y muerto en este
el antiguo don Bueso, que a Castilla
humillar quiso a la Anquitania silla.

209. »Dejo trances de honor, dejo victorias,
que mil clarines volverán sonoros,
y de quién de memorias en memorias
la fama hará el mayor de sus tesoros;
las tierras que en pomposas vanaglorias
dará a su rey y quitará a los moros
dejo y dejo también el triunfo manco
de Barbaste, Sobrarbe y Monteblanco.

210. »Ni de la conquistada Barcelona
digo ya el merecido principado,
ni el tributar Italia a su persona
en escaño real cetro dorado;
ni al ponerle al Imperio la corona
a un golpe de su espada en tal estado,
que por bien que la fama ande ceñida,
siempre a sus pies se le dará rendida.

211. »Que esto es lo menos de su brazo fuerte
y de los bravos que hoy pisan el mundo,
a los más por su mano ha de dar muerte
y harto el primero hará en quedar segundo;
ni pienses que es el nuevo encarecerte
de sutil invención parto fecundo,
que ya algún día tú has de ser testigo
de lo más y lo menos que aquí digo.

212. »Lugar precioso en esta rica tela
queda a otros nobles hijos de la Fama,
en cuya heroica historia me desvela
la industria de mi mano y de su fama;
y a cuesta luz que en torno de ellos vuela
es la que a eterno nombre y voz los llama,
ahora, en tanto que ellos nos suceden,
oye lo que los Hados te conceden.

213. »Si en esta clara fuente siete veces
al rayo de la Luna te lavares,
y a los difuntos dioses tus jueces
con nocturnos inciensos aplacares;
y una sagrada víctima le ofreces
al dios conservador de estos lugares,
con lumbre de laurel y hojas de olivas,
harán que al mundo eternamente vivas

214. »y tu edad y tu siglo se renueve
como los campos con las frescas flores,
sin que tu vista eterna noche pruebe,
ni tus sentidos sientan sus temores;
mientras Ebro a la mar tributos lleve,
y por abril nacieren los amores,
y el cielo coronaren las estrellas,
y los años volaren en pos de ellas.

215. »Mas si por no observar las impresiones
de los celestes astros lo dejares,
y de estas ceremonias y oraciones
indigno el limpio y grave arnés juzgares;
de las otras forzosas ocasiones
este rocío temple los azares,
y en tu antes duro trato vuelva el mío,
gusto agradable lo que fue desvío.

216. »Perderás las congojas del profundo
sueño que te inquietó la fantasía,
pues gozar de inmortal vida en el mundo
el cielo te lo da por otra vía;
si merecieres el lugar segundo
en los contextos de una historia mía,
que ha de durar más siglos en la tierra,
que ondas de rama el mar y arena encierra».

217. Dijo, y de en medio del sagrado río
con la mano arrojó licor bastante,
con que al valiente moro creció el brío
y lo áspero lavó al feroz semblante;
volviendo lo argentado del rocío
el antes rostro bárbaro, elegante,
desnudo del primer capote y ceño
que de horrible le hacía zahareño;

218. de una apacible gravedad compuesto,
hasta en los ojos de la invidia amable,
así en gallarda proporción dispuesto,
que aún el áspero gusto volvió afable;
que más se da con la ventura que esto,
como sin ella es todo abominable,
el agrado, la gala y la hermosura
no son más que un rocío de ventura.

Alegoría

Por la cueva del Hado se entiende la Providencia divina, a quien todas las cosas están sujetas.

En la relación de los reyes godos se muestran los altibajos del tiempo, y cómo ni el cetro y corona de las majestades de la tierra, ni por altos ni por grandes, se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el Sátiro, cuán poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasión, y cómo para librarse de ella conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que a Ferraguto le lavó el rostro y mejorándole el ser, le perfeccionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y cómo a veces hasta de lo por venir le da noticia, como la Hada a Ferraguto.

Fin del segundo libro

LIBRO TERCERO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Ferraguto, envidioso de las alabanzas de Bernardo se parte a buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia y en ella las grandezas de un valeroso Doncel, que libró al Rey Casto de cierta traición y dase a conocer el Conde, Trátase de las fiestas de Francia y del Consejo de Guerra del Cesar, donde queda confirmada la guerra contra España y el modo con que el Sabio Orontes robó a Bernardo.

1. Quería el Moro por tan ricos dones
mostrarse agradecido y obligado,
cuando sin aguardar a otras razones
la hada se volvió en cristal helado;
y él, vestido de nuevas perfecciones,
el camino siguio de su cuidado
de gustos lleno y desabrida pena,
con el bien propio y con la fama ajena.

2. Del Ebro inculto por la fértil grama
de sus mismas acciones va admirado,
fría de invidia el alma con la fama,
que al gallardo leonés promete el Hado;
celos le hielan, el honor la inflama,
y en él y en su experiencia confiado:
«¡Será posible, dice, que en el mundo
hay quien me baje a mí al lugar segundo!

3. «Primero en ciega confusión hundido,
todo lo dejará este brazo fiero,
los que ahora viven, los que ya han vivido
cuanto me espera a mí, cuanto yo espero;
mío es, mío ha de ser y mío ha sido,
en todos trances el lugar primero,
este defenderé con dura guerra
a cuanto surca el mar y ara la tierra.

4. »No volveré a los ojos de mi gente
sin quitar a mi honor este embarazo,
y ver si de ese montañés valiente,
lo que no hizo el mundo hará su brazo;
a buscarle quiero ir al mar de Oriente
y quitarle la vida en tu regazo,
antes que toque en tierra y haya brío
en ella que compita con el mío».

5. Así dijo, fantástico y brioso,
su caballo guio para Valencia,
que es el honor herido en pecho honroso
viva inquietud, agravio sin paciencia;
dos días anduvo sin hallar reposo
tras el fin de su vana competencia,
discurriendo por ella y sin camino,
de un desatino en otro desatino.

6. Mas ya al tercero, cuando el Sol sembraba
del dorado cenit rayos mayores,
y el pastor caluroso se amparaba
al fresco de los sauces entre flores;
por el nuevo camino que llevaba
en ligeros caballos voladores,
huyendo vio venir una doncella,
y un caballero en los alcances de ella.

7. Ella a gritos pidiendo al cielo ayuda,
y él con solo el intento de alcanzarla,
con la cobarde espada alta y desnuda,
por herirla, prenderla o por matarla;
sacó el moro feroz la suya aguda
de quien los bravos tiemblan en mirarla
cuando Teudonio en la prisión de Luna,
así en cuentas está con su fortuna.

8. Llegó el alcaide entreteniendo el paso
con sagaz atención a los que había,
acogiéronle bien, violos de paso,
que solo a requerirlos descendía;
sintió de nuevo el nuevo preso el caso,
su corta fe, su escasa cortesía,
y mordiendo los labios al ultraje,
entre un suspiro reprimió el coraje.

9. Y vuelto al Conde, dijo: «Al fin cual digo
de la cuadra real llegó a la puerta
el aviso traidor del falso amigo,
cuando ni pudo entrar ni la halló abierta;
yo viendo el riesgo y fin del enemigo
y mi importante traza descubierta
el rebozo troque en que satisfaga
mi muerto honor la prevenida daga.

10. »Y antes que el frío temor en las entrañas,
entera entró y se la escondí dos veces,
con que el sensual amor y sus marañas
corrido huyó entre las sangrientas heces;
¡Oh cómo el tiempo da vueltas extrañas!
¡Oh cómo humilla locas altiveces!
Matole al fin del muerto honor la traza
y una ventana le colgó a la plaza.

11. »Yo allí aclamando: "¡Libertad! ¡Victoria!
¡León por el Rey Casto!" con que a un punto
de los contrarios no quedó memoria
que a mi voz viva y a su rey difunto;
libres dejaron la usurpada gloria,
las armas y el rendido alcázar junto,
hecho ya en roja sangre un negro charco,
con mi espada y las gentes de Filarco.

12. »Sacudió el yugo infame del tirano
el reino fiel del oprimido cuello,
haciendo en estos trances de mi mano
que el despojado rey volviese a sello;
prendí, tracé, compuse y todo en vano,
pues al fin se olvidó tan presto de ello;
vino a hacer cortes luego y a ser vino
en mis alegres bodas el padrino.

13. »Mostró correspondientes los favores
a la importante fe de mis servicios,
siendo en todo mis votos los mejores,
y mis sanos consejos más propicios;
hasta que el malsinar de hombres traidores
esta privanza leal sacó de quicios,
trocándole los vientos favorables,
que hombres, aunque sean reyes son mudables.

14. »Mahamut, arrez de Mérida, fue un moro
de falso pecho y de ánimo atrevido,
que ardiendo en ambición rompió el decoro
al Rey Hissen de Córdoba debido;
y con su gente y bárbaro tesoro,
ya el Africano yugo sacudido,
del río Vierzo entró en el campo vasto
y al amparo se vino del rey Casto.

15. »A este, por orden y consejo mío,
en fiel guarda le puso a las fronteras
que el Miño riega y crece el Duero frío,
por hondos saltos y ásperas laderas;
y allí en dos lustros por su ardiente brío
al mundo espanto dieron sus banderas,
y el reforzado puesto en que vivía
asaltos a los moros cada día.

16. »Era temida hasta en su misma gente
la aspereza del bárbaro inhumano,
enemigo feroz, brazo inclemente
al pueblo infiel y ejército africano;
un hermano, no menos que él valiente
tuvo, a quien sobre el muro zamorano
un día, por sedicioso y homicida,
el rey Casto prendió y quitó la vida.

17. »Encendió al moro el presumido agravio
en deseos de vengar su hermano muerto.
Era mudable, trascendido y sabio,
de sangre castellana y mora enjerto;
y como de traidor tenía el resabio
y de astuto el falaz pecho encubierto
encerró en él con pundonor directo
de la traición que urdía el gran secreto.

18. »Y por mostrar que del perdido hermano
la odiosa muerte ya tenía olvidada,
al Casto rey envió a pedir humano
importante favor a una jornada;
y a mí por de más nombre y más cercano
a la persona real dio encomendada
la suya y de su causa me hizo agente
con mil lisonjas y un falaz presente.

19. »Diose el despacho a diligencia mía,
en despediente, afable y grato modo,
y en la conquista y tierras que pedía
sin nada reservar se le dio todo;
mas no el traidor alcaide pretendía
favor, sino venganza del rey godo,
enviando, con el nombre de embajada
doblada gente y prevención doblada.

20. »Del trono real a descansar bajaba
al valle de Miduerna comarcano
tal vez el Casto rey, donde gozaba
de ver correr un oso de verano;
y el montañés Filarco le hospedaba
con espléndida mesa y franca mano
en un real bosque que en hinchada loma
sobre las puntas de aquel bosque asoma.

21. »En esta insigne casa de contento
de alcaide, el fiel Garilo nos servía,
puesto en olvido el alevoso intento,
con que a tener más tiempo me vendía;
aunque él a la traición trocando el viento
la doró con decir que pretendía
con aquella ocasión verse a mi lado,
para morir allí o salir honrado.

22. »Es fácil de engañar un noble pecho,
y en un traidor jamás faltan engaños.
Este, pues, que parece que fue hecho
para sacar a luz los más extraños;
era en Miduerna alcaide a mi despecho,
por el gusto de Arlinda había dos años
cuando el Mahamut la torpe gente
a León llegó con su falaz presente.

23. »Y ahora por grave suma de tesoro,
o la esperanza de otra más cumplida
en él, porque escondió el escuadrón moro,
del Casto rey deseando la venida;
donde la fuerza los guardó del oro,
sin ser de nadie su traición sentida,
hasta que el señalado tiempo vino,
y un notable suceso en el camino.

24. »El Casto Alfonso al real jardín derecho
a espaciar se guio cuando en un llano,
que el monte da a la humilde selva hecho,
un doncel pareció y un hombre anciano;
el viejo alto, feroz, calvo, derecho,
de rostro enjuto, talle cortesano,
palabras pocas y modesta mucha,
dos grandes bienes al que ve y escucha.

25. »Del Doncel solo no sabré pintarte
la gallarda postura con que vino,
que al brío natural llegado el arte,
era en humano traje ángel divino;
hijo hermoso de Venus y de Marte
en su aire le juzgarás peregrino,
y humilde de Narciso la pintura,
si, como yo, te hablara su hermosura.

26. »Niño que el tierno bozo le apuntaba,
de cuerpo algo más grande que pequeño,
de alegres ojos, y de vista brava,
suave en el mirar, y zahareño;
temor el verlo y alegría causaba,
y el rostro armado de capote y ceño,
mezclando a lo hermoso lo robusto,
la cifra hacía deleite y gusto.

27. »En un bravo fantástico caballo
de la color ilustre del armiño
que Genil vio nacer, Betis criallo,
y de su juncia aún no perdió el cariño;
sin poder con el freno sosegallo
lozano el potro y el jinete niño,
y así trocando manos y visajes
hería el jaez, temblaban los plumajes.

28. »De azul, tela de plata y encarnado
rico jubón, coleto y calza al uso,
el bohemio en armiños aforrado,
que el regalo y la gala juntos puso;
con broches de diamantes recamado
y perlas en labor y orden confuso,
y en el sombrero, en plumas y en airones,
engastes de rubís hechos florones.

29. »La calza de obra y ricas entretelas,
lanzando rayos con vislumbres de oro,
de puntas de diamantes dos espuelas,
y de rubís por ellas un tesoro;
el blando freno, estribos y charnelas,
con pardos nieles de artificio moro,
la guarnición de la gallarda espada,
de esmeraldas y perlas amasada.

30. »Varios entalles de oro en cada hebilla,
sonando del pretal las guarniciones,
de verde brocatel la corva silla,
y del mismo matiz riendas y acciones;
gripado lo embutido de platilla,
y en nuevos trebolillos y florones,
con asientos de perlas y rubazos,
floridos brichos y escarchados lazos.

31. »Así tal vez entre celajes pardos
suele, bullendo en luz resplandeciente,
con bellas alas de oro y pasos tardos,
el lucero alegrar al rojo Oriente;
y entre peñascos de ámbares gallardos
dorar las nuevas rosas de tu frente,
recamando de aljófares y grana
el tierno día, el mundo y la mañana.

32. »Tal el Doncel llegó, tal el mirallo,
deleite puso y gusto en los presentes,
el rey por hablarle paró el caballo,
hecho un tejido muro de sus gentes;
cuando el sabio gentil que a presentallo
al Casto rey venía, estas prudentes
palabras sembró al aire y fue escuchado
del circunstante pueblo descuidado:

33. » "Aunque jamás en mí, rey poderoso,
ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
por si fui en algún lance sospechoso,
y tu gusto agravié por complacerte;
el brazo de este joven valeroso
de mi culpa podrá satisfacerte,
cuando tu espada ampare, no vencida,
de varios riesgos tu importante vida.

34. »Tienes con él más parte que conmigo,
con ser yo por mil partes todo tuyo;
no tardarás en conocerme amigo,
y en suficiente prueba el valor tuyo;
que el furor de un doméstico enemigo
te aguarda en este parque, para cuyo
remedio todo lo posible he hecho,
en reducirle a tiempo de provecho".

35. »Dijo y el Casto responder quería
del grave anciano, al noble ofrecimiento,
cuando el jayán Fracaso, que venía
por traidor capitán del falso intento;
viendo que el Rey el paso suspendía,
feroz salió en su loco atrevimiento,
temiendo en verle así por cosa cierta
ser su oculta traición ya descubierta.

36. »Con cien valientes moros del castillo:
"¡Muera el ingrato Rey!" salió gritando.
Suspendímonos todos en oillo,
al Casto, en frágil escuadrón cercando;
por donde a todo riesgo abrió portillo
del furor ciego el enemigo bando,
dejando su confusa arremetida
los más bravos Guzmanes sin la vida.

37. »El doncel de la selva compelido
de un brioso ardor y el gusto de mostrallo,
niño lozano y de ánimo atrevido,
la espada sacó a un tiempo y el caballo;
y cual si temeroso ciervo herido
le espoleara el deseo de alcanzallo
salió contra la bárbara emboscada,
lanzando más que el Sol rayos su espada.

38. »Era Fracaso un moro berberisco,
de grueso cuerpo y ánimo doblado,
en rostro sierpe, en ira basilisco,
en vista torpe, en lengua libertado;
Cuba de alegre vino, que el morisco
que en esto se desmanda es consumado,
y a la sazón sobre un frisón polaco
hecho venía, recién comido, un Baco.

39. »Lleno el celebro de arrogancia y vino,
cual fantástica torre iba el primero,
cuando el diestro doncel salió al camino,
vestido uno de seda, otro de acero;
hízole al moro errar su desatino,
y acertarle el contrario un revés fiero,
que dejó por el suelo su braveza,
y a él y a sus soldados sin cabeza.

40. »Pasó sin alma el cuerpo en el caballo,
cual si vivo buscara a nuestra gente,
donde el miedo primero de mirallo,
la nueva admiración creció presente;
acudió a toda rienda por vengallo
de su morisma el escuadrón valiente,
que en confuso alarido sin reparo
por el nuestro rompió de claro en claro.

41. »Eran los diestros moros escogidos,
armas, lanzas, caballos, caballeros,
al alevoso asalto apercibidos,
y a cualquier trance de ánimos enteros;
los nuestros solo a caza prevenidos,
aljubas de color, petos ligeros,
propios para huir de esa manera,
o de la muerte ahora o de una fiera.

42. »Quedaron los más bravos por el suelo,
sembrados los no tales por el llano,
que ni del Rey ni de su honor el celo
freno dar pudo a su temor liviano;
encontróse Dorasto con Tranquelo,
aquel moro valiente, este cristiano,
y vinieron al prado sin sentido,
el moro muerto y el cristiano herido.

43. »Volviose a levantar, cobró sangriento
su fiel caballo y el contrario escudo,
y con él, con su espada y con su aliento
del Rey lo fue mientras durarle pudo;
yo a su lado siguiendo el mismo intento,
vestido de lealtad, de armas desnudo,
la defensa que pude y que debía,
sin dar un paso atrás hice aquel día».

44. »Mas ¿quién dirá entre tantas las proezas
que el doncel bello en este tiempo hacía,
los peligrosos golpes, las destrezas
con que unos daba y otros rebatía?
Cortando piernas, brazos y cabezas,
a este ayudaba, al otro defendía.
Aquí se ampara y acullá ejecuta,
y a todos acude con presteza astuta.

45. »A Mosquino llevó una espalda entera,
mollita de Coimbra renegado,
que por ser brava su mujer y fiera
a ser moro se fue desesperado;
donde encontró una vieja hechicera,
que fue siempre en casarse desdichado,
y dichoso en el golpe que hoy le deja
libre de una celosa y de una vieja.

46. »El diestro brazo le arrancó del codo
a Fulco, gran maestro de un montante,
con que le arrebató su saber todo
y de muy sabio le dejó ignorante;
y al tahúr Alcin le dio un revés de modo
que ambas las manos le quitó delante,
y él, echó a perder manos en el juego,
quedó del golpe con algún sosiego.

47. »A Zegrildos pasó de parte a parte
valiente capitán de Peñaranda
y a Boacel derribó y a Galimarte,
y a Berberuz, el de la roja banda;
hiere, rompe, destroza, hiende y parte,
de aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,
hecho en la gallardía y la persona,
un formidable hijo de Belona.

48. »Cual rayo ardiente que en revuelta llama
de tres puntas los rústicos haberes
del campo asuela y la copada rama
del sauce, alegre sombra a mil placeres;
humeando deja el hueco monte, brama,
gime el cielo al caer, la rubia Ceres
arde en cercas aristas y en su daño
la madura esperanza esconde al año.

49. »Ni era menor el daño que hacía
el escuadrón contrario en nuestra gente,
que uno muere, otro cae, otro huía,
otro queda hecho piezas por valiente;
el soberbio Abdelmón, que pretendía
ser de Mahoma oscuro descendiente,
y en su ciego Alcorán tener cauciones
para mudar decretos y opiniones,

50. »traía un diestro herir tan presuroso
que era el asombro del sangriento llano.
Derribó a Peñalver, mató a Fragoso,
uno bravo leonés, otro asturiano;
topó al burlón Grafil, truhán gracioso,
que con lenguaje libre y cuerpo enano
solía satirizar por su deporte
los descuidos del rey y de su corte.

51. »Más dañole aquel día uno que él tuvo,
no ser en huir como en hablar prolijo,
qué hacer entonces a Abdelmón le pluvo
nuevo donaire del que tantos dijo;
y en verle así pequeño se detuvo,
y al brazo se le ató por regocijo,
hecho de espada que antes era escudo,
dando a su tahalí en el suyo un nudo.

52. »Pudo la alegre burla estarle a cuento,
que a sombras del juglar nadie le hería,
cuando una flecha por el libre viento
a poner tregua en su placer venía;
dio en la visera y acertando a tiento
los sesos le cosió en la fantasía,
quedando muerto y el enano vivo,
por dueño ya del que antes fue cautivo.

53. »El Casto rey entre escabrosas breñas
a su gente formó frágil reparo,
y con mañosa industria, a sus pequeñas
fuerzas trazó defensa y puso amparo;
bien que contra las armas extremeñas
el vencer fuera incierto, el morir claro,
si el Doncel de la selva le faltara,
o su presta venida se tardara.

54. »Sacó el morisco orgullo tres gigantes
resplandeciendo en láminas de acero,
uno en los abrasados Garamantes
nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero;
de gruesos cuerpos y ánimos bastantes
a rendir el furor de un campo entero,
y para en él llevar nuestro rey preso
un fuerte carro de acerado peso.

55. »El mauro Dragonel que iba delante,
armadas de una alfanje ambas las manos,
con presto herir y con feroz semblante,
en campo a un tiempo entró con diez cristianos;
mató a Felnigue, músico y danzante,
al duro Orbelio y a Franconio hermano,
que en ciego pleito andaba por su herencia,
y el gigante igualó la diferencia.

56. »Aun todavía con ellos combatiendo,
muerto el uno del todo, el otro herido,
el gallardo doncel pasó corriendo
del gran combate por lo más tejido;
y ora de intento fuese o no pudiendo
detener el caballo desabrido,
en el jayán chocó y a todo vuelo
como una gruesa torre vino al suelo.

57. »Quedó sin la una pierna en la caída,
y encima de ella y del muerto el caballo
causó la no pensada arremetida
el dar en el Gigante y derriballo;
ver el confuso campo de vencida
preso el anciano rey y por librallo,
a toda furia arremetió y al paso
le ofreció el cielo el venturoso caso.

58. »De la escogida escuadra, a quien cumplía
en Lugo al Casto rey dar preso y vivo,
a pesar de quien más lo defendía
en su carro Zairán le entró cautivo;
y con la rica presa que hecho había,
a larga rienda y paso fugitivo,
sin aguardar al fin de la revuelta,
cumplida su intención daba la vuelta.

59. »¿Quién del Real joven contará el denuedo
al diestro entrar del peligroso alcance,
el derribar a Dragonel y el miedo
que a todos puso este segundo lance?
Yo lo vi y lo toqué y apenas puedo
creer que hombre mortal tal brazo alcance
corriendo su caballo a todo vuelo
una lanza al pasar cogió del suelo.

60. »Y puesta sin perder tiempo en la cuja
la enristro contra el fiero Calimargo,
que un áspero alcornoque sobrepuja
en bestial proporción de duro y largo;
y cual menudo aljófar limpia aguja
taladra, cruza y pasa sin embargo,
así el tierno doncel o el feroz Marte
al gran jayán pasó de parte a parte.

61. »Rindió la brutal vida al golpe honroso.
¡Caso extraño! pues oye lo restante:
Ganbadul, que volvió el rostro espantoso
y muerto de un encuentro vio al gigante;
bramando contra el cielo, asió furioso
su alfanje y al doncel, que halló delante
quiso, sin creer que fuese el homicida,
que su muerte pagase con la vida.

62. »Mas sacole el caballo así ligero,
que dieron golpe y cólera en vacío,
bien que un hombro abrió el furioso acero
de un pequeño rasguño un rojo río;
con que el joven que huyó volvió más fiero,
y viendo del contrario el desvarío,
le ayudó de una punta y puso en punto
de ir, aunque vivo, a dar sobre el difunto.

63. »Enlazó con los brazos su caballo
el jayán, de la firme punta herido,
perdió el sentido, más volvió a cobrallo,
en nuevo espanto y cólera encendido;
y alta la espada hacia el doncel, por dallo
en dos partes de un golpe dividido,
ciego al pasar topó en el jayán muerto,
y turbado, perdió golpe y concierto.

64. »Y el doncel a un revés la mano airada
con tal donaire revolvió y tal fuerza,
que, aunque de tierno brazo y nueva espada,
el golpe le obligó, se agobie y tuerza;
y abierta una espantosa cuchillada,
al hombro diestro, cuanto más se esfuerza
a la venganza y en sus rabias muerde,
más tibio aliento y roja sangre pierde.

65. »Que al diestro reportarse del contrario,
y hacer con cauta ligereza herida,
sin tiento andaba, en movimiento vario
la fuerza y no la cólera perdida;
y en golpes ciego, en iras temerario
a dos manos la firme espada asida,
uno se afirma a dar, y a darle entero,
hiciera dos un cáucaso de acero.

66. »No pudo huir el joven valeroso
el riesgo todo y cuando más no pudo,
el golpe entró a coger con brío airoso
en la sangrienta espada y el escudo;
donde al grabado acero un cerco hermoso
y de diamantes el plumero un nudo
a tierra derribó y abrió en la frente,
de roja sangre una vistosa fuente.

67. »Valió al doncel que por el blando viento
del corvo alfanje un tercio dio en vacío,
que, a no hallarse tan junto un fin violento
sin tiempo hiciera malograr su brío;
y entre armiños y plata el río sangriento
de rubís pareció y de nieve un río,
creciendo con los nuevos arreboles
brío en su brazo y en su espada soles.

68. »Y así al salir rompió con tal violencia,
que el corvo escudo y el brazal siniestro
le echó al suelo y con ellos la paciencia,
contra el bizarro ardor del doncel nuestro;
dejó el jayán la espada y sin prudencia
quiso asir con la mano el joven diestro,
que de un dulce revés a todo vuelo
dos dedos de los cinco echó al suelo.

69. »Tal vez así en aquel florido puesto,
cerdoso jabalí se vio acosado
de un sabueso irlandés que en contra puesto
ladrando le entretiene desarmado;
hasta que del venablo el golpe diestro,
ya por el yerto lomo soterrado
furioso cierra y quiera de esa suerte
morir matando a quien le dio muerte.

70. »No de otra suerte el bárbaro gigante
morir desea matando a su enemigo,
rabioso en ver que su ánimo arrogante
un desarmado niño sea el castigo;
y él con la diestra punta por delante,
por entre malla y malla abrió un postigo
al ronco pecho que arrojó con brío,
de requemada sangre un negro río.

71. »Venía en el servicio del rey Casto,
Altravicio, un fantástico mancebo,
de aguda presunción, de ingenio vasto,
de antiguas vidas un archivo nuevo;
momo de habilidades, cuyo pasto
fue siempre decir mal y de ese cebo,
sacó por menor paga y mayor mengua,
dos riendas en la cara y no en la lengua.

72. »Autor de extraordinarias opiniones,
vano hablador, baraja de porfías,
tan lleno de razón y de razones,
que venciera con ellas un Golías;
adulador, quimera de invenciones,
y por dar en privado aquellos días,
y fingirse algo allí donde era nada,
al rey acompañaba en la jornada.

73. »Este cobarde que huyó el primero,
viendo el temido riesgo reparado,
a hacer volvía del gallardo y fiero
con limpia espada y ánimo hurtado;
al tiempo que el gigante iba ligero
abrazarse al doncel y él, recatado
le barrenó de una estocada el pecho,
y dándole lugar pasó derecho.

74. »Fue a dar con el bascoso desatino
en el vano Altravicio, que venía,
cayó sobre él y como león hambriento
a rabiosos bocados le comía;
y el que en su boca nunca tuvo tiento,
muriendo en otra, conoció aquel día
que es justo el cielo en que permita y quiera
que allí cada uno con sus armas muera.

75. »Ya el preso rey en su carroza estaba
de la sangrienta lid un largo trecho,
con diez soldados, cuya vista brava
cobarde hacia al más valiente pecho;
síguenle algunos, pero el que llegaba
no era al segundo golpe de provecho
hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
gallardo a su pesar pasó adelante.

76. »Mató un caballo y manca la carroza
el curso refrenó y un diestro moro,
Alcambisto nacido en Zaragoza,
alcaide en Portugal, casado en Toro;
de anciano parecer y sangre moza,
armado en blanco con plumajes de oro
a encontrallo salió y pudo encontrallo
sino cayera su andaluz caballo.

77. »Pasó furioso el moro, el doncel, visto
su riesgo, revolvió más concertado,
dando al segundo encuentro de Alcambisto
de roto escudo un cerco destrozado;
por donde el hierro de la lanza listo
pasó el acero y parte del costado,
quedando sin escudo y sin sentido,
y el buen caballo en un cuadril herido.

78. »Grande fue el golpe y grande su castigo
y la pena también ejecutada,
que con ser él autor, yo fiel testigo,
pienso que su verdad, verdad soñada;
pues hecho dos de solo un enemigo,
con tal velocidad corrió la espada,
que rebanando acero, carne y hueso
sacó el caballo, un monstruo horrible en peso.

79. »El del doncel cayó ya sin aliento,
de la fuerza que puso en la herida,
al dar el desigual golpe violento
en la feliz segunda arremetida;
saltó el joven, pisó el prado sangriento
de adonde con veloz arremetida
a la carroza fue a quien por parallos
las piernas cortó a tres de seis caballos.

80. »Púdolo hacer sin riesgo, que los nuestros
ya conociendo la victoria ufanos,
que del tierno doncel los golpes diestros
con tanta admiración les dio en las manos;
en el herir y en el huir maestros
rodearon los rendidos africanos,
que allí pagaron la traición urdida,
o con la honra huyendo o con la vida.

81. »El herido doncel, tras un caballo
de los que al rojo campo andaban sueltos
al ciego bosque entró y por alcanzallo
en la morisca lid, nos dejó envueltos;
Ninguno le siguio ni fue a buscallo
hasta que ya de la victoria vueltos,
de alegre gusto y de despojos llenos
su singular valor echamos menos.

82. »El rey que vio su libertad y vida
deberla toda a aquella heroica espada
y la honra y majestad antes perdida
con sus famosos golpes restaurada;
no viendo el dueño y viendo su partida
tan sin sazón ni tiempo acelerada
y que ni el sabio que antes le traía,
ni él por el campo y bosque parecía;

83. »a notorio milagro le tuvimos
de nuestro gran Patrón que de aquel modo
y a muchas veces batallar le vimos
y a su espada rendirse un campo todo;
otros que eran los ángeles creímos
que antes la cruz labraron al rey godo
porque de las hazañas la braveza
sobraba a toda humana fortaleza.

84. »Diez moros, tres fantásticos gigantes,
y otros tantos valientes caballeros.
los más de ellos caudillos importantes,
de pechos bravos y ánimos guerreros;
de otras tantas heridas penetrantes,
altivos golpes y altibajos fieros,
rendidos, libre el Rey y todo hecho,
de un tierno brazo y desarmado pecho.

85. »¡Quién pudiera creer que fuera humano
brazo tan tierno y pecho tan altivo,
tras la codicia de buscarle en vano,
sin poderle hallar muerto ni vivo;
hasta que por las nuevas de un villano
el rey las tuvo de él, de su ayo esquivo,
de sus heridas y el gallardo lustre
de su linaje real y sangre ilustre!

86. »Mas ya esto sobra a mi prolijo cuento,
y es cansarte añadir nuevas historias,
que ni son de tu gusto ni mi intento,
y las más para ti poco notorias;
y así digo, señor, que el fundamento
fue de mi daño, frágiles memorias
de mi servicios y sin culpa mía
la traidora emboscada de aquel día,

87. »que como del florido parque el daño
nació, en que iba a hospedarse el rey seguro,
de Filarco y de mí temió el engaño,
y sospechas cobró del fuerte muro;
mandó a arrasarlo y con rigor extraño
de estéril sal cubrir el campo duro,
y derribar por él torres y almenas
de más lealtad que de desastres llenas.

88. »Huyó el traidor alcaide, con que puso
escrupuloso el rey de nuestro trato,
y aprendernos de hecho se dispuso,
por ser tan justiciero como ingrato;
que olvidar los servicios es el uso
que en la corte se vende más barato,
y el que ni muda ley, ni guarda leyes

desde el menor lacayo hasta los reyes.

89. »Esta es la historia y curso de mi vida
y la traición que aquí me trajo preso,
con otras circunstancias añadida,
de menos importancia y de más peso;
mas porque no sea del todo desabrida,
ni dura mi prisión, ahora tu seso,
señor, la temple y si te viene a cuento
dime quién eres, para no ir a tiento.

90. »Que si por la presencia he de juzgarte
templanza, autoridad, talle y figura
bastante causas dan de respetarte
tu mucha gravedad y compostura;
y aquesta misma estimación es parte
de hacer la mía en tu valor segura
y que desee saber con fundamento,
que aire alteró de tu fortuna el viento».

91. Así Teudonio dijo, el de Saldaña
con pecho y corazón sobresaltado,
como que en una historia tan extraña
algún caso le toque no pensado;
oyendo del doncel de la montaña,
niño de tierna edad y ánimo osado,
de sangre Real, la suya alborotada
así con voz le respondió turbada:

92. «Señor, si desde luego no he traído
a tus pies con humilde reverencia,
aquel respeto a tu valor debido
y el que pide y se debe a tu presencia;
esta dura cadena lo ha impedido,
y el no fiarme aquí de la experiencia
para creer que a un príncipe tan alto
Fortuna obligue a dar tan bajo salto.

93. »Mas ya que el tiempo por consuelo mío,
quiso igualarte a mí en tu desventura,
y que de mi Fortuna el desvarío,
con otro mayor cure su locura;
en mi intención y tu valor confío
que alcanzaré perdón y honra segura
de quién la puede dar al mundo todo,
o preso o libre de cualquier modo.

94. »Perdona si dilato y no te digo
todo el secreto y casos de mi vida,
que la honra que me hizo igual contigo
no la quiero tan presto ver perdida;
hasta pedirte ahora como amigo
y no como inferior dejes cumplida

tu historia, y me declares si has sabido
quién fue el doncel tan bien encarecido.

95. »De dónde vino a volverse tan presto,
un tierno niño y un jayán tan fuerte
que lo deseo saber, para atrás esto
en todo sin estorbo obedecerte;
perdóname, señor, serte molesto,
que el ver tan llena mi felice suerte
de tu afabilidad y gracia ha sido
quien me ha vuelto enfadoso de atrevido».

96. Don Sancho así, con pecho alborotado,
aún sin saber de qué y con voz prudente,
humilde, al gran Teudonio y reportado
el nombre pide del doncel valiente;
cuando del dulce estilo acariciado,
término cortesano y elocuente,
del preso ignoto en gravedad compuesta
esto dio a su pregunta por respuesta:

97. «En triunfo triste y suspensión callada
el destrozado rey daba la vuelta
del riesgo aún la persona alborotada,
y en deseos de venganza el alma envuelta;
cuando al sordo bajar de una cañada
de los cristales de Ezla, en flores vuelta
de ellas cubierto el rústico Silvano
salía de tu vecina selva al llano,

98. »y ante el brioso alazán que el rey traía
postrado con medroso encogimiento:
"Señor, dijo, a la humilde choza mía
que a los pies tiene de este monte asiento;
a la hora vino ayer, que se fue el día
a la alegre vista de un doncel sangriento
con un viejo sagaz que era su guía
y a tu real mano este papel envía.

99. »Por enjugar la sangre a las heridas
del amado doncel, paró un instante,
y en bálsamos de yerbas conocidas
mitigado el dolor, pasó adelante".
Del Casto rey las nuevas recibidas
en gusto general, ver lo restante
en el papel mandó y el que servía
de secretario dijo que decía:

100. »"Al Casto Alfonso, el mago Orontes griego,
salud y muerte al bando sarracino,
cual la que el cielo hoy dio al del río Mondego
estorbo de tu gusto y mi camino;
él mismo esta partida ordena y ruego
al curso eterno del volar divino,

por tales puntos sus estrellas guíe,
que a tu honra bienes sin cesar envíe.

101. »El tierno brazo que con nueva espada
hoy hizo estreno de ella en tu servicio
y de bárbara sangre barnizada
dio de las suya real bastante indicio;
no ha vuelto su partida acelerada
antojo nuevo de inconstante vicio,
mas celestial impulso que le llama
por este curso al colmo de su fama.

102. »Conviene a la salud y al noble aumento
de su importante nombre esta partida,
a tiempo volverá que más contento
que pena ahora cause en su venida;
que yo que solo a tu servicio atento
mi tiempo gasto y trazo el de su vida,
muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia
y ahora en riesgo a él si no hace ausencia.

103. »Esta causa nos lleva, esta nos pudo
a tus montes volver de los de oriente
después que en turbio cielo y día sanudo
niño en Miduerna le robé a tu gente;
dos llenos lustros en silencio mudo
de España, por más bien ha estado ausente,
probando en el honor de hechos preclaros
la noble vida de sus miembros caros.

104. »No en deservicio tuyo el robo ilustre,
mas en favor de su importante vida
el Hado le trazó, porque deslustre
su espalda el golpe de la más temida;
al fin, del reino el bien, de España el lustre,
es sangre de la tuya producida,
tu sobrino Bernardo aquel que ha sido
tan llorado este tiempo por perdido.

105. »De Francia no te altere el rompimiento
si guerra da a tu oferta en vez de gracias,
que es nube hinchada de ambicioso viento
que en daño suyo ha de llover desgracias;
y de tu gran sobrino el firme aliento,
así sus brios y sus fuerzas lacias
de un golpe dejará que sea testigo
él, de ser sangre tuya y yo tu amigo".

106. »Esta en suma es la carta, mas quien sea
el sobrino del rey y por qué vía,
junto de Oviedo en una alegre aldea,
donde la Corte un tiempo residía;
en gallardo ademán y real librea,

una infanta bellísima vivía,
niña de tierna edad y alma lozana,
y del rey Casto Alfonso única hermana.

107. »Siendo el padrino Amor, en lazo ardiente,
unió con ella un conde de Saldaña
de la gótica sangre descendiente
y de la nata del valor de España;
privado ilustre y de su rey pariente
mas en una desdicha todo daña
y así no valió al Conde en cosa alguna
amor, privanza, sangre ni fortuna.

108. »Tomó en agravio el rey lo que pudiera
a feliz suerte de su hermosa hermana
si el real respeto con rigor no fuera
contrario en esto a la razón humana;
quiso que el conde en larga prisión muera
y en clausura la infanta soberana,
nacido de ella ya el doncel gallardo
que de su abuelo se llamó Bernardo.

109. »Crióle el Casto rey con nombre de hijo
tiernos gustos de amor y fe paterna
hasta que en la ocasión de un regocijo
el sabio Orontes le robó en Miduerna;
la causa, ni la sé ni nos la dijo,
ni de donde nació amistad tan tierna
con el doncel y con el rey gallego,
siendo el uno español y el otro griego.

110. »El Casto con la alegre nueva ufano,
del doncel ya llorado por perdido,
viéndole vivo y por su altiva mano
a su primer grandeza reducido;
ni al moro teme ni al poder cristiano
de la experiencia y la esperanza asido
antes para la guerra venidera
solo que vuelva su sobrino espera.

111. »Y si no son lisonjas de la fama
o el tiempo sin sazón corta la espiga,
no hay lengua en cuanto España se derrama
que otras grandezas que las suyas diga;
uno Marte español, otro le llama
Alcides nuevo y todo en voz amiga
celebra, ora de vista, ora de oídas,
sus cosas grandes, ciertas o fingidas.

112. »La guerra con Francia está aplazada
del mundo sin por qué mortal ruina,
es toda de ambición ocasionada
y de imprudente traza repentina;

mas ¿qué accidente o causa no pensada
a tal congoja y lágrimas te inclina?
¿Qué desgracia o pasión puesta en olvido
mi cuento a la memoria te ha traído?

113. »Si es por hallarte sin por qué enterrado
a tal sazón en sótanos estrechos,
que cual yo pienso, el ocio desalmado
carcoma es interior de honrados pechos;
el reino está y el rey tan apurado,
de hidalgos que lo sean en sus hechos,
que no solo abrirá esta cárcel fiera,
más aún las de la muerte si pudiera.

114. »Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto
y de cualquiera causa que proceda
qué podré hacer por ti, me advierte en tanto
que este altibajo de fortuna rueda;
que tu valor en mí a podido tanto,
que nada el mío te negará que pueda,
ora vaya en tu dicha, ora en la mía,
el desear yo tanto tu alegría».

115. Dijo y el preso conde a sus razones:
«Oh, invicto don Teudonio, cuán al vivo
tus palabras descubren los blasones
de la real sangre por quien muero y vivo;
No tiene ni ha tenido el rey prisiones,
cárcel cruel ni calabozo esquivo
que puedan agraviar y hacer ultraje
a quien no fuere de tu real linaje.

116. »Y así, lo que pudiera al más perdido
ser provecho y favor a mí me daña,
pues mi culpa mayor es no haber sido
de la sangre real la mía extraña;
yo soy, si acaso soy, primo querido,
el desdichado conde de Saldaña,
que tanto ha que enterrado y muerto vivo
que no sé si me vi algún tiempo vivo».

117. »¡Oh cielo santo!, don Teudonio dijo,
¡Posible es que veo viva la persona
así agraviada del valiente hijo
del conde de Saldaña y Barcelona!
¡Oh humano engaño! ¡Oh corto regocijo!»
Mas ya a mi voz el llanto desentona
que venturas halladas en cadenas,
solo para lloradas salen buenas.

118. Otra vez cantaré de los varones
el muerto gusto de su alegre vista,
sus mal afortunadas pretensiones

que una desgracia no hay quien la resista;
y ahora entre los franceses escuadrones
sus fuerzas toda la fortuna alista
y en sonando de Marte el ronco acero,
ningún atento gusto queda entero.

119. Cargada de favores de fortuna,
altiva estaba la indomable Francia,
su fama por el cuerno de la luna,
y sobre el mismo rumbo la arrogancia;
sin triste azar, sin disonancia alguna,
sin guerra ni enemigo de importancia
y solo contra España declarado
el orgulloso brío de su estado.

120. De galas llena y bélico aparato,
su imperial ambiciosa corte crece
y en pompa ilustre da vivo retrato
de cuanto en gusto humano se apetece;
a quien de la fortuna el rostro ingrato
ahora agradable sus favores crece,
y al viento hinchado de su Luna llena,
la hueca trompa de la Fama suena.

121. Por la real sucesión al reino hispano
alarde hizo el placer de esta riqueza,
y en laurel victorioso el pueblo ufano,
ceñida al César dio la real cabeza;
mas de un signo infeliz el curso vano
templó al público estruendo la grandeza
y en su contrario aspecto pudo tanto,
que el común regocijo volvió en llanto.

122. Y en astas de oro deslumbrando el viento
sus victoriosos estandartes planta,
cuyo altivo y revuelto movimiento
si a unos causa placer, a otros espanta;
ya entre su alegre tremolante aliento
sus triunfos cuenta, sus victorias canta
y en públicos carteles de alegría,
fiestas aplaza y les señala día.

123. Dar en pomposo alarde los trofeos
que el tiempo dio a sus ínclitos varones,
la no vista creciente de deseos,
las conquistadas bárbaras naciones;
será gastar el tiempo con rodeos,
y por cortar la letra hacer borrones,
que es querer cifrar mucho en breve suma,
cargar de tinta sin sazón la pluma.

124. Otra musa los cante si tuviere
con más obligación menos cuidados

que la mía en su tasada pluma quiere
casos forzosos y esos limitados;
pues de los cortos bienes que escribiere
hasta los dejos quedan olvidados,
y al gusto humano no hay dolor más grave
que el bien pasado, en quien sentirlo sabe.

125. Solo unas fiestas pediré a la Fama,
que así ensancharon con su trompa el vuelo
que no en más partes de su luz derrama
rayos al mundo el dios que nació en Delo;
si el tronco se conoce por la rama,
esta en que se enramó y se enredó el suelo
se llame, en cuanto ronda y ve la luna,
rama del mayor tronco de Fortuna.

126. Por suyo en Perpiñan tenían el día
que se diesen los muros de Girona,
Girona, a quien el César pretendía
por orla nueva a su imperial corona;
mas ya entibiado el punto a la alegría
con el desprecio de la real persona
que España no estimó, por ser cabeza
pequeña a su magnánima grandeza.

127. La vuelta de París tomó, dejando
al grave Orlando el peso de la guerra,
donde en su parlamento platicando
la sucesión de la asturiana sierra;
que en derecho le funden, pide el mando
y acción que tiene a la española tierra,
si hay alguna o quien sombra de ella saque
pues basta a la ambición cualquier achaque.

128. ¡Cuán raras veces la verdad desnuda
hasta el real dosel va sin sospecha
de adulación, que la transforma y muda,
y entre oropel la dan lisonjas hecha!
¡Guísanla porque suele amargar cruda,
y tales salsas el engaño le echa,
que con el amor propio la hace al justo
maná que cuadra y viene a cualquier gusto!.

129. Como al triunfante hijo de Pipino
que en verle al español cetro inclinado
no hubo voto ni voz de paladino
de contraria opinión en el senado;
todos firman y afirman que en divino
y en humano derecho está fundado,
que entre y suceda en el distrito hispano
o rey francés o emperador romano.

130. Como rey tiene ya el primer derecho

de la renunciación que el Casto hizo,
y como emperador, es el derecho
sucesor y el que hoy reina advenedizo;
esto Turpín, un gran Licurgo hecho,
dio por su parecer y le rehizo
don Reinel con el suyo don Grimaldo,
el conde don Galván y el rey Geraldo.

131. Y bien que cada cual por su camino
y a diferente pretensión guiado,
de derecho dan nombre al desatino,
de una ciega ambición ocasionado;
solo el anciano Malgesí adivino,
en los agüeros de Merlín fundado,
en pie se levantó y en voz severa
a su príncipe habló de ésta manera:

132. «Es el ser singular tan peligroso
en resueltas materias de importancia,
que aún acertando queda un hombre odioso,
y en manchadas sospechas de arrogancia;
pues ¿qué será si el caso está dudoso
y en la opinión contraria la ganancia
y el parecer opuesto y descuidado
del gusto que ha de ser aconsejado?

133. »Servirá solo de quedar corrido
quien a todo este riesgo se arrojare,
mas no por esto un pecho bien nacido
es bien que en miedos y sospecha pare;
yo, señor, de esta junta he conocido,
que quién el gusto tuyo reforzare
con su opinión será, decirlo quiero,
el mejor capitán y consejero.

134. »Por eso no hay en todo el parlamento
voto por escribir, ni firma en blanco,
que ha descubierto ya en tu real intento
para sus tiros la lisonja el blanco;
y así en lo que ahora por servirte intento
temo que ha de salir la suerte en blanco
que te veo ya resuelto ya por mil modos
y es mucho ir uno solo contra todos.

135. »Pero la fe me obliga y la obediencia,
que como a mi señor y rey te debo,
a pedir, no que mudes la sentencia,
que esto es ya mucho aún parecer tan nuevo;
mas que se mida con mayor prudencia
lo que quizá, a decirte no me atrevo,
medroso que mis dichos verdaderos
no les llamen, mudado el nombre, agüeros.

136. »Vanamente se funda quien te dice
que a Francia incumbe España por derecho,
si la antigüedad sabia contradice
con su razón a la opinión y al hecho;
por bien que con lisonjas autorice
tu gusto en esto más que tu provecho,
verá, si ver quisiere, libre a España,
de ajeno cetro y dependencia extraña.

137. »Si atiendes al antiguo origen suyo,
fundada fue por el primer hermano
de Noé bisnieto, si al derecho tuyo,
del rey francés o emperador romano;
antes que el franco Merobeyo cuyo
cetro ha venido a tu prudente mano,
Ataulfo fueron y Alarico Reyes,
que a Italia, España y Francia dieron leyes.

138. »Y si tu pueblo no se precia en vano
de ser un hijo de Héctor descendiente,
y él de Príamo y ambos del troyano
Dárdano, de Atlante ítalo pariente;
siendo el decimoquinto rey hispano
de España es el origen de tu gente,
y ella, de quien nació en nuestro hemisferio
la antigua Troya y el romano imperio.

139. »Esta es la antigüedad, cuanto al derecho
que en la renunciación has adquirido,
si pudo darte alguno el Rey de hecho,
ya de hecho también lo ha suspendido;
ni tengas por ofensa lo que ha hecho,
pues tu grandeza en nada ha descrecido,
que no está en muchos reinos ni en tenellos,
sino en un pecho real y digno de ellos.

140. »Cuanto más que si el rico y fértil suelo
de España puede con sus venas de oro
dar codicia, también dará recelo
ver que leones guarden su tesoro;
trueca, señor, la impresa, trueca el celo
y el riesgo del cristiano al pueblo moro
sientan Valencia y Aragón, tu saña
que eso es ganar y no perder a España.

141. »Sabe que del gran mundo en lo secreto
por donde el cielo sus discursos guía,
el hacedor del tiempo, en los efectos
a España ofrece eterna monarquía;
y en inviolable pactos y decretos
a sus reyes y real genealogía,
lo que hay desde la aurora, hasta donde
el sol alumbra cuando aquí se esconde.

142. »Yo así al cielo lo oí y así de un sabio
está en firmes figuras definido
y en justa pena, a un ambicioso agravio
un dragón de oro ante sus pies rendido;
hable a su antojo el lisonjero labio,
yo solo digo y sé lo que he leído,
y que va ya en los fines de su cuenta
el riesgo, la venganza y la afrenta».

143. Así dijo y del grave parlamento
no quedó quien en ánimo y semblante
no aprobase con nuevo encogimiento
de su razón la fuerza por bastante;
de la eficacia el vivo sentimiento,
de la resolución el brío importante
que la clara verdad se trae consigo,
sin respeto de amigo ni enemigo.

144. Era de insigne crédito la ciencia
del sabio, por los cursos de Aqueronte
y el lustre de la noble descendencia,
de ambas sangre Mongrana y Claremonte;
quien le hizo el oráculo y prudencia
que al gobierno imperial más pese y monte,
por ser príncipe y sabio, que en efecto
es bueno un gran señor para discreto.

145. Ya reducido a plática ordinaria,
un sordo hablar corrió por el senado,
quién dando ésta razón, quién la contraria,
conforme a su intención o su cuidado;
el César de opinión perpleja y varia,
ni del todo resuelto ni mudado,
entre un discurso y otro divertido,
de la ambición y la razón herido.

146. Cuando del falso bando de Pontiero
el traidor Galalón ardiendo en ira,
con rostro grave y con desdén severo,
así al César habló y a solo él mira;
«Si lo que con palabras decir quiero,
con la luz lo dijera que me inspira,
vieras, señor, ser aire sin cansarte
los montes con que piensan espantarte.

147. «Pero si la razón ha de ir vestida
como a la guerra armado el caballero,
yo que no oí retórica en mi vida,
ni me armé de papel sino de acero;
quizá no acertaré a dar la medida,
que soy soldado al fin, no palabrero,
mas si aquí fuere corto, en la jornada

más que sus lenguas cortará mi espada.

148. »Y tú, invicto señor, César Augusto,
a quien en triunfal carro de leones,
ya con brazo enfrenar veo robusto
las españolas bárbaras naciones;
manda callar los magos, que no es justo
que agüeren tu valor supersticiones
ni como a niño con asombros vanos
quieran atar tus victoriosas manos.

149. »Si Malgesí con loco fingimiento
así no admite en el saber segundo,
que él solo vió de Adán el testamento
en los agudos reyes manda el mundo;
lo que en sus vueltas guía el firmamento,
lo que las gentes trazan del profundo,
lo que es, lo que ha de ser y lo que ha sido
con un lazo lo vió en un bosque asido

150. »cuando en venganza pública colgado
de un pie le tuvo el risco de Miduerna,
dándole el infernal cuaderno amado,
afrenta humana en penas de la eterna;
si allí su ciencia le dejó burlado
en causa leve y ocasión tan tierna,
¿Por qué se finge de saber profundo
en la revolución de todo un mundo?

151. »Los ciegos ojos a la luz presente
soñando quieren ver lo venidero,
y con vano temor a un rey prudente
hacer lo que no harán brazos de acero;
si la española a la francesa gente
origen dio y su cuento es verdadero,
el reino es nuestro a tierra propia vamos
los godos nos la usurpan ¿qué esperamos?

152. »Mas no es justo se admitan sus razones
en discurso gentil ni ánimos puros,
ni en grave junta de ínclitos varones,
mágicos hablen, lóbregos y oscuros;
allá en ciegos desvanes y rincones,
sus cercos formen, recen sus conjuros
y solo suenen los reales techos,
nobles palabras de hidalgos pechos.

153. »Si el Casto rey te dio su cetro y silla,
y a instancia ya del reino te la niega,
tu valor tiene en poco el de Castilla,
pues a no te estimar por su rey llega.
¿Cómo dice la mágica cartilla
del que a ti te predica y él reniega,
que en esto no te ofende ni lastima

si un reino tu grandeza desestima?

154. »Es ignorancia de quién solo sabe
descalzo andar entre papeles y untos.
¿Quién hizo al vano Malgesí tan grave
que a medir llegue del honor los puntos;
y que el tuyo y el nuestro menoscabe
pudiendo él solo más que todos juntos
y siendo en su decir el vano adorno,
mancha a tu fama, a tu opinión soborno?

155. »Al fin, señor, el parecer más sano
de estos invictos príncipes y mío,
a tu grandeza y nombre soberano,
y a la reputación del francés brío;
es que, a pesar del mundo, por tu mano
conquistes el gallego señorío,
y pues la tierra a tu derecho toca,
tuya será, que aún para tuya es poca».

156. Dijo, y mirando con desdén severo
al francés sabio reventando enojos
riose, haciendo escarnio altivo y fiero
y él centellando fuego por los ojos;
al libre hablar del magancés parlero,
fundado del rey Carlo en los antojos,
la mano quiso, ya en la espada puesta,
darle en ella librada la respuesta.

157. Alterose el confuso parlamento,
y en nuevas opiniones dividido,
con riesgo de un notable atrevimiento,
el hablar castigara desmedido;
si el grave César desde su alto asiento,
para apagar el fuego ya encendido,
no mandara salir, aunque agraviado,
al sabio y a los suyos del senado.

158. Tenía facundia el magancés astuto
y gracia en persuadir cuanto quería,
o fuese de la yerba moli el fruto,
que Alcina de su huerto le dio un día;
o porque con lisonjas el más bruto
dar gusto sabe y Galalón sabía
disimular las suyas de manera
que un Argos vuelto en lince no las viera.

159. Y entonces fue su hablar general gusto,
por el que a todos daba la jornada
y porque al cielo en su castigo justo,
el mismo delincuente da la espada;
faltó del parlamento el brío robusto
del grave hijo de Amón, siendo agraviada

la autoridad del sabio no admitido
Maganza victoriosa y él corrido.

160. Pero antes de salir de la gran sala,
así al senado dijo, un áspid vuelto:
«Aunque ninguna recompensa iguala
mi agravio, ver al rey francés resuelto;
en el consejo y la intención más mala
que el mundo vio para quedar revuelto,
me lastima, que siempre un noble pecho
más mira el bien común que su provecho.

161. «Mas, si ya es la desgracia irremediable,
y el veneno hasta el alma ha penetrado,
si el mundo y su grandeza deleznable
límite tiene y curso señalado;
si contra el Hado y suerte inevitable
no hay fuerza real ni imperio reservado,
caiga la francés pompa, caiga hambrienta
de humana sangre y vénguese mi afrenta.

162. »Que yo os anuncio y pongo por testigos
de esta verdad cuantas el mundo encierra,
que de todos los príncipes amigos
que a ver llegaren la española tierra;
cuando quieran contar los enemigos
los que vivos salieron de su guerra,
les sobrarán, si mi saber no es vano,
dos dedos de los cinco de la mano».

163. Dijo y dejando al grave parlamento
parte confuso y parte acobardado,
con inviolable y firme juramento
de no volver, se va hasta ser vengado;
y al deseado Reinaldos por el viento
a pedir fue, donde le había encantado
un hada en los reinos del Oriente,
justa venganza al deshonor presente.

164. El rey con los demás que en su consejo
a la revuelta de él mueven el labio,
unos de incauto y de caduco viejo
y otros nombre se dan de noble y sabio;
hasta que al fin, con altercar perplejo
de varios pareceres, en agravio
de mal aconsejado Carlo Augusto,
los más discordes quedan de su gusto.

165. Y ya de esta imprudente opinión todos,
en la del falso Galalón fundada,
que cruel pretende por diversos modos
la imperial majestad ver acabada;
contra el estrecho reino de los godos

sangrienta guerra queda declarada,
y que a las flores de abril siguiente
campo se forme y se levante gente.

166. Que el galán Durandarte a Desiderio
su gente haga bajar de Lombardía,
y Galalón las fuerzas del Imperio
en Bretaña reforme y Picardía;
que a Roldán se de aviso y a Silverio,
Marqués de Fox y duque de Pavia
que, concluido el cerco de Girona,
por Perpiñan descienda hacia Narbona.

167. Que dejando presidio suficiente
al real de Barcelona y Cataluña,
con lo sobrado marchen de la gente
por Cominges derechos a Gascuña;
donde en todo el florido abril siguiente
del campo el resto llegue y con la uña
del águila imperial haciendo garra,
por Roncesvalles se entren en Navarra.

168. Y que entre tanto las famosas fiestas
que en Perpiñan se dieron aplazadas,
en París se prosigan y en compuestas
barreras y soberbias palizadas;
los estandartes y banderas puestas,
levanten gente y den armas grabadas,
sin que haya cosa en cuanto el reino encierra
que no sea asombro y gallardía de guerra.

169. Esto salió por último decreto
del francés parlamento y grave junta
mas mientras al ponerlo por efecto
la gente y el ejército se junta;
y en medido escuadrón se ve en perfecto
las lanzas cuento a cuento y punta a punta
con grato gusto quiero del oyente
un oculto secreto hacer patente.

170. Praxitel, sabio y noble estatuario
primero de Corinto, recogía
el oro, el bronce duro, el jaspe vario
del Tínaro, y de Ormuz la pedrería;
el rojo azófar, el luciente pario,
el verde mármol que la Etolia cría,
abriendo, después de ello, sus buriles,
vueltos divinos, láminas sutiles.

171. ¡Oh, cuánto ha menester quien lo escribe
vestirlo piensa de inmortal memoria,
y en cuerda alma y cuidado fiel concibe
el parto heroico de una grave historia!

¡Qué fácil al principio se recibe
la impresa! ¡Qué dudosa es la victoria!
¡Qué de caudal, estudio y advertencia
pide en rigor cualquiera menudencia!

172. Sabroso estilo, espíritu templado,
heroica voz, lenguaje casto y puro,
ni plebeyo en lo humilde, ni pesado
en lo soberbio, ni en lo grave duro;
ni altivo, ni arrogante, ni afectado,
ni largo, estéril, ni por breve oscuro,
ni que en regla y compás jamás se aparte
freno a la lengua y al ingenio el arte.

173. Buena elección para la traza y modo
y para el disponer perseverancia,
y una firme paciencia, sobre todo,
contra un censor hinchado de arrogancia;
que da, en soberbia presunción, del codo
a la mayor dulzura y elegancia,
y no hay espejo de cristal de roca
que no empañe el aliento de su boca.

174. ¿Quién se libró del riesgo de una falta?
¿Quién se dio a todos gustos por cumplido?
¿A qué regla o compás no sobra o falta
en lo más ajustado y más medido?
No hace el brazo mortal raya más alta
nadie puede dar más que ha recibido
a alcanzar con mi pluma adonde quiero,
fuera Homero el segundo, yo el primero.

175. Mas contra el ciego error de una quimera
cien Midas hay si un sátiro no falta
y así, anudando la razón primera
del cuidoso desvelo en no hacer falta;
el que en estilo grave y voz severa
antigua historia escribe heroica y alta
porque contra mi crédito no lleve
don Teudonio esta falta, por ir breve.

176. Si algún cuidado a su discurso atento
saber deseare en este heroico paso,
con más adelgazado fundamento
del robo ilustre el importante caso;
que a Orontes trajo por el blando viento,
del Oriente a los reinos del ocaso,
quien le dio nuevas de Bernardo y cómo
con un hecho salió de tanto tomo.

177. Quién le obligó a encargarse del infante
qué gusto, qué interés por esta vía,
la voluntad del sabio nigromante

a tan nueva lealtad y amor movía;
todo fue de un gran fin causa bastante,
direlo, si a la heroica musa mía
del oyente otorgare la paciencia,
para una breve digresión, licencia.

178. Y que por esta sola vez rompiendo
la brevísima acción y corto asunto,
que a toda prisa y brevedad siguiendo
desde el primero voy a postrer punto;
pueda volver atrás, donde, cogiendo
el agua en su principio todo junto,
con clara brevedad se entienda y vea
cuanto aquí falta y el lector desea.

179. Yo al punto volveré de mi victoria
a nueva diligencia y paso largo,
que es breve el tiempo y grande la memoria
que para darla al mundo está a mi cargo;
pues luego que de amor la dulce gloria
al conde y a su esposa en llanto amargo
el Casto rey volvió y en noche escura
uno puso en prisión y otro en clausura.

180. A Bernardo crió en mantillas de oro,
con nombre de hijo y con igual cuidado,
guardando a su real sangre el decoro
y a la alta estrella de su invicto hado;
cuya luz dijo que del pueblo moro
verdugo cruel sería en campo armado,
y los agudos filos de su espada
muro invencible de su patria amada.

181. Entre los que en sagaz destreza vana
de los astros midieron la influencia,
y del natural Hado y suerte humana
el sutil peso hallaron en su ciencia;
fue Alcina por el gusto de Morgana
y Orontes en su mágica experiencia,
por el gusto de Alcina, en cuyo gusto,
se dice que alcanzó más de lo justo.

182. Era Orontes un viejo descarnado,
de vivos ojos y mirar compuesto,
cetrino en la color, alto, delgado,
cuidadoso, sagaz, grave, modesto;
calvo, corva nariz, rostro afilado,
blanca la barba, en el vestido honesto,
y que en su aspecto, gravedad y talle,
velle ponía afición y gusto hablalle.

183. De conjurados cercos y abusiones
más que Zoroástes y Merlín sabía

ocultos pactos, firmes convenciones
con todo el reino de Plutón tenía;
con un breve carácter diez legiones
de apremiados espíritus traía
más sujetos al yugo de sus leyes
que al de un recio gañan dos tardos bueyes.

184. Lo que Merlín no supo que es la tasa
con que crece la mar y vuela el viento,
donde el firme pilar halló la basa
sobre que el mundo estriba y hace asiento;
quien al tiempo pasado alquiló la casa
o en qué camina tanto el pensamiento,
este sabio lo supo y mayor fuera
si solo conocerse a sí supiera.

185. A este entregó la cuidadosa Alcina
al tierno niño conde de Saldaña,
su noble crianza, su sagaz doctrina
al santo rito y cristiandad de España;
y que de un riesgo y muerte repentina
libre le saque su cautela y maña.
Que invidia a un gran valor siempre hizo guerra
y el del infante es único en la tierra.

186. Diole para esto un libro de Morgana,
que de magos el cerco más seguro
y su aspecto Plutón, a quién se allana
la ciega potestad del reino oscuro;
que al rico todos dan en pompa vana
lisonjera obediencia hasta aquel punto
que el de la muerte abraza, donde el yerno
de Ceres vive y muere en fuego eterno.

187. Quedó con la virtud del nuevo encanto,
Orontes superior a los más diestros,
sirviendo de aprendices en su encanto
los que antes le servían de maestros;
esto pudo el cuaderno y puede tanto
en casos venturosos o siniestros,
que trocó los del niño y le trocara
al cielo el curso, si él volar dejara.

188. Temían los sabios de la altiva Francia,
por ver su invicto rey en tanta alteza
del inconstante tiempo ha inconstancia
y de sus bienes la infeliz firmeza;
y los franceses magos con instancia
procuraban saber de esta grandeza
cuando se había de cansar fortuna,
y hacer menguante la creciente luna.

189. Entre estos Malgesí fue el más famoso,

sutil encantador, fiel estrellero,
en ahumados cercos prodigioso,
y en fantásticas sombras agorero;
en las negras cavernas poderoso,
que con ladrar asombra el can Cerbero,
donde ni alma ni sombra su horno ardiente
recuece, que a su voz no esté obediente.

190. Era, según Turpin, por línea recta
quinto nieto del Rey de Tuberlanda,
padre que fue de Nemia la discreta,
dueña del lago que reinó en Irlanda;
que en negra tumba y bóveda secreta
vivo metió a Merlín y en cama blanda
le encantó, donde en bosques resonantes
brama en la gruta y árboles de Armantes.

191. De esta los libros heredó y la ciencia
por gusto, profesión, parte y pariente
y de estudio ayudado y diligencia,
en los mágicos cursos fue eminente;
donde vio con profética evidencia
el fin cercano a la francesa gente,
y del niño español, la rica espada
de su noble sangre matizada.

192. Ligó en dos nuevos cercos poderosos
su filo y brazo tierno ¡Cosa extraña!
Que sus lirios se vieron victoriosos
Francia en las nubes y a sus pies España.
«Estos, dijo, no son lances dudosos
si el fingido Asmodeo no me engaña,
y hace alterar con su mudanza y truecos
las vanas sombras de estos bultos huecos.

193. «Este es el negro humo que compuso
la falsa secta que nació en Arabia,
el que soñó el alquimia y el que puso
en los amores la celosa rabia;
el que al mundo sacó y vendió el abuso
que con lisonjas de oropel enlabia,
el que inventó privanzas y favores
y en la corte el barniz de aduladores.

194. «Mas vuélvanse las cosas alteradas
al primer vuelo y lugar debido,
corran por curso natural guiadas
no con Hado violento y detenido».
Dijo y apenas de las dos lazadas
se vio el mágico nudo dividido,
cuando el mundo tembló y cayó por tierra
la flor de Francia en la gascona sierra.

195. Asombró al sabio de la rica espada
el riguroso golpe, asombró el vuelo
del brazo altivo y ver su patria honrada
las águilas y lirios por el suelo;
quitar quiere al doncel la vida amada,
y contra el curso del volar del cielo
detener el feliz, que por su mano
dispensa a España el brazo soberano.

196. Esto en un cerco Malgesí trazaba,
en ciego antojo y ánimo obstinado
cuando el niño Bernardo atento andaba
en ver volar un sacre remontado;
Orontes que también tras él volaba
sobre la alta cerviz de un grifo alado
de las naves llover se dejó al suelo
en blando curso e invisible vuelo.

197. Y el gallardo doncel por quién venía
en los brazos tomó y ligero vuela
y no en la silla, porque no sabría
templar el niño el freno con la espuela;
huyó con él, quedó el francés sin guía
burlada su engañosa centinela,
que es calva la ocasión y el punto de ella
que consiste en gozalla, en no perdella.

198. Ya del monte Ida en una alegre plaza
otra vez hizo un águila divina
de un bello niño semejante caza,
de igual beldad y gracia peregrina;
si aquel le sirvió a Júpiter la taza
de néctar en su esfera cristalina
a éste el cielo a servir le lleva y llama
honra a sus gentes y a sus siglos Fama.

199. Fue hecho el hurto en cercos tan seguros,
oculto apremio e invisible paso,
que a Malgesí y sus mágicos conjuros
encubierto quedó y nubloso el caso;
sus ciegos caracteres halló oscuros,
su traza sin sazón, su tiempo escaso
y su apremiada sombra vigilante
de virtud superior, vuelta ignorante.

200. Así al volver sin tiempo la cabeza
el músico de Tracia, en la salida
del Ténaro sin luz cuya maleza
se ve entre verdes Porfiros nacida;
vuelta vio, en aire vano su riqueza
dos veces muerta su costosa vida,
que él por temprano y Malgesí por tarde
no hay quién el punto de ventura guarde.

201. Esta fue la ocasión que al sabio griego
ayo le dio del español Bernardo
a éste fin le robó, éste fue el ruego
de Alcina, éste en su vida el fiel resguardo;
mas lo que Malgesí en sus rumbos ciego
ganó con fría venida y paso tardo
¿Quién lo sabrá decir? ¿Con cuyo aliento
seguir podré el alcance a tan gran cuento?

202. Más conviene, señor, contarlo todo
por digna prenda del valor de España
en quien el santo celo al cetro godo,
un reino prometió de gente extraña;
allí por nuevo y soberano modo
de León sonaron en la real montaña
la vez primera en aparato ufano
los mundos que hoy gobierna vuestra mano.

203. Allí con ciento y veinte lustros antes
que el Sol viese de España las banderas
voltear los abrasados Garamantes,
y asombrar de Etiopía las riberas;
como en sombras se vieron sus triunfantes
carros romper las tiernas vidrieras
del cristalino reino que, por muerte
de Saturno a Neptuno cupo en suerte;

204. y que había de ser suyo este ancho mundo,
donde el día muere de volar cansado,
con el rico tesoro en su profundo,
de rubio oro y de perlas amasado;
esto en este paréntesis segundo
es fuerza no dejarlo destroncado
que las grandes imágenes en torno
para sus llenos piden grandes adornos.

205. De aquí también cortó a las velas paños
de un feliz curso el nuevo atrevimiento,
con que el mago francés en vuelo extraño
de su encantado barco surcó el viento;
grandes cosas al fin de aqueste engaño
toman en este grave asunto asiento
y así, es fuerza seguirle por historia
de España digna y de inmortal memoria.

Alegoría

En Ferraguto ofendido con la fama de Bernardo, se pinta el ánimo de un ambicioso, que las ajenas alabanzas tiene por baldón y menosprecio propio. En el socorro del rey Casto se ve cómo el cielo nunca desampara a los suyos, ni las traiciones cómo por la mayor parte se efectúan a ciega y atropelladamente, alcanzan a tener buen suceso.

En el conocimiento de don Teudonio y el conde de Saldaña envuelto en lágrimas, se muestra que sin la libertad ningún bien hay que sea de gusto. En el Consejo de Guerra del César, se ve cuán poderosa es una lengua lisonjera en un ánimo Ambicioso.

Fin del tercero libro

LIBRO CUARTO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Deja Orontes por su ciencia a Malgesí colgado de un árbol, donde cayéndosele el libro de sus conjuros un demonio, con la fuerza de ellos, saca algunas legiones del infierno para destruir a España y su ángel custodio los refrena; y haciendo alarde de los muchos mártires españoles que la persecución de los moros ha dado al cielo, promete a España un nuevo mundo en premio a su católica religión. Bernardo, entrando en un barco milagrosamente llega a bordo de un galeón, donde halla presa a Angélica la bella y habiéndose allí armado caballero por mano de un rey persiano, hace batalla con él por la libertad de la reina de China, la cual es arrebatada de un carro de fuego por el aire.

1. No bien el sabio Orontes satisfecho
del robo ilustre en negro hollín tiznado,
de la orden superior un humo estrecho
contra el mago francés dejó emboscado;
que en su incauta venida sin provecho
al pasar le dejó de un pie colgado,
como negra corneja que el anzuelo
las alas le ase y le detiene el vuelo.

2. Era la horrible sombra del rey que a cargo
los necios tiene y su descuidos doma,
con quien ya fuera el álamo más largo,
a su pie puesto el punto de una coma;
este, al pasar, le echó pesado embargo,
y en lo alto lo dejó de una ancha loma,
a una encantada cerda dada un nudo
tal que apenas romperle el tiempo pudo.

3. Este fue el ciego lazo en que caído
le vio España y el conde de Pontiero,
con el que aquí y allí quedó corrido,
y en ambas partes sin su honor entero;
no habiéndole ayudado ni valido
aquí la ciencia, ni acullá el acero,
que hay sabios que ni saben ni son buenos
sino es para agüerar males ajenos.

4. Perdió turbado el mágico cuaderno,
y quedó preso sin recurso alguno,
que de mil que sacó del hondo infierno,
a la necesidad no halló ninguno;

excepto Trashurgin que el lago Averno
duende no vomitó más importuno,
que por cansado hablador sin jugo,
hasta el infierno sirve de verdugo.

5. Este acudió, mas no a prestarle ayuda,
con negra esfera y mágico astrolabio;
mas por si la obstinada alma desnuda
prender pudiese al ignorante sabio;
este pues, cuya lengua tartamuda
al mundo ofende y cansa en torpe labio,
al mago libro arremetió ligero,
que es propio un hablador para embustero.

6. Y con él, en figura horrible puesto,
formando rayas y fingiendo cruces,
un sombrío escuadrón sacó molesto
del centro oscuro a las odiosas luces;
a librar al francés mago dispuesto,
con corvos cuernos y ásperos testuces;
mas el furor del templo aqueronita
la fuerza a todos y el vigor les quita.

7. No fue en la clara Rodas más gigante
de pardo bronce su inmortal coloso,
más negra tez, más hórrido semblante,
ni en talle y proporción más espantoso;
ni en bulto más oscuro vio delante
de sí la noche al mundo tenebroso,
cuando al cerrar de su enlutado manto,
es cuanto por sus sombras vuela, espanto.

8. Que el gran torreón de la fantasma escura
que al francés mago en su prisión asombra,
de cuyo aspecto la infeliz figura
un mundo viste de enlutada sombra;
y así en triste silencio mal segura
la negra escuadra que en sus versos nombra,
el burlón Trashurgin a su ventaja
la soberbia cerviz humilde abaja.

9. El viejo Satanás, que es de tres cuernos,
de discordias amigo y de rencillas,
cuya rabia revuelve los infiernos,
y de Aqueronte asombra las orillas;
viendo allí de sus fuegos sempiternos
tanta centella y sombras amarillas,
sembrando guerras, con ladrar prolijo,
vuelto al soberbio Belcebú, le dijo;

10. «Príncipe ilustre, a quien el reino oscuro
la parte más indómita obedece,
y de la triste noche el negro muro

bañado en sangre por tus manos crece;
contra quien no hay valor ni arnés seguro,
si el tuyo de una vez se ensoberbece,
a cuyo ceño triste en raudo vuelo
suele el mundo temblar, y tembló el cielo.

11. »Aquí por pactos que en sus reinos tiene
el francés Malgesí nos ha juntado,
a darle ayuda nuestro infierno viene
de sus voces y cercos apremiado;
sola tu invicta mano nos detiene,
y el inviolable lazo fabricado
por tu saber, contra quien ya no es justo
se oponga nueva presunción y gusto.

12. »Mas si conforme al cerco, fue en tu mano
prender, y el desatarle no está en ella,
no es bien que tanto infierno agravie en vano
la odiosa luz de esa enemiga estrella;
mas quede en pena al reino castellano
plumosa estampa de su ardiente huella,
y sepa el mundo que por estas cuadras
juntas Belcebú tuvo sus escuadras.

13. »Bien sabes que la espada rigurosa,
que nos echó de encima las estrellas,
quizá por parecerle peligrosa
nuestra vecina cólera cabe ellas;
ha mucho que esta tierra belicosa
que ahora con tus negras plantas huellas,
la entregó a nuestra furia y al castigo
de un poderoso bárbaro enemigo.

14. »Cansada ya de los dislates vanos
en que por tantos años ciega anduvo
entre soberbios dueños, cuyas manos
con sus doradas masas entretuvo;
ya en católicos reyes, ya en paganos,
de una en otra fortuna se detuvo,
hasta que llegó el fuego de Vitiza
a hacer su antigua honestidad ceniza.

15. »Este al ardor de mis centellas hecho
aún más fuego sacó que yo emprendía,
a un tiempo unidas en su torpe pecho
juntas ambas malicias, suya y mía;
no fueron mis discordias de provecho,
ni ardiera la ambiciosa tiranía,
a no añadir veneno en mis marañas
el sensual calor de sus entrañas.

16. »Con este permitió libre soltura
al seglar pueblo y religioso estado,

hasta negar, envuelto en su locura,
del vicario de Cristo el principado;
y sin dejar muralla en pie segura,
firme torre ni alcázar almenado,
las armas derritió, el morrión de guerra,
en corva reja vuelto abrió la tierra.

17. »Iba ciego aprestándose al castigo
que el cielo a sus delitos prometía,
yo trazando ocasiones y él conmigo
dando alientos al fuego que encendía;
hasta que el reino le entregué a Rodrigo,
y él al ciego furor de Berbería,
a quien por cruel verdugo a su malicia,
conmigo envió la celestial justicia.

18. »Ya entonces tuve por seguro y fijo
para siempre mi reino en esta tierra,
en quien de Jove el belicoso hijo
de su fuego el mayor calor encierra;
de aquí pensé con un rodeo prolijo
al ancho mundo hacer injusta guerra,
y ser de la morisca gente solo,
el feroz Marte y el prudente Apolo.

19. »Mas no sé quién, ni cómo me ha trocado
el feliz curso a mi primer gobierno,
y aquel muerto valor resucitado,
vuelto en firme diamante el pecho tierno;
salió como de burla en campo armado
de una alta gruta, cóncavo de infierno,
un capitán, que a la primer jornada,
ni yo le tuve ni el contrario en nada.

20. »Mas como de una mínima centella
creciendo el fuego una ciudad se abrasa,
y el aire que antes pudo deshacella,
feroz la vuela ya de casa en casa;
así de esta vencida gente el vella
con nuevo brío el sobresalto pasa,
y llega a punto de engendrar temores,
que los pequeños riesgos sean mayores.

21. »Mas si tú ahora, príncipe del mundo,
esta legión y tu poder me prestas,
fácil cosa será al golpe segundo
quitar su grave carga de mis cuestas;
daré con toda España en el profundo,
¿quién me lo estorbará, si tú le asestas
un escuadrón que pudo sin recelo
plantar banderas y armas contra el cielo?

22. »Quedarnos ha segura esta cosecha,
y yo con la española monarquía
tal, que al infierno harán la puerta estrecha
los que a tenerte bajen compañía;
así el soberbio espíritu, deshecha
la lengua en rabia, a Belcebú decía,
solicitando el escuadrón liviano
para arruinar el reino castellano,

23. »Cuando la negra estatua acaronita,
mandando sosegar el alboroto,
así con torpe labio y voz maldita,
volvió a asombrar los árboles del soto:
"Yo, antiguo defensor de la mezquita
que en Meca goza y tiene el primer voto,
que su Alcorán forjé de un desatino
que soñó el imprudente Calcabino,

24. »no tengo mi furor tan olvidado,
ni el odio interno a esta enemiga gente,
de las que en el bautismo se han lavado,
la más firme, católica y prudente;
que si pudiera habérmela tragado,
no haya en mi boca hambre suficiente.
Mas ¿quién podrá contra aquel brazo eterno
que es de su mundo universal gobierno?

25. »Alzad los ojos a esa clara nube,
que en torno ciñe vuestras negras sienes,
y de España veréis adónde sube
el aumentado colmo de sus bienes;
y aquel sangriento azote, en quien ya tuve
de su deseado fin firmes rehenes,
la antorcha ha sido con que el pueblo ilustre
de su valor ha descubierto el lustre"».

26. Dijo, y de los ministros inferiores
cada uno alzando la infernal cabeza,
en luz divina y rubios resplandores,
un bulto vieron de inmortal belleza;
un mancebo gentil, cuyos colores
la nieve y rosas vencen en fineza,
y el rico manto, en varia pedrería,
rayos le presta al sol y lumbre al día.

27. Con dos pomposas alas cuyo vuelo
al aire da los rojos arreboles,
que el nácar de la luz pinta en el cielo,
cuando hace al día bellos tornasoles;
por gala armado, más que por recelo,
de una celada azul y peto goles,
que en rubís esta y este en esmeraldas,
arden y alumbran por las nubes pardas.

28. El yelmo en varias plumas enrizado,
al cuello un tahalí de piezas de oro,
de un entero zodíaco grabado,
desde el templado géminis al toro;
y por el peto y manto de brocado,
todo sembrado el celestial tesoro
de imágenes, de signos y planetas,
en luz distintas y en virtud perfetas.

29. Un venablo en la mano, cuyas lumbres
al enemigo asombran que las mira,
y el brioso esgrimir de sus vislumbres
temor y espanto a los contrarios tira;
así del cielo por las huecas cumbres,
cuando el vellón de Colcos se retira,
el bello dios que tuvo cuna en Delo,
el mundo alegra y regocija el cielo.

30. Y el encogido invierno entre celajes
lloroso huye y baja la cabeza
al alegre verano que, en ropajes
llovidos viste el mundo de riqueza;
tal deja los nocturnos personajes
de invidia deslumbrados, la belleza
del príncipe de España, a cuya mano
dio su defensa el brazo soberano.

31. Bajan los rostros de temor rendidos,
suspensos los furiosos ademanes,
de aceda invidia y de dolor corridos,
más que primero dentro en sus afanes;
tales, que a no tenerlos oprimidos,
huyeran del infierno a los desvanes,
como la noche huye de la aurora
cuando el aljófar cuaja que antes llora.

32. Mas el divino príncipe de España,
con agradable y natural braveza:
«Estad canalla, dijo, estad cizaña
del mundo, alzad, a oírme la cabeza;
y sepa cuánto de Aqueronte baña
el negro lago y hórrida maleza,
y el ronco can asombra con ladridos,
y de Furias siente los gemidos,

33. »que todo junto ese infernal espanto,
que al mundo el centro y el reposo quita,
desde el negro dosel de Radamanto
al frágil leño en que Carón habita;
con cuanto de la muerte el triste llanto
en niebla cubre y sombras precipita,
que contra España aquí vomite y eche,
haré yo que ni baste ni aproveche.

34. »Es verdad que aquel Padre soberano
que sobre el cielo tiene silla eterna,
y del mundo las riendas en la mano,
cuanto hay en él con su saber gobierna;
este reino entregó al furor tirano
de la mahometana rabia interna,
que con natural odio y pecho osado
tanta cristiana sangre ha derramado.

35. »Mas no fue todo causa de venganza,
aunque eran más que arenas sus delitos,
que en la pía y justísima balanza
diez buenos pesan más que mil precitos;
otros secretos fines que no alcanza
el criado saber en sus distritos,
dieron fuerza al azote y desconsuelo
que de nuevos tesoros pobló el cielo.

36. »¿Qué venas de oro el fértil Duero cría,
qué fino jaspe el temple de Granada,
qué turquesas Zamora, qué Almería,
en finísimas ágatas sentada?
¿Qué vario resplandor de pedrería
levantó el rayo de la luz dorada
en su playa oriental, cuando la embiste
la alegre aurora tras la noche triste?

37. »¿Qué más la altive, ilustre y ennoblezca,
y más grados le dé de gloria y fama,
que esta calamidad, por más que crezca,
y que el humo la empañe de su llama,
dándole noble sangre, que enriquezca
el cielo que la coge y la derrama?
¿Qué de tan rica y fértil sementera
menor cosecha y fruto no se espera?.

38. »¿Qué reino, qué ciudad goza en España,
del fértil suelo que su marca encierra,
que no le deba a la morisca saña
algún precioso mártir de su tierra?
¿Qué nación hay en ella tan extraña
a quien le falte gloria en esta guerra?
Dejo aparte las palmas que su mano
victoriosa quitó al furor romano.

39. »Que ahora a quién no admira aquella fuente
de ilustre sangre y de saber divino,
que ayer corriendo en Córdoba caliente
encima dio del Betis cristalino;
y el que antes llevó turbia la corriente
con la ceniza y fuego peregrino
de Isaac y sus secuaces, ya con luto
sangriento, lleva al mar rico tributo.

40. »Yo digo el sabio Eulogio, nuevo espanto
de vuestro ahumado reino tenebroso,
que después que pobló el alcázar santo
de escuadra insigne y campo victorioso;
y en los hijos de Artemia pudo tanto,
que a tres de un golpe dio triunfo glorioso,
y su patricio suelo volvió rico
con la sangre de Paulo y Ludovico.

41. »Después que entre suavísimas prisiones
luz dio y esfuerzos a Flora y a María,
y tras su voz con limpias persuasiones
corrió al rojo martirio Leocrecía;
rodeado de lumbrosos escuadrones,
su triunfo guio por donde vuela el día.
¿Qué pérdida venir le pudo a España,
que a la ganancia iguale de esta hazaña?

42. »Mirad de ese encumbrado Pirineo
la florida vertiente más preciosa
por la sangre que en ella correr veo
de Alodia santa y de su hermana hermosa;
que por las ricas pastas que a deseo
humano hartaron, cuando en voz famosa,
arrojando tesoros del profundo,
sus llamas dieron nombre y plata al mundo.

43. »¿Cómo la masa cándida bendita,
gloria del cielo y honra de Cardeña,
gozara España si la sed maldita
de humana sangre fuera más pequeña;
y los brazos y pies que troncha y quita
al sufrido Rogelio, con que enseña
a pisar mundo y alcanzar sin manos,
por golpes muertos bienes soberanos?

44. »Al mártir Gundesindo toledano,
y el hijo del rey moro que hoy le rige,
que para serlo la paterna mano
el cielo ahora en su favor elige;
a Sisinando, noble lusitano,
y el gallardo Fandila, que corrige
el juvenil furor y hace sagrada
del real Guadix la tierra y de Granada.

45. »Y de Getulia ardiente la honra antigua,
que lo fue de Alcalá en su nacimiento
y con su sangre en Córdoba averigua,
que al mundo no quedó ciudad de asiento;
con otro inmenso pueblo que atestigua
contra el pagano, en cruz y altar sangriento,
la fe que dejó al hombre encomendada
el rey que saqueó vuestra morada.

46. »¿Con qué comprara España tal tesoro,
aunque para hallarlo desvolviera
los firmes montes tras sus venas de oro,
de la codicia el hambre más hartera?
Ni penséis, hijos del eterno lloro,
que el gran rector de la estrellada esfera
tiene entregada para siempre a España
al grave yugo de esa gente extraña.

47. »Que ya de hoy más, sin que menguante vea
el primer punto de su nuevo aumento,
ni corvo alfanje poderoso sea
a usurparte otro paso de su asiento;
mi español reino irá como desea,
en próspero y dichoso crecimiento,
hasta aquel siglo de oro y feliz día
que como antes la vuelva monarquía.

48. »Ni solo el mundo que ahora ondea y baña
de sus dos mares el mudable hielo,
y esta encumbrada y áspera montaña
que con los francos parte clima y suelo;
le ha dado el cielo a mi invencible España.
Que no en balde le ha dado España al cielo
tantas cabezas por su amor perdidas;
que es rico el cielo y paga en ambas vidas.

49. »Antes a su católico monarca
un nuevo mundo ha dado y nueva gente
donde corra su ley y ponga marca,
desde el alba a las sombras del poniente;
y una ignota nación que ahora embarca
el feo Carón sobre su lago ardiente,
despierte con su luz a nueva vida,
del mortal sueño en que la veo dormida».

50. Dijo, y batiendo las ligeras alas,
que el aire dejan de vislumbres lleno,
haciendo alarde de su brío y galas,
y un arco de oro en su volar sereno;
gallardo vuelve a las soberbias salas
del estrellado alcázar, donde en freno
de oro gobierna las crecientes olas
de las varias fortunas españolas.

51. Así sobre los vientos se levanta,
tras la serenidad de un pardo día,
la iris roja y azul, que siembra y planta
por el cielo colores de alegría;
y en lirios de oro su vislumbre santa
el aire encrespa, y en su sombra cría
los bellos arreboles en que sube
a lo alto desde el hueco de su nube.

52. Quedaron los espíritus inmundos
de invidia y confusión desalentados,
y los rabiosos pechos en profundos
dolores y congojas anegados;
arruinará su cólera mil mundos,
a no hallarse impedidos y apremiados
del ángel superior. Mas sobre el mago
vuelan a hacer el impedido estrago.

53. Y bramando en tristísimos aullidos,
en torbellino y lóbrega manada,
ya sobre el árbol, ya sobre él subidos,
más le afligen y aprietan la lazada:
así en las ramas donde están sus nidos,
la banda de estorninos alterada,
cruza, vuela y revuela por el viento,
trocando ramos y mudando asiento.

54. Creció el fiero combate de manera,
que entre las negras sombras alteradas,
si el francés de su fe no se valiera,
alma dejara y vida rematadas;
mas de entre el humo de la gente fiera,
hecha una cruz las manos levantadas:
«Jesús, dijo, socorre un siervo triste,
por quien para morir en cruz, naciste».

55. Y apenas de aquél nombre soberano,
a quien el cielo y el infierno adora,
el dulce acento resonó en el llano,
bien que en compás de lengua pecadora,
cuando toda deshecha en humo vano
la infernal junta se apagó a deshora,
quedando limpio el aire, claro el cielo,
y de mil monstruos escombrado el suelo.

56. Malgesí aquella noche y otro día,
que de su lazo le duró el tormento
de rezar no dejó, si bien no había
caudal de qué en su oscuro pensamiento;
solo un breve renglón de oración pía
que escrito vio a las puertas de un convento,
ese sabía, y ese en dulce vuelo,
llevado de la fe se oyó en el cielo.

57. De enmendar prometió la incauta vida
y el pacto oscuro con Plutón guardado,
mas siempre fue difícil la salida
del mal que ya en el cuerpo está arraigado;
al que más llora la salud perdida,
deja la enfermedad menos reglado;
que es la costumbre un enemigo fuerte,
y mudar condición, a par de muerte.

58. Puesto de un pie en sus mágicas prisiones,
dos días en ciego humo vivió a escuras,
de su ciencia burlado y las razones
que primero adoraba por seguras;
donde de noche en hórridas visiones,
de día en bultos, sombras y figuras,
con fingido temor daban castigo
al vano presumir del falso amigo.

59. Hasta que de los bosques comarcanos
rústica tropa de villanos vino,
que al lazo haciendo cruces con las manos
el nudo desataron peregrino;
con que libre se halló de miedos vanos
el mal regido mágico adivino
en el deseado robo del Infante,
en años niño y en valor gigante.

60. Esta es la oculta traza, la cautela
es esta y este generoso intento
que a hacer a España cuidadosa vela,
de Grecia trajo a Orontes por el viento;
mas sobre el mar una pequeña vela
así volar entre sus olas siento,
que amainar o perderse le conviene
y a mi ver dónde va el que en ella viene.

61. El que con su primer atrevimiento
sobre el agua halló nuevos caminos,
y del incierto mar y sordo viento
los rincones buscó más peregrinos;
fijo al principio, con medroso tiento,
en la ancha playa y puertos convecinos,
el viento en calma, y con la mar serena,
no osa apartar los ojos de la arena.

62. Crece el aliento, crece la osadía
y olvida poco a poco la ribera;
engólfase hoy, engólfase otro día,
y hallar la mar más blanda y menos fiera;
pierde el primer temor que le tenía,
y a nuevo cielo y mundo abre carrera,
ni golfos teme ya, ni de la airada
Scila la hirviente espuma aljofarada.

63. Que el gusto en sus presentes pretensiones,
atropellando pasa inconvenientes,
descubre otras riberas y regiones,
otro cielo y estrellas diferentes;
otras costumbres, leyes y naciones,
otra habla, otro trato y otras gentes,
y llega al fin del mundo y playa solas
adonde el ronco más quiebra sus olas.

64. Tal mi pequeño esquife va rompiendo
el peligroso golfo en que me hallo,
unas veces en calma, otras corriendo,
y apenas del temor puedo apartallo;
por nuevo mundo y cielo discurriendo;
y pues ya el detenello es anegallo,
nobles deidades, que guiais mi intento,
socorred mi barquilla con buen viento.

65. Y tú, gloria y honor, cetro segundo
de estas ricas antárticas regiones,
que cerradas de inmenso mar profundo
ven otro cielo, estrellas y oriones;
vuelve los ojos a su nuevo mundo,
oye mi voz, atiende a sus razones;
serás mi Apolo y en la lira suya
pondrá mi canto y la grandeza tuya.

66. Darle has honra y favor en escuchallo,
y en brío lozano con su nuevo aliento,
el barco tras quien va podrá alcanzallo
con más facilidad del pensamiento;
que conforme a la altura en que me hallo,
si aquí me falta de tu soplo el viento,
en calma quedaré y en golfo incierto,
sin esperanzas del amado puerto.

67. Por el mar ancho, en desenvuelto vuelo,
un barquillo sin alas discurría,
y ahora, oh lustre del iberio suelo,
sucesor digno del que en él venía;
luego que al mundo el sin igual modelo
de tu raro valor, con el que cría
tu antigua sangre real hizo en Miduerna
principio ilustre a tu memoria eterna.

68. Venciendo el campo aleve con su espada,
su tío en libertad por ella puesto,
sin darse a conocer dejó asombrada
la corte al rey y del contrario resto;
y con la bella oculta retirada
más lustre en sus hazañas y tras esto,
con las nuevas del nuevo coronista,
nuevos deseos de gozar su vista.

69. Después que el griego mago a sus heridas
con frescas yerbas dio salud bastante,
por montañas y sendas conocidas
a las playas guiaron de levante;
por breñas y quebradas escondidas
entreteniendo al generoso infante,
a fin que en la distancia del camino
el curso hiciese de un contrario sino.

70. Los floridos collados que Ezla riega
dejan atrás y la Sublancia loma,
donde el gran Trimegistro en fértil vega
la ciudad hizo que deshizo Roma;
y allí, de un cerro que a las nubes llega:
«¿Ves hijo, dijo Orontes, donde asoma,
tras de aquel risco y áspera montaña,
tu antiguo patrimonio de Saldaña?

71. «Allí el que te dio el ser su estado tuvo,
y en todo este ancho mundo tus mayores,
y a ti más fama en él, que en ellos hubo,
te espera en tus divinos sucesores».
Desde allí hasta Fontible se entretuvo
en ver las fuentes de Ebro, que entre flores
lloran hecho cristal por sus mejillas,
dos riscos en las torres de Mantillas.

72. Templando el sol con los alientos fríos
de las nevadas cumbres de Iduveda,
pasan por bosques y árboles sombríos,
entre Briviesca y Burgos, la Fresneda;
pisan de Rioja los alegre ríos,
los collados de Nicla y Valvaneda,
de Orbión las altas sierras y peñones,
sitio antiguo de uracos pelendones.

73. Aquí miran el lago monstruoso
que a Duero da las aguas y arrogancia,
y de adonde con ímpetu furioso,
baja a buscar los muros de Numancia;
y entre Ágreda a la diestra y el frondoso
bosque de Tarazona a igual distancia,
pasan del rio Moncayo la alta sierra,
a quien dio nombre el que a Palatuo guerra.

74. Bajan de allí a Tudela y a Ebro el llano
vadean humilde por canal estrecha;
dejan a Jaca a la siniestra mano,
y a Huesca en Aragón a la derecha;
y entre Urgel y Cardona el gran pantano,
que al pedregoso Aytón sus aguas pecha,
y el campo de Girona ven seguros,
y allí de Francia en torno de sus muros.

75. Era pública voz que la persona
del César al ejército asistía,
y de sus paladines la corona
con la suya llevaba y componía;
y Bernardo en el campo de Girona
que le arme caballero pretendía;
mas desabrido ya de la inconstancia
del Casto, el Rey tomó la posta a Francia.

76. Triste al doncel la no esperada nueva
dejó, viendo alargar su deseo santo
de dar al moro de su brazo prueba,
y al mundo nuevo con su espada espanto;
y este cuidado tan sin él le lleva,
y en su disgusto divertido tanto,
que el caballo sin rienda y él sin tino,
al tomar de una senda erró el camino.

77. De su ayo astuto y su encubierta gente
perdido se halló en un bosque espeso,
el sol, ya en las montañas del poniente,
de las tinieblas trastornando el peso;
dio en caminar sin luz confusamente,
y por derecha senda o curso avieso
llegó al mar de Colibre cuando el día
en el de la Coruña se escondía.

78. Era en la sorda playa la resaca
el son con que la noche iba creciendo,
y a cada tumbo por la selva opaca
las fieras con bramidos respondiendo;
el viento que ni crece ni se aplaca,
las estrellas sus rayos esgrimiendo,
él con su gusto y sus deseos en guerra,
suspenso solo y sin saber la tierra.

79. Dejó la silla y el caballo suelto
pacer sin rienda en el florido llano,
receloso que su ayo allí le ha vuelto
para del César le apartar en vano;
y en este antojo el suyo fue resuelto
de no tomar las armas de otra mano,
ni heroica hazaña acometer que importe,
hasta ser uno de su casa y corte.

80. Mas luego que el descuido entre las flores,
robando el alma le dejó dormido,
una voz tierna, hecha de temores,
pidiéndole favor llegó a su oído;
o fuese el viento, o sueños burladores,
o el sabio que se huyó lo haya fingido
porque en principios no del todo humanos
él lo diese a sus hechos soberanos.

81. Parécele haber visto una doncella
de un su enemigo sin por qué afligida,
y que era el enemigo tal que en ella
el gusto tiene puesto de su vida;
que el querella causaba su querella,
y el ser amada la hace desabrida;
y sin más ocasión que esta agonía,
breve socorro a su aflicción pedía.

82. Salió alterado y puso con presteza
furiosa mano a su atrevida espada,
buscando en vano la mortal belleza,
que de su favor vio necesitada;
sacude el sueño y culpa su pereza,
y con el alma inquieta y voz turbada,
por no la haber con tiempo socorrido,
así despierto habló a quien vio dormido:

83. «¿Dónde, oh nueva deidad, mandas te siga?
Muéstreme mi ventura o tú el camino
en que tu intento y gusto se consiga,
y el mío de tanto bien no salga indino».
Dijo; y por ver en vano se fatiga
por dónde fue lo que en el sueño vino;
que el no ver lo que vio en sombra tan bella,
que es falta cree de luz o sobras de ella.

84. A su lado halló unas armas bellas,
de flores de oro y pedrería sembradas,
blancas y salpicadas con estrellas,
de un verde azul y rosicler grabadas;
como pudo mejor se armó con ellas,
y a su cuerpo y a su ánimo ajustadas,
en belicoso fuego se encendía,
deseando ver lo que durmiendo vía.

85. Un rastro de oro, cual cometa ardiente,
volando vio cruzar el hueco viento,
por rayo de un rumor que de repente
sacar pareció al mundo de su asiento;
la cercana deidad Bernardo siente,
y adórala en su oculto pensamiento,
con los pasos siguiendo y con la vista
del rayo ardiente la dorada lista.

86. Llegó a la playa, y de la mar salada
los pies mojó en la combatida arena,
pasando entre el silencio sosegada
la noche de quietud y sueños llena;
sin viento el golfo en calma sosegada,
como en estanque claro agua serena,
y el cielo noche y vidas abreviando,
sobre ejes de oro sin parar volando.

87. Un pequeño batel en la arenosa
playa, sin ver con qué, vio detenido,
y embarcándose en él ¡extraña cosa!
volando se engolfó en el mar tendido;
de entre las manos no tan presurosa
sale dejando el ave el caro nido,
ni el arponcillo de oro más ligero
de su arco despidió el mejor flechero.

88. Cual ave o flecha por el blando viento,
sin dejar rastro el agua va cortando,
en varias cosas puesto el pensamiento
y cómo en todas acertar trazando;
de unas en otras su alto pensamiento,
cual va su esquife por el mar volando.
Mas siga ahora su gusto, huya su pena;
que de lo que él propone el cielo ordena.

89. El carro de oro sobre el hombro diestro
del mauritano Atlante volteaba,
y en el del Sol el carretero diestro
a los caídos antípodas bajaba;
y de su vela al marinero nuestro
rendir el primer cuarto convidaba,
cuando el esquife a un galeón armado,
sin ver cómo, o por quién, se halló abordado.

90. El quieto mar en calma le tenía
pegadas a los árboles las velas,
la gente aún su bullicio mantenía,
y el primer cuarto sus recientes velas;
el bullicioso esquife que venía,
al temor puso y alboroto espuelas
tales que el que llegaba más atento,
temía por uno que miraba ciento.

91. Llegó al real bordo el encantado barco,
y en deseos de mostrarse los primeros,
Alperso el rojo, y Galbarín el zarco,
dentro saltaron con braveza y fieros;
uno diestro en espada, el otro en arco,
y ambos de los persianos caballeros
de más denuedo y opinión más sabia,
aquel nacido en Persia, este en Arabia.

92. El altivo español con la templanza
que a disfrazar bastó su desdén fiero,
brioso y comedido a la pujanza
salió del uno y otro caballero;
y a qué deseado puerto la esperanza
al pesado galeón lleva ligero,
humilde preguntó; y al cómo y dónde,
así de dos el uno le responde:

93. «A la gran Siria la derrota lleva,
si Eolo nos ayuda con su aliento,
que encerrados los aires en su cuerva,
con prolijo calmar nos da tormento;
y andar haciendo de los vientos prueba,
es propiamente andarse tras el viento.
Orimandro, famoso rey de Oriente,
navega aquí con su invencible gente».

94. Bernardo entonces: «Lo que a mí me toca
sabrás, dijo, que soy un navegante
que no he hallado con fatiga poca
de mi viaje el fin que veo delante;
mi nombre el Caballero de la roca,
poco famoso y menos importante,
busco a tu rey, y solo hablarle quiero,
si se deja hablar de un caballero».

95. «Mi rey, respondió Alperso, dar no excusa
en todo tiempo a todos grada audiencia,
ni el verdadero príncipe rehusa,
ni en calidades hace diferencia».
Entró Bernardo por la nao confusa,
y a los dos que le dieron la licencia,
el contrahecho barco a lo profundo
libre arrojó de aquel mudable mundo.

96. Pasó gallardo, la visera alzada,
sin ser de nadie en nada defendido,
la cámara de popa vio labrada
de precioso marfil y oro bruñido;
de persianos tapices entoldada,
y allí a una bella dama un rey rendido,
de aspecto bravo, bien que ya no lo era;
que le había vuelto amor de acero en cera.

97. La reina del Catay, la luz más pura,
que fue de Europa y Asia fuego ardiente,
la que entregó a Medoro la ventura,
y a ella los reinos del rosado oriente;
la angélica beldad, la hermosura
que a nadie dejó libre, el rey potente,
hecha su alma un altar de amor injusto,
por ídolo traía de su gusto.

98. Y en contemplar su hermosura atento,
más que hombre estatua muerta parecía,
insaciable en hartar el pensamiento
del sabroso veneno que bebía;
cuanto más bebe queda más sediento;
que es el amor mortal hidropesía,
y el gusto que se veda en quien padece,
el que solo se estima y apetece.

99. Con blandos ruegos la sazón buscaba
de hallar menos altiva su aspereza;
mas ni ese ni otro medio aprovechaba;
que donde falta amor todo es dureza;
cuando él a su desdén más se humillaba,
más ella hermoseaba su fiereza;
que es la mujer de suyo áspera roca
si amor de cerca o lejos no la toca.

100. «Gloria de esta alma tuya, le decía,
en su dolor y en ella transformado,
si por haber aquesta vida mía
al gusto de tu altar sacrificado;
con ese llanto anegas mi alegría,
y el adorarte pagas con enfado,
¿Qué más grave tormento se me diera,
si contra ti otra culpa cometiera?

101. »Bien sabes que fue el término de verte
feliz principio de rendirte el alma;
ni te es del todo oculto que en quererte,
al mío ningún amor llevó la palma;
si solo el dulce bien de obedecerte
mis gustos tienen por el tuyo en calma,
anatomía suficiente han hecho
tus bellos ojos en mi humilde pecho.

102. »No con mayor lealtad el cristal puro,
ni sosegada fuente en valle ameno,
detrás mostró del trasparente muro
a los ojos su limpio y casto seno;
ni en torreado alcázar más seguro
príncipe fue de sobresalto ajeno,
que en mi pecho se vio y está en mis ojos,
gozando un casto amor dobles despojos.

103. »Si con temor te sirvo y reverencia,
y adoro y temo tanta hermosura;
si entre mi sufrimiento y tu violencia
cada hora el oro de mi fe se apura;
y si es justo vivir en tu presencia,
siendo mi cielo en cárcel tan escura,
aborrecido y lleno de firmeza,
hable por mí, responda tu belleza.

104. »Bien sabes que tu ira la he temido
cual verdugo el cuchillo y brazo alzado,
cual violencia de príncipe ofendido,
cual pequeño batel al mar airado;
cual vulgo en nuevos bandos dividido,
cual avariento golpe desusado,
cual tirano cruel gente alterada,
cual sagaz capitán gente emboscada.

105. »Y que entre estos temores te he servido
cual siervo al interés aficionado,
cual pretensor en corte entretenido,
cual a juez dudoso hombre culpado;
cual paje nuevamente recibido,
cual por conjuro espíritu apremiado;
y por comparación más ajustada,
cual nuevo amante a dama disgustada.

106. »Y tú por esto me has aborrecido
cual a cruel enemigo declarado,
cual labrador a un avariento ejido,
cual noble pecho a un corazón hinchado;
cual a competidor favorecido,
cual ánimo ambicioso hombre privado,
cual prolija visita alma enfadada,
y a libres ojos dama recatada.

107. »Entre estas muertes vivo y de esta suerte
tu aspereza me está martirizando;
mi esperanza en los brazos de la muerte,
ya entre vive y no vive agonizando;
muriendo por los gustos de quererte,
que es en leyes de amor vivir reinando,
mas ahora viva o muera, muerto o vivo,
jamás morirá en mi la fe en que vivo.

108. »Ponme al sol que la seca arena abrasa
adonde él muere envuelto en tierna nieve.
Ponme al cielo que llueve ardiente brasa,
al que nieve, granizo y rigor llueve;
por donde el día con su carro pasa,
o la callada noche el suyo mueve;
que en luz, tinieblas, en calor y en frío
dejaré por ser tuyo de ser mío».

109. Dijo; y cual si de blanco mármol fuera,
quedó sin habla, sin color, sin vida;
solo dio el llanto muestra verdadera
de estar al triste cuerpo el alma asida.
¡Duro paso de amor, que enterneciera
del Caspio mar la roca más ceñida
y en Angélica obró su sentimiento
lo que en acero duro el blando viento!

110. Cual parda encina en años arraigada,
de un desabrido ciervo acometida,
que mientras más de aquí y de allí asaltada,
más a su firme centro se halla asida;
o cual peña en revuelto mar sentada,
de una y otra y otra ola combatida,
que el aire y agua lavan las estrellas,
y firmes quedan en sus montes ellas,

111. tal a los dulces ruegos y blanduras
del persa rey Angélica quedaba,
rotas de la razón las ligaduras
con que las suyas convencer trazaba;
volviéndose a las voces mal seguras
del deleitoso son que la encantaba,
en muda lengua y en semblante duro,
sierpe enroscada al mágico conjuro.

112. Bernardo con razón quedó admirado
de dos tan diferentes voluntades,
de aquel amor y desamor causado
de sus mismas contrarias cualidades;
de Orimandro el valor considerado,
de su pena y valor las propiedades,
a compasión y lástima obligaba,
más que a quitarle lo que aún no gozaba.

113. Mas aquel firme y generoso aliento,
y aquella fuerza del autor divino,
que por el ciego mar y sordo viento
el alto fin guio de aquel camino;
era a todo su bien impedimento,
y la violencia del contrario sino,
que en no admitido gusto determina
que muera el Rey por la gallarda china.

114. Llegó el doncel el rostro descubierto
y el persa en verlo entrar salió alterado;
que ante su ingrata dama el pecho abierto,
dándole estaba el alma arrodillado;
la que dormido vio, halló despierto,
y viendo el tierno gusto violentado,
en que allí está contra el presente agravio,
a Orimandro vuelto movió el labio:

115. «Por tales cursos el del cielo guía
el vario fin de las humanas cosas,
que a veces gloria del dolor se cría,
y de un contrario azar suertes dichosas;
y en la fruta que al gusto parecía
sazonada, en lisonjas mentirosas
suele estar la ponzoña entremetida,
y tras la flor la víbora escondida.

116. »Y así, famoso rey, si al justo cielo,
que aquí por varios trances me ha traído,
con mi venida diere algún recelo
al gusto en que te hallo entretenido;
el discurrir de su piadoso vuelo
a nuestro bien va siempre dirigido;
y aquel que de su mano y trazas viene,
es el que más a quien lo da conviene.

117. »Si del incierto fin de mi venida
de propósito hubiese de informarte,
sería tomar tan lejos la corrida,
con desabridos cuentos enfadarte;
mas la causa entre muchas preferida,
que en tanto riesgo me obligó a buscarte,
es pedir de tu mano el verdadero
honor, título y voz de caballero.

118. »Soy un mancebo como ves dispuesto
a recibir, señor, lo que te pido,
noble en linaje y la probanza de esto
el valor que a este punto me ha traído;
que en pecho hidalgo corazón compuesto,
ya por su propia sangre es bien nacido,
yo siento ahora en mí que soy cual digo,
y cada uno es de sí el mejor testigo.

119. »Lo demás, si tú gustas por ahora,
para tiempo y sazón más larga quede;
que descubrir de un hombre en sola un hora
el pecho, ¿quién sin Dios hacerlo puede?
Esto señor, por la que el tuyo adora,
pues nada pido injusto me concede,
después sabrás de la venida mía,
quién soy, a lo que vengo y quién me envía».

120. Dijo; y el rey con esto satisfecho
quedó, si no seguro, reportado.
Bien que el medroso amor, el noble pecho
no le dejó aunque libre, asegurado;
que lo más imposible da por hecho,
porque el amante viva recatado,
y en las leyes de amor, quien no temiere,
burla si dice que de veras quiere.

121. Y así le respondió: «De tu venida
la causa podrás darnos que quisieres,
y a los largos discursos de tu vida,
o añadir gustos o acortar placeres;
que una imaginación tan divertida
en nada dudará que le dijeres,
baste por ti que el título pedido
ya en desearlo le hayas merecido.

122. »Y si al honroso peso estás dispuesto,
que en la voz del heroico nombre carga,
y en esos delicados hombros puesto,
pesado yugo no es, ni grave carga;
si no reparas en lo más que es esto,
menos el riesgo de la muerte amarga
tu brío enfrenará, yo te concedo,
si no cuanto me pides, lo que puedo».

123. Dijo; y en silla de marfil labrada
por mayor aparato fue a sentarse,
antiguo rito y ceremonia usada,
en que actos tales suelen celebrarse;
Bernardo, desciñéndose la espada,
fue a la oriental princesa a presentarse,
y a los pies puesto del soberbio estrado,
así le dijo, ante ella arrodillado:

124. «Retrato vivo del valor humano,
si no eres sombra o lumbre del divino,
reseña y toque del pincel y mano
que a tan gran perfección abrió camino;
o seas toda del coro soberano
ángel de luz o bulto peregrino
de la masa mortal en lo que quiero
séame tu alta beldad dichoso agüero.

125. »Esta espada, señora, que te juro
que en servirte estará siempre ocupada,
de esa tu tierna mano o marfil puro
para nuevas victorias me sea dada;
que este favor me guardará seguro,
y a ella de ajenas fuerzas inviolada,
mostrando que al caudal humano excedes,
si esto es lo menos de lo más que puedes».

126. La suspensa beldad de divertida,
apenas dio al doncel grata respuesta;
que en sus disgustos y aflición metida,
estaba en tristes sentimientos puesta;
que aun de cuidado ajeno es ofendida
la mujer que de veras es honesta,
y su fama y honor tan delicado,
que a un soplo, o queda muerto o destemplado.

127. Calló y fue su callar templada muerte,
de discreción tan lleno y de cordura,
que al discurso más vivo y elocuente
en proporción venciera y en dulzura;
y en grave pundonor la altiva frente,
de arrogancia más llena y de hermosura
que de flores la aurora aljofarada,
al gallardo doncel ciño la espada.

128. El persa rey en nuevo triunfo aparte,
de una trompa marcial al ronco estruendo,
espuelas calzó de oro al novel Marte,
ya todo en belicoso fuego ardiendo;
y de perlas un bárbaro estandarte
con las persianas armas descogiendo,
así en semblante y ánimo severo,
la fe juró debida a caballero.

129. «Por estas invencibles armas juro,
y los secretos de esta noche muda
que envuelta va pasando en aire oscuro,
de espantos llena y de color desnuda;
por ese claro y estrellado muro
que nuestras vidas con sus vueltas muda,
y el resplandor de sus lumbreras bellas,
y la deidad que asiste en él y en ellas.

130. »Que la inviolable fe de caballero,
que al nombre heroico debo que hoy recibo,
segura y salva a todo un mundo entero,
el tiempo guardaré que fuere vivo;
ni por mi punto perderá el severo
Marte el grave rigor del suyo altivo,
en cuanto en sus sagradas leyes manda
el feroz rey que gobernó en Irlanda.

131. »Daré favor a quien pidiere el mío,
y a quien no le pidiere si está opreso,
y en libre campo y justo desafío,
ni hacer consentiré ni haré exceso».
Dijo; y dejando con gallardo brío
del bárbaro estandarte el grave peso,
así en nuevo ademán al persa fiero,
que atento le escuchó le habló severo.

132. »Invicto rey, si al celebrado pacto
en tus heroicas manos se le debe
asiento firme y que en respeto intacto
siempre delante el de su intento lleve;
si ya no en sola ceremonia el acto
presente ha de acabar su curso breve,
más la justa promesa a ti debida
el suyo es bien que iguale al de mi vida;

133. »La misma fe a tu real valor jurada,
sin culpa me ha de dar nombre de ingrato,
si tú con voluntad más concertada,
no granjeas ese cielo o su retrato;
y su hermosura al parecer forzada,
en su libre la das y honroso trato,
donde podrás por término debido
granjear, pues lo mereces, ser querido.

134. »El manjar de sabor más sazonado,
a quien le falta gusto es desabrido,
y adonde no hay amor todo es enfado,
y el más alto valor aborrecido;
el mundo por tu brazo conquistado,
podrá ser y no un pecho endurecido,
y más de una mujer que importunada,
lo mismo que antes le agradó le enfada.

135. »Las demás tiernas almas más briosas
por no humillar de su arrogancia el viento,
de los gustos que están más deseosas,
fingen más sacudido el pensamiento;
el descuido las vuelve cuidadosas;
el cuidado es especie de tormento;
los que menos procuran sus favores,
son los que entre ellas gozan los mayores.

136. »Quieren sin igualdad ser tan señoras,
que nada fuera de su gusto valga,
y que él señale cual reloj las horas
al curso de la vida más hidalga;
si esto es cual ves el gusto que tú adoras,
¿Cómo harás que ajustado al tuyo salga,
si en él con nuevas leyes forzar quieres
la antigua libertad de las mujeres?

137. »Vuelve, señor, pues a tu honor conviene,
el que hasta aquí a esta dama has usurpado;
busca otras reglas que el amor las tiene,
mejores que estas para ser hallado;
la humildad no disgusta y entretiene;
que amor no cabe en corazón hinchado:
servir y porfiar todo lo alcanza,
cuando ambas cosas se hacen con templanza.

138. »Y esto no yo, mas la razón lo pide,
y la obligación nueva en que me hallo,
con ambas cosas tu apetito mide,
porque ninguna en ti pueda estorballo;
que lo que sin sazón su efecto impide,
yo estoy resuelto ya de atropellallo,
y que esta vez nos de la incierta suerte,
o a ella la libertad o a mí la muerte».

139. Cual suele destrozado peregrino,
del largo mar y tierras enfadado,
de lejos viendo el fin de su camino,
la amada patria y puerto deseado;
de un no esperado viento repentino
hallarse en nuevos riesgos arrojado,
cuando ya libre consagrar quería;
su roto barco al dios que fue su guía;

140. tal el persiano rey oyendo estaba
cuanto el doncel del mar decirle quiso,
que de iras lleno su furor llegaba
en desesperación a ser remiso;
y ya por esto, o porque su alma brava
mostrar pudiese en trance tal su aviso,
en grave aspecto a la demanda puesta
dio este breve discurso por respuesta:

141. «Aunque en vuestras razones se conoce
la mucha que es seguir su dulce acento,
ni el tiempo quiere ni mi honor que goce
el de un tan acertado pensamiento;
que el bien mezclado al mal se desconoce,
y así aunque en mi confuso pecho siento
el bien y el mal y lo mejor apruebo,
aquello solo sigo que repruebo.

142. »Que la invencible fuerza de los Hados,
cuando ha de echar un alma por el suelo,
si los sentidos deja desatados
a los sanos consejos que da el cielo;
tráelos al libre gusto tan trocados,
que en vez de alivio sirve de recelo,
y aquel que a la razón va más medido,
es de ella con más duda admitido.

143. »Y así los vuestros, aunque en la apariencia
de su valor descubren la importancia,
conmigo hacen tan mala conveniencia,
que toda su armonía en disonancia;
y el cielo en esta nueva diferencia,
concluir de un golpe quiere mi arrogancia,
trayéndome para ello a tal estado,
que sea sin pedirlo aconsejado.

144. »Si la vida, la honra y el contento
en mí se han de acabar todo en un día,
y a la fortuna, amor y mi tormento,
tanto estorbo les es la vida mía;
nada me podrá ser impedimento
que no muera vengando mi alegría,
y consuelo es al fin de desdichados,
a no poder ya más morir vengados.

145. »Y vos, valiente y nuevo caballero,
si a vuestros pies quedare sin la vida,
cuando sepáis la causa porque muero,
la juzgaréis por bien o mal perdida;
que por lo que padezco y lo que quiero,
tengo por experiencia conocida,
que en materia de gusto y pretendello,
estorba al alcanzallo el merecello».

146. Dijo, y cual bravo toro que admitido
ve en su lugar quien le ha desafiado,
en rabia ardiendo, en celos encendido,
corva la frente el pecho levantado;
escarbando la tierra al fresco ejido,
a un golpe piensa de quedar vengado
y la contienda y celos acabada,
libre y señor de su vaquilla amada;

147. bien así el rey de Persia en rabia ardía,
y a la incierta venganza se aprestaba,
con los medrosos celos no podía
la cólera enfrenar que ardiendo estaba;
el yelmo de oro, que a la noche fría
un nuevo sol de pedrería formaba,
se enlazó y la ancha plaza del navío
palanque dio al dudoso desafío.

148. Era en forzosos trances el persiano
en golpes diestro, en ánimo orgulloso,
en gusto y paz, discreto y cortesano,
en guerra y armas, fiero y peligroso;
ahora con su ardiente amor lozano
en nada halla a su quietud reposo,
ni al novel tierno en su español denuedo
un mundo de contrarios pondrá miedo.

149. Los brazos altos y altas las espadas,
de un bélico furor dejan llevarse,
y las valientes fuerzas abreviadas
de un golpe quieren por igual vengarse;
que es flaqueza en defensas excusadas
buscando tiempos sin sazón cansarse
y no abreviar pudiendo la victoria
hacer el pecho indigno de su gloria.

150. Crece el furor y ponen sus espadas
lumbres al aire y a la mar plumeros,
y al cortar cercos de oro en las celadas,
las rodillas por tierra sus guerreros;
cuyas robustas fuerzas alentadas
así se aumentan con los golpes fieros,
que en cada cual parece que revive
nueva fuerza y vigor del que recibe.

151. La altiva causa de la lid sangrienta
suspensa mira el riguroso estrago,
de cuyos golpes la áspera tormenta
la mar pretende hacer de sangre un lago;
y ni del todo triste, ni contenta,
tiene cualquier favor por aciago,
que de su ocasionada hermosura
ninguna guarda juzga por segura.

152. Teme que venza el rey y no querría
ver salir su contrario victorioso.
Desea, cuando Bernardo le hería,
ser escudo del golpe peligroso;
y si en el persa siente mejoría,
eso también la saca de reposo,
que entre antojos contrarios puesta en duda,
a cualquier viento, al fin mujer, se muda.

153. Ni se hallaban los dos menos revueltos
en golpes vivos y en las lenguas mudos,
cual dos leones de Numidia sueltos
de rabia llenos y piedad desnudos;
en roja sangre sus arneses vueltos,
y en malformados cuartos los escudos,
y la indómita saña tan entera,
que ella parece acero y ellos cera.

154. A la argentada luz de Cintia bella
son el diestro herir retrato vivo,
uno del Orión armada estrella,
otro del rojo Serpentario esquivo;
de la vara fatal del dios que en ella
trae dos dragones de oro fugitivo,
que en continuo anhelar los pechos llenos
de ira derraman sin cesar venenos.

155. Dos largas horas la victoria en duda
suspensa tuvo la neutral batalla,
y a cada golpe la opinión se muda,
ya en este, ya en el otro de alcanzalla;
y sembrado el combés de la menuda
blanca hebilla y de enlazada malla,
entre la roja sangre que corría
un escarchado rosicler fingía.

156. Mas ya cansado el persa de reparos,
de fieros golpes y de sangre lleno,
del roto escudo los grabados aros
del ciego aire arrojó el cristal sereno;
rompió al caer del mar los tumbos claros,
y desatando al sufrimiento el freno,
a dos manos tomó la firme espada,
que ha de dejar su cólera vengada.

157. Con ella y con la furia que alcanzaba,
que a las parejas con su amor corría,
al español buscó, que le esperaba
debajo el medio escudo que tenía;
si lo halla esta vez con ella acaba
de sus rabiosos celos la porfía,
que donde quiera que su golpe acierte,
si hallare vida meterá la muerte.

158. Mas el diestro novel que vio el mandoble
bajar cortando en dulce silbo el viento,
del presto cuerpo hurtó el aliento noble,
dando lugar a su furor violento;
y él un pequeño rasgo al peto doble
abrió del hombro a la escarcela a tiento,
tal que entre su grabado y pedrería
la eclíptica del cielo parecía.

159. Y él al volver en sí del golpe fiero,
con tal violencia le arrimó una punta,
que no bastando del templado acero
contra su fuerza la defensa junta;
por un costado entró donde ligero
un nuevo río de roja sangre apunta,
y ayudando otra y de un revés el vuelo,
el grave rey de Persia vino al suelo.

160. Mas no tan presto al jugador valiente
el hueco globo salta a la ancha mano
desde la firme losa que en ardiente
vuelo le escupe por el aire vano;
como el persa feroz la altiva frente
del suelo que hirió levantó ufano,
y en no vencido aliento, con voltario
luchar se anuda y ciñe a su contrario.

161. Las firmes garras codicioso emplea
en anudar al gran pilar de España,
que con igual codicia le rodea,
y el cuerpo, hombros y piernas le maraña;
nuevo, aunque humilde modo de pelea,
donde las fuerzas prueban y la maña,
entre un estrecho revolver de brazos,
a hacer las honras o el honor pedazos.

162. De las heridas las sangrientas fuentes
al mar tributan con calientes ríos,
y su falta en los firmes combatientes
las fuerzas mengua, pero no los bríos;
danse en abrazo cruel nudos valientes,
de sangre propia llenos y vacíos,
y aquí y allí, en tesón revuelto y vario,
el menos brioso lleva a su contrario.

163. Del bizarro español tengo recelo,
que es arrogante y bravo su enemigo,
y aunque le ha hecho desgraciado el cielo,
nadie le ha hecho injuria sin castigo;
si falto de virtud no viene al suelo,
también de esta verdad será el testigo,
que ya es feroz dos veces ha intentado
a esconderle una daga en el costado.

164. Mas el leonés brioso, a quien agrada
ver su alegre vitoria antes del día,
libre de sí le sacudió y la espada
a buscarle tras él furiosa encía;
y hecha dos la riquísima celada,
dio fin el ciego amante en su porfía,
la de su ingrata dama antes cumplida,
que ella de su crueldad arrepentida.

165. Triste y sin gusto el castellano pecho
en la caída quedó del rey persiano,
temiendo haber su indigna muerte hecho
cruel principio al de su heroica mano;
y él en su sangre y su furor deshecho,
si a todos dio dolor, no al inhumano
corazón de su dama, que quisiera,
que porque más penara que muriera.

166. La feroz gente del vencido amante,
que su rey vio en tan triste estado puesto,
a vengarlo o morir salió arrogante,
con armas dobles y con paso presto;
cercan al vencedor, que en brío bastante
a toda aquella injusta furia opuesto,
ningún golpe recibe, que el más fuerte
su herida no le pague con la muerte.

167. Cual león de Libia, o jabalí cerdoso
de mastines sin dueño rodeado,
que entra, acomete y sale victorioso
del tímido escuadrón desordenado;
y a uno, a dos y a tres deja brioso
de sus blancos colmillos hostigado,
y el más lozano y de mayor guedeja
que antes más le seguía, más se aleja.

168. Tal del león montañés en sangre envuelto
las nuevas garras dan espanto y grima
al pueblo infiel que en paso desenvuelto
medroso huye su espantosa esgrima;
y él libre ya del vulgo inútil, vuelto
al desangrado rey, que aún vive, anima
a volver del desmayo y dar aliento,
si ha quedado por donde, al pensamiento.

169. Como el que en tristes sueños se hundía
al ciego buche de una sierpe brava,
si entre sus negras garras le halla el día
despierto ve lo mismo que soñaba;
tal el persiano amante en sí volvía,
y tal en sangre envuelto contemplaba
la escura imagen de la muerte fiera,
a cuyo autor habló de esta manera:

170. «Justa venganza de mi injusta vida,
para esto de los dioses enviado,
déjala ya de un golpe concluida,
abrevia tu victoria y mi cuidado;
que es cruel compasión, piedad fingida,
dejar con vida un cuerpo desdichado,
y el que más de oro a su placer se viste,
es a una alma sin él sepulcro triste.

171. »Ya he visto por mi mal lo que amor puede
en un pecho a quien falta la ventura,
cuánto a un breve placer la pena excede,
y el más fundado bien cuán poco dura;
si esto así al más dichoso le sucede,
dame de un golpe suerte más segura,
que es dar la vida a quien la muerte agrada
género de cruel disimulada.

172. »Mas si este bien con los demás me veda
la estrella que a este paso me ha traído,
este ahora a lo menos me conceda
por premio a lo que en daño la he seguido;
que esta tasada vida que me queda
se pierda donde el resto se ha perdido
a los pies de una ingrata con que vea
cada uno de los dos lo que desea:

173. »ella mi alegre muerte y yo su amada
cara, en verme morir grata y contenta,
veré también si estar desenojada
su hermosura y gracias acrecienta»
Dijo, y la real cabeza reclinada,
que Bernardo en sus brazos le sustenta,
en diversos remedios que le aplica,
así el de la esperanza fortifica:

174. »No se ahogue en tu mal la confianza,
que los tiempos trocar podrán su suerte,
de los vivos es propia la esperanza,
que llega hasta las puertas de la muerte;
vive, que si Fortuna y su mudanza
han podido a tal término traerte,
el pardo cielo de celajes lleno,
de turbio suele amanecer sereno»

175. Así le anima, si en tan triste estado
palabras son materia de consuelo,
y habiéndole la sangre restañado,
curar le hace y levantar del suelo;
y de la bella dama al rico estrado
llevarlo como a trono de su cielo.
Mas ella le dejó y se salió fuera,
que es darle vida el esperar que muera.

176. Quedó el persiano viendo la aspereza
ni de nuevo sentido ni admirado,
que había ya hecho en él naturaleza
ser con desdenes y rigor tratado;
Bernardo la crueldad con la belleza
amasada juzgó en un mismo grado,
sobre el tirano pecho que en el mundo,
ni en desdén tuvo ni en beldad segundo.

177. Iban pasando entre el silencio mudo
la escura noche y sus calladas horas,
el aire negro de color desnudo,
lloviendo en sueños sombras burladoras;
que en dulce lazo y encantado nudo,
las penas atan en su herir traidoras
y el sosegado mar riendo en calma
de la tormenta en que se anega el alma.

178. Cuando el cielo en sus ejes trastornando
la húmeda noche con sonoro estruendo
las circunstantes sombras fue aclarando,
de una fogosa nube el bulto horrendo;
en sesgo vuelo por el aire blando,
con prestas alas de oro descendiendo
sobre el suspenso mundo a quien traía
antes del alba el no esperado día.

179. Y ella en ardientes cercos repartida,
al ronco son de un espantoso trueno,
la luz dejó de que venía tejida
el aire de dorados rayos lleno;
y una nueva deidad de luz vestida
feroz salió de su abrasado seno
con tanta majestad que en el navío
al pecho más brioso quitó el brío.

180. Un carro ardiente de metal sonoro,
cuyo pesado yugo en sus prisiones
hace humillar con las coyundas de oro
la enroscada cerviz de dos dragones;
volar se vio y ardiendo entre el tesoro
de sus grabadas ruedas y florones
un tierno corazón y allí esculpido
de fuego azul: «Venganza de Cupido».

181. Al tiempo que estas sombras temerosas,
nocturnos monstruos de celajes hechos,
las fuerzas refrenaron más briosas
con luz medrosa a los presentes pechos;
la grita comenzó y voces llorosas
de Angélica que en lazos de oro estrechos
por superior violencia el bulto preso,
al grave carro dio liviano peso.

182. Y luego que huyendo en sombra vana
los fantasmas volaron por el viento,
y el rojo oriente y lúcida mañana
de luz al mundo dio dorado aliento;
todos por justa dan de la inhumana
reina la grave pena y el tormento,
y bien que el cielo así lo ordene y mande,
porque a ingratos ningún castigo es grande.

183. Mágicos cercos de la hada Alcina,
al encantado carro dieron vuelo,
y allí apremiado de la ingrata china
en silla ardiente el corazón de hielo;
o sea al persiano rey dar medicina,
o de la hada cuidadoso celo
de su leonés y el riesgo que corría
en la angélica dulce compañía.

184. Que era en trato y beldad tan poderosa,
y así eficaz en un sabroso engaño,
que nadie la vio afable o desdeñosa,
que libre se escapase de su daño;
después diré de la carroza hermosa
y su celestial robo el curso extraño,
que es largo aquí tan dilatado cuento,
y corto a ingratitud cualquier tormento.

185. El persa rey, a quien la hada en vano
para sanarlo le quitó la vida,
quedó cual sin sus flores el verano,
la esperanza también en flor perdida;
sin alma que en el carro soberano
a la belleza fue del robo asida,
y él en el ciego caso no pensado,
cual con hora menguada hombre atajado.

186. Las manos con mortal dolor torcía,
y al riguroso cielo levantadas,
«Si allá a algún dios, con lágrimas decía,
la cuenta toca de almas desdichadas;
de las injustas penas de la mía,
¿cómo, estrellas, voláis tan descuidadas?
Y tú, muerte, que el gusto en hiel conviertes,
¿cuándo con una acabarás mil muertes?

187. »Ligero tiempo, que, cual libre flecha,
del mundo haces correr el curso blando,
veloces días de medida estrecha,
ruedas que el bien y el mal vais devanando;
y tú, mi gloria, que a su corte hecha,
por el aire deshecha vas volando,
¿cuándo daréis la vuelta a mis enojos,
y volverán a ver su luz mis ojos?

188. »Mas ya que el ofendido cielo ha sido
quien en venganza de mi loco intento,
la robada beldad habrá traído
la vez segunda al triste altar sangriento;
y de la infeliz Creta el encendido
fuego abrasará a vueltas mi contento,
dando al cuchillo sin poder valella,
el blanco cuello de mi imagen bella.

189. »Si a peso del dolor se da el contento,
si al peso de los bienes van los males,
si a breve bien pequeño sentimiento,
si a pérdida mayor penas iguales;
conózcase por esto mi tormento,
que soy quien perdió bienes celestiales,
y granjeó por un regalo tierno
de vida celestial muerte de infierno».

190. Dijo; y en la experiencia de su daño
concluyó que era falto de ventura,
basa en que estriba el laberinto extraño
del intrincado error de su locura;
mas del amor el deleitoso engaño
con nuevas esperanzas le asegura,
que aunque dudosa y larga medicina,
las postas son en que el deseo camina.

191. Y del gallardo español con el recelo
de que tan noble rey sin culpa muera,
así le dice y da por más consuelo,
de su venida relación entera:
«Si por la cuenta y cómputos del cielo
la nuestra viene a ser más verdadera,
no hay por qué un golpe tanto nos lastime,
ni adverso azar que un alma desanime.

192. «De tus gustos no temas, que si el viento
no con fantasmas me engañó aparentes,
y en sueño vano y loco fingimiento
el tiempo a conocer me dio a tus gentes;
del grave riesgo de ese altar sangriento,
y el cuchillo que así en el alma sientes,
libre tu dama la conserva el cielo,
o en tronos de oro allá, o acá en el suelo.

193. »La noche ya en el denegrido oriente
sus cortinas de luto desdoblaba,
y el torpe nudo a la cansada gente
los lazos del cuidado desataba;
y en ocio los sentidos blandamente
con dulce delirar encadenaba,
cuando mi cuerpo sobre un verde prado
en su nudo también quedó ligado.

194. »Y no tan presto por la sombra vana
el alma a su quietud voló sabrosa,
cuando la bella imagen soberana
mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
y en grave presunción y en pompa ufana,
más que en el tierno oriente el alba hermosa,
a mí se vino y con semblante amigo,
"Ven a librar mi honor de su enemigo"

195. »Dijo; y dando la vuelta con sereno
rostro vestida de una luz rosada,
de olor dejó divino el aire lleno,
y el resplandor mi vista deslumbrada;
y ella subida al estrellado seno,
de una vislumbre celestial bañada,
mi atenta vista tras su presto vuelo,
aquella estrella más contó en el cielo.

196. »Estas armas despierto vi a mi lado,
y el pequeño batel en que venía,
donde sin ver por quién me hallé embarcado,
tras el deseo de ver lo que antes vía;
y el barco por sí mismo gobernado
ave que iba volando parecía,
hasta el bordo real de este navío,
donde en entrando en él vi hundirse el mío.

197. »Pues si del mundo el superior gobierno
aquí me trajo en tan sabroso engaño,
y a librar de tu fuerza el bulto tierno
el fin guio de mi viaje extraño;
la oculta traza del saber eterno,
ni por el suyo fue ni por tu daño;
que para haberle de quitar la vida,
superflua hubiera sido mi venida».

198. Dijo, y por el oriente el alba helada
falta salía de luz y de alegría,
la mar aunque sin viento alborotada
con sordas olas el galeón batía;
en huecos tumbos de cristal preñada
y cuando a veces sin pensar venía
un tardo viento que en las velas daba,
mayor tristeza y soledad causaba.

199. El deseado sol turbio encogido,
a sembrar comenzó lumbre al oriente,
entre negros celajes escondido
de su ancho rostro de oro el rayo ardiente;
y el ronco son de un áspero gemido
suena en la nao y su afligida gente,
que donde al gusto huye la alegría,
así amanece el sol y nace el día.

Alegoría.

En la prisión de Malgesí se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasión; y el quedar colgado de un árbol al tormento de los espíritus, el remordimiento que queda de haber perdido por descuido la ocasión y las varias congojas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios que tratan de destruir a España muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdición y con qué gusto y facilidad la harían si el freno de la potencia divina no los detuviese, significada por el ángel custodio de España, que descubre cuán cortas fuerzas son las del infierno para ofender a los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varón obediente que sin reparar en inconvenientes, de veras se pone a seguir las inspiraciones del cielo, él tiene cuidado de sacarle victorioso y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve cómo el vicio todo lo lastima y afea. Y Angélica robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante que volando navega sin saber adónde y jamás tiene hora de reposo.

Fin del cuarto libro.

LIBRO QUINTO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Huye Garilo a Francia, donde encuentra a Orlando y otros paladines. Ferraguto libra a Argina de un salteador y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia. Libra también a Auchalí, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yucef, tío de Galiana, y por relación se enamora de ella y al margen de una fuente ve en sueños su hermosura y la de sus famosos palacios. Píntase a fin del libro el consejo de guerra del rey Casto.

1. En tanto el francés campo de Girona
rendida la ciudad salía marchando
por las ásperas sierras de Narbona
a gozar de Gascuña el aire blando;
y ya el real asentado en Carcasona
por su deleite el valeroso Orlando
a correr las fronteras de la tierra
en voz salió y en hábito de guerra.

2. Con él el duque Naimo de Paula,
don Silverio de Fox, Dardín Dardeña
Sansón, duque y marqués de Picardía,
Alberto, rey pretenso de Sansueña;
con otra ilustre y grave compañía
la honra del campo y flor de su reseña,
que al castillo caminan no distante
que un tiempo por Rugero labró Atlante.

3. Era vulgar rumor que entre las breñas
del hinchado Pomier suben en vuelo
del roto muro las gastadas señas
a dar escalas con su frente al cielo;
donde del mago anciano no pequeñas
grandezas goza el enriscado suelo
y a verlas de su ejército triunfante
en tropa alegre va el señor de Anglante.

4. En placenteras fábulas sabrosas
de luceros de campo y montería,
olvidados de aquellas peligrosas
vueltas que al mejor tiempo el tiempo envía;
al dar fin a las cumbres deleitosas
con que un monte de flores se vestía
dos muertos hombres y otros seis huyendo
del viaje suspendieron el estruendo.

5. Otro que tras los pasos perezosos
y huellas de un cargado dromedario
por entre árboles va en pasos medrosos
con sus regates revoltoso y vario;
viendo de los franceses belicosos
el escuadrón a su intención contrario
con astucia sagaz y maña aguda,
a pedirles llegó fingida ayuda.

6. Es de esta ocasión bella el nuevo caso
florido ramo de mi heroica historia
por grave azar, que el amagado paso
suspender pudo de su gran victoria;
diez lunas volvió a Francia el campo escaso
de gente, esta ocasión, tanta su gloria
a España suspendió, por tantos meses
su venida alargaron los franceses.

7. Tantos, la rica sala del tesoro,
detenidos los dio cercos dorados
y entre la sed y la virtud del oro
en dulce suspensión embelesados;
la ardiente hambre del metal sonoro
con su vislumbre mágica trocados
los dio en mudas estatuas, hasta tanto,
que un muerto bulto destruyó su encanto.

8. Y hasta ver libres los cautivos pechos
de la avarienta sala, el campo junto,
la famosa jornada y sus pertrechos,
por un zodíaco entero hicieron punto;
la oculta causa de tan altos hechos,
delgada raíz de este ahora nuevo asunto,
de aquí se ocasionó esta humilde fuente,
largo curso añadió al de su corriente.

9. Garilo ya que el infeliz suceso
de la escura traición del bosque opaco
contra su lealtad dio largo proceso
y culpas al descuido de Filarco;
el rey ya libre y el contrario preso,
por el río Ezla se salvó en un barco
a pesar de quien quiso en aquel caso
por vengar su traición tomarle el paso.

10. Salvóse al fin, y a guarecer la vida,
en sus trazas juzgó por más seguro
hacer a Mahamut de su huida
forzosa causa y de su amparo el muro;
contando el que a su gente mal regida,
del río Parque dio en el cerco oscuro
pero nueva tan triste no podía
ser con ningún afeite de alegría.

11. Recibió el moro con semblante acedo
la mala relación y el que fue a dalla
que el traidor siempre enfada y siempre el miedo
da al falso corazón triste batalla;
quedó atajado, más con nuevo enredo
dorar quiso la culpa o remendalla
y hacer de nuevo con su antiguo oficio
si puede a su ofendido rey propicio.

12. Descubrió en los del bando sarracino
ánimos llenos de encubierta saña,
que siempre entre traidores, el más fino
amor, nace sembrado de cizaña;
creyó por este paso abrir camino
a una nueva traición, cuya maraña
el andaluz dejase sin la vida
y a él su leal opinión restituida.

13. Comenzó aleve el infeliz contrato
metiendo incauta prenda en el que urdía
mas faltó discreción, faltó el recato
que el grave caso y su ocasión pedía;
y descubierto el encubierto trato,
Garilo huyó, huyó su compañía,
pagando todos la traición urdida,
o con culpable ausencia o con la vida.

14. El falso entablador del traidor juego
con los que guarecer del riesgo pudo,
de la noche huyó por lo más ciego
al dulce amparo del silencio mudo;
llegan a Ribadeo y pasan luego
en hombros del cristal su cerro agudo
y en su pequeño golfo al franco suelo,
remos y velas dan entre agua y cielo.

15. A vista de Bayona y su ancha playa
libres pasaron sin tocar en ella
y de Belne la costa y corva raya
que con sus espumosas olas mella;
el Curiano monte, que atalaya
del frío Garona la ribera bella
pasando a Bordeaux con agua viva
y hasta cerca de Argen el río arriba.

16. De allí hacia Lenguadoc la tierra adentro
la quietud saltearon del camino
hasta un antiguo bosque que al encuentro
de Pomier y Tarascon les vino;
en cuyo verde y escondido centro
las ruinas hay de un muro peregrino
que un tiempo fue ya célebre morada,
jardín de un rey y casa de un hada.

17. Después que en Salabrés la hada Morgana,
al rey Artus su hermano vio perdido
y el destrozado campo en la inhumana
victoria entre un sangriento río ceñido;
por el hondo Garona en pompa ufana,
aquí el vencido rey trajo escondido
donde al mundo quedase con su ayuda
la fama de su vida y muerte en duda.

18. Allí encantado, o sin encanto muerto,
si vive, o si no vive, está encantado,
sin que la causa de quedar desierto
el castillo hasta ahora se haya hallado;
si ya del desamparo no es lo cierto
de la hada rica el natural enfado
contra Orlando, por quien del suelo franco
su real jardín mudó al del lago blanco.

19. Y porque al viento el arruinado muro
con sombras tiñe de apariencias vanas,
del bosque horrible y del castillo oscuro
las gentes todas huyen comarcanas;
aquí Garilo y su escuadrón seguro
de asombros se amparó y por las cercanas
aldeas y caminos, plata y cobre
al rico quita y la esclavina al pobre.

20. No lejos de aquel bosque hay un castillo
guarida de otras gentes de su trato
que al catalán hicieron su caudillo
y a riesgo y a ganancia fiel contrato;
de estos eran los seis que entre el tomillo
y árboles de Pomier sacó el rebato
huyendo por sus ásperos confines
de los ya descubiertos paladines.

21. Y el que tras el cargado dromedario
con revoltosas vueltas discurría
el astuto Garilo, del voltario
escuadrón, falsa y cautelosa guía;
que por aquel desierto solitario,
en cuidadosa y encubierta espía
los dos muertos siguió y en la ancha senda
vidas a un tiempo quitó y hacienda.

22. Huyendo los demás y él con sosiego
intrépido el francés escuadrón vino
a quien de deslumbrado volvió ciego
de su astucia un engaño repentino;
con humilde, pidiendo, y sagaz ruego
en el riesgo le amparen del camino,
de aquella escuadra, cuyo brazo fuerte
por robar sus amigos les dio muerte.

23. Creyeron todos que el valiente pecho
del feliz español se había librado
a propias fuerzas del dudoso estrecho
con que de los que huyeron fue asaltado;
y que el verlos venir dejó deshecho
el peligroso asalto comenzado,
temiendo a los franceses valedores
los seis mal concertados salteadores.

24. Y él no contento del sutil engaño
con que el riesgo salvó de su delito
y a cuenta puso el ajeno daño
del castigo a su culpa ancho distrito;
un nuevo enredo de artificio extraño
así por los presentes dejó escrito,
en dulce delirar que al más agudo
deslumbrar su encubierto estilo pudo.

25. Ni tiene lo hecho por bastante hazaña,
si a todos no los roba y desvalija
y aquel fiero escuadrón contrario a España
de armas su astucia y de altivez no alija;
y así después que en cautelosa maña
licencia para hablar pidió prolija,
de esta fuente empezó y con este enredo
el gusto les ganó y les perdió el miedo;

26. «Ya que el rigor de la enemiga estrella
que tras sí lleva el curso de mi vida
y haciendo de desgracias prueba en ella
la trae a un riesgo en otro divertida;
si a pesar suyo el tiempo quiere hacella
a sus mortales golpes no vencida,
y a la esperanza aún en tan largos casos
lugar le queda donde dar más pasos;

27. »no es justo que reserve prueba alguna,
ni humana diligencia que no intente
si punto no hay de tan menguante luna
que algún día no halle su creciente;
sabré cuál puede ser en la fortuna
de los suyos el don más excelente,
o si es acaso de imposibles hecha
como el rigor de esta cadena estrecha.

28. »Del rey Hércules libio que en España
de tres cuerpos sacó un tirano aliento
y de tres cuellos la cabeza extraña
al rojo suelo dio un golpe sangriento;
mi linaje desciende» Así en maraña
fingida entrada abrió a un prolijo cuento
el sutil catalán pero yo al brío
del bravo Ferraguto vuelvo el mío.

29. A toda la rienda por un verde llano
de un caballero, dije que huía
un bulto en la belleza soberano,
y en rostro un rayo del pintor del día;
cuando a su amparo levantó la mano
el bravo aragonés y al que venía
ya ejecutado el golpe, el suyo al vuelo
le echó arrogancia y vida por el suelo.

30. Volvió la dama y viendo sin cabeza
el furor que la suya amenazaba
del suceso admirada y la braveza
que muerta aún no menor espanto daban:
«¡Oh invicto brazo -dijo- oh fortaleza
heroica! El cielo guarde alma tan brava
contra injustos agravios en quien fío
ver por tal mano reparado el mío.

31. »¡Socorre, oh ilustre resplandor de Marte,
en un dudoso trance mi alegría
antes que sean mis desdichas parte
a dar la muerte al que es la vida mía!
No lejos de este bosque por la parte
que este florido monte se desvía
a darle paso a un río que yo pienso
que a Ebro corre a pagar tributo y censo,

32. »una soberbia puente ambos costados
con dos torres altísimas le cierra
y estas llenas de bárbaros soldados
el comercio han quitado de la tierra;
aquí a los que de paz van descuidados
prenden sin fe, y a los que van de guerra
con ardides la hacen, tan villanos,
que ninguno se escapa de sus manos.

33. »Allí el bien que me deja aquí perdida,
preso o sin alma está, que es lo más cierto.
Acude pues, señor, o a dar la vida
o sepultura honrada a un hombre muerto;
de paso te diré de mi venida,
y de mis desventuras lo encubierto,
quién soy, con quién y a dónde hacía jornada
que quién como yo está no encubre nada»

34. Dijo, y el moro hacia la parte guía
que antes salió huyendo la doncella
quién fuese preguntando y por qué huía
y el feroz caballero iba tras ella;
cómo tal denuedo la seguía
si era para matarla o por prendella.
A quién la dama en desmayado aliento
así empezó de su tragedia el cuento.

35. «Del valiente Dedrán, que un tiempo quiso
ser absoluto emperador de España,
y lo fuera si a su ánimo y aviso
no se mostrara la fortuna extraña;
nieta soy y heredera del preciso
Hado que a él engañó y a mí me engaña
a pesar que del tiempo el movimiento
a un alma puede dar bienes de asiento.

36. »Hija de Doriscán y una cristiana
noble, de los tributos de Galicia,
en Córdoba nací y con pompa vana
Nájera me crio por su patricia;
donde en destierro honrado y suerte ufana
del rey Albucasar dio la avaricia
a mi agraviado padre esa frontera
donde él viviendo su grandeza muera.

37. »Aliatán dio después el reino de Oca
a Zumail, un ambicioso viejo
que en hambre de oro y en prudencia poca
cuanto hallar tomará sino es consejo;
este embriagado de avaricia loca,
en los montes prendió de Castrovejo
dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas
más que el sol limpias y que el alba bellas.

38. »La culpa era dejar su ley paterna
con que el rey su avaricia disfrazaba
y el cielo ardor de la codicia interna
con que el infame corazón cebaba;
Nunilo la mayor y la más tierna
la honesta y bella, Alodia se llamaba,
cristianas, aunque ricas y él tirano,
de alma avarienta y corazón villano.

39. »Vendía el rigor por celo de su seta
y de impedir la religión cristiana,
aunque era en lo interior hambre la discreta
del patrimonio de una y otra hermana;
y por hacer la causa más secreta
y la injusta prisión menos liviana
con impedir del dulce trato el uso
en diferentes cárceles las puso.

40. »La niña Alodia compañía dichosa,
fue en depósito honesto de la mía
de las beldades dos, la más preciosa,
pecho inculpable, rostro de alegría;
era en prudencia y alma generosa
y tan afable trato, que solía
dejarme con él llena el alma ufana
de un ardiente afición de ser cristiana.

41. »Si tal vez la aceché por verla sola,
en ferviente atención orar la vía
y que de alegre luz divina una ola
de cuando en cuando el rostro le embestía;
y en soberanos lustres la arrebola,
el rosicler de gloría que salía
de un Dios, que puesto en cruz traía consigo
por inviolable esposo y dulce amigo.

42. »No es de mi edad juzgar cuál sea más justa,
la ley cristiana o la del pueblo moro
y en casos de opinión cualquiera gusta
vestir la suya de un parlar sonoro;
mas ahora sea justa, o sea injusta,
yo en la árabe nací y en esa adoro
y aunque su Alcorán creo, creo y juro
que si Mahoma es dios, que es dios oscuro.

43. »No hace milagros como habemos visto
que en favor de su ley y quién la sigue,
el nombre hacen y la cruz de Cristo,
cuando en más sangre el mundo los persigue;
ni hallo yo en la mía aquel bienquisto
modo de proceder que se consigue
de la cristiana cuando sus sujetos
a sus reglas se ajustan y precetos.

44. »Hace héroes concertados y compuestos
mansos, sufridos, blandos, conversables,
llenos de fe y amor, castos, modestos,
gratos, humanos, dóciles, afables;
del todo humildes, sin cautela honestos,
medidos, comedidos y así estables
y puestos en razón, cuenta y justicia
que no halla qué tacharles la malicia.

45. »Nuestro Alcorán, si como dicen vino
del cielo, escrito fue por otra mano.
No es tan llano y tan claro su camino,
ni tan fundado en el discurso humano;
tiene de cruel su parte y de sanguino
y no poco de bárbaro tirano,
pues con la espada y con las armas quiere
que aquel, sea en él mejor, que más pudiere».

46. Rióse el feroz moro a las razones
con que la dama su Alcorán condena,
que como hombre sin ley ni cree opiniones
ni que hay para unos gloria y otros pena;
tiene nuestros milagros por ficciones
su secta ni por mala ni por buena
solo por Dios a su ánimo invencible
y por de burla todo lo invisible.

47. No le replicó nada, ella siguiendo
por su camino y su discurso dijo:
«Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo
el avariento rey tenía por hijo;
con quien nació en el mundo y fue creciendo
un arrogante espíritu prolijo,
que siempre, o por la cara o las costumbres
del padre saca el hijo las vislumbres.

48. »Este fue todo estampa de su padre
fantástico, avariento y disoluto,
sin que noble amistad le asiente y cuadre
falso, libre, mordaz, doblado, astuto;
de parto incierto y fementida madre,
y al fin, de tales árboles tal fruto,
llamado Harpalí o sucia harpía,
que todo lo manchaba y confundía.

49. »Este de la honestísima doncella
Alodia y de su rostro soberano
un torpe y necio amor concibió en vella
con loca presunción y ánimo insano;
creyó que era tan fácil como bella,
y él por soberbio hijo de un tirano,
bueno para querido y fue simpleza
que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.

50. »No dio por sus ofertas y servicios
escarnios ni desdenes la cristiana,
ni de oración mudó ni de ejercicios,
ni se le mostró tierna ni tirana;
ni el ver los reyes a su amor propicios
altiva la hizo ni volvió lozana,
ni triste el riesgo y verse en casa ajena
que nada en quien no hay culpa causa pena.

51. »A los principios en su afable trato,
todo Harpalí creyó que estaba hecho,
y que ser el rey le prometía barato
aquel como otros gustos había hecho;
mas cuando llegó a ver con más recato
la entereza y valor del casto pecho
de una tierna beldad que en ser constante
no era niña y mujer sino gigante

52. »quedó asombrado y al negarle el gusto
con el desdén creció la llaga fiera,
y viendo a mayor fuerza más robusto
el pecho que antes parecía de cera;
nueva sentencia dio en el suyo injusto
que ame por fuerza o que por fuerza muera
mas buscar al amor por esa pinta
es blanquear el ébano con tinta.

53. »No está más firme a los combates fieros
del cierzo helado la montaña de Oca
cuando peñascos y árboles enteros
su soplo vuela y su rigor apoca;
ni en sus cumbres y cerros altaneros
antigua encina o carcomida roca
que así entera se libre y se defienda
de un torbellino y su áspera contienda,

54. »como la casta niña a las blanduras
y amenazas del bárbaro enemigo,
sin que de hierro las prisiones duras
ni del tierno regalo el trato amigo;
hiciese mella en las entrañas puras
ni en ellas otro amor hallase abrigo
que el de su honestidad y del precioso
retrato vivo de su muerto esposo.

55. »Viendo el tirano Harpalí vencido
su pensamiento y trazas de una niña
y que en deseos y ansias consumido,
ni un soplo de esperanza se le aliña;
ya de amante en contrario convertido
robarla quiere y que esto la constriña
con gusto acedo o voluntad sabrosa
a serle o torpe amiga o dulce esposa.

56. »Por un muro almenado que ceñía
de su florido jardín el fértil suelo
y parte de una cuadra en que dormía
yo con la hermosa Alodia sin recelos;
a Harpalí le pareció se abría
paso a sus gustos, puertas a su cielo,
y que era fácil por allá la entrada
para haberla a sus manos descuidada.

57. »Ya el sacrílego amante, confiado
de saquear el cielo, entretenía
su torpe gusto en ver del sol dorado
el carro de oro en que camina el día;
y en aguardar su ausencia desvelado,
las horas cuenta y de la noche fría
el manto pide por agüero y luto
de su fin triste o pensamiento bruto.

58. »Llegó la noche escura, aunque serena
de broches de oro y pedrería sembrada
y al medio curso de tormenta llena
de agua, rayos y truenos asombrada;
braman los vientos, la arboleda suena
con ruido más que de aire alborotada,
creció la oscuridad y el negro velo
de la sombra escondió en su luto al cielo.

59. »De ásperos vientos la baraja escura
con sordos ecos de furor bramaba
y del cercano monte la espesura
roncos gemidos por las peñas daba;
del frío polo sin luz la ciega altura
en temerosos truenos resonaba
que el cielo al parecer se defendía
del moro que robarlo pretendía.

60. »Despertome el rumor, corrí medrosa
a ver mi amiga y a valerme de ella.
Hallela en oración, la cuadra hermosa,
llena de luz y un ángel bello en ella;
una luciente espada en la briosa
armada mano, en son de defendella,
con un grabado peto en que el tesoro
de ricas piedras daba precio al oro.

61. »De argentados coturnos ambas plantas
ceñidas y la suelta vestidura
al estrellado cielo en luces santas
vencía y a la nieve en la blancura;
pomposas alas con vislumbres tantas,
que ante ellas la del sol quedara escura
diciéndole en acento soberano
"Ya, virgen, estás libre del tirano".

62. »Cerrome los sentidos el espanto,
indignos de gozar la luz del cielo
con la presencia y el lenguaje santo
del ángel, de su espada y de su vuelo;
quedeme desmayada hasta tanto
que el nuevo día despertó en el suelo
y yo de mis temores y fatiga
en el dulce regazo de mi amiga.

63. »Alegre en verla de placer lloraba
que al ángel que antes vi se parecía
y aunque en grave respeto la trataba
amorosas caricias le decía;
ella que por ventura cierta estaba,
que aquel había de ser el postrer día
de gozarnos en tierno regocijo
así mezclando lágrimas me dijo:

64. » "Ya es tiempo, oh dulce Argina, de pedirte
que cual reina me cumplas la promesa
de ser cristiana y nunca arrepentirte
de profesar lo que mi ley profesa;
yo iré presto delante a prevenirte
en el cielo coronada de princesa
que en premio del amor que me has tenido
así me lo ha mi esposo concedido.

65. »A grandes golpes de dolor se labra
el cetro y la diadema para el cielo
no ha de ser solo, amiga, de palabra
el darle a Dios lo que le debe el suelo;
sus puertas ese tierno pecho le abra
porque la halle al alma su consuelo
y sin hacer de otros contentos caso,
por todos hasta allá pase de paso.

66. »Bien sé que los espantos de la muerte
en varios riesgos te traerán metida,
que tal es siempre y fue la humana suerte
servir acíbar al que a miel convida;
y como si el morir fuese más fuerte
que el padecer viviendo en esta vida
quiere en adversa o próspera fortuna
mascar mil muertes, más que tragar una.

67. »Tú serás de esto ejemplo, amada Argina,
que gran discurso por pasarte queda,
mas todo en ti a dichoso fin camina
y así el cielo lo ordena, que suceda;
lo que ahora el amor que a ti me inclina
con más ansias me pide, es que yo pueda
llevar de ti esta prenda y fe dichosa
que has de ser de mi amado esposo, esposa.

68. »Y que pues nuestras almas ya son una,
es bien que también tengan solo un dueño,
un bautismo, una fe, una ley; y a una,
ambas a un Dios la demos en empeño;
que cuanto alumbra el sol y ve la luna
sin este solo bien es sombra y sueño
y yo en tenerte amor eterno y puro
eternos bienes para ti procuro".

69. »Así mi amada Alodia me pedía
la fe que allí le di y he mal cumplido
cuando del pueblo que en furor se ardía
en mi casa cundiendo fue el ruido;
llanto, alboroto, estruendo y vocería,
en confuso era y bárbaro gemido
sobresálteme yo y con regocijo
ella se sonrió y llorando dijo:

70. » "Aquí, oh querida Argina, la corona
de un reino eterno ofrecen a tu hermana,
ese confuso ruido la pregona,
vamos por ella en pompa soberana;
tendrás tuya en la corte una persona
que prive con el rey y te haga ufana,
y en cuanto le pidieres por mil modos
bienes sin fin te los alcance todos".

71. »No entendí su razón, quedé atajada
viendo crecer el sonoroso estruendo
y que la casa en armas ocupada
se iba en ciego alboroto confundiendo;
cuando de la ocasión certificada
pasmada me dejó el suceso horrendo
extraño caso, puesto por testigo
de un ofendido cielo, en su castigo.

72. »De un moral arrimado el fuerte muro,
adorno y sombra del florido huerto,
con que Harpalí bajar pensó seguro
al malogrado fin de su concierto;
colgado le dejó en el aire oscuro
un ángel a los ojos descubierto
de los que iban con él y él más osado
huyó después que le lloró ahorcado.

73. »Era la única prenda del tirano
corta y frágil columna a su esperanza,
cayó por tierra y su soberbia mano
al mundo asolar quiso en su venganza;
tuvo sospecha de Aliatán mi hermano,
que en contiendas de amor y de privanza
traía pasión por ciertas moras bellas
que donde hay celos todas son querellas.

74. »Menos que esta ocasión fue necesaria
con la desgracia del dolor presente,
a la ciega arrogancia temeraria
del ofendido bárbaro insolente;
era en todo mi casa real contraria
a la suya de humilde suelo y gente
esto solo bastó que un bien nacido
siempre es, del que no es tal, aborrecido.

75. »Mi anciano padre al defender su casa
por el furor tiránico fue muerto
y tras él vueltas en cenizas y brasa
sus altas torres y el lugar desierto;
mi hermano viendo la crueldad que pasa
por senda oculta se salvó encubierto
yo quedé presa, Alodia sentenciada
a ser por su limpieza degollada".

76. »Trajeron a la cárcel a Nunilo
y al verse y despedirse ambas hermanas
gruesas perlas regaron hilo a hilo
de un celestial jardín rosas tempranas;
la mayor con honesto y grave estilo,
dulce afecto y palabras cortesanas
mientras el cruel verdugo se apercibe
esto en el alma de su Alodia escribe:

77. » "Ya la dichosa suerte concedida
de aquel rey soberano por quién mueres
a eterna palma y triunfo te convida
reina serás si esta corona adquieres;
mira, tierno regalo de mi vida,
que solo hagas lo que hacer me vieres
que aunque primero por tu ejemplo muera
no llegarás al premio la postrera.

78. »Quién no conoce de la humana suerte
que al fin por bien que de morir rehuya
la ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte
que los regates y el huir concluya;
si ningún vivo se libró de muerte,
loco es quién piensa rescatar la suya
y más si por la carga desabrida
de un vivir breve pierde inmortal vida".

79. »Así dijo y el rostro soberano
envestido de gloria parecía
que ya desnudo de aquel lazo humano
nueva deidad y luz en él vivía;
las madejas del oro, que el liviano
aire en el cuello de marfil bullía
por la cabeza se enlazó gallarda
y el fiero golpe del alfanje guarda.

80. »Llevó su filo a cercén la cabeza
cayó el hermoso cuerpo destroncado
que su hermana compone y adereza
con rostro alegre y pecho reportado;
y con igual sosiego y entereza
que si fuera a un banquete regalado
sin que la muerte ni su error la esquive
para el segundo golpe se apercibe.

81. »Habíasele a su hermana descubierto
el blanco pie con la mortal congoja
no quedando compuestas, ni en concierto
las limpias faldas por la sangre roja;
la tierna niña, que hasta el cuerpo muerto
quiere guardar honesto, alegre afloja
una colonia azul en que tranzaba
el más fino oro que el Hidaspes lava.

82. »Con ella recogió sus vestiduras
y a su compuesta honestidad previno
sirviéndole las tiernas ligaduras
de fuertes grillos a su amor divino;
y con palabras que las piedras duras
blandas volvían el rostro cristalino
al cielo vuelto mientras prevenía
el tierno cuello al golpe, así decía:

83. » "Alma dichosa, que del casto velo
ya libre y suelta del amor llevada
en triunfal carro hasta el empíreo cielo
de victoriosas palmas vas cercada;
suspende entre esos globos de oro el vuelo
o de mis tiernos años prenda amada
que sin un golpe nos dio diverso mundo
un cielo juntas nos dará el segundo.

84. »Y el hierro que las dos dividir pudo,
podrá con mejor título juntarnos
cortando el mortal hilo más no el nudo
con que el divino amor supo enlazarnos;
y a ti, precioso alfanje, cuyo agudo
corte, en la eterna para no apartarnos
juntas nos ha de dar diadema santa
aquí humilde te espera mi garganta".

85. »Dijo, y al punto de rodillas puesta
sobre el difunto cuerpo de su hermana
que allí sirvió de altar y ahora compuesta
al sacrificio y víctima temprana;
el filo agudo de la espada presta
segó el cuello y el alma soberana
en un resplandeciente y claro vuelo
a vista de mil ojos subió al cielo.

86. »Quedaron en la tierra desangrados
los cuerpos, de un precioso olor divino
y nueva luz de gloria acompañados
que de la suya descubrió el camino;
de corruptible daño preservados,
a pesar del tirano desatino
que por mil modos ya pretendió en vano
el honor usurparles soberano.

87. »Mas mientras con malicia infiel pretende
destruirles su opinión, manchar su fama
con mayor gloria y resplandor se extiende
la misma luz que su crueldad infama;
y en la cristiana devoción se enciende
mayor aliento y fervorosa llama
que siempre la verdad tiene su fuerza
por más que invidia con pasión la tuerza.

88. »Yo en la cárcel quedé esperando el día
en que otro golpe hiciese en mí el tirano
mas faltole esta culpa por la mía
que fueran tras de aquel el mío liviano;
un moro cordobés al rey servía,
mancebo ilustre, de Daraja hermano,
esposa de Harpalí y sobrina mía
aunque él deudo ninguno me tenía.

89. »Este con nombre y pretensión de esposo
en noble trato y voz me regalaba,
y yo por su valor y ánimo honroso
de amor honesto y sin doblez le amaba;
este sintió que el pecho riguroso
algo del rey tirano se ablandaba,
que el tiempo con mudanzas y ocasiones
los toros doma y vence los leones.

90. »Dio en escuchar mis causas con blandura
y de la cárcel me llevó a palacio
de un torpe amor ardiendo en llama escura
de su imprudente pecho el gusto lacio;
ya en libertad me vi menos segura
y mi muerte venir menos de espacio
si mi amado Auchalí no me acudiera
o el casto cuerpo o su opinión muriera.

91. »Mas viendo el riesgo y la prisión remisa
trazó conmigo de sacarme de ella
con firme pacto y condición precisa
de ser su esposa y de seguir su huella;
aceptele el partido y con divisa
trocada, por huir mejor con ella,
por fuera de camino nos libramos
hasta que a Soria y Ágreda llegamos.

92. »Seguíamos para Córdoba el camino
del amor de la patria acariciados
mas de la tierra buena el poco tino
en varios riesgos nos dejó entrampados;
y al pasar ese arroyo cristalino
de un escuadra de gente infiel cercados
que a nuestro gran descuido de repente
el muro vomitó de una ancha puente.

93. »Allí a mi dulce esposo entre el malvado
escuadrón le vi dar mil golpes fieros,
de allí escapé del brazo acelerado
que ya vio en mi garganta aceros.
¡Ay cielos, que allí en sangre está bañado!
Antes que muera, ¡oh flor de caballeros!
acudí a socorrer el más honesto
pecho, que el mundo en tal estrecho ha puesto».

94. Así la hermosa Argina, el grave cuento
siguiendo de su vida, vio a su esposo,
roto el escudo, el fino arnés sangriento
y en el herir el brazo perezoso;
haciendo el brío de su honrado aliento
el término fatal más presuroso,
que el morir sin socorro era sin duda
más donde el cielo acude, todo ayuda.

95. El tratar con los buenos puede tanto,
que al malo suele convertir en bueno,
y la conversación de un pecho santo
sacar triaca de lo que es veneno;
Nerón con su crueldad nos pone espanto,
ánimo un César de clemencias lleno.
Eneas piedad, maldad Sardanápalo
que el bueno es bueno en todo y malo el malo.

96. Las tiernas niñas que el empíreo cielo
gloriosas pisan con doradas plantas
y ya desnudas del humano velo
de toisón de oro ciñe las gargantas;
vueltos los ojos al ingrato suelo
de quien triunfaron con victorias santas
viendo entre tantos riesgos y fatiga
por un vano temor su amada amiga.

97. Con santa intercesión echa a su esposo
de las cosas trocaron gusto y fuero
que tras el apetito deleitoso
iban en riesgo a un gran despeñadero;
esto la trajo al paso peligroso
esto también le descubrió el guerrero
que en favor de Auchalí partió arrogante
por dar favor al uno y otro amante.

98. El cordobés en peligrosa guerra
y en gallardo ademán se combatía
con la vil tropa de la infausta tierra
que junta sin por qué le acometía;
y el vivo aliento que su pecho encierra
así el honor herido le encendía,
que en la desigualdad que se hallaba
en más que defenderse trabajaba.

99. Bien que a faltar la venturosa suerte
del brazo heroico que a valerle vino
a hacerle compeliera el pecho fuerte,
el término forzoso más vecino;
y vencedor, la vencedora muerte
a todos por igual diera un camino
que el alentado ardor que en él se vía
la honra más no la vida guarecía.

100. De diez valientes moros asaltado
los seis peleando, los demás sin vida
roto el arnés, el cuerpo destrozado,
la sangre y no la estimación perdida;
llegó el aragonés y el brazo alzado
«Afuera -dijo- gente mal nacida
que los que intentan tales desafueros
no son hijos de padres caballeros».

101. Tres de los que en favor de su contrario
entrar le vieron con tan vivo aliento,
en confuso tropel y encuentro vario
por tres partes contra él rompen el viento;
y del encuentro el golpe temerario
de tres lanzas las dos rompen violento,
una en el firme escudo, otra en la frente,
saliendo la tercera impertinente.

102. Cual parda encina de trofeos cargada,
al blando soplo de un delgado viento
las hojas tiemblan y en ella encrespada
pompa se eriza al fresco movimiento;
así el moro quedó, si bien su espada,
de tres al uno, en un revés violento,
un brazo le dejó y un hombro menos
y de nuevo aire los pulmones llenos.

103. Los dos que sobran vuelven y al caído
furiosos quieren dar justa venganza,
y en desiguales golpes y ruido,
uno al escudo y otro al yelmo alcanza;
parece del arnés que trae vestido
que es Ferragut el yunque sin mudanza
y ellos los que al batir de sus visarmas
sobre él le forjan a porfía las armas.

104. Así el uno y el otro le golpea
y él quedó sin mudarse un lance aguarda;
y como, aunque le hieren, ni voltea,
su espada, ni a las suyas se resguarda;
da ocasión que cualquiera de ellos crea
que está herido de muerte o que acobarda
hasta que al golpe de un revés extraño
con el castigo vino el desengaño.

105. Del dulce filo al rebanar ligero
a Glauro le llevó brazo y cabeza,
Glauro sin gravedad moro embustero,
que las canas se tiñe y adereza;
y no parando allí el sabroso acero
dos hizo a Caligante de una pieza
que seis mujeres enterró en Porcuna
sin llorar ni enlutarse por ninguna.

106. Y sin hacer de aquellas muerte caso
al puesto de Auchalí corre ligero
cuando un grueso jayán le atajó el paso
armado sin primor de hojas de acero;
bajaba de la puente al campo raso,
al brutal gusto del combate fiero
y viendo los tres golpes del pagano
él quiso hacer el cuarto de su mano.

107. Sin recelar su espada ni ser vista
del encantado hijo de Lanfusa
por cima la dorada sobrevista,
la vista el golpe le dejó confusa;
cayó en el suelo sin aliento y vista
ningún libre sentido alcanza ni usa
que un traidor cuando acierta a ser valiente,
un mundo entero matará de gente.

108. Bajó sobre él, el sin lealtad gigante
y en ver que vino está le llevó preso.
Cayó Auchalí rendido en este instante,
y su Argina también cayó sin seso;
llegó a prenderla el falso garamante
y desmayada levantola en peso,
llevando las brutales manos llenas,
cual oso montaraz son dos colmenas.

109. Ya a la entrada llegaba de la puente
cuando volvió en su acuerdo Ferraguto
y hallándose al calor de tanta gente
al brazo asido de un gigante bruto;
herido del honor cual rayo ardiente
la bárbara prisión dejó sin fruto,
y el rigor nuevo de sus golpes varios
ciego alboroto y miedo en los contrarios.

110. Trocó el jayán la dama por la espada
para segunda vez cobrar su preso,
y aunque le ve la frente desarmada
no juzga acometerle por exceso;
ni él al sentirse herir estimó en nada
de la traidora mano el grave peso,
ni el ver que de sus bárbaros soldados
doce contra uno le arman los costados.

111. Antes así en su escuadra se revuelve
cual entre aristas ciego torbellino,
a este hiere, aquel da y al otro vuelve
en concierto mayor su desatino:
a uno el pecho y entrañas le desvuelve,
el dulce corte del acero fino,
a este del roto arnés lleva un pedazo,
y aquel deja en tres pies con solo un brazo.

112. Dio un reparo al jayán que a dar venía
sobre él con nueva y desigual visarma
que en cien puntas de acero relucía,
y a un golpe, un hombre de metal desarma;
hízole errar la furia que traía,
y al vacío herir en dos quebrada el arma,
quedole solo el destroncado trozo
de Palia muerto y Ferragut de gozo

113. no perdió tiempo que al volver la frente
la calva diosa asió de la ventura,
y el acerado alfanje al vuelo ardiente
un revés le alcanzó por la cintura;
por donde el hierro entró y salió una fuente
de requemado humor y sangre escura
y de otro a cercen le llevó una pierna
cual blanca y corva hoz mimbrera tierna.

114. Así toro andaluz dejarretado
suele al prado venir dando bramidos,
y en el sangriento suelo destroncado
la selva asombra y braman los ejidos;
del cobarde escuadrón desordenado
los muertos quedan, huyen los heridos,
cual de buitre glotón hambrientos cuervos
y de perro irlandés tímidos ciervos.

115. Miró buscando el victorioso moro
con vista atenta la agraviada Argina,
y vio la cruel, juntando aljófar y oro
al rosicler de una sangrienta mina;
con las hebras limpiando y el tesoro
de su cabeza la mortal que inclina
en su regazo desmayada y muda
puesta en si vive o si no vive en duda.

116. Llegó el moro cuando ella enternecida
a su esposo el primer acento daba,
que en un suspiro dio señal de vida
el que antes pareció que muerto estaba:
«¡Ay, dice, dulce amor, prenda querida!
Si aquella casta fe que me obligaba
a seguir vuestro noble gusto es cierto
que este cuerpo vivo aún no se ha muerto.

117. »Vuelve, noble Auchalí, esos graves ojos
a estos que ya por ellos son dos ríos,
serenarán sus luces mis enojos,
y en gloria volverán los males míos;
mas si estos son de amor vanos antojos,
y entre estas sierras y árboles sombríos
mi bien se ha de acabar y la alegría
que a penas en mi alma amanecía.

118. »Aquí una sola fiera en sus entrañas
a los dos juntos de sepulcro vivo:
¡Oh, Alodia santa! Luz de las montañas,
por cuyas firmes esperanzas vivo;
si a los que en gloria están no son extrañas,
las graves ansias y el dolor esquivo
de los que en vida amaron ¿de estas mías
cómo, señora, tanto te desvías?

119. »Socorre ahora, oh regalada esposa,
del que reina te pudo hacer divina,
desde esa celestial patria dichosa
el dolor de esta, tu afligida Argina;
que la palabra que te dio piadosa
te cumplirá, si de cumplirla es dina.
Mas, ¡ay de mí!, que no la haber cumplido
a este presente riesgo me ha traído».

120. Dijo, y el belicoso Ferraguto
con templadas palabras la consuela,
que aunque de alma sangrienta, no es tan bruto
que de un grave dolor no se conduela;
mas viendo que llorar el mal sin fruto
ni lo hace sano ni que menos duela,
para poner en tantos llantos tasa
de las palabras a las obras pasa.

121. Y con la libertad del jayán muerto,
entre las verdes yerbas desangrado,
el cerrado castillo quedó abierto
de la gente servil desamparado;
y de un lóbrego sótano encubierto
cárcel de un grave pueblo aprisionado
haciendo libre la mortal cadena
cien almas de una vez sacó de pena.

122. Y dando ya la puente y su rastillo
segura puerta y paso, volvió a Argina,
que a su esposo abrazada el amarillo
rostro entre su sangriento pecho inclina;
lleva a curar sus llagas al castillo
si hay para tantas juntas medicina
que aplicarle remedios es el cierto
al menos vivo, mientras no está muerto.

123. Estaba de abastadas provisiones
el sin lealtad castillo apercibido,
que de las comarcanas poblaciones
feroz, robaba el pueblo, malnacido;
y de los que oprimía en sus prisiones
el mal ganado mueble recogido,
caballos, armas, joyas, plata y oro,
que a sus dueños volvió con gusto el moro.

124. Hallose entre estos presos un cristiano,
que el Soricano Alpidio se decía,
de noble sangre y pecho castellano,
preso a traición del falso Alcandro un día;
y como caballero y cortesano,
que así entonces lo usaban, conocía
preciosas yerbas, cuyos jugos tales
bálsamos podía ser de todos males.

125. Este tomó la sangre y las heridas
de Auchalí reparó lo más que pudo,
bien que en grandeza y número medidas
con desconfianzas lo volvieron mudo;
mas las dos voluntades conocidas
por el discreto cirujano agudo
de los amantes dos, que aunque paganos,
suspiros daban de deseos cristianos.

126. Ya el victorioso Ferragut partido
y de los más honrados prisioneros,
el diferente pueblo reducido,
a varios fines y diversos fueros;
habiendo el tiempo y la ocasión medido
así a los dos amantes verdaderos,
con caricias habló y un dulce trato
cuanto pretende haber compra barato.

127. «No es menester, señores, preveniros
de acreditar en vuestro amor mi pecho,
pues más que en mi razón podré deciros,
por mí os dirá lo que por vos he hecho;
que aunque es todo escasezas en serviros
en lo que hasta ahora he sido de provecho
no he faltado y amor por obra enseña
que esa no está en ser grande ni pequeña.

128. »El puesto ahora seguro es peligroso
que Bramante, cuyo es, querrá cobrallo
y aún vengarse del brazo poderoso
que con su espada pudo sujetallo;
yo estoy de vuelto bien tan deseoso
que si el mío importare aventurallo
por el tendré a mayor ganancia hacello
que todo un mundo que me aparte dello.

129. »No lejos de aquí está una antigua ermita
que yo un día hallé saliendo a caza
donde en santa quietud de un hombre habita
de sangre noble y cortesana traza;
mientras que el brío perdido resucita
el santo cielo y la ventura engaza
de nuevo vuestras cosas, ya podremos
del riesgo allí escapar que aquí tenemos.

130. »Que yo, como español hidalgo, os juro
que debajo mi amparo y casto abrigo,
mientras viviere hallareis seguro
en todos trances vuestro honor conmigo;
y por mi ley cristiana y fe aseguro
a vuestro gusto en todo obras de amigo
sin que ninguna el mío intente y haga
que a los dos no contente y satisfaga».

131. Esto Alpidio les dijo y con bastantes
razones trocó así sus tiernos pechos
que ya mudando ley los dos amantes
a la ermita con él se van derechos;
donde aunque de los golpes penetrantes
murió Auchalí, después que fueron hechos
ambos cristianos a la viuda Argina
a una ciudad llevó circunvecina.

132. Y allí en santa clausura un nuevo esposo
ganó de inmortal gloria su deseo
trocándose en el cielo poderoso
para el bien de su alma este rodeo;
tanto el trato de un bueno es provechoso
tanto se medra en un honrado empleo
que a tantos bienes siguen otros tantos
y tanto con su Dios pueden los santos.

133. Mas Ferragut, después que dejó puesta
la puente en libertad y a sus cautivos
cuando el alba de aljófares compuesta
los antes muertos campos vuelve vivos;
y las horas entorno haciendo fiesta
con mudanzas y pasos fugitivos
el negro luto vuelven nácar fino
el reposo dejó y tomó el camino.

134. Era el tiempo en que el año se remoza
y la tierra, preñada de bellezas,
sus flores pare y sus olores goza
y alegra ambas a dos naturalezas;
cuando en los prados el placer retoza
y Venus llena al mundo de riquezas
comienza el ruiseñor quejas de amores
y enguirnaldan sus bueyes los pastores.

135. Por una selva que el humor del río
de rosas, llena y de árboles, tenía,
y las aves sin dueño con el frío
sus ramas de suavísima armonía;
bravo el moro bajaba y de un sombrío
bosque que el tumbo de la sierra hacía,
a caballo salir vio un hombre anciano
tras él dos perros y un neblí en la mano.

136. Parose a ver al moro el caballero
de su apostura y gallardía pagado
y viendo en su ademán ser forastero
y el limpio arnés de golpes señalado;
sospechando el suceso verdadero
con grave estilo y con semblante honrado,
cortés le saludó y con voz prudente
nuevas pidió de su enemiga puente.

137. Y sabiendo que ya el gigante es muerto
y del traidor castillo libre el paso,
el pecho por los ojos descubierto,
alegre el viejo al no esperado caso;
«¡Ay señor -dijo- si el suceso es cierto,
y vuestro golpe de valer no escaso
da de su entero punto a la milicia
y a una gran sinrazón haced justicia.

138. »Yo, señor de Galaf, rey de Toledo,
soy tío, de Alhamud su padre, hermano,
es mi nombre Yucef y decir puedo
que a toda España gobernó esta mano;
y el tiempo, que jamás supo estar quedo
de uno en otro vaivén fue tan liviano
que me ha traído a los que veis ahora
que quien más vive más desgracias llora.

139. »Treinta cumplidos lustros he vivido,
de ciento y cincuenta años son mis canas
y mi alfanje el primero y más temido
que pasó de las sirtes africanas;
del escuadrón de Muza fui elegido
sucesor, las fronteras toledanas
mías fueron un tiempo y yo en su tierra
rey de la paz y dueño de la guerra.

140. »Cansó el mudable tiempo a la fortuna
y a mí también los mandos y el gobierno,
cuya carga sabrosa e importuna
en hombros puse de Aliatán mi yerno;
y de una vida quieta, a quien ninguna
iguala, codicioso el pensamiento,
de la pesada autoridad cansado,
troqué el público bien por el privado.

141. »Dejó el cetro real y aquí me vengo
donde un castillo en puesto suficiente
de alegre recreación y gusto tengo
al salto del cristal de esta corriente;
allí en ociosa vida me entretengo
y en quietud vivo de mi pueblo y gente
con libros, con pinturas y con caza
lo que un regalo al otro no embaraza.

142. »Era también del patrimonio mío
de este castillo la torreada puente
que el paso hacía seguro y por el río
le cobraba un portazgo suficiente;
hasta que ya el soberbio desvarío
del rey Bramante la usurpó a mi gente
Bramante, que también con alma avara
de Toledo usurpó a Guadalajara.

143. »Alzaron el comercio de la tierra
de sus fieros soldados las crueldades
siendo el origen de la nueva guerra
del jayán bruto torpes libertades;
ha dos veces seis lunas que se encierra
de un yermo en las incultas soledades
ofendiendo por celos insolentes
con su torpe vivir el de las gentes.

144. »Hija del rey Galafre es Galiana,
cuya beldad se entiende que del cielo
hecha de alguna pasta soberana,
para asombró bajó y honor del suelo;
el ámbar y arrebol de la mañana
que entre rayos y aljófares de hielo
el mundo argenta y su tiniebla aclara
dirás que son vislumbres de su cara.

145. »Y aunque es del alba el rostro y la cabeza,
del sol entero que tras ella nace
y los ojos dos rayos de belleza
con que su luz temer y amar se hace;
mayor que la hermosura es la grandeza
y la honestidad más con que deshace
o entibia el fuego que primero expira
con los rayos que dije en quien la mira.

146. »Pues de la gran beldad que asombra el mundo
y por Venus mortal Toledo adora,
Bramante, que en soberbia es el segundo
Lucifer que hoy entre los hombres mora;
dio de su pecho cruel al centro inmundo
la bella estampa de su muerte autora
y a su arrogancia pensamiento altivo
de no dejar el suyo en hombre vivo.

147. »Y llena el alma ya de esta locura,
varios modos buscó de conseguilla
dando en las justas pompa a su hermosura
y a todo el mundo asombro y maravilla;
hasta camino abrió y senda segura
desde Toledo a su usurpada villa
que como a intento fuera de camino
iba y venía por él su desatino.

148. »En este tiempo un moro valeroso
de agradable presencia y alma moza
llamado Brabonel, sobrino brioso
del rey que ahora gobierna a Zaragoza;
a Toledo llegó y vio el rostro hermoso
que el rico Tajo en sus riberas goza
y entrando en competencia con Bramante
perdió el antiguo por el nuevo amante.

149. »Es Brabonel galán, es cortesano,
un Fénix en primor y en gallardía,
bravo en las guerras, en la paz humano,
de afable trato, lleno de hidalguía;
Bramante un feroz bárbaro inhumano,
sin término, lealtad ni cortesía
no fue mucho llevarle allí del alma
como del cuerpo la triunfante palma.

150. »Salió el jayán corrido en varios trances
que entró con su contrario en competencia
dándole siempre el disfavor alcances
del ofendido gusto a la impaciencia;
hasta que al fin por excusar los lances
del desdén hizo de Toledo ausencia
como toro vencido, que al más fiero,
la vaca deja que seguía primero.

151. »A este castillo que a tu cuenta dejas
como a frontera a recogerse vino,
donde de agravios lleno y tristes quejas
su reino dejó el nuestro y el vecino;
corriendo en riesgo y condición parejas
las leyes del cristiano y sarracino
sin respeto de fe, reino ni reyes
que quien vive sin ley, no guarda leyes.

152. »Harto ya de afligir nuestra comarca
huyó a nuevo presidio y nueva tierra,
dejando en esta su señal y marca
y en ambas con crueldad, discordia y guerra;
mas si es que ya la inexorable parca
en su vientre el rigor tirano encierra,
restituye a su antiguo castellano
el vencido castillo de tu mano».

153. Así el anciano moro persuadía
su causa al de Aragón feroz caudillo
y en su alma amor y celos encendía
de Galiana el valor con solo oillo;
cuando huyendo vieron que venía
un caballero y otro por herillo
de la fuerza que puso en alcanzallo
al hacer golpe destroncó el caballo.

154. Salió ligero de él cual raudo viento,
mas viendo que es a pie seguirle en vano
al bosque se volvió mudando intento,
su bayo muerto ya en el fresco llano;
Ferragut le siguió y él ya contento
Yucef, que si en la edad y el pelo es cano,
niño es siempre el deseo hecho de antojos
y niñas las que miran en los ojos.

155. En medio el bosque al pie de un sauce umbroso
un caballero vieron recién muerto
y el que al pie se volvió tras un hermoso
caballo de armas y sudor cubierto;
queríale asir del freno y el brioso
huyendo hacía su trabajo incierto,
cuando corriendo vieron que venía
una doncella que favor pedía.

156. «Socorre, dice, oh Bahamel, la pena
de tu esposa y traición de un falso amigo,
que Arcalí el alma de este acíbar llena
la lleva en su poder, yo soy testigo;
y entre tanto que tú por la honra ajena
la tuya en guarda das a un enemigo,
te la robó en la fuente cristalina
de quien saliste a dar favor a Alpina».

157. Quedó con las heridas y el espanto
de las amargas nuevas sin sentido,
el triste caballero en tierno llanto
de lágrimas y sangre convertido;
y en Ferragut su pena pudo tanto
que habiéndole el derecho concedido
de su venganza se partió a hacella
por donde había venido la doncella.

158. No fue ella a guiarle, que cuando curando
las llagas de su herido caballero
y él su presta venganza deseando
por no perder sazón salió ligero;
de su perdida tierra al rey dejando
para la restaurar derecho entero
con que el contento ya sin más seguillo
a poner volvió cobro en su castillo.

159. Aquel día y el siguiente anduvo el moro
por la confusa selva sin camino
y cuando el sol entre celajes de oro
a templar comenzó su ardor divino;
al doblar de un sierra oyó el sonoro
murmurar de un arroyo cristalino
y a la ribera de él entre las flores
la choza vio de un hato de pastores.

160. Nunca soberbio alcázar fabricado
en columnas de mármoles preciosos
con ventanaje y torres almenados
lejos puso en su vista más hermosos;
que la humilde cabaña y su ahumado
techo y de los mastines perezosos
el frío ladrar que al hambre y sus enojos
la boca le hace el juego y no los ojos.

161. ¡Cuán moderados requisitos pide
en su rigor la condición humana
y en qué de partes la ambición divide
lo que al adorno incumbe y pompa vana!
Su cuerpo por el moro entre las flores mide
y a la despensa rústica aldeana
humilde pide moderada cena
que no hay mal pan cuando el hambre es buena.

162. Reformó de los rústicos manjares
con el vientre también el apetito
que los pavos y tortas singulares
las sobras siempre son de un gusto ahítos;
y viendo por los ásperos vallares
subir balando el recental cabrito
a las maternas ubres que cargadas
de gruesa leche buscan sus majadas.

163. Lo poco que quedaba de la tarde
de nuevo lo gastó tras su demanda,
y al tiempo que más hiere y menos arde
el sol que sobre el mar de Cádiz anda;
desde una sierra vio en vistoso alarde
con varias flores de una y otra banda
hacer por entre un risco y dos alisos
a una columna de cristal mil visos.

164. Volvió la rienda el cuidadoso moro
a la luz de los vivos resplandores
y al pie del risco sobre arenas de oro
una fuente bullir vio entre flores;
que de una en otra en murmurar sonoro
al prado deba en su llorar favores
y con su claro estanque al bajo monte
de cercos de cristal bello horizonte.

165. Una cueva en su tumbo socavada,
el yerto lomo de aquel cerro abría
en lo más firme de él incorporada
que de albergue a la fuente le servía;
de verde yedra y flores entoldada
que un taray con su sombras defendía
y su virtud secreta convidaba
a no pasar de allí el que allí llegaba.

166. Entre el verde taray y los alisos
un padrón de cristal con sus reflejos
al caer del tibio sol daba los visos
que al moro hicieron señas desde lejos;
y allí entre las molduras de sus frisos
con letras y caracteres bermejos
«Esta es la cueva y fuente del Contento
donde al vivo se sueña el pensamiento».

167. Dejó la silla el moro, quitó el freno,
y del prado hizo dueño a su caballo,
entretenido por el bosque ameno
en el deleite y gusto de mirallo;
el yerto monte de mosquetas lleno,
de verde yedra el revoltoso tallo
que por ásperos riscos y grimazos
con mil vástagos de tiernos abrazos.

168. Y por gozarle la belleza entera
al florido vergel fue sin trabajo
subiendo el monte humilde de manera
que siempre el pie más firme era el más bajo;
llegó a la verde cumbre y por de fuera
del pendiente peñasco vio en un gajo
escrito: «Esta es la cueva de Jorguines
hada del sueño, fuentes y jardines».

169. Miró en el fondo de la clara fuente
y vio nadar por ella peces de oro
y del mismo metal resplandeciente
la arena y guijas, admirose el moro
y escondiendo la mano en la corriente
asió y probó sacar de su tesoro
lucientes piedras, que eran acá fuera
pardas guijas y arena verdadera.

170. Con su oculta virtud el agua hacía
en sus cristales tan vistosos lejos
que oro, aljófar menudo y pedrería
su arena y peces parecían de lejos;
limpia, serena, transparente y fría
de gusto dulce y de sabrosos dejos
templó el calor el moro con su hielo
y recostose en el florido suelo.

171. Ya en esto el carro de la luz volcando
el oro y rosicler del horizonte,
sus argentadas crústulas bañando
de ámbar bajaba a la raíz del monte;
las blancas playas del Japón buscando
que en las de España aguardan se transmonte
para hacer del barniz de aquella esfera
el nácar de su aurora y luz primera.

172. Saliendo al cielo oscuro trecho a trecho
bellas centellas Ferraguto hizo
del prado alfombra y de las flores lecho
perdido entre las hierbas y el carrizo;
donde contando al estrellado techo
los diamantes del carro movedizo
las penas, los cuidados y a su dueño
sin sentirse llevó un sabroso sueño.

173. Y luego que el silencio a los sentidos
en dulce olvido puso sepultados
y a la interior potencia reducidos
en otro nuevo mundo embelesados;
entre jazmines y árboles floridos
sobre un soberbio risco fabricados
unos palacios vio o soñó que vía
labrados del pincel que asombra el día.

174. Los muros de alabastro y las molduras
en negro y fino pórfido cortadas
de enlazados follajes y figuras
en ventanaje y bóvedas sembradas;
cien torres de cristal, cuyas alturas,
con chapiteles de oro coronadas,
las nubes buscan y al subir sobre ellas
vencen en luz y asombran las estrellas.

175. Eran las puertas de ébano bruñido
que un embutido de marfil esmalta
las bisagras de acero y de fornido
bronce el engarce y nudo que las ata;
con sierpes de oro el firme umbral ceñido
aldabones en máscaras de plata,
lumbrera,, claraboyas y balcones
con rejas de mezcladas intervenciones.

176. En nueve hermosos patios repartido
de la soberbia casa el rico asiento,
de altas columnas dóricas ceñido
de fino jaspe en cada patio ciento;
de forma ovada en perfección subido
el cuerpo y arquitrabes por el viento
en cuatro partes que al crecer descrecen
y entre las nubes vuelan y fenecen.

177. Las puertas adornadas de festones,
de istriadas columnas y de lazos,
frisos, triglifos, ménsulas, cartones,
acroterias, metopas y cimazos;
de oro y estucos, piñas y artesones,
frontispicios y bellos lagrimazos
y en las bóvedas y altos lacunarios
varios florones y mosaicos varios.

178. De follajes vestidas y colores
las antorchadas cimbrias y arquitrabes,
las altas salas y anchos corredores,
de historias llenas y sucesos graves;
feroces guerras, bárbaros amores,
al hecho fieros y al pincel suaves,
de alabastro los muros y sobre ellos
de rica estofa mil tapices bellos.

179. Resplandeciendo con vajillas de oro
las ricas mesas de precioso alerce
a quien el grave peso del tesoro
por mayor majestad agobia y tuerce;
resonando en los techos un sonoro
ruido que parece que se esfuerce
de rato en rato, y que a su sueño breve
el gusto roba el de un amigo aleve.

180. El moro que aún dormido se congoja
por ver quien el ruido y golpe causa,
y entrando en una sala se le antoja
que una voz tierna en resonante pausa;
dulce favor le pide y que al que enoja
de su deleite a la amorosa causa
la vida quita y con rabioso ceño
tras los gustos prosigue de su dueño.

181. Entró a una cuadra y vio en un rico estrado,
sobre alcatifas de oro y pedrería,
la beldad misma que antes desvelado
amor le dibujó en la fantasía;
un rostro de la luz del sol cortado
y en un dosel que su sitial cubría
con letras de esmeraldas y topacios,
«Esta es Galiana y estos sus palacios».

182. Dejó del rico adorno la grandeza
de nuevo ardiendo su ánimo brioso,
que amor en sueños crece la belleza
y el más frío corazón vuelve amoroso;
y a veces pinta con mayor destreza
entre el mudo silencio y el reposo
la beldad en el alma, que sería
no tan bella quizá vista de día.

183. Estando entre el deleite y los deseos
de la nueva ambición de sus antojos,
dando el rendido pecho por trofeos
del halagüeño trato de tus ojos;
la cuadra llena de unos bultos feos,
llevarle pareció en ricos despojos
la gloria que gozaba y que quería
defenderla del riesgo y no podía.

184. Parécele que llevan la hermosura
que en su pecho el amor pintó robada
y que a él no es posible, aunque procura
con brío en su favor, sacar la espada;
y al congojoso de esta apretura,
el alma su aliento alborotada
furiosa rompió el sueño y de repente
al margen se halló de la ancha fuente.

185. Y como absorto en las figuras vanas
que en vuelo huyen por la ebúrnea puerta
aún gozando sus luces soberanas
la vista ni dormida ni despierta;
en el bosque sintió quejas humanas,
y de un triste gemido la voz muerta
y en duda si es el doloroso acento
la verdad del soñado pensamiento,

186. furioso deja la sonora fuente
y en abrigado escudo y firme espada
al ciego bosque entró, por donde siente
rastro de la afligida voz cansada;
después diré el suceso, que un prudente
rey, el alma de penas rodeada
siento para contarlas, que me llama
él a mí, yo a mi pluma, ella a la fama.

187. El bravo Alfonso el Casto, rey gallego
católico en la fe, en las armas fuerte,
sabio en la paz, cuidoso en el sosiego
y en las guerras intrépido a la muerte;
viendo abrasarse en belicoso fuego
la invicta España con prudencia advierte
en un largo discurso entretenido
los males que han de la ambición nacido.

188. Con Toledo está Córdoba alterada
Valencia contra Córdoba y Toledo
Pamplona contra Huesca y con Granada
Murcia y Guadix, Segovia con Olmedo;
Mérida en armas, Badajoz alzada,
Lisboa desierta, Portugal con miedo,
Lugo sobre el río Miño hecho un pantano
con la reciente sangre de un tirano.

189. No se había descuidado el rey brioso
del áspero castigo merecido,
del traidor Mahamud que en poderoso
ejército y valor nunca vencido;
sobre el río de Galicia caudaloso
lo fue a buscar, halló y dejó vencido
pasándole en su campo y su castillo
cien mil aleves cuellos a cuchillo.

190. Murió peleando el moro caviloso
a quien cortó Adelgastro la cabeza.
Adelgastro un feliz brazo brioso,
del rey Favila hijo y su braveza;
el que en Obona, sitio peñascoso,
de un real convento alzó la ancha grandeza
y en el costoso cerco de Girona
dos jayanes mató por su persona.

191. Este la infiel cabeza desangrada
que en Mérida lo fue, sacó en la mano,
con que dichosamente rematada
la guerra y victorioso el rey cristiano;
a León volvió dejando reformada
la tierra y supo allí que el francés Mano
con soberbia ambición y alma imprudente
contra las suyas levantaba gente.

192. Pudiera el rey leonés entrarse a vueltas
de las civiles guerras de los moros
y a costa de sus bárbaras revueltas
ciudades adquirir, ganar tesoros;
si las doradas lises contra él vueltas
no le fueran estorbo y los sonoros
clarines del ejército que marcha
a su encendido fuego helada escarcha.

193. Más viéndose impedido y obligado
a la defensa y guarda de su tierra
el victorioso campo que ha sobrado
de Mahamud en la sangrienta guerra;
que marche manda y suba reforzado
por Avilés, Fontile y la alta sierra
de Espinosa y Pomar sin que en tal caso
Ebro le tuerza y le detenga el paso.

194. Y entre Santa Gadea y la Victoria
a Pamplona se acerquen por Tafalla
y allí hasta de ser de Francia más notoria
la venida, hagan muestran de esperalla;
y a la rica ciudad, que por memoria
Pompeyo puso almenas y muralla
trabajen de abrasar, que es de importancia
que no esté a devoción del rey de Francia.

195. Y a don Fortún Garcés, rey de Navarra,
favor se pida y paso afortunado,
cuyo denuedo y corva cimitarra
vencer sabe al francés en campo armado;
y el bretón por temor de su bizarra
gente le da tributo acostumbrado
comprando a sus robustos roncaleses
la paz de un año en tres grasientas reses.

196. Al rey Marsilio ya que no le pida
por su reputación favor España,
como la que en la guerra más temida
jamás la quiso de otra gente extraña;
la paz a peso de oro concedida
a Aragón por Galicia y la montaña
se confirme de nuevo y harto digo
que España otorgue paz a su enemigo.

197. Así el rey Casto en su sitial sentado
entre sus ricos hombres discurría
en el gobierno y traza desvelado
de lo que al reino y su salud cumplía;
cuando para hablar en el senado
licencia pidió un joven, que traía
del muro de Sansueña y de su gente
grave embajada para el rey prudente.

198. Fueron de aquellos siglos fama honrosa
los torreados muros de Sansueña
ciudad insigne, en gente populosa,
lo que hoy es de Pamplona aldea pequeña;
el tiempo con su fuerza poderosa
sus grandezas volvió una inculta breña
haciendo que esta suba y la otra ruede
que esto y más que esto con sus vueltas puede.

199. Dícese que el famoso Ballugante
del primer Biarabí segundo hermano,
con franceses despojos de triunfante
gente fundó el gran pueblo de su mano;
en muros y edificios elegante
en sitio fuerte en mármoles galano,
famosa corte un tiempo y del vecino
pueblo competidora de contino.

200. Fue cárcel de la bella Melisenda
en prisión noble su almenado muro,
donde Gaiferos por inculta senda
con las armas de Orlando entró seguro;
a librar su cautiva amada prenda,
como la suya Orfeo al reino oscuro
mas si este la perdió por imprudente
la suya dio al francés el ser valiente.

201. Ganola el casto Alfonso al rey Tidoro
y a su reino la puso por frontera,
de armas ceñida contra el pueblo moro
que en sangrientos rebatos persevera;
tenían sus torres chapiteles de oro
y el firme muro que de jaspes era
por más emulación contra Pamplona
de almenado alabastro la corona.

202. De cien torres altísimas cargado
da su alcázar real espanto al río
a quien un soto de álamos cercado
de bosque sirve y de jardín sombrío;
aquí Bastán, alcaide celebrado
un tiempo de Zámora, con su brío
sus fronteras enfrena y aquel día
su mensajero al Casto Alfonso envía.

203. Diósele grata audiencia entro y besando
la mano del rey y habiendo conseguido
de hablar licencia al generoso Ovando
uno entre mil valientes escogidos;
para este grave caso, levantando
la voz dio: «Señor esclarecido,
Sansueña y su virrey, de tu alegría
con mi persona, el parabién te envía.

204. »Goces felices años la victoria
que a Miño espanto dio y la nueva guerra
a tus pies reales traiga en triunfo y gloria
cuanto honra el mundo en su ambición encierra;
y en trofeos dignos de inmortal memoria
la tuya asombre con su voz la tierra
y por ley de tu mano y estatuto
parias te den sus reyes y tributo.

205. »Celebrando en real pompa la grandeza
de tu victoria, célebre jornada
de Sansueña, Bastán, noble cabeza,
de juventud florida coronada;
entre alegres bohordes la braveza
de Zumail la vio sobresaltada
que a echar por tierra almenada cerca
con cien mil combatientes se le acerca.

206. »Por socorrer a Mahamud en Lugo
de Nájera este ejército salía
que para echar de sí el infame yugo
de Córdoba y Hesen juntando había;
y el Hado que ya fue cruel verdugo
en la muerte infeliz de Harpalía,
hijo de Zumail, le trajo un moro
a su corte, llamado Cardiloro,

207. »hijo del rey, que en Ayamonte tiene
centro sobre el tendido Guadiana
y nieto del que digo a quien conviene
el rey no por su madre Balhamana;
pues este moro que a heredarle viene
de ambición lleno y de arrogancia vana
hecho dueño del campo, su real seña
y el camino volvió para Sansueña.

208. »Llegole dentro en Nájera el aviso
de tu ilustre famoso vencimiento
con que de rabia hundir el mundo quiso
en cruel venganza y bárbaro escarmiento;
y culpando a su pecho de remiso
la jornada mudó y trocó el intento
dejó la Rioja y por camino llano
el Ebro el curso hurtó a la diestra mano.

209. »No huye de sus aguas perezosas
que en Sansueña ha jurado de bebellas
de Arga y que a sus murallas espaciosas
hombre no ha de dejar ni almena en ellas;
y no son todas befas jactanciosas
que la cruel experiencia vuela entre ellas
y el bárbaro feroz por donde pasa
todo en cruel fuego y en rigor lo abrasa.

210. »Trae voz de dar seguro y libre el paso
al francés, que ya marcha por su tierra,
y a pesar nuestro con sus armas raso
el fragoso camino de la sierra;
este es señor de mi venida el caso
y aviso que te traigo de esta guerra
de este nuevo enemigo a tu corona
unido a la de Francia y Pamplona.

211. »Por Viana a Sansueña va derecho
con grande orgullo y con mayor pujanza
y puesta tu ciudad en este estrecho
solo en tu real valor halla esperanza;
que aunque de Viriato el fuerte pecho
volviese al mundo a gobernar tu lanza
en el presente riesgo sin tu amparo
nuestro sabio temor haría más claro».

212. Dijo, y envuelta el rey en mil cuidados
la casta alma y prudente fantasía,
los unos de los otros atajados;
ni en este asiente ni en aquel se fía;
no halla cuáles son los acertados
cuáles seguir o desechar debría
al discurrir de su alto pensamiento
todo se altera y mueve en un momento.

213. Como tal vez con rayos tembladores
en nocturna quietud luna argentada
de un jardín bello hiere entre las flores
remansos sin color de agua espejada;
reverberan los vivos resplandores
en la cercana bóveda dorada
y bullen sus vislumbres sin provecho
los varios lazos del dorado techo.

214. Así el prudente Alfonso la inquieta
fantasía baraja en varios modos,
y al peso del gobierno con discreta
prevención los tantea y mide todos;
dan y toman el caso en su secreta
consulta el rey y sus valientes godos,
buscando a tantos golpes de fortuna
salida honrada, si ha quedado alguna.

215. Así señor, en vuestro real consejo,
presidiendo a sus graves senadores,
de sabia majestad sois limpio espejo,
y al mundo repartís honra y favores;
Homero en letras, Néstor en consejo,
freno al mayor, amparo a los menores;
y así también os miro y considero,
armado de prudencia en vez de acero.

216. Allí, después de varias opiniones
del consejo de guerra fue acordado
que a toda diligencia las legiones
del victorioso campo reforzado;
con don Tibalte rompan los mojones
del navarro distrito y alojado
sobre Sansueña pare y entretanto
su corte pase a Burgos el rey santo.

217. Así en su sala real, de sabios llena,
el santo rey en cetro y silla de oro
los graves casos de la guerra ordena,
y al francés pone espanto, y miedo al moro;
cuando en las sierras de Narbona suena
del astuto Garilo el falaz lloro,
con que engañado a quien le escucha lleva
al ciego enredo de su historia nueva[1].

[1] Las últimas cuatro octavas de este libro aparecen en la edición Princeps al comienzo del libro VI, pero pertenecen al libro V por su contenido y forma.

Alegoría

Garilo que huyendo de unos amigos en otros con ningunos se asegura, significa la inquietud que trae el vicio y quien le sigue y como una mala conciencia a sí misma se lleva, donde quiera que va, por azote de su culpa.

En Argina librada por Ferraguto en la historia y sucesos de su vida , lo mucho que importa tratar con buenos, pues no se interesa menos que serlo por su intercesión.

Ferraguto, enamorado por relación de la hermosura de Galiana, muestra que un hombre distraído, con cualquiera causa por liviana que sea, se ocasiona a sus sensualidades.

En las parcialidades y guerras civiles de los reyes moros de España se descubre el gran daño que viene a un reino de tener muchas cabezas y lo que la ambición sabe sembrar de disensiones, cuando halla dispuestos para ello los ánimos de los príncipes.

Fin del quinto libro.

LIBRO SEXTO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena.

ARGUMENTO

Cuenta Garilo una fábula a Orlando y a los suyos a fin de divertirlos, preguntándoles cuál sea el don mayor de la Fortuna. Descubre Bernardo desde el navío persiano una fresca isla donde lleva a Orimandro para curarle. Halla en ella a Gundemaro, un noble español, que después de curar al rey sus heridas hace a Bernardo una agradable relación de sus infortunios.

1. Era Garilo de ánimo doblado,
en sutiles astucias atrevido,
vario, cauto, mudable, recatado,
de enjuto rostro y corazón fingido;
de color verdinegro, retostado,
de erizado cabello, retorcido,
los alterados ojos, aunque vivos,
atraidorados al mirar y esquivos.

2. De Mauregato el rey bastardo, hijo
en Girona nació de una aldeana,
en traición siempre el pensamiento fijo
resabios de la leche catalana;
o el triste agüero que el furor predijo
de la paterna sangre mauritana
que ahora en pomposo estilo y voz valiente,
así engañando va la franca gente.

3. «Según de mis mayores he aprendido,
aquella sangre real hierve en mi seno,
que al triforme Gerión de cuello erguido
doblado yugo puso y firme freno;
y aunque en humildes paños encogido
de reyes el linaje tengo lleno,
que es el mayor valor que a una persona,
las obras le quilata y perfecciona.

4. »Del caudaloso Tarno en la ribera
una aldea humilde goza su frescura,
adonde en busca de la luz primera
deje el antiguo seno en noche escura;
aquí también nació, que no debiera,
por principio a mi ciega desventura,
la aldeana más bella y más lozana
que jamás se vistió ropa aldeana.

5. »Si en humano retrato su belleza
posible fuera o lícito sacalla,
de rosas coronada la cabeza,
gloria de la beldad fuera el miralla;
mas sube a tal quilate esa fineza,
que a querer la arrogancia dibujalla
a lo menos perfecto no llegara,
aunque el pincel de la afición pintara.

6. »Nacimos juntos y al igual nacía
amor en nuestros tiernos corazones,
que al blando trato y a la igualdad crecía
de agradables placeres y pasiones;
penas también entre el contento había
que el amor donde faltan sinrazones
el tierno gusto con su dulce estraga
y aquello que apetece le empalaga.

7. »Son lo fino de amor los sinsabores
de un no sé qué de cierta niñería
y las mezcladas penas con favores,
el dulce riego que lo aumenta y cría;
ni en el campo el verano es todo flores
ni en el amor todo gusto y alegría,
antes mezclados gustos y disgustos
del suyo son los verdaderos gustos.

8. »Entre esta variedad de sentimientos,
ya temiendo, ya huyendo, ya esperando,
grandes cosas pasé, en que mis contentos
creciendo a veces fueron y menguando;
Amor a mis felices pensamientos,
ahora contradiciendo, ora ayudando,
si la Fortuna en algo me terciara,
su triunfo estaba y mi victoria clara.

9. »Mas fue a mi blanda fe tan rigurosa
y a mis tiernos propósitos tan fuerte,
que cuando la hallé más amorosa,
jamás sin un azar me salió suerte;
y a quien con vista mira desdeñosa,
el tesoro en carbones le convierte,
que cuantas glorias su inconstancia vende,
son, si falta sazón, bienes de duende.

10. »Ya la ocasión, ya el tiempo me faltaba,
ya el un estorbo al otro sucedía,
ya el padre, ya el hermano me ocupaba,
ya la luz, ya la noche me ofendía;
o no tenía cuidado o me sobraba,
o ya me desvelaba o me dormía,
que donde no hay ventura, todo es muerte,
por bien que acuda al paladar la suerte.

11. »Eran mis inconstancias de manera
que nada me acertaba a dar concierto,
ni ser en el amor de blanda cera,
ni al frío desdén mostrar el pecho abierto;
que el favor y regalo que pudiera
resucitar sin fe un amante muerto,
en mí era enfados de tibieza seca,
que una desgracia hasta los gustos trueca.

12. »Y como el fino amor no es otra cosa
que un reloj de artificio concertado,
o de pulso sutil y mano airosa,
un instrumento músico templado;
que de su consonancia numerosa
lo fino está en un punto delicado,
cuya armonía mientras más perfeta,
con mayor disonancia se inquieta.

13. »Así cualquiera humilde niñería
con tal facilidad nos alteraba,
que a un blando soplo de aire parecía
que el mundo con borrascas se anegaba;
andábamos sin luz en medio el día,
ciegos tras el que ciego nos guiaba,
gozando entre temores indiscretos,
de un inconstante amor varios efetos.

14. »Del viejo Tarno en la ribera amena
con cierta selva antigua está guardada
una rústica cueva, en que se suena
tener la primera agua su morada;
de verde orín y antiguas lamas llena
y una pendiente peña socavada,
adonde en fértil urna cristalina
el claro y fugitivo dios se inclina.

15. »De selva antigua y húmeda alameda
en confusa espesura rodeada,
en rama y hoja el bosque así se enreda
que el sol no halla a su frescura entrada;
donde vestido de amorosa seda,
de ovas la verde frente coronada
de las ninfas en medio el casto coro,
el río enjuga sus cabellos de oro.

16. »Yo aquí en la regalada compañía
de mi amorosa Gila entretenido,
de los bienes gocé en que amor tejía,
los graves males donde me ha traído;
y aquí la noche de un siguiente día
venir los dos dejamos con olvido,
para de mil fatigas dolores
coger el fruto y flor entre las flores.

17. »Fue concierto sin orden desastrado
de amor y mocedad hecha de antojos,
tiempo más largo, día más pesado,
ni el mundo tuvo, ni le abrió en mis ojos;
ni de Faetón corrió más abrazado,
el cielo lleno de carbuncos rojos,
que tú, Apolo, tuviste el alma mía
el largo curso de aquel corto día.

18. »Ni del nuevo laurel aborrecida
con tantas veras fue tu hermosura,
ni de Tisbe y de Príamo tenida,
tu luz y tu beldad por más escura;
ni de nadie tu ausencia pretendida
con tanto gusto fue y con tal locura,
ni a nadie con negar tus rayos diste
noche más ciega, confusión más triste.

19. »Tuvo mi Gila a Silvio por hermano
y yo a Tarciso por mi caro amigo,
Tarciso, que por fácil y liviano,
le era entonces contrario y enemigo;
y de mi amor y mi concierto vano,
solo este por mi gusto fue testigo
para traerme la fortuna al puesto
de la última miseria en que me ha puesto.

20. »Aquella noche junto a la posada
donde el tesoro de mi bien vivía,
al tiempo de la seña concertada
el fiel Tarciso por hablarme venía;
cuando de su enemigo en la celada
cayó, que armado por su mal le había
y con ir descuidado, obró de suerte,
que al oculto agresor le dio la muerte.

21. »El desangrado Silvio en tierra muerto
a la sazón cayó que yo llegaba
al desdichado fin de mi concierto,
y la justicia al matador buscaba;
como pasar me vieron encubierto
y que sin ocasión me recataba
con la sospecha de antes concebida
en los livianos pasos de mi vida.

22. »A la cárcel de allí y de allí a la muerte
sin más culpa y razón fui condenado,
feliz engaño, venturosa suerte
si el verdugo la hubiera ejecutado;
mas la oculta verdad, diamante fuerte
que es encubierto sol entre nublado
cuando en mi bien pensé que anochecía
dio con su nueva luz principio al día.

23. »Tarciso de piadoso amor movido,
intrépido al rigor de la sentencia,
a la cárcel se fue y allí rendido
su culpa descubrió por mi inocencia.
¡Oh, hazaña leal de pecho no fingido
digna de más que humana reverencia,
modelo de amistad, no de la tierra
donde tan poca fe y lealtad se encierra!

24. »Yo sin culpa quedé y él condenado,
y por mi libertad puesto en tormento
el viejo Alfeo, padre regalado
del dueño de mi honesto pensamiento;
el libre vulgo y su rigor notado
y el honor de su hija por el viento,
juntarnos pretendió y con solo un nudo
atar todas las lengua y no pudo.

25. »Yo que tan adelante mi ventura
vi, cuando el tierno amor no me obligara,
de Gila la nobleza y la hermosura
por grillos y cadenas me bastara;
tuve ya mi bonanza por segura
mi buena suerte por notoria y clara
más ni en fortuna sale bien sin cuenta,
ni en el amor bonanza sin tormenta.

26. »Por mi Tarciso a muerte condenado,
yo por su causa en gloria tan cumplida,
fuera de ingrata villanía notado
no rescatar su muerte con mi vida;
de la cárcel resuelto y arrojado,
franquearle quise y pude, la salida,
al fin libre salió por traza mía,
y yo de todo el bien que antes tenía.

27. »Alfeo desde allí por sospechoso
en la muerte me tuvo de su hijo,
y en Gila el dulce título de esposo
en un punto se dijo y se desdijo;
acabóseme en esto el ser dichoso
sucedió nuevo llanto al regocijo,
y en las alegres bodas, por lo dicho,
silencio se nos puso y entredicho.

28. »Entre males y bienes navegando,
algunos días fui de esta manera,
mi Gila y la Fortuna variando
ya mis quejas de mármol, ya de cera;
hasta que de una vez fue derribando
la máscara falaz y lisonjera,
poniéndome por fin de su mudanza
donde, ni llega el bien, ni su esperanza.

29. »Contra Tarciso el agraviado Alfeo,
modos para vengarse procuraba,
si faltaba la edad a su deseo
la ira y el coraje no faltaba;
ved de Fortuna el áspero rodeo
por donde el de mis cosas gobernaba,
cierta dama a mi amigo entretenía,
que Gila sospechaba que era mía.

30. »Y en aquel tiempo que la noche escura
a los delitos da paso seguro,
de su amor a gozar la hermosura
Tarciso entraba por un roto muro;
adonde algunas, yo en sazón segura,
acudí a verle entre el silencio oscuro
y Alfeo tras su venganza, las más de ellas
contaba al cielo todas sus estrellas.

31. »Era un anciano labrador sin gusto
temoso, pertinaz, cauto y callado,
de hombros metido y de ánimo robusto,
de espesa barba y pelo ensortijado;
cejas y labios gruesos, rostro adusto,
de juicio malicioso y porfiado,
estrechas sienes y discurso duro,
y en nunca perdonar, villano puro.

32. »Pues, como entre otras noches, la postrera
a Tarciso acechase su enemigo
y yo al salir, en ronco acento, "Muera
el traidor" dijo y ciego entró conmigo;
sin sospechar ni conocer quién era,
el justísimo cielo me es testigo
que antes de tener culpa, el pecho abierto,
ante mis pies cayó de un golpe muerto.

33. »Al caer conocí mi desventura
y el contrario rigor del duro Hado
salvarme a vueltas de la noche escura
del ciego pueblo contra mí alterado;
ni disculpa bastó ni fue segura,
al corazón de Gila alborotado,
mas de rabiosos celos desabrida,
que de ver a su padre sin vida.

34. »Convino por huir la infame muerte
de dulce vida hacer amarga ausencia.
¡Ingrata Gila! Pues por complacerte,
todo mi bien dejé ante tu presencia;
si para despedirme y para verte
me volviste cruel a dar licencia,
¿porque no me la diste? Mas si dieras
para quedar, señora si pudieras.

35. »Pues siendo ya forzosa mi partida
la palabra me diste, que bastaba
para añudar la trabajosa vida,
que incierta en mí y dudosa se mostraba;
la triste hora llegó a la despedida,
y que no vuelva -dijo- me mandaba,
sin llevarle el don más soberano
que la fortuna ofrece a tu mano.

36. »Y aunque grandes regiones he corrido,
rastro de lo que busco no he hallado,
ni quien a mi pregunta dé sentido
ni el punto alcance a ver de mi cuidado;
lo que dar no se puede me ha pedido,
porque en buscarlo muera desterrado,
que no puede tener otra salida
demanda al parecer tan no entendida.

37. »De una desgracia en otra y de una en una,
hasta morir por todas discurriendo,
pidiendo sin juicio a la fortuna
lo que ni ella entiende ni yo entiendo;
ella no da felicidad alguna
y yo felicidad suya pretendo,
y buscar bien perfecto de su mano
es pedir sangre noble al que es villano.

38. »Nuevo camino por el mundo abierto
en nuevas gentes tengo, que he cursado
las escuela de Atenas y el desierto
Egipto de hombres sabios habitado;
sin a mi enigma hallar sentido cierto
y a no haber los oráculos callado,
a la parlera Grecia fuera, a sólo
consultarle sus trípodes a Apolo.

39. »Ya al rastro incierto de este fin sin guía
de la misma Fortuna el rigor grave
sobre el estrecho mar de África un día
al sordo viento destorció la llave;
cuyo soplo mostró que su porfía
haciendo iba la mía más suave
pues al cruzar por un mordaz bajío
a mí sólo salvó y rompió el navío

40. »donde de hambre y sed me consumiera
si con sola una muerte se vengara
y para darme mil no previniera
de un corsario sin ley la fusta avara;
que no así presto en su voraz galera
de un remo, me dio el cómitre la vara
cuando, de mi tasado bien, airada,
con cien muertes quedó desagraviada

41. »Quizá le enfada que ande por el mundo
los puntos quilatando de sus bienes,
cuál el primer lugar, cuál el segundo
en sus favores goce y sus desdenes;
pues ni en la tierra ni en el mar profundo
treguas conmigo quiere ni rehenes,
enviándome en la suerte más contenta
riesgo en la tierra y en la mar tormenta.

42. »Abre sus velas el corsario al viento,
la playa de menudas olas llena,
acentos de placer y de contento
es cuanto en las cercanas playas suena;
mas la inconstante, cuyo fundamento
fabricado en las ondas es de arena,
no tardó en tomar cuenta a esta alegría
mas que en venir la noche e irse el día.

43. »Vimos del sol la lámpara encendida
en el agua salada amortiguarse
y la noche también de agua nacida
entre negros celajes levantarse;
la mar alborotada y desabrida
con huecos tumbos de olas encresparse,
viniendo siempre de Eolo en aumento
al frío soplo y destemplado aliento.

44. »Al fin cuando apuntaba en el oriente
el nuevo día de color de grana,
sembrada en el salado mar la gente,
el Sol la vio de su primer ventana;
y de una roca el bergantín pendiente
la blanca costa con la espuma cana
amenazando está y allí Fortuna
sus victorias contando de una en una.

45. »De la cercana playa en la arena,
cual de antigua ballena vomitados,
entre temor, entre alegría y pena,
algunos nos hallamos arrojados;
y la ribera de despojos llena,
volvimos a robar bienes robados,
que a los pobres y ricos de contento
el estado trocó al trocarse el viento.

46. »El corsario murió y los más preciados
de su aleve inconstante compañía,
y de la chusma cuál y cuál llevados
del gusto fueron tras su incierta guía;
conmigo solos dos pechos honrados,
que a un remo una cadena nos ceñía,
se avinieron y este alto dromedario
de lo mejor cargamos del corsario.

47. »Y aquellos seis aleves salteadores
hoy a mis compañeros dieron muerte
y estos son que he contado los favores,
más ricos y granados de mi suerte;
visto habéis de mi mal los borradores,
ved si alguno en vosotros hay que acierte
para mi bien el don más soberano
que la Fortuna ofrece de su mano.

48. »De tres años fue el plazo señalado
para en su rastro desvolver el mundo,
y de los dos el uno es ya pasado,
y mas de las tres partes del segundo»
Dijo, y cual si quedara enajenado
de un grave pasmo y éxtasis profundo
hizo cierto ademán que aunque fingido
dejó al de más dureza enternecido.

49. Su traza y la elocuencia de un cuento,
de todos con blandura exagerada,
cada cual desvelaba el pensamiento
en la pregunta rústica intrincada:
¿Qué bien tiene Fortuna de momento?
¿Qué gloria que no sea barnizada?
¿Qué soberano don Gila entendiese
que el vario monstruo de importancia diese?

50. «Las riquezas serán -dijo- un grosero
que es el don más perfecto y destacado
que a quien vive en el mundo sin dinero
el más supremo bien es bien soñado;
al rico el más mordaz es lisonjero,
y el pobre más dichoso desdichado,
sino mostradme un rico con disgusto
o algún pobre que en serlo halle gusto».

51. No pasó el catalán por ese engaño
que mil ricos halló sin alegría,
no se corta el contento de ese paño,
ni solo el oro los placeres cría;
Midas nos servirá de desengaño,
que un mundo en rubias masas convertía
y de hambre se acabara si los vanos
tesoros no lavara de las manos.

52. Cuanto más que el deseo de riqueza
al compás que ella crece va creciendo
y al ver tan inconstante su firmeza
el alma va y el gusto carcomiendo;
la ayuna amarillez de la pobreza
se está cuando más lejos más temiendo
que al fin son bienes muertos y no hay duda
que los gobierne un monstruo que se muda.

53. Ricardo dijo: «En bienes de fortuna
en toda estimación el más cumplido,
que acompañando sale de la cuna
un hombre hasta las ondas del olvido;
sin que le borre adversidad alguna,
es sangre ilustre y parto bien nacido,
don, aunque de fortuna tan cuadrado,
que quitar no le puede una vez dado».

54. Alguno dio con la opinión presente
la duda por resuelta y acabada,
mas visto el caso con madura frente
felicidad salió poco fundada;
mil reyes al nacer vio el sol de oriente
que al ponerse vio en muerte desastrada
y otros volar al cuerno de la Luna
de oscuros paños y de humilde cuna.

55. Silverio, altivo, en ambición fundado,
«El don -dijo- que Gila te ha pedido,
del Sacro Imperio es el mandar hinchado,
del ánimo mortal tan pretendido;
si violar el derecho está vedado,
por causa de imperar se ha permitido,
no hay carga tan pesada y mal tan grave
que no se vuelva con mandar suave.

56. Y bien que en estos reinos de fortuna
no se puede alcanzar bien sin mudanza,
no hay en todo el creciente de su luna
un punto, o dure o no, de más privanza;
si a la enigma desdice en cosa alguna
es no caber tal don en tu esperanza,
ni en Gila si ya no es que de esa suerte
de si te echase para nunca verte».

57. Garilo respondió: «Cuánto se encierra
del dulce mando, en el pesado oficio,
es, en traje de paz, sabrosa guerra,
y con voz de virtud honrado vicio;
que a los que hace dioses de la tierra
su quietud les ofrece en sacrificio
y no es más la grandeza del imperio
que honrosa sujeción y cautiverio

58. »Y a lo que dices que en mi corto pecho
pensamiento no cabe y don tan grave
quiero que sepas que en lo más estrecho
este ancho mundo y otro mundo cabe;
y no es esta ambición de más provecho
de lo que la Fortuna ordena y sabe,
pues con trocar o destrocar la mano
cabe más que esto en el valor humano».

59. De la aguda respuesta en lo arrogante
mostró el sabio español su ánimo altivo,
que no hay en su nación pecho importante
que un pensamiento igual no tenga vivo;
el más humilde en sangre, el más distante
de su humildad tal vez, en rostro esquivo,
desprecia y a pesar del parto inmundo
hijo se hace del Sol, que es sin segundo.

60. De esta manera en pláticas sabrosas
dulces porfías levantan y cuestiones,
los unos de unas y otros de otras cosas
sus discursos fundando y sus razones;
hasta poner las penas amorosas,
Fortuna entre la cuenta de tus dones
como si a Amor ser ciego no bastara
sin que un ciego furor le gobernara.

61. Quien a tal opinión dio fundamento,
no es posible que fuese enamorado,
o si lo fue, lo fue de cumplimiento
por algún caso de interés forzado;
pues el fruto de un claro entendimiento
y la elección de un gusto regalado,
hizo de la fortuna don escaso
que no da bien ni mal sino es acaso.

62. Orlando, ya después que en largos cursos
sobre el don altercaron de Garilo,
conformándose que eran recursos
de su viaje buscar la fuente al Nilo;
cuando salían ya a nuevos discursos
él al presente así le añudó el hilo:
«Todos han dicho -dijo- y yo podría,
si entre tanta opinión cabe la mía.

63. »Y tú, villano, si a los varios casos
que en sumario discurso has referido,
y de tu vida a los mudables pasos
con atención hubieras advertido;
más claro, los favores más escasos,
a tus enigmas dieran el sentido
y el oráculo allí vieras más cierto
entre tus mismas cosas descubierto.

64. »Y si la fama que a tu Gila has dado
pintando su beldad no es ingeniosa,
en el don que ha pedido se ha mostrado
no menos avisada que hermosa;
buscar lo que te falta te ha mandado,
mira tú si te falta alguna cosa,
y esa misma le lleva, que sin falta
ninguno busca lo que no le falta.

65. »A burlar de tu enigma delicada
parece mi respuesta dirigida,
¿Qué voluntad habrá tan ajustada
que no le falte o sobre la medida?
¿Qué suerte tan perfecta y acabada
saldrá sin un azar en esta vida?
¿Dónde cuando más rico estés de bienes
hallarás que te faltan más que tienes?

66. »Pues si todo su bien por este modo
la Fortuna lo da al más bien librado,
a quien le tiene ya dado del codo
¿Con qué podrá dejarlo remediado?
Si no decimos que en faltarle todo
le sobre todo el bien a un desdichado
y en no tener felicidad alguna
tenga ganado el juego a la fortuna.

67. »Mas si se ha de entender de alguna suerte
y tu demanda tiene algún sentido,
y que en vida falaz sujeta a muerte
ni entre bienes de tierra hay bien cumplido;
el más rico, más dulce y de más suerte,
de todo mortal gusto apetecido
es el que falta en tí y a veces falta
al que en Fortuna echó raya más alta.

68. »Y aunque buscar sin el feliz contento,
buscar en ciega noche el sol sería,
suele tener tan flaco fundamento
cual le tiene la causa que le envía;
y el bien que al irse hereda el sentimiento
es no haber visto el rostro a la alegría
mas que para martirio a la memoria
quedándole del bien sola la historia

69. »Pues aunque esté conforme a su hechura
es como los demás de poco asiento,
por aquel breve tiempo que nos dura
en nada halla estorbo nuestro intento;
todo con su presencia lo asegura,
enfrena el mar y desenfrena el viento
y de tanta deidad es su cadena
que a veces la Fortuna misma enfrena.

70. »Cuanto sujeto a tiempo y a mudanza
se ve en el claro espejo de la luna
cuanto cabe en deseos y esperanza,
esta es en dispensarlo solo una;
es la medida, el peso y la balanza
y fuente de los bienes de Fortuna
y aun suele subir tanto su creciente
que es la Fortuna arroyo de su fuente.

71. »Es su nombre Ventura y su ejercicio
colmar de bienes al deseo humano,
levantarnos las cosas de su quicio
hasta darles renombres soberano;
dorar con nombre de virtud el vicio
y en solo andar colgado de su mano,
no darás tropezón ni desatino,
que no te haga adelantar camino.

72. »La sangre, las riquezas, el imperio,
y todos los demás bienes colmados,
son infamia, pobreza y vituperio,
si no vienen con esta acompañados;
libertad sin ventura es cautiverio,
los cautivos, con ella libertados,
y es tal que pudo y puede entre mortales
sacar males de bien y bien de males.

73. »Sola esta en el discurso de su historia,
si bien lo consideras te ha faltado,
esta en infierno convirtió tu gloria,
y de una muerte en otra te ha arrojado:
esta pues busca y halla, y de la escoria
te volverá el crisol oro acendrado,
y sin mover el pie ni alzar la mano,
harás jornada y llegarás temprano.

74. »Al fin del bien humano es los extremos
y aunque en esto no hay duda, todavía,
contar quiero una historia en que veremos
con su extraña verdad clara la mía;
todas las cosas que en el mundo vemos
cuantas se visten de la luz del día»
Así Orlando empezó, más yo a Bernardo
mi pluma guío y tuerzo el vuelo tardo.

75. Que ya le veo en el galeón persiano
vencido el rey y Angélica robada,
triste, aunque victorioso, que es villano
quien del ajeno mal no siente nada;
curó al rey las heridas de su mano,
apaciguó la gente alborotada,
no siendo menos blando que robusto
el que antes fue verdugo de su gusto.

76. Y no sabiendo para cual derrota
las velas amurar al tardo viento,
que en crespas olas con tibieza brota
del cristalino y húmedo elemento;
desde la gavia al sur no muy remota
una isla vieron de agradable asiento,
que llena desde lejos se figura
de agradable florestas y frescura.

77. Parece alegre sitio acomodado
a curar al rey persa sus heridas
y que el vencido pueblo destrozado
las fuerzas cobre entre el temor perdidas;
y ver si halla también puerto poblado
donde de aquellas playas no sabidas
isleño natural o gente extraña
navío le flete en que volverse a España.

78. La errada proa el práctico piloto
al punto a sus cercanas playas vuelve,
y de común consentimiento y voto
la blanca costa en que surgir desvuelve;
salta la chusma, crece el alboroto,
suena el ruido y el clamor revuelve
quebrado en ecos por las altas rocas
que azotan los delfines y las focas.

79. Salió a reconocer Glauro la tierra,
gran piloto y cosmógrafo persiano,
a quien Planco obligó a seguir la guerra
por haber muerto a Periarcón, su hermano;
este subió a la cumbre de una sierra,
de adonde descubrió un florido llano
y en la mar en la punta de un bajío
destrozos de una barca y de un navío.

80. A la orilla de un rió entre las flores
sobre un pequeño monte vio enredada
una humilde chozuela de pastores
antigua al parecer y despoblada;
desiertos los demás alrededores
y al esconce del cerro una ensenada,
playa segura y abrigado puerto
entre una selva y un peñasco abierto.

81. De la áncora mordaz el corvo diente
firme agarró por el arena blanda,
saltó Bernardo en tierra y diligente
al rey llevar mandó de la otra banda;
y un rico pabellón resplandeciente,
por el mucho oro y perlas plantar manda,
sobre arrimos de plata y argollones
en que repose y curen sus pasiones.

82. Y en tanto que se planta y adereza
con corvo arco pasó tras un venado
del bosque inculto la áspera maleza
a la vecina cumbre de un collado;
donde una humilde choza alzar cabeza
vio alegre y aunque sola halló a un lado
unas armas y escudo y recién hecho
de yerba y flores un pintado lecho.

83. Púsose a atalayar desde la puerta
a un lado y otro, cuando junto al río
un hombre vio venir por la encubierta
que al sol hacía el páramo sombrío;
flaco, mustio, sin tez, la color muerta,
aunque gallardo en el semblante y brío
que hacia Bernardo en viéndolo se vino
y él a encontrarlo le salió al camino.

84. Saludáronse afable y cortésmente,
y humilde el español pidió al isleño
si lo sabe le diga de la gente
de aquella isla florida y de su dueño;
si es desierta o poblada, si al presente
sabe en ella lugar grande o pequeño
donde curar un caballero herido,
que allí fortuna le arrojó perdido.

85. «Señor -dijo el isleño- esta ancha tierra
toda es de suelo y clima desdichada,
un mar profundo y áspero la encierra
desierta en lo demás y despoblada;
y si algo habita aquí en discordia y guerra
es a mi parecer gente encantada,
que en fantasmas y bultos inhumanos
de noche cruza por los aires vanos.

86. »Poco ha que la Fortuna desdeñosa
su arena hizo estampas de mi huella
con un viento y borrasca peligrosa
que armó en el aire mi contraria estrella;
quedando yo en su playa pedregosa
vivo para morir despacio en ella,
que a quien como ahora a mí se muestra brava
por no acabar sus males no le acaba.

87. »Otro mancebo se salió conmigo,
los demás sorbió el mar por sus riberas
y este sin culpa más que ser amigo
ya por los montes es manjar de fieras;
que solo basto yo para testigo
de su inconstancia y los que más de veras
en su rueda midieron altibajos,
ni se vieron tal altos ni tan bajos.

88. »Es de mi vida larga tragedia,
y tal, que amarga aun el contar su historia.
Que mientras un dolor no se remedia,
siempre es pesada y triste su memoria;
vamos a ver tu herido, que en la media
ladera de este monte, si en mi gloria
mi seso no quedó también deshecho,
una yerba he notado de provecho.

89. »Y aún según de tus armas las señales
no a ti te dañará el precioso pisto,
remediará siquiera ajenos males
quien ya los suyos sin remedio ha visto».
Dijo y Bernardo con palabras reales
las gracias rinde y él en pasto listo
a toda diligencia va y revuelve
mil yerbas y una entre ellas coge y vuelve

90. Llegaron a la playa y en su lecho
al rey de Persia hallaron desangrado,
que en la mudanza y ejercicio hecho
se habían las rojas llagas reventado;
mostró el médico allí su hidalgo pecho
y de la yerba el bálsamo preciado,
mitigando el dolor de las heridas
que las dejó a dos curas guarecidas.

91. A los demás heridos de su mano
curó en término hidalgo y modo afable,
no obstante que traía el rey persiano
consigo a Eleno, médico intractable;
de manos cruel y corazón villano
y demás de ser áspero y mudable,
más erres tuvo al grado y más errores
que Roma y sus primeros fundadores.

92. Pero el favor que donde quiera manda,
mandó que sabio y acertado sea,
que la salud si el mal se le desmanda,
Dios la da sin que el médico lo vea;
ni el fuego aprieta, ni el aceite ablanda,
si él no da la virtud, ni nadie crea
que la purga le mate o le dé vida
si no es la eterna ordenación cumplida.

93. Esto es del vulgo y del que hizo a Eleno
por favor protomédico persiano
que nadie ignora que contra el veneno
la triaca halló el saber humano;
y una yerba el isleño entre aquel heno,
con cuyo jugo y su prudente mano,
por naturales términos regidos
al rey sanó y a los demás heridos.

94. Agradó tanto al valeroso godo
del esculapio nuevo la cordura,
el trato afable, el cortesano modo
de sales lleno y grave compostura;
que deseoso de saber del todo
de su vida el suceso y la ventura
que en dolor vivo y esperanza muerta
le echó en parte tan áspera y desierta.

95. Un día al delgado viento de la playa
sobre una roca en que la mar batía,
y al resurtir en una corva raya
la blanca espuma aljófares bullía;
sirviendo a sus cristales de atalaya
y haciendo de ellos más alegre el día,
puestos los dos entre el peñasco fijo
así al isleño el español le dijo:

96. «Las muchas partes que el valor descubre
en las noblezas de tu heroico pecho,
y la sabia prudencia que en él cubre
el dolor fiero en que le traes deshecho;
cuanto con tu recato más se encubre,
tanto mayores cosas de él sospecho
y hallo en sus señales y costumbres
de un hidalgo español claras vislumbre.

97. »Sácame de esta duda y pueda ahora
contigo algo el amor que en mí has hallado.
Dime de la Fortuna burladora
las varias vueltas con que aquí te echado;
cuéntame en fin tu vida y su mejora,
si alguna en esperanzas te ha quedado
y cree si aquesto mucho te parece
que ya lo que te estimo lo merece.

98. »Y más te juro en fe de caballero
que jamás por mi culpa te arrepientas
de haberme hecho este gusto, con que quiero
que solo el tuyo en mis intentos sientas;
y si en los tuyos puede un verdadero
amigo aprovecharte, me consientas
que ocupe yo el lugar del que te falta,
pues no la hay en mi amor, ni en fe tan alta».

99. Dijo, y el noble isleño entre no poca
confusión se halló corto y atado
oyendo al Caballero de la roca
que así el bravo español era llamado;
es fuerza obedecer por lo que toca
dar gusto al que es de todos adorado
más halla sus discursos tan extraños
que no los contará un siglo de años.

100. Admirase también que en su pregunta
le llamase español por alabanza,
que en tan tierno sujeto se halle junta
con tan grande braveza tal templanza;
al fin aunque ni entiende ni barrunta
que sea quien es conoce en su crianza,
que es digno de que en todo le obedezca,
y que él lo mismo que le ofrece, ofrezca.

101. Y así le respondió: «Pues que no puedo
a tan nueva merced dar recompensa,
ni a las obligaciones en que quedo
pagar sin hacerle notoria ofensa;
con referirte el espantoso enredo
y aquella nube de peligros densa
que aquí me despeñó en eterno luto
te habrá pagado mi alma su tributo.

102. »Es España mi patria y en España
el reino de León y allí Aviados,
un castillo en que al pie de una montaña
el rey Froila nos dejó heredados;
de los ínclitos condes de Saldaña
de aquestos cuatro tengo dos costados
los otros por mi padre don Ramiro,
son de la sangre real de Gundemiro.

103. »Es mi nombre Gundemaro y yo todo
de la nobleza montañés nacido,
criado en el palacio del rey godo,
y de su corte y de él favorecido;
hasta que el tiempo por extraño modo
de mi enemiga estrella compelido,
mudó el curso feliz y ya impedida
su corriente trocó la de mi vida.

104. »Ya por tres veces la inconstante lumbre
que desde el primer cielo el mar revuelve,
sus mudanzas siguiendo y su costumbre,
en plata el oro de sus cuernos vuelve;
y otras tantas Faetón de su vislumbre,
le bañó el hueco rostro que desvuelve
de las tinieblas los ocultos casos
y en los hurtos de amor medrosos pasos.

105. »Después que ausente a la asturiana corte
al curso voy de mi contrario sino,
ciego en la tierra y en la mar sin norte
y aquí y allí, sin rumbo ni camino;
fuera de estilo y de hallarle corte
de mi vida al confuso desatino
de una desgracia en otra y de una en una,
exprimentando azares de fortuna.

106. »Por la ambición francesa el rey de Asturias
que es mi rey, está de grave estrecho puesto,
contra cuya montañas las tres Furias
han conmovido de las tierras el resto;
y a mí también del tiempo las injurias
traído me han a este escondido puesto
por la misma ocasión que un desdichado
hasta el ajeno mal halla a su lado.

107. »Despachó embajadores el rey Casto
a los circunvecinos reyes moros
por favor de dineros, que al gran gasto
de la guerra son cortos sus tesoros;
¿Mas para qué sin fruto el tiempo gasto
en cuentos largos de rodeos sonoros,
si al ancho curso de la pena mía
cualquiera tiempo es corto y breve el día?

108. »Fue de estas embajadas mía la una
al toledano rey y al de Granada,
y ocasionada de ellas mi fortuna
la suya comenzó con mi jornada;
llegué a Toledo y mi creciente luna,
allí de dicha y de favor colmada
a menguar comenzó por el camino
que luego hice al reino granadino.

109. »Supe que el rey en una alegre caza
robó a su Doralice un jayán fiero,
y que a una fuente inexpugnable plaza
la llevaba con solo un escudero;
juzgué el poner en socorrerla traza,
precisa obligación de caballero,
y hacer al rey y al reino más propicio
con la nueva ocasión de tal servicio.

110. »Dejé mi gente y tras la justa impresa
por la espesura entré de una montaña,
perdime por tomar una atraviesa
con la ignorancia de la tierra extraña;
y de una selva en otra y de esta en esa,
cruzando a tiento el monte y la campaña,
sin camino, sin senda, ni sin guía
a Málaga llegué perdido un día

111. »donde de una galera de corsarios,
que echó a la costa un áspero levante
y del furor del tiempo y sus contrarios
no quedó de ellos vivo hombre importante;
entre otras presas y despojos varios
que dio y quitó la mar copio inconstante
fue una cautiva hermosa a maravilla,
que cual perla oriental salió a la orilla.

112. »Y sin ser su riqueza conocida
de la codicia bárbara insaciable
en almoneda pública traída
se puso en precio el suyo inestimable;
y en pujas y pregones distraída
la beldad se vendió más agradable
que en cuanto alumbra el sol y el mal encierra
el cielo puso a vistas de la tierra.

113. »Una honesta y bellísima doncella,
de luces llena y varios resplandores,
rodeada al cuerpo un almalafa bella
de un rico zarzahán de mil colores;
su cara un cielo de beldad y en ella
más gracias que hay en el verano flores,
el cabello que al ébano excedía
más blanco el cuello de marfil volvía.

114. »Unos rasgados ojos, que en mi alma
dos ventanas rasgaron a su gloria,
con dos arcos de amor al triunfo y palma
con que le dio en la mano la victoria;
su bella frente aquesta playa encalma
el viento que la bulle mi memoria,
y los labios y dientes de su boca,
el coral y las perlas de esta roca.

115. »Al cuello humilde una cadena Flora,
los vergonzosos ojos en el suelo,
las dos mejillas que con perla moja
de la color del rosicler del cielo;
de dolor traspasada y de congoja
y yo de compasión y de recelo,
lo que allí obró en mi alma su fatiga
la piedad dejo que por mí lo diga.

116. »En pregones todo esto se vendía
al tiempo que llegaba yo a la feria,
y el corazón que sin temor venía
a dar conmigo en la última miseria;
quedé ciego en la luz que muerta vía,
juntose a mi dolor nueva materia
con verme pobre, que en cualquiera paso
hace ser rico un hombre mucho al caso.

117. »Vía venderse todo mi tesoro,
yo sin caudal ni crédito en la plaza,
y que el dinero de un plebeyo moro
a eterna servidumbre le amenaza;
vendí mis armas y unas piezas de oro
que hicieron de mi amor alarde y plaza,
y con dos mil cequíes por esta vía
di libertad a quien quitó la mía.

118. » "Bella cautiva, me llegué y le dije,
noble prisión de honrados corazones,
si a quien nació para prender le aflige
verse sujeta a bárbaras prisiones;
y a ese gallardo corazón que rige
del gusto el reino y del amor los dones
está en su libertad, yo sin ninguna,
que así trueca sus suertes la Fortuna.

119. »Si mi pobreza di por tu tesoro
también por tu rescate un reino diera,
sólo me queda esta cadena de oro
para enlazar tan bella prisionera."
Así dije y quitándola del moro
puse la mía y ella por de fuera
el bello rostro del color más fino
que abre en la rosa el aire matutino.

120. »Fuese tras mí después de asegurada
que solo con lo hecho pretendía
ponerla en noble libertad honrada,
salva de toda fuerza y demasía;
y de mi trato y término obligada,
que es lo que amor hidalgo engendra y cría,
y satisfecha ya por mil maneras
que no trataba engaños, sino veras,

121. »después de haber con mucho juramento
en mi su honestidad asegurado,
y al recato y las trazas de su intento
el secreto y prudencia encomendado:
"Sabe, leonés -me dijo- estame atento
que a más que esto, quien eres me ha obligado.
Yo soy para morir en tu obediencia
la triste Arlaja, infanta de Valencia.

122. »De Zulema sobrina, hija de Abdalla,
cuyo es el reino cordobés de hecho,
que el soberbio Aliatan usurpa y halla
que viene a su ambición corto y estrecho;
mató a mi tío en una cruel batalla,
y mi padre quitó todo el derecho
y hoy apretado del poder tirano
solo gobierna el pueblo valenciano.

123. »De este soy hija y de Algaicel hermana,
un valiente y gallardo sarracino
del cetro y la corona valenciana,
y el reino cordobés sucesor dino;
en cuya compañía una mañana
saliendo a caza al bosque más vecino
del castellano Júcar en la boca
con que al sucrense golfo besa y toca;

124. »fuese toda la gente repartida
tras varias cazas por el bosque espeso,
y yo tras una cierva entretenida
que levantó el ladrido de un sabueso;
gran rato anduve sin sentir, perdida,
cuando la suerte de mi Hado avieso
a la playa del mar me sacó sola,
cual perdido bajel entre ola y ola.

125. »Fui a dar sin ver por dónde en la celada
de una enemiga fusta de cristianos,
que de unas cañas dulces amparada,
cruzaba el río Júcar los pantanos;
donde de su violencia arrebatada,
con el suceso y con la presa ufanos,
temerosos quizá del enemigo
libres se hicieron a la mar conmigo.

126. »Yo por asegurar que su violencia
algo en agravio de mi honor no trate
quién era, dije, a todos en presencia,
prometiendo a cada uno gran rescate;
miráronme con nueva reverencia,
y dando en ello trazas, un debate
así se ocasionó entre dos villanos,
que de lenguas vinieron a las manos.

127. »Fue creciendo el enojo de manera
sobre quien mi persona guardaría,
que espada no quedó ni vida entera
de cuantas antes el saetín traía;
vino la noche tenebrosa y fiera,
creció la mar y el viento y cuando abría
la luna su ventana en el oriente,
dio otro barco en el nuestro de repente.

128. »Saltaron dentro algunos y admirados
de la espantosa mortandad sangrienta
ya en su primer temor asegurados
de solos mis despojos hacen cuenta;
cuando el viento más grueso, en más hinchados
tumbos la mar parió ciega tormenta,
dividiendo el rigor del turbio charco
los presos bordos de uno y otro barco.

129. »El mío aquella noche y otro día
con el viento y la mar fue porfiando,
la costa huyendo que de lejos vía
de espuma y arrecifes blanqueando;
pero ya al tiempo que la luz salía
entre pardos celajes trastornando
árbol, velas y entenas dio el navío
de este muelle en la punta de un bajío.

130. »De seis que dentro echó el furor en vano
los tres huyeron del perdido leño,
los otros degolló el vulgo liviano,
que por esclava a ti me dio en empeño;
y aunque al principio el trato fue villano,
en darme hicieron tan honrado dueño
que adoré de Fortuna el desatino
pues no tuvo tal bien otro camino.

131. »Ahora querría, señor, si a ti te agrada,
que antes que aquí de nadie sea sentida,
o por mar o por tierra disfrazada
a mi patria me vuelvas conocida;
que yo te doy palabra en fe de honrada,
que aunque me vea reina obedecida
en menos tenga el cetro y más le huya
que el título y blasón de esclava tuya."

132. »Así mi bella valenciana dijo,
y yo de nuevo puesto en mil cuidados
de alegre sobresalto y regocijo
en verlos sin pensar bien empleados;
hacer el viaje por la mar elijo
y en un ligero bergantín fletados
a cuenta y riesgo de un anciano moro
y cien cequíes de una cadena de oro.

133. »Al tiempo que en las puertas del oriente
de azucenas y rosas coronada,
la aurora rompe el velo transparente,
que la luz de oro en sí tiene guardada;
el barco a vela y remo diligente
que la punta dobla de trofeos sembrada
que a la torre de Vélez hurta el viento,
y a ella la mar su carcomido asiento.

134. »Y con el fresco soplo de un lebeche,
que embistió en popa la latina vela,
la corva playa de la mar en leche
ligero pasa y engolfado vuela;
y sin que el viento el lleno lienzo estreche
a Almuñécar descubre, cruza y cuela
por su abrigado puerto puesto enfrente,
seguro de los vientos del poniente.

135. »A Salobreña y a Motriel dejamos
hirviendo su arenal en blanca espuma,
y tras el sol y el día nos entramos
por Castilferro y antes que consuma;
su soplo el aire al alba despertamos,
encima las Roquetas y allí en suma
dimos a nuestro curso cristalino
tres veces treinta millas de camino.

136. »Echose el aire al levantarse el día,
por mostrarnos de espacio la frescura
de los bellos jardines de Almería,
y de sus palmas la rayada altura;
de Nicia la preciosa pedrería,
que como el cielo con la noche escura
por tu playa y collados centellea,
y al sol convida que en su luz se vea.

137. »Calmó ya aquí de todo punto el viento
entre el Algaida y sus floridos ramos,
y por gozar del agradable asiento
una caleta de la mar buscamos;
acabó aquí su curso mi contento,
y el viaje que conformes comenzamos,
aquí perdí mi bien, de aquí mi Hado,
la tragedia empezó que aún no ha acabado.

138. »Hambroz, un fiero bárbaro arrogante,
que degolló a Toledo su nobleza,
y a favor de Aliatán puso en levante
la tierra en riesgo, el reino en estrecheza;
desde la fortaleza de Alicante
con fustas espantaba y con braveza
el mar de España y la desdicha mía
surto en Algaida le halló aquel día.

139. »Fue a dar en nuestro bajel en la encubierta,
donde entre flores retirado estaba,
y allí apenas su armada descubierta
huyendo el barco, como entró tornaba;
mas no salta tan viva ni despierta
víbora altiva ni serpiente brava
tras el gazapo que en las yerbas siente,
como a la nuestra se arrojó su gente.

140. »Cercaron el batel, fuenos forzoso
hacer para más daño resistencia,
mas contra un enemigo poderoso
el escudo mejor es de paciencia;
yo sin armas, el trance peligroso,
el pensar defendernos imprudencia,
al fin quedó nuestro poder rendido,
presa de nuevo Arlaja y yo herido.

141. »Conocióla el corsario y como amigo
y vasallo, en caricia cortesana
humilde y grave la llevó consigo
a un bello y rico estrado de oro y grana;
que si era hija de Abdalla su enemigo,
también de su rey era prima hermana,
y aunque los reyes sigan sus rencores,
siempre son los demás sus inferiores.

142. »Admirose de verla en tal estado,
supo el suceso y luego determina
en ligero batel de oro entoldado
enviarla en pompa a su grandeza dina;
Yo sin provecho, herido en un costado,
privado del vivir por medicina,
quedé con el corsario, el gusto en calma,
y por sanar el cuerpo muerta el alma.

143. »No quiso Hambroz, por causa de la herida,
que en compañía de la infanta fuese,
como si fuera remediar la vida
hacer que ausente de mi bien muriese;
diole su fe, que en siendo guarecida
la llaga y que en mejor salud me viese
con aparato y real magnificencia
a su servicio me enviará a Valencia.

144. »Con esto me quedé y la bella Arlaja
pasó antes embarcarse por mi lecho,
donde con tiernos ojos y voz baja
"Adiós -dijo- tesoro de mi pecho.
Mira por tu salud." Y aquí se ataja
la lengua un nudo de congojas hecho,
y el corsario también que a verme vino
y a embarcar a la infanta de camino.

145. »Fuese y quedé con la esperanza a solas
luchando entre temores y sospechas,
engolfado en memorias, cuyas olas
en un ausente son tristes endecha;
colgado el gusto y la salud de solas
las dos palabras últimas, deshechas
en bálsamo de amor que la herida
sanó al cuerpo y al alma dio la vida.

146. »De Algaida hizo el moro por la costa
al descuido importante correrías,
hasta que al puerto y su canal angosta
de Caridemo, que robó esos días;
sus desdichas llegaron por la posta,
y a dar triste remate en sus porfías
la armada Berberuz, otro corsario
que en Córdoba es de Hambroz bando contrario.

147. »Seguía la parte y opinión de Abdalla
en aquella reñida diferencia,
encontró la ocasión yendo a buscalla
y puso en no perderla diligencia;
no venía el fiero Hambroz a dar batalla,
sino sólo a meter gente en Valencia,
que los cristianos se decía por cierto
que con su armada estaba de concierto.

148. »Y que un rico convento que tenía
la iglesia del gran mártir San Vicente
darles el muro libre pretendía,
y meter dentro en la ciudad su gente;
hizo reseña allí y aunque la vía
en número inferior, no en ser valiente,
ni humilló el brío ni perdió el decoro,
que hidalgo y de Córdoba, aunque moro.

149. »Pelearon con crueldad ambos corsarios
sin sentirse al principio mejoría,
que en trances de armas y sucesos varios
neutral fortuna su timón regía;
hasta que ya a favor de sus contrarios
a Hambroz fue decreciendo con el día,
siendo aquel el postrero de su gloria
y de Valencia el triunfo y la victoria.

150. »Murió como valiente el africano
y lo suyos con él fin quedar uno.
Yo preso, y tal me vi, que por mi mano
quise dar fin a mal tan importuno;
venía con el corsario valenciano
el príncipe de Fez con quien ninguno
en gallardo, discreto y animoso,
si a competir llegó fue victorioso.

151. »Este no sé por cual rigor de estrella
en la batalla se encontró conmigo
y mudable en lugar de fenecella
de contrario cruel se volvió amigo;
diome fortuna su amistad y en ella
por un breve favor largo castigo,
que nunca sabe dar a un desdichado
el bien cabal ni el mal sin ir doblado.

152. »Así de Abenragel la amistad vino
a ser nueva ocasión de desventura,
y tanto dio en quererme el sarracino
que ya era más que voluntad locura;
en fiesta, en burla, en veras, de contino
a cualquier hora, tiempo y coyuntura
había de estar conmigo y si no estaba,
en nada gusto ni contento hallaba.

153. »Ya Berberuz su victoriosa armada,
al dulce son de la sonora trompa,
con que la fama suena sobornada
su nombre invicto en grave aplauso y pompa;
por la mar de sus golpes asombrada
manda que el espolón sangriento rompa
la vuelta de Valencia donde vea
en su triunfo el estruendo que desea.

154. »Cobré la vida cuando supe cierto
el fin de la batalla y la derrota
y que iba ya en el Grao a tomar puerto
al son de mil clarines nuestra flota;
llegamos y de lejos descubierto
el real palacio mi alma se alborota
con un muerto placer, tibia alegría,
que sus nuevas desdichas le advertía.

155. »Y aunque sin gusto el corazón y en duda
con el frío recelo que en él mora,
así en lenguaje muerto y habla muda
sus torres salva y su muralla adora:
"¡Oh alcázar bello, cielo en quien se muda
el vario curso de mi bien cada hora,
centro al deseo, blanco de sus tiros,
esfera donde vuelan mis suspiros!

156. »¡En ti está la belleza en quien mis ojos
sus gustos empeñaron y alegría,
y el triunfo donde amor por sus despojos
la libertad colgó del alma mía!
¡Ricos palacios, fin de mis enojos,
sálveos el cielo y con la luz del día
en feliz vuelo vuestros techos de oro
de gloria bañe, como a mí de lloro!

157. »Así del veloz tiempo el curso humano
con agradables vueltas solicite
a vuestras flores inmortal verano
que a no morir jamás las resucite;
y de esta playa el cristalino llano
con ricas perlas y coral visite
vuestros umbrales de oro y a pie enjuto
de lo mejor del mundo os dé tributo.

158. »Que a mis gustos prestéis dulce acogida
y a un extranjero fiel noble hospedaje,
que siendo tesoreros de mi vida
grave traición será hacerme ultraje;
y a esa hermosa cautiva a quien rendida
mi alma está en humilde vasallaje,
le deis nuevas de mí y digáis que vivo
en fe de ser de su beldad cautivo".

159. »Así decía yo en mi pensamiento
mientras el real bajel iba a dar fondo
y el piloto sagaz al rumbo atento
con la áncora corva y el boyal redondo;
apresta y la sonda mide atiento
el lugar más seguro y menos hondo
donde surgir y la de más canalla
salta en la arena en el lugar que halla.

160. »Llevome el noble Abenragel consigo
donde antes enviado el alma había,
a ver al rey y hablarle por amigo
y la ocasión buscar de mi alegría;
fue como suele el tiempo mi enemigo,
pues ni por esta ni por otra vía,
en muchos días que en su corte estuve
ni orden de hablarla ni de verla tuve.

161. »Mi amigo a quien quizá en igual cuidado
o poco menos mi desdicha puso,
y de la bella infanta enamorado
el no poderla ver triste y confuso;
un día por dejarme más obligado
a contarme sus males se dispuso,
¡extraño caso! que una misma suerte
me restauró la vida y dio la muerte.

162. »Contome en suma el todo de su vida
sin pensar que tuviese parte en ella
que un año había que la traía perdida
desvelado en servir la infanta bella;
y aunque era siempre aceda y desabrida,
al fin dejaba que pudiese vella,
"Mas ahora, dice, está tan retirada
que de sí misma y quien la ve se enfada.

163. »Después que por descuido de su hermano
en Júcar la prendió un corsario un día
y rescatada fue por un cristiano
que Hambroz quitó la vida en Almería;
nunca el alegre rostro soberano
el lustre ha dado en ella que solía.
Con sus doncellas retirada vive,
que un muerto gusto en nada le recibe.

164. »Deseo, pues ya como solía no puedo
del dulce bien gozar que ausente adoro,
con la invención de algún sutil enredo
de mis males contarle el gran tesoro;
que lo que amor no pudo, quizá el miedo
causar podrá del importuno lloro
trocando en algo aquel altivo pecho
de blanda nieve y pedernales hecho".

165. »Así el de Fez envuelto en su cuidado
y fuera de los mío me contaba
de su mal lo presente y lo pasado,
y contra mí de mí se aconsejaba;
había un sarao y música trazado,
y viendo que la infanta se excusaba
trocó en darle una música el ornato
de su real grandeza y aparato.

166. »La plata de los cuernos de Diana,
ya envuelta en las cenizas del poniente
con los retintes de color de grana
tibia volvía su luz resplandeciente;
y entre el mudo silencio y sombra vana
sembraba el sueño olvidos en la gente
y de la vía láctea el tesoro
el aire oscuro de centellas de oro.

167. »Cuando de Abenragel el aparato
salir la noche vio de su posada,
en unas andas negras su retrato
con blanca gente en torno amortajada;
verdes las hachas, que de rato en rato
tristes gemidos daban, y sembrada
de cometas la noche, parecía
primer retrato del postrero día.

168. »Al ronco y triste son de unas cadenas
que del ataúd colgaban enlutado,
entre las verdes luces, donde apenas
humo sus esperanzas se han tornado;
dos carrozas salieron ambas llenas
de bellísimas moras que en trabado
coro sonaban varios instrumentos
de suave son y cónsonos acentos.

169. »Arpas, vihuelas, órganos, rieles
clarines, chirimías y trompetas,
flautas, dulzainas, cítaras, rabeles,
sonajas, cornamusas y cornetas
y otras varias pandorgas y tropeles
de consonancias y armonías perfetas
que en música suave y acordada
todo una gloria parecía trabada.

170. »Y en un soberbio trono de brocado,
sobre carro triunfal que en oro ardía
de ocho unicornios de África llevado
con mayor luz que en el que sale el día,
de Arlaja el bulto al natural sacado
de beldad lleno y majestad venía
con mil Cupidos que en alegre vuelo
cometas dan por flechas de oro al cielo.

171. »De antiguos dioses en cadenas de oro
presos por más grandeza acompañada,
a sus pies nueve musas y el sonoro
plectro de Apolo y cítara dorada;
yo esta figura hice en traje moro
por darme a conocer en la jornada
y en esta pompa y majestad de espacio
llegó el carro al terrero de palacio.

172. »Donde un fúnebre mausoleo hecho
de artificiales fuegos puesto a punto
al entregarle el enlutado lecho
humo se volvió y sombra todo junto:
y ya el ruido y su temor deshecho
con las tristes memorias del difunto,
la antes funesta llama al regocijo
de música parió un alegre hijo.

173. »Hubo mucho de todo, al fin entre esta
folla de corte en hábito de Apolo,
con ademán de entretener la fiesta
una canción canté en una arpa solo,
por tal estilo y término compuesta
que en voz de abrazado mauseolo
mis endechas lloré, canté mi vida,
y acusé una palabra mal cumplida.

174. »No perdió punto Arlaja en la encubierta
cifra que al disimulo se cantaba,
que aunque no en los balcones descubierta
entre sus damas disfrazada estaba;
puso fin a la fiesta el ver abierta
la ventana de la alba que apuntaba,
que para gozar de ella antes del día
salió en aquel más presto que solía.

175. »En él al noble príncipe africano
la infanta envió a decir que en todo había
estimado el regalo cortesano,
y que sin tantos gastos gustaría;
oír sola la voz, la letra y mano
de la harpa pasada y la hallaría
para esto en los balcones de su huerta
aquella noche sola y encubierta.

176. »Dejó ufano al de Fez la nueva gloria
del presente favor mal entendido,
a mí lleno de gusto y vanagloria
hallar lo que temía haber perdido;
mas ¡oh humana tragedia, en quien notoria
la inconstancia descubre el más cumplido
de tus inciertos bienes, cuán a tiento
camina el hombre y va tras su contento!

177. »Llegada la ocasión y hora pedida
por tantos gustos, aunque a varios fines
solos los dos, la harpa prevenida
a hacer fuimos la ronda a los jardines;
donde la bella Arlaja entretenida
nueva belleza daba a los jazmines
de un balcón apartado que caía
al muro altivo que el vergel ceñía.

178. »La sabia Ardelia, una gallarda mora
amiga suya en compañía con ella,
está, en viéndonos, dijo: "Mi señora
la infanta me mandó venir por ella;
a deciros, señor, que por ahora
no es posible hablaros, ni vos vella,
por cierto inconveniente y caso justo,
que el paso le ha estorbado de este gusto.

179. »Dice que, aunque hallarle en vuestra fiesta
su enfado lo estorbó, os está obligada
y así lo reconoce y yo con esta
razón he hecho y dicho mi embajada".
Mi amigo Abenragel viendo traspuesta
la gloria que ya dio por alcanzada,
bien conoció que amor con la ventura
pocas veces le encuentra y menos dura.»

180. Respondiole con modo cortesano
hasta en su mismo agravio agradecido,
mas que sentía haber traído en vano
quien a solo servirla había venido;
que era aquel caballero castellano,
que a no ser tan discreto hubiera sido
tan grave falta causa de tenella
o en su amistad o en las firmezas de ella.

181. Dicho esto Ardelia por sagaz estilo,
dando disculpas y admitiendo cargos,
de mí supo quién era cuando el hilo
de las quejas quebró y de los descargos;
de la siempre dudosa parca el filo
y haciendo breve suma en cuentos largos
su gloriosa esperanza trocó al fuerte
Abenragel triste azar de muerte.

Alegoría

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas donde al ejecutar no tercia la Ventura y, cómo la prudencia humana sin el favor divino, entendido por la Fortuna, es de ningún efecto. Todo lo cual se ve aún más claro en los infortunios de Gundémaro.

Fin del sexto libro.

LIBRO SÉPTIMO DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Prosigue Gundemaro su historia y acábase en un extraño encantamiento. Ferragut despierta a los gritos de una doncella que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarión, al cual sigue el Moro todo el día y al fin a su vista le coge un villano y se le lleva y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una extraña aventura. Llega al Tajo y libra a Galiana, infanta de Toledo, de una traición con que la pretendía robar Biarabí, rey de Pamplona.

1. «¡Oh varios cursos de la vida humana!
Gundemaro siguio, fines inciertos,
pesadas penas de alegría liviana,
dolores vivos de placeres muertos;
alquimias y oropel en que devana
engaño el gusto, el tiempo desconciertos,
dulce esperanza, desvarío eterno
que prometiendo gloria dais infierno.

2. »Corre tras sus manzanas Atalanta
y solo el oro y no el engaño advierte,
Febo tras Dafne hállala hecha planta,
Anteo beldad que en ciervo le convierte;
vuela a poner Eurídice la planta
sobre una flor, encuentra con su muerte;
vuelve su amante a verla y su contento
a un volver de cabeza es todo viento.

3. »Tal es la suerte humana y su firmeza
y así anda el hombre tras su antojo a tiento,
encandílale el gusto la belleza,
corre tras el placer, halla el tormento;
Midas, en su oro, hambres y pobreza,
Faetón, en su altivez, abatimiento,
a Abenragel y a mí por una senda
dieron, buscando paz, muerte y contienda.

4. »Al tiempo que por término encubierto,
a excusas suyas me iba declarando
y afable Ardelia por un modo incierto
en su amor y favores obligando;
Alfajardos, un moro sin concierto,
que el palacio real venía rondando,
a quien Abenragel quitado había
los gustos de una mora en Berbería,

5. »hízole el noble Gambedul privado
de Abdalla y capitán de infantería,
hasta que a más fortuna levantado
a serlo de la guarda subió un día;
este, de un furor loco arrebatado
fantástico del cargo que regía
que son las dignidades en efeto
toque de los quilates del sujeto.

6, »Soberbio en las pujanzas de su oficio,
con furia arremetió desordenada,
y haciendo del celoso al real servicio
al príncipe pasó de una estocada;
cayó el joven mortal, creció el bullicio
de la canalla vil alborotada
que a las voces del moro alharaquiento
en confuso tropel llegó sin tiento.

7. »Mas no salió tan a su salvo el caso
que antes que ser pudiese socorrido
de mil heridas desangrado y laso,
sin vida ante mis pies quedó tendido;
sin que la furia popular un paso
perder me hiciese del recién caído,
y muerto Abenragel, bien que pudiera
con la noche salvarme si quisiera.

8. »Pero creció la gente y alboroto
y medrosa la infanta de mi muerte,
que me rindiese manda y por su voto
las armas entregué y troqué la suerte;
dime preso al alcaide Polinoto,
que del alcázar real en lo más fuerte
de un cuarto, a un redoblado muro incluso,
entre cadenas lóbregas me puso.

9. »Fue de la torre en el lugar más bajo,
que más negro aire y menos luz tenía,
y por una escalera con trabajo
para doblarse en él se descendía;
aquí solo quedé y el que me trajo
por la infanta y Ardelia el mismo día
a decirme volvió que por valerme
juntas vendrían aquella noche a verme.

10. »Llegó de la hora el tiempo deseado
y, habiendo despeñado al carcelero,
bajar a donde estaba aprisionado
vi a media noche, el alba y el lucero;
trócose en cielo el sótano ahumado,
mi mal en bien, mi pena en gusto entero,
mis tormentos en gloria y las prisiones
en cadenas de dulces eslabones.

11. »Sacáronme del limbo dos deidades
que en la belleza parecían del cielo,
mas la fortuna, cuyas variedades
mis cosas llevan sin cansarse en vuelo;
mi bien trocó en tan tristes novedades
que de no rematarlas me recelo,
que quiere un monstruo hacer en mí que pueda
ser centro de las vueltas de su rueda.

12. »El príncipe Algaicel, que en la belleza
de Ardelia ardía y su desdén le helaba,
y entre celos, temores y aspereza
muerto vivía y sin dormir soñaba;
cuando de la escaladada fortaleza
yo al cuarto de la infanta atravesaba
con ella de la mano, a él le traía
o su amor ciego o la desdicha mía.

13. »Iba a velar el sueño de su dama
o a despertar su muerte y mi tormento:
que ni Fortuna duerme, ni quien ama
ni a un desdichado importa andar con tiento;
pues hasta los desvelos de otra cama
a perturbarle vienen su contento.
El príncipe llegó, turbole el caso
de amor y honor herido a un mismo paso.

14. »Era valiente y poco reportado,
y como tal arremetió furioso
con su alfanje y un manto de brocado
por reparo a mi estoque peligroso;
yo que venía bastantemente armado,
de semejantes casos receloso,
quien por contrarios ha de abrir camino,
con hierro es fuerza le abra de contino.

15. »Era cierto el perder honor y vida
o quitarlo sin culpa al enemigo
lance extraño, desgracia nunca oída
ni usada en tal rigor sino conmigo;
al fin él de sí mismo fue homicida,
el cielo es juez, mi corazón testigo,
que si otra puerta en riesgo tal se abriera,
mil vidas por salvar la suya diera,

16. »mas la opinión de Arlaja y la honra mía
al valiente Algaicel dieron la muerte.
¡Oh fortuna cruel, golfo sin guía,
suerte imposible que el tahúr la acierte!
Trocose el fin, trocose el alegría
y las cosas trocáronse de suerte
que ya no tuvo Arlaja por seguro
sin mí quedarse en el paterno muro.

17. »A cuidado de Orbelio, un falso amigo
de Ardelia, prevenido un barco estaba
en la playa del mar para conmigo
de Barcelona hallar la costa brava;
no se atrevió la infanta a ser testigo
del triste día que al rey se le acercaba,
ni quedar sola la otra mora bella,
ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.

18. »Y así por donde yo saliera solo,
a no haber la desgracia sucedido,
los tres salimos, cuando encima el polo
Bootes su media vuelta había cumplido;
y antes que el oro del pretal de Apolo
el aire diese de ámbares teñido,
a la playa llegamos y, sin tiento
las velas dimos y esperanza al viento.

19. »A Orbelio le contaron el suceso,
caso en todas maneras excusado,
que cualquier trance próspero o avieso,
nunca el secreto pierde por guardado;
andaba el mar al embarcarnos grueso,
el Grao gentil de un céfiro picado
que en furioso levante se volvía
de rato en rato al acercarse el día.

20. »Descubrionos la luz lejos de tierra
en una tempestad furiosa envueltos,
que Fortuna cruel por darnos guerra,
traía los aires con la mar revueltos;
hasta que en los peñascos de una sierra
en blanca espuma y salitrales vueltos ,
en Denia el viento, que en sus cuevas suena
ya el barco roto nos echó en la arena.

21. »Aquí murió del todo la esperanza,
siendo en humanas trazas imposible
librarse de la muerte quien no alcanza,
con ánimo inmortal, cuerpo invisible;
que al rey, ¿Quién le estorbara la venganza
o le ocultara en caso tan horrible
por breve senda o por rodeo prolijo,
al que su hija robó y mató a su hijo?

22. »Mas al abrigo que al cercano monte
de una enroscada vuelta el cuerno hacía,
hurtando la mitad a su horizonte,
en casa humilde un pescador vivía;
aquí cuando ya el carro de Faetonte
en el mar contrapuesto se hundía
de las olas y vientos arrojados
de alegre albergue fuimos amparados.

23. »Era del pobre Amílcar la cabaña,
que siendo mercader dio en cortesano
y con soberbia y ambición que engaña
cuanto en logros juntó, despendió en vano;
y ya gastado y viejo a esta montaña
entre redes le echó el tiempo tirano,
adonde en comedido vasallaje
a nuestro barco dio nuevo hospedaje.

24. »Descansando aquel día y el siguiente
en la choza estuvimos recogidos,
sin saber de Valencia ni su gente,
nada de los sucesos referidos;
que el proceloso viento más se siente
por montes, que por valles escondidos,
y las nuevas de Corte y sus consejas
cuando a los pobres llegan, ya son viejas.

25. »Volviéndose iba el golfo más tratable
y Amílcar con mis dones obligado,
pasaje libre y compañía afable,
me había hasta Barcelona asegurado;
cuando de la Fortuna el variable
timón de nuevo el mar dejó alterado
y en las presentes cosas tal mudanza
que no nos quedó un soplo de esperanza.

26. »Tenía el pescador, extraño caso,
por hija una bellísima doncella,
Zoraida dicha, de valor no escaso,
que en su casa nació o se crió en ella;
a esta el fácil Orbelio en fuerte paso
miró y a amarla le inclinó su estrella,
con tan ardiente amor, que fue bastante
de leal volverlo en desleal amante.

27. »Temió quizá el tormento de la ausencia
viendo acercarse ya nuestra partida,
o que los alborotos de Valencia
la hacienda le costasen, la honra y vida;
al fin en alevosa conveniencia,
al huésped antes fiel dejó vendida
su honra y todo mi bien, sin que se excluya
la vida mía y la que lo era suya.

28. »Fueron a dar los dos traidoramente
aviso a Denia del suceso extraño,
mas la bella Zoraida diligente
los tratos entendió, sospechó el daño;
y por salvar la infanta de su gente
seis remeros tomó y en dulce engaño
mientras que en la fría noche ya vecina
el falso Orbelio a su traición camina,

29. »basteciendo conforme a la estrechura
del tiempo, un barco que pescando andaba,
dentro nos puso y ella más segura
que el fijo norte que el timón guiaba;
a vela y remo por el agua escura,
que crespas luces temerosas daba,
al herir de los remos e ir bogando
ligera en alta mar nos fue engolfando.

30. »Cobró tan grande amor Zoraida bella
a la infanta y de Orbelio tal espanto,
que por miedo de verle y de no vella
a su casa dejó en amargo llanto;
temió del vario amante la doncella
no hiciese en sus amores otro tanto,
que en vano se lamenta y llora el daño
quien pudo y no escarmienta en el extraño.

31. »También, si ya esto no es sospecha mía,
a un gallardo leonés Zoraida amaba,
que disfrazado por su amor servía
en el humilde oficio que ella usaba;
este es el que al principio te decía
que al vientre ayunó alguna fiera brava
vivo aquí trasladó dicho Floriano,
de Aurelio hijo y de Adelgastro hermano.

32. »La noche toda navegando fuimos
a vela y remo y cuando el alba abría
en el oriente de oro los racimos
de que se cuaja y se enguirnarla el día;
a Ibiza quedar por popa vimos
y a Formentera dando el rumbo y guía
a Mallorca pasamos por de fuera,
entre el Cabo de Palmas y Cabrera.

33. »Y dentro al Baleárico metidos,
Fortuna, con sus vueltas ordinarias
de nuevo comenzó roncos bramidos
de olas, vaivenes y mudanzas varias;
los vientos de las nubes rebatidos
resuenan por las bóvedas contrarias
del turbio cielo y sus helados polos
solo inmudable a nuestros ruegos solos.

34. »Fuimos sin rumbo cierto algunos días
de un furioso poniente contrastados,
de un bordo y otro por diversas vías
las velas rotas y árboles quebrados;
hasta que en medio de las ondas frías
crecer un día vimos los collados
que por la cuenta y cómputo marino
son en Sicilia el cabo de Paquino.

35. »Aquí ya en salvo puestos aferramos
entre el rojo coral el corvo diente,
y en tierra Floridano y yo saltamos
buscando en ella algún poblado y gente;
y tanto el ciego bosque penetramos,
que andando un día perdidos, al siguiente
cuando a la playa por el río volvimos
ni el barco surto ni su rastro vimos.

36. »No lejos un batel bogando andaba
junto a la costa al desbravar del río,
y un pobre viejo dentro, que pasaba
la vida en él pescando a su albedrío;
este solo parece que esperaba
a darnos tristes nuevas del navío
y así se fue en cumpliendo con su oficio,
por dejarnos el barco y ejercicio.

37. »Contonos este al fin, ¡oh casos varios,
fortuna incierta, labirinto extraño!
que de un navío cretense de cosarios
el nuestro presa fue y triunfo lozano.
"En Creta hay sacrificios ordinarios
donde al altar de un ídolo inhumano
degüellan cada mes una doncella
de las que en corso prenden la más bella.

38. »Por aplacar la fuerza de Mercurio,
patrón de los isleños mercaderes,
de Júpiter y Maya hijo espurio,
autor de embustes, nuevas y placeres;
desde el golfo Carpacio al mar Ligurio
busca para su altar bellas mujeres
el cretense falaz, de engaños lleno,
tal que para ser malo solo es bueno.

39. »Ciertos piratas de estos dieron saco
a Furno aquí y a Módica adelante,
y el bajel vuestro en resistencia flaco,
para alijar el suyo fue importante;
mas tres beldades que en su seno opaco
hallaron, la menor será bastante
para aplacar su dios y que allí acabe
la injusta pena de rigor tan grave.

40. »Que en venganza a la muerte de una dama
que lo era del que rige el caduceo,
si ya no fue algún íncubo, que en fama
del falso dios trazó ese devaneo;
de una peste cruel la ardiente llama
así el reino ha abrasado al rey Tifeo,
que todo en él camina a un fin violento
muerta la reina, el Hado aún no contento.

41. »Y es entre el rudo vulgo opinión cierta
que hasta ser en su altar sacrificada,
otra beldad mayor que fue la muerta
ni él contento estará ni ella vengada".
Así el barquero dijo, "¡Oh suerte incierta,
ni buena en duda ni mejor hallada!
Considera, señor, cuáles quedamos
los que a este paso sin pensar llegamos".

42. »Saltó el viejo en la playa y más ligero
que del presto lebrel huye el venado,
por el bosque se entró y mi compañero
en el barco que vio a la orilla atado;
yo entré tras él con prodigioso agüero
de una nube de fuego rodeado,
que si en tierra se pierde la ventura,
buscarla por la mar será locura.

43. »A bogar comenzamos con los remos,
cada uno por su parte y de la orilla,
apenas se escondieron los extremos
y del cerro de Espaca la cuchilla;
cuando el navío cretense volar vemos,
llevando a jorro el nuestro de traílla
y como si ya todo fuera hecho,
el dolor nos templó y alegró el pecho.

44. »Duró aquesta esperanza y su alegría
lo que la luz duró de aquella tarde,
que ella, el gusto, mi bien, la luz y el día,
todo a un tiempo murió: solo el cobarde
pecho muriendo vive todavía,
y en fuego eterno de memorias se arde,
que en fuego me embarqué y en fuego vivo,
en medio el hielo de mis muertes vivo.

45. »Creció con las tinieblas un levante
que a escuras anudó los demás vientos
en ciega lucha y confusión bastante
a trastornar del mundo los cimientos;
barrió la negra noche el día restante
y en sordos silbos y ásperos acentos
las enlutadas focas y delfines
nos agoraron desastrados fines.

46. »No sé cuál dios el gobernarle tuvo
a un barquillo tan vil en tal tormenta
que de mil veces que anegado estuvo
libre salió del riesgo y de su afrenta;
pero si algún milagro en estos hubo
y a mi ventura lo escribió a su cuenta
que no se da el vivir a un desdichado
para más bien que darle el mal doblado.

47. »Al fin si es bien, señor, el no cansarte
con tan prolijos cuentos, cuando el alba
su luz mostró llorosa en esta parte
donde tu nao surgió y está ahora salva;
por trofeo de Venus y de Marte
haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,
los dos tristes navíos que seguimos
hechos pedazos por las rocas vimos.

48. »Y sin que nadie se escapase de ellos
mi gloria allí murió y aquí me trajo
la Fortuna y Amor por los cabellos
del bien mayor al escalón más bajo;
quise ir para anegarme en medio de ellos
y mi desdicha huir por el atajo,
mas no lo consintió que su porfía
es que yo viva y muera mi alegría.

49. »De mar un grueso tumbo echó el barquillo
por cima de estas rocas en la tierra
a pesar de mi amor, que por seguillo
me hace con mi fe la mayor guerra;
mi amigo Floridán sin prevenillo
el día siguiente entró por esa sierra
de una ligera caza ocasionado
que era su muerte y parecía venado.

50. »Un mes ha ya que vivo en este yermo
solo, sin esperanza, ni alegría,
que ni de día ni de noche duermo
ni sé cuándo es de noche ni de día;
el alma alborotada, el cuerpo enfermo,
la vista absorta, el desear sin guía,
asombrado de noche con legiones
de espantosas figuras y visiones.

51. »De Arlaja por los aires veo la sombra
las más noches pasar triste y callada
otras con débil voz me llama y nombra
de rosas y jazmines coronada;
también con gritos Floridán me asombra
y Ardelia en tiernas lágrimas bañada
pide que me consuele y si amanece
todo en la luz se apaga y desvanece.

52. »O es por aquí el infierno o mi tormento
produce y cría sombras tan penosas
de quien si el cielo me ha librado, siento
que es por estas reliquias poderosas;
contra quien ni aprovecha encantamiento
ni engaños de fantasmas mentirosas
que son las que en fe santa me han librado
de tantos riesgos como te han contado».

53. Así el leonés Gundemaro la historia
de sus prolijos males abreviaba
y el carro en que Faetón perdió su gloria
las ruedas de oro el crespo mar bañaba;
cuando en soberbio triunfo y vanagloria
en carroza de nácar que volaba
al puerto ven llegar una doncella,
más que el Sol rubia y que la Luna bella.

54. Venus sobre su concha parecía
de perlas y esmeraldas coronada
que nuevamente de la mar salía
de su antigua belleza acompañada;
mas apenas el carro en que venía
vio la arena de aljófar escarchada
cuando la luz trocó de su tesoro
en blanca cierva con los cuernos de oro.

55. Y sentada sobre ella la hermosura
que antes sobre sus nácares volaba
con ligereza igual por la espesura
del bosque entró, que al mar sus sombras daba;
cuando los dos que a la enriscada altura
oyendo el uno, el otro hablando estaba,
a ver el fin de tan mudables puntos
la espantosa beldad siguieron juntos.

56. Gundemaro al entrar en la montaña
ni la corcilla vio ni a quien seguía,
Bernardo entre sus breñas, una extraña
maravilla halló de mil que había;
mas ya de Ferraguto la maraña
que el ciego amor en sueños le fingía
ardiendo el pecho en amorosa llama
mi nueva voz a sus grandezas llama.

57. Es del amor sutil la flecha altiva
rayo sin resplandor, fuego encubierto,
cuyo blando calor con fuerza esquiva
bronces derrite al corazón más yerto;
a David prende, a Salomón derriba
y deja al gran Sansón a sus pies muerto,
amarrado a los remos de su barco,
al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.

58. De un sueño, de unas nuevas, de un antojo,
de un no se qué, de un aire y niñería,
de un afable mirar, de un volver de ojo
al alma nace y sin sentir se cría;
dale vida el placer, fuerza el enojo,
y si de veras es, nada le enfría,
que contra el arco suyo y de la muerte,
ni basta habilidad, ni alcázar fuerte.

59. Pues este aliento y fuerza poderosa
que todo anda sembrado y repartido
con la luz de una imagen amorosa,
durmiendo a Ferragut dejó vencido;
el pecho ardiendo, el alma deseosa,
de ver despierto lo que vio dormido,
cuando el ruido sonó, confuso y ciego
que el gusto le quitó y rompió el sosiego.

60. Entró a buscarlo por la selva el moro
al mismo tiempo que la luz salía,
sembrando al aire los corales y oro
que el nuevo sol por su horizonte cría
y dudando si aquello era el sonoro
estruendo de armas que soñando oía,
a tiento tras la voz anduvo tanto
que la causa encontró del triste llanto.

61. Dos caballeros vio y una doncella,
todos tres muertos y otra que lloraba
sus desastradas muertes, con aquella
triste y penosa voz que antes sonaba;
mirola el moro, conociola en vella
que era la que el día antes le llevaba
a Bahamel la nueva dolorosa
del robo que Auchalí hizo en su esposa.

62. Al mismo Bahamel halló caído
muerto encima de su espada y viendo un paso
tan lastimoso, el moro enternecido
detuvo el suyo sobre el campo raso;
y dándole por modo comedido,
consuelo a la que llora el triste caso,
pídele cuente y diga si lo sabe,
quién fue la causa de rigor tan grave.

63. «Que si por la demanda en que me puse
sucedió, dice, tanto desconcierto
sin que el mundo halle brazo que lo escuse,
o el mío le vengará o quedaré muerto».
Así el moro le pide no rehúse
darle cuenta del caso, ella cubierto
de llanto el rostro y de color difunta,
llorando satisfizo a su pregunta.

64. Andaba suelto y despuntando el heno
un lozano caballo en medio el prado
con la silla de plata y de oro el freno
y bordada mochila de brocado;
de la color de un blanco armiño y lleno
de un enjambre de moscas salpicado
en los pies remendado y en la frente
ojos fogosos, anhelar valiente.

65. Nervoso el pecho, abiertas las narices,
corta la crin, pequeña la cabeza,
la cola recogida y las cervices,
señales de gallarda ligereza;
de extrañas pintas, manchas y matices
despedazando el freno su braveza
y dando a sospechar en el sosiego
que está entre abrojos, o pisando fuego.

66. No fue su igual el Cílaro famoso
que de Pólux domó el doblado hierro,
ni del viejo Saturno en más brioso
cuerpo los duros miembros ciñó un hierro;
cuando el cuello arrugado y espantoso
con nueva y gruesa crin erizó el cerro
y con relinchos de tu pecho indinos
del monte Pelión asombró los pinos.

67. «Este caballo, la doncella dijo
toda en congoja y lágrimas bañada,
a quien el cielo con rigor maldijo
y una beldad le dio tan codiciada;
triste remate fue del regocijo
de esta gente que ves despedazada,
más bello y desgraciado que el Seyano
ni el que por tierra echó al valor troyano.

68. »Oye el extraño discurrir del Hado
si es verdad lo que de él me contó Alpina,
verás el mundo todo eslabonado
colgar de sola una virtud divina;
si hay digno bien, o mal afortunado
o todo a tiento y sin saber camina,
aquí lo entenderás y en este paso
verás lo que hace la ventura al caso.

69. »En Tracia, de la casta que allí tuvo
otro tiempo Diomedes el Tirano,
este potro nació y de Clarionte le hubo,
rey del valle de Ródope inhumano;
en sangrientos pesebres le mantuvo
y hecho y enfrenado de su mano
tan gallardo salió que de alentado
diez leguas corre y para atropellado.

70. »Al rey Clarionte lo quitó Ricarte
el día que le mató junto a Mantible
y a él, Normán, Bartolache y Radagarte,
cuando a traición le hirieron en Fontible
y aunque quiso cobrarlo Durandarte,
del magancés caudillo, fue imposible,
hasta que el gran Reinaldos en persona
vida y caballo le quitó en Girona.

71. »Presentado de allí le dio a Rugero
por mano de Hipalca su doncella
y el día que lo estrenó con triste agüero
yendo de Mompiller para Marsella;
junto a Arlés puesto el conde de Portero
con su gente encelada cayó en ella
donde murió a traición alanceado
de un infiel pueblo magancés cercado.

72. »Quedara oculta esta alevosa muerte,
si Espinabel pagado del caballo,
no se le hiciera codiciar la suerte,
que la había de vengar con arrastrallo;
púsole el traidor piernas, corrió el fuerte
desenfrenado potro hasta arrojallo
en medio de la plaza de Marsella
a ojos de Bradamante y su doncella.

73. »Allí en presencia suya hecho pedazos
al magancés dejó el caballo fiero,
viéndole Hipalca muerto entre los brazos,
y no en su silla cual pensó a Rugero;
notorios vio los cavilosos lazos
del fementido bando de Pontiero,
alterose la bella Bradamante
y el sobresalto le abortó un infante.

74. »Y al quinto día con la nueva cierta
de la muerte infeliz del paladino,
la antes dudosa amante quedó muerta
y cumplido el temor del adivino,
y por tantas desgracias descubierta
la traición de Maganza, un río sanguino
labró Morgana y de la gente impía
cien falsos condes degolló en un día.

75. »Diose el caballo de estos desatinos
de aquella vez al príncipe Carloto,
que él lo prestó después a Valdovinos,
cuando de Mantua le mató en el soto;
y al fin por varios trances y caminos
con desgracia, ruïdo y alboroto
las muertes de ambos dieron el agüero
del infeliz Clarión por verdadero.

76. »Quedó al César el bárbaro caballo
por prenda a la imperial caballeriza,
y él al rey de Pamplona su vasallo
con la mochila se le envía pajiza;
y ardiendo en oro el gusto de mirallo,
la vista alegra y su color matiza
con la bordada pedrería, que en larga
rueda es al rico jaez preciosa carga.

77. »Encontró al mensajero Ballugante
y sabiendo de dónde y a dónde iba
vida y presente le quitó arrogante,
con alma fiera y presunción altiva;
envióselo a Marsilio, él con semblante
real el don recibió, que es lo que aviva
los fuegos del amor y quien preserva
de muerte el gusto y vivo le conserva.

78. »Y al mismo fin mandó a la bella Alpina
que a Galafre le dé, rey de Toledo,
a quien en una fuente cristalina
de una espada cruel lo quitó el miedo;
pidió favor la mora peregrina
al triste Bahamel y él con denuedo
de ánimo valeroso y noble pecho,
vengarle prometió el agravio hecho.

79. »Había venido con su nueva esposa
aquel día antes por el bosque a caza,
y el verde margen de una fuente hermosa
de estrado entonces les servía y taza;
de allí salió a la impresa peligrosa
contra los que de infame estirpe y raza
a la dama quitaron el caballo
y él a los dos la vida por cobrallo.

80. »Dejó Bahamel en la agradable fuente
por guarda de su esposa un falso moro,
ni honrado, ni hidalgo, ni valiente,
Auchali dicho hijo de Alcandoro;
que de truhán de Ulid subió a teniente,
de alcaide en Baza, aunque afrentado en Toro,
mas dio en ser rico y convirtiose en godo,
que el dinero lo da y lo puede todo.

81. »Este por fuerza se llevó robada
esta triste hermosura recién muerta,
y yo, cual tú me viste, alborotada,
del caso corrí a dar la nueva cierta;
anoche Bahamel a esta cañada
en su rastro llegó y aquí despierta
el alma en el dolor y él de rendido,
sobre la hierba se quedó dormido.

82. »Y luego que el sentir quedó sin dueño
soñó que en fresco estrado y verde cama,
no lejos de la suya, en no pequeño gusto
dormía con otro la que él ama;
confuso despertó, contome el sueño
y a tiento vino donde halló a su dama
durmiendo en estas flores y dormida,
de celos ciego, le quitó la vida.

83. »Creyó celoso que Archali sería
el que alegre dormía en su regazo
y viendo que despierto revolvía
en su defensa el atrevido brazo;
con el ciego cuidado que venía
feroz le ciñe en desdichado abrazo
dándole de un puñal atravesado
por cama el heno y por sepulcro el prado,

84. »Fue sobre él por cortarle la cabeza
y halló a sus pies su desdichado hermano,
el sin ventura Abenanil. ¡Oh fuerza
de Fortuna cruel, Hado inhumano!
Volvió el herido en sí, vio su braveza
muerta y viéndose muerto por la mano
de quien más le quería, entendió claro
que a los golpes del cielo, no hay reparo.

85. »Contonos que viniendo de Toledo
no lejos vio de allí llevar robada
la bella dama entre congoja y miedo,
de triste llanto y lágrimas bañada;
y que aunque a defenderla con denuedo
la mano puso a su alevosa espada
el infame Archalí, de una herida
libre se la quitó y dejó sin vida.

86. »Apenas pudo dar razón del caso,
cuando la lengua le atajó la muerte,
y el ya sin fuerzas, débil, cuerpo laso
recio se estremeció y se mostró fuerte;
y Bahamel, que así en el postrer paso
su casta esposa y a su hermano advierte,
por furor loco y torpe desconcierto,
más que ellos el dolor le dejó muerto.

87. »Y haciendo en un brevísimo discurso
de sus azares y dolores suma,
sin rastro de esperanza ni recurso
que la ocasión de su dolor consuma;
muerta ya la razón con el concurso
y avenida de males halló en suma,
que de infinitos que hay de varios modos
en un breve morirse ahorran todos.

88. »Y sin que me presencia fuese parte
a reprimir su furia acelerada,
rabioso le pasó de parte a parte
el débil corazón con esa espada;
y esta es al fin, señor, por no cansarte
su tragedia y la historia desdichada
del caballo Clarión que a maravilla
nadie sin caer subió en su ingrata silla.

89. »Dame ahora favor, dame tu ayuda
para salir de trance tan confuso,
a quién, o cómo vaya, o dónde acuda
en este estrecho en que el rigor me puso»
Así la dama dijo, el moro en duda
un breve rato se quedó difuso
en pensamientos y discursos varios,
de gustos todos y placer contrarios.

90. Pero viendo el caballo que pacía
mal, por tenerse todavía el freno,
que aunque era de oro, el oro le impedía
el oro de las bestias que es el heno;
agradado del talle y gallardía,
probarle quiere y si es de azares lleno,
para no reparar en ese agüero,
basta ser español y caballero.

91. Mas el caballo, hecho a ver dislates,
las riendas huye, a quien el oro agrava
y vuelto aquí y allí, en varios regates,
lozano la alheñada crin embrava,
hasta que ya a los últimos remates
donde un arroyo en sus cristales lava
los postreros jazmines de aquel prado
se entró en el bosque y le dejó burlado.

92. Saltó el moro tras él y con el salto
el brioso animal se alteró un poco
con que en paso más libre, a lo más alto
del monte fue subiendo poco a poco;
creció el antojo con hallarse falto
de aquello que primero tuvo en poco
y ya con más codicia y mayor paso
sigue lo que al principio siguió acaso.

93. Treinta millas le fue al alcance extraño
de una breña, saltando en otra breña,
que el gallardo caballo de lozano
ahora le aguarda y luego le desdeña;
así a las veces de un querer liviano
y de una fácil ocasión pequeña
se empeña un gusto hasta morir por ella
y abrasa todo un monte una centella.

94. Ya el sol con quien el moro parecía
que apostaba a correr hacia el poniente
su sombra que antes alcanzar quería
atrás le ataba perezosamente;
cuando al pie de una cumbre que subía
su caballo vio al margen de una fuente,
a quien del prado la florida falda
rica taza le sirve de esmeralda.

95. Vio que llegó a beber y que un villano
poniendo bien la silla saltó en ella
y en las fornidas ancas, el terrano
semblante de una rústica doncella;
dioles el moro voces, pero en vano,
que sin responder él ni escuchar ella
libres se van y en trueco del caballo
el enfado le dejan de buscallo.

96. Baja ligero y de coraje brama
al poco caso que hace el que le lleva,
pues al ronco gritar con que le llama
ya en término cortés, ya en furia nueva;
ni para, ni responde; antes su dama,
a quien con rostro humilde ablandar prueba
a que le escuche a modo de rogalla,
sonriéndose de él, camina y calla.

97. Temió no sea la referida Alpina
que el real caballo al rey Galafre lleva
y que él calla en mal caso, si la indina
o haga en la estorbar lo que no deba;
mas no tampoco quiere que en indina
descortesía alguno se le atreva
ni en burlas le desdeñe por tal modo
que es no sentir disimularlo todo.

98. Y así viendo que nadie le responde
delante puesto, ya fiero, inhumano,
las riendas de oro quiso asir, por donde
las lleva mal parejas el villano;
mas él sin responder le corresponde
con una vara en la atrevida mano
tal que por los artejos desarmados
pensó al herir dejárselos quebrados.

99. Huyó la mano el moro atormentada,
y un fiero grito dio que asombró el valle
y sin paciencia ya de una puñada
vida y caballo le arrojó a quitalle;
erró el golpe la cólera sobrada
volvió a quererle asir y volvió a dalle
y del dolor y rabia faltó poco
para quedar entre el coraje loco.

100. Medio pino tomó para matallo
y hacerle con iguales armas guerra,
más de dos coces el feroz caballo
a él y a su soberbia echó por tierra;
cayó también cabe él al derriballo
la doncella y huyendo por la sierra
se entró el bravo animal con el villano
que el duro freno le llamaba en vano.

101. Templó al moro el dolor de su caída
ver que también cayese la doncella,
que más quisiera que hallarse sin la vida,
que causa justa en sí de quejas de ella;
acudió a levantarla por cumplida
satisfacción que le ha pesado y ella
no haciendo caso de él, callada y queda,
sentada está, sin que movella pueda.

102. No le responde nada que se diga,
fiera, inmudable como un mármol dura,
ni el moro sabe qué consejo siga,
ni como entienda el fin de esta locura;
al fin se fue y dejola en su fatiga
y ella viéndose libre se apresura
tras el ligero curso del caballo
y el que iba encima de él por alcanzallo.

103. Puesta la luz del cielo en dos balanzas
y al mar de Atlante lo último del día
por sus gonces, sus puntos y mudanzas,
el sol se entraba y Hécate salía,
cuando perdido el tiempo y esperanzas
el moro que el caballo antes seguía
solo se halló, confuso y atajado
a la orilla de un río en medio un prado.

104. Y enfadado de ver el nuevo enredo
con que a pie se quedó pasó adelante
así altivo y feroz que daban miedo
su fiero ceño y áspero semblante;
cuando la furia le templó y denuedo,
de una tienda el primor así elegante
que al rayo de una luz que dentro había
también el oro del brocado ardía.

105. Entre frondosos árboles plantada
estaba el murmurar del manso río,
sitio oportuno y parte acomodada
para en ella hurtarle el cuerpo al frío;
llegó cortés a demandar posada
y halló el albergue y pabellón vacío,
con rico estrado y prevenida cama
y al rayo de una luz sola una dama.

106. De poca edad y mucha hermosura,
niña de alegre gusto parecía,
la frente un claro cielo en cuya altura
sobre la nieve el sol resplandecía;
de gentil cuerpo y agradable hechura
el rostro del color que nace el día,
la garganta gentil y el blanco pecho
de frescas rosas y jazmines hecho.

107. Dado al descuido un nudo en el cabello
donde el sutil amor quedó enredado
para hacer lazos y marañas de ello
y el pensamiento atar al más delgado;
dos arcos de un dorado y sutil vello
de cien flechas y más, cada uno armado
que van volando y dan en las entrañas
al mover de las cejas y pestañas.

108. Dos mayos de azucenas y claveles
en un verano son sus dos mejillas,
sus dulces labios de coral rieles
con que ríe el placer por sus orillas;
de aljofarados dientes dos caireles
y en cada uno un millón de maravillas,
verdes los ojos y sus luces bellas
mil soles que son poco dos estrellas.

109. De un mirar regalado y halagüeño
que acaricia, ocasiona y necesita,
a dar el alma libre en dulce empeño
al precio de beldad tan exquisita;
con el donaire de un capote y ceño,
que más a un muerto gusto resucita,
ni así el ámbar y música provoca,
como el aliento y habla de su boca.

110. Los tiernos pechos dos pequeñas pomas
de rosas hechas y apretada leche
de un real valle de amor menudas lomas
que al ensancharse le hacen que se estreche;
no hay Panchaya con todas sus aromas
que olor más fino que sus pechos eche,
ni Venus de marfil ni de oro indiano
con dedos más bien hechos que su mano.

111. De tela de oro azul manteo bordado
de armiños rica turca de escarlata
de alcatifas de Persia, el grave estrado
con bufete de nácares y plata;
donde en follajes de cristal grabado,
de un ardiente blandor la luz retrata
un agradable cielo en la figura
de aquella nunca vista hermosura.

112. La rosada mejilla en la una mano
mostrando el brazo y la otra descubierta
como al descuido, en ademán profano
la rica holanda en gayas de oro abierta;
dando por más deleite al gusto humano
la belleza que guardan encubierta
de la aguja las redes peligrosas
en el pecho de tierna nieve y rosas.

113. No había en el pabellón más que una lumbre
ni más que aquella hermosura sola
que cual fino diamante su vislumbre
todo con bellos rayos le arrebola;
es de la tienda real la altiva cumbre,
una encantada y cristalina bola
por donde las estrellas y la luna
sus cursos hacen sin mudanza alguna.

114. Toda de oro bordada y pedrería
por de dentro parece y por de fuera
de árboles, caza, flores, montería,
un agradable y fresca primavera;
en perlas el jardín se contrahacía
cuya hoja de esmeraldas finas era,
los florones de escarches amarillos
gripados de argentados trebolillos.

115. Dejó asombrada al moro la belleza
de la suntuosa tienda y de su dueño,
las sedas, perlas, oro, la riqueza,
el bosque oculto y el lugar pequeño;
y sobre todo la real grandeza
y aquel mirar alegre y zahareño
de la beldad mayor que el mundo supo
que allí entre las demás grandezas cupo.

116. También la nueva soledad le admira
sin gente de respeto ni servicio,
con una sola luz que alumbra y mira
todo el mudable y único edificio;
y que suspensa y sin querer suspira,
de algún mal interior notorio indicio.
Todo esto contempló desde la puerta
sin que la dama, al parecer, lo advierta.

117. Mas ya determinado por su gusto
el secreto saber de esta aventura,
con rostro humilde y corazón robusto
el rico umbral pasó y en voz segura:
«Guarde señora -dijo- el cielo justo,
la gloria de tan rara hermosura
haciendo más suave y menos larga
de los cuidados la pesada carga».

118. Alzó los ojos, con que dar pudiera
a los ya muertos de sus lumbres vida,
a ser las leyes de la muerte fiera
como las del amor más homicida;
y por mejor probar su fuerza entera
en fingido alboroto desabrida
con vista afable y lengua zahareña
le atrae a un mismo tiempo y le desdeña.

119. Al fin después de varios cumplimientos
lugar le concedió en el rico estrado,
pidiéndole la causa y los intentos
de haber en tiempo tal allí arribado;
contóselos el moro en breves cuentos
la impresa del caballo desgraciado
y cómo ya era próspero y dichoso,
pues a lugar le guio tan venturoso.

120. Rió en grandes donaires la doncella,
la no entendida burla del villano
y por sacarle con sosiego de ella,
«Señor -le dijo- en este verde llano
aquella cristalina fuente bella
está encantada por la sabia mano
de la hechicera Arleta, que un engaño
en ella puso de artificio extraño.

121. «Esta tuvo amistad con cierto moro
gran capitán de Zaragoza y Baza,
a quien sin guardar término y decoro
una mora usurpó de humilde raza;
es rica y donde quiera manda el oro,
y él con mayor codicia, que no traza,
dejó la dama pobre por la rica,
que a todo un gusto sin lealtad se aplica.

122. »Tiene un castillo cerca de esta fuente
y en él el falso amante entretenido,
de adonde salen cuando el día al oriente
los dos a monte por el verde ejido;
a este fin la celosa diligente
del agua emponzoñó el cristal lucido,
porque saliendo a caza sea quien fuese,
sus disgustos le pague si bebiere.

123. »Quita el sentir la fuerza del veneno
por largo rato, mientras con bastantes
fuerzas el gusto trueca y lo hace lleno
de lo que le solía enfadar antes;
pudo ser que bebiesen de este cieno
aquellos dos villanos caminantes
y sin sentir ninguno lo que hiciese
la referida burla sucediese.

124. »Yo, señor, estoy sola, que mi gente
toda se fue a un castillo de mi hermana
cerca de aquí a la parte del poniente,
para volver con ella a la mañana;
quedose una doncella y un sirviente
a hacerme compañía, y hoy con vana
curiosidad se entraron por la selva,
sin que hasta ahora ninguno de ellos vuelva.

125. »Mas ya entiendo sin duda por las señas
que son los que cogieron tu caballo,
y sin juicio van por esas breñas
y yo, en el riesgo en que me ves, me hallo;
triste, sola y metida entre estas peñas.
Mas ya que tú veniste a remediallo,
podrás darme tu amparo y ser mi abrigo
si no te causa miedo estar conmigo».

126. Dijo esto por tal modo la doncella
y así en suaves ojos halagüeños,
que sin sentido el moro quedó en vella,
entre deleite y gustos no pequeños;
hasta que al fin, ocasionado de ella,
de sus halagos y fingidos ceños,
preso en sus lazos y en su lumbre ciego
tierno le dijo su amoroso fuego.

127. Ella ni le acaricia ni deshecha,
ni contenta se muestra ni enfadada,
que todo a veces en donaire lo echa
y a veces todo al parecer le agrada;
va haciendo la cadena más estrecha
y el moro ya con alma enamorada
del todo se le rinde y aficiona
y por ojos y boca lo pregona.

128. Calla y con no rehusar le da licencia
que entre sus blandas manos le regale
y en trato afable y grata diligencia
a convidarle con los gustos sale;
de un rico cofre saca a su presencia
preciosos dulces donde el moro iguale
su gusto en todo, porque en todo vea
que ya de veras dársele desea.

129. El ya rendido amante no consiente
semejantes excesos de tal mano,
mas que a él con alma y corazón ardiente
mostrar le deje huésped cortesano;
crecen los fuegos y él que arderse siente
en el amor, no cabe de lozano
adorando entre sí el primer trabajo
que a tan dichoso punto y fin le trajo.

130. «No es caballo, dice, desgraciado
como por burla me contó la dama,
pues a tanta ventura me ha guiado
de collado en collado y rama en rama;
siempre del mal o el bien exagerado
son menores los hechos que la fama,
cuando tenga mil tachas mi caballo,
este bien solo me hará adorallo.»

131. Así, en pláticas dulces y sabrosas,
cenando están los dos de oro en un plato,
dando ella de sus manos amorosas
presas de amor al moro cada rato;
ya preguntando diferentes cosas,
ya con libre decir, ya con recato,
que le importa saber si tiene dueño,
si es de gusto común o zahareño.

132. El moro a todo en cortesano estilo
ya de veras le responde, ya en donaire,
y mientras del parlar siguen el hilo,
si acaso da en la vela un soplo de aire;
que humillando la luz, muestra el pabilo
todo se turba y desvanece en aire,
que sin la llama el pabellón no luce,
antes cual débil sombra se trasluce.

133. Parécense los árboles y el cielo
y aun se apaga en la dama la belleza,
mas luego que la luz cobra su vuelo,
todo se vuelve a su primer riqueza;
cree viendo esto el moro sin recelo,
que es desvanecimiento de cabeza,
que el mucho caminar y el comer poco
le trae el sentido divertido y loco.

134. Y metido ya en veras con la dama
libremente le dice su deseo,
ella, con vano escudo de su fama,
el gusto le entretiene por rodeo:
«Ser verdad que adoréis esta que os ama,
yo en esto -dice- lo conozco y veo
que pudiendo salir sin demasía,
con vuestra voluntad, pedís la mía.

135. »Mas yo de todo en todo seré vuestra
si me juráis lo que pediros quiero,
y ese noble pecho y mano diestra
y la fe que debéis a caballero;
que nuevas culpas, ni ocasión siniestra
de vos me apartarán, sin que primero
me des satisfacción de una doncella
que usurpado me ha un gusto por más bella.

136. »Hame tiranizado un caro amigo
que era otro tiempo el alma de mi gusto,
y en fe que dio de casarse conmigo,
de mí le di más parte que era justo;
y aunque por vos, señor, en lo que digo
tratar cosas pasadas sea disgusto,
es fuerza que me deis esta palabra,
y así mi voluntad su puerta os abra.

137. »Que cuanto a desear esto me mueve
ya no es gusto de amor, sino venganza».
El moro que en su rostro entre oro y nieve
ardiendo en fuego siente su esperanza;
no solo una palabra y don tan leve,
le otorga, jura y da, mas si en balanza
de un mundo entero en contrapeso hiciera
y el mundo fuera suyo, un mundo diera.

138. Y ya con la licencia que le ha dado,
quiso en más libre trato entrar con ella,
hacer campo de amor el rico estrado
y allí suya del todo la doncella;
cuando con el burlar desordenado,
el sujetarla y defendérsele ella,
la vela se cayó y sin lumbre alguna
lo que encubría la luz mostró la luna.

139. Sobre una cama de pajizo heno,
abrazado se halló a una flaca vieja,
el turbio rostro de verrugas lleno,
de solo un ojo y con ninguna ceja;
la hundida boca cavernoso seno,
con los podridos dientes mal pareja,
dando al vecino olfato grueso aliento
de algún recién abierto monumento.

140. Duro el cabello, entre aplomado y cano,
peor que el de Tesífone y Megera,
la encorvada nariz, que al gusto humano
en flaco iguala, de color de cera,
de nudosa raíz el cuerpo enano,
con más años que el tiempo y toda entera
tal que al valiente moro y su denuedo
lo que el mundo no pudo, puso miedo.

141. Así el hambriento pobre peregrino
en seca paja de un rastrojo echado
rico se sueña al fin de su camino,
en cuadras de oro y camas de brocado;
y en medio el gusto un viento repentino
el sueño vuela y hállase abrazado
a su estéril bordón y hambre ayuna,
al frío rayo de la blanca luna.

142. Con secos niervos y con duros brazos
así al moro ciñó, que no podía
del cuello huir los escabrosos lazos,
por más que la apartaba y deshacía;
quiso de rabia hacérselos pedazos
a no ser en los suyos villanía,
y ella más firme que la yedra al olmo
llegar su antojo quiere y gusto a colmo.

143. ¿Quién ha visto en un águila enroscada
víbora azul o pardo crocodilo,
a una palma enredarse levantada
de las crecientes del vadoso Nilo;
o a Mercurio en su vara celebrada
de dos serpientes el nudoso hilo?
Tal parecían los dos y en tal hechura,
él en la rabia y ella en la figura.

144. «No es razón -dice- ni camino justo,
que poniéndome yo en vuestra tutela
por solo ser en fuerzas más robusto
esta me hagáis sin que mi honor os duela».
Pensó quizá el envejecido gusto
que aun todavía ardía la candela
y así llevaba el frío melindre al cabo
con el amante ya rabioso y bravo.

145. Mas viendo que de veras la desecha,
la sacude de sí, huye y aparta,
que sin luz su invención quedó deshecha,
medrosa, que la deje y que se parta;
las duras garras por el cuello le echa
y de su aliento y tósigo le harta,
pidiendo a vueltas a la amada presa
la fe debida a su primer promesa.

146. «No soy tan fea -le dice- cual parezco,
que ya fui cuando moza celebrada
y aún hoy pena por mí quien no apetezco
y me trae con sus lágrimas cansada;
si estos enfados y desdén merezco
por daros yo tan franca mi posada,
no os envié yo a llamar, vos me buscastes
y con falsas promesas me engañastes.

147. »Cumplildas, falso, pues, o a todo el mundo
por cruel os mostraré y por alevoso,
sin que de mí os huyáis, aunque al profundo
rincón bajéis del centro cavernoso;
el galán que por vos hice segundo
quiero me deis para que sea mi esposo
y me venguéis de quien me le ha quitado,
y os honréis hasta entonces con mi lado».

148. Bastante prueba dio de su nobleza
en esto el reportado sarracino,
pues templando a su enojo la braveza,
de hacer se abstuvo un nuevo desatino;
solo arrojando la infernal fiereza,
que asido le tenía ese canino
rostro, dijo: «Será quien te ha usurpado,
si ya alguno te amó, el haberte amado.

149. «De él será bien vengarte con hacelle
un Euclides de rayas y figuras
sin que puedas ya más entretenelle
en vanas, aparentes hermosuras».
Así dijo y porque iba a detenelle
con nuevos embelecos y posturas,
de sí la desvió con tanto brío,
que yéndole a abrazar, abrazó al río.

150. Cual encogida y débil hojarasca
que de árbol se arranca al raudo viento,
y volando la lleva su borrasca,
trocando puntas y mudando asiento;
tal la hechicera fue con mortal basca
de uno y otro traspié rodando a tiento,
hasta dar en el agua, en que se hundiera,
si ya de carne y no de pluma fuera.

151. Fuese el moro feroz desesperado
viendo el deleite vuelto en amargura
y del caballo mal afortunado,
aunque de noche clara, la ventura;
mas no mucho se fue cuando a su lado
de Arleta vio la hórrida figura,
que para más enfado del que tiene
a pedirle la fe y palabra viene.

152. Pensó rendir el alma de coraje
volviendo el moro altivo el rostro a vella,
y sin que ya el hidalgo honor le ataje,
con la espada alta arremetió tras ella;
huyó la vieja haciéndole un visaje
que le asombró miralla y por cogella
en unas mimbres tropezó sin tino
y el feroz rostro le abrazó un espino.

153. No hay sierpe a quien azada del villano
haya en dos medias partes dividido,
que así fiera vomite por el llano
el humo del veneno recocido;
como el aragonés moro inhumano
viéndose en tantos modos perseguido,
de aquella que matarla es caso indino
y sufrir sus locuras desatino.

154. Y así por apartarla de sus ojos
a correr comenzó por la espesura,
y ella para seguirle y darle enojos
con las alas del viento se apresura:
«Traidor, hasta que cumplas mis antojos
-le dice- y la palabra y fe perjura
que me diste, en desierto y en poblado
o viva o muerta, me trairás al lado».

155. Así corriendo por la selva espesa,
dos largas millas fueron sin cansarse,
que ni él dejó el huir a toda priesa,
ni ella el decir injurias y acercarse;
hasta que un hondo río que atraviesa
el paso les tomó y forzó a pararse
y el moro revolviendo de repente
viva cogió la vieja impertinente.

156. Y a un árbol de los muchos de su orilla,
harto ya de sufrir la dejó atada,
y en huida veloz para no oílla,
apresuró hasta el día su jornada;
salía ya el alba en su argentada silla
de rosas y azucenas coronada,
cuando el moro salió del bosque al llano
el ancho río a la derecha mano.

157. Y a la otra parte en un ancón que hacía
la corva ala de un cerro puesto enfrente
entre arenas y aljófares bullía,
el cristal puro de una limpia fuente;
junto a ella puesto un pabellón se vía
y en torno de él durmiendo armada gente,
dos apretadas barcas en el río
y una espía en un álamo sombrío.

158. Llegó el furioso moro a preguntalle:
qué atalaya de allí o a quién espera,
cuya es la tienda y gente de aquel valle
y si querrán pasarle a su ribera;
agradole del moro el garbo y talle
y este el primero fue y la vez primera
que de un hidalgo se pagó un villano
y un navarro a la vez de un castellano.

159. Y así le respondió: «En la hermosa tienda
tiene el rey de Pamplona alojamiento».
Mas luego, arrepentido de que entienda
que le quiso dar gusto, mudó intento;
y haciendo al yerro sin lazo enmienda
el receloso Ferraguto, atento
al encubrir y descubrir razones,
barcas, espía, tienda y prevenciones.

160. Bien entendió que el caso era de cuenta
pues el rey Biarabí por su persona,
a riesgo suyo y de su honor le intenta
tan lejos de los muros de Pamplona;
tiene con él enemistad sangrienta
por feudatario a la imperial corona
y que es traición recela, porque sabe
que en un navarro moro todo cabe.

161. Por esto quiere el caso por entero
y a la espía pide que se abaje
a llevar de un extraño caballero
si es posible a su rey cierto mensaje;
tanto decirle al fin supo el guerrero
de ruegos y promesas, que el viaje
aceptó y arrojándose en el prado,
el moro le prendió y quedó burlado.

162. Y haciéndole que calle, aunque no quiera,
con él se retiró en una espesura,
donde del caso la verdad entera
le pide o que abra allí su sepultura;
así lobo feroz, tierna cordera
que por su boca asió a su cueva escura
lleva, sin que ya pueda libre y horra
a su pastor pedir que la socorra.

163. «Señor, por el profeta en quien adoro,
-temblando respondió- y por este paso
en que me ha puesto la codicia de oro,
que no sé el fundamento y luz del caso;
que de un plebeyo y no castizo moro
nunca para altas cosas se hizo caso,
solo podré contarte lo que he oído,
ora sea cuento cierto, ora fingido.

164. »El sagaz Biarabí, rey de Pamplona,
debajo de traer cierta embajada
de parte del rey Carlos en persona,
gente metió en Toledo disfrazada;
a Rangorio, caudillo de Girona,
del gigante Arganzón la firme espada
y a Zaldirán, señor de la montaña,
de un ojo solo y de estatura extraña.

165. »Este de cepa y de linaje oscuro,
aunque él se hace de su rey pariente,
es el que a cargo tiene dar seguro
del río este ancho vado con su gente;
y de un herrado carro el firme muro
en que salvar la presa diligente,
que se entiende será una bella mora,
hija del que en Toledo reina ahora.

166. »Son varios los incrédulos rumores
que de este robo cuentan en secreto,
unos dicen que el César por amores
así al rey lo mandó, que es su sujeto;
y un caballo también de los mejores
del mundo le envió para el efeto
de cuya ligereza se valiese
y el hecho sin temor acometiese.

167. »Y que Rangorio a la jornada vino
para mayor seguridad del caso.
Mas ni eso lleva al parecer camino,
ni es de creer que en semejante paso;
un monarca tan sabio, un rey tan dino
de serlo del oriente hasta el ocaso,
cuando de él tiembla el mundo, por livianas
causas de amor se burle de sus canas.

168. »Otros Rangorio, padre de Oliveros,
fingen el nuevo autor de este cuidado,
mas yo en secreto oí a dos caballeros
hacer a Bierabi solo el culpado;
que acometido de enemigos fieros
su reino y de leoneses rodeado
olvidada su edad anda perdido
en amorosas burlas divertido.

169. »Al fin, séase cual fuese el fundamento,
el caso es ya que Galiana,
la dama de mayor merecimiento
que hoy se conoce mora ni cristiana;
si no hay algún notable impedimento,
aquí presa estará de hoy a mañana.
Esto es cuanto del caso decir puedo,
y lo que aquí esperamos de Toledo».

170. Así el moro decía, compelido
de los miedos del hijo de Lanfusa,
cuando en el bosque oyeron el ruido
de una algazara y trápala confusa;
saltó el aragonés apercebido,
la espía se le huyó y por la difusa
campaña mil tragedias con espanto
materia dieron de venganza y llanto.

171. Mostrose claro el alevoso intento
del robo ilustre que hacer procura
el rey de la ciudad a quien dio asiento
el que perdió en Farsalia la ventura;
y Ferragut, celoso hasta del viento
que en el río suena y brama en la espesura,
no aguardó a saber más, dejó la espía
y a buscar acudió el rumor que oía.

172. Vio venir tras un hombre desarmado,
con limpias armas dos por darle muerte,
y sin poderle socorrer clavado
al suelo le dejó un venablo fuerte;
volviéronse con paso apresurado
y el moro leal que la traición advierte,
con alma y pecho audaz y pies ligeros,
siguiendo fue los falsos caballeros.

173. Y no lejos de allí, al entrar de un valle,
otro vio alancear, como el primero,
sin que a ninguno socorrer ni dalle
favor pudiese su ánimo ni acero;
cuando por una estrecha y verde calle
de la selva salir vio un caballero,
con aljaba de monte de brocado
y un cruel trozo de lanza atravesado.

174. Fue cayendo a los pies de Ferraguto
desangrado y mortal, creyendo fuese
del enemigo bando ánimo bruto
que lo que otro empezó acabar quisiese;
y ya pagando el general tributo,
como antes de morir reconociese
que el moro era neutral y no enemigo,
así le dijo en tono y voz de amigo:

175. «¡Oh invencible valor, cualquier que seas
que en ademán gallardo y real persona
de mí muestras dolerte y que deseas
vengar mi muerte! Acórreme y perdona;
el no poder guiarte donde veas
de Toledo agraviada la corona,
de rey más falso y gente más traidora
que en Meca cree y su Alcorán adora.

176. »Danos favor, gran Cid, si a tu presencia
el valor de esa espada corresponde
y al mundo le ha quedado resistencia
con que hacerla y términos por donde;
ocorre la beldad y la excelencia
mayor que en toda su grandeza esconde
a una ofendida infanta y a un honrado
rey, de un infame rey sin fe agraviado.

177. »Con ademán de una fingida caza
y alancear una feroz leona
a este soto sacó la industria y traza
del falso Biarabi, rey de Pamplona;
la bella Galiana y a una plaza
encubierta guiando su persona
nos trajo a la mitad de esta floresta
donde tenía una emboscada puesta.

178. »Allí con cruel ánimo y denuedo
un tejido escuadrón de gente muda,
salió a robar la infanta de Toledo
y a dar al rey en su traición ayuda;
hizo su oficio el repentino miedo
sobre la que halló de armas desnuda,
unos huyeron y los más honrados
han muerto cual yo ahora alanceado».

179. Así ya con la muerte y sus congojas
el toledano a Ferragut decía,
cuando por la espesura de las hojas
uno huyendo de otros tres salía;
de azules sobrevistas y armas rojas,
de sierpes llenas de oro y plumería
y el que huía una marlota gualda
de un hombro herido y una espalda.

180. Salió a hacer reparo el moro altivo
contra los tres cebados en matalle
y al más ligero de un revés esquivo
de medio arriba le dejó sin talle;
al otro, medio muerto y medio vivo,
por su entero sepulcro le dio el valle
y al tercero con él tal escarmiento
que siendo plomo se volvió de viento.

181. Saltó el aragonés sobre un caballo
siguiendo al que huye de su aguda espada
no tanto por herirlo ni alcanzallo
cuanto por ir a dar en la emboscada;
al fin supo el temor tan bien guiallo
que en una plaza de árboles cercada
en desigual batalla vio metidos
catorce armados contra diez heridos.

182. Y en donde preso un sol con diez estrellas
eclipsada la luz de su hermosura
hecha un vistoso cielo de él y de ellas
de aquel sangriento prado la frescura;
la bella Galiana y sus doncellas
llorando la presente desventura,
a cuenta y guarda de un feroz gigante
temblando están de su brutal semblante.

183. Así en turbios y rígidos celajes,
entre los cuernos del templado toro,
humedeciendo el aire sus plumajes
de las pléyadas el medroso coro;
llorosos hace y lóbregos visajes
de tierno aljófar y arreboles de oro,
viendo de Orión armado el brazo fiero
y de su alfanje el relumbrante acero.

184. Puso el gallardo hijo de Lanfusa
los ojos en la bella Galiana,
que aunque llorosa y en su mal confusa
su hermosura descubre soberana;
aquella hermosura y luz que infusa
del libre sueño vio en la sombra vana,
cuando el amor con ella le hizo presa
y en su alma la dejó y su gusto impresa.

185. Halló despierto a quien mostró dormido
el día pasado el agua de una fuente
y ser de este alboroto aquel ruido
que hacía soñando una espantosa gente;
cuando en rabiosa cólera encendido
y en nuevos gustos del placer presente,
tan fiero que mirarlo atemoriza,
haciendo entró, por los contrarios riza.

186. Sobre el gran yelmo de templado acero
una enroscada y bella sierpe de oro,
por alas los penachos del plumero
y por veneno y silbos los del moro;
encontró a Grabelindos el primero
una de las tres llaves del tesoro
del reino de Pamplona y de sus rentas
le remató en su alcance el de las cuentas.

187. Alfajardo y Zegrides, dos hermanos,
el uno amante nuevo, el otro esposo,
de dos moras de rostros soberanos,
que ausentes lloran su tardar penoso;
al uno la cabeza y las dos manos
que levantaba a hacer un golpe honroso
y al otro de una punta atravesado
por común sepultura les dio el prado.

188. Creció del ciego ruido el alboroto
con el nuevo socorro del pagano,
volviendo los que andaban por el soto
dando la caza al pueblo toledano;
y al fiero Arlange que el alfanje boto
de herir y en sangre vuelto el brazo y mano,
tornaba de mil muertes victorioso,
un altibajo le alcanzó espantoso.

189. Y dándole primero a Gorgio muerte,
un músico del rey, que a dar venía
solaz y no a reñir, porque a su suerte
las pretensiones no regló aquel día;
contra Arlange un revés volvió tan fuerte
que todas las vitorias que traía
por el suelo le echó y en larga pieza
del cuello la fantástica cabeza.

190. Y dando a las espaldas el escudo
contra la espada a dos manos fue haciendo
mortal estrago y por el pueblo rudo
crecer el alboroto y el estruendo;
el feroz Biarabí, que ya no pudo
más el rigor sufrir del brazo horrendo
ni los furiosos golpes que en su gente
da y ejecuta la feroz serpiente.

191. Con una lanza como gruesa entena,
contra él por medio del furor se lanza
y en el soberbio pecho que resuena,
en negro aliento soplos de venganza;
el encuentro acertó y de estruendo llena
la selva y de los trozos de su lanza.
Bramando vuelven por los robles secos
del sordo monte los quebrados ecos.

192. Perdió el gallardo moro los estribos
abrazándose al cuello del caballo
al tiempo que diez golpes vengativos
de ira llenos bajaban a buscallo;
fue despertar en su furor más vivos
los bríos de vengarse y provocallo
a un increíble y espantoso estrago
y a dar al rey de su traición el pago.

193. Así en los duros yunques de Vulcano,
en las cavernas del Tinacrio monte,
si el rayo se desliza de la mano,
al negro Esterpe o al horrible Bronte;
rompe en fiera estampida por el vano
contorno de su lóbrego horizonte,
llevando el ronco estruendo en un instante
fraguas, obras y obreros por delante.

194. Con semejante furia y con violencia
igual volviendo en sí el feroz guerrero,
a Lurco mata, alcaide de Plasencia,
a Gripol, a Alberindos y a Bambiero;
y sin hacer caudal, ni diferencia
del humilde villano al caballero,
a Cépola, escudero de Algaberte,
y a su amo, de dos golpes dio una muerte.

195. Y vuelto al rey, que con feroz denuedo
alta la espada por le herir volvía,
a recebille el golpe estuvo quedo
y de la muerte se escapó Argalía;
que ya la iba tragando con el miedo
del jayán bravo que sobre él venía
dio el golpe encima de la sierpe de oro,
haciendo que lo sea en rabia el moro.

196. Y en respuesta le dio tras de una punta
que le encarnó aunque poco en el costado,
un ligero mandoble en que fue junta
la colérica rabia al justo enfado;
llevole medio escudo y con difunta
color el rey cayó desacordado
en la cabeza, el hombro y pecho herido,
o muerto al verde prado o sin sentido.

197. Y revolviendo la furiosa espada
al vulgo que a vengarle se apercibe,
a este de intento, al otro de pasada
en todos su rigor y enojo escribe;
con que de la otra gente amedrentada
la esperanza y el ánimo recibe,
y con tan buen caudillo en su presencia,
más que antes hacen firme resistencia.

198. El valiente Arganzón, que en guarda puesto
de las doncellas y la infanta estaba,
viendo caído al rey, huyendo el resto
de solo su brazo y su arrogancia brava;
bramando al cielo sale de su puesto,
en la ancha mano su acerada clava,
con que una horrible pasta a un golpe fiero
las armas piensa hacer y el caballero.

199. Era Arganzón del reino de Pamplona
alférez real de corazón valiente,
nacidos según unos en la Sona,
y según otros, en la Nubia ardiente;
de corpulenta y bárbara persona,
armando de unas conchas de serpiente
de muchas fuerzas y ninguna maña,
a quien su rey pasó de Argel a España.

200. Fundó en Navarra sobre una alta breña
un castillo gentil que el gran Teobaldo
a Guevara ganó y mudó su seña
las bandas y panelas de Grimaldo;
dando a su ilustre casa no pequeña
majestad de esta peña el fiel respaldo,
ganada a fuerzas del soberbio Argante,
pariente y sucesor de este gigante.

201. Este pues viendo el espantoso estrago
que la aragones furia hace en su gente,
al rey caído en un sangriento lago
y a sus golpes medroso el más valiente;
dando orden que Bramul con tierno halago
la infanta lleve en orden suficiente
a las barca y allí en el albedrío
de Zaldirán la entregue y pase el río.

202. Con pecho osado y ánimo brioso,
alta la espada y su furor más alto,
a dar fue en Ferraguto un peligroso
golpe ayudado de un ligero salto;
errole con la cólera y furioso
de rabias lleno y sufrimiento falto,
la bisarma arrojó, sacó la espada
en mora sangre sin lealtad manchada.

203. Mas antes que ejecute el golpe fiero,
uno tal le prestó el sagaz pagano
que el medio escudo, aunque de fino acero,
le llevó al suelo y parte de la mano;
dio un bramido el jayán y el caballero
otro segundo le asentó de llano
encima el duro yelmo, que sin tino
al verde suelo del caballo vino.

204. Creyó que había acabado la jornada
de aquel golpe espantoso la violencia
y así esgrimiendo la lustrosa espada
sin hallar en reparos resistencia;
de tajo, de revés y de estocada
hiere, destroza, mata y diferencia
con horribles señales y heridas,
cuerpo, armas, personas, muerte y vidas.

205. De las medrosas sobras que han quedado
al destrozado campo de Pamplona,
ya sin caudillo en son desordenado
huye a salvar cada uno su persona;
y el vencedor gallardo que el cuidado
mayor que el suyo alienta y aficiona,
el de la bella infanta ya trataba
de seguir a Bramul que la llevaba.

206. Cuando Arganzón, volviendo en su sentido,
furioso contra el cielo se levanta,
que en verse de inmortal valor rendido
los muertos pisa y a quien vive espanta;
y el corvo alfanje en alto suspendido
un golpe al moro dio con fuerza tanta
sobre el dorado yelmo a todo vuelo
que dio con él de espaldas en el suelo.

207. Bajose por cortarle la cabeza,
cuando el brioso aragonés gallardo,
con nuevo aliento y nueva fortaleza,
más ligero saltó que un presto pardo;
huyendo con mañosa ligereza
el golpe altivo del jayán bastardo,
aunque en el hombro le alcanzó siniestro
el filo agudo del alfanje diestro.

208. Cortole de la malla el fino lazo
y gracias al encanto de Lanfusa,
que también le llevara entero el brazo
si no hallara en su virtud excusa;
mas él, que solo siente el embarazo
de no seguir la infanta, no rehúsa
sus golpes, ni hace de él ni de ellos cuenta,
que en uno piensa de cobrar cincuenta.

209. Y así después que de uno y otro lado
del acerado arnés la fina malla
el soberbio jayán cortó alterado
en descompuesta y bárbara batalla;
Ferragut le acertó un descaminado
golpe del yelmo en la dorada talla,
tal que él y la cabeza y pecho abierto
espantable cayó en el suelo muerto.

210. Con ruido igual al que en los valles hace
de las sierras de Cuenca y de Segura
el pino altivo que en sus hombros nace
y en los suyos la mar vuelve segura;
que si el hierro le tronca y le deshace,
suena al caer y tiembla la espesura,
las hojas en los árboles vecinos
y el pez en sus remansos cristalinos.

211. No quedó al golpe horrible altiva espada
de cuantas antes contra sí tenía,
que no huyese, viendo destroncada
la mayor fuerza con que el rey venía;
la gente antes vencida y desarmada,
contra Bramul que a escaparse huía
con la infanta sin armas y sin tino,
peleando le estorbaba su camino.

212. Hasta que libre ya de la refriega
en que quedaba el moro diligente,
lloviendo sangre de su espada llega
a dar socorro y ánimo a la gente.
No fue de dura esta segunda brega,
que un desmayo entibió el furor ardiente
de los navarros moros, viendo cierto
ser Arganzón vencido y su rey muerto.

213. Huyeron por el bosque divertidos
a los ocultos valles de la sierra,
quedándose entrampados y perdidos
los más por la ignorancia de la tierra;
el bravo aragonés, que vio rendidos
los principales nervios de la guerra,
envainando su espada y su braveza,
así la impresa de su gusto empieza.

214. Llegándose a la infanta, que admirada
está de las bravezas de su mano,
de sus medrosas damas rodeada,
en tono humilde y modo cortesano:
«¡Oh, beldad -dijo- en quien se ve cifrada
la entera gloria del tesoro humano,
que en las centellas de esos ojos vuela
y ardiendo el alma sus antojos hiela!

215. »Si este humilde servicio entrar en cuenta
puede con el que el mundo os pecha y paga,
y en noble gusto un tal deseo se cuenta
de cualquier deuda por bastante paga;
sin hacer de otro bien caudal ni cuenta,
así mi presunción deste se paga
que en fe se atreve de tan buena suerte
a ofrecerse por vuestro hasta la muerte.

216. »Soy, si la fama deste brazo y mano
volar tan alto con mi nombre pudo,
el hijo de Lanfusa y de Uliano,
de Huesca rey y de Aragón escudo;
del gran soldán de Babilonia hermano,
y soy el que sin armas y desnudo
maté a Argalia en Francia peleando,
y las suyas quité al valiente Orlando.

217. »Y así la fama de esa luz preciosa
que ya clara en mis ojos reverbera,
fue en mi libre cuidado poderosa
y a sus rayos mi alma tan de cera;
que por virtud y fuerza milagrosa
viva se imprimió en ella, de manera,
que sin más experiencias mi memoria
hecha quedó un retrato de su gloria.

218. »Y la ventura que al principio quiso
darme de tal tesoro alegre nueva,
siendo mi guía, hizo de improviso
que por más bien este favor le deba;
trayéndome a tan nuevo paraíso
por dulce alivio y por bastante prueba,
que si es grande la voz de esa belleza
es la fama menor que su grandeza.

219. »Luego que amaneció en mi pensamiento
la justa estimación de esta noticia,
sin hacer caso de otro humilde intento,
de ser vuestro me dio noble codicia;
cobrando mi rendido pecho aliento
para con él vengar vuestra injusticia
y gozar juntamente el bien que aspira
ese divino rostro en quien le mira.

220. »Y así se debe todo a la grandeza
que el cielo puso en vos y a mí la gloria
de saber adorar tanta belleza
y gozar sin pensar de esta victoria;
todo junto pretende en vuestra alteza
de este servicio y voluntad memoria,
con que en mí crezca el ánimo en serviros
y en tanto bien Amor tiemple sus tiros».

221. Dijo y la alegre gente cortesana
que a la espada sobró del enemigo,
en torno de la bella toledana
cobraba aliento ya y seguro abrigo;
y ella con la victoria más lozana,
en rostro afable y en semblante amigo,
al gran libertador que atento vía
la dulce boca a responder abría.

222. Cuando vieron salir de la espesura
un brioso y desenvuelto caballero
sobre un caballo de gallarda hechura
todo cubierto de oro y él de acero;
con una dama tal, que su figura
admiró los presentes, mas primero
que mi pluma a este cuento se entremeta,
volverla quiero a la olvidada Arleta.

223. Que no es razón que porque el tiempo haga
su oficio en ella, como en todos suele,
ya que uno al irse con rigor le paga,
no venga otro tras él y la consuele;
que si con su volar todo se estraga,
también es justo que en sus penas vuele
y se acabe el dolor como el contento
y nada tenga en su inconstancia asiento.

224. Del encantado moro el justo enfado
atada había dejado a la hechicera
al duro tronco de un ciprés copado
del fugitivo Tajo en la ribera;
donde cuando apuntaba el sol dorado
tras la estrella del alba placentera,
una villana vio medio desnuda
con lágrimas pidiendo al cielo ayuda.

225. Diole voces la maga y la doncella,
con ellas de repente alborotada,
medrosa a los principios, quedó en vella
de su fealdad y gestos asombrada;
hasta que al fin, compadecida de ella,
llegó a darle favor y, desatada,
ella en pago le pide como amiga
para ayudarla el fin de su fatiga.

226. «Señora -dijo- aunque contarla quiera,
ni sé decir, ni entiendo el cómo ha sido,
ayer desde mi aldea a esta ribera,
a cazar vine con mi padre un nido;
y no sé adónde ni por qué manera
me puso en un caballo y él subido
en la silla también donde quería
furioso nos llevaba y nos traía.

227. »Metionos por la lóbrega espesura
de este bosque sin luz y andando a tiento,
de un riesgo en otro sin hallar segura
senda ni guía a nuestro ciego intento;
la noche fuimos toda a la ventura
o sin ella, hasta ya que al pardo viento
el lucero aclaró y con su tesoro
de blanca plata hizo el carro de oro.

228. »Entonces en el soto de improviso
una fiera saltó y alborotado
el brioso animal hurtarle quiso,
la vuelta dándola el desordenado;
dio conmigo en el tronco de un aliso
y en su huir a mi padre desdichado
colgado le llevó de un corvo estribo
haciéndole, quizá, pedazos vivo.

229. »Yo, por estos ribazos y estas peñas,
con el ansia de darle algún socorro,
cual me ves, destrozada de sus breñas,
sin saber dónde a socorrerle corro»,
Dijo, y entre unas vástagas pequeñas
de álamos que hacen en el prado un corro,
los bufidos oyeron del caballo,
acudiendo las dos por atajallo.

230. Halláronle entrampado en los grimazos
que un ciego bosque de álamos hacía,
hecho el villano entre sus pies pedazos
de un estribo colgado todavía;
dio la doncella en él tristes abrazos,
de sobresalto llena y de agonía,
Arleta asió del freno por la rienda
tomando el paso de una estrecha senda.

231. Conoció en el caballo y el suceso
ser el que iba buscando Ferraguto,
aquel moro feroz que en su alma impreso
el brío dejó de un pensamiento bruto;
y sin dar más consuelo en el avieso
caso de la doncella, ni en su luto,
sola se la dejó y se fue contenta
que del ajeno mal, ¿quién hace cuenta?

232. Va con ella doméstico el caballo
y ella agradada de su vista y talle
a Brabonel pretende presentallo
y con esta ocasión nueva obligalle;
y si él cual debe no le estima, dallo
en premio a quien prometa vengalle
del afrentoso agravio que le hizo
aquella noche el moro advenedizo.

Alegoría

En las tragedias de Bahamel y su esposa, hechas tan a ciegas y con tanta desgracia, se muestra lo mucho que en los sucesos humanos pueden las estrellas bien o mal afortunadas. Que, aunque no llegan a forzar la libertad del albedrío, no hay duda que en las cosas inferiores es gran fuerza la del Hado, que según la opinión de algunos, referida por Santo Tomás, es la disposición del signo en que cada uno es concebido. Al cual, aunque le es superior el libre albedrío, en muchas cosas se deja vencer de su violencia y principalmente en aquellos casos que el saber y prudencia humana no alcanza a prevenir. Y eso quieren decir las desgracias del caballo Clarión, que la fuerza de las estrellas predominan los brutos y en la parte sensitiva y no en el albedrío humano y voluntad racional.

En Ferraguto abrazado con Arleta se muestra a cuán cierto es en el hombre caer de las manos del deleite en las del arrepentimiento. La vela de Arleta significa los aparentes antojos de un deseo amoroso y cuán otras de lo que son pinta y barniza las cosas.

Ferragut pelando con las gentes de Biarabí en favor de Galiana, es figura de la irascible contra los estorbos que se le ofrecen al paso del conseguir el fin que el hombre pretende. Y en Biarabí destruido y frustrado de su intento, cómo un traidor pocas veces se escapa de morir a manos de su traición.

Fin del séptimo libro.

LIBRO OCTAVO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Descríbese quién fue Arleta, la cual presenta el caballo Clarión a Rangorio porque le vengue Ferraguto, a quien hallan con la infanta de Toledo, acabando de vencer la gente que la llevaba presa. Llega el campo de España a Sansueña, haciendo una gallarda reseña a vista de sus muros. Sale Cardiloro a reconocerlos; ve sin ser visto a Florinda, enamórase de ella, y trata de robarla la siguiente noche. Serpilo y Celedón, compañeros suyos, hacen grande estrago en la gente dormida del real cristiano. Cardiloro, como lo trazó, roba a Florinda y huyendo con ella da en una escuadra de cristianos donde le matan y a ella sin conocer la llevan presa a la tienda de su esposo.

1. Fue Arleta (es bien, señor, que sepáis esto
para más luz de su famosa historia)
una maga falaz, cuyo compuesto
rostro aún conserva Tajo en su memoria;
y en una carcomida gruta puesto,
su primera beldad hace notoria,
y del furor de su ánimo insolente
esto por tradición cuenta la gente.

2. En su florida edad de agrado y gusto,
aunque altiva en su trato y deshonesta,
con que en celosas rabias y disgusto
siempre a Toledo trajo en bandos puesta;
amiga de Yucef, moro robusto,
que a toda España gobernó, y con esta
mano en su pretensión, no hubo interese
que no intentase y con que no saliese.

3. Mas el tiempo que todo lo consume,
dio y tomó, como en otras, en sus cosas;
dio males que cuente, años que sume,
en ferias de las perlas y las rosas;
quedándose tan vana, que presume
que aún pueden ser al gusto apetitosas
las fruncidas arrugas y las sañas
de los húmedos ojos sin pestañas.

4. Tirando de la edad cuanto más pudo,
la ponzoña del tiempo y del afeite
el turbio rostro le dejó sanudo,
de unciones lleno, destilando aceite;
y el débil cuerpo de raíces nudo
con las vivas memorias del deleite,

mártir de nuevas aguas y lejías,
que en reumas trueca el curso de los días.

5. Perdió con ellas los manchados dientes,
de un ojo el sol, la una y otra ceja,
que estos son los tusones excelentes
que el torpe vicio a quien le sigue deja;
al fin, hecha de humor horribles fuentes,
por todas partes consumida y vieja,
dio en procurar con infernales medios
a su antigua pasión nuevos remedios.

6. Tenía en el Tajo, entre una escura breña,
una encubierta gruta en que vivía,
y una fuente llamada de la Dueña,
que de Ara a sus conjuros le servía;
quizás fue donde ahora es Fontedueña,
y su nombre heredó de esta arpía;
que hay fama que en su pueblo aún persevera
nobleza de esta antigua hechicera.

7. Tenía la fuente siempre emponzoñada,
y enturbiando sus aguas el sentido,
dejaban la memoria embelesada,
y el gusto al suyo sin querer rendido;
con que de torpe deleite ocasionada,
deseo no tuvo sin verle cumplido,
sino el de Ferragut, cuya locura
las luces apagó de su hermosura.

8. Esta pues, con las riendas del lozano
caballo Clarión va su camino,
trazando en sí de darlo de su mano
al que ya hizo de sus gustos dino;
al feroz Brabonel zaragozano,
o a quien le busque y mate al sarracino
pretensor bravo del gallardo potro;
que el uno adora, y aborrece al otro.

9. Gozó de Brabonel algunos días
en vario engaño y ciegos embelecos,
hasta que al fin por encubiertas vías,
de su cueva huyó a los montes secos;
sin valer ya con él magas porfías,
ni de su halago los fingidos ecos
y presa de su amor entonces iba
con la memoria y la afición más viva

10. Cuando al bajar de una pequeña loma
vio un caballero de unas armas goles,
que bañada la espada en sangre asoma
cual sol de abril en rojos arreboles;

y que el camino hacia la selva toma
tras dos gallardos moros españoles
que el caballo le han muerto por dejalle,
sin que seguirlos pueda a pie en valle.

11. Alcanzó al uno de un revés ligero
que lo fue mucho más que su caballo,
yendo al suelo caballo y caballero,
sin que trate el que huye de ayudallo;
y acertando el segundo golpe fiero,
le abrió del hombro al pecho y pudo dallo
tan a gusto y sabor, que el que huía
con sólo alfanje y sin arnés venía.

12. Al otro le valió su ligereza,
y el victorioso caballero armado,
volviendo a todas partes la cabeza,
a Arleta vio bajar por el collado;
el caballo del diestro, que en belleza
excede a cuantos Betis ha criado,
con el rico jaez que al huello ufano
sonando el oro, le hace más lozano.

13. Era este caballero el gran Rangorio,
padre que es de Oliveros y de Baldo,
el que en Mopsa mató en su consistorio
alevemente al conde don Grimaldo;
aquel conde nobleza de Sertorio,
de Montesinos padre y de Teobaldo,
que a España huyeron y de su renombre
a la Peña de Francia dieron nombre.

14. Este por Carlomagno era en Girona
gran duque, y a esta impresa toledana
con el falso rey vino de Pamplona
por ver de Brabonel la espada ufana;
con quien probó aquél día su persona
dentro en la inculta selva comarcana,
mientras que el rey como hambriento lobo,
de una tierna cordera hacía su robo.

15. Y estando en lo mejor de la batalla,
a ellos vieron venir tres caballeros,
publicando el peligro en que se halla
en el bosque la Infanta y sus monteros;
el moro Brabonel, por ayudalla,
en fe le pide de ínclitos guerreros
en aquel punto dejen el combate,
y al día siguiente alarguen su remate.

16. No lo otorgó el francés; que era su intento
que Biarabí saliese con la impresa,

cuando los tres con ciego atrevimiento,
viendo a traición llevar su infanta presa;
a un tiempo juntos su furor violento
a dar sobre él bajaron con tal priesa,
que sin que Brabonel pueda estorballo,
mataron si no a él a su caballo.

17. Y no admitiendo el de Aragón la suerte
que a su victoria el tiempo le ofrecía,
las riendas vuelve y de su pecho fuerte
el brío a dar favor a su alegría;
Rangorio, de los tres, dio a los dos muerte,
el tercero huyó a servir de guía
a Brabonel, cuando el preñado monte
al valle parió a Arleta y a Clarionte.

18. Salió a ver el retrato en que tenemos
juntos el de hermosura y de fiereza,
caballo y dama, donde visto habemos
de las obras del tiempo la firmeza;
ambos de los azares los extremos,
uno en torpe fealdad, otro en belleza:
ahora Rangorio en ambos entrampado
¿cómo se librará de desgraciado?

19. Preguntole, a quién lleva aquél caballo,
y respondió a sabor la astuta vieja,
que es suyo y que lo lleva para dallo
en premio a quien la vengue de una queja;
ofrécese el francés a procurallo,
y ella a su gusto y voluntad lo deja,
con tal que hasta vengarla en cualquier vía
segura le haga y noble compañía.

20. Refiérole que, habiendo regalado
de casa y cena a un falso caballero,
la había sin culpa suya deshonrado,
y mostrado a sus blandos ruegos fiero.
«No sé -dijo el francés- lo que ha pasado,
yo haré lo prometido verdadero,
lo demás tú lo sabes. Sólo digo
que tenía hambre quien cenó contigo.»

21. Mirole de mal gusto la ramera,
y a no haber dado ya el caballo, es cierto
que por sólo aquél mote, no le diera
aunque le diera a Ferraguto muerto;
mas viendo que enojarse entonces fuera
perderlo todo, prosiguió el concierto,
como astuta y sagaz, por mil maneras,
echando en burlas las pesadas veras.

22. Y él con ella a las ancas por la selva
a buscar fue la gente de Pamplona,
antes que el fiero Brabonel revuelva
de Toledo a amparar la real corona;
mas por presto que a dar alcance vuelva
al amado escuadrón y a la persona
del encantado y diestro Ferraguto,
su primer fiesta habrá trocado en luto.

23. Y como los azares que traía
el francés cabe todo, vio temprana
su cierta destrucción en la alegría
en que la gente estaba toledana;
que este es el gran guerrero que salía
del monte y suspendió de Galiana
la respuesta y de Arleta el densenfado,
la que más que los muertos manchó el prado.

24. Fue general la turbación siguiente:
Galiana en conocer por el escudo
de tres coronas al francés valiente,
y él en ver tal destrozo quedó mudo;
Arleta hallando a Ferragut presente,
tenerse de temor en pie no pudo,
cayendo del caballo sin aliento
a los pies de su altivo pensamiento.

25. El moro, más que nadie alborotado,
viendo el caballo tras que ayer corría,
y de otra parte el bulto embalsamado
que cual muerta fantasma le seguía;
de uno rabioso y de otro alborotado,
romper por todo su furor quería
mas del acometido rompimiento
otra vez se dirá furor violento.

26. Que ya Tibalte a vista de los muros
y levantadas torres de Sansueña
a trinchear y hacer fosos seguros
del gran León encamina la alta seña;
y en distintas escuadras por sus duros
collados va en bellísima reseña,
tal que la antigua majestad de España
el aire, aunque oprimida, en triunfos baña.

27. De Sansueña el alcaide un tiempo esposo
fue de Brunilda, hermana del rey Silo,
en quien de un parto tuvo, peligroso,
dos hijos y mil lágrimas a hilo;
muriendo para dar fruto precioso,
con más gracias que flores riega el Nilo,
en una bella niña y un infante

como la luz que al día va delante.

28. Al niño hurtó un esclavo en un desierto,
¡Oh cruel! Le mató sin culpa alguna.
Mas de la niña el cielo hizo un injerto
en su rostro, del sol y de la luna;
tomó en sus ojos la hermosura puerto,
desde donde ella y el amor a una
los dulces tiros hacen, cuya guerra
en un cielo de paz vuelven la tierra.

29. Fue su nombre Florinda, y ella un mayo
de flores, cuyo pecho y alma altiva
de un fuerte amor el poderoso rayo
al primer golpe la dejó cautiva;
y hoy de una larga ausencia el frío desmayo
apenas la esperanza tenía viva,
cuando en sus vueltas la Fortuna incierta
viva con una la volvió de muerta.

30. Del conde don Tibalde un noble hermano,
que Argildos de Velasco se decía,
por su teniente en el real cristiano
puesto en favor de la ciudad venía;
altivo, joven, de ánimo lozano,
pecho fuerte y robusta gallardía,
que en la corte de Oviedo con bastante
favor fue de esta dama tierno amante.

31. Vino el valiente godo a la jornada,
solicitado de amoroso ruego,
a ver su gloria con la vista amada,
cuyas ausencias le han tenido ciego;
y porque el rayo de su ardiente espada
allí importa que ayude a sembrar fuego,
al fin entre el furor que el alma encierra,
en busca de su paz vino a la guerra.

32. De finos jaspes con relieves de oro
en lo más alto de una torre había
un bello mirador que el campo moro
y de Arga la ancha vega descubría;
aquí a las voces de un clarín sonoro,
que descubrió la hermosa infantería,
en rico estrado de oro la gallarda
Florinda su vistoso alarde aguarda.

33. Cercada de bellísimas doncellas,
y de esperanzas y deseos cercada,
por ver la entrada de los campos ellas,
y ella por ver de su amor la entrada;
con rica cinta de esmeraldas bellas,

y un delfín que las traga por lazada,
en agüero feliz que está en bonanza,
ceñida ya del fin de su esperanza.

34. Puesto a su lado el venerable Altero,
que plático en la guerra les dijese
bandera por bandera, el campo entero,
y quién su capitán y escuadra fuese;
fue la gente llegando, él con severo
aunque alegre semblante en que se viese
de su cordura y discreción el modo,
así fue señalando el campo todo.

35. «El que a su cuenta trae el estandarte
real, y el aire enciende con su acero,
debajo cuyas grevas viene un Marte,
más que el que en Tracia riñe altivo y fiero;
aunque de godo tiene una gran parte,
de la antigua montaña es el primero,
Tibalte de Velasco y de esta gente
digno caudillo y general prudente.

36. »Bello centauro en medio los barbechos
pinos de Osa, parecen en brío y talle,
cuando con dos espaldas y dos pechos
la espesa selva asombra y rompe el valle;
tiemblan a sus pies anchos los barbechos,
las fieras y ganados le hacen calle;
y él dejando tras sí la alta montaña,
las fuentes turba y hunde la campaña.

37. »Del antiguo Idubeda, que ya puso
nombre a esta inculta sierra, es descendiente,
y la gallarda escuadra que en difuso
montón le cerca de su casa y gente;
diestra en la alegre caza y en el uso
de herir de lejos con venablo ardiente,
cuyas flechas y detalles enastados
por los aires alcanzan los venados.

38. »El que sigue tras de él con su bandera,
es el valiente joven Coribanto,
de Teucra, sangre casta verdadera,
el siguiente es el noble Radamanato;
que una hidalga escuadra rige entera
del valle de Solorzano, y el manto
de hoces de verde plata y lirios de oro
siembra en su nueva gala un real tesoro.

39. »Claverindo es aquel, y las legiones
que de la fértil Rioja el valle opaco
con rejas rompen y los ricos dones

de Ceres gozan y del libre Baco;
aquel es Aldiger, cuyos florones
del limpio arnés y del bruñido jaco
los rayos dan que ahora con sus bríos
vuestros ojos deslumbran y los míos.

40. »Su gente, siempre a guerras inclinada,
y puesta al enemigo por frontera,
con corvo arado y luciente espada
a un tiempo abre del surco la carrera;
la que tras ella en ala concertada
de un dragón de oro sigue la bandera,
es de las quiebras desta insigne sierra
escogida la flor de cuanto encierra.

41. »Del valle de Bastán los más valientes
aquellos son de los escaques de oro,
hechos a defender por sus vertientes
de sus famosas minas el tesoro;
aquel es Berlicana, los siguientes
son Peralta y Cerdán, que al pueblo moro
han ganado en diversas ocasiones
de sus graves escudos los blasones.

42. »De dos mil es su bella escuadra junta,
gente insigne, ligera y belicosa,
arrogante, feroz y que se apunta
en cólera y furor por cualquier cosa;
no sabe en general herir de punta,
ni de lejos la flecha peligrosa
despide a donde haga golpe vario,
mas pecho a pecho rinde a su contrario.

43. »Monsalve es quien la guía por ausencia
del príncipe Teobaldo de Guevara,
cuya grave persona y real presencia
su ilustre sangre muestra al mundo clara;
nacido donde de Arga la violencia
en roscas de cristal rompe y declara,
entre un preñado monte y su eminente
risco, el vistoso origen de su fuente.

44. »Es el que la argentada luna vuela
en campo azul el lusitano Argante,
famoso cazador y que en la escuela
de Cupido gran tiempo fue cursante;
diez años la bellísima Clarela,
que ahora es ya su esposa, fue su amante,
y tantos en su ardiente sangre moza
la esperanza vivió del bien que goza.

45. »De ochocientos caballos le acompaña

la bella escuadra que en Setúbar hizo,
a quien freno ni espuela, industria o maña,
ligereza les da ni brío postizo;
es fama que al frescor de su campaña,
del mar vecino el viento movedizo,
en sus fecundas yeguas dio la cría
que después con su padre competía.

46. »De esto se precian y de haberles hecho,
el rey Tubal, primeros de este mundo,
dando principios a su pueblo estrecho
si es como dicen, sobre el mar profundo;
con ellos van los que el dorado techo
guardan de Bamba y su jardín fecundo,
en Hircana y aquellos que en Mondego
las sombras gozan de su fértil riego.

47. »Las armas de estos son ligeros dardos,
dorados yelmos y argentadas mallas,
con que veloces cruzan y gallardos,
cual mejor gustan tejen sus batallas;
los que ya allí de sus plumeros pardos
la alegre sombra da en nuestras murallas,
son ochocientos asturianos fuertes,
diestros a hacer en sus contrarios muertes.

48. »Dos tantos trae el escuadrón siguiente,
todos de lo mejor de la montaña,
y ambos a cargo y cuenta del valiente
Romi, que allí su luz la vista extraña;
este del rey Hesperio es descendiente,
que antiguamente gobernó en España,
y aquél lucero de oro, en medio un cielo,
armas son y memoria de su abuelo.

49. »Fue Hesperio un gran gigante, de quien toma
Italia nombre, y nuestra España aumento,
y de Romi, su nieta, el suyo Roma,
si es de la fama verdadero cuento;
que este del sacro Tíber la ancha loma
hizo gemir y abrió el primer cimiento
del muro, a quien después los dos hermanos
con la sangre bañaron de sus manos.

50. »Allí viene Fabricio ¡oh adverso Hado!
sin su querido hijo, cual solía,
de su alma vida, abrigo de su lado,
y bella lanza, si en León la había;
con la hermosa Gaviria desposado,
por festejar sus bodas salió un día
a caza y el correr de un oso fiero
hizo un segundo Adonis del primero.

51. »De Bardulia mil fuertes moradores
siguen el tremolar de su bandera,
hombres duros, incultos, sufridores
de los trabajos y el hambre fiera;
menosprecian las penas, son mejores
cuanto más el rigor les persevera,
cantan en los tormentos, y las furias
al verdugo acrecientan con injurias.

52. »Son de su natural duros y atroces;
que su tierra de hierro y pedernales
hecha una dura pasta, los feroces
ánimos cría a su cosecha iguales;
a la ira prestos, al herir veloces,
y al aceptar pendencias liberales,
la madre más piadosa al hijo amado
de acero le arma y le ocasiona armado.

53. »Está toda Cantabria a la influencia
del fiero norte y su importuno hielo,
hiriéndola de lleno la inclemencia
de aquel cuartel de riguroso cielo;
con sola esta pequeña diferencia,
que en las figuras de su tardo vuelo,
los dragones, los osos, las serpientes
son allá arriba estrellas y acá gentes.

54. »Pues ya con el clarín de aquesta guerra
sus belicosos pechos alentados,
no quedó valle en su fragosa sierra
que, cual Tebas, no espigue hombres armados;
los que en desentrañar la dura tierra,
o en las ardientes masas ocupados,
el metal labran, que de luz vestido
en las hornazas hierve con ruido.

55. »Los que del Deva gozan los cristales
que le entrega el helado Pirineo,
y a los que en sus salados minerales
de blanca sal les dan sabroso empleo;
los que del mundo habitan los puntales,
sobre las nubes puestos por trofeos,
y en la peña Udalacha y en Amboto
sombrío gozan y agradable soto.

56. »Es este el fresco valle de Arrazola,
con quien se aúnan por diversas vías
los que por las riberas de Urrola
el rumor sordo asombra de herrerías;
cuando en ardientes llamas arrebola
del pardo hierro las escorias frías,
el que al valle de Aytona y de Zumaya,

de mimbres ciñe la florida raya.

57. »Briganto es el que allí, con plumas varias
cual rojo león fantástico campea,
y Arnesto el que se sigue de contrarias
opiniones y modos de pelea;
aquel quita a las armas ordinarias
el entero espaldar, donde se vea,
que yendo en las espaldas sin abrigo,
jamás las ha de dar al enemigo.

58. »Mas Arnesto de solo acero viste
las espaldas y el resto desarmado,
a su contrario más seguro embiste
que si de doble petos fuera armado;
en prevenirse con recato insiste
al que puede venir descaminado,
que el enemigo que delante halla
harto hace en defenderse en la batalla.

59. »Tras estos dos, que un solo arnés bastante
defensa y armas da en cualquiera guerra,
con la suyas le sigue lo restante
del río Lezo y su abundante tierra;
el valle de Olearso, el relumbrante
Menlasco, la encumbrada y fértil sierra
que el río Bidaso rompe cuando llega
a verde Uranzua la espaciosa vega.

60. »Quinientos firmes hombres de armas lleva
cada uno de estos dos, a quien se junta
la gente que del río Araxes prueba
romper los hielos con pesada yunta;
la de Arracilo antigua y la más nueva
del Irnio monte y su nevada punta;
gentes todas indómitas, feroces,
de diestras manos y de pies veloces.

61. »Tienen por triunfo de su brazo fuerte
no perdonar la vida al enemigo,
mas vencer o morir de cualquier suerte
sin otro que su escudo por abrigo;
juzgan por sola venturosa muerte
la que en la guerra queda por testigo
de su braveza y sin valor ni fama,
quien tras largo vivir murió en la cama.

62. »El de aquella dorada cruz por seña
es nieto del famoso Ballugante,
fundador de los muros de Sansueña,
y sucesor del mauritano Atlante;
vino a la luz que nuestra ley enseña
por oración del santo monje Arbante,

que la alta peña de Udalacha habita
y el mundo rige allí desde su ermita.

63. »Con él vienen los pueblos que de Soria
en vida agreste labran las montañas,
y la sierra Menistra, cuya anoria
derrama el río Jalón de sus entrañas;
los que del Caco antiguo la memoria
entre los surcos guardan y espadañas
del frío Moncayo, en cuya cumbre ufano
su alcázar tuvo el nieto de Vulcano.

64. »Fue este el primero que en la fragua ardiente
de las masas de hierro forjó espadas,
y el que el yelmo inventó resplandeciente
y anudó el jaco mallas enlazadas;
del tercio de Ibarbuen era esta gente,
mas hoy guía sus escuadras reforzadas
de Atlante el sucesor, que un trance honrado
vida a su dueño le quitó y cuidado.

65. »Mas, ¡qué diré de ti, oh Alcés valiente!
sino que tú eras solo poderoso
con tu gran corazón y el de tu gente
a volver de esta guerra victorioso;
tras ti los que del Dueña en la corriente
de beber gozan su cristal sabroso,
y los que de Gijón los fuertes muros
obra romana aún guardan hoy seguros.

66. »Los marítimos pueblos de su costa,
y los que de Pelayo el estandarte
en escuadra vio humilde y a la angosta
la voz seguir de un no temido Marte;
y a los que el paso estrecha y ensangosta
del valle Riar la venturosa parte,
que sus cenizas guarda en fama eterna
de Covadonga en la feliz caverna.

67. »Entre ellos van los mismos que al río Deva
ven ir volcando yelmos acerados
de sesenta mil moros que con nueva
muerte los dejó el cielo allí enterrados;
huesos y armas al mar trastorna y lleva,
los labradores calzan sus arados
con los arneses que de la alta sierra
el río que la carcome desentierra.

68. »Fanio es aquel que en rayos de diamante
y acero ardiendo lleva el yelmo duro,
gran capitán de Orense y sus triunfantes
pueblos aquellos de aquel polvo oscuro;
estos con sus cuchillas relumbrantes

hechos un escuadrón, tejen un muro
más fuerte que de mármoles cuadrados
a los que dentro de él se hallan guardados.

69. »Allí segura encierran su bandera,
y aún su reino pudieran todo junto
si en tan estrecho término cupiera
sin de él perder, ni de su honor, un punto;
con los que al rojo Miño su ribera
cultivan y un fantástico trasunto
de Marte hechos, sus montañas yermas
labran y gozan las romanas termas.

70. »Van los que de su río la ancha fuente
ven, y al Lugo fecundar la sierra,
y el noble pueblo, a quien de Baco ardiente
el néctar baña la abundante tierra;
hierven las cubas su licor caliente,
sabrosa hace al mundo y dulce guerra
y ellos de anchas cortezas de alcornoque
rodelas usan y acerado estoque.

71. »Pintadas de serpientes y leones,
bandas, castillos, águilas, estrellas,
sin poner por trofeos ni blasones
los bellos rostros de sus ninfas bellas;
tienen por sacrilegio en sus cuestiones
que yendo allí sus damas den en ellas,
y caso a su arrogante pecho injusto
que aún las sombras ofendan de su gusto.

72. »Y ellos tan cerca riñen de ordinario,
que miden pie con pie el desnudo estoque,
porque del hierro ajeno el golpe vario
en daño de su autor sus armas toque;
que así la espada afierra del contrario
de su frágil rodela el alcornoque
que se queda con él, y desarmado
es fácil de matar cualquier soldado.

73. »Larsio es aquel de aquella luna nueva,
gran hombre de a caballo en ambas sillas,
Sertorio el otro que las gentes lleva
de Fontible y las torres de Mantillas;
allí va Sacrisildo haciendo prueba
del real valor que de ambas las castillas
heredó de sus padres y a su lado
Montalvo el rojo resplandece armado.

74. »Los que en la sierra Orbión las moradas
gozan de los antiguos pelendones
vienen tras él, y todas las cañadas
que de su lago asombran las visiones;

gentes a ver fantasmas enseñadas,
que otra cosa no son que los varones
ya vueltos vanas sombras, que en Numancia
contra Roma mostraron su constancia.

75. »Es fama que estas gentes ya cansadas
de la prolija hambre y cerco duro,
sus mismas arenas contra sí asistadas
fuegos sembraron en su intacto muro;
y de sus firmes venas desangradas,
rojas manchas de Duero al cristal puro,
que despeñado va de tierra en tierra
huyendo al mar de su espantosa sierra.

76. »De Berlanga, Gormaz, Osma y Arlanda,
de Tordesillas, de Zamora y Toro,
es la gente feliz que aquella banda
de negro luto sigue en campo de oro;
aquel es del gran conde de Miranda
el estandarte real, este es Montoro,
capitán de Simancas y el siguiente
de Calahorra la invencible gente.

77. »Estos, los cuales matan en su tierra,
armados poner suelen por los muros,
y con muertas fantasmas hacer guerra,
y sus flacos adarves más seguros;
y cuando el año se les alza y cierra,
y el pan les falta y los bizcochos duros,
ni eso les rinde ni les hace daño,
que como tengan guerra, no hay mal año.

78. »Que armados salen de hambre y la comida
al enemigo quitan más valiente,
y cuando no hallan más, quitan la vida,
y los cuerpos traen muertos a su gente;
y no es carne para ellos desabrida
que la ira con el hambre es suficiente
para que si en sus trojes falta trigo,
se coman con sabor al enemigo.

79. »Este es el grave Firmio, cuyo pecho,
del antiguo Diomedes descendiente,
un fénix trae por timbre de oro hecho
en llamas de un balaj resplandeciente;
impresa de Vergidio, que al estrecho
Bierzo un tiempo dio nombre y con su gente
en rubias masas de metal sonoro,
a sus altas médulas sangró el oro.

80. »Allí de Carracedo el negro lago
la gente da a este guerra que él recibe,

suelta y feroz, que en su encubierto pago
de pescar sierpes por las aguas vive;
no sabe qué es tener tiempo aciago,
ni de la muerte horror, solo concibe
deleite el alma cuando en dura brega
a echar las garras al contrario llega.

81. »No usan blancos venablos, ni su flecha
la cuerda escupe en arcos desiguales,
más duros robles de áspera cosecha,
empedrados de vivos pedernales;
porque más les probó que en guerra estrecha
ver del contrario rostro las señales;
y ellos en medio del sangriento estrago
sierpes parecen de oscuro lago.»

82. Así el leonés decía y la hermosa
Florinda: «Dime -dijo- oh sabio Altero,
de aquellos dos hermanos la pomposa
librea que allí descubre el limpio acero;
de un talle son, de un cuerpo y una airosa
alma, pienso les da el aliento entero,
según en sus acciones se remedan;
que ambos van, ambos pasan o ambos quedan.»

83. Rió Altero: «Y no sois, señora -dijo-
vos sola quien cayó en esa sospecha;
que ya en muchos se dijo y se desdijo
la misma conjetura por vos hecha;
y ellos no hermanos son, más padre e hijo,
y si más firme puede y más estrecha
ser la fe y la amistad, más firme y bella
la dio a los dos venturosa estrella.

84. »Leonardo es el padre, que en Valencia
de una hija del rey hubo a Lisardo
en una cueva, donde la violencia,
huyendo, le llevó de su suelto pardo;
hallola allí y no hallando resistencia
en su gusto, no fue en cumplirlo tardo
niño, y niña también la mora bella,
que salió madre donde entró doncella.

85. »Parió a Lisardo y en mantillas de oro
a su padre le envió en grave presente,
gastando él en criarle un gran tesoro,
nada a su real grandeza diferente;
y hoy en el rostro, el talle y el decoro,
lo mismo cree que vos toda la gente,
y ellos con gusto del sabroso engaño,
siempre se visten de un arnés y un paño.

86. »Mas el que allí con plumas amarillas
el oro aviva del grabado escudo,
si bien la débil vista percibillas
entre el contento y sobresalto pudo;
mi nieto Alcindo diestro en ambas sillas,
fuerte en la brida, en la gineta agudo,
en el brío me parece, en que sin tasa,
honra da a mi vejez, lustre a su casa.

87. »Ya conozco de su águila la aguda
vista, y las plumas de oro con que vuela.
¡Oh joven bello, a quien mi lengua muda
siempre en contar tus hechos se desvela;
dete el cielo feliz próspera ayuda,
cortando tarde la preciosa tela
en que tu heroica juventud recama
honra a tu patria y a su nombre fama!

88. »Tenga en tu diestra la fornida lanza
más firme encuentro y golpe más cumplido
que tu padre infeliz tuvo en Arlanza,
donde a mis flacos pies le vi tendido;
apenas me dio en ti nueva esperanza
el cielo, apenas tú de un mes nacido
eras, cuando se halló viuda tu madre,
yo sin mi amado hijo, y tú sin padre.

89. »Del bárbaro Argalín la inútil clava,
mientras él con Chaquín y el fuerte Ardante
a una su espada y su ánimo probaba
con diez vencidos moros por delante;
bajó a traición. ¡Oh cielo! A quien tocaba
vida y brazo guardar tan importante,
¿Por qué al padre infeliz darle quisiste
golpe tan grave, confusión tan triste?

90. »Cayó muerto a mis pies: ¡oh Hado inhumano!
que aún lugar no me dio el dolor que siento
a cerrarle los ojos con mi mano,
ni a mi boca pasar su último aliento;
mas al cruel homicida no con vano
furor el mío pasé, que así sediento
de su sangre la mía satisfice,
que honor, vida y victoria le deshice.

91. »Vengué tu muerte al fin. ¡Pluviera al cielo
la suerte, oh hijo amado, se trocara,
y con mi inútil carga el rojo suelo
la tuya alegre y nueva rescatara!»
Así en perlas bañando el blanco pelo,
que venerable adorno a su cara,
alteró entre el dolor y la alegría,

del vivo y muerto hijo proseguía.

92. Movió así el grave llanto el noble pecho
de las tiernas doncellas, que ninguna
dejó de acompañarle, él satisfecho
de aquella compasión de su fortuna;
enjugando los ojos sin provecho,
«¡De cuántos -dijo- ay Dios, sin culpa alguna
mi vista ver su gallardía no supo,
mientras sin fruto en lágrimas me ocupo!

93. »¡De cuántos sin razón no he dado cuenta,
dignos de que la haga el mundo de ellos!
¡Cuántos de aquella nube polvorienta
la sombra cubre y el placer de vellos!
Allí ha de ir Alfajardos, la sangrienta
luna y los dos luceros son aquellos,
que a vista de los muros de Tafalla,
quitó a Almanzor en singular batalla.

94. »De este os quisiera haber mostrado el brío,
y el tuyo, oh generoso Calimarte,
que a su lado andas siempre con sombrío
penacho hecho un fantástico dios Marte;
mas de ti, oh nuevo alférez, de quien fío
que a la sombra he de ver de tu estandarte
triunfar a Oviedo, y las francesas sañas
rendidas al valor de tus hazañas.

95. »¿Qué diré de ti –dijo- oh Virbio fuerte,
de Portugal caudillo y de Galicia?
¿Qué diré de tu brazo, de tu suerte,
de tu experiencia y brío en la milicia;
del intrépido ardor contra la muerte,
y del inmortal nombre la codicia
con que en batallas veinte y seis campales
a los pechos sacaste las señales?

96. »Ninguna a las espaldas recibiste,
que, como a ellas siempre echaste el miedo
por no mostrarlo en ti, jamás las diste
al contrario, ni aún yo alcanzarlas puedo;
más ya, señora, de esta insignia triste
que aquí subiendo va, mira el denuedo,
y aquellas negras plumas que en su vuelo
la fama espanta al mundo y toca al cielo.

97. »Ovento es el que dentro en la enlutada
insignia llora al padre recién muerto,
de insigne lanza y temida espada,
y pulso en el justar más firme y cierto;
hijo invencible del famoso Estrada,

grave mago y astrólogo encubierto,
que supo cuántas en figuras bellas,
por su vía-láctea, cierne el cielo estrellas.

98. »Supo de los secretos de los días
la gran revolución, supo en el fuego
adivinar por diferentes vías
del mundo por venir el curso ciego;
y aunque esto, oh noble astrólogo sabías,
nunca supiste del contrario Orbego
huir el traidor golpe, que invisible
a tu pecho metió la muerte horrible.

99. »Lleva este de las torres de Coruña
y campos de Tresmiera, mil soldados
del león rapante tras la garra y uña
de pieles de osos y alcornoque armados;
este es Ricarte del valor de Orduña;
aquellos dos de azul y blanco armados,
dos hermanos, Arnalte es este el fiero,
caudillo de la casa de Bibero.

100. »Aquél es Cleofonte, aquél Doraco,
insigne este en el arco, el otro en masa;
y el de aquel fino y relumbrante jaco
Otón, señor del parque de Peraza;
el que al volar de aquél plumero opaco
los rayos de oro de su yelmo abraza,
es el ilustre Alpidio, insigne hermano
del que ahora rige el pueblo zamorano.

101. »Trae de Astorga a su cargo las banderas,
Astorga, a quien de Astirios las campañas
nombre y cimientos dieron, y sus fieras
armas, el asturiano a las montañas;
cuarenta son de a cinco las hileras
que de Sanabria el lago, entre espadañas,
al son armó de su clarín, y el río
Tera les añadió arrogancia y brío.

102. »Casi otros tantos de argentada malla
la ribera vistió del claro Orbego,
cuyos collados la áspera batalla
de los suevos cubrió de sangre y fuego;
cuando de esta nación por acaballa,
hizo el rey Teodorico horrible entrego
al gótico furor y de sus gentes
el ancho río bebió sangrientas fuentes.

103. »Usan estos por armas largas hondas
de blanco lino y seda de colores,
que al despedir su tiro con redondas

vueltas hacen vistosos resplandores;
llueven de piedras turbulentas ondas,
despiden desde lejos sus furores,
y de sus estallidos por los huecos
montes retumban los sonoros ecos.

104. »El que el guion de aquellos lobos pardos,
cual veis lleva tras sí es Grabelio el fuerte,
y los que le acompañan los gallardos
pueblos que al Nervio río dio la suerte;
estos en prestas flechas y anchos dardos
al contrario escuadrón envían la muerte
volando, como escuadras de aves juntas,
que el aire rompen diversas puntas.

105. »Allí va el pueblo que la corva raya
del fresco monte de Bilbao cultiva,
y para grandes flotas por su playa
los gruesos robles y álamos derriba;
el de Bermeo, cabeza de Vizcaya,
y el que de los pelasgos se deriva,
y a sus consultas públicas aplica
su grave sombra el árbol de Garnica.

106. »Mas mirad ya el que al resto de la gente
tanto en su mismo esfuerzo se adelanta,
que debajo de sí su altiva frente
los campos mira, y a quien mira espanta;
de seis cercos de acero es el valiente
escudo con que da vislumbre tanta,
el limpio arnés grabado de oro fino,
y en vez de lanza un desmochado pino.

107. »Este es el bello Argildos, que en la tierra
ni hay beldad, ni braveza que le iguale,
en quien con aparato real se encierra
cuanto luce en amor y en honra vale;
después del general de aquesta guerra,
la que más en valor campea y sale
es su persona y la que en grita y pompa
más de la Fama suena en la ancha trompa.

108. »Aún no del rubio bozo el blanco vello
la limpia tez del rostro le ha escarchado,
y en cuatro campos el altivo cuello
de otros tantos jayanes ha cortado;
trae por impresa en campo verde un sello
de una flor y por letra "Es mi cuidado"
y aunque el sagaz intento oculto guarde
el fuego muestra que en sus venas arde.»

109. Así el prudente Altero en voz severa

a la bella Florinda describía
del campo real, bandera por bandera,
el alarde pomposo en que venía;
y ella colgada de la voz postrera,
con nuevos alborozos de alegría,
al bello joven por su triunfo y palma,
desde allí por los ojos le dio el alma.

110. Y no hallando de amor el fuego ardiente
lugar de dilatar su gran contento,
a dar orden en ver su amado ausente
dentro se retiró de su aposento;
en nada halla quien ama inconveniente,
todo lo allana un amoroso intento;
a esto se entró y a reposar a solas
de sus deseos las crecientes olas.

111. En tanto en el ejército pagano,
que al amparo del muro de Pamplona,
con tremolantes lunas y en lozano
contorno le ciñó feroz corona;
el asiento escogía de su mano
en que alojar su campo y su persona,
el bravo Cardiloro, que aquél día
el real bastón de general regía.

112. Fantástico y soberbio, porque un moro
mágico y lisonjero le adivina
que ahora sea de gusto, ahora de oro,
allí le espera una abundante mina;
de adonde ha de robar, de un gran tesoro
la joya en su valor más peregrina,
con que avariento y vano ya se sueña
señor de todo el oro de Sansueña.

113. Por un oculto soto que hace el río
solo se entró a buscar un pecho ardiente,
para un asalto el puesto más vacío
de pertrechadas fuerzas y de gente;
cuando al fresco de un álamo sombrío
un barco de oro vio y en él presente
una beldad, que al moro descuidado
suspenso en verla le dejó turbado.

114. Metida en un profundo pensamiento
con el recelo y gusto, parecía
que entre olas de pesar y de contento
el cuidado en el alma iba y venía;
ya el rostro entristecido y soñoliento,
ya con nuevo alboroto y alegría:
que, a quien con atención lo considera,
cuanto hay dentro del alma sale fuera.

115. Así en alto blandón tierna candela,
dispuesta a todos vientos, da y recibe,
sombras y claridad, se abrasa y hiela,
y una vez se amortigua, otra revive;
y la eclipsada luna puesta en vela
del nocturno silencio así concibe
al transponerle el sol sus resplandores,
un mudable color de mil colores.

116. Estuvo el moro a contemplar un rato
en nuevas avenidas y concursos
de miedo, de osadía y de recato,
buscando a su dolor varios recursos;
donde la alteración de rato en rato
más claros le mostraba los discursos
de la suspensa dama, en quien sin duda
amor vio ser el que la altera y muda.

117. Cobró de esta sospecha atrevimiento
para llegar con ánimo a hablalle
que cualquiera liviano pensamiento
baja la estimación y humilla el talle;
y al tiempo que salió a probar intento,
ella se entró sin verle ni miralle,
quedando deslumbrado y el altivo
gusto entre su esperanza muerto y vivo.

118. Y como si la vida le llevara
el aire de aquel bulto de alabastro,
sin fuerzas queda y sin vigor se para,
cual mago absorto al contemplar de un astro;
sin brín el pecho y sin color la cara,
solo muriendo por sacar de rastro
quién sea la luz que allí le dejó en calma,
y con vista de paz le venció el alma.

119. Venían en guarda de su real persona
Serpilo y Celedón, moros valientes,
nacido uno en Sansueña otro en Pamplona,
pláticos en su tierra y en sus gentes;
estos de un mirto espeso la corona
ocultos mandó estar, porque presentes
con la suya, no estorben la salida
del bien que ya es el todo de su vida.

120. Y él, vuelto a su lugar como primero,
sin los ojos mover de la ventana,
si a salir vuelve mira del lucero
la segunda vislumbre soberana;
más viendo al día en su escalón postrero:

«A gozar de la noche es cosa llana
salir estrellas -dice- mas la mía
si es sol, ¿cómo la espero antes del día?

121. »¿Qué mucho que el mancebo salamino,
que vivo el sol dejó le halle ahorcado
del firme acero de un balcón divino,
que cielo un tiempo fue de su cuidado;
si al fin le vio su dama? Mas yo indino
de semejante bien aunque he colgado
cuerpo, alma y pensamiento de tus rejas,
ni me quieres mirar, ni verte dejas.

122. »Mas tiéndase esta noche a eternos años,
que tantos seré yo de tu esperanza,
sin dar un paso atrás en los extraños,
por donde amor me arroja y abalanza;
o sea este el tesoro o sean los daños,
que Fortuna me agüera y su mudanza,
no sé nada de mí, ni quien me ha puesto
en un deseo de morir tan presto.»

123. Dijo; y no más atento el engolfado
piloto en medio de la noche escura,
el instrumento puesto y el cuidado
de dar más cierto el punto a su altura;
la vista tiene fija en el nublado
que del norte escondió la hermosura,
ni está en más suspensión alta la ceja,
que el moro en la ventana y en su reja.

124. Y no en vano del todo, pues ya cuando
del horizonte pardo el aire puro
fue entre el mudo silencio desdoblando
de la vecina noche el manto oscuro;
entre esperanza y miedo vacilando
volver al balcón vio en pecho seguro,
la beldad misma, que antes tan acaso
el alma libre le llevó de paso.

125. Era del gran Bastán la prenda bella,
que allí a esperar salía un tierno amante,
que ya a la luz de la primera estrella
prometió amor ponérselo delante;
y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella
las mudanzas hacían del semblante;
que en mil cuidados puesta entre ola y ola,
miedo la enfría y gusto la arrebola.

126. Desearon enlazar su honrado gusto
en nudo santo y en contrato honesto,
volviendo el ciego antojo estado justo,

y el apetito libre en regla puesto;
mas, no saliendo todas siempre a gusto
las graves diferencias que hubo en esto,
el vano pundonor de los tratantes
nuevas lágrimas fue en los dos amantes.

127. Hasta que puestos ya en romper por todo,
libres quieren gozar de su derecho,
que honra y amor son fuego, y tiene el godo
en una y otra llama ardiendo el pecho;
y a concertar la traza y dar el modo,
para esa noche está el concierto hecho,
y ella a esperar allí su caro amigo
salió y acertó el moro a ser testigo.

128. Es la esperanza una tormenta fija
puesta entre los cuidados y el contento,
que cuando más se acerca, más prolija
su dilación le vende al pensamiento;
por cuyo fin la enamorada hija
del que a Sansueña rige, burlando el viento
al cansado esperar, que en tales casos
suele donde no hay uno dar mil pasos.

129. Tomó una arpa, a cuya melodía
las ansias y el ardor de su deseo
admirados quedaron, como un día
el feo Plutón a la del tracio Orfeo;
que ni le era inferior en su armonía
la bella dama, ni en sus males veo
otro infierno mayor, si en cursos iguales,
fuera el suyo inmortal o ellos mortales.

130. Nunca en el alto Peloro cubierto
de blancos huesos voz más regalada
Parténope entonó, cuando en su puerto
sonó del griego Ulises la jornada;
ni con más riesgo el caminante incierto
del peligroso canto y voz se agrada,
que dio Florinda cuando lengua y mano
puso en su arpa y la escuchó el pagano.

131. De la Medusa Gorgón la cabeza
en insensible mármol convertía,
los ojos que miraban su fiereza,
aunque no al ciego que su voz oía;
mas de la dama, el canto y la belleza
así ambos los sentidos suspendía,
que oída y vista en agradable calma,
piedra volvía el cuerpo y fuego el alma.

132. Tal quedó el moro al son del instrumento

y la celestial voz de la doncella
cuando, a su canto y su regalo atento,
pasos oyó de recatada huella;
detuvo sosegado hasta el aliento
por el ver el fin de la aventura bella,
y vio un armado joven que llegaba,
de vista al parecer gallarda y brava.

133. Viole que estuvo un rato desde afuera
por gozar de la música escuchando
quejas de la esperanza lisonjera,
que siempre va los gustos dilatando;
haciendo enternecer la voz entera
un dulce suspirar de cuando en cuando,
que el deleite aumentaba y la alegría
si ya no en quien cantaba, en quien oía.

134. Hasta que al fin, llegando donde pudo
con menos voz hablar y más recato:
«¡Oh gloria -dijo- en quien amor desnudo
la suya toda muestra en un retrato!
¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!
¡Sirena, a cuya música el ingrato
mal que en mi pecho vive y daña tanto,
la virtud ha encantado de tu canto!

135. »¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,
y esta próspera entrada me conceda
por el premio mayor de mi ventura,
que ya gozarla sin recelos pueda;
que si este alegre agüero no asegura
mi gloria de una vez, ya no me queda
basa en que estribe y ponga mi esperanza,
ni en tal tormenta soplo de bonanza!».

136. Dijo; y la voz del nadador Abido
nunca en las rocas y peñascos huecos
de la torre de Sexto entre el ruido
de sus olas formó más dulces ecos;
ni fue en mayor deleite recibido
sobre sus playas y arenales secos,
que un día abrieron puerta a su ventura,
y otro a sus huesos fama y sepultura.

137. Que el noble godo y venturoso amante,
fue de su tierna dama acariciado,
en dulce afecto de ánimo constante,
y corazón sin tasa enamorado;
al fin después que en relación bastante
de sus cosas contaron el estado,
la alegría de verle y la impaciencia
de las sospechas y del mal de ausencia.

138. El bien y el mal, las penas, los contentos,
los varios altibajos de su vida,
hasta de los soñados pensamientos,
si alguna tienen la razón fingida;
dejando en dulces pláticas y cuentos
de la noche gran parte consumida
y a la siguiente remitido el modo
de hacerse de una vez dueños de todo

139. son de acuerdo común que aquella parte
donde ahora están tratando su ventura,
para escalar el foso y baluarte
escala traya el montañés segura;
y añadiendo el horror del ciego Marte
al negro manto de la noche escura,
un arma falsa toquen, que en Sansueña
del robo y del recato sea la seña.

140. Y en el hábito de mora disfrazada
como a nueva cautiva, en la contienda,
ni del vulgo ofendida ni notada,
salva la ponga en su encubierta tienda;
donde de honor y riesgo asegurada,
es fácil que su padre condescienda
con las pedidas bodas y razones
que han estorbado vanas presunciones.

141. Con esto ya que se acercaba el día
y el tierno despedirse a los amantes,
toda vuelta esperanzas su alegría,
en igual soledad se hallaron que antes;
y el moro oculto que escuchado había
el fin de los conciertos importantes,
de celos impaciente ardiendo en ira,
si en estos muere, en su calor respira.

142. Quiso fiero y celoso hacer pedazos
al español caudillo, y bien pudiera
dejarle muerto en los traidores lazos
antes que el golpe ni su alfanje viera;
si no le parecieran embarazos
a otras mejores trazas en que espera,
al hacer su venganza más cumplida,
dejarle sin honor y con la vida.

143. Tiene por caso a sus designios llano,
conforme al descubierto trato hecho,
ganar al uno el juego por la mano,
y en el otro los gustos de su pecho;
y a la jornada en que ahora viene ufano
segura entrada en aquél paso estrecho,
y hacer a su victoria puerta llana,

del cielo de su gloria la ventana.

144. De este discurso reportado el moro,
por donde vino se volvía a su gente,
lozano en las sospechas, que el tesoro
era aquel de su próspero ascendiente;
daba ya al frío polo en cercos de oro
casi entera su vuelta la serpiente,
y el perezoso carretero helado
al sol tenía su yugo trastornado.

145. Cuando el enamorado sarracino
a vista del ejército cristiano
al suyo iba pasando, en el divino
bulto ocupado el discurrir liviano;
y el gallardo Serpilo, que el vecino
campo advierte en quietud y sueño vano,
y de las ya dormidas centinelas
los muertos fuegos y acabadas velas.

146. Vuelto a su capitán, «Mira, oh valiente
Cardiloro -le dice- que olvidados
tus contrarios del brío de tu gente,
en sueño están y en vino sepultados.
¿No es posible, señor que no te afrente
enemigos tener tan descuidados?
Mas quien estando tú en el campo duerme,
bien es que a no sanar durmiendo enferme.

147. »Si el justo cielo con silencio ayuda,
y a mi espada le da el valor que espero,
al sordo amparo de esta noche muda
darte, mil enemigos menos, quiero;
yo sólo; yo, señor, por mal que acuda
mi espada, haré mi dicho verdadero,
a ti y mi amado Celedón tu tienda,
siguiéndola os dará esta estrecha senda.

148. »Que a mí no sé cuál dios el pecho ardiente
a tan heroica impresa me levanta,
y al muerto real desta dormida gente
ahora me arroja con violencia tanta;
tú, amado Celedón, si este potente
brazo es la muerte de mi impresa santa,
al muerto cuerpo, ya en el campo frío,
serás en darle sepultura pío.»

149. Dijo; y saltando la primera barrera,
desnudo, al campo, de temor se arroja:
pasmose Celedón la vez primera,
el sobresalto lo atajó y la congoja;
del arriscado amigo considera

el fiel denuedo que a morir le antoja,
impedido el seguirle y obligado
a no dejar del general el lado.

150. Mas viendo su peligro manifiesto,
«Espera -dijo y vuelto a Cardiloro
con tiernos ojos, de rodillas puesto-
¡Oh gloria -prosiguio- pueblo moro,
si algún día te tocó de amor honesto
tu noble pecho dulce flecha de oro,
si sabes qué es amar a un caro amigo,
oye, oh invicto señor, lo que te digo.

151. »El que allí ahora en temeraria muerte
un campo asalta de enemigos lleno,
de esta alma es la mitad, de esta alma, advierte,
es por fe y amistad cielo sereno;
juntos nacimos; la dichosa suerte
juntos nos dio una patria, un pueblo, un seno,
un gusto, unos placeres, una vida,
que ahora teme amor verla partida.

152. »Por la beldad que adoras (si de alguna
noticia el soberano amor te ha dado),
por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,
por tu vecino reino, por tu estado;
por cuanto está debajo de la luna,
o sobre ella te da gusto o cuidado,
permitas, que a los que los hizo uno la suerte
en vida, no los haga dos la muerte.

153. »Mas que con tu licencia ahora pueda
escolta y muro hacer a un caro amigo;
que el breve espacio que a tu real nos queda
seguro está y sin riesgo enemigo.»
No dijo más; que el tiempo se lo veda,
y el moro de tan fiel lealtad testigo,
el amor nota y la braveza advierte
del tierno corazón y el pecho fuerte.

154. «Y, acude, oh alma gentil -dijo el severo
Cardiloro- a tu gusto, acude y anda,
y deos la alta victoria, que yo espero,
el cielo que esos nobles pechos manda;
con tal que de los dos sea yo el tercero,
como lo fuera aquí en vuestra demanda,
si como es de mi oficio el concedella,
permitido me fuera entrar en ella.»

155. Así dijo; y siguiendo su camino
Celedón, a su amigo llega, y dice:
«¿Por dicha, oh invicto Cid, ya por indino

de tu lado me tienes? ¿Ya desdice
en mi pecho la fe, de quien contino
tantos alardes en su abono hice?
¿Así pagas mi amor? Así me obliga
tu gusto a que hasta el fin el mío te siga?

156. »¿Yo por ventura yendo en el abrigo
de tu gallarda espada, no sabría
sus golpes imitar y un enemigo
darte siquiera menos con la mía?
Y si esto no, a lo menos por testigo
presentarme podrá tu valentía,
aunque sea tal, que no le importe nada
otro abono mayor que el de su espada.

157. »Mas ya por demás tratas de excusarte,
ruede como quisiere la Fortuna,
que como de tu lado no me aparte,
de las suyas no temo vuelta alguna».
«¡Oh, de mi pecho fiel la mejor parte
-Serpilo respondió- con quien ninguna
desgracia temo, ya que con tal lado
poco es acometer un campo armado.

158. »No creas, oh noble aliento de mi pecho,
que quiebra de mi amor, ni de tu brío,
tu espada me quitaba y mi provecho,
de quien ya el todo de mi impresa fío;
mas dejar solo un gran resguardo hecho
en tu heroico valor al riesgo mío;
y si moría, morir con esperanza
de pío entierro y de cruel venganza.

159. »A este fin te dejaba, oh caro amigo,
y por tu anciana y tierna madre ausente,
de su larga vejez único abrigo,
y de tu nueva esposa gusto ardiente;
mas ya que tu valor viene conmigo,
y en mi alma el brío que me das se siente,
no dilatemos más el hecho altivo,
ni hombre nos quede de importancia vivo.

160. »Ven tras mí, y con atenta vista advierte
por dónde ahora el honor tras sí nos guía.
En esto está acertar o errar la suerte,
ser descuidada o cuidadosa espía;
el sueño es viva imagen de la muerte,
o ser muerte caliente o muerte fría,
dormir en nudo oscuro y paz interna,
o noche temporal o noche eterna.

161. »Mira cuán cerca están nuestros contrarios

de pasar un extremo en otro extremo,
y del cielo y sus altos lacunarios
la nueva luz que sola adoro y temo.
¿De qué estamos perplejos? ¿de qué varios?
Fuego es de honor en el que me ardo y quemo:
a ellos, gran capitán; que es excusado
quererle suspender su curso al Hado.»

162. Dijo, y sacando la luciente espada,
por entre los nevados fuegos vuela,
y a Isarco y Zaldibán, que en camarada
hecho habían hasta entonces centinela;
en torno de su hoguera amortiguada,
ya con el vino y la pasada vela,
confiados en tener campo seguro,
blanda cama les daba el suelo duro.

163. Allí entre el fuego y la ceniza fría
segó al uno y al otro la garganta,
dichosos a velar, hasta que el día
vestido vieran de su lumbre santa;
uno era cazador y otro seguía
de la caza de amor la red que espanta;
más del feroz Sérpilo el brazo airado
a aquél quitó el afán y a este el cuidado.

164. Mató tras esto en la segunda posta
cuatro dormidas centinelas juntas,
mató al vano Alfanger, al noble Acosta
y a Enrique el fiel, de tres agudas puntas;
y por la raya de una senda angosta
al pabellón fue a dar, donde trasuntas,
¡oh sutil Targa! en bronces, lo que Apeles
con sus conchas no hará ni sus pinceles.

165. Abriendo en sutil lámina de acero
de Píramo y de Tisbe los amores,
aquél día le halló sueño postrero
y del cruel Serpilo los furores;
pasole el corazón de un golpe fiero,
y saltando la sangre dio colores
al relieve infeliz que en triste suerte
ocasión fue y agüero de su muerte.

166. Cabe él puesto en un éxtasis profundo,
no dormido, mas ciego en su cuidado,
al alquimista vio sutil Raimundo
sobre su antiguo escudo recostado;
midiendo del napelo y del segundo
elixir, la sustancia, el punto, el grado,
y de quintas esencias fabulosas
una imposible máquina de cosas.

167. Había gastado en experiencias vanas
de su hacienda la flor y de sus días,
y trocando el cabello negro en canas,
aún no se habían trocado sus porfías;
mas llegó el fatal golpe y sus livianas
esperanzas volvió de ardientes frías,
librándole ocasión tan oportuna
de otros mayores golpes de Fortuna.

168. Y entrando por el campo soñoliento
horrible estrago hace el moro fuerte,
dando su espada y su furor violento
mil diferencias de una sola muerte;
a este barrena el pecho, aquel a tiento
degüella, y pasa al fin la adversa suerte
del modo que halla al grande y al pequeño,
del sueño temporal a eterno sueño.

169. Este en su corvo escudo recostado,
el otro sobre el yelmo adormecido,
uno encima la blanda hierba echado,
y otro en las grebas de su arnés tendido;
cuál con nuevo dolor desatinado
la boca abre a dar voces y embebido
por ella el hierro de la presta daga,
la voz se vuelve atrás y el morir traga.

170. Coello, un portugués de ánimo ardiente,
hidalgo tierno en sangre y amores,
poeta, amante, músico y valiente,
cuatro heroicos y célebres furores;
con el retrato de su dama ausente,
a quien había cantado mil primores,
como el sueño le halló en su fantasía,
las manos en la cítara, dormía.

171. Torcido el rostro hacía el retrato bello,
en señal de caricias a su dama,
dormido al gusto y al placer de vello
en las corazas de su arnés por cama;
segó el alfanje el desmayado cuello,
estremeciose el cuerpo, el pecho brama,
y al palpitar las manos con instancia
en las cuerdas formaron consonancia.

172. Marcio y Catino, grandes bebedores,
que parte de la noche han ocupado
con la taza y los dados, en vapores
del dulce mosto, el sueño habían brindado;
los enjutos barriles por las flores,
cada uno sobre el suyo recostado,
dormían entorno de la mesa y fuego,

adonde el vino los dejó y el juego.

173. Debía de soñar Marcio que brindaba,
y abriendo la ancha boca bebió entero
el sangriento cuchillo que llegaba
de degollar al torpe compañero;
triste el alma salió en ver que dejaba
posada tan alegre, cuando el fiero
golpe, por quien la suya dio Catino,
en vez de roja sangre vertía vino.

174. Mató tras este a Marco y a Sarrento,
escuderos de Marcio; mató a Soria,
que entre sus dos caballos, soñoliento,
para ir no tuvo a su cuartel memoria;
pasó el celebro a Furnio, que de viento
mil torres exhaló y de vanagloria,
y al truhán Galba, que despierto y quedo
entre los frascos se escondió de miedo.

175. De allí entró donde el docto Algeo dormía
a la luz de una vela, en que su pluma,
de un grave poema heroico que escribía,
de versos había hecho una gran suma;
un rico arco grabado de ataujía
a su lado y un libro adonde suma
del triforme Gerión de ambas Españas
el reino antiguo y célebres hazañas.

176. El arco que allí fue el que Alcides
al templo del lucero dio despojos,
donde colgado le halló Almonides,
cuando a vengar de un conde los enojos;
pasó con Muza a España, cuyas lides
los ríos volvieron y los campos rojos,
él lo envió a Zelín, Zelín a Oncalla,
y él a su bello nieto rubio Abdalla.

177. Cuando en sangrienta lid los albaneses
a Abdalla despojaron sobre Duero,
el docto Argeo entre dos arneses,
el rico arco ganó al gigante fiero;
y en sus pomposos versos los reveses
del tiempo, arco invencible, aquél postrero
sueño le halló pintado, cuando el hilo
del canto y cuento le cortó Serpilo.

178. Puso en el arco los curiosos ojos,
y al sabio poeta que admirando estaba
las musas con su espíritu entre rojos
suspiros lanzar hizo el alma brava;
quiso de su victoria por despojos

llevarse el arco y la dorada aljaba,
y por matar a Egil y al turnio Mesa,
que a su lado halló, olvidó la impresa.

179. Cansado de herir, soberbio mira
las varias muertes y el estrago hecho,
y ni por eso se alza ni se tira,
ni atrás da un paso del dudoso estrecho;
antes entre el sangriento horror suspira,
hirviendo en ira el arrogante pecho,
y las armas ya botas, y él sin fuerza,
a nuevos daños su crueldad le esfuerza.

180. Cual tigre hircana en el aprisco mudo,
harta de degollar grueso ganado,
la tierra en roja sangre y el membrudo
lomo de nuevas manchas salpicado;
carleando cesa un rato, y en menudo
anhelar cobra aliento el pecho airado,
y mientras del destrozo se retira,
cuanto el hambre mengua, crece la ira.

181. Ni el bello Celedón, gallardo Marte,
menor estrago y mortandad hacía,
que del plebeyo pueblo una gran parte,
gente sin nombre y cuenta, muerto había;
mató a Gilberto que en decir con arte
y herir de punta su primor tenía,
a Terpandro cantor y al fuerte Etolo,
Marte en braveza y en belleza Apolo.

182. Corren los ríos de sangre y por la tierra
las perlas arrebolan de la aurora,
y él en su oculta y alevosa guerra
con ella misma a más herir se azora;
entra donde a medir Ulloa se encierra
del precioso Hado el ascendiente y hora,
Ulloa digo, un astrólogo ignorante
que más cielos halló que cargó Atlante.

183. Había toda la noche astrologado
gustoso, que su estrella le asegura
tras prolija vejez sepulcro honrado,
mas mintió su astronómica figura;
que el bello Celedón con su dorado
puñal le dio temprana sepultura,
y abriéndole el cerebro con dos puntas,
volaron del dos mil estrellas juntas.

184. Mató a Hepodamo, a Tirsas y a Falerno,
al rubio Telga y a Lisardo el fuerte,
y al bello Demorato, joven tierno,

esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;
y a ti, oh siempre infeliz viejo Salerno,
que antiguo pretensor sin hacer suerte,
cansado en corte de esperanzas nuevas,
los memoriales convertiste en grebas.

185. Llegó la muerte al fin y si no entero
el premio, diote el pago de su mano,
de haber dejado el hábito primero
en que a Dios consagraste el pecho humano;
y viendo entre los rayos del acero
el tierno rosicler del día cercano,
«Ya -dice- oh gran Sérpilo, hace el alba
al día, y a esta dormida gente salva.

186. »Ya basta el venturoso estrago hecho
y victorias que el cielo nos ha dado,
la honra toda es tuya, sea el provecho
mío en que no violentes más el Hado;
este luciente yelmo que del lecho
quité a un muerto enemigo he reservado
para que sus pomposas plumas sean
alas en que volar tus glorias vean.

187. »Solo este para ti codicié en cuanto
oro y plata encontré del enemigo.
Toma, oh Serpilo, y vamos. Que ya el manto
estrellado, que ha sido fiel testigo
de tu braveza, entre el nocturno espanto
sus broches de oro esconde. Toma amigo,
y por este encubierto valle huyamos,
antes que lo hecho con la luz perdamos.»

188. Dijo, y Serpilo: «Oh, gloria -le responde-
de tus mayores y honra de la mía,
yo también otro bien codicié, donde
uno entre libros sin temor dormía;
un arco bello cuya aljaba esconde
cien flechas entre nácar y ataujía,
que luego que le vi, el robusto oficio
de tu caza le di por ejercicio.

189. »Y con el gusto de quitar la vida
a otros que estaban en la misma tienda,
el alma en tantas muertes repartida,
de traerte se olvidó la rica prenda;
mas tuya es y ha de ser; aquí escondida
tu persona se esté y aquí me atienda;
que junto aquel hogar que allí blanquea
la prenda está que darte amor desea.»

190. Dijo; y sin ser a detenerlo parte

los ruegos del amigo que adivina
sus malogrados fines, de él se parte,
y por el infeliz arco camina;
o fuese nuevo ardor del duro Marte,
o Apolo que vengar la alma divina
de su poeta quisiese o que ya el Hado
al fin había de su virtud llegado.

191. El breve tiempo que duró esperalle
en el puesto, sobre él dio de repente
Argildos, que a correr salía el valle
con una escuadra de lucida gente;
diole al amor la noche y quiso dalle
a Marte el alba, y en jinete ardiente
recorriendo las postas de las velas,
venía por las nocturnas centinelas.

192. Vieron a Celedón que al corto abrigo
de una encina trataba de esconderse,
donde esperando a su imprudente amigo,
Amor pudo obligarle a detenerse;
cércale el español bando enemigo,
de quien él por huir y defenderse,
gallardos golpes con su alfanje hace,
su vida ampara y su honra satisface.

193. Trebonio fue el primero que atrevido
llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente
del victorioso moro y aturdido
a sus pies le arrojó un golpe valiente;
mas ¿qué te vale, oh mísero, el cumplido
brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,
si al tejido escuadrón que se abalanza
ni el firme escudo ni el alfanje alcanza?

194. Ya el gallardo mancebo en sangre tinto,
con varias heridas teñía el suelo,
cuando el vano Serpilo en el distinto
rumos las señas vio de su recelo;
que victorioso entachonado cinto
la rica aljaba de arrogante vuelo
le bajaba a los hombros y en la mano
el arco duro hacía gemir ufano.

195. Suspendió el paso y el medroso pecho,
no de su riesgo, mas del caro amigo,
atenta y triste centinela hecho,
puesto al tronco de un árbol por abrigo;
conoce a Celedón y el sin provecho
brío de sola su bondad testigo,
con que en confusa brega se revuelve,
y diez por cada golpe juntos vuelve.

196. Y él con las nuevas flechas que traía,
encorvando sobre una el arco duro,
al confuso escuadrón diestro la envía
desde el hueco troncón del roble oscuro;
acertó a Breño y el reciente día
que iba naciendo por el aire puro
de los ojos le esconde, y en las sienes
clavada le hace dar ciegos vaivenes.

197. Vuélvense todos a la oculta parte
que la homicida flecha trajo el vuelo,
buscando atiento el encubierto Marte,
cuando otra por el mismo paralelo
de la tirante y firme cuerda parte,
y al medroso Blodón, que con recelo
gritaba: «¿Quién tiró?» la punta aguda
su voz clavó y dejó su lengua muda.

198. Argildos que de afuera entretenido
en ver pelear el fuerte moro estaba,
de su gallardo aliento conmovido,
guarecerle la vida deseaba;
mas por los nuevos tiros ofendido,
el alma vuelta de piadosa en brava,
«Matadle -dice- y vénguese en su pecho
el grave daño por su causa hecho.»

199. Y un frío venablo que en la mano tiene
con tal destreza al firme pecho arroja,
que ni el grabado escudo le detiene,
ni de su peto la acerada hoja;
cual destroncado toro a tierra viene
con la parda asta ya en su sangre roja.
Su amigo que caído le vio en tierra,
furioso salta a descubierta guerra.

200. «Yo, yo -dice- yo soy quien hizo el daño.
Teneos. Que nada os debe ese inocente.
Yo el autor fui del riesgo y mal tamaño,
y del sangriento estrago en vuestra gente;
yo la ocasión tracé, yo urdí el engaño,
yo soy quien os hacía la guerra, ausente,
él nada os debe, el cielo me es testigo,
sino es el ser de un desdichado amigo.»

201. Dijo; y lanzando el arco por el suelo,
furioso su sangriento alfanje saca,
y con desesperado brío el celo
venga de su amistad y su ira aplaca;
y a Salmino y Parolo, que a su vuelo
delante halló por resistencia flaca,

uno en el muslo herido, otro en el brazo,
libre el paso le dieron de embarazo.

202. Y a ser de su mortal rigor testigo
a pesar de mil puntas llega y mira
el peligroso golpe, el enemigo
dardo y del firme heroico brazo la ira;
y viendo así morir su caro amigo,
de rabia brama y de dolor suspira,
y el desangrado moro en hablar breve
a que se salve así le alienta y mueve:

203. «Huye, amigo, de aquí. Huye ligero,
mientras muriendo yo salvo tu vida,
dame este dulce bien por el postrero,
y no hallaré la muerte desabrida;
y cuando haya ocasión, o por dinero
o por sangre en mejor sazón vertida,
a mi afligida madre el cuerpo lleva,
y a ser su nuevo amor el mío te mueva.»

204. Dijo; más ni el dolor ni los contrarios
lugar le dan de responder al moro;
que de heridas y golpes temerarios
sobre él descarga un martillar sonoro;
parece al recibir los tiros varios,
en coso estrecho jarretado toro,
y en el herir y acometer gallardo,
en escombrada plaza suelto el pardo.

205. A este hiere, a aquel da y al otro acierta
en revuelto y confuso torbellino.
Mató a Cerdán, hirió de un golpe a Berta,
luchador diestro aquel y este adivino;
y ya el amigo y la esperanza muerta,
aunque a su real pudiera abrir camino
y salvarse, no quiso; más el lado
muerto guardar, que vivo había guardado.

206. Hasta que a golpes y dolor deshecho
el noble corazón del moro fuerte,
pasado de un cruel venablo el pecho
más fiel que amor tocó ni hirió la muerte;
ya sin aliento ni armas de provecho,
cerrando el curso de la humana suerte,
y haciendo al mundo de su fe testigo,
sin vida dio a los pies del muerto amigo.

207. ¡Oh heroico ejemplo de amistad divina.
Aunque en bárbaros pechos descubierta,
si de mis nuevos versos la adivina
virtud, del todo en mí no ha sido incierta;

jamás el tiempo que inmortal camina
del ciego olvido te verá cubierta,
antes, de siglos y años vencedora
tu fama irá como tu sangre ahora!

208. En tanto el nuevo amante Cardiloro,
impaciente en sus gustos y alterado,
del ya vecino sol, los rayos de oro
presentes mira y aborrece airado;
que de tinieblas hecho su tesoro,
cuanto con la luz ve le causa enfado,
y entre esperanzas un deseo fuerte
es lucha de la vida con la muerte.

209. Llegose al fin el tiempo, y prevenido,
como prudente y recatado amante,
de suficiente escala y de escondido
recato, y armas y ánimo bastante,
con un cristiano paje, el más querido,
de fe más sana y pecho más constante,
dos breves horas antes del concierto
de la noche infeliz salió encubierto.

210. Comenzó el campo moro el nuevo asalto
con que él hiciese el robo más seguro,
que el torpe miedo y ciego sobresalto
la vista turban más que el aire oscuro;
comenzose la grita; él, puesta en alto
la escala, abierto de Sansueña el muro,
vio la ventana donde Amor le envía,
puerta a su gloria, sol antes del día.

211. La bella amante, súbito engañada
con dulces memorias de su esposo,
del son de Marte y del amor turbada,
del pajecillo y de su hablar medroso;
la alta escala bajó, y fue disfrazada,
haciendo el traje moro más airoso,
si las tinieblas consintieran vello,
del gallardo ademán el bulto bello,

212. con solo un cofrecillo en que traía
lo más precioso de sus joyas puesto.
Y viendo que el rumor de armas crecía,
con paso apresurado y descompuesto;
dando a entender el moro que huía
no el miedo de la gente, sino el puesto,
comenzó a desviarse por el llano
del muro hacia el ejército cristiano.

213. Viene todo en las armas encubierto
para no ser de nadie conocido,

y el paje astuto, con sagaz concierto,
a cualquier lance impuesto y prevenido;
y poco a poco por el campo abierto,
en son de huir la gente y el ruido,
llevar quería la dama a una espesura,
donde estuviese del tropel segura.

214. Cuando el moro infeliz que iba delante
haciendo franco el paso con la espada
ciego dio en una escuadra a la importante
defensa de aquel paso disputada;
y sin volver el nombre el vano amante,
de veinte su persona rodeada,
por mil partes le hieren y por una
a la muerte abrió puerta su Fortuna.

215. Entre el izquierdo brazo y la loriga
una encubierta punta desmandada
tan dulcemente entró, que sin fatiga
del cuerpo cortó al alma la lazada;
cayó el moro, y tras él la dulce amiga
del capitán cristiano desmayada,
con el engaño de tener por cierto
que no era el moro, más su esposo el muerto.

216. Fue a tiempo el darle muerte a Cardiloro
que el montañés llegaba alborotado,
por ver del repentino asalto moro
el que él iba a hacer anticipado;
y oyendo de las armas el sonoro
ruido ir en aumento recatado,
con una oculta escuadra de guzmanes
venía a requerir sus capitanes.

217. Venía también a hacer secreta guarda
al balcón de oro de su gloria puerta,
cuando muerto vio al moro, y la gallarda
dama a su lado desmayada y muerta;
no conoció su luz, ni a verla aguarda
de la amorosa suspensión despierta
mas en su amor el alma divertida,
la que buscando va deja perdida,

218. Creyó que fuese alguna dama mora
del que a desgracia han muerto en la contienda,
y ella, y el paje que cabe ella llora,
presos manda llevarlos a su tienda;
y tras el bien que deja y el que adora
con su escuadra tomó una estrecha senda
que a la torre va a dar, donde su gente
ya culpándole está de negligente.

219. Va buscando la gloria que ya tuvo
caída ante sus pies sin conocella,
cuando la culpa de perderla estuvo
en no llegarse como pudo a vella;
mas, ¿quién lo advierte todo, o quién hubo
tan sabia prevención que pueda en ella
medir las ocasiones y en ninguna
perder lance a las vueltas de Fortuna?

220. No hay descuido en amor que no se pague,
sea el cobrar remiso o sea contado,
ni estado tan feliz que no lo estrague
el desmán de un suceso no pensado;
que si da la Fortuna antes que amague,
¿qué escudo bastará a su golpe airado?
Fue a dar con el balcón el godo tierno,
y en vez de alegre gloria, halló el infierno.

221. Vio escalado su muro y puesto fuego
ya por allí el balcón resplandeciente
y que en tropel confuso y furor ciego
por él entraba la morisca gente;
y un soberbio jayán de nación griego,
señor de Negroponto puesto en frente,
que da favor y fuego a los de arriba,
y a voces el combate y cerco aviva.

222. Reverberan las llamas en las hojas
del arnés limpio de bruñido acero,
y el aire oscuro con vislumbre rojas
al jayán vuelve más horrible y fiero;
crece el rumor, el fuego y las congojas
en el dorado alcázar, y él entero
con su furor el gran tesón sustenta,
y a todos golpes da y armas presenta.

223. Cual tal vez cabe un risco cavernoso
de negra escama, pálido serpiente,
que en renovadas conchas, poderoso
muestra la cresta azul resplandeciente,
y si del fuego que hizo el perezoso
gañan junto a su cueva el calor siente,
saltando a él sin que temor le ocupe,
tres leguas silba y la ponzoña escupe.

224. Quedó el amante de la dama bella,
que en salvo puesta sin pensar tenía,
viendo la escala y que el jayán sobre ella
la torre con su gente entrado había;
suspensa el alma, alborotado en vella,
y en vario discurrir la fantasía,
dándole vuelta a su pesar la suerte

en tormento el placer, la vida en muerte,

225. Así tal vez villano entretenido
en acechar de una perdiz medrosa
para hallarla de noche el caro nido,
si al extender la mano codiciosa;
al escorpión tocó que la ha comido,
atrás rehúye y con la temerosa
luz de sus vivos ojos ve el engaño
del riesgo suyo y del ajeno daño.

226. Tal de Velasco la nobleza antigua
suspensa se quedó viendo el gigante,
como nocturna y lóbrega estantigua
entre el humo y el fuego resonante;
y del confuso vulgo y gente ambigua
el tropel ciego y el furor bastante
a tomar la ciudad, mas en un punto
el miedo y suspensión se acabó junto.

227. Y como el que en los brazos de Morfeo
se sueña de un león fiero asaltado,
que despierto en el bosque Dodoneo
le ve sobre algún risco encaramado;
hallando ser verdad el devaneo
del sueño sale a él alborotado,
trocada en riesgo la apacible caza,
y con la fiera y su furor se abraza.

228. De tal manera Argildos viendo el paso
a que sus cosas trajo la ventura,
furioso hacia el gigante Radagaso
sale amparado de la noche escura;
y antes que el feroz moro sienta el caso,
un revés le alcanzó por cintura
que le hizo dar de manos y le hiciera
dos, si el filo al cortar no se torciera.

229. Saltó el gigante cual dragón herido
del duro césped que arrojó el villano,
y al tierno amante en fuego convertido
del mismo en que arde el torreón cristiano;
la respuesta volvió con tal ruido,
que acertando en el yelmo sonó el llano,
como si por socorro en ver que se arda
la torre, dispara una lombarda.

230. El español, que dos deidades juntas,
honra y amor, le hierven en el pecho,
una tras otra hiere de dos puntas
al que su gloria puso en tal estrecho;
que del fornido acero por las juntas,

lago de roja sangre dieron hecho
el antes verde prado, cuyas flores
muertes respiran, y solían amores.

231. Al recibir el moro la una herida,
otra al bravo leonés le dio en un brazo,
que aunque sin daño y riesgo de la vida,
de acero y carne le llevó un pedazo;
y dando y recibiendo una avenida
y tempestad de golpes, hizo el plazo
de su vida más breve un altibajo,
que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.

232. Mas como si la fuerza se pasara
del destroncado brazo al brazo vivo,
así con nueva fuerza da y repara
golpes a su contrario griego altivo;
en esto el fuego con su rubia cara,
para hacer el combate más esquivo,
apoderado del dorado techo,
con su costoso daño, hacía provecho.

233. Y la española escuadra que venía
por guarda del hermano de Tibalte,
y en ciega tropa arremetido había,
cubriendo el campo de sangriento esmalte;
mezclada entre los bárbaros subía
por la alta escala, haciendo que no falte
quien con la sangre mora no pequeña
parte apague del fuego de Sansueña.

234. Del son confuso el resonar valiente,
y de la llama el rechinar sonoro,
asombró el pueblo, que tenía su gente,
segura por allí del campo moro;
caen almenas y vuela en brasa ardiente
la ancha techumbre de artesones de oro,
y de gruesas columnas, jaspes varios
tristes sepulcros dan a sus contrarios.

235. Hizo el fuego las señas con sus llamas,
y acudió a aquella parte el furor todo,
los unos a perder vidas y famas,
y los otros a hallarlas por el mismo modo;
al fin del ciego bosque entre las ramas
del asturiano campo y pueblo moro,
lo mejor se juntó, y duró el rebato
de la confusa noche el mayor rato.

236. Murieron muchos de una y otra parte
en la confusa bárbara refriega,
a unos dando el rendido baluarte

muerte común y sepultura ciega;
a otros la espada del sangriento Marte
los vendimia en agraz, y en flor los siega
por varios trances; que el morir es cosa
de todas la más cierta y más dudosa.

Alegoría

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.

En el suceso de Serpilo y Celedón se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad. Y en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana y cómo no hay campo seguro para la muerte. Y en la de Cardiloro y sus vanas pretensiones, cuán inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

Fin del octavo libro.

LIBRO NONO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Argildos, creyendo que Florinda es muerta o robada, se quiere matar de pena, y ella, sospechando ser su esposo el muerto, toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva, encuentra a Angélica en las uñas de un dragón. Síguela por las oscuridades de una cueva y hállase enredado en un extraño encantamiento, donde Proteo le descubre quienes son sus padres. Arleta pide a Galiana justicia contra Ferraguto y él hace batalla con Rangorio, a quien mata y quita el escudo. Y por las armas de él, es tenido por francés y acometido de la gente que de Toledo venía en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo. Oyen en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él.

1. Argildos ya, después que a Radagaso
con gallardo esgrimir quitó la vida,
y a Arganda, un moro capitán de paso
cabeza y pecho abrió de una herida;
en compañía del prudente Eraso,
que una escuadra a sus pies tenía rendida
de alarbes berberiscos, que en España,
la gente fue de más coraje y saña.

2. Ganando el paso de la escala y muro
a costa de su sangre y de la ajena,
el amante subió libre y seguro
a ver su gloria y a hallar su pena;
que entre el negro carbón del humo oscuro,
a vueltas de otros tristes llantos suena
que Florinda murió, o es cosa cierta
que está cautiva y presa, sino es muerta.

3. Créese que consumida de la llama,
entre carbones de oro es ya ceniza,
y que de su valor sola la fama
viva ha dejado la sangrienta riza;
porque el oculto cuarto de la dama
puerta fue del asalto y la postiza
escala su balcón, y el mauro fiero
en ella ejecutó el furor primero.

4. Llegó la fama ya verificada
con bastantes indicios al amante,
que de dolor el alma traspasada,
quedó a una muerta estatua semejante;
como el preso sin culpa que, ya dada

en su causa sentencia, ve delante
el verdugo que a darle muerte viene,
cuando por libre en su opinión se tiene.

5. Tal quedó Argildos, que un morisco pudo
de un golpe echarlo desde el muro al suelo,
que ni para la espada ni el escudo
fuerza dejo, ni brío el mortal hielo;
dado de pena en la garganta un nudo,
caído el corazón, y el desconsuelo
mayor que tal desgracia se atribuya,
o a poco amor o a negligencia suya.

6. Quiso darse la muerte con su espada
o dejarse matar de un enemigo,
si no fuera en su honor, o en su pasada
culpa, un breve morir corto castigo;
mas esto y la esperanza amortiguada
aún no muerta del todo, abrió un postigo,
por donde entró una furia de tal modo,
que pensó hundirlo en su venganza todo.

7. Tocaba a recoger el campo moro,
viendo engrosado más que convenía
el asalto que el mozo Cardiloro
sin justa causa comenzado había;
cuando el valiente Argildos el sonoro
rumor de los clarines revolvía
a hacer cruel venganza y escarmiento
de la triste ocasión de su tormento.

8. Y aunque cubierto del nocturno luto
y de tinieblas lóbregas revuelto,
al rayo de su espada el campo bruto
en un confuso infierno quedó vuelto;
cogiendo en negra sangre horrible fruto
del rabioso dolor en que va envuelto,
dando golpes a ciegas, que de día
tendrá bien que contar la pluma mía.

9. En tanto la afligida hermosa dama,
ya persuadida que es su esposo el muerto,
con los perdidos lustres de su fama
en el trazado fin de su concierto;
el pecho ardiendo en amorosa llama
su amor llora perdido y descubierto,
sin sombra ni apariencia de disculpa
que encubrir pueda o disculpar su culpa.

10. Al ciego amparo de un rincón oscuro
de la tienda que fuera cielo claro,
a saber cuya era y cuán seguro
allí tenían sus males el reparo;

con llanto amargo, que un peñasco duro
tierno hiciera en su triste desamparo,
así de sus dos manos hecho un nudo
quejas al cielo da en lenguaje mudo.

11. «¡Oh cielo, que ya tienes el tesoro
cuya memoria un pecho enriquecía,
y a mi en triste ocasión de eterno lloro
para nunca haber fin la pena mía;
si del sol que perdí y perdido adoro
ya en tu horizonte amaneció su día,
y mi alma, que es sin él noche profunda,
jamás espera ver su luz segunda.

12. »¿Por qué en este desván lóbrego y triste,
para solo llorar desgracias hecho,
quedar penando el cuerpo permitiste,
que es sin su vida de ningún provecho?
Las vislumbres del gusto con que diste
más dulce al alma el nudo y más estrecho,
¿Dónde se fueron a volver estrellas,
llevándose mi bien volando en ellas?

13. »¡Ay tierno esposo, nombre regalado,
a quien yo por mi mano di la muerte,
cruel piedad, concierto desdichado,
debajo el dulce fin de complacerte!
¡Inconstante fortuna! ¡Adverso Hado!
¡Menguada hora de infelice fuerte,
que tantos juntos abracé conmigo
para solo quitarme un dulce amigo!

14. »¡Alma dichosa que en amor ardiendo
sobre tu mismo fuego te levantas
y ya campos de gloria van midiendo
de tus pies santos las divinas plantas;
mientras del tercer globo, estás cogiendo,
entre sus rosas y azucenas santas,
los castos pensamientos en que tuve
la fe sembrada que en tu ley mantuve.

15. »Vuelve los ojos; mira el sacrificio
que ahora a tu deidad hacer espero,
que vivir fuera yo de tu servicio,
ni puedo ya, ni aunque pudiese quiero;
el alma en ir tras sí hace su oficio,
y yo el mío en morir, pues por ti muero,
acoge ahora esta piadosa ofrenda
que el dolor sana y el honor remienda.

16. »Y el cielo justo, pues que lo es, ordene
que en honra de un amor y fe tan pura,
lo que apartados al morir nos tiene,

muertos nos junte en una sepultura.»
Dijo, y toda turbada en ver que viene
la infeliz hora de la muerte escura,
resuelta ya en tomarla en cualquier vía
antes que asome con su lumbre el día.

17. Con varias trazas considera el modo
más fácil de matarse y más honesto,
antes que haga por el campo todo
la Fama el primer yerro manifiesto;
al fin, con pecho real y ánimo godo,
entera en su memoria halló puesto
el camino mejor, más breve y llano,
en tomar un veneno de su mano.

18. Acuérdase que en guarda y fiel recato
le dio su anciano padre un pomo de oro
de mortal confección, con que un ingrato
indio, por orden de un esclavo moro;
matarle quiso, y descubierto el trato,
los quemó vivos y el mortal tesoro
ella, por más guardado y más recluso,
entre sus joyas, sin pensar, le puso.

19. Y que en el rico cofre que allí viene
su desgracia le puso o su ventura,
y así vuelta ya alegre en ver que tiene
tan vecina la muerte y tan segura;
ni perpleja, ni en duda se detiene,
tómale y al buscar la cerradura,
halla menos la llave, que al ruido
allá se le olvidó o se le ha perdido.

20. Vuelve cuitada a su primer congoja
y tanto el cofre aquí y allí revuelve,
que el acero, sin ver cómo se afloja,
y abierto, a su primer contento vuelve;
todo quiere que muera o se le antoja,
las joyas saca a tiento y las desvuelve;
hasta que a hallar al fin entre ellas viene
la que la muerte en fiel custodia tiene.

21. Mas como oscuro está, ni acierta a abrirla,
ni su artificio sabe, ni lo entiende,
y así llorando dice: «¡Oh gran mancilla,
que tan cara la muerte se me vende;
que ni buscarla basta, ni seguirla,
de mí se esconde sola, y se defiende,
que es posible que ordene el cielo justo,
que aún no alcance el morir porque es mi gusto!

22. »¡Oh, cómo tiene el corazón humano
vislumbres ciertas de saber divino!

¡Cuántas veces me dijo el miedo en vano
que era lo que intentaba desatino!
¡El huir de mi sin tocarme la mano,
el no hablarme palabra en el camino,
todo era igual congoja y agonía
que a ambos un triste fin nos prometía !»

23. Esto entre sí decía revolviendo
la muerte aquí y allí, cuando en las manos
cierto licor sintió, ¡oh suceso horrendo!
Que, sin mas consultar temores vanos;
cierta ya que el veneno iba saliendo,
llegó la boca y labios soberanos
para beber por ellos lo que cupo
al corazón más fiel que el mundo supo.

24. Y apenas el licor pasó la boca,
cuando quedó la dama sin sentido,
tal que mirarla a lástima provoca
y deja al más cruel enternecido;
o muerta, o si no muerta con tan poca
esperanza de vida, que perdido
ya el sentimiento, en lágrimas cubierta,
desde ese punto le contó por muerta.

25. Ya en esto del color de la azucena,
de aljófar lleno el manto de brocado,
cercada el alba de una luz serena,
de oriente entraba en el balcón dorado;
cuando de sobresaltos y de pena
el noble Argildos vuelve acompañado,
con rostro triste y paso perezoso,
ni vencido, ni alegre victorioso.

26. Como tal vez sobre los bosques de Ida
soberbio toro vuelve a su manada,
sin traer consigo al pasto la querida
novilla que a traición le fue robada;
que el paso lento, la cerviz caída,
la piel en sangre y en sudor bañada,
al cielo a cada paso vuelto brama,
de amor se queja y su becerra llama.

27. Así el valiente godo se retira,
vuelto ya el campo a su primer concierto,
de congojas cercado, ardiendo en ira,
de triste luto el corazón cubierto;
de sombras lleno cuanto en torno mira,
al dolor vivo, a la esperanza muerto,
y a su real tienda llega, cuando el día
a ver lo que el asalto obró salía.

28. Halló a la puerta en hábito de moro

al cautivo Roselio envuelto en llanto,
el paje con quien hizo Cardiloro
el enredo que a todos costó tanto;
miróle Argildos y en la nieve y oro
de su rostro y cabello, cuerpo y manto,
vio al natural a su Florinda bella,
y fue admirado a arrodillarse ante ella.

29. Creyó que, como estaba concertado,
en hábito morisco había salido,
en el de paje el de mujer trocado,
por más ligero y menos conocido:
más cuando de más cerca vio burlado
su antojo, y ser de veras ha entendido
hombre en el habla y diferente el trato
de aquella de quien es vivo retrato.

30. Volvió otra vez a su dolor primero,
aunque con nueva admiración y espanto
en ver aquel gallardo prisionero
que a su Florinda se parezca tanto;
dióle razón del caso un escudero
diciéndole: «Señor, anoche, en tanto
que el asalto duró, el capitán Bueso
trajo una mora, y a este moro preso.

31. »La mora en tristes lágrimas metida,
allá dentro y el moro en este prado,
llorando están la libertad perdida
y la nueva aflicción del triste estado.»
Dijo; y Argildos la alma divertida,
la vista, el sentimiento y el cuidado
en su primer dolor, apenas siente
la breve cuenta de su leal sirviente.

32. Y de congoja y sobresaltos lleno,
ni a esto ni a aquello atiende ni repara,
entrándose en la tienda cuando el freno
del sol asoma con su lumbre clara;
dándole luz bastante el día sereno
para ver la belleza al mundo rara,
que la ventura ya quiere que vea,
sin saber cómo, ni por dónde sea.

33. Como tal vez el labrador cansado
de buscar el novillo que ha perdido,
en quien todo el caudal tiene empleado
de las pobres cosechas de su ejido;
entra bajando el monte descuidado,
a una cueva sin luz y allí escondido
acaso le halla entre las ollas de oro
de un antiguo y riquísimo tesoro.

34. Así el tierno amador con los temores
que su imaginación triste le ofrece,
sin pensar encontró los resplandores
del tesoro mayor que le enriquece;
de su bella Florinda vio las flores
con que de nuevo ya su amor florece,
a un rincón de la tienda desmayada,
toda de joyas y beldad cercada.

35. Dánae quizá, cuando entre lluvias de oro
bajó a su lecho celestial riqueza,
tuvo en sus faldas otro igual tesoro,
mas en su rostro no otra igual belleza.
«¡Oh soberano cielo, en quien adoro!
-dijo el godo aun no libre de tristeza-
¿Anda fortuna haciendo devaneos
entre su ciego antojo y mis deseos?

36. »¿No es ese el bello sol que mi alma alumbra?
¿Este no es su retrato verdadero?
¿Es sueño, o sombra o luz que me deslumbra,
o la fingida imagen por quién muero?
¿O es la imaginación con que acostumbra
pintar la gloria Amor que sigo y quiero
para volverme, con deseos loco
del mismo gusto y bien que veo y toco?

37. »¿Háse quebrado en dos el limpio espejo
en que solía mirarse la hermosura,
que tan por un nivel tan por parejo
se muestra en dos mitades su figura?»
Así dijo; y con ánimo perplejo
en el secreto de la enigma escura
llegó a la bella dama, y a un pequeño
moverla le rompió el sabroso sueño.

38. Despertó sin sentido alborotada,
de sudor y de lágrimas cubierta,
y en ver su tierno amante más turbada,
sospecha todavía que está muerta;
hasta que vuelta en sí y desengañada,
no que en vana fantasma y sombra incierta
su esposo está más en alegre vida,
en nueva admiración quedó metida.

39. Así en la escena trágica aparece,
al desatarse el nudo y la maraña
en que su alegre o su triste acción fenece,
la antes oculta novedad extraña;
con que la pena o la alegría crece,
que las pasiones mueve y las engaña,
poniendo los sucesos diferentes
admiración y espanto en los presentes.

40. Ya tuvo sabios la opinión humana,
que por ver los dislates de la vida,
los ciegos desvaríos y la vana
locura en sus propósitos metida;
creyeron que esta fábrica mundana
del santo cielo estaba desasida,
sin ley ni dependencia, en su gobierno,
del libre brazo ni saber eterno.

41. Mas que el divino artífice, que solo
el globo hizo y máquina presente
la Luna variable, fijo el polo,
a Bootes frío y al León caliente;
como el día le dio a la luz de Apolo,
y la noche al reposo de la gente,
así también sin diferencia alguna,
los hombres a las vueltas de Fortuna.

42. De aquí daban nacidos los errores,
la variedad de vidas y de muertes,
la mudanza de estados y favores,
las infelices y felices suertes;
ser reyes unos, otros labradores,
en pobres chozas o en castillos fuertes;
y aquel andar a tiento los mortales,
en medio de los bienes y los males.

43. Todo esto hacían alhajas de Fortuna,
que es del reloj divino orden entera,
sin quien no mueve el mar ola ninguna,
ni una arena hay de más en su ribera;
esta el cielo y la tierra tiene en una
lazada y dependencia verdadera,
ordenando las cosas de tal modo,
que cada cual sea parte de este todo.

44. Mas hay en esto modos naturales
con que sus cursos corren nuestras vidas;
que ni es todo milagros celestiales,
ni todo caso y suertes no entendidas;
que muchos de los bienes y los males
nacen de cosas bien o mal regidas,
y el albedrío hizo de su mano
piadoso a César, y a Nerón tirano.

45. Bien que hay casos también donde no puede
la prudencia estorbarlos ni el aviso;
que el mundo hace que su vuelta ruede
donde él quiere y no el prudente quiso;
y Ulises por más curso que le quede
de experiencia y saber, no hará el preciso
golpe vano, que el Hado le predijo;

que al fin morirá a manos de su hijo.

46. Aquí entra ya la buena o mala suerte,
donde no alcanza el albedrío humano,
que al uno hace errar y a otro que acierte
por donde no pensó ni fue en su mano;
esta dio a Cardiloro ayer la muerte,
huyendo de ella por camino llano,
y la vida guardó a Florinda bella,
cuando ella más trataba de perdella.

47. ¡Extraño caso! En la bujeta de oro
que el veneno mortífero traía,
la contrayerba del mortal tesoro
por sí en licor suavísimo tenía;
que tal fue siempre en esto el uso moro,
dar el remedio donde el mal venía,
y a la dama también su buena suerte
hallar la vida por buscar la muerte.

48. De un frío áspid de Libia soñoliento
la mortal confección era amasada,
y el mitridato por el mismo intento
durmiendo la dejaba reparada;
trocó a las cosas la ventura el viento,
y la afligida dama alborotada
bebió por beber muerte en la bebida,
un dulce sueño que le dio la vida.

49. Estando en esto todos divertidos,
Roselio abrió la puerta al desengaño,
y de los desconciertos referidos
el discurso contó y suceso extraño;
los dos tiernos amantes advertidos
del bien presente y del pasado engaño,
al cielo alaban, que por tales pasos
piadoso rige los humanos casos.

50. Publicose la nueva venturosa,
y el amante sagaz viendo trocada
en ocasión honesta la amorosa
que antes viniera a ser grave y pesada;
al triste alcaide, padre de tu diosa,
que por muerta la tiene o por robada,
aviso envía y da nueva cumplida
ya de su libertad y de su vida.

51. Vino el anciano capitán gozoso
al real en grave pompa y aparato,
resuelto de no ser al valeroso
godo a tan nuevo beneficio ingrato;
si él gana hija, que ella gane esposo,
y el premio todos de un honroso trato,

trocándose por casos semejantes
en paz la guerra de los dos amantes.

52. Estos milagros hace la ventura
cuando se muestra un poco aficionada:
yerros dora, descuidos asegura,
la muerte en dulce sueño da trocada;
el cautiverio en libertad segura,
la guerra y pena en gloria y paz sagrada,
y así a las cosas trueca el sobrescrito,
que a veces saca premios del delito.

53. Fue el valeroso alcaide recibido
en real aplauso y majestad decente
de la gallarda dama y su querido
amante, y la demás guerrera gente;
donde, luego que vio al recién venido
preso en nada a Florinda diferente,
«¡Santo Dios! -dijo- ¿qué ventura es esta
en tan notable maravilla puesta?

54. »¿Quién trajo aquí esta nueva hermosura
en joven tan gallardo y tan apuesto?
¿Es de claro linaje o sangre escura?
¿Quién me sabrá decir lo que hay en esto?
¿O es el que yo perdí en una espesura,
cuando en amargo llanto y luto puesto,
la traición me dejó de un moro ingrato,
robándome este rostro o su retrato?

55. »Decídnos, bello moro o fiel cristiano,
vuestra tierra, nación, ley y nobleza,
a quien el alto cielo dio la mano,
tan abundante en gracia y gentileza.»
Así el alcaide dijo; y el lozano
doncel con nuevas prendas de belleza,
de empacho y sobresalto de quién era,
turbado respondió de esta manera:

56. »Señor, de mis parientes y linaje
más noticia no tengo ni experiencia,
que haberme desde niño visto paje
de Abdalla, rey tirano de Valencia;
de adonde hasta aquí hice un viaje
por un rodeo lleno de violencia,
que así, señor, pasó…» Y así quería
decir lo poco que de sí sabía.

57. Cuando en confusa trápala y ruido
por la real tienda entraba moro bravo,
de un vulgo y furia popular asido,
y un valiente caudillo de otro cabo;
hanle entre los cautivos conocido

por el rojo Alfaquiz, antiguo esclavo
del alcaide y de aquel que ahora dijo
que en una caza le robó a su hijo.

58. Fue de la arma pasada el desconcierto
de tanto riesgo en el real pagano,
que hallando lo mejor del campo muerto,
el viejo Zumail, moro liviano;
desesperado huyó, huyó encubierto,
y el resto se dejó al furor cristiano,
entre cuyos despojos y tesoro
Raulín prendió al antiguo esclavo moro.

59. Prendióle, y todo lleno de cuidado
a que del tierno padre en la presencia
el rico hurto descubra, aprisionado
le trajo en tanta guarda y diligencia;
quedó de nuevo el campo alborotado
mas mientras se sosiega y dan audiencia
al nuevo preso, de Bernardo quiero
la luz seguir de su invencible acero.

60. Ya después que con trágico lamento
fin dio a su historia el español gallardo,
y deslumbrado en su beldad atiento
se entró tras una corza el gran Bernardo;
por la incógnita selva, en el aliento
y ligereza que un dispuesto pardo
cuando en la Libia el hambre le persigue,
y un lobo por las breñas de Atlas sigue.

61. De las ásperas quiebras de la sierra
corrido un no pequeño trecho había,
cuando abrirse de lejos vio la tierra
que en tumbo hinchado sobre el mar caía;
y al negro abismo que su vientre encierra
arrojarse la luz tras quien venía:
admirole el suceso y fue con nueva
curiosidad a entrarse por la cueva.

62. Cuando en el verde suelo vio caída
la hermosura de Angélica, y sobre ella
una enroscada sierpe que atrevida
en sus artejos quiere deshacella;
aquella beldad misma que su vida
en aire oscuro vio cual clara estrella,
la noche que a Orimandro en su presencia
su luz arrebató maga violencia.

63. Admiróse el mancebo y condolido
de la ingrata belleza, aquella espada
que ella por más favor le había ceñido,
a volver por sus causas obligada;

bravo sacó y con ánimo atrevido
corre a librar la dama desmayada,
que el dragón en la boca se la lleva
por las entrañas de la escura cueva.

64. Entró tras él el animoso infante
al sordo estruendo de la sierpe horrible,
sintiendo detenerse por delante
de un fuerte y singular brazo invencible;
hasta que en fuerza y ánimo constante
vencido de la máquina terrible,
el importuno estorbo en son horrendo
fue por el negro sótano cayendo.

65. Piensa que haya bajado hasta el profundo.
Siguen las vueltas y traspiés que ha dado,
cuando de nuevo se halló en el mundo
con dos gigantes sobre un fresco prado;
que el uno ha muerto el animal inmundo,
y el otro, por el oro ensortijado
del hermoso cabello a toda prisa
la angélica beldad se lleva presa.

66. «Detén, negra fantasma» -el joven grita-
y tras él sale a remediar el caso,
cuando el otro jayán le ataja y quita
con firme maza el importante paso;
tal que si el primer golpe no le evita
un salto atrás en aquel campo raso,
contra el valor de los eternos astros,
de su muerte quedarán tristes rastros.

67. Iba sin más defensa el caballero
que de su limpia espada la destreza,
con que el jayán de corpulento acero
sus golpes perder hizo y su braveza;
acertándole algunos el guerrero,
a pesar de su altura en la cabeza,
por donde en vez de sangre salen toscas
bandas de avispas y de negras moscas.

68. ¡Horrible caso! Por el negro viento
el importuno y malnacido enjambre
sobre el bravo español vuela sin tiento,
a hartar en él las rabias de su hambre;
siéndole su inquietud mayor tormento
que el encantado bulto y de tez de alambre
que la cruel maza encima de él revuelve
y en alados gusanos se resuelve.

69. Como entre los tomillos y el romero
del fértil monte Hibla causa pena
el belicoso enjambre al oso fiero

que sin tiempo desfonda la colmena;
dando el liviano corcho el golpe entero
de dulce ambrosía de enemigos llena,
y haciendo la defensa de su vida
sabrosa la victoria y desabrida.

70. Así el menudo ejército que vuela
sobre el rostro y los ojos de Bernardo,
le inquieta, le congoja y le desvela,
sin valerle la defensa ni resguardo;
ni le aprovecha maña ni cautela,
ni importa ser ligero ni ser tardo,
que lo ha con enemigos inconstantes,
que se atreven a reyes y gigantes.

71. Más de nuevo le asombra un nuevo caso
en esta extraña y desigual conquista,
que en picando la avispa el bulto escaso
volvía en rojo rubí o blanca amatista;
y donde quiera que fijara el paso
rastro quedaba en relumbrante lista
de las preciosas piedras, que ya en vuelo
moscas vinieron hechas por el cielo.

72. Así en su trono real Midas sentado,
y convirtiendo cuanto toca en oro,
si acaso vino un escuadrón al lado,
que en torno vuela con parlar sonoro;
lo que le llega en oro cae mudado,
con que el espanto crece y el tesoro,
y si la tierra pisa, deja en ella
resplandecientes rastros de su huella.

73. De pedrería cubierto el valle ameno
ya la braveza del leonés tenía,
y el fingido jayán de avispas lleno
con solos ademanes combatía;
cuando, quitando el sufrimiento el freno,
a pesar de la maza que esgrimía,
un golpe le acertó por la cintura,
que cortó en dos la bárbara figura.

74. La mitad se quedó en el verde prado,
de bronce hecha imagen verdadera
del invicto español, que retratado
en ella goza su hermosura entera;
la otra mitad en vuelo levantado
subir se vio por la estrellada esfera,
de lengua llena y de dorada llama,
con la trompa y las alas de la Fama.

75. Cobró el invicto montañés sosiego,
vencido aquel fantástico enemigo,

y a dar alcance y guerra corre luego
al que se lleva a Angélica consigo;
viola entrar por la llama de un gran fuego,
y sin buscar más puerta ni postigo,
tras él se entró, que a quien honor pretende,
ni el fuego espanta, ni el temor le ofende.

76. Así el fuego se cuenta que en su esfera
es con su tibia luz tan perezoso,
que aún no llega a despojar la blanda cera,
ni a ser más que un vapor claro y lustroso;
pasó libre la luz que reverbera,
y hallose en un sepulcro tenebroso,
que en una escura tumba parecía
al débil rayo de un farol que ardía.

77. Rondaba en torno de él un cuerpo muerto,
negra fantasma o sombra descarnada.
Quedó pasmado y el cabello yerto,
suspenso el paso y la color mudada;
hasta que reportado: «¡Oh tú, encubierto
cadáver! -dijo- Dime en voz prestada,
sino la tienes propia, por cuál cueva
un jayán bruto, preso un ángel lleva.»

78. Juzgó que en las honrosas pretensiones
del ir tras la virtud, es caso indino
pensar que aún a los muertos las razones
falten para mostrar senda y camino;
ni que puedan fingidas ilusiones
torcer el curso del saber divino,
que a cada vida tiene y cada Hado,
el punto fijo y centro señalado.

79. Esto a pedir con libertad le obliga
el carcomido bulto luz bastante
del huido jayán, y él con amiga
caricia le adestró con ir delante;
pidiéndole por señas que le siga
por un hundido sótano distante,
que secas las arterias y pulmones,
aire le falta en que formar razones.

80. Fueron bajando un caracol difuso,
al rayo de la lámpara de fuera,
que en aire negro y cóncavo confuso
con luz dudosa y tibia reverbera;
hasta que de los pies las plantas puso
de un negro río profundo en la ribera,
que con ronco furor, de peña en peña
por sus hondas cavernas se despeña.

81. Un pequeño batel puesto a la orilla

está entre cañas y ovas zabordando,
donde aquella mortal sombra amarilla
se entró, al ilustre joven convidando;
notable y nunca oída maravilla,
que, obedeciéndole él y ella bogando
por los despeñaderos de aquel río,
más recio va que el agua a su navío.

82. Cercado de figuras temerosas
que a la luz se descubren, que levanta
el oro de las sierpes escamosas,
que con su horrible centellear espanta;
y sobre negras ondas espumosas
el frágil leño al centro se adelanta,
donde la luna sus mudanzas mide,
la noche reina, y el horror preside.

83. Así en el requemado Flegetonte
la barca de la muerte y su barquero
temple a las almas muda y horizonte
de un claro mundo, a un espantoso y fiero;
y Alcides cuando entró por Aqueronte
a enlazar las gargantas del Cerbero,
así en el débil leño a todo vuelo,
los límites feroz pasó del suelo.

84. Sintió en el sosegado movimiento
del temeroso viento denegrido,
haber ya hecho la barquilla asiento
o en agua mansa o puerto conocido;
buscó el piloto por el barco a tiento,
y viendo que se le desvanecido,
causóle horror; que en golfo tan esquivo
aún hace un muerto compañía de vivo.

85. Hiere a una parte y otra con la espada,
y en el fondo del agua con los remos,
y ni halla de aquí ni de allí nada,
ni al río corriente ni al remanso extremos;
solo de horribles sierpes ve en cuajada
la negra espuma, como ver solemos
con el presto relámpago que embiste
los pardos bultos de la noche triste.

86. Así el menudo centellar que sale
de las sierpes al agua y los dragones,
solo con sus vislumbres tristes vale
para aumentar del miedo las pasiones;
haciendo que un temor a otro se iguale,
las negras sombras y húmedas visiones,
con el espanto del lugar horrible,
bastante prueba a un ánimo invencible.

87. El valeroso joven que se halla
ni bien en este ni en el otro mundo,
sin guía, senda, ni luz, ni en qué buscalla
en el hirviente lago y golfo inmundo;
que ni su barca sabe gobernarla,
ni cómo vadear el río profundo,
de un bordo en otro en vano se fatiga
buscando el puerto o la ribera amiga.

88. «Sin duda -dice- el cielo me ha traído,
por alguna soberbia culpa mía,
donde en eterna noche confundido
con el miedo ande siempre en compañía;
mas si en esta caverna y lago hundido
ni nombre ha de quedar y aquí me guía
el mal dispuesto influjo de mi estrella,
a morir sin por qué tan mozo en ella.

89. »Deme un famoso brazo con quien pueda
quedar como quién soy, de un golpe honrado;
que no es gran cosa hacer la fatal rueda
que un hombre si es mortal muera ahogado;
y si algún tiempo por vivir me queda,
tampoco es bien pasarlo aquí encerrado,
de cualquier suerte, quiero ver si puedo
de estas cuevas romper el ciego enredo.»

90. Dijo; y con ambos remos presuroso
boga a buscar el fin de la laguna;
y sin tomar aliento ni reposo,
se cansa en vano sin mudanza alguna;
parécele que vuela más furioso
su barco que la esfera de la Luna,
y no le mueve más ni da más paso
que en Tesalia las cumbres del Parnaso.

91. Veinte millas hubiera navegado
con el recio bogar si se moviera,
cuando el remo arrojó desalentado,
sin esperanza ya de hallar ribera;
volviendo al cielo todo su cuidado,
y pidiendo, si es fuerza que allí muera,
no hereden cuerpo y alma unas serpientes,
pues nacieron de padres diferentes.

92. Pide también en su secreto pecho
favor a la purísima María,
y a su santo custodio, que el estrecho
camino le abra y vuelva a ser su guía;
y viendo que es cansarse sin provecho
gastar las fuerzas más en tal porfía,
se está quedo esperando a ver la suerte
que el tiempo echa en su vida o en su muerte.

93. Y mientras sepultado en el profundo
entre horribles figuras se lamenta,
también la superior parte del mundo
al cielo oscuro sus estrellas cuenta;
cubierto el primer suelo y el segundo
del negro manto que el temor aumenta,
guardando las tinieblas sin figura
sus privilegios a la noche escura.

94. Y así en silencio y suspensión callada
todo permaneció hasta el nuevo día,
que un rayo entró de luz amortiguada,
por donde un muro sin pensar se abría;
y en una hermosa sala matizada
de oro precioso y varia pedrería,
sobre una rica cama del brocado
con sus congojas se halló embarcado.

95. Vio que eran los dragones y serpientes
que antes le perturbaban con vislumbres
de oro y preciosas piedras transparentes,
que a la cuadra enlazaban las techumbres;
las espumas aljófares pendientes
de un rico pabellón alegres lumbres,
y la barquilla en que iba tan estrecho,
la blanda pluma de un dorado lecho.

96. Tuvo por sueño todo lo pasado,
sus temores riendo y su recelo,
y saltando del lecho apresurado,
corrió alegre a gozar del claro cielo;
abrió una puerta de marfil grabado,
por donde entró la luz, y halló que el suelo
era todo de un vidrio transparente,
como el cerúleo mar resplandeciente.

97. En que de los tesoros de la sala
caían unos vivísimos reflejos,
que en vista y proporción no les iguala
la industria de los cóncavos espejos;
siendo serpientes de oro hechas por gala,
los que dragones parecían de lejos,
fingiendo las vislumbres de un topacio
el contrahecho asombro en el palacio.

98. Mas ya saliendo por la ebúrnea puerta
tras el sabroso fin del dulce engaño,
un nuevo mundo vio a quien da cubierta
un cielo de agua sin lesión ni daño;
admirose de ver que al aire abierta,
el ancho mar por artificio extraño
una bellísima bóveda levante,
a la de un claro cielo semejante.

99. Y que los rayos del dorado Febo,
que por las cumbres vuelan celestiales,
con nuevo día en aquel mundo nuevo
luz a su nácar den y a sus corales;
y en claros visos con sutil relieve
del mundo así relumbran los cristales,
que con vislumbres de oro y resplandores
iris hagan bullir de mil colores.

100. Entre las aguas los ligeros peces,
con sesgo movimiento y curso blando,
por varias partes y en diversas veces,
las crespas ondas ir se ven cortando;
y al rubio Sol sus escamadas teces,
como cuerpos opacos relumbrando,
su luz en globos lúcidos se cuaja,
y en contrarios aspectos se baraja.

101. Así el vulgo sospecha que en el cielo
el Sol camina y vuelan las estrellas,
no asidas, mas cada una en suelto vuelo,
o más bellas en luz o menos bellas;
dando en confuso y suelto enjambre al suelo,
del oro de su lustre las centellas,
con un eterno curso sin trabajo;
cual es de un grave cuerpo el irse abajo.

102. Admirose de ver la hermosura
que en claros y argentados arreboles
por el agua entremete la luz pura,
tejiendo en ella varios tornasoles;
y del lustroso nácar la blancura
que en conchas y revueltos caracoles
las aguas crían, y con tez de plata
sus suelos cubren de beldad barata.

103. Dase en aquellos campos espaciosos
el rocío en aljófares cuajado,
de balajes, jacintos y lustrosos,
carbuncos y amatistas retocado;
del espejado cristal riscos lustrosos,
árboles rojos de coral preciado,
de zafiros, crisólitos, topacios
los montes llenos, muros y palacios.

104. Ricas florestas, huertos y jardines,
con parras de oro y pámpanos de plata,
rubíes por uvas, perlas por jazmines,
del aljófar argentada cada mata;
dorados pavos, bellos francolines
de azules plumas, nieve y escarlata,
que por las esmeraldas y cristales
vuelan y dan vislumbres celestiales.

105. Así en triángulos da el cristal cuajado,
al encrespar los aires con plumajes,
de oro, nácar, azul, verde y morado,
pomposas sombras, lúcidos follajes;
de que el bravo español más admirado
que de los antes lóbregos visajes
del contrahecho barco y de su dueño,
piensa que es todo engaño o todo sueño.

106. Y entrando por los campos, no distante
de la ancha puerta, un prado deleitoso
de tiernas flores lleno, el radiante
asiento muestra de un castillo hermoso;
de arquitectura y fábrica elegante,
aunque de vidrio frágil y lustroso,
cuyas resplandecientes torres bellas
con sus follajes tocan las estrellas.

107. Las ricas galerías y ventanas,
antepechos y lúcidos balcones,
de hermosas ninfas con libreas galanas
dan a la vista raras perfecciones;
de lirios, alhelís, rosas tempranas,
triunfales arcos, frisos y festones,
y en las ricas cabezas de oro llenas,
coronas de claveles y azucenas.

108. Es de la juventud y la hermosura
tierno albergue el alcázar delicado,
donde la alma, salud y su frescura,
la alegre sangre y el vivir templado;
vida, a su parecer, gozan segura,
si bien de frágil vidrio el real tejado,
y por vecina una importuna vieja,
que hora de gusto el suyo no les deja.

109. Puesto en frontera de este gran palacio,
sobre una parda carcomida roca,
otro distante de él no largo espacio,
las nubes con sus rotas cimbrias toca;
en campo estéril, agostado y lacio,
de oscuros senos y de vista poca,
lumbreras cortas, patios mal seguros,
antiguas torres y arruinados muros.

110. Habitan dentro horribles sabandijas
necias mujeres, de ánimas voltarias,
flacas, feas, fantásticas, prolijas,
frías, falsas, caducas, herbolarias;
de arrugas llenas, callos y de rijas,
enfermedades y apostemas varias,
por caudillo una vieja así enfadada,
que a nadie placer da ni gusto en nada.

111. Toda menor que de la mano al codo,
de enfermedades y de horror cubierta,
corto el cano cabello, el cuerpo todo
de flacos pliegues lleno y color muerta;
de raíces hecha, y hecha de tal modo,
que corza no hay tan viva ni despierta,
águila real, neblí que se abalance,
a quien no de su ligereza alcance.

112. Es la triste vejez de edad cansada
ligera posta en alcanzar mortales,
y las brujas de que anda acompañada,
ciega baraja y confusión de males;
melancolía, flaqueza y la pesada
enfermedad de puntos desiguales,
tejiendo a vueltas de ellas mil engaños
las edades ladronas de los años.

113. Todo este infausto campo de enemigos,
sin dormir noche ni excusarse día,
por las ventanas da y por los postigos
al vidrioso alcázar batería;
dejando a sus victorias por testigos
la mustia tez y muerta gallardía
que a cada hora lastiman y con vanos
escudos se defienden de sus manos.

114. Dejó admirado al español caudillo
la nueva guerra y desigual batalla,
viendo pelear con flores del castillo,
y hacer de ellas defensas y muralla;
y el contrario escuadrón, que a resistirlo
peto no basta, ni acerada malla,
en diestros tiros y con maña astuta,
irreparables golpes le ejecuta.

115. Vio a Angélica la bella a una ventana,
por quien tan largo afán tomado había,
y que una hada envejecida y cana
ya por cogerla a su balcón subía;
no aguardó mal, salió en alma lozana
a defender la que a librar venía,
cuando en ciego tropel y alto alarido,
del sin ley escuadrón fue acometido.

116. Rodeado de fantásticas quimeras,
horribles gestos, lóbregos visajes,
de aquí y de allí le dan de mil maneras
pesados golpes, bárbaros ultrajes;
no los negros moscones, ni las fieras
llamas, ni los nocturnos personajes
por donde allí llegó, ni todo junto
en tal riesgo le puso, ni en tal punto.

117. Ni fue con mayor ímpetu asaltado,
en venganza del muerto Polidoro,
de Hécuba y sus mujeres el malvado
y fiero rey de Tracia, hambriento de oro;
ni Orfeo al pie del Ródope sentado,
selvas plantando su cantar sonoro,
herido en más confuso desatino
de la bacanal turba hirviendo en vino.

118. **Q**ue el tierno joven, del enjambre esquivo
que al frágil vidrio con furor contrasta,
y las bellezas de su muro altivo
con sordas invisibles limas gasta;
mas porque herir su pecho fugitivo
indigna hazaña sale a su real casta,
y es bajeza manchar en tal vil gente
el limpio acero de su espada ardiente.

119. Con el tronco de un remo carcomido,
que en el húmedo suelo se halló a mano,
tras el escuadrón dio descomedido,
haciéndole la fuerza ser villano;
y aquí un monstruo espantado, otro herido,
todos medrosos huyen por el llano:
sola la vieja que al balcón subía,
en alcanzar a Angélica porfía.

120. Cual pardo hurón o astuta comadreja,
a cazar sube un pájaro en su nido,
que al hueco abrigo de una corva teja
seguro se juzgaba y escondido;
tal la arrugada y carcomida vieja,
pegada al muro sin hacer ruido,
poco a poco se acerca a la hermosura,
contra quien no hubo libertad segura.

121. Cuando el gallardo joven, que volvía
de los vencidos monstruos victorioso,
el bulto asió de la mordaz harpía
que trepando iba el muro peligroso;
y arrojándolo al suelo, ya quería
ponerle el pie como a ratón medroso,
cuando ella humilde, a su furor rendida,
así merced le pide de la vida:

122. «¡Oh invicta gloria del valor de España
no ofendas las grandezas de tu mano
mostrando ahora sin razón tu saña
en dar injusta muerte a un vil gusano!
Sabe que no saldrás de esta montaña
si yo el camino no te diere llano,
oye que no hay tan mustio y seco heno,
que para algún efecto no sea bueno.

123. »Proteo es cierto espíritu marino
que las llaves del mar inmenso tiene,
el que abre y cierra el paso y da camino
a cuanto de sus aguas se mantiene;
alcaide de este alcázar cristalino,
y el que atalaya cuanto al mundo viene,
y en él alcanza a ver lo que desea,
antes que salga a luz y antes que sea.

124. »Este en lo hondo de una gruta escura
que el ciego seno ocupa de esta cueva,
luz si lo vences te dará segura,
y de cuanto deseas saber nueva;
mas es de tal ingenio y tal hechura,
y tal rodeo en sus discursos lleva,
que si ya no es venciéndole primero,
de él no sabrás suceso verdadero.

125. »Con cadenas de perlas has de atalle;
que será lo demás cansarte en vano.»
Dijo, y cuando más puesto en escuchalle
sin sospechas estaba el asturiano;
de entre los pies salió cruzando el valle
cual nocturno murciélago, el enano
bulto de la encubierta hechicera,
o sea Alcina o la Vejez parlera.

126. Sospechas hay que fue la misma hada
la que en su natural figura quiso,
sin fiarla de otros medios recatada,
al doncel dar de España el nuevo aviso;
otros que la Vejez torpe y cansada,
que es de suyo habladora de improviso,
con el vano temor se fue de boca,
y por pies luego a su arruinada roca.

127. El joven, que al principio no hizo caso
del sabio aviso de la astuta vieja,
viendo cerrado del castillo el paso,
las puertas o con llaves o con reja;
y junto al muro, en medio el campo raso,
de una cueva la boca mal pareja,
y en su padrón sobre ella, por trofeo,
«Morada del mudable dios Proteo.»

128. Habiendo leído en el romano Homero
la historia de este monstruo variable,
bien que la tuvo por ficción primero,
ahora le pareció cosa probable;
y entrando sin más láminas de acero
que de su espada el brío irreparable,
un jayán viejo vio en un risco echado,
de larga barba y rostro descarnado.

129. Y de aljófar menudo una cadena
caída ante sus pies, quizás sería
con la que el brazo de Aristeo se suena
que apretado le tuvo y preso un día;
o con la que él se deja atar sin pena,
cuando alguno le vence su porfía,
al fin él por las señas y el trofeo
del jayán, conoció que era Proteo.

130. Y deseando saber de su camino,
de su patria y linaje lo más cierto,
de quien su ayo por modo peregrino,
en sombras siempre le habló encubierto;
sobre él ligero entró, y el adivino,
que vio violado su sagrado puerto
de humanas plantas, arrogante y fiero,
asombrar quiso al español guerrero.

131. Y en un pardo dragón haciendo roscas,
y echando por la boca y ojos fuego,
se fue mudando entre las peñas toscas
que antes servían de cama a su sosiego;
mas el valor que a las horribles moscas
volvió en preciosas joyas, cerró luego
con el marino monstruo nigromante
con nuevas fuerzas y ánimo bastante.

132. Y por las alas, cresta y las escamas
le anuda y ciñe los fornidos brazos,
sin temor de los filos y las llamas
con que asombros le finge y embarazos;
cuando crecer de un árbol vio las ramas
por entre sus fortísimos abrazos,
y las escamas de oro vio en figura
de un grueso tronco y su corteza dura.

133. Sonriose el mancebo valeroso,
«Y ahora más firme -dijo- estás conmigo»
cuando en horrible fuego sonoroso
a arderse comenzó el vano quejido;
quiso ya allí soltarlo receloso
de quemarse abrazado a su enemigo,
y reportole ver que es llama santa,
que solo con fingir quemar espanta.

134. El humo es quien le ciega y da congoja,
por ser la gruta lóbrega y pequeña,
hasta que vuelto en aire se le antoja
que está abrazado al gajo de una peña;
y que entre el fuego de la llama roja
humo se volvió el árbol con su leña,
y el sabio se le ha ido de la mano
quedándose él a un risco asido en vano.

135. Queriale ya dejar desconfiado
de sujetar un trasgo tan mudable,
cuando en lo alto de un risco vio asomado
su calvo rostro y barba venerable;
a solo Atlante he visto así pintado,
hecho de un monte el cuerpo inexpugnable,
al tiempo que de peñas y maleza
lo amasaba la górgona cabeza.

136. Bernardo se admiró y con la cadena
que al pie de aquel peñasco halló asida,
probó en torno a ceñirle y de agua llena
en río quedó la peña convertida;
anegarle pensó y salir de pena
el mago con la súbita avenida,
mas el firme español ni abrió los brazos,
ni le aflojó los cristalinos lazos.

137. Es gran Proteo el tiempo en sus mudanzas.
¿A quién no se le trueca entre las manos?
A unos se huye, a otros da esperanzas,
y a todos reglas y consejos sanos;
oráculo y reloj de adivinanzas,
teatro universal de los humanos,
presa del sabio, pérdida del necio,
y del mundo la joya de más precio.

138. Ya en dragón vuelto muerde de su cola,
ya en su fuego consume las edades,
ya con sus avenidas de ola en ola
piedra toque se vuelve de verdades;
ya tizna con su humo, ya arrebola
con nuevo rosicler nuevas beldades,
y al fin en tantas cosas se convierte,
que es bien, que es mal, que es fin, que es vida y muerte.

139. Todo lo vence y muda, y si algo puede
al natural vencer de tu inconstancia,
fijar su rueda, o que por más que ruede,
no le lleve a vida su importancia;
es no perder ninguno, con que excede
el sabio al que vestido de ignorancia,
con cualquiera ocasión y miedos vanos
se le desliza y huye de las manos.

140. Mas al que en no dejarlo, persevera,
altísimos secretos le descubre,
y de la edad pasada y venidera
cuanto el olvido y su silencio encubre;
y en triunfo ilustre y honra verdadera
su fama de inmortales lauros cubre,
como sabio español constante avino
con el mudable espíritu marino.

141. Quedó en tan obstinada fortaleza
apurado el tesón de su porfía,
que vuelto a su primer naturaleza,
de bascas reventaba y de agonía;
cuando lleno el semblante de fiereza,
hecho del siglo por venir espía,
«¿Qué buscas -dijo- oh invicta fortaleza,
en la sorda quietud de esta aspereza?

142. «Ocho siglos ha ya, que condenado
a perpetuo silencio me ha tenido
en esta horrible gruta el hijo amado
de Dios, que vio Belén recién nacido.
¿Quién de nuevo perturba mi cuidado?
¿Quién a tan bajos mundos te ha traído?
¿Qué pretendes, qué buscas, qué me pides
con tan estrechas e importunas lides?»

143. «¡Bien sabes tú -le respondió Bernardo-
oh, autor de las edades, rico archivo
del mundo y sus historias, el gallardo
deseo que me trajo a verte vivo!
Lo que sabes de mí, lo que al resguardo
de mi viaje importa y al motivo
que vencerte me hizo, aquesto quiero
de ti en lenguaje y cuento verdadero.»

144. Dijo, y el sabio desabrido viejo,
de un divino furor arrebatado,
con turbado capote y sobrecejo,
torciendo el cuerpo al uno y otro lado;
en ronco son y aliento mal parejo,
el duro pecho abrió al rigor del Hado,
y con rabiosa basca y desatino
dio así a las cosas por venir, camino.

145. «Quebrante el cielo, oh España, tu grandeza,
a quien el mundo todo veo rendido,
y a mí contra mi orgullo y fortaleza,
a las presentes ansias compelido;
y tú, imagen mortal de su braveza,
cuyo brazo a este punto me ha traído,
no esperes ver de mí, sino es forzado,
bien ni favor que te prometa el Hado.

146. »Sobrino eres del rey que ahora gobierna
el reino de León y el asturiano,
el mismo que libraste tú en Miduerna
de la alevosa espada de un tirano;
hijo de hermana suya y por paterna
línea de un sucesor de Vimarano,
conde en Saldaña, y porque tú naciste
puesto en dura prisión y cárcel triste.

147. »Tu ilustre madre en religión sagrada
el rigor tiene de tu casto tío,
de que te dará cuenta más fundada
un noble preso al desbravar de un río;
librarle has de la muerte y con doblada
razón harás por ambos desafío,
más no esperes en tiempos ni ocasiones
tus tristes padres libres de prisiones.

148. »Bien podrá el cielo darte con exceso
triunfos contra el francés y el pueblo moro,
y al tuyo su valor vencido y preso
en Duero, Benavente, Orbejo y Toro;
y que en Orcejo rindas a don Bueso,
y todo un infiel campo en Valdemoro,
y hagas otros lances semejantes
en moros, paladines y gigantes.

149. »Y que tan noble sangre con fecundo
curso y ricos favores de tu estrella,
gobierne a España y lo mejor del mundo,
naciendo reyes y monarcas de ella;
que seas en tus impresas sin segundo,
amor de una honestísima doncella,
y sucedan de ti por más extremos,
mil príncipes a Castro, Sarria, y Lemos.

150. »Y que el difunto bulto que encontraste
el sepulcro guardando de su cueva,
en ricas armas tu persona engaste,
de tu invicto valor bastante prueba;
que del frágil alcázar que libraste
de la vil gente que tras sí lo lleva,
los presos saques victorioso y grave,
y yo te dé para ello puerta y llave.

151. »Que en el furor de Francia, quien ya viene
de León a usurpar el reino y tierra,
el cielo trace y tu ventura ordene
por tuyo solo el triunfo de la guerra;
que tu invencible espada y brazo llene
de franca sangre la gascona sierra,
y que, de las demás que dé esta gloria,
tu fama trace una inmortal historia.

152. »Todo ese colmo junto podrá el cielo
darte como lo tiene decretado
y hacerte mientras vivas en el suelo,
invencible, querido y respetado;
mas no hará por no trocarle el vuelo
al gran decreto del divino Hado,
que libre goces de prisión tu padre,
ni halagos tiernos de amorosa madre.»

153. Dijo; y de un ronco trueno y son quebrada
la bóveda de vidrio que tenía
del hondo mar la máquina cargada,
que el contrahecho cielo componía;
a un tiempo en sordo estruendo despeñada,
la voz clara ahogó que antes se oía
con el futuro Hado entre las gentes
que en las torres vivían transparentes.

154. A quien dejó la súbita caída
del cielo de cristal y sus estrellas,
sin sentimiento, ya que no sin vida,
entre riscos coral y conchas bellas;
en tanto que el raudal de la avenida
sus gruesas olas derramó y con ellas
bañó otra vez los nácares profundos,
y el uno se tragó de los dos mundos.

155. Más ya después que el espantoso estruendo
que dejó a todos fuera de sentido,
en su rumor cesó y el sol volviendo,
la clara luz cobró que había perdido;
libre Bernardo vio que iba saliendo
de un real jardín a un mirador florido,
por una sala que en dorada altura
las nubes vence y rinde su hermosura.

156. Admiróle el bellísimo edificio,
todo de lazos de oro artesonado,
sin que viese antes de él sombra ni indicio,
ni por dónde ni cómo allí ha llegado;
y ya del todo vuelto en su juicio,
de nuevo se espantó viéndose armado
de unas tan rica armas, que parece
que el día por sus vislumbres amanece.

157. Cuajadas de preciosa pedrería,
peto, celadas, grevas, brazo y mano,
de oro un león por cresta a quien hacía
sombra un plumero por el aire ufano;
y en el grabado acero descubría
la obra de los buriles de Vulcano,
en las nieladas sombras, por concetos,
de historias por venir varios secretos.

158. En el lumbroso escudo relevada
la Fama vuelta muda de parlera,
las alas cortas y la lengua atada,
su trompeta quebrada y ella entera
de una confusa niebla rodeada,
con esta letra de oro por de fuera:
«Tiempo vendrá que estos nublados rompa
nueva ala, nueva lengua y nueva trompa.»

159. Admirado de tantas novedades,
dudoso en entender sus mismas cosas,
los ojos vuelve a ver las variedades
que el jardín muestra de árboles y rosas;
cuando venir a él vio dos beldades,
más que el lucero y la mañana hermosas,
que en trato afable y noble cumplimiento
grato le dan y dulce acogimiento.

160. Y el gallardo mancebo cortesano,
con igual compostura y reverencia,
«El cielo -dijo- haga de su mano
próspero agüero tan gentil presencia;
y sepa, diosas, yo si el seso humano
al punto alcanza de tan alta ciencia,
¿qué deidad rige? ¿qué saber profundo
en torno trae este encantado mundo?

161. »¿Qué majestad encierra este palacio
en la de sus soberbios edificios;
a cuyo cargo están en tan breve espacio
tanta máquina y suma de sacrificios?»
Dijo; y la rubia Arbelia, que un topacio
en lustre, resplandor, viso y bullicios
es su cabeza, y ella un cielo en todo,
así respuesta dio al valiente godo:

162. »Prueba al invicto ardor, de tu persona
las maravillas son, de nuestra tierra,
y sus vencidos monstruos la corona
del inmortal valor que en ti se encierra;
la Fama, quien aprecia y galardona
los justos riesgos de la paz y guerra,
y ese tu brazo al fin, quien solo pudo
de esas armas vestirte y de ese escudo.

163. »La diestra lima del autor del fuego,
cual ves las hizo para el fuerte Aquiles,
y de él las heredó un astuto griego
por viva lengua y pláticas sutiles;
perdiolas Telamón y el que hizo ciego
a Polifemo entre otras cosas viles,
al mar las arrojó como el prudente
que el oro arroja por salvar la gente.

164. »Llegaron al sepulcro sobre aguadas
que por ellas se abrió, y el jonio altivo
quizá las estimó por más guardadas
en Ayax muerto, que en Ulises vivo;
allí las tuvo hasta hoy depositadas
la horrible sombra de su bulto esquivo,
para que tú heredases sus perfiles,
y ellas en tu valor un nuevo Aquiles.

165. »Hoy se cumplió el decreto de los Hados,
y a darle el lleno a este lugar veniste,
donde por senda y pasos nunca usados
ya con victoria y con tu honor saliste;
estos bellos alcázares dorados,
y este jardín que un mayo eterno viste,
son de la hada Alcina, en cuya mano
todo el deleite está del gusto humano.

166. »Ella en mi lengua este secreto ha puesto,
y a que de mi lo sepas me ha enviado,
rogándote que bajes a su honesto
jardín a ser de nuevo acariciado;
de los que liberaste del compuesto
castillo de sutil cristal labrado,
y de Orimandro a quien también Alcina
ya a sus males ha dado medicina.

167. »Gundemaro y su esposa, que perdida
tantos días lloró, viven contentos,
donde lo estarán más con tu venida,
por colmo a sus alegres pensamientos.»
Dijo; y del gran leonés obedecida,
a ver fue los floridos aposentos,
al tiempo que en los campos de Toledo
batalla hacían la rabia, la ira y miedo.

168. Medrosa Arleta, bravo Ferraguto,
feroz Rangorio, triste Galiana,
por donde el Tajo al mar lleva el tributo,
y abre una vega de álamos lozana;
llenos dejé los ánimos de luto,
Rangorio en verlos muertos, la lozana
infanta en verle a él, Arleta al moro,
y él el caballo y su mochila de oro.

169. Y en esta suspensión, la que primero
del silencio la voz sacó parlera,
de alevoso acusando al caballero,
fue la atrevida y lóbrega hechicera;
que briosa y temblando ante el severo
semblante y hermosura verdadera
de la gallarda infanta de Toledo,
así le dijo entre esperanza y miedo:

170. «Soberbia majestad cuya belleza
aún la invidia a negarla no se atreve,
pues casi iguala con la igual grandeza
que ya un tiempo gocé ligero y breve;
si a las que en hermosura y gentileza
hermanas tuyas somos se nos debe
favor válgame ahora en tal presencia,
ya que no mi justicia, tu clemencia.

171. »Bien sabes, reina hermosa, que fue mío
Brabonel, y yo un tiempo su cuidado,
y que más a tu favor que mi desvío,
sin culpa de los dos me le ha quitado;
no quiero entrar contigo en desafío
en si, o no me le tienes usurpado;
más porque seas de veras su señora,
tuyo es, yo te le doy; gózalo ahora.

172. »Con tal que de este falso caballero
la afrenta que de mi honor vengada,
y a una promesa cumplimiento entero
a cuenta dé de mi beldad gozada;
de darme un preso o ser mi prisionero,
el alma prometió en mi fe abrazada,
más un nuevo placer siempre se estraga,
y en inconstantes gustos empalaga.

173. »Cumplirme pues conviene el juramento,
¡oh falso! o darte he al mundo por perjuro;
que no es bastante excusa que a tu intento
el gusto te saliese aguado o puro.
¿A quién sucede todo a su contento?
¿Qué bien tiene la tierra tan seguro,
que en invariable estado permanezca,
y cual luna mortal no mengüe o crezca?

174. »El mundo es un teatro en que Fortuna
sus varios entremeses representa
de inconstantes figuras, y ninguna
sale que con la suya esté contenta;
desde las tiernas fajas de la cuna,
al estrecho ataúd todo es tormenta,
ya sopla un aire, ya vuelve otro viento
los pasados placeres en tormento.

175. »Bien fuera que a los varios personajes
que a su tragicomedia el tiempo envía,
tu solo antojo diera el rostro y trajes
con que el teatro alegran cada día.
¿Tu gusto por ventura en sus ropajes
hallar sin mezcla quiere la alegría?
¿O yo sola en el mundo soy la fea?
¿Yo sola soy? ¿No hay otra que lo sea?

176. »Muchas Arletas hay, corre la venda,
y veraslas a escuras, si se apaga
el nácar y la púrpura que enmienda
la nueva tez que la vejez se traga;
muere su luz, renace la contienda
del vario tiempo, que les pecha y paga
plata por oro, lirios por corales,
y ébano por las perlas y cristales.

177. »¡Cuántas al vuelo del sutil copete
te mostrarían las blancas sienes calvas!
¡Cuántas sin el barniz que se entremete
ni tan rubias serían ni tan albas!
¡Cuántas la luz fingida de un sainete
de infinitos defectos hace salvas!
¡Y cuántas bajarían de su cielo,
si el corcho les faltase, a ser del suelo!

178. »Alguna dio tu antojo por perfecta,
que ha menester también vela encantada,
no es en esta desgracia sola Arleta,
dime una tú a quien no le falte nada;
la beldad ni está aquí ni allí sujeta,
más solo al gusto de quien es gozada,
y él no es más que un engaño que le vende
por gloria cada cual lo que pretende.

179. »Este gusta de hacer un avariento
tan a su estrecho estómago medido,
que si ya atesorar pudiese el viento,
tendría el respirar por prohibido;
otro en pródigos gastos tan sin tiento,
hasta el amigo deja destruido;
uno se finge hipócrita ajustado,
y otro saca por gala el desenfado.

180. »Quién en sus graves causas se congoja,
y las vanas ajenas solicita,
quién se mete en cintura, quién se afloja,
quién se pone las cejas, quien las quita;
quién con loco furor, si se antoja,
vivos entierra, y muertos resucita,
quién los humos murmura de otra casa,
no viendo el fuego que la suya abrasa.

181. »Uno compra los dientes en la tienda,
al otro se los quitan por perjuro;
uno se vuelve lince, otro se venda
por no ver a lo claro ni a lo oscuro;
cada uno tras su antojo y por su senda,
sueña que va el camino más seguro,
y sin ver cual debría sus dislates,
murmura los ajenos disparates.

182. »Yo hermosa nací y en ser hermosa
y tenerme por tal a nadie ofendo,
cual soy me viste, no soy otra cosa,
esto es lo que hay en mí y esto te vendo;
al gusto que en ti ardía fui sabrosa,
si al tiempo se apagó que estaba ardiendo,
ni yo eche el agua, ni es razón se ordene,
que otro por lo que tú pecaste pene.

183. »Y tú también, oh singular princesa,
justicia es que me ampares de este ingrato,
y que me cumpla mandes la promesa,
y torne de su amor al primer trato;
o mientras no saliere con la impresa
de darme a Brabonel, guarde el contrato
de estar conmigo, como en fe segura,
al gozar prometió mi hermosura.

184. »Que yo haré cuánto en mi mano fuere
por no dar a su amor competidores,
que es el amante que de veras quiere
el bien de mayor gusto en los amores;
ni celos sentirá, si no los diere,
ni de altivo desdén los disfavores
que las nuevas beldades traen consigo,
sin reserva de amigo ni enemigo.»

185. Así a la toledana hermosura
justicia la arrogante maga pide,
y del moro feroz la fe perjura
en culpa agrava y con razones mide;
cuya demanda y lóbrega figura
la justa risa con espanto impide;
y Ferragut corrido y de ira ciego,
bramando, lanza por los ojos fuego.

186. Y vuelto al arrogante caballero
que en forma de sangriento desafío
de Arleta hace la parte altivo y fiero,
así le dijo: «Ese caballo mío;
que traes ladrón, hurtado, cobrar quiero
de ti, y quitado ya el caballo y brío,
no por tu persuasión, más por mi gusto,
daré a la maga el don que pide injusto.

187. »Digo que le daré derecho en todo
de Brabonel, sin que haya quien lo impida,
aunque el francés orgullo y valor godo
con la espada le ayuden más temida.»
Arrestose el jayán en este modo,
porque parezca la ocasión nacida
de cólera y no celos, y ambos juntos
a una cerraron sin mirar más puntos.

188. Arrojaron de golpe los caballos
a ejecutar las bárbaras heridas,
cuyos limpios aceros al tentallos,
sonoras dieron y altas estampidas;
y los furiosos bríos en proballos,
quitar pudieran otras tantas vidas,
a no hallar en el fino temple excusa
del acero y los Hados de Lanfusa.

189. Llevó el cristiano al moro medio escudo
de un revés, y él salió en un brazo herido
de una punta que halló su filo agudo
puesta en un brazalete desmentido;
cuando el caballo a Ferragut no pudo
el tesón sustentar que había tenido,
siéndole fuerza de él saltar a tierra,
y a pie acabar la comenzada guerra.

190. Siguiolo en el intento el paladino,
que no quiso gozar de esta ventaja;
la infanta viendo el caso repentino,
y a los dos dentro en su mortal baraja;
por lo oculto del bosque convecino
a la imperial ciudad medrosa ataja
con su bello escuadrón, que en cada hoja
algún nuevo enemigo se le antoja.

191. Así blanca paloma, que ya presa
en las de un gavilán sin culpa ha sido,
si acaso de las aves la princesa
contra él se arroja del caliente nido;
medrosa suelta la encogida presa
al forzoso combate constreñido,
y ella a esconderse temerosa huye,
mientras el uno al otro se destruye.

192. Solo Arleta quedó de ojos impuros
a ser de la cruel guerra infiel testigo,
que hecha a ver muertos ya rezar conjuros,
de ver despedazar gusta a su amigo;
y los dos bravos con redobles duros,
para hacerle en sí mismos el castigo,
de mil modos se hieren, y en mil modos
para una muerte los intentan todos.

193. Diestro Rangorio, al reparar la herida
de un presto revolver de Ferraguto,
tras una limpia punta no abatida
con tal fuerza se entró el francés astuto;
que seis pasos fue el moro de vencida,
midiendo el campo no de sangre enjuto,
y otra le hizo en los sangrientos llanos
donde tenía los pies, poner las manos.

194. Más no tan presto súbita pelota
en blancas losas salta rebatida,
cuando el gallardo jugador la bota
y por las nubes nos la da escondida;
como él saltó con la paciencia rota
de ver su espada y furia resistida
de un solo brazo y que le tenga puesto
el nombre en condición, y en riesgo el resto.

195. Y así ya con más tiento en su batalla,
alerto al firme herir de su adversario,
y al deseo de vengarse, y acaballa,
feroces golpes da impaciente y vario;
acertole uno en la dorada talla
del firme peto, que un vaivén contrario
le hizo dar y pensar le hubiese hecho
dos partes el arnés, y cuatro el pecho.

196. Mas paró el riesgo en que una estrecha puerta
por el fornido acero abrió al costado,
que el lazo de la malla descubierta
de un fino rosicler dio arrebolado;
y no fue sangre sola y color muerta
la que salió del pecho desarmado,
que un furor corrió a vueltas que un entero
muro rompiera de templado acero.

197. Más la atención del presto sarracino,
que la furia venir vio desmandada
del herido alemán y el desatino
de los ardientes rayos de su espada;
con él cerró y saliéndole al camino,
su destreza y su cólera igualada,
bien pensó hacerlo a su labor pedazos,
en duros nudos de sus firmes brazos.

198. No ejecutó el cristiano la herida
por falta de lugar, más pecho a pecho,
la lid sangrienta a lucha reducida
al moro puso en peligroso estrecho;
y una furia con otra rebatida,
vaivenes fueron dando largo trecho,
en un duro tesón y ardiente saña,
ya las fuerzas probando, ya la maña.

199. Y viendo que es cansarse en la porfía,
su ciega lucha y anhelar profundo
bravos dejan, y en nueva gallardía
el asalto primero hacen segundo;
ya las dos partes, de las tres del día,
que con golpes el moro asombró el mundo,
pasado habían y de esta lid postrera
corría sobre dos horas la tercera.

200. Cuando el arnés y el gusto destrocado
al herido y soberbio paladino,
un golpe le alcanzó al yelmo grabado,
de redoblado acero y temple fino;
y cual si fuera tierno vidrio helado,
por tres partes quebrado al suelo vino,
y el francés sin sentido y sin memoria,
dejando a España el cuerpo y la victoria.

201. Creyó el moro feroz que estaba muerto,
y quísole quitar solo el escudo,
cuando del rayo del honor despierto,
volverse a su primera opinión pudo;
y en desigual combate ya cubierto
de sangre el rostro y en el alma un nudo
en verse en tal extremo y al pagano
sin herida o rasguño de su mano.

202. Un golpe tal le dio por la cabeza,
que con sol le mostró estrellado el cielo,
y segundándole otro su braveza,
en riesgo estuvo de venir al suelo;
cuando en desordenada fortaleza
bravo cerró con él y a todo vuelo,
el uno con el otro marañado,
ambos vinieron al sangriento prado.

203. Así tal vez en la marsilia arena
dos libias sierpes vomitando llamas,
entre el horrible aliento que resuena
del negro pecho y ásperas escamas;
en espantosos nudos dejan llena
de veneno la tierra y si las ramas
su efecto no hacen de la oculta ruda,
una con otra en roscas mil se anuda.

204. En igual brega y nudo semejante
la verde yerba trillan los guerreros,
probando el paladín en el gigante
de una afilada daga de los aceros;
más viendo que ella es cera y él diamante,
de su muerte vio claros los agüeros,
y el moro, en el herir del brazo frío,
irle faltando a su contrario el brío.

205. Quitóle de la mano el limpio acero,
que ya con fuerzas débiles regía,
y por entre el brazal de un golpe fiero
a dar al débil corazón le envía;
donde dos veces ya lo escondió entero,
y a los ojos con él la luz del día,
vengando sus aleves desatinos,
y al padre de Teobaldo y Montesinos.

206. Extendióse el mortal cuerpo difunto,
el moro limpia su sangrienta espada,
y para proseguir se pone a punto
de su dama la impresa comenzada;
tomó el escudo al muerto y viendo junto
de sí la sin lealtad maga turbada,
que el caballo infeliz de la contienda
manso le ofrece, y se le trae de rienda.

207. En él subió de un salto y ella en otro
de los que andaban sueltos por el prado,
topando acaso un mal domado potro
de sobrepaso y freno desbocado;
y por la posta el uno tras del otro
del bosque entraron por lo más cerrado,
siguiendo entre una planta y otra planta,
el fusco rastro de la bella Infanta.

208. Las cinco partes de las seis del cielo
ya el sol pasado el horizonte había,
y el primer orbe con su raudo vuelo
al otro mundo trastornaba el día;
cuando al doblar de un monte el fértil suelo,
que el rico Tajo de alhelís vestía,
en cuidadoso paso diligente
venir un escuadrón vieron de gente.

209. En son de guerra y militar concierto,
y en orden puesto el real pendón, seguía
por capitán un árabe, que alerto
a ver de Ferragut la gallardía;
y el blasón del escudo descubierto,
el mismo que antes el francés traía,
cómplice en la traición ya le pregona
del vencido tirano de Pamplona.

210. Con él se afronta y de una gruesa entena
que por lanza traía, el hierro agudo,
en el templado y firme acero suena
del sospechoso y redoblado escudo;
y el alma del jayán de rabias llena,
la ardiente espada saca, y donde pudo
un golpe le alcanzó, que a ser de lleno,
hecho dos le enviara al blando heno.

211. Había con sus cien lenguas por Toledo
ya publicado la parlera Fama
del traidor rey el cauteloso enredo,
y el robo injusto de la bella dama;
y el ofendido padre con denuedo
a la venganza que su honor le llama,
salido había también acompañado
de la mayor potencia de su estado.

212. Y en diversas escuadras repartidos,
unos siguen el rastro, otros los pasos
de la floresta atajan prevenidos,
de armas y esfuerzo a semejantes casos;
de estos eran doscientos escogidos
a cuenta de Anfrangol, los que en los rasos
campos del Tajo por aquel camino
encontró a su pesar el sarracino.

213. Que engañado en la insignia del escudo
el brioso capitán quiso lozano,
de su fornida lanza el hierro agudo
probar en los aceros del pagano;
que en verse así tratar de un hombre mudo,
la roja espada en su arrogante mano
tal relámpago dio y golpe tan fiero
que hiciera, a encarnar bien, dos del primero.

214. Más volvió el toledano así furioso
con la suya en la mano, que al guerrero,
antes que de otro golpe peligroso
el temple afrente de su limpio acero;
sobre el grabado arnés un tajo airoso
con tanto brío le alcanzó, que entero
el brazal rebanó y lo mismo hiciera
al brazo, si de acero el brazo fuera.

215. Más ya enfadoso el de Aragón, rompiendo
del reportado sufrimiento el punto,
así el lumbroso alfanje revolviendo,
que al aire es de un sutil rayo el trasunto;
sobre el moro bajó con tal estruendo,
que escudo, brazo y yelmo, todo junto
hizo pedazos y partió derecho,
cabeza, barba, cuello, hombro y pecho.

216. Resonó al golpe con acento horrible
el bosque opaco y la ribera de oro,
pareciendo a los ojos imposible
de humano brazo así partido un moro;
y en la asombrada escuadra, que el terrible
triste suceso vio en gritar sonoro,
contra la espada cruel para venganza
de su muerto Anfrangol no quedó lanza.

217. No dio gusto la furia sarracina
esta vez al jayán aunque desea,
más que el dulce vivir guerra contina,
en que su espada hacer grandezas vea;
porque ha dos días que sin comer camina,
y de ellos uno entero que pelea,
y aunque encantado y de ánimo brioso,
es hombre al fin y ha menester reposo.

218. Más viendo el cruel intento de venganza
que trae sobre él la furia de Toledo,
como entre flores de un jardín se lanza
a resistir su trápala y denuedo;
con tales golpes, que a quien uno alcanza,
ni ha menester segundo, ni yo puedo
contarlos todos, ni decir los ciertos,
ni aún la suma hacer de tantos muertos.

219. Quitó a Zelín el brazo del escudo,
y a Foción, que en constancia nunca oída,
ni reír ni llorar supo, envió sanudo
a mudar condición en la otra vida;
al astrólogo Arbildos que no pudo
levantarle figura a esta salida
por la prisa del caso repentino,
de un golpe dejó hecho un tercer sino.

220. Mató a Gelón, a Rufo y a Tidoro,
este noble y los otros dos tratantes,
y a los dos, padre e hijo, Elín y Eloro,
nacidos en los duros Garamantes;
el gallardo mancebo Casiodoro,
que de su nueva esposa aquel día antes
gozó el gusto primero, al otro mundo
desde allí le envió sin el segundo.

221. Y cual si algún peñasco firme fuera,
inexpugnable está a sus adversarios,
roto el arnés y la braveza entera
al dar y recibir golpes contrarios;
un nuevo rayo de la quinta esfera
es de su espada en los efectos varios,
pues ni del campo pierde ni del brío,
hecho el contrario ya de sangre un río.

222. Martorio era un plebeyo ciudadano,
que de humildes principios pretendía,
por sus logros hacerse más temprano,
contrahecho señor, que convenía;
había comprado al pueblo toledano
el oficio de alférez y aquel día,
tomando posesión de su contento,
el imperial pendón volaba al viento.

223. Iba en el medio de la escuadra amiga,
haciendo de sí y de él pomposa rueda,
ocasionando su ambición que diga
cada uno de ambas cosas cuanto pueda;
y mirando la cólera enemiga
del brazo altivo, que pasar les veda,
asombrado de guerra tan de veras,
buscaba de huir nuevas maneras.

224. Al corpulento vientre en que estribaba
la real bandera y por hacerse visible
en lo abultado y grueso reventaba,
con furor asestó la espada horrible;
volvió espantado de su vista brava,
y por huir del golpe si es posible,
en un pantano trabucó cayendo
la hidrópica fantasma y bulto horrendo.

225. Ferragut, que a hacer golpe espantoso
iba en todo aquel monstruo corpulento,
sin poder más el animal brioso
sobre él cayó y allí sobre ellos ciento;
al morisco ahogó el charco lodoso,
y el de Aragón, aunque de invicto aliento,
cargando en el del campo todo el peso,
quedó por culpa del caballo preso.

226. Al tiempo que el infante de Toledo,
en favor de su padre y de su hermana,
con noble escuadra y con gentil denuedo
por la selva llegaba comarcana;
al revuelto escuadrón lleno de miedo,
en la ocasión al parecer liviana,
de un solo caballero que ha podido
dejarlo roto ya, que no vencido.

227. Era el príncipe ilustre toledano
de noble inclinación y ánimo justo,
cortés, prudente, sabio, afable, humano,
de real presencia y apacible gusto;
a quien su padre infiel, por fiel cristiano
la vida le quitó en decreto injusto,
trocando mártir ya el infante tierno,
el reino temporal por el eterno.

228. Enamorose de la ley cristiana
por la dulce armonía y dependencia
que de ella tiene la razón humana,
en discreta y política prudencia;
trocando por diadema soberana
reino mortal, y dándole en herencia,
honra a Toledo, ejemplos a Zamora,
y a Ledesma el sepulcro en que hoy le adora.

229. Este llegando a ver el imprudente
alboroto del campo mal regido,
que por prender un capitán valiente
de veinte estaba sin concierto asido;
y que ni el golpe y peso de la gente
preso le da ni su valor rendido;
teniendo a golpes su escuadrón deshecho,
el valor conoció al heroico pecho.

230. Y juzgando que un brazo valeroso
sin causa hacer no sabe demasía,
apartar manda el vulgo bullicioso,
que aún preso el moro su furor tenía;
y en grave rostro y término amoroso,
el bullicio aplacando que crecía,
libre le pide en fe de caballero
en sus manos se dé por prisionero.

231. Que él vida y honra le hará segura,
tanto como su espada y su braveza,
y así en ley de quien es lo afirma y jura
con que templó el gigante su fiereza;
llegando a conocer quien se asegura
por la noticia y voz de su nobleza;
que de un heroico príncipe la fama
por nobles y plebeyos se derrama.

232. Súpose luego el peligroso engaño
con que el moro español fue acometido
por Anfrangol que abrió la puerta al daño
que todos por su culpa han recibido;
y aunque la herida del mandoble extraño
que al agresor partió le ha enternecido,
la razón misma le hace que atribuya
por justo el daño, pues la culpa es suya.

233. Ya en esto algunos que al furor sangriento
de la traición pasada habían sobrado,
y la sembrada fama por el viento
de lengua en lengua han hasta allí llegado;
celebrando al autor del vencimiento,
de todos conocido y admirado,
por aquel espantoso brazo fiero
que por contrario le tenían primero.

234. Uno la muerte dada por su mano
al brutal Arganzón relata y cuenta,
otro el golpe feliz que al rey pagano
el orgullo quitó y sanó la afrenta;
este de Arleta pinta el bulto enano,
y de Rangorio aquella lid sangrienta,
y juntos todos el común provecho
del golpe heroico por su espada hecho.

235. Y cómo en libertad la infanta puesta,
y el enemigo campo destrozado,
libre y salva tomó por la floresta
el camino más breve y más guardado;
con que trocada ya la guerra en fiesta,
porque en el horizonte arrebolado
con el postrero resplandor quería
dar a la noche su lugar el día.

236. Alojándose el resto de la gente
por la vecina selva, el noble infante,
con guarda y compañía suficiente,
y el moro aragonés, fueron adelante;
al castillo del paso de una puente
a pasar de la noche lo restante,
y tomar por allí camino breve,
que otro día a Toledo en paz los lleve.

237. Tratando de las bárbaras ficciones
con que el navarro rey trazó el engaño,
y las nunca pensadas ocasiones
que suyo hicieron el ajeno daño;
en gusto iban hablando los varones,
cuando el bosque sonó en rumor extraño
de armas templadas, que a sus golpes fieros
de los arneses gimen los aceros.

238. Entraron con recato apercibidos,
por saber cuya fuese la batalla,
que entre los pardos árboles metidos,
tras cada mata piensan encontralla;
suenan las armas, crecen los ruidos,
y nadie lo que todos oyen halla,
cerrándose la noche más escura
con el sombrío horror de la espesura.

239. Un largo trecho por el valle umbroso
entre ciega espesura van errando,
creciendo del ruido belicoso
la grita aquí y allí de cuando en cuando;
Ferraguto con pecho más brioso
o con mayor desgracia, experimentando
la del brioso caballo en que venía,
el camino perdió y la compañía.

240. Y engañado del son en que resuena
del ciego bosque el monte comarcano,
de una alta cumbre de asperezas llena
un fuego descubrió en el verde llano;
volvió allá el freno y por la selva amena,
siempre el confuso ruido más cercano,
al fuego caminó que parecía
que también como el sol se le escondía.

Alegoría

En los sucesos de Florinda y su esposo, se muestra el cuidado que Dios tiene de los inocentes y como ninguna desgracia llega a quien él de su mano quiere guardar, que es la verdadera ventura con que todas las cosas se aciertan.

Angélica en las uñas de un dragón, y arrojarse Bernardo a quitarla de ellas, significa el imperio humano, y cómo el hombre animoso y varonil, llevado de la hermosura del premio se arroja a las dificultades, de donde como Bernardo, sale victorioso y triunfante, dejando fama eterna de sí en el mundo, que es lo que significa el jayán vuelto en estatua de bronce, y una fama volando por el aire y los resplandecientes rastros que la virtud deja de sí a quien las invidias y emulaciones antes hermosean que dañan, como se ve en el encantamiento del jayán de alambre, y sus avispas y en el del miedo fingido se ve que la verdadera fortaleza vuelve en viento los temores humanos, que parecen algo y no son nada.

Los alcázares de vidrio en el suelo de la mar, significan, que el calor y la humedad son los autores de la Hermosura y de la Juventud, cuán frágiles defensas son las suyas, hechas de rosas contra los golpes del tiempo figurado en Proteo, que en sus mudanzas nos descubre su inquietud y que en ninguna figura permanece; y al que no le pierde, descubre secretos dignos de grande consideración.

En Arleta, que acusa a Ferraguto ante Galiana con nombre de fementido y aleve, se avisa que ninguno se atreva a hacer cosa fea en confianza que no se sabrá, porque cuando menos se recele se hallará con la vergüenza en el rostro, y su delito descubierto y a vista de los ojos que más lo pensó encubrir.

Fin del nono libro.

LIBRO DÉCIMO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Ferragut, perdido por unas selvas halla un castillo, donde le sucedió un sabroso encantamiento. Quiere despeñarle el caballo Clarión, y él le deja y llega a pie a una fortaleza, donde da muerte al jayan Bramante y libra a Doralice y al Rey su padre, y a Galirtos, los cuales hacen compañía á la infanta hasta Granada. Y Galirtos por entretenimiento del camino cuenta la artificiosa fábula del origen del deleite.

1. Ya en el rigor de un delicado gusto,
a un temeroso escrúpulo aplicado,
se ha puesto en opinión si es caso justo
el de un moro llevar tan dilatado;
y celebrando su ánimo robusto,
pasar por otros golpes olvidado
de no menor asombro y gallardía,
que honrar pudieran la esperanza mía.

2. De un Roldan, de un Astolfo, de un Gaiferos
graves sucesos, casos peregrinos,
y del feroz Reinaldos y Oliveros,
famosos hechos del silencio indinos;
encantamientos varios, golpes fieros
de bravos héroes y altos sarracinos,
que por su fama fueron de aquel mundo
dignos de más lugar que del segundo.

3. Mas no basto yo á todo, ni es mi intento
los hechos celebrar de gente extraña,
si no es en cuanto heroico fundamento
a esta victoria y célebre hazaña;
que por principio y fin de mi alto cuento
el valor muestra de la invicta España,
y le ha de hacer de un golpe de esta guerra
suya toda la fama de la tierra.

4. Que ¿quién hay que teniendo hombres famosos
en su nación, celebre los ajenos,
y tratando de hechos valerosos,
los más olvide por contar los menos?
O ¿cuál clima dió al mundo más briosos
pechos, de más fervor y alteza llenos
que nuestra España da en parto fecundo,
fin y principio del valor del mundo?

5. ¿Qué cisne alcanza tan gallarda pluma,
canto tan numeroso, y voz tan grave,
que pueda hacer a sus hazañas suma,
y este mi intento comenzado acabe?
¿Quién hay que a su valor llegar presuma?
Sus invencibles héroes, ¿quién los sabe?
O ¿quién no sabe la excelencia suya,
sin que yo la encarezca o disminuya?

6. ¿Qué ingenio hay tan estéril, que no tenga
entrada en ella a una famosa historia,
o ya a contar a sus nobles hechos venga,
o a hacer de sus ejércitos memoria;
o bien con sus riquezas se entretenga,
o su alta majestad haga notoria?
Con que parece que la puso el cielo
por cabeza de Europa y fin del suelo

7. Todo en ella es prodigios de un perfeto
y singular valor que la acompaña,
¿quién pues teniendo aquí tan gran sujeto,
a mendigarle irá de gente extraña?
Yo en esto, oh patria amada, el dulce afecto
mostrar pretendo en que el amor me engaña,
y hace creer que puedo en lo que intento
hijo tuyo hacer mi pensamiento.

8. Ni suene aquí el ingrato que procura
a su patria usurpar lo que le debe,
y con torpe ignorancia y lengua escura
contraria espada a celebrar se atreve;
yo vuelvo a Ferragut, pues su ventura
hoy le hizo español, y que yo lleve
la presunción de serlo en la memoria,
para anudar con gusto el de su historia.

9. Buscando el llano va por la espesura
al ronco son de espadas que resuena
por la alta sierra, a quien la noche escura
de riscos finge y de malezas llena;
y al claro fuego en senda mal segura,
al pie fue a dar de la floresta amena,
que entre sus verdes árboles y flores
majada era de un hato de pastores.

10. Aquí de hambre y sueño fatigado
bastante cena halló y humilde cama,
que en la florida hierba recostado,
fue el cielo cobertor, pluma la grama;
donde en silencio se quedó olvidado,
hasta que del cenit la ardiente llama
al mundo el sol llovió de ardor vestida,
que el sueño le rompió y le ató la vida.

11. El toledano príncipe y su gente,
sin otro riesgo más ni mayor daño,
cada cual por camino diferente
se dividieron con un mismo engaño;
después diré la causa, que al presente,
despierto el moro, busca el potro extraño,
que en regates paciendo por la selva,
le hace que a desandar lo andado vuelva.

12. Llevole por cogerlo entretenido
de rama en rama por el bosque ameno
a una estrecha quebrada, en que metido
ponerse consintió el dorado freno;
saltó en la silla el moro y divertido,
ni en azares repara ni ve lleno
de desgracias el potro, cuya estrella
agüera cuanto halla, y cuanto huella.

13. Anduvo el día por la inculta selva,
ignorante y perdido en su camino,
ni sabe si prosiga o si se vuelva
de aquel su comenzado desatino;
camina y anda; y mientras más se enselva,
menos guía le queda y menos tino,
y menos gusto en ver cuán mal segura
hacia los suyos sale la ventura.

14. Como el gañán que la alquilada yunta
con que el seco rastrojo desvolvía,
perdida le dejó la corva punta
que entre los surcos más que el sol lucía;
falto de aliento, la color difunta,
de cerro en cerro busca todo el día,
tal el descaminado Ferraguto,
trastornando quebradas va sin fruto.

15. El sol entre las nubes del poniente,
aunque con tibios rayos dilataba
la misma sombra que calladamente
de su errado camino le avisaba;
cuando yendo a enmendarlo vio presente,
donde un collado a un monte se humillaba,
de un castillo la torre al cielo junta,
las nubes taladrando con su punta.

16. Vuelve la rienda y para allá camina
deseoso de saber dónde se halla,
y en tanto que anda más menos atina,
sin camino, sin senda, ni encontralla;
pica el caballo y corre a su mohina,
que la piensa huir yendo a alcanzalla,
juzgando de la torre si la mira,
que él se está quedo o que ella se retira.

17. Perdió tras este afán lo que del día
hurtar le pudo al enriscado monte,
hasta que el soplo de la noche fría
todo el oro barrió del horizonte;
que sin trillada senda ni otra guía,
los pasos le pusieron de Clarionte
a las grabadas puertas del castillo,
llamando en duda si querrán abrillo.

18. Cuando al hueco balcón de una ventana
su fiero aspecto descubrió un gigante,
la barba y cara, denegrida y cana,
al coloso de Rodas semejante;
y en ronca voz, aunque con habla humana,
alegre haciendo el áspero semblante,
la causa pide a su venida incierta,
y por favor le manda abrir la puerta.

19. Entró el moro arrogante, aunque con miedo
de algún fingido trato peligroso,
que del gigante y su primer denuedo
cualquier término honrado es sospechoso;
cuando en los anchos patios bello enredo
de damas se mostró en tropel hermoso,
que a recibirlo salen y a librallo
de las pesadas armas y el caballo.

20. Admirado de ver la hermosura,
y del castillo las pinturas varias,
que a pesar lucen de la noche escura
a cuenta de mil claras luminarias;
puesto el cuidado en la primer figura
que a la ventana vio, cosas contrarias
al sentido parecen verdadero
lo que ahora mira y lo que vio primero.

21. Así al que de repente abre los ojos
a ver el techo de oro artesonado,
si antes le habían del sueño los antojos
en lóbrega mazmorra aprisionado;
alegre mira en aire los enojos
del triste miedo y cárcel que ha soñado,
y en la cuadra y sus galas deleitosas
el diferente estado de las cosas.

22. Súbenle en varias lumbres a una sala
de oro labrada de toda y pedrería,
y a una cuadra, de allí que, por más gala,
de brocado entoldada parecía;
a lo alto de sus bóvedas no iguala
del cielo la preciosa argentería,
cuando en las frías noches del invierno
más lleno está de luces y más tierno.

23. En medio de la cuadra ardiendo había
en leones de oro un lecho de brocado,
de nácar un bufete de ataujía,
de olores finos y de luz cargado;
la vista el moro aquí y allí volvía
de la gustosa variedad llevado
y por un breve rato de este modo
no miró nada por mirarlo todo.

24. No fue de Cleopatra la gitana
el capitán romano más servido,
ni en más ostentación y pompa ufana
de faro en su alta torre recibido;
ni en la cuadra del cielo soberana,
donde Juno acaricia a su marido,
entran a servirle diosas más bellas,
ni en sus techumbres lucen más estrellas.

25. Sentóse en una silla de oro y puesto
sobre su arnés un manto de escarlata,
bordada en él la historia de un apuesto
pastor que con cien ojos se recata;
del fingido Mercurio, que dispuesto
ya de cerrarlos de una vez remata
su vida con su voz; que un doble trato
suele engañar a un Argos en recato.

26. Llegó una hermosa dama que traía
en fina porcelana real conserva,
que aunque de azúcar hecha parecía
con cuernos de oro alborotada cierva;
que en almíbar nadando pretendía
de la flecha huir la mortal hierba
que en el cuerpo llevaba soterrada,
yendo así la verdad más disfrazada.

27. «Señor -dijo la dama- aquel gigante
que hospedaros mandó y es noble dueño
de esta casa, y que a todos con semblante
alegre, albergue da dulce y risueño;
mientras viene a serviros con bastante
gusto de hacerlo así como en empeño
del suyo, os ruega refresquéis la boca
con este dulce que a beber provoca».

28. El moro al noble trato agradecido,
en corteses palabras le responde,
comiendo del regalo, que en olvido
sus males puso sin saber por dónde;
sirviéndole tras ello un encendido
y suavísimo vino, en quien se esconde
tanta virtud, que en todas ocasiones
del alma olvida y borra las pasiones.

29. Compuesto era quizá el alegre mosto
del néctar que en el cielo se vendimia,
que del mundo inferior todo su agosto
no llega aquí, ni alcanza su vendimia;
no hay bien cumplido en él, todo es angosto,
finge contentos de oro y son de alquimia.
Si este le dura al moro, no hay recelo
de que el dulce brebaje sea del cielo.

30. Sintiose descansado de la pena
que el yerro le ha causado del camino,
y en un dulce reposo el alma llena
de los vapores del alegre vino;
cuando un sordo rumor de gente suena,
y en aparato y resplandor divino
cien ninfas van entrando por las salas
de hermosos rostros y costosas galas.

31. En grave aplauso al desigual gigante
haciendo vienen majestad y estado,
a quien del rico manto rozagante
diez de ellas traen la falda de brocado;
el cortesano moro con semblante
alegre a recibirle fue admirado
de su extraña fealdad y la belleza
que en torno ciñe y cerca su fiereza.

32. Tomó en frente del moro rica silla,
y hablando en varias cosas le parece
el pomposo jayán sombra sencilla
que cada rato en su estatura crece;
la barba y cara, cana y amarilla;
mirar su escura altura desvanece,
que de la rica cuadra, desde el suelo,
tocar parece con la frente al cielo.

33. Así del viejo Atlante el bulto horrendo,
a vista de la górgona fiereza,
en hinchazón hidrópica creciendo,
en la luna fue a dar con la cabeza;
donde por el gran peso retorciendo
de la agobiada espalda de grandeza,
no hay signo en el zodíaco ni estrella
que no se pare a descansar sobre ella.

34. Es nuevo el caso y como tal le admira,
y más que todo la espantosa junta
de las dispuestas damas, en quien mira
medrosos rostros de color difunta;
ora sea que en las luces se retira
el bello lustre del matiz que apunta
al rosicler de la atezada cara,
cuando alumbra del sol la antorcha clara.

35. O que la escura noche con sus olas
los vivos resplandores les empaña,
o que del blando afeite en ellas solas
el ordinario deslumbrar engaña;
al fin, entre sus garbos y sus golas
la vista un no sé qué de horror extraña
entre aquella beldad, que, aunque escogida,
rastros descubre de beldad fingida.

36. Suspenso estaba en este asombro el moro,
cuando la horrible máquina que sube
a herir con su alta frente el techo de oro,
deshecha huyó como aparente nube;
saliendo de ella un celestial tesoro
a Diana semejante, cuando sube
caído el velo ya que la encubría,
a media noche contrahaciendo el día.

37. En la pomposa silla del gigante,
de su sombra nació una imagen bella,
tanto a su pensamiento semejante,
que viva pareció Galiana en ella;
y ardiendo en nuevo amor el tierno amante,
vida le era el oírla, y gloria el vella,
cuando al gusto de verla, y de oílla
se le añadió otra nueva maravilla.

38. Las tiernas damas que en diversas pintas
al alma por la vista abrían antojos,
cual cometas en luz de oro distintas
se huyen y van de los atentos ojos;
formando al aire unas doradas cintas
de sutiles vislumbres y arcos rojos,
como a las nubes vuela en sus centellas
nocturno incendio a deshacerse en ellas.

39. Así un bañado rostro en el ardiente
licor, que ya fue alegre, mostró ardiendo
en tibio fuego y luz resplandeciente,
la sutil llama va el humor bebiendo;
acaba de enjugarle y de repente,
sin negro humo ni sonoro estruendo,
en aire ya resuelta se derrama
del blando incendio la adorada llama.

40. Así aquella aparente hermosura,
que en humanas figuras se partía,
medallas de oro hecha la más pura,
rayos de fuego sin quemar fingía;
cuya dorada luz ya en sombra escura
desvanecida, al aire se volvía
cual relámpago ardiente, cuyo fuego
deja al que mira, al deshacerse ciego.

41. Quedose solo el hijo de Lanfusa
con la aparente imagen de su gusto,
ciega la vista, la atención confusa,
y en fuego ardiendo el corazón robusto;
buscando a tanta novedad excusa,
y al nuevo engaño el fundamento justo,
y cómo de aquél bien en que se sueña
parte pueda alcanzar grande o pequeña.

42. Parécele que viene, o se le antoja,
la bella toledana en su contento,
que aunque enojarse finge, no se enoja,
ni tiene a libertad su atrevimiento;
cuando en nueva se vio y mortal congoja
sobresaltado el ciego pensamiento
con nuevo antojo, que es la astuta Arleta
la que en lazos de amor sabroso aprieta.

43. Fue el miedo tal que despertó asombrado,
y en un valle se halló al pasar de un río,
entre matas de adelfa recostado,
al cielo abierto y al sereno frío;
tuvo por vano sueño lo pasado,
y si algo no lo fue, fue el desvarío,
que aun despierto y con luz, medroso sueña
de la maga sagaz de Fontidueña.

44. Sube a caballo y desdeñoso pasa
por medio el río profundo, cuando el día
alegre a coger sale de su casa
las mismas perlas que en las flores cría;
baja del monte a la campaña rasa
y del bosque salió por otra vía
una ligera cierva que llevaba
las alas de un arpón, con que volaba.

45. Parecióle mirada de repente
la que de azúcar vio de oro en un plato,
cuando a la luz de la delgada gente
cenar soñó y tener de gusto un rato;
creyó aquello por sueño, y lo presente
por la verdad de lo que vio en retrato.
Y así, «Sin duda esta corcilla brava
es -dijo- la que yo alcanzar soñaba».

46. Síguela con sus perros una diosa,
que de la luz del sol pareció hija,
sobre una blanca hacanea vistosa
que el viento la espolea y regocija;
conoció el moro a la princesa hermosa
que amor le ha puesto en la memoria fija,
la misma que al sabor del blando sueño,
aquella noche la aceptó por dueño.

47. Arrímale las piernas al caballo,
que de brioso no conoce espuela,
por correr tras su gusto y por gozallo
en el gallardo brío con que vuela;
Doce leguas corrió sin reportallo,
siempre llevando a vista la cautela
de la corcilla y dama, que engañosas
así los cursos truecan de sus cosas.

48. Hasta que al despeñarse a una quebrada
ligero se arrojó de los arciones,
pasando la feroz desenfrenada
bestia en ciegos traspiés y tropezones;
volvióse el moro a pie, y de la cañada
al subir los estériles terrones,
la cierva volvió a ver y a quien la sigue,
falsa beldad que su quietud persigue.

49. En corvas uñas de un león brioso
despedazada vio su blanca cierva,
corrió a quitarle el cebo apetitoso,
cuando del prado en la florida hierba;
ella garza se hizo, el león furioso
presto neblí que en diestra ala conserva
la primera intención y a todo vuelo
dándole fue regates hasta el cielo.

50. La infanta que siguio por todo el día
la cierva que ya es garza, en medio el prado
un revuelto peñasco parecía
en que ella y su caballo se han trocado;
dejó asombrado al moro lo que via,
y en duda si durmiendo o si encantado,
así ligero se le trueca y miente
lo mismo que en las manos toca y siente.

51. Toda la confusión de esta maraña
en un mágico cerco fingió Arleta
desde que metió al moro en la montaña
del sordo ruido de armas inquieta;
hasta las sombras en que aquí le engaña,
por apartar de su alma a la discreta
Galiana, y desterrarle de Toledo,
que tiene celos de él y de ella miedo.

52. Y por lograr su gusto en el extraño
y mágico aparato. Que hay quien diga
que en el fingido alcázar ciego un año
en su poder le tuvo y fue su amiga;
mas ni esto es cierto, ni un fingido engaño
tanto podía durar, ni la enemiga
maga más le tuviera que aquel día,
ni más firmeza en su inconstancia había.

53. Algunos otros por allí perdido
por cobrar se entretuvo a Clarionte,
y no pudiendo haberlo, desabrido
por la aspereza se emboscó de un monte;
y de una aldea en otra entretenido,
un día cuando el sol de su horizonte
tenía la cumbre y el cenit del cielo,
rayos de oro lloviendo y lumbre al suelo.

54. Por las ásperas sierras de Sigura,
entre altísimos pinos caminaba,
no lejos de una ciega gruta escura
que el claro Betis con cristales lava;
a una tajada peña cuya altura
silla a las nubes en sus hombros daba,
la ventura, que ya otra vez le guía,
cansado y sin pensar le sacó un día.

55. Está un castillo en esta oculta peña,
de un muro inexpugnable rodeado
entre el respaldo de una espesa breña
por mayor fortaleza incorporado;
el río que en duros riscos se despeña,
por el uno le cerca y otro lado,
con una angosta senda y puerta estrecha
de dos peñascos sin industria hecha.

56. El despeñarse del profundo río,
y el romper por los árboles el viento,
y de las aves con el blando frío
el dulce son y sonoroso acento;
templarle hizo á Ferraguto el brío,
y cansado de andar sin gusto, a tiento
su quietud desear, que es caso feo
no tenerla siquiera en el deseo.

57. No hay cumplido contento en suerte alguna,
¿Quién hay que con la suya esté contento?
Invidia el labrador la real fortuna,
y el rey al labrador su humilde asiento;
el viejo al que gorgean en la cuna,
el mozo lo que al viejo le es tormento,
el soldado la paz que al monje encierra,
y el monje piensa hallar paz en la guerra.

58. Al que labró el castillo esto bastaba,
mas al moro del mundo es poco el resto,
que no cabe en el puño la mar brava,
ni alma ambiciosa en tan estrecho puesto;
esto el valiente capitán pensaba
en una suspensión sabrosa puesto,
cuando al silencio del atento oído
de armas deshizo un bárbaro alarido.

59. Del raudo Betis el cristal huyendo,
que en duros riscos abre ancho portillo,
del ronco acero el temeroso estruendo
al que escucha no da lugar de oíllo;
mas ya en deseos de sangre el moro ardiendo
brioso sube al áspero castillo.
Después diré sus golpes, que ahora al fiero
dueño del firme muro decir quiero.

60. De esta alta fuerza hablaba peñascosa
el antiguo Yucef, cuando decía,
que de Bramante el alma desdeñosa,
loca de celos conquistado había;
de aquí a la tierra hacía guerra odiosa,
de aquí salía a robar y aquí volvía,
de insufribles desdenes retirado,
sin otra ley que la de un gusto airado.

61. Aquí de los enfados rebatido
de la adorada infanta de Toledo,
a vengar disfavores reducido
en loco antojo y bárbaro denuedo;
la tierra tiene y reino destruido
de su escabrosa condición el miedo,
corriendo un mismo riesgo en el camino
el rey y el remendado peregrino.

62. Cuarenta damas, de las más hermosas
que su crueldad halló, tenía robadas
o en asaltos y guerras peligrosas,
o con traidoras fraudes conquistadas;
estas le habian de asistir forzosas,
de ricas telas de oro aderezadas,
a un cruel servicio y débito ordinario,
o con forzado gusto, o voluntario.

63. Y por su antigüedad se iban llegando
a su lado, a su mesa y a su cama,
y no bien se acababa el día, cuando
puesta quedaba en libertad la dama;
y otra de nuevo en su lugar entrando,
para así alimentar la brutal llama,
y en este estilo por la injuria de una
no perdonar la fama de ninguna.

64. Con las doncellas esta ley guardaba,
bárbara condición, soberbio intento,
con que a su torpe parecer vengaba
su injuriado arrogante pensamiento;
de los que en cruel altar sacrificaba
a un ídolo de humana sangre hambriento,
poblaba de reliquias las almenas,
de sangre y tristes luminarias llenas.

65. Cada mañana hizo un sacrificio,
y cada tarde deslustró una dama,
sin dar segunda vista al torpe vicio,
ni proseguir dos noches una cama;
la caza era de día su ejercicio,
y no de fieras, más según es fama,
por las selvas, caminos y poblados,
caminantes cazaba descuidados.

66. Tenían la tierra despoblada y sola
sus asaltos y presas ordinarias.
La mauritana gente y la española
puesta al rigor de sus traiciones varias;
que por vengarse de una dama sola,
todas quiso que fuesen sus contrarias,
y en este intento el sin lealtad tirano
al moro hacía igual con el cristiano.

67. Injusta presunción, necio cuidado,
perder el propio por el gusto ajeno,
y pretender sin fe un amor forzado,
vacío de glorias y de enfados lleno;
mas ya el aragonés moro llevado
del ruido de armas por el monte ameno,
llegando fue a la temerosa roca,
que con las puntas en las nubes toca.

68. Por donde vió la senda más trillada
hasta encontrar subió la estrecha puerta,
entre dos firmes peñas asentada
de fuertes planchas de metal cubierta;
halló que por de dentro está cerrada,
el aguardar que le abran, cosa incierta,
y el ruido que en sus bóvedas sentía,
cuanto más se acercaba, más crecía.

69. Por pardos riscos y quebradas peñas
como pudo se fue acercando al muro,
buscando entre las rocas y las breñas,
para poder subir, lugar seguro;
cuando al profundo río dos pequeñas
ventanas hechas vio en un mármol duro,
y en triste suspensión a la una de ellas,
en forma de mujeres dos estrellas.

70. De las dos conoció que era la una
la bella Doralice granadina,
que como en cerco de oro blanca luna
su beldad resplandece peregrina;
dando en llorosos ojos de una en una
mil perlas sobre el agua cristalina,
con que el Betis soberbio al primer grano
a enriquecer los mares corre ufano.

71. «Nunca creí que tierra tan fragosa
guardara -dijo el moro- tal riqueza.
¿Acaso en esta roca venturosa
vive escondida al mundo la belleza?»
Entonces de las dos la más hermosa,
con nuevo llanto alzando la cabeza:
«No vive, dijo, en cárcel tan escura
sino la misma muerte y desventura.

72. »Huye, triste de ti, huye ligero
la infame tierra y el lugar odioso,
si no te amarga el mundo venidero,
y como a mí el vivir te es enfadoso;
que aquí no habita sino un monstruo fiero,
y con él los que el cielo riguroso,
por el castigo de sus culpas echa
a morir en cadena tan estrecha».

73. «Señora -dijo el moro- a los decretos
del justo cielo no hay defensa alguna,
el toque y prueba de ánimos perfetos
son las contrarias vueltas de Fortuna;
mas si de este castillo los secretos
sabéis y sus entradas, mostradme una,
que ver vuestro dolor me ha persuadido
poder serviros y el favor que os pido».

74. «El muro -dijo Doralice- es hecho
cual veis, de argamasada piedra viva,
no os pongáis, caballero, en tanto estrecho,
buscad otra ocasión menos esquiva;
el entrar por ahora es sin provecho
y mucho el riesgo que la entrada os priva,
si ya con vos vinieran otros cientos,
aun fuera temerario arrojamiento».

75. «En poca deuda os soy -respondió el moro-
pues mi honra os debe menos que mi vida.
Dejadme entrar, que al cielo en quien adoro,
si me quiere guardar, no hay quien lo impida;
si esos suspiros, si ese triste lloro
no son, cual pienso en vos, cosa fingida,
a trueco de enjugar ojos tan bellos,
pequeño riesgo es el morir por ellos.»

76. «Ya eso -le respondió la dama bella-
a más me obliga que a os negar la entrada,
si lo que el cielo no permita en ella
vuestra temprana muerte está guardada;
mas si con tanto gusto os vais tras ella,
deshaced esta reja con la espada,
y tendremos al fin quien en tal pena
a arrastrar nos ayude esta cadena.»

77. Así la mora dijo valerosa,
no creyendo que el fuerte sarracino
con la espada rompiera la espantosa
reja y del duro acero el temple fino;
mas cual de cera azul pasta amorosa,
toda del primer golpe al agua vino,
y Doralice viendo el hecho altivo,
temió que fuese Rodamonte vivo.

78. Entró a un jardín vestido de frescura,
donde con otras vio la dama bella,
que en triste llanto envueltas y hermosura,
a su pesar se entretenían con ella;
contáronle el rigor de su clausura,
el desgraciado curso de su estrella,
las leyes del castillo en que se halla,
y por sospechas la cruel batalla.

79. De allí pasó, entre andenes retocados
de rosicleres, donde en golpes fieros,
de treinta alarbes brazos rodeados,
se combatían dos bravos caballeros;
los almetes y escudos destrozados,
los bríos y los ánimos enteros,
de ardiente sangre y de furor cubiertos,
y el estrecho palenque de hombres muertos.

80. Mirábalos Bramante ardiendo en ira,
que no quiere humillar su brazo fuerte,
y por no herirlos, de dolor suspira,
y ellos por no poderle dar la muerte;
Ferragut, que al notorio agravio mira,
por la canalla vil se entró de suerte,
que de su ira los rayos más pequeños
verdades fueron y parecen sueños.

81. Del primer golpe derribó un guerrero,
y del segundo al que tras de él venía,
del tercero también cayó el tercero,
que al cuarto y quinto les sirvió de guía;
el sexto hizo igual con el primero,
y el séptimo a buscar al sexto envía,
y al fin de las primeras diez heridas
a sus pies derribó otras tantas vidas.

82. Y no el jayán con esto satisfecho,
llama lanzando por los ojos viva,
a uno rabioso rompe y rasga el pecho,
otro hiere, otro mata, otro derriba;
otro menudas piezas deja hecho,
y un golpe a dos y a tres de vista priva,
a este barrena a esotro descabeza,
y al otro lo desmiembra pieza a pieza.

83. Cual rayo en nube ardiente congelado,
ya rebatido del contrario hielo,
de roncos truenos y furor cercado,
rompiendo sale con su furia el cielo;
si de la roja mies fértil sembrado
tierno se ofrece a su violento vuelo,
las cañas arden, huyen los pastores,
y el mundo tiembla al ver sus resplandores.

84. Nadie juzgara que de brazo humano
pudieran proceder golpes tan fuertes,
ni que una limitada y mortal mano
diese en tan breve espacio tantas muertes;
y tú también, oh bárbaro inhumano,
que tu presente destrucción adviertes,
de tu arrogante pecho el primer brío
tibio siente el calor y el fuego frío.

85. El bravo aragonés aun no cansado
del cruel destrozo que a sus pies tenía,
tras las flacas reliquias que han sobrado
cual lobo entre corderos discurría;
hasta donde el gigante retirado,
contemplando el estrago que hacía,
tal despecho y dolor en su alma siente,
que se deleita en ver morir su gente.

86. Cual de la ardiente Libia león herido
del dardo cruel que el Nasamón le tira,
en fuego de venganzas encendido,
la cola hiere y con su herir se aira;
y al puesto y al lugar más defendido
con atrevidos pasos se retira,
y sustentando allí la inútil plaza,
las lanzas quiebra y flechas despedaza,

87. Así el jayán, de su furor llevado
al encuentro salió al moro valiente,
ya de vengar en él determinado
el sangriento destrozo de su gente;
y un corvo alfanje en alto levantado
del yelmo altivo el gran dragón luciente,
que iba entre plumas con pomposo vuelo,
todo del primer tajo vino al suelo.

88. Dos pasos volvió atrás desacordado,
dando traspiés del golpe recibido,
que a no ser cuerpo y armas encantado,
le diera en dos mitades dividido;
mas no tan bravo el escorpión pisado,
ni con tanta presteza deja el nido,
como el moro acudió a vengar su injuria,
más del honor herido que otra furia.

89. Y sobre el acerado y ancho escudo
al descortés jayán dio tal respuesta,
que a pesar de su fino temple pudo
del yelmo hallar la relevada cresta;
y a no torcer la espada el filo agudo,
la vida en riesgo le dejara puesta,
que así entró rebanando, cual si fuera
por un delgado estaño o blanda cera.

90. Mas no quitó al gigante belicoso
nada de su opinión del golpe fiero,
que antes volvió al combate peligroso
con mayor arrogancia que primero;
y un mandoble acertó tan poderoso
del limpio escudo en el grabado acero,
que en el suelo quedó el mayor pedazo,
y en la fama la invidia de tal brazo.

91. Y dando y recibiendo de esta suerte
mortales golpes de uno y otro lado,
de los dos el más flaco y menos fuerte
a su enemigo tiene acobardado;
cada cual quiere rescatar su muerte,
o con ella alcanzar crédito honrado,
y este ha de ser, según que la honra ordena,
comprar la vida con la muerte ajena.

92. Bramante su ardiente ira desenvuelve,
y los pesados golpes dobla y carga,
ya de esta parte, ya de la otra vuelve,
y aquí la tempestad y allí descarga;
mas su contrario en uno se resuelve
de averiguar por si brega tan larga,
y con reportación templando el brío
en mil no acierta a dar uno en vacío.

93. El suelo de armas y de horror cubierto,
y ellos por todas partes desarmados,
dando y sufriendo golpes sin concierto,
de sangre están y de sudor bañados;
un tajo Ferragut en descubierto
en uno le alcanzó de dos costados,
cuyo rigor y desigual destreza
ir dando de ojos le hizo larga pieza.

94. Y a no ser de tan fino temple hecho
el rico arnés con sola esta herida
el agravado reino satisfecho
quedara, y el gigante sin la vida;
pero le faltó entrar con pie derecho,
y así salió la espada rebatida,
aunque a pesar del sobrepeto grueso
el penetrante golpe llegó al hueso.

95. Nunca sierpe se vio tan espantosa
como a este tiempo el desleal Bramante,
ni ánimo de arrogancia tan briosa,
que no duele ponérsele delante;
y él cual la mar bramando tenebrosa,
alterada de un áspero levante,
con ambas manos al alfanje aferra,
para dar de una vez fin a la guerra.

96. Hizo ademán el moro de esperarle
a la menguante sombra de su escudo,
y él con tanto furor bajó a buscarle,
que mal ejecutar su golpe pudo;
mas el diestro español al desviarle
la espada así encarnó su filo agudo,
que entre el reparo y el salir de tajo,
una pieza le echó del hombre abajo.

97. Segundóle al pasar otra herida,
y otra y otra dobló más peligrosa,
y entre una y otra malla desmentida
una punta halló puerta sabrosa;
pudiera por allí salir la vida
a encarnar más la espada venturosa;
y contestose con dejar caliente
de roja sangre una copiosa fuente.

98. No pareció a Bramán caso seguro
brío esperar a tanta gallardía,
ni de sus planchas ni su temple duro,
ni de su fuerza ni su maña fía;
parécele ya estrecho el ancho muro
que antes un mundo entero no temía,
y nada sano el combatir ligero,
si es, cual parece, su contrario acero.

99. Mas ya en rabiosa cólera encendido,
los golpes redoblando sin concierto,
a no ser encadenado el combatido,
de cualquiera quedara de ellos muerto;
está fuera el gigante de sentido;
que un monte hubiera con su espada abierto,
y halla a su contrario más constante
que a un tierno vidrio un muro de diamante.

100. No sabe por qué vía aprovecharse
de enemigo tan fuerte y poderoso,
ni cómo con su cólera vengarse,
pues vengarse o morir le es ya forzoso;
al fin, como no puede reportarse,
ni su espada hacer un lance honroso,
resuélvese en cogerle entre los brazos
y allí hacerle a su placer pedazos.

101. Con nudos mil le ciñe y le recoge,
y de su maña y fuerza se aprovecha,
ya se entra, ya se aparta, ya se encoge,
ya en la lucha se empina, ya se estrecha;
ya de los hombros con furor le coge,
y aquí y allí le vuelve y le desecha,
bien que así Ferragut su fuerza alienta,
que en igual peso el gran tesón sustenta.

102. Largo rato anduvieron forcejeando
con pertinaz porfía y fuerza extraña,
perdiendo tierra a veces y ganando,
ya las fuerzas probando, ya la maña;
las vueltas de fortuna exprimentando,
que al vanamente confiado engaña,
y al loco con favores desvanece,
y al atrevido ensalza y favorece.

103. De la prolija lucha ya enfadado,
hizo pie el de Aragón en un recuesto,
y de un vaivén sin maña y tiempo dado
su enemigo de sí echó descompuesto;
y él de su misma furia arrebatado,
sin pensar se halló en el suelo puesto,
y Bramante en sus pasos tropezando,
largo trecho tras de él fue trabucando.

104. Más sin mostrar ni sombra de recelo
que pudiese agraviar su fortaleza,
bramando al aire y escupiendo al cielo,
de nuevo la cruel batalla empieza;
y la espada esgrimiendo en raudo vuelo
a dos manos de encima la cabeza,
con tal furor desciende y tal ruido,
que dejó a su contrario sin sentido.

105. Y otro y otro segunda, y otros ciento
así apriesa, que un yunque de diamante
no resistiera el fuerte movimiento
del desabrido hermano de Morgante;
y el de Ulid con enfado y corrimiento
de verse así tratar bravo, arrogante,
contra el firme enemigo que le enoja
el roto escudo y la paciencia arroja.

106. Tembló el Córcega infiel al grito fiero
que el de Aragón bramó determinado
de dar a sus porfías el postrero
y último golpe a lo que había empezado;
no se vió rostro ni semblante entero,
ni corazón de veras reportado,
que del general miedo el pasmo frío
al rostro hurtó el color y al pecho el brío.

107. Y él con la gallardía acostumbrada
y firme pulso que su brazo encierra,
la peligrosa relumbrante espada
con ambas manos afrentado afierra;
y a dejar en su filo averiguada
su clara fama y la dudosa guerra,
sobre el ya temeroso rey Bramante
bajo el aire cortando resonante.

108. No en ademán más vivo y más gallardo
Júpiter sobre Encélado levanta
la altiva diestra cuyo ardiente dardo
a todo el mundo y no al gigante espanta;
cuando el Etna encendido a su resguardo,
desde la cumbre tiembla hasta la planta;
que ya de Doralice el nuevo amante
la espada alzó contra el sensual gigante.

109. Y en tan lleno furor bajó derecho
el filo agudo por el aire blando,
que escudo, brazo, yelmo, rostro y pecho
las entrañas y el vientre palpitando;
dos partes el gran corso quedó hecho,
y en medroso silencio resonando
por las doradas bóvedas corriendo
un rato el eco fue del golpe horrendo.

110. Así rayo veloz al viejo encino,
que antes servía de sombra a todo un llano,
al suelo arroja en trueno repentino,
y el eco asorda al valle comarcano;
vuelve medroso huyendo del camino,
el que a su abrigo va a ampararse en vano,
tiembla el pastor, el segador se admira,
y el dueño del rastrojo calla y mira.

111. Tales los circunstantes admirados
dejó el no visto golpe poderoso,
de asombro los contrarios retirados,
y de miedo encogido el más brioso;
los dos que Ferragut halló cercados
en trance sin su ayuda peligroso,
ya libres en pomposa vanagloria
el parabién le dan de tal victoria.

112. El grave Estordián, rey granadino,
era de ellos el uno, otro el anciano
Galirtos, rey de Alora, su vecino
de edad madura y corazón lozano;
que en seguimiento al robo peregrino
que Braman hizo a un bosque comarcano,
en Dolarice por librar su daño,
al riesgo entraron del castillo extraño.

113. Más ya dejando libre la guarida,
antes de tantos prisioneros llena,
la tierra en su quietud restituida,
libre se vio de sobresalto y pena;
y la Argentaria sierra antes temida,
rota ya del tirano la cadena,
se llamó con el nombre que hoy le dura
de esta seguridad sierra Segura.

114. Cada uno desde allí tomó el camino
que más a su propósito hacía,
este a su patria, el otro a su destino,
conforme el fin o el gusto que le guía;
el amante de Arleta al granadino
hasta su reino hizo compañía,
y Galirtos también lleno de antojos
tras Doralice, y sus alegres ojos.

115. Fue rey de aquellos siglos celebrado
Galirtos por vejez y alma altanera,
alegre el rostro, el cuerpo avellanado,
los ojos vivos, la facción severa;
ya los dientes la edad le había robado,
y no la libre lengua palabrera,
porque en sus amorosas ocasiones,
lo que en gusto faltare, dé en razones.

116. Había gozado ya de la influencia
suave de los seis planetas de oro,
y en la helada decrépita cadencia
la marchita vejez del cauto moro;
en el periodo andaba y la presencia
del frío Saturno en quien está el tesoro
de gravedad, de peso y de juicio,
que en otros es virtud y en él es vicio.

117. Era de universal gusto notado,
de antojadizo amor sin fundamento,
libre por rey, por hablador cansado,
y por amante la región del viento:
¿Qué torpe mudo no será cansado,
O qué largo hablador dará contento?
¿O a quién no cansa, si al extremo toca,
o el hablar mucho, o nunca abrir la boca?

118. Pues de este rey, ya amante temerario,
a Doralice sigue el gusto entero,
y por el mismo trae de ordinario
un enano sutil por escudero;
en gesto seco, en el vestido vario,
en la habla un millón, en bulto un cero,
en orgullo jayán, y el cuerpo todo
como de la encogida mano al codo.

119. Tratando en risa su persona apuesta
el cid aragonés y el granadino,
al sombrío cruzar de una floresta
el enfado engañaban del camino;
que menos ocasión y causa que esta
lo suele hacer y el bulto peregrino
del pequeñuelo enano, en lo restante
para ocupar el tiempo fue gigante.

120. Que su dueño que hablara sin cansarse
más que una ciega Babilonia entera,
y ahora el nuevo placer le hace extremarse,
que la alegría de suyo es gran parlera;
por mostrar su elocuencia y señalarse,
volviendo por su enano una quimera
ingeniosa inventó y con regocijo,
corriendo el freno a su caballo, dijo:

121. «No es este humilde enano el más cenceño,
ni el menor que en su género ha nacido,
que ya conozco yo otro más pequeño,
de menor cuerpo y más entremetido;
aunque de fuerzas tales que a su dueño
tras sí por los cabellos lleva asido,
con ser tan chico, breve e imperfecto,
que este fuera gigante en su respeto.

122. »Y pues es engañar los pensamientos
alivio del espíritu cansado,
y divertirse en agradables cuentos
el camino hacer menos pesado;
yo, si ahora a escucharme estáis atentos,
en un discurso quiero moderado
contar la heroica historia de este enano
que los gigantes vence por su mano.

123. »Veréis en su discurso la inconstancia
del tiempo y las mudanzas de la vida,
donde en un punto suele la arrogancia
mayor verse agotada o divertida.
¿Quién tuvo hasta su fin perseverancia?
¿En quién una ocasión recién nacida
no supo despertar nuevos antojos,
y hacer pechera el alma de los ojos?

124. »De la inconstancia humana harto nos cuenta
el desmembrado cuerpo de Bramante,
que ayer a su insaciable alma sedienta
un mundo sensual no era bastante;
mas cuando el cielo viene a tomar cuenta
a una obstinada vida semejante,
suele abreviando plazos en un punto
dar el castigo y la amenaza junto.

125. »¿Quien presume de sí, quien se gloría
de ánimo invicto y pecho generoso,
si su pasión no vence? ¿en qué se fía,
aunque de un mundo salga victorioso;
aunque de la hiperbórea gente fría
hasta el ardiente mauro polvoroso
se oya su voz y tomen de ella leyes
los caspios cetros, y los indios reyes?

126. »Tener espada, brazo y fortaleza
para enfrentar los duros garamantes,
dejándose vencer de su torpeza,
ni es valor, ni sus fuerzas importantes;
mas, oh monstruo sin ley cuya braveza
los reyes doma y vence a los gigantes,
¿quién sale de ti libre, Amor tirano,
goloso azar del apetito humano?

127. »¿Quién puso tu república en la tierra
con ley tan inviolable y rey tan bruto,
que ni en él paz se halle, ni en la guerra,
hidalgo que lo sea a su tributo?
¿Qué fuerza es esta, Amor, que en sí se encierra?
¿Quién te hizo en poder tan absoluto?
¿Cuál es tu origen, cuál tu fuerza y cuáles
los lazos con que enredas los mortales?

128. »¿Eres deidad, Amor, o eres quimera
recibida del vulgo en sus engaños?
¿Es tu fama fingida o verdadera?
Néstor del tiempo, niño de mil años;
un grave cuento de su edad primera
en la mía aprendí con los extraños
sucesos que hay en él, en quien consiste
el todo de quien eres y quien fuiste.

129. »En medio un claro mar, que al alba bella
del día le abre la primer ventana,
debajo de la más feliz estrella
que vida al mundo y resplandores mana;
una isla tiene asiento y dentro de ella
cuanto bien cabe en la codicia humana,
tan florida y tan llena de tesoro,
que es puesto a su riqueza pobre el oro.

130. »Libre de pecho, de tributo exenta,
de hidalgos linajes habitada,
donde en vida pacífica y contenta
segura un alma vive y descansada;
de gusto aquí el más pobre se sustenta,
ni cárcel hay, ni impedimento en nada,
su nombre es luz de un sol resplandeciente,
tierra de libertad de libre gente.

131. »De esta parte del mundo no ha salido
ni hecho triste ausencia el siglo de oro,
todo como al principio está florido,
sin turbios aires, ni importuno lloro;
Aquí solo el contento se ha escondido,
y el erario del bien y su tesoro,
cuanto se libra aquí todo es bonanza,
sin recelos ni sombras de esperanza.

132. »Por frescos prados de un abril eterno,
todo vestido de inmortal verano,
mil libres almas con acento tierno
canciones siembran por el aire vano
y ajenas de enojoso y turbio invierno,
frescas guirnaldas tejen de su mano,
con que del todo libres y gozosas
salen, sino es del tiempo, victoriosas.

133. »Solía esta alegre tierra deleitosa
ser rica población, reino potente,
que como de regalos abundosa,
ya fue buscada de infinita gente;
mas, después que con mano poderosa
Amor, que es enemigo diligente,
a surgir acertó en su primer puerto,
la dejó hecha un páramo desierto.

134. »Sin él corren su costa de ordinario
crueles piratas, varios salteadores,
que en triste sujeción y yugo vario
encadenan sus libres moradores;
la ambición es aquí feroz corsario,
los intereses grandes robadores;
la hambrienta codicia en mil derrotas
ha hecho a nuevas Indias grandes flotas.

135. »Estas son y otras vanas pretensiones
las que este noble reino han desflorado;
quien a mí me sacó de sus rincones,
de amor fue un rico pensamiento honrado;
con dos ojos me puso mil prisiones,
ellos me han de esta tierra desterrado,
por vos sin libertad mis ojos vivo;
que yo libre nací aunque soy cautivo».

136. Esto a su alegre cuento fabuloso
vuelto añadió a la bella Dolarice,
con un grave recato cauteloso,
porque a nadie su amor escandalice;
mas todos ven del viejo rey celoso
a quien el mote y la lisonja dice,
y riendo su loco pensamiento,
él ríe también a bulto y sigue el cuento.

137. «Esta tierra inmortal o mortal cielo,
de una libre señora era regida,
que, aunque sin experiencia, a todo el suelo
su gusto y parecer daba medida;
es ley, es arancel, corte y modelo
de los pasos y efectos de la vida,
que ahora sea justo, ahora injusto,
nada se hace fuera de gusto.

138. »O sea hecha de gana, o sea forzado,
o sea por interés, o por contento,
si ella no lo decreta, es excusado
que la obra llegue a colmo y cumplimiento;
es tan señora en todo lo criado,
que aún enfrena y corrige el pensamiento,
con ser el ave que entre las del suelo,
más suelto tiene y desenvuelto vuelo.

139. »Su nombre es Voluntad, niña hermosa,
y de su natural bien inclinada,
aunque el ser moza, tierna y poderosa,
dejarla suele a veces engañada;
estimando su vista codiciosa
por oro lo que es píldora dorada,
y por regalo, vida y por deleite,
la fea muerte entre un fingido afeite.

140. »El Amor con la flecha de la Fama
de esta gallarda niña fue herido,
y como es fuego con su misma llama,
fácil de un nuevo amor quedó encendido;
ya suspira, ya llora, ya se inflama,
¿Lo que hace sentir, ha ya sentido
alguno quizá? -Dijo vuelto al cielo-
Mueras, traidor, cual muero, sin consuelo.

141. »Padece, llora, experimenta y gusta
de tu llanto y dolor, muerte y tormento,
que es justo premio de venganza justa
un tal castigo para un tal intento;
si hay cuchillo de fuerza más robusta,
sea el verdugo Amor de tu contento;
porque entre ese dolor, rabia y discordia,
aprendas a tener misericordia.

142. »Así el niño padece y con su fuego
sin poderlo apagar, queda apagado,
desea su quietud y teme luego
el hallarse con ella y sin cuidado;
si se anuda la venda queda ciego,
si descubre los ojos deslumbrado,
busca remedio y luego no le quiere,
y por lo mismo que aborrece muere.

143. »Ya recostado entre tempranas flores,
y allí redes y lazos disfrazando,
ya entre doradas nubes sus amores,
por mayor inquietud suya mirando;
nuevas maneras de alcanzar favores
para su nuevo menester trazando,
y en todas sin provecho desvelado;
que aún ignora la dama su cuidado.

144. »No halla senda a su mal, no halla camino
para salir de dudas y opiniones;
que siempre es el amor, si es amor fino,
largo en el padecer, corto en razones;
al fin tentar ventura le convino,
o morir anegado en sus pasiones;
un paje tiene Amor, grande instrumento
de aclarar cosas, dicho Atrevimiento.

145. »Es hablador agudo y desenvuelto,
propio para llevar y traer mensajes,
de encogidos temores libre y suelto
aun con los más compuestos personajes;
sin empacho, colérico, resuelto,
claro, sin encubiertas ni celajes,
y tal cual menester lo había Cupido,
para aclarar sus dudas escogido.

146. »A este le descubrió su pensamiento,
y él a los libres ojos de su dama,
que como libre hizo el sentimiento
y escudo de la excusa de su fama;
quedó corrido el paje sin su intento,
y su dueño más dentro de su llama
crece su mal y agrava su querella,
más que el dolor no ver la causa de ella.

147. »Que a un rico alcázar de inmortal diamante,
de la Prudencia y la Razón labrado,
por medrosas sospechas de su amante
la libre Voluntad se ha retirado;
conociendo el amor no ser bastante
a tanta fuerza un niño desarmado,
destruir quiere la enemiga tierra
comprando alegre paz con triste guerra.

148. »Quiere juntar ejército famoso,
descubriendo con esto su potencia,
y vencedor en pecho generoso
usar con los rendidos de clemencia;
de ociosos pensamientos un ocioso
escuadrón traza flaco en resistencia,
y en dar asaltos y armas tan cursado,
que trae al enemigo desvelado.

149. »Este quiere formar que a la victoria
con él hallar no piensa impedimento,
deja la libre tierra de su gloria,
y va sin ella sobre el blando viento;
en amistad de sola la memoria,
verdugo cruel de un triste pensamiento,
haciendo mil potajes al sentido,
amargo el más sabroso y desabrido.

150. »Tiene el Amor una famosa amiga,
dicha Solicitud o Diligencia,
grande negociadora en su fatiga,
y un águila en cualquiera competencia;
de torpe ociosidad cauta enemiga,
de gran ventura y mucha suficiencia.
Esta quiere el Amor por diligente,
le junte ocioso ejército de gente.

151. »Sale a buscarla con tendido vuelo,
vuelve y revuelve en este mil regiones;
puesta en solicitar cosas del cielo,
creyó hallarla en varias religiones;
que sin curar de pretensión del suelo,
escogería honradas pretensiones;
pero desengañole la experiencia,
que el olvido halló por diligencia.

152 . » "No voy bien por aquí -dijo Cupido-
¿Quién ha el confuso mundo hechizado?
¿Con qué engaño el descuido se ha escondido
en el lugar del principal cuidado?
Si en causa tal, si en bien tan escogido,
rastro de diligencia no he hallado,
¿Dónde la encontré? ¿Con qué artificio
a la virtud se la ha usurpado el vicio?"

153. »Dijo, y dando la vuelta, sus pisadas
sobre la arena estéril halló impresas,
conociolas y en ellas ir guiadas
a livianas y frágiles impresas;
y siguiendo su rastro, marañadas
las halló en pretensiones tan aviesas,
que sospechoso dijo y admirado,
"O yo por aquí voy o el mundo errado."

154. »Llegó en esto a su reino, y en su casa
nueva le dieron de ella sus amantes,
y de allí con el rastro fresco pasa
a ver los cortesanos negociantes;
donde su imagen vio sembrando brasa
de ambición en materias disonantes,
de avariento interés, de honra y de amores,
y nuevos oficiales de señores.

155. »Con vanas cortesanas reverencias
en nuevos pretensores convertida,
tan largos de esperanzas y conciencias,
que no los ceñirá una eterna vida;
aquí el amor halló dos diferencias
de edades, una larga, otra ceñida,
saliendo entre los cargos y descargos
la vida corta y los negocios largos.

156. »Aquí la Diligencia embarazada
en cosas de livianos pensamientos,
su pretensión y pena declarada,
"Cumplirás -dijo- Amor, nuestros intentos;
recoge entre esa gente más granada
sus livianos y ociosos pensamientos;
que estos son, dando yo la batería,
mi mayor munición y artillería."

157. »Dijo, y en vano vuelo, a ver las damas
de la Solicitud, pasó a palacio,
donde encendiendo impertinentes llamas,
ocioso y libre se quedó de espacio;
durmióse Amor aquí entre verdes ramas
de un trébol siempre en flor, marchito y lacio,
y al despertar al aire de una toca,
quedóse entre los ojos y la boca.

158. »No fue la Diligencia perezosa
en juntar grueso ejército a Cupido,
que también hay en corte gente ociosa
que alcanza y goza de lo más florido;
el señor, el galán, la dama hermosa,
el paje, el caballero entretenido,
todo es ociosidad, solo desea
el rey quietud y tiempo el que pleitea.

159. »No tiene tasa; número, ni cuenta
la ociosa gente y pensamientos vanos,
que en la corte juntó para su intento
la Diligencia de los pies livianos;
ni cercan tantos átomos el viento,
ni a todo el mar de arena tantos granos,
como la torpe Ociosidad pesada
vanos soldados trajo a esta jornada.

160. »Ocupada en jugar con un ventalle,
y ver quién pasa, vuelve, cruza o mora,
bostezando a la puerta de la calle
la Diligencia halló a su contendora;
digo a la Ociosidad floja de talle,
de ajenas vidas gran trasechadora,
y allí con ella, que a su lado asiste,
el Hambre ayuna y la Pobreza triste.

161. »Y no fue poco que a la Diligencia
ociosidad obedeciese en algo,
porque suele huir de su presencia
cual presta liebre del hambriento galgo;
mas el amor, a cuya omnipotencia
no hay reino libre ni solar hidalgo,
juntó estos dos extremos que ya vemos
que siempre anda el amor por los extremos.

162. »Y en una nueva flota de ocasiones
embarcada la gente llegó un día
a vista del castillo y los balcones
donde la honesta Voluntad vivía;
y abreviado de tiempo y dilaciones,
a jugar comenzó la artillería,
con tal carga de vanos pensamientos,
que el alcázar tembló por los cimientos.

163. »La Ociosidad, que aquí no andaba ociosa,
puso en la primer torre su bandera
de la imaginación, dama ingeniosa,
y de sus armas frágiles frontera;
era esta estancia, más que fuerte, hermosa,
por de dentro pintada y por de fuera,
de fábulas, que el verlas enamora,
que es la imaginación grande pintora.

164. »Rendida esta primera fortaleza,
más recia comenzó la batería,
hasta entrar el alcázar de Firmeza
en que la libre Voluntad vivía;
allí la Ociosidad con su torpeza
inficionó cuanto en la torre había,
y de la reina un consejero honesto
en tinieblas dejó y prisiones puesto.

165. »Y alcanzada con esto la victoria,
la libre Voluntad quedó rendida,
y el Amor al despojo de su gloria
en triunfo vino y majestad debida;
en carro de alegría transitoria,
una S en cada rueda retorcida,
que todas dan un amador perfecto,
solo, sabio, solícito, secreto.

166. »Era el triunfante carro de unos lejos
por tan nuevo artificio dibujados,
que mientras que se miran mas de lejos,
más perfectos se gozan y acabados;
de cerca son rasguños mal parejos,
como al descuido y sin concierto dados,
y ya vueltos de espaldas son de suerte,
que no es más fea de mirar la muerte.

167. »Y no tiraban la carroza hermosa
tigres, águilas, fieras, ni dragones,
mas con una igualdad maravillosa
cuatro ninfas de raras perfecciones;
que era cualquiera de ellas poderosa
tras el carro llevar mil corazones,
la Gracia, Discreción y Gentileza,
y la Hermosura, frágil de cabeza.

168. »La Gracia de mil visos parecía
hecha de un no sé qué tan agradable,
que sin saber decir a qué sabía,
a todos gustos era deleitable;
hacía tan a compás cuando hacía,
con tanta sal y rostro tan afable,
que encendía el corazón en vivo fuego
de unas centellas que se acaban luego.

169. »La Discreción en todas ocasiones
dama noble, compuesta y corregida,
en gusto, en trato, en obras, en razones,
es un compás de amor, regla y medida;
sin melindre, doblez, ni afectaciones,
clara, afable y con nadie desabrida,
solo le hallo yo un inconveniente,
que es huir demasiado de la gente.

170. »Las otras, Hermosura y Gentileza,
en los talles iguales y en la vida,
si la edad no estragara su belleza,
no viera el mundo cosa más florida;
de ellas toma el Amor su fortaleza
con que a la de Sansón deja vencida;
y a ellas el solo Tiempo las empece,
que en aire las consume y desvanece.

171. »De estas cuatro hermosísimas doncellas
el carro del Amor fue arrebatado
hasta el alcázar, donde todas ellas
presa la libre voluntad le han dado;
y como el Sol en medio sus estrellas,
el trono de placeres rodeado,
triunfante saca amor su invicta lanza,
coronada de flores de esperanza.

172. »Pero llevole la guirnalda el viento,
que en su casa no hay bien que sea fundado,
y supo que con nuevo encantamiento
el Interés había tiranizado;
de un golpe el frágil reino del contento,
y allí en un auto público sacado
por afrenta mayor, su estatua al vivo,
para venderlo al mundo por cautivo.

173. »Fuele forzoso al rey de los amores
ir en persona a castigar la afrenta,
y el daño que en sus fieles servidores
del Interés causó la gula hambrienta;
y a su dama cercada de dolores
dejó sin alma, sola, y descontenta,
con la Memoria y la Esperanza ardiendo,
una labrando y otra entreteniendo.

174. »Tiene una dama Amor por enemiga,
ciega, invisible, y jamás parece,
que enluta el corazón, cansa y fatiga,
y todo con su sombra lo oscurece;
unos Ausencia quieren que se diga,
otros infierno donde amor padece,
mas yo la llamo en pena de sufrilla,
de los sueños de amor la pesadilla.

175. »Esta luego que Amor dejó su casa,
la reina puso en ásperas cadenas,
donde le daban el placer por tasa,
y el tormento y dolor a manos llenas;
comidas frías y de mano escasa,
gustos pasados y presentes penas,
desabridos potajes de memoria,
que siempre amarga la pasada gloria.

176. »De esto y de la frialdad de la posada,
el gusto le estragó cierta tibieza
de un frío y calentura acompañada,
y dolores de estómago y cabeza;
causaba el frío la comida helada,
aceda, sin sabor ni fortaleza,
y una tibia Esperanza que acudía,
la calentura a ratos le encendía.

177. »El Tiempo que es un médico famoso,
bálsamo universal de pesadumbres,
viendo el mal de la reina peligroso,
de la ausencia causado y sus costumbres;
y que ningún emplasto provechoso
sus yerbas pueden dar ni sus legumbres,
que el gusto encienda y resucite el brío,
porque son frías y su mal es frío.

178. »Determinó buscar por otra vía
remedios que darle, si alguno alcanza,
y casi de hallarlos desconfía,
viendo estar ya sin pulsos la Esperanza;
hasta que supo al fin donde vivía
una inquieta mujer dicha Mudanza,
encantadora, bruja y herbolaria,
y en todos tiempos y horas gran voltaria.

179. »No fue Circe tan mágica hechicera
cuando en fieras los hombres convertía,
ni en la mar tan mudable y tan ligera
la blanca espuma que en las peñas cría;
ni así tan presto el camaleón se altera,
ni las sombras se mudan en un día
más veces, ni la luna, el agua, el viento,
ni el tiempo que es un puro movimiento.

180. »Este espíritu vario, si es decente
dar a quien no sosiega donde viva,
su casa tendrá hecha en la corriente
de algún raudal sobre la espuma altiva;
o allá en las Amazonas, que es la gente
de su trato y su ser menos esquiva,
que al fin ella es mujer y ellas mujeres,
y amigas todas de mudar placeres.

181. »Allí el tiempo la halló, que otro ninguno
según es de mudable la alcanzara
y habiendo consultado el importuno
mal de la ausente reina ilustre y clara;
el remedio que vio más oportuno
fue darle una poción, ¡bebida rara!
que para otro tal caso había traído
la noche antes del río del olvido.

182. »Con esto se acabó en encantamiento,
y la reina cobró salud cumplida,
nuevos ojos el ciego Entendimiento,
y la Razón nueva alma y nueva vida;
y todos de común consentimiento
vuelta para la patria dan querida
de alegre libertad, por un florido
prado en que siempre duerme el flojo olvido.

183. »Iba delante la Razón guiando,
y rogándole el diestro consejero
que no volviese el rostro atrás mirando,
porque es volver el rostro mal agüero;
así al músico Orfeo avino, cuando
segunda vez perdió su amor primero.
De mirar se han seguido mil enojos,
y a ningún ciego han hecho mal los ojos.

184. »Mas si es la Voluntad siempre enemiga
de obedecer ajenos pareceres,
la Privación de suyo da fatiga,
y mayor en antojos de mujeres;
y así la reina, porque no se diga
que mira y sigue más que sus placeres,
volvió los ojos sin tener paciencia,
ni sujetarse a leyes de obediencia.

185. »Volviolos y cubierto vio de flores
a sus espaldas un vistoso prado,
y en ventanaje de oro y miradores
un alcázar real sobre el labrado;
un cierto no sé qué de sus amores
el aire pareció que le había dado,
y que entre aquellas yerbas florecía
de sus pasados gustos la alegría.

186. »Agradole del campo la frescura,
y antojósele en él pasar la siesta,
porque es la Voluntad de su hechura,
de antojos toda, sin Razón compuesta;
dio nueva rienda a su primer locura,
guio al castillo y con alegre fiesta
fue recibida de una dueña honrada,
gran sabidora de la edad pasada.

187. »Su nombre era Memoria y sus oficios
representar comedias e invenciones,
pintar agravios y borrar servicios
en las más aprobadas condiciones;
hacer de hiel el gusto son sus vicios,
con refrescar pasadas ocasiones,
sabroso el mal y amargos los contentos,
que en la memoria truécanse los vientos.

188. »Cinco famosas puertas señaladas
tiene el castillo en torno a sus almenas,
de historias y de fábulas pintadas,
de varios cuentos y entremeses llenas;
las faltas propias limpias y doradas,
feas y abominables las ajenas,
de estas en bronce y mármol infinitas,
y aquellas en liviano polvo escritas.

189. »La reina halló la historia dibujada
de sus placeres en la primer puerta,
y la Razón allí quedó encantada,
y ella del sueño en que dormía despierta;
donde la antigua herida solapada
corriendo se vio sangre descubierta,
vuelta ya de diamante blanda cera,
que es la Memoria grande hechicera.

190. »Y con la dulce fruta de ocasiones,
que la huéspeda ofrece a manos llenas,
volverse determina a sus prisioneros,
que son de amor sabrosas las cadenas;
camina tras sus nuevas pretensiones
por unos montes fértiles de penas,
que son de soledad tierra baldía,
con sola la Memoria en compañía.

191. »De una confusa niebla rodeada,
que se vuelve diluvios en los ojos,
la estéril tierra seca y agostada,
de espinas llena y de ásperos abrojos;
vil cizaña entre el dulce amor sembrada,
de recelos, sospechas y de antojos,
y otras incultas yerbas venenosas,
que son ortigas, y parecen rosas.

192. »Cayendo en cada yerba y tropezando
iba la Voluntad descaminada;
de quien poder tomar lengua buscando
por la fragosa tierra despoblada;
cuando se fue de lejos divisando
en el aire una casa fabricada
entre celajes y neblinas frías,
de ventanaje llena y celosías.

193. »Esta una roca de peñascos era,
donde un bravo y feroz gigante asiste,
que en usar malos términos se esmera,
y en ser sin ocasión verdugo insiste;
de acedo trato y condición severa,
de flaco rostro, atraidorado y triste,
Rabia es su nombre y Celos su apellido,
que por cualquiera es harto conocido.

194. »De lince y basilisco son sus ojos
con que él mismo se aflige y desbarata,
cuanto mira y no mira es con antojos,
y con miedo y sospechas cuanto trata;
el verle es muerte, el no mirar enojos,
la duda aflige, la verdad le mata,
Venganza es su comida, y sin venganza
cosa que bien le sepa no la alcanza.

195. »Luego que vio el gigante a las doncellas,
sin escuchar preguntas ni razones,
como era su costumbre dio con ellas
en unas estrechísimas prisiones;
sin que suspiros, llantos, ni querellas
aflojados les den los eslabones
del ciego error que el ánimo inquieta,
y el corazón la vida y el alma aprieta.

196. »En un negro y oscuro calabozo
prisión puso a las damas el gigante,
a cuya puerta está enterrado el Gozo,
y la esperanza del más adelante;
allí en la reina hizo tal destrozo,
que a faltarle el socorro de su amante,
en cárcel triste y en prisión muriera,
o en duro pedernal se convirtiera.

197. »Mas supo Amor las nuevas de su dama,
no me acuerdo ya bien cómo o por dónde,
quizá el paje de amores fue la Fama,
que a veces más que preguntáis responde;
o por ventura su amorosa llama,
que a quien bien ama nada se le esconde,
no tengo al fin el cómo en la memoria,
que ha mucho que no cuento ya esta historia.

198. »Y con lima sutil de desengaño
a mil golpes forjada de ocasiones,
ya de la cárcel restaurado el daño
de su dama deshizo las prisiones;
y el mismo que fue causa del engaño,
también triaca fue de sus pasiones,
y en un carro acerado de Firmeza
salió de la celosa fortaleza.

199. »Y aunque por entre espinas y entre abrojos,
que son las flores del celoso prado,
la reina ya con más alegres ojos,
ánimo y corazón más sosegado;
triunfando de sospechas y de antojos,
en compañía de su niño alado
a los paraísos vino del contento,
donde el perfecto Amor tiene su asiento.

200. »Aquí de estos finísimos amantes,
tras discurso tan largo de pasiones;
como un vidrio nació de dos diamantes
un tierno niño hermoso de facciones;
y aunque sus padres eran ya gigantes
en cuerpo, en amistad y en condiciones,
él salió enano en todo y tan cenceño,
que no hay pigmeo en el mundo más pequeño.

201. »Es el hijo el Deleite, que es ser chico,
y costar caro, sigue los extremos,
dulce, sabroso, apetitoso y rico,
y que huye y se esconde a vela y remos;
de esta ocasión nació y os certifico
que a nadie cuesta menos, solo vemos
que a mi suele vendérseme barato,
cuando con gusto me oyen si hablo un rato».

Alegoría

La natural obligación que el hombre tiene a su patria se pinta en la introducción del libro. El recelo de Ferragut en el castillo del jayán muestra lo mucho que importa la buena opinión de la persona para no tener el trato por sospechoso; y el hallarse restituido a su ser venturoso por faltarle el caballo Clarión, significa que el hombre distraído en sus vicios, si después se reforma con la virtud, vuelve a hacer obras dignas de alabanza cual fue matar al tirano Bramante y poner en libertad la tierra y los que en ella estaban opresos. Pero si vuelve a dejarse llevar de su sensualidad olvidado de la razón, como le sucede en África con Angélica, viene a morir en su obstinación, y quedar perdido para siempre cuanto honor y fama había ganado, como allí queda Ferragut.

En la novela de Galirtos se descubre la armonía y trabazón de las potencias interiores y los afectos de la parte sensitiva, y lo mucho que el deleite cuesta y lo poco que dura.

Fin del décimo libro

LIBRO UNDÉCIMO DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Roban por segunda vez unos corsarios a Angélica a vista de Orimandro, quien en compañía de Bernardo se embarca en su seguimiento. Y habiéndola perdido de vista hace grandes sentimientos y cuenta su vida y linaje, y la ocasión por donde Angélica vino a su poder. Orlando con la ocasión de la pregunta de Garilo cuenta en una artificiosa fábula lo mucho que la ventura puede, disculpándose agudamente en ella de su antigua locura.

1. En tanto, ya después que alegre Alcina
por frescas huertas y dorados techos
con su aparato y ciencia peregrina
de sus héroes ganó los nobles pechos;
a embarcarse con gusto a la marina
venían de ricos dones satisfechos,
Gundemaro, Bernardo y Floridano,
las damas de los dos y el rey persiano.

2. Queríanse hacer al mar, cuando a gran priesa
correr a un barco vieron diez corsarios
que habían de tres damas hecho presa
en la isla con sus robos ordinarios;
entre ellas del Catay la real princesa
conoció el persa rey y los contrarios
huyendo de sus manos los primeros
golfos del ancho mar cortan ligeros.

3. Desamparan huyendo la ancha playa
con dos ninfas y Angélica con ellas,
y el libre esquife de cristal la raya
de riscos llena huye y conchas bellas;
de nuevo el brío al persa rey desmaya
y de nuevo se anima a socorrellas,
viendo que su fortuna burladora
con varios riesgos sigue el bien que adora.

4. A cada cual el fin de su ventura
Alcina en su jardín dio por su mano
sola en todas la Angélica hermosura
oculta siempre estuvo al rey persiano;
jamás la alcanzó a ver, siempre en clausura
la hada ocultó el rostro soberano
hasta aquella ocasión del día postrero,
por más dolor o por mejor agüero.

5. Si a Venus parió el mar como se suena,
la mar es propio reino de amadores
que todo amante siembra en la arena,
y sin número son los sembradores;
y ella en sus senos de agua y ondas llena,
y el amor de fatigas y dolores,
hondos piélagos son donde se anega
el que en tiempo más próspero navega.

6. Algunos creen que la celosa Alcina
a Angélica persigue con cuidado,
y que culpas ajenas, pena indina,
llueven sobre su nuevo enamorado;
mas bien sea esto, o sea su malina
estrella, que le lleva violentado,
él la vio a tiempo que su vista bella
más dolor le causó que gusto el vella.

7. Y entrando en su galeón a toda priesa
al gran Bernardo pide que se quede,
que no ir a socorrer a la princesa,
ni con su obligación ni gusto puede:
«El tuyo se haga -dijo- mas en esa
causa no veo ninguna que me vede
seguir yo, y reforzar tu brazo fuerte,
o en feliz vida, o en honrada muerte.

8. »Donde fueres iré a buscar tu gusto.
De los demás se quede el que quisiere
que un valor semejante, es caso injusto
no seguirlo hasta el fin, sea el fin cual fuere».
Dijo, y todos dijeron que era justo
lo que dijo, y que quiere lo que quiere.
Con que embarcados de común intento
las anchas velas dan al fresco viento.

9. Llevaron todo el día a remo y vela
el bergantín a vista de la proa,
y cuando al sol la tibia tarde hiela
la luz sobre las playas de Lisboa;
con la misma codicia con que vuela
el presto acometer de una canoa,
de través le salió y en su presencia
con la suya venció su diligencia.

10. Barloáronse los barcos con denuedo
y brío de pelear. Y al rey persiano,
que viendo este suceso perdió el miedo
que antes tenía de seguirla en vano;
mostró el cielo teniendo el viento quedo
cuán corta marca es la del brazo humano
y que el poder del rey, sea cual fuere,
no alcanza aunque lo estiren donde quiere.

11. Calmó el viento y quedó el galeón en calma
y los barquillos dos en mortal guerra,
el rey de Persia a rescatar su alma
a pesar quiere de la mar y tierra;
pasar a nado, que si el viento calma
no calma el fuego que su pecho encierra,
no fue poco enfrenar su desatino
según el punto a que su furia vino.

12. Pero llegó la noche, y con su luto
el un barco y el otro se ha escondido,
y al campo a quien las aguas dan tributo
en lágrimas dio el suyo el rey perdido;
que aunque salió del sol el sustituto
su rayo de oro en plata convertido,
ni ese, ni el alba, ni el siguiente día,
al persa dieron luz de su alegría.

13. Bernardo a su valor aficionado
divertir sus congojas procuraba.
¿De cuál le trajo Amor a cuál estado?
¿Dónde Angélica vio? le preguntaba.
¿Si se embarcó forzado, o de su grado?
¿De qué ocasión su desamor manaba?
A quien el rey con voz enflaquecida,
«Oye -dijo- el proceso de mi vida.

14. »Entre la Susiana al oriente
y la áspera Carmania montuosa,
y entre el pérsico mar y puesta enfrente
la helada Media, una provincia hermosa;
Persia llamada, en belicosa gente
de la Asia es la más rica y la más famosa
cabeza de mil reinos, y mil reyes
que todos de las suyas toman leyes.

15. »De aquí solo a mi brazo la obediencia
los dioses concedieron inmortales,
y a mi cetro, mi voz, y mi potencia,
cien coronas y cetros orientales;
mis mayores aquí por excelencia
con riendas de oro dan leyes iguales,
de aquí Ciro fue rey, de aquí Artabano
Jerjes, Sapor, Cabades el humano.

16. »Este hizo a las pérsicas mujeres
que fuesen del común ¡notable edito!
a quien sucedió en reinos y en haberes
Cosroes su hijo, de ánimo inaudito;
tal que hechos de sangre sus placeres,
barniz dio de ella al pérsico distrito.
De este procedió Hormisda, Artildo de este,
gran rey de la Cardusia, gente agreste.

17. »De los axianos pueblos a Tartaria
subió Artildo y de aquí mi padre vino
el invicto Agricán, cuya contraria
luz de planeta y enemigo sino;
quitó a traición la vida, y la voltaria
Fortuna, con el mismo desatino
a los pies puso de un francés bastardo
la sangre de mi hermano Mandricardo.

18. »Mas yo daré a las suyas con la mía
nuevo color y al campo nuevo esmalte
o las veré vengadas si el que cría
en mí este brío, no hace que me falte;
este es el fin que en mis cuidados guía,
y causa que mi honor se sobresalte
las veces que oye del fin luz poniente
contar las armas y nombrar la gente.

19. »Son varios los agravios con que el pecho
la francesa nación me enciende y arde
y los que un joven paladín ha hecho
de nuevo a un mi vasallo el rey Aliarde;
que del honor de su dorado techo
haciendo de su espada y fuerza alarde,
a su bella Gautina, prenda amada,
de su helada vejez sacó robada.

20. »Y al rico camarín de su tesoro
por desprecio a la cola del caballo,
rastrando le llevó un mahoma de oro
que no queda valor con que apreciallo;
sin que del pueblo arábigo ni el moro
parte fuesen las armas a estorballo.
Dejo otros insolentes desafueros
de Orlando, el conde Dirlos y Oliveros.

21. »Que todos en mi alma ardiendo veo
en gustos de venganza a todos juntos,
en esto la haré y este trofeo
a los vivos daré y a los difuntos;
todos a mi memoria, a mi deseo,
con sangre escriben del honor los puntos
sangre de hermano y padre, cuya fama
a ir tras la suya me provoca y llama.

22. »Absoluto señor, rey conocido,
por su muerte quedé al persiano estado,
de mis vasallos con amor servido,
hasta de la Fortuna respetado;
viéndome mozo y de poder cumplido
y no de ánimo corto y apretado,
llamado del furor y sangre ardiente
salí a buscar los mundos del poniente.

23. »Y dejando en mis reinos el concierto
que a mi sosiego y suyo convenía
para embarcarme al deseado puerto
de mis gentes cercado salí un día;
y al dar las velas al viaje incierto,
todo viento por próspero tenía
que como a fin dudoso caminaba
cualquier derrota o viento me bastaba.

24. »Si el deseo de venganza me movía
a devolver el mundo y sus regiones,
la Fama que por él iba y venía,
de hazañas llenas de ínclitos varones;
más me alentaba a procurar la mía
por provincias de incógnitas naciones
porque es corto y más corto cuanto encierra
deseo que no sale de una tierra.

25. »Los agüeros por Társico notados,
a quien nunca engañó vuelo ninguno
y dos valientes toros degollados,
negro a la Tempestad, blanco a Neptuno;
el vientre y los pulmones consultados
desplegó el lienzo al céfiro oportuno.
Zarpan las anclas y la nao ligera
mi patria deja, el puerto y la ribera.

26. »Y entre estas no ajustadas pretensiones
el gusto en varias cosas divertido,
desterrado a buscar nuevas regiones
volando me entró por el mar tendido;
variando por diversas ocasiones
hasta el punto que el tiempo me ha traído
a este lugar incierto a donde el Hado
el bien que me quitó tenga guardado.

27. »Con un templado norte viento en popa
salgo del seno pérsico volando,
y deseoso de ver la rica Europa
voy la olorosa Arabia costeando;
por entre las Zenobias y Saropa
la cuadrada Dioscórida buscando,
dejo en el golfo Índico a Colidos,
en las nubes sus bosques escondidos.

28. »A Melinde dejé a la diestra mano,
y las dos Agatocles al oriente
descubro a Tilos de inmortal verano
en palmares y olivas excelente;
la infeliz Meca y su profeta vano
y de Eritrio el sepulcro puesto enfrente
y otras islas ya por popa dejo
y a la punta me voy del mar Bermejo.

29. »Desde allí hasta el gran Cairo fui por tierra
y bajé por el Nilo a Alejandría,
que las grandezas que el Egipto encierra
no me pudieron atajar la mía;
y haciéndome el deseo mayor guerra
que un mundo extraño y nuevo me pedía
en el Mediterráneo mar me arrojo
por firme norte el rumbo de mi antojo.

30. »Que siempre en las regiones apartadas
grandezas se prometen espantosas,
aunque después de bien examinadas
iguales sean con las otras cosas;
dejé las maravillas celebradas
del Cairo y sus pirámides famosas,
y deseoso entre el mar profundo
de atravesar los límites del mundo.

31. »Llenas las velas de apacible viento
a penas por el mar salí volando,
el marinero con la vista atento
de la alta gavia el puerto contemplando;
y el vidrioso y húmedo elemento
con la liviana espuma blanqueando,
cuando el sabio piloto con voz gruesa:
"Amaina, amaina -grita- amaina a priesa".

32. »Un viento agudo entre una niebla envuelto
que exhalación del agua parecía,
a soplar comenzó poco más suelto
que su primera vista prometía;
y el mar con esta alteración revuelto
mayor disgusto que temor ponía,
cubren las nubes de un oscuro velo
el claro día y el sereno cielo.

33. »Crece la tempestad, crece el tormento
y el rechinar de cuerdas y alaridos,
carga la ciega noche, carga el viento,
cargan truenos y rayos encendidos;
y a la alta gavia toca el vano asiento
de las nubes, ya en agua sumergidos,
en ciega confusión y horrible prueba,
aquí y allí, el revuelto mar los lleva.

34. »Aquella noche, un día y otro día,
y sin ese otros diez fuimos corriendo
sin ninguna o con poca mejoría
a la Fortuna la cerviz rindiendo;
mas cuando ya el olvidado sol vestía
de oro la mar y de quietud su estruendo
a su alegre bonanza en nuestros pechos
gozosos sacrificios dimos hechos.

35. »En medio este ancho piélago sentada
Creta es por el gran Júpiter famosa,
con cien nobles ciudades ilustrada
de fértil suelo y gente belicosa;
aquí a arrojarme vino la pasada
tormenta en otra en todo más furiosa
pues aquella fue cierta profecía
de esta en que ya se anega el alma mía.

36. »Hace la isla un escondido seno
de seis tajadas peñas abrigado,
con sus pendientes gajos y un ameno
bosque en floridos cercos coronado;
donde en llana quietud el mar sereno
libre del libre viento está guardado.
Aquí el barco surgió y aquí mi gente
en su arena aferrar vio el corvo diente.

37. »Dan fondo, amainan velas y un ligero
batel luego a la mar parió el navío
con que el pequeño pueblo forastero
alegre se arrojó al bosque sombrío;
sube al cielo el acento placentero,
la playa suena, el encogido brío
cobra vigor, la deseada arena
sale de varias invenciones llena.

38. »Társico en el sacar primero ha sido
del duro pedernal centellas de oro,
en cuyo agüero por ventura asido
el fuego horrible vio en que ardiendo lloro;
este y aquel de pedernal nacido,
que igual al pedernal es la que adoro,
si aquel fue temporal y el mío eterno,
uno es fuego mortal y otro de infierno.

39. »En la yesca arrebata una dudosa
centella y vuelta allí dorada brasa,
entre la seca leña una amorosa
llama cundiendo va al principio escasa;
lléganle un árbol y otro y poderosa
un roble, un pino y una encina abrasa
lo que antes la ahogara y consumiera
brío le pone y fuerza más entera.

40. »Sacan el duro pan, a quien mohoso
dejó el húmedo mar y tiempo airado,
y el rojo y lento trigo en el fogoso
cerco vuelven enjuto y retostado;
hácenlo al gusto menos trabajoso
entre la dura piedra quebrantado,
desabrida vianda, mesa odiosa,
para sola la hambre apetitosa.

41. »Tienden un toro en la ribera amena,
y en nuevo son y alegre atrevimiento
las entrañas desnudan y resuena
el arrancar los huesos de su asiento;
da la sangre color rojo a la arena,
y a ellos con la esperanza nuevo aliento,
siembran las brasas de pedazos crudos,
cercadas de asadores no desnudos.

42. »Cobran las fuerzas y el vigor perdido
sobre la blanda hierba recostados,
olvidan el rumor, cáese el ruido,
entre el reposo y vino sepultados;
yo a esta sazón de un limpio arnés vestido
con solo mi descuido y mis cuidados
por la selva me entré, que no debiera,
pues se quedaba mi ventura fuera.

43. »De una espesura en otra discurriendo
no mucho anduve, que sentí ruido,
y hacia la parte que venía volviendo,
de mil fieras sembrado vi el ejido;
juntas y todas de un temor huyendo,
entre liebres también el león temido
que entonces hizo allí el común castigo
con el tierno cordero el lobo amigo.

44. »¿Has visto antiguos bosques encendidos
en roja llama a quien esfuerza el viento,
que del fuego el estruendo y estallidos
las fieras saca de su verde asiento;
y a las que halla en sus amados nidos
les da en ellos eterno alojamiento,
y huyen del peligro amontonados,
lobos, corderos, osos y venados?

45. »Pues no de otra manera su manada
por el espeso bosque discurría,
y la selva no menos alterada
que con cercano fuego parecía;
yo la vista y no el alma sosegada,
mirando a donde el daño procedía,
un fiero monstruo vi, una sierpe horrenda
que al monte abría, quebrando pinos, senda.

46. »El medio brutal cuerpo tenía enjerto
con alas de serpiente venenosa,
de la cintura arriba el talle abierto,
en feroz proporción sombra espantosa;
de espesas cerdas ásperas cubierto,
con rostro índigo de doncella hermosa,
uñas y brazos de dragón tenía,
quimera dirás que es o invención mía.

47. »No fue antojo, señor, ni falsa idea,
bien que a no haberlo visto lo dudara,
y ser hija la horrible sombra fea
de algún confuso sueño imaginara;
sobre el más alto pino señorea
su fiero cuerpo y su hermosura rara
juntando en dos extremos su figura,
igual con la fealdad la hermosura.

48. »Cual entre secas agostadas cañas
de roja mies en pérsico sembrado,
rompiendo va sus frágiles marañas
un receloso ciervo el cuello alzado;
al tierno bramo con que Amor le engaña
que no hay estorbo a pecho enamorado,
y por lo más cerrado y más espeso
mejor camino y rastro deja impreso.

49. »Así por la confusa selva espesa
el monstruo iba rompiendo los jarales
y cual turbio raudal rota la presa,
peñascos lleva, encinas y animales;
y en la senda que al bosque deja impresa,
matas, robles y fresnos hace iguales,
ni le es del pino más la enhiesta viga
que al segador la caña de la espiga.

50. »Si causó alteración con su venida,
tú, sin decirlo yo, lo habrás pensado,
alto el cabello, la color perdida,
el miedo me llevó el sentir robado;
la voz a la garganta quedó asida,
la sangre muerta entre un sudor helado,
si otra vista la vida no me diera,
allí de aquel primer temor muriera.

51. »Traía, ¡oh cielo santo! ¿he de decillo?
entre sus corvas uñas aferrada
una divina imagen, un cuchillo
que de su muerte la dejó vengada;
¡el alma en su viril tiembla en oíllo!
traía a la beldad misma robada,
un bulto de marfil, una figura,
que es del pintor retrato su pintura.

52. »Mi vida muerta en sus crueles manos,
mi muerte en ellas desmayada y viva,
puesta sobre sus hombros inhumanos
la firme basa en quien mi bien estriba;
presa la que con lazos soberanos
para no rescatar almas cautiva,
mi Angélica, mi bien, mi luz, mi guía
la fiera entre sus brazos la traía.

53. »Si has visto sobre un risco montuoso
la bella cazadora de Diana
o sobre roca en mar tempestuoso
arrojada una virgen soberana;
o en seco roble duro y espinoso
enredada la verde vid lozana,
que, aunque allí su florido abril imita,
sobre el desnudo tronco se marchita,

54. »pues la imagen así de mi alegría
en los brazos del monstruo se enredaba,
hermoso y blanco cisne parecía,
que de algún seco tronco preso estaba;
o cual de Grecia a Persia pasó un día
huyendo el que a salvarlo lo llevaba
de algún Zeucis, un ángel bello alado
a sus pies un dragón de oro enroscado.

55. »Aquí el amor me dio el primer asalto,
aquí me cautivé de una cautiva,
aquí mi gloria vuelta en sobresalto
una muerta beldad la dejó viva;
aquí me dio Fortuna el bien más alto,
si lo es amar una beldad esquiva.
De entre las manos de aquel monstruo fiero
a mi pecho salió el arpón primero.

56. »Al principio entendí que era Diana,
o alguna diosa de aquel bosque umbroso
que así robada una fantasma vana
por caso la llevaba milagroso;
en gualdas vuelta la color de grana
marchitó al rostro su clavel hermoso,
cual tierna y fresca rosa dividida
del verde tronco que le daba vida.

57. »O con gritos hiriendo las estrellas,
o con desmayos muerta se quedaba,
con sus medrosos llantos y querellas
hasta la misma fiera se ablandaba;
yo que nací para morir por ellas,
y a solo esto mi estrella me guiaba,
en un punto cobré el color perdido,
del nuevo fuego del amor nacido.

58. »Pico el caballo, a quien el duro freno
apartarlo del miedo no podía,
que aquí y allí por entre el bosque ameno
huyendo me llevaba y me traía;
la fiera, que me vio, en el verde seno
de un crespo pino puso a mi alegría,
y a mí se vino, cuyo brazo fuerte
sombra me pareció del de la muerte.

59. »Con la facilidad que es arrancada
de tierna mata una encarnada rosa,
que la dama con mano descuidada
en su cabeza vuelve más hermosa;
y de ella nuevamente coronada
su descuido prosigue victoriosa,
sin más estorbo que bajar la mano
y cortar el capullo más galano.

60. »Así el contrecho monstruo me arrebata,
y por fuerza me arranca de la silla,
y entre sus manos ásperas me trata
cual de tierno alhelí, rosa amarilla;
y ni me arroja, hiere, ni maltrata,
antes se me avasalla y se me humilla,
dame asiento en el hombro y su cabeza
por engañosa y frágil fortaleza.

61. »Creyó que bastaría aquel engaño
para que en su belleza divertido
del suyo me olvidase con mi daño
y me dejase aquel vencer vencido;
no sé quién me libró del lazo extraño,
ya en su falsa beldad entretenido,
que vuelto sobre mí la daga aferro
para con sangre desteñir mi yerro.

62. »Por una y otra parte intento en vano
de dar rojo barniz al limpio acero,
y es todo el fruto atormentar la mano,
que el diamante es más blando que su cuero;
hasta el áspero vello queda sano,
y no se altera ni huye el monstruo fiero
antes cuanto más trato de su muerte
en regalos los golpes me convierte.

63. »En la cabeza entre guedejas de oro
que coronadas de arrayán traía,
¡milagro extraño! su mayor tesoro
en el engaño de una flor tenía;
si un poco con la mano la desdoro,
cebado en la beldad que en ella vía,
aún no bien la he tocado y asombrada
por tierra cae la fiera desmayada.

64. »Vuélvese a levantar torpe y marchita,
y en el hombro me arroja cual primero,
vuelvo a tocarla, muere y resucita,
mejor me trata cuanto más la hiero.
¡Extraño combatir! ¡guerra exquisita
de un bulto así fantástico hechicero!
Por hija de la tierra la tenía,
que al caer, nuevas fuerzas le investía.

65. »Mas después que me dijo la experiencia
que era la flor la fuente de su brío
y que en una atrevida diligencia
el más fértil rosal queda vacío;
hallando de fingida resistencia,
el muro principal de su desvío,
cierro la mano y al furor violento,
flor, guirnalda y rigor deshizo el viento.

66. »Cayó la fiera por el verde suelo
vuelta de ágil y diestra, perezosa,
y ya descoyuntada en mortal hielo
fría se halló en la tierra polvorosa;
yo volviendo los ojos junto al cielo,
vi sobre un árbol mi gallarda diosa:
"Si tal fruta, señora, dan los pinos,
con razón son los dioses sus vecinos".

67. »Así le dije, y por el tronco arriba
donde mi gloria estaba fui subiendo.
Bajo cargado de la fruta altiva,
mis hombros carga celestial sintiendo;
no los de Atlante, si es verdad que estriba
el cielo en ellos, ni Hércules viviendo
sustentar pudo carga más preciosa,
que si él cargó su cielo, yo mi diosa.

68. »Toca con sus hermosos pies el prado
y valos engastando en nuevas flores,
su pecho no del todo asegurado
entre varios recelos y temores;
teme a la fiera, a mí y al despoblado,
señal que no sentía mis dolores,
pues no hay corte más bien acompañada
que los desiertos con la prenda amada.

69. »Mi caballo busqué que temeroso
por la selva se entró tascando el freno,
y poniendo a las ancas mi reposo,
sin él me fui de sobresaltos lleno;
por donde el monstruo vino receloso
de no perderme por el bosque ameno
Vano temor, a quien su gloria nueva
vencido el riesgo, con victoria lleva.

70. »Mil regalos le dije y mil ternuras,
que el amor me enseñaba y mi cuidado,
unas disimulaba por escuras,
y otras pasaba en risa y desenfado;
contome sus pasadas desventuras
los presentes desdenes de su Hado,
quién fuese, dónde y cómo la cogiera
el contrahecho monstruo y sierpe fiera.

71. »Díjome que era reina del oriente,
princesa del Catay, por quien el mundo
más sangre derramó y perdió más gente
que agua y arenas tiene el mar profundo;
que se casó en los reinos del poniente,
niña, con Ganimedes el segundo,
y que por verlo tiene algún recelo,
que lo ha robado, como al otro, el cielo.

72. »Contome que las justas pretensiones
de hallarle la traían distraída,
y que de unas en otras ocasiones
cautiva y sola a Creta fue traída;
y allí con imprudentes abusiones
por diosa de las flores recibida,
donde en honras y fiestas semejantes
la fiera la robó dos horas antes.

73. »Con estos cuentos, con la luz del día
a un tiempo nos faltó bosque y camino,
y fuenos fuerza, por faltarnos guía,
la oscuridad pasar que allí nos vino;
yo sin dormir, velando a mi alegría,
y el bulto contemplando peregrino,
y ella también el florecido suelo,
de amor el uno, el otro de recelo.

74. »Restituyendo al mundo las colores
que la ausencia del sol llevó robadas
la aurora entre argentados esplendores
sale, siguiendo Apolo sus pisadas;
las lozanas libreas de las flores,
de varia pedrería y luz sembradas,
brotando todo al declararse el día,
gusto, regalo, gozo y alegría.

75. »Yo sin dormir, que amor me desvelaba,
y el sueño me quitaba y el reposo
donde mi vida desmayada estaba
en un liviano sueño cuidadoso;
con silencio llegué, mas no tan brava
el áspid deja el lecho perezoso,
como las flores ella de su asiento,
temerosa de algún atrevimiento.

76. »Mas ya de su recelo asegurada
a proseguir volvimos el camino
por el rastro y la senda mal trillada
que de la horrenda sierpe el bulto vino;
y no mucho después de gente armada
un formado escuadrón vimos vecino,
que a buscar a su diosa y mi alegría
por el camino que íbamos venía.

77. »Llegar a ver la que en el vientre horrendo
hallar creyeron de la escura fiera,
y no les asegura estarla viendo,
que aún la experiencia dudan verdadera;
piensan que sea su sombra, que volviendo
del cielo, aún en sus campos persevera,
y el rey que entre sus ojos se abrasaba,
viva la vía y muerta la lloraba.

78. »Era Tifeo en el cretense suelo,
aunque extranjero, rey obedecido,
a quien castigos del piadoso cielo
traen en varias desgracias afligido;
y entonces por templar de su Hado el vuelo
daba en seguir la escuela de Cupido,
que es fuego el niño amor, y suele puesto
sobre la seca leña arder más presto.

79. »Llevaron para ser sacrificada
a Creta en un cruel altar sangriento
la Angélica beldad, en quien trocada
mi vida, mi alma y mi memoria siento;
viola Tifeo en su vejez helada,
y encendiole su vista el pensamiento,
que el alma siempre es moza y con antojos
las niñas se remozan de los ojos.

80. »Impidió el rey cretense el sacrificio
haciéndolo él del alma ya rendida,
mas como ni uno ni otro fue propicio
la voluntad sobró de comedida;
su amor no da quilates al servicio,
ninguna intención buena es admitida,
y sean de esta verdad estampa viva
dos reyes a los pies de una cautiva.

81. »Libró el cretense de la muerte odiosa
mi dulce vida y en sus reinos hizo
tuviese propio altar, y fuese diosa,
que esto y más puede un amoroso hechizo;
hasta que aquella horrible fiera hermosa
su ciego error e idolatría deshizo
trayéndola en sus uñas como cebo
para hacerme a mí idolatra nuevo.

82. »Hacía dos años que aquel reino triste
sobresaltado estaba e inquieto,
que al Hado que a su gusto ordena y visto
la mortal vida todo está sujeto.
Tú, ciego amor, el instrumento fuiste,
fiero verdugo del fatal decreto,
que tu trato y rigor experimentado,
a ti por más cruel eligió el Hado.

83. »¿Querrás saber a dónde hallaron fuente
los males que han a Creta perseguido?
¿Qué furor los crió? ¿qué rabia ardiente?
¿A qué deidad en ella se ha ofendido?
Oye el extraño caso, advierte y siente,
suceso es raro, mas verdad ha sido,
ni tú lo dudarás, ni yo lo dudo,
hízolo el cielo, que hacer lo pudo.

84. »De Alencastro, gran duque de Colonia,
único hijo y único deseo
de la española sangre y la apolonia,
es, según dice el mundo, el rey Tiseo;
cuyo cristiano rito y ceremonia
de su patria llevaba el pueblo hebreo
cuando Amor al viaje peregrino
los pasos atajó y cortó el camino.

85. »Y la cretense ilustre monarquía,
que hoy en soberbio cetro de oro enfrena
toda por suya se la dio en un día,
aunque de ley cristiana y patria ajena;
de la infanta Calipso que regía
su reino entonces vio la luz serena,
y tanto en sus cuidados pudo él vella
que su patria olvidó y su Dios por ella.

86. »Gozó su amor y en nudo y lazo honesto
de duque de Colonia, en rey de Creta
el estado mudó y mudó con esto
en más sabrosa ley su ley discreta;
pues este noble rey, grave y modesto,
y de Calipso la beldad perfeta,
que hoy desde su gran reino al de la China
la Fama nos la vende por divina.

87. »Una hija tuvieron que en grandeza
y beldad diosa humana parecía,
Dulcia llamada, cuya gentileza
cuentan que a las más grandes excedía;
de un año era la niña y en belleza
con todas las tres Gracias competía,
cuando su madre quiso hacer propicios
los dioses con devotos sacrificios.

88. »Un real jardín en el palacio había,
de un bosque espeso antiguo coronado,
que de regalo y muro le servía
a los caseros dioses dedicado;
era cierto rumor que en él vivía
de las ninfas el coro consagrado,
adonde en vivas plantas escondidas,
estrechas gozan y delgadas vidas.

89. »En medio del jardín al cielo abierto
un inviolable y sacro altar estaba,
que lo alto de un espeso laurel yerto
con su confusa sombra le amparaba;
de los Penates aposento cierto,
donde ordinario incienso humeaba,
aquí la reina con horrible espanto
el altar vio temblar y el laurel santo.

90. »O fuese de los signos causa oculta,
o del Hado justísimo decreto,
o en la divina celestial consulta
tuviese lo interior algún defeto;
nuevo prodigio del temblar resulta
que el sacrificio se quedó imperfeto,
los muertos animales consultados
sucesos dieron sin pensar turbados.

91. »De rosas y jazmines coronada
el huerto tiene una preciosa fuente
del tiempo sin artífice labrada,
que el bosque fertiliza su corriente;
la fiesta no del todo celebrada,
con el fuego el altar resplandeciente,
Calipso con mil flores en la falda
aquí llegó a tejer una guirnalda.

92. »Y una ama honesta que a la infanta hermosa
en el pecho abrigada entretenía,
y con templada leche sustanciosa
su dulce y tierna carga mantenía;
junto al estanque una encarnada rosa
Gravinia, que así el ama se decía,
a la niña cortó y el dulce oficio
de sus desgracias fue el primer indicio.

93. »Cuento notorio, fue sabido en Creta
la primer rosa apenas fue cortada,
y en rojas gotas dio y sangre perfeta
la tierra en torno el ramo salpicada;
tembló Gravinia y la deidad secreta
adora que en la planta está encerrada,
cuando al vecino bosque fue corriendo
nuevo temblor y movimiento horrendo.

94. »Temerosa Gravinia atrás volviera
los prodigios huyendo pavorosos,
si en el sangriento prado no se asiera
arraigándose en él sus pies hermosos;
procura con dolor sacarlos fuera
y ellos vueltos en lazos revoltosos,
desnudos ya de su primer figura,
corriendo se entran por la tierra escura.

95. »Entre una bruta y áspera corteza
escondiendo se fue el semblante airoso,
y su antigua hermosura y gentileza
del duro tronco huyó en bulto espantoso;
las manos da furiosa a la cabeza
contra el tesoro del cabello hermoso,
y de otro ser vestidos ella y ellos,
verdes hojas arranca por cabellos.

96. »La tierna niña endurecer se siente
el blando pecho que colgada estaba,
y falto de sustancia, la caliente
leche ya poco a poco le faltaba;
del duro tronco la áspera creciente
hasta el delgado estómago ocupaba:
Gravinia, allí la reina te ayudara,
si con las fuerzas que perdió se hallara.

97. »Lo que pudo guardó y a toda priesa
cogió del árbol la primer manzana,
y huyendo el nuevo asombro, a la princesa
pecho le dio y posada más humana;
corrió el cretense pueblo a verla impresa
de la violenta furia soberana,
Glauro ya sin mujer presente estaba,
y los calientes ramos abrazaba.

98. »Toda dentro del árbol se escondía
la arraigada beldad cuya belleza
en ásperas crecientes deshacía
por el tronco la rústica corteza;
ya de los labios el coral se huía,
tiemblan los hombros, sienten la dureza,
caen por las hojas lágrimas y en ellas
mil perlas son entre esmeraldas bellas.

99. »En tanto que la voz halló camino,
y el nuevo ser no entró por la garganta
así dicen que dijo tu destino,
hermosa niña, aquella nueva planta;
que el orden celestial, brazo divino,
es quien las cosas de su ser levanta:
"Si alguna fe se da a los desdichados
oye, Dulcia, tu suerte, oye tus Hados.

100. »Por las deidades soberanas juro,
que almas son ya de estas calladas plantas,
que estoy sin culpa del castigo duro
con que ahora, ¡oh Hado adverso! aquí me plantas;
y si es falso mi ánimo o perjuro,
la aguda hacha arroje al fuego cuantas
ramas me diere el tiempo y sin frescura
mis troncos caigan por la tierra dura.

101. »Y a ti también sin culpa, desdichada,
corta suerte tu estrella te ha ofrecido,
tierna niña tu vida está engastada
en aquel tronco en fuego consumido;
Creta con él vendrá a ser abrasada,
así en el cielo queda establecido,
mientras puedo sentir su tierno brazo
consentid que me dé el último abrazo.

102. »Y si piedad en vuestros pechos queda,
de estos mis nuevos ramos la frescura,
del agudo cuchillo haced que pueda
vivir sin daño de los dos segura;
y a la raíz que este jardín enreda
el fresco humor le dé inmortal verdura,
sin que jamás rigor de brazo airado
mi cuerpo deje y tronco deshojado.

103. »Ya la voz, ya la vista se me acaba,
siento en los ramos irme dividiendo,
y frío el calor que espíritus me daba
entre el macizo tronco consumiendo"
dijo, y el bello rostro que quedaba
se fue, viéndolo todos, deshaciendo.
Helose la garganta delicada,
la palabra quedó en la lengua helada.

104. »Dejó el ser y la habla todo junto
Gravinia en árbol nueva convertida,
y al más brioso de temor difunto,
la color, el aliento y voz perdida;
la reina al rojo altar sin perder punto
a guarecer en el tizón la vida
de su hadada y tierna infanta pasa,
donde ya ardiendo estaba vuelto en brasa.

105. »Del fuego le sacó y en agua muerto
cobraste, oh Dulcia, nueva hermosura,
y en un lugar seguro y encubierto
tu vida con su muerte se asegura;
divino ramo, pero extraño injerto,
poner en seco tronco la ventura,
de humor y no de lágrimas enjuto,
señal que ni promete flor ni fruto.

106. »Creció la infanta y su tizón hadado
en oro incorruptible se guardaba,
a su cruel madre fue en custodia dado,
y no a quien más su guarda le importaba;
a ti se había de dar, Dulcia, tu Hado,
pues a ti sola el bien o el mal tocaba,
si nadie quiere ser de sí homicida,
¿quién guardara mejor que tú tu vida?

107. »Calipso otra parió tras esta diosa,
como tras de la aurora nace el día,
segunda en tiempo, pero en ser hermosa
a todas competencias excedía;
otra Diana o Venus amorosa,
Dulcia ausente, Crisalba parecía,
si la beldad segunda no naciera,
Dulcia fuera en su mundo la primera.

108. »Esto digo, señor, por relaciones
de los que oí contar el caso en Creta,
sin disminuir ni acrecentar razones,
ni a las suyas buscar causas secreta;
mas no porque en humanas perfecciones
piense que alguna iguale en ser perfeta,
ni juntas todas a la real princesa,
que amor me puso en la memoria impresa.

109. »Fue Crisalba de todos preferida
por suerte, condición, gracia y cordura.
Del reino y de sus padres escogida,
que más que esto se da con la ventura;
Dulcia graciosa y nada desabrida,
y en belleza un milagro de hermosura,
faltole dicha y fueron en su pecho
los tesoros del tiempo sin provecho.

110. »Iguales sin igual, la soberana
suerte cayó en Crisalba más cumplida,
siguio Dulcia la alegre caza ufana,
cuyo ejercicio le quitó la vida;
ceñida al talle y rito de Diana.
la púrpura igualmente recogida,
y descubierto aquello que podía
fuego ardiente volver la nieve fría.

111. »De la rodilla abajo descubierto
cual clavel sobre nieve deshojado,
el pecho de alabastro y grana abierto,
y el un brazo y el otro arremangado;
el dorado cabello sin concierto,
como al descuido con un nudo atado,
un arco corvo y una aguda flecha,
este en la izquierda y esta en la derecha.

112. »Colgada de los hombros rica aljaba,
donde sonando van las flechas de oro,
hasta la turbia invidia enamoraba
que de lejos contemplaba su tesoro;
así la corte en general la alaba,
y así el palacio real por su decoro
un divino pincel le dio en un rato,
de esta muerta beldad vivo un retrato.

113. »Allí en el ademán se ve pintada
que al presto corzo o jabalí seguía,
en tan viva destreza que engañada
la vista deja llena de alegría;
cabe ella una alta haya coronada
con despojos de varia montería,
de osos las presas, de león los niervos
y cuernos duros de ligeros ciervos.

114. »De allí aprendí a decirte la manera
con que siguio esta infanta su ejercicio
dichosa ocupación, si su hado fuera
tanto como el amor le fue propicio;
mas cuando el bien decir se queda fuera
no hay suerte sin azar, beldad sin vicio,
que subir sin ventura en esta vida,
no es más que andar trazando la caída.

115. »Cuentan que el dios Mercurio por el viento
a negocios del cielo abría camino,
cuando la bella infanta en firme aliento
un león flechaba sobre un pardo encino;
siente trocado su primer intento,
vuelto amante mortal de hombre divino,
tuerce la vía derecha, deja el cielo
y ofrece todo su cuidado al suelo.

116. »Y no se esconde a la mortal Diana,
tan confiado va en su gentileza,
que sabe cierto que a la vista humana
dulce y tierna prisión es la belleza;
y bien que su hermosura es soberana,
el cuidado le da mayor fineza,
que para la beldad es el cuidado
lo que la fuente para el verde prado.

117. »El cabello compone, ajusta el manto,
las alas y el dorado caduceo,
que tanto alumbran y relumbran tanto,
que Apolo queda en su presencia feo;
causó a la virgen su belleza espanto
y el dios cumplió con ella su deseo,
si antes le era la caza deleitosa,
ya le es muerte dejar la selva umbrosa.

118. »No escondieron los montes su delito
por más que acrecentó a la caza el uso,
siendo el crecido talle el sobrescrito
de lo que allí encubierto el tiempo puso;
el mustio rostro en su color marchito
el de su incauta madre trae confuso,
siente arrogante con dolor la afrenta
y más del vulgo siente que la sienta.

119. »Y como la honra en nobles corazones
a toda otra importancia es preferida
y el sentir que anda puesta en opiniones,
peor que muerte en una honrada vida;
Calipso abreviar quiso sus pasiones,
beber la muerte en sola una bebida,
y "Muera -dijo- quien su honor deshonra,
pues es muerte civil vida sin honra".

120. »Saca el ramo fatal de oro vestido,
que era de su valor la mayor seña,
y del engaste ya desguarnecido
entre frágil le pone y seca leña;
y al enemigo fuego lo ha ofrecido,
que otra venganza tiene por pequeña
tres veces encenderlo intenta y luego
otras tantas lo hurta al mortal fuego.

121. »Ya lo saca una vez y otra lo arroja,
ya el fuego apaga, ya lo resucita
con lágrimas el seco tizón moja,
ya en la brasa lo pone y ya lo quita;
la honra y el amor en una hoja
la muerte tienen y la vida escrita,
si lo que el uno quiere, el otro lo niega
¿quién podrá componer lucha tan ciega?

122. »Ya el miedo del delito que intentaba
el rostro mancha de color de cera,
ya el encendido enojo le alteraba
y le robaba la color primera;
ya en cruel muerte a su hija amenazaba,
ya se mostraba madre verdadera,
cual inconstante nao en mar airada,
de un viento y otro, aquí y allí llevada.

123. »Muere el amor porque la honra viva,
sale la injusta muerte victoriosa,
bárbaro pecho cruel de madre esquiva,
si tanto estimas una fama honrosa;
mira arrogante furia vengativa,
que no es honra matar así una diosa,
ni la hace menor, sino más ancha,
quemar el paño por sacar la mancha.

124. »En la mano el fatal tronco tenía,
en su cruel intento ya quemado:
"Si de este el fuego ha de nacer -decía-
que el triste reino dejará abrasado;
perezca aquí tu vida con la mía,
antes que el daño llegue a ser doblado
que los raros principios portentosos
no prometieron fines más dichosos.

125. »Es más que el vidrio la honra delicada
al limpio adorno de una real doncella,
de huirse fácil, de guardar pesada,
muerte el seguirla y muerte el no tenella;
con mentira y verdad queda manchada:
la obra imprime y la palabra en ella,
y aunque la mancha en la verdad se lava,
la señal queda, que jamás se acaba.

126. »¿Pues yo qué aguardo si en el vulgo siento
la tuya, incauta Dulcia, andar perdida
de lengua en lengua por el mudo viento,
a quién tú has dado lengua tan cumplida?
Si es menos que tu culpa este tormento,
todas deudas se pagan con la vida,
si joya en ti de más valor hallara,
en ella el yerro de tu honor vengara.

127. »Que el vulgo, pregonero de maldades,
en veneno convierte cuanto toca,
ni mira ni perdona calidades,
ni que la culpa sea mucha o poca;
mas juntando mentiras con verdades
la infamia crece y el honor apoca,
y para dar al blanco a donde tira,
la verdad hace igual con la mentira.

128. »Fenezca pues tu vida y mi contento,
aunque eres digna de mayor castigo.
¿Dónde me lleva este furor violento?
¿Más que el amor es el honor mi amigo?
¿soy madre, o soy verdugo, o instrumento
de alguna furia que sus pasos sigo?
¿Qué es del materno amor y el pecho tierno
que un día tu cielo fue y es hoy tu infierno?

129. »¿Tan presto un solo enojo me ha robado
mil penas y dolores que me cuestas?
¿de dulce madre el nombre regalado
de tan liviano peso es en mis cuestas?
Vive, que si el amor es del culpado,
no han de pagar tus lágrimas sus fiestas.
Mi hija fue a decir, mi Dulcia dijo,
y aun de este mi amoroso se desdijo.

130. »¿Qué digo? ¿estoy en mí? ¿estoy trocada?
¿Creta será a una adultera ofrecida?
¡Oh si fuera tu vida desdichada
en la primera brasa consumida!
Estuviera tu muerte ya olvidada,
sin señal en mi pecho la herida,
atajada tu culpa y mi pecado,
y el presente dolor fuera pasado.

131. »Recibe el justo precio a sus hazañas,
y el castigo menor, que lo mereces,
y abrase este cruel fuego mis entrañas,
pues que naciste allí y aquí feneces;
dos vidas que me debes tan extrañas
quiero cobrar de ti, no de dos veces,
con una muerte quedaré contenta,
pagada de dos vidas y una afrenta.

132. »La primera te di, cuando en mi pecho
el ser que ahora tienes recibiste,
y la segunda que este daño ha hecho,
cuando librada en este ramo fuiste;
todo queda en tu muerte satisfecho,
muere, que al fin para morir naciste,
y no irás sola, que este mismo fuego
tras ti me llevará a buscarte luego".

133. »Dijo, y temblando el brazo desmayado,
el rostro vuelto, que su error no viese,
el funesto tizón al fuego ha dado,
que un gemido mortal se oyó que diese;
de la invencible llama rodeado,
como por todas partes se encendiese,
Dulcia ignorante, y de su mal ausente,
con un nuevo calor arder se siente.

134. »Las entrañas el fuego le consume
sin causa y de repente procedido,
y aunque con su valor y brío presume
vencerlo, queda su valor vencido;
ya la enemiga Parca se resume
en dejar el estambre dividido,
cae en el triste lecho desmayada,
cual tierna fruta sin sazón cortada.

135. »Crisalba entre sus brazos soberanos
el desmayado cuerpo sostenía,
apriétale las suyas con sus manos
como quien darle su salud quería;
no juzga sus dolores por livianos,
mas tampoco creyó que se moría,
Dulcia perdida la color de rosa,
así le habla y tiembla temerosa:

136. » "Llamarme con delgadas voces siento
del seno oscuro de la tierra helada,
tristes sombras cruzar veo por el viento
y que me llaman todas de pasada;
fáltanme ya la fuerza y el aliento,
cielos, ¿a cuál deidad tengo agraviada,
que en medio de mi dulce primavera
con tan nuevo rigor quiere que muera?

137. »«Siento, hermana, el dejarte y no la muerte,
¿Qué mayor muerte quieres que dejarte
si me era paraíso y gloria el verte?
¿Qué gozaré dejando de gozarte,
si el morir siento menos que perderte?
No es porque quedas, mas por no llevarte
donde me llaman, ¡ay Crisalba mía!
que es temeroso trance esta agonía.

138. »Sola a ti he dado cuenta de mi vida,
sola a ti he descubierto mis amores,
como a la secretaria más querida,
que el cielo pudo darme en sus favores;
si eres de esta alma la mitad partida,
si te obliga el amor a mis dolores,
esto, ¡oh mi amada prenda! solo pido
por alivio del paso a que he venido.

139. »Que si acaso aquel dios cuya memoria
siempre en mi alma vivirá guardada,
llegare aquí, después que la victoria
mía esté por la muerte declarada;
le cuentes con dolor mi amarga historia,
y por fin de la muerte desdichada
dirasle, hermana, que a este paso fuerte,
más me mató su ausencia que mi muerte.

140. »Que si con estos ojos ver pudiera
su beldad cual está en mi fantasía,
pequeño brazo el de la muerte fuera
para dejarme sin la vida mía;
y si por ser mortal al fin muriera,
muriera no tan falta de alegría,
sirviéndome su boca de aposento
a este mi último espíritu y aliento.

141. »Y si es de veras dios y no ha fingido
el encendido amor que me ha mostrado,
hiciera al fin con su valor cumplido
este paso y dolor menos pesado;
siento la muerte, porque no he vivido
y en edad peligrosa me ha hallado,
cuando al mundo mi vida parecía
alegre flor al despertar del día.

142. »Siento que esta semilla soberana,
que ahora viva en mis entrañas siento,
antes de ver la luz muerte temprana
compre a cuenta de darle yo el sustento;
y que la Parca cruel en la hebra vana
antes de urdirla dé el golpe violento,
y en el breve morir solo le cuadre
ser hija y heredera de tal madre.

143. »Siento que ya la vida se me acaba,
y que el alma comienza a desasirse,
y el fresco aliento que vigor me daba
dentro del pecho en fuego convertirse".
Así la bella Dulcia se acababa,
cual se ve tierna antorcha consumirse,
y Crisalba más muerta que su hermana,
así le aplica una esperanza vana.

144. » "Vive, mi Dulcia, de temor segura,
que no será tu mal tan poderoso,
aunque se junte a él mi desventura,
que de tal vida salga victorioso;
no se desdore así tu hermosura,
que el carmesí de este clavel hermoso
no le verá la muerte, aunque atrevida,
por no cobrar en verlo nueva vida.

145. »Si el cielo me da un nudo como puede,
yo ligaré tu alma con la mía
y haré que entre las dos así se enrede,
que sigan ambas una misma vía;
ni la mía vaya, ni la tuya quede
ausente de tu dulce compañía,
antes iguales en ventura y suerte
pasen por una vida y una muerte.

146. »Gozarnos hemos tiempo sin medida.
No estés de lo contrario recelosa
y allá la muerte tras la edad cumplida,
en su lugar será pieza forzosa;
vendrá menos aceda y desabrida,
que al fin es la vejez carga penosa
y en un mismo sepulcro venturoso
un lecho gozaremos y un reposo".

147. »Así Crisalba a Dulcia consolaba,
y así Dulcia se estaba consumiendo,
y aquella poca vida que faltaba
por el aire sutil se fue huyendo;
huyó el aliento que el vivir le daba,
como marchita y débil flor cayendo,
la brasa consumida y acabada,
entre blanca ceniza amortiguada.

148. »Si cien lenguas distintas y acordadas
el cielo a esta sazón me concediera
y en ellas las palabras más limadas
que ahí en la clara discreción pusiera;
fueran de aliento corto y limitadas,
si encarecer con ellas pretendiera
el dolor, sentimiento, angustia y llanto
que en Crisalba causó el mortal espanto.

149. »¡Oh humana suerte de inconstancias llena,
con quien ni vale gracia ni hermosura,
ni el cetro real que un mundo y otro enfrena,
en su misma grandeza se asegura!
¡No hay tiempo claro, ni alma tan serena,
a quien no siga invierno y noche escura,
ni alegre sangre en juveniles años
libre de riesgo y máquinas de engaños!

150. »¡Ahora el cabello enlace y la garganta
con las perlas del mar que Arabia cría,
y en púrpura de Tiro asiente cuanta
riqueza el monte Imabo a Persia envía!
¡Ahora de la beldad que al mundo espanta
las flores goce y donde muere el día
suene su voz y corra desde oriente
libre de lengua en lengua y gente en gente!

151. »¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,
despiertos sueños de la humana vida,
que corre y vuela de uno en otro daño
hasta donde la muerte está escondida;
cortando a todos de vestir de un paño,
sin hacer diferencia en la medida,
que son el pobre, el rico, el flaco y fuerte,
iguales a las puertas de la muerte!

152. »¡No del Tigris las ondas espumosas,
que en furiosos raudales van pasando,
ni de Venus las aves amorosas
en sesgo vuelto por el aire blando;
en curso igualan las humanas cosas,
que los tiempos tras sí llevan volando,
la pena sola y el dolor más breve,
parece a donde está que no se mueve!»

153. Así iba el rey de Persia lamentando
su larga historia, corta de ventura,
al tiempo que también el conde Orlando
del valle de Pomier por la espesura;
a Garilo y los suyos declarando
la artificiosa enigma antes escura,
con el discurso de este dulce cuento
la verdad confirmó de su argumento.

154. «Todas las cosas que en el mundo vemos,
cuantas se alegran con la luz del día,
aunque de sus lenguajes carecemos
su habla tienen, trato y compañía;
si sus conversaciones no entendemos,
ni sus voces se sienten cual la mía,
es por tener los hombre impedidos
a coloquios tan graves los oídos.

155. ¿Quién publica a las próvidas ovejas
sus sabios aranceles y ordenanzas?
Y ¿a quién el ruiseñor envía sus quejas
si siente al cazador las asechanzas?
¿Quién a las grullas dice y las cornejas,
de los tiempos del mundo las mudanzas?
Y al prado que florece más temprano,
¿quién le avisa que viene ya el verano?

156. »¿Quién sino estos lenguajes, que escondidos
no de todas orejas son hallados?
Mas de sus sordas voces los ruidos
los raros hombres ¿a quien dan cuidados?
Tan absortos los traen, tan divertidos,
y en tan nuevas historias ocupados,
que es fuerza en estos confundirse todos
en varios casos por diversos modos.

157. »Créese que del ruido que las cosas
unas con otras hacen murmurando,
de su armonía y voces deleitosas
las suspensiones dan de cuando en cuando;
que en su canto y palabras poderosas
así el seso se va desengarzando,
que el de más grave precio se alborota
y el saber de mayor caudal se agota.

158. »De esto a veces se engendra la locura
y las respuestas sin concierto dadas,
sin traza al parecer, sin coyuntura,
ni ver cómo ni a quién encaminadas;
los árboles, los campos, su frescura,
las fuentes y las cuevas más calladas
a quien llega a sentir por este modo,
todo le habla y él responde a todo.

159. »Y el no entender ni oír este lenguaje
con que el mundo se trata y comunica
y a su criador en feudo y vasallaje
eternos cantos de loor publica;
la ocasión cuenta que es cierto brebaje,
que el engaño en naciendo nos aplica,
de groseras raíces de la tierra,
que el seso embota y el sentido cierra.

160. »Mas aquel que por suerte venturosa
y favorable rayo de su estrella,
la voz de esta armonía milagrosa
libre de imperfección llega a entendella;
al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,
que a todas horas ocupado en ella
a solo su feliz deleite vive
y de otra cosa en nada le recibe.

161. »No es invención ni fábula compuesta,
que ya por mí este caso ha sucedido,
llegando sin pensar a una floresta,
junto a una cueva en un lugar florido;
al pie de un roble por pasar la siesta
al son del agua me quedé dormido,
y una serpiente en tanto que dormía
los oídos y el rostro me lamía.

162. »Desligome el sentido de manera,
que cuando desperté quedé admirado,
porque en formado tono y voz entera,
hablar oí las flores del collado;
y un árbol por historia verdadera
me contó que en la cueva de aquel prado
Medoro hizo a Angélica la bella
seis días antes dueña de doncella.

163. »Sobresalteme y escuchando atento
el bosque sospeché que era encantado
y por albricias del amargo cuento
furioso todo lo dejé asolado;
partime con un nuevo descontento,
oyendo hablar las selvas, el ganado,
los árboles, los ríos y las fuentes,
las piedras, los collados y las gentes.

164. »Esta fue la ocasión que ya algún día
de mí el mundo creyó que loco estaba,
porque aunque preguntaba y respondía,
ni el por qué vían, ni con quién hablaba;
hasta que Astolfo por la extraña vía
de un licor peregrino que él usaba,
me cerró como de antes los oídos
y volvió a su concierto los sentidos.

165. »Pues en el tiempo que escuchando anduve
encubiertas historias no entendidas,
increíbles son las fábulas que tuve,
sin querer aprenderlas aprendidas;
y entre otros, cierto día me detuve
en oír de unas tragedias nunca oídas,
lo que ahora quiero que por prueba quede
de lo que vale la ventura y puede.

166. »Y no se entienda que es un cuento inventado
de mi persona y gravedad indino,
que aunque de humilde cuerpo va fundado
en caudal y discurso peregrino;
no está todo el valor en lo abultado
menudo es el aljófar y, si es fino,
no pierde por menudo en buen consejo
lo que por limpio gana y por parejo.

167. »Junto a los arruinados paredones
de la antigua Cartago llegué un día
y cansado de oír lamentaciones
que cada piedra contra el tiempo hacía;
juzgando por las mías sus pasiones
a la sombra de un álamo, que abría
pomposa rueda con sus ramos huecos,
de un ruiseñor me puse a oír los ecos.

168. »Venía su nueva libertad cantando
que de una jaula de oro al libre cielo
burlada la prisión, el aire blando
en ligero, corto y delgado vuelo;
y las vecinas selvas convidando
de su arpado canto el gran señuelo,
así cercado de aves y de espanto,
oyendo todas prosiguio su canto.

169. »"¡Oh dulce libertad, dichosa prenda,
a ningún bien humano comparada,
sin quien del mundo la dorada rienda
es por más bien que de carga pesada!
Ni alcázar de oro, ni bordada tienda,
jardines, ni comida regalada,
música, cantos, aparatos, galas,
ricas vajillas y entoldadas salas.

170. »Ni los demás deleites que al sentido
el real cetro y su lisonja ofrece,
todo sin libertad es bien fingido,
falsa alquimia sin ley, que oro parece;
ya en rica jaula y en jardín florido,
a quien lo mejor de África obedece,
vi yo mi albergue hecho y mi arpada
lengua de graves reyes escuchada.

171. »Defendido de archeros que por horas
la guarda hacen de mi altiva casa,
de sabroso manjar y aves cantoras,
la mesa puesta y los saraos sin tasa;
estanques de cristal, fuentes sonoras,
y lo que a todo junto excede y pasa,
perdido el riesgo, el miedo y la sospecha
de sutil red y de invisible flecha.

172. »Mas todo junto, ¡oh libertad preciosa!
contigo ni se iguala, ni te llega,
por tu riesgo troqué mi paz sabrosa
y el real jardín por esta estéril vega;
sola entre sus deleites una cosa
a mi gusto tu nuevo estado niega,
que es privarme de ver la llena luna
de aquel soberbio monstruo de Fortuna.

173. »Yo digo del feliz Rustaquio, hijo
del bárbaro Abdelmón, humilde ollero,
que hoy en su afortunada estrella fijo
de la ancha Libia vuela el cetro entero;
solo de este en mi libre regocijo
me falta el bien de ser su prisionero,
que de un hombre dichoso, aún las cadenas
de bienes suelen ser y gustos llenas.

174. »Cuando en el trato humano considero
la altiva majestad, la real grandeza
con que un hombre avasalla un mundo entero
y se hace de él a su pesar cabeza;
la ciencia de un filósofo, el severo
rostro de un senador, la fortaleza
de un soldado, el nivel de un arquitecto
y el compás de un artífice perfecto.

175. »La luz del sol, del mundo la alegría,
las perlas de la mar, los granos de oro
que en sus entrañas para el hombre cría,
fuentes de gusto, venas de tesoro;
mármoles, jaspes, bronces, pedrería,
que por curiosidad, pompa y decoro,
da a sus teatros y ciudades bellas,
y el suntuoso primor de ellos y de ellas.

176. »La religión, el trato, las maneras
de fiestas y comidas regaladas,
prados, jardines, cazas, montes, fieras,
músicas y pinturas delicadas;
la luz, el aire, el cielo, sus esferas
para el servicio humano fabricadas,
las flores, frutas, fuentes, mares, ríos,
sus bosques, selvas y árboles sombríos.

177. »Y otros varios deleites de que goza
el hombre en esta vida a su contento,
cuando la juvenil sangre retoza,
o se madura ya el entendimiento;
la salud, el linaje, la edad moza,
que es del placer el verdadero asiento,
y el gusto del saber, que de la cepa
humana no hay sabor que tanto sepa.

178. »Cuando todo esto considero y miro
criado el hombre, y hecho a su regalo
lo juzgo por feliz y no me admiro
que perder tanto bien tenga por malo;
que tire del vivir, que es dulce tiro
y sin precio un brevísimo intervalo
de vida, en que gozar de lo presente,
que el cuerpo muerto al fin ni ve ni siente.

179. »Mas cuando vuelvo a ver la humana suerte
sujeta al tiempo y a miseria tanta,
y cual frágil cañuela es el más fuerte
cedro que el monte Líbano levanta;
cuán vecino del polvo y a la muerte
está el dosel que más se le adelanta,
los miedos, sobresaltos, sinsabores,
vejez, enfermedades y dolores.

180. »Y sobre todo el curso irreparable
con que en los breves días se consume
el bien mayor, el gusto más durable
del que en su estado y fuerzas más presume;
hallo al hombre tan pobre, tan instable,
que toda su grandeza se resume
en ciega vanidad, locos vaivenes
de propios males y de inciertos bienes.

181. »Todo es sombra y no más, mas donde en todo
es digna de llamar la humana suerte,
es en ver cuán a tiento y de qué modo
anda el hombre en la vida y en la muerte;
aquí le dan la mano, allí del codo,
aquí le hacen errar, allí que acierte,
¡Oh laberinto humano, cuán a ciegas
los gustos das o los contentos niegas!

182. »De la jurisdicción de la Fortuna
estos turbios celajes forjó el Hado,
sin que haya vista tan de lince alguna
que el fondo alcance a ver de su nublado;
solo ella en dispensar su antojo es una,
y Rustaquio Abdelmón su más privado,
en cuyo bien jamás supo estar queda,
hasta darle la cumbre de su rueda.

183. »Por todas las edades que en el mundo
mi estrecha alma gozó vital aliento,
de Fortuna favor tan sin segundo
mi vista vio, ni en su memoria siento;
y la larga experiencia en que me fundo
no es de un año, ni dos, de diez, ni ciento,
millares de años son y años perfectos
los que el mundo he cursado y sus secretos.

184. »Dejo ahora el contar, como criadas
las almas ya, por áspero castigo
de sus primeras culpas son ligadas
en frágil nudo al cuerpo su enemigo;
y como de uno en otro barajadas
siempre mudando van casa y abrigo,
y en nueva forma y vida diferente
eternas vueltas dan eternamente.

185. »Hoy suelen habitar un cuerpo humano
y mañana hallarse en el de un bruto.
Yo fui primero un capitán troyano,
después Armodio, un noble disoluto;
una vez fui gigante, otra fui enano,
otras Lisander un mordaz astuto,
y dentro de Pitágoras el mudo
al mundo hice un filósofo sanudo.

186. »Después fui rey, después un elefante
tras esto la ramera Aspasia y luego
Atenodoro, un fiel representante,
y Epídices, cobarde orador griego;
fui Terpandro, gran músico y danzante,
que a la arpa añadió una cuerda y ciego
olvidé los primores que sabía,
camello fui otra vez, gallo otro día.

187. »Médico de opinión y mal poeta,
en Periandro nací y el seso lleno
de quimeras seguí tras la imperfeta
senda, sin encontrar un verso bueno;
fui Epicuro glotón, fui la indiscreta
Filomena, fui el asno de Sileno,
fui Foción hablador de dichos vanos
y fui Ademedes, jugador de manos.

188. »Fui Heráclito el risueño, fui el mendigo
Parresias, fui Diomedes el tirano,
y entre estos varios mundos al abrigo
de un árbol de oro fui pavón lozano;
puesto de la Fortuna por testigo
a los ciegos discursos de su mano,
donde de un barajado mundo a tiento
los disgustos reparte y el contento.

189. »En medio lo poblado de la tierra
un altísimo monte se levanta,
que un yerto cerró y escabrosa sierra
hasta las cumbres es desde su planta;
su altura aquí en pomposos ramos cierra
de un árbol celestial la insigne planta,
de esmeralda sus hojas, de oro el tronco,
lustroso de una parte y de otro bronco.

190. »Lleva por fruta y flor honras y afrentas,
una y otra fortuna indiferente,
y ella en sus ramos puesta con violentas
manos la coge y da confusamente;
al pie del árbol van olas hambrientas
sin tiento de confusa y ciega gente,
que por los riscos sin cesar trepando,
unos cayendo van y otros volando.

191. »En piñas de oro cae la fruta altiva
y coge cada cual la más galana,
y si bien todas de oro caen de arriba,
una podrida sale y otra vana;
unas llenas de muerte, otras de esquiva
afrenta y otras de honra soberana,
este lisonjas halla, el otro honores
y a otro un áspid le pica entre las flores.

192. »De gusto aquel y de tesoros llena
su piña coge y al cerrar la mano
en lugar del contento halla pena
y las riquezas vueltas aire vano;
por uno al fin que acierta con la buena,
la suerte yerran mil, ¡oh engaño humano!
que la Fortuna puesta sobre todos
de un error ríe los diversos modos.

193. »Yo aquí imitando su pomposa rueda,
en la que de mis plumas componía,
lozano pavón vuelto a la vereda,
del curso humano fui gran tiempo espía;
y aunque vi allí grandezas de que pueda
hacer alarde aquí la lengua mía,
ni en esta edad hallé ni en otra alguna,
como la de Abdelmón igual fortuna.

194. »Muchos hay que de humildes fundamentos
se alzaron a supremas dignidades
príncipes hubo cuyos nacimientos
apenas los conocen las edades;
pero fueron al fin sus crecimientos
hijos de sus altivas voluntades,
saliéndose a ayudar en el camino
por esta o la otra parte a su destino.

195. »Mas Rustaquio Abdelmón que hoy rige el mundo
todo es parto feliz de la Fortuna
ella el paso primero, ella el segundo
dio y los demás en su creciente luna;
ni él la solicitó, ni su fecundo
reino le debe diligencia alguna,
que cuanta majestad goza en su altura
todo es hinchado golpe de ventura".

196. »Esto cantaba el ruiseñor al vuelo,
de las aves que oyéndole se espantan,
que con arpadas lenguas siempre al cielo
misterios a este semejante cantan;
y no sin causa, que en el mauro suelo
así en las cosas de Abdelmón discantan,
que de cuantos adoran en la luna
por monstruo le confiesan de Fortuna.

197. »Rústico hijo de un humilde ollero,
en África le halló su estrella un día,
que formar el dibujo verdadero
de un hombre venturoso pretendía;
fue de su dicha el escalón primero
un real carbunco en quien el sol hacía
nuevo retrato suyo y entre peñas
él a los ojos con vislumbres señas.

198. »Huyendo una enroscada sierpe, que arde
en sus escamas de oro el campo raso,
que el triplicado silbo al pie cobarde
a tiempo le hizo huir medroso el paso;
donde la rica piedra haciendo alarde,
está de su beldad, tropezó acaso,
y al caer sin tiento en el estéril llano,
Fortuna misma se la dio en la mano.

199. »Y él sin hacer de su valor estima
tibia la lleva y desganadamente,
cuando a Vanicio vio que era la prima
en presunción de su aldeana gente;
viole la piedra y vio como no estima
su resplandor el bárbaro insipiente,
que en ignorantes manos la más fina
perla se vuelve humilde cornerina.

200. »Y él conociendo el sin igual tesoro
que en su estrecha materia se incluía,
en cuya estimación es pobre el oro
y humilde la más noble pedrería;
guardándole a su dicha aquel decoro
que a tan nuevo favor se le debía,
de todo su caudal se necesita
por comprar la preciosa margarita.

201. »Compróla y dio por ella su pobreza,
y con ella quedó próspero y rico,
no sabe en qué emplear tanta riqueza,
que el mundo todo a su grandeza es chico;
ya del sayal le enfada la bajeza,
en brocado trocar quiere el pellico,
sobre su estéril paja está acostado
y allí se sueña en tálamo dorado.

202. »Despierta y confiado en su tesoro
de pajes se rodea y de criados,
ricas vajillas, reposteros de oro
del pincel de su antojo fabricados;
"El día -dice- y la ventura adoro,
que tales siglos me tenían guardados
para ser en la tierra sin segundo,
pues nací pobre y mando ahora el mundo.

203. »Bien en este carbunco hay dos millones,
un grave estado compraré del uno,
ricas preseas del otro, altivos dones
de aparato cual otro fue ninguno;
y aun tales podrán ser las ocasiones
y el tiempo en mi favor tan oportuno,
que llegue a ser emperador potente,
desde el tostado egipcio al mauro ardiente.

204. »Al humilde Rustaquio, que es el hombre
que para mí halló esta gran riqueza,
cuando de ver mi majestad se asombre
daré altivo la mano a su pobreza;
¡Oh ilustre celo! con honrado nombre
de criado, si alcanzare a tanta alteza
y no es paga excesiva al beneficio
admitirlo desde hoy en mi servicio.

205. »Mía esta rica piedra de derecho
era, como también ahora es mía,
que el ollero Abdelmón en mi barbecho
se la halló porque tras mí venía;
yo no tengo, como él, ánimo estrecho,
que desde que nací ser rey quería
y la feliz estrella en cuanto ofrece
a los bríos que inclina favorece.

206. »¡Qué nube al viso humano tan escura
es la Fortuna, el Hado y su destino!
¡Por qué rodeos camina la ventura
cuando quiere salirlos al camino!
Pobre Rustaquio vio entre la verdura
este tesoro que a mis manos vino,
quién entonces le viera juzgaría
por suya la ventura y era mía."

207. »Así Vanicio en bárbaros discursos
quimeras fabricaba por los vientos,
midiendo el cielo a palmos y a sus cursos
dando y quitando ley y movimientos;
tan vario, que a ser de oro los concursos
y avenidas de vanos pensamientos
que a su ambición venían, ni le hartaran,
ni sus torpes locuras concertaran.

208. »¡Qué de Vanicios en humildes lechos
la luz contempla de la aurora fría,
que un mar de locas pretensiones hechos
todas las cumplen esperando el día;
y en quimeras y monstruos contrahechos
desvelan la inconstante fantasía,
no viendo que las cuentas sin dineros
en saliendo la luz son todas ceros!

209. »Abdelmón de otra parte en el cuidado
de cien rubios cequíes con que Vanicio
compró el precioso globo, desvelado
de su aldea se finge un gran patricio;
mas la Fortuna a cuenta de su Hado,
codicioso de dar al mundo indicio
de sus milagros dio muestra segura,
que no consiste en trazas la ventura.

210. »Tenía Abdelmón por lisonjero amigo
a Almohadí, cierto árabe embustero,
de sus secretos singular testigo
y de su alma desnuda dueño entero;
este en traje de paz fiero enemigo,
deseoso de hacer presa en el dinero,
a las ruinas de un antiguo muro
se le hizo enterrar por más seguro.

211. »Y aquella noche el cauteloso moro,
de hambrienta codicia el pecho lleno,
a robar del sincero amigo el oro
por las tinieblas fue de un bosque ameno;
cuando a tiento buscando el fiel tesoro,
de un frío áspid halló el mortal veneno,
que trocándole el curso de la suerte,
por rubio oro le dio pálida muerte.

212. »Entre tanto Abdelmón en triste sueño
Morfeo le pinta de su amigo el caso,
despierta y va a buscar de su pequeño
tesoro el breve globo y bulto escaso;
y viendo el pago que el mortal beleño
al falso moro dio, suspendió el paso
de la muerte medroso y la serpiente
que aún en torno del muerto cuerpo siente.

213. »Mas libre con la nueva luz del día,
su pequeño tesoro toma y parte,
del ardiente calor de Berbería
hacia la más oculta y ciega parte;
porque en la muerte que presente vía
teme que alguno sin razón le encarte,
y no le aprovechó, que el oro hallado
que a otros suele salvar, le hizo culpado.

214. »Por la codicia de los rubios tejos
seis cuadrillas salieron a buscalle,
y una de ellas bajar le vio de lejos
de una alta sierra a un encubierto valle;
y que entre unos manglares mal parejos
tropa alarbe le espera por roballe,
donde vida y dineros le quitara,
si la que a prenderle iba no llegara.

215. »Ya las rendidas manos en un lazo
presas le halló la escuadra diligente,
que a toda prisa el áspero ribazo
saltó y dio en los alarbes de repente;
y ellos en firme y en gallardo brazo
preso y vidas defienden juntamente,
y al brío de sus rústicos contrarios
varias heridas dan y golpes varios.

216. »Ya en porfiada batalla y cruda guerra
los unos en los otros marañados,
pedazos hechos la sangrienta sierra
caer los vio en sus faldas destrozados;
y de ocho, dos valientes de la tierra
de Abdelmón, en mil partes lastimados,
vivos solos quedaron y el cautivo
a costas de sus muertas vidas vivo.

217. »Parecioles estorbo y demasía
volver preso de allí el cautivo mozo,
o porque su temor se lo impedía,
o la codicia o bárbaro destrozo;
despojáronle al fin lo que traía
y de la selva en un profundo pozo,
que su delito deje más cubierto,
lo despeñaron y quedó por muerto.

218. »Diose por tal Rustaquio desde luego
y trazó la Fortuna su caída
por mejor levantarle y así el ciego
pozo no le quitó, mas le dio vida;
que como quien despierta del sosiego
de un dulce sueño el alma divertida,
a mirar comenzó por el profundo
si via ya los reinos ya del otro mundo.

219. »Y no del hondo infierno llama horrible
en ciego humo y rechinar sonoro,
a un tibio rayo vio de luz visible
mas rubias masas de centellas de oro;
volvió del todo en sí ¡caso increíble!
y en medio se halló de un gran tesoro
que allí la ciega antigüedad o el Hado
a su ventura le tenía guardado.

220. »Salía por cien torcidos escalones
la bóveda sin luz de oro preñada
a unos desbaratados paredones,
fábrica en otros siglos celebrada;
sacó el moro feliz de los montones
de joyas una entre otras señalada,
un rico alfanje cuya pedrería
una ciudad su estimación valía.

221. »Quiso en Túnez venderle a menos precio,
que la hambre no come perlas ni oro
y el espanto de joya de tal precio
a voces dio por salteador al moro;
llévanle preso al rey, que con desprecio
de su ánimo real, quiere el tesoro,
y por él en la torre del palacio
cárcel le dieron y prisión de espacio.

222. »Budebuz, rey famoso de Marruecos,
por lo infeliz de una batalla brava,
de la alta torre en los desvanes huecos
despojado del reino y preso estaba;
a cuyo oído los preñados ecos
del gran tesoro que Abdelmón negaba
llegaban, y deseó por experiencia
ver del moro el aseo y la presencia.

223. »Fue cosa fácil darle gusto en eso
por serles cárcel una misma torre,
hizo graves preguntas el rey preso
al mancebo en la fama que de él corre;
y halla que en todas tiene fondo y peso,
y una estrella feliz que le socorre
y casi le arrebata en raudo vuelo
a levantar su nombre y fama al cielo.

224. »De otra parte Abdelmón estando cierto
ser de Marrueco rey el que allí estaba,
o fuese virtud propia, o encubierto
rayo de luz que su ánimo guiaba;
al real valor, aún no del todo muerto,
del feroz rey y su persona brava,
el preso moro se inclinó de suerte,
que servirle ofreció hasta la muerte.

225. »Era prudente el rey y en los sucesos
notó del moro una feliz ventura,
y enderezar con ella sus aviesos
más que furor le pareció cordura;
quiso el rigor templar de sus excesos
con arrimarse a senda más segura,
y mientras su fortuna no serena
valerse en sus azares de la ajena.

226. »Descubriole su pecho, y él gozoso
en firme confianza se prefiere
de dar la mano al rey y un venturoso
con cuanto intenta sale y cuanto quiere;
contentose el de Túnez codiciosos
con su alfanje feliz sea cuyo fuere,
dando a su dueño libertad y en ella
cumplidos los furores de su estrella.

227. »Al rey después en su prisión esquiva
con sutil artificio por su mano
seguro le escaló la torre altiva
y libre le sacó del rey tirano;
y en su escondida cueva entre la viva
luz del tesoro le escondió ufano,
cuya inmensa riqueza después pudo
de armas y gente armar al rey desnudo.

228. »Hizo su general el despojado
al fiel Rustaquio, y él con su ventura
el reino recobró y le dio el estado
con mayor cetro y silla más segura;
que no se contentó de ver ganado
lo que halló perdido, mas en dura
sujeción puso yugo y quitó leyes
del africano suelo a treinta reyes.

229. »El suyo agradecido a sus servicios,
ya con paterno amor y fe sincera,
en dulce premio le ofreció propicios
los brazos de Aja, su única heredera;
pagando con los mismos beneficios
que obligado le halló y de esta manera
de humildes padres le hizo el alto cielo
gran Miramamolín del libio suelo.

230. »A Vanicio en sus trazas y su cuenta
diverso fin le dio la incierta suerte,
que entre la paz y la codicia hambrienta
le dieron, por robar la joya, muerte;
y sus vajillas, pajes y su renta
con él la tierra en polvo los convierte
tan incierta es como esto y tan escura
en los humanos casos la ventura».

Alegoría.

En Angélica perseguida de Venus y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irse faltando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que también en los ojos que la veían, fuese faltando el deleite que antes causaban o porque el honor significado por Angélica es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad. Y así a los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenía, al mejor tiempo les falta el viento y perdiendo la honra se quedan en calma.

El tizón hadado de Dulcia, apagado con agua por mandato de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generación. Es a saber: calor, humedad y espíritu. Yy su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud y hermosura del cuerpo humano.

En la nobleza de Orlando, se ve la trabazón y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio y cómo todas son pregoneras de su providencia divina.

En el canto del ruiseñor se muestra cómo de los bienes humanos el más precioso es la libertad. Y en los sucesos de Rustaquio Abdelmón, de qué pequeños principios nacen las majestades del mundo y cuán poco valen los discursos de la prudencia humana, donde no favorece la divina.

Fin del undécimo libro.

LIBRO DUODÉCIMO
DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Roba Garilo a Orlando y a sus compañeros, y quedándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, él se va triste y solo a dar en una cabaña de un pastor. Reconoce el alcaide de Sansueña a Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo después que perdió a España con el origen del cabo de San Vicente y la desgraciada tragedia de Boacel y Glaura.

1. Así siguiendo el ingenioso Orlando
su opinión fue y su cuento peregrino,
concluyendo en lo uno y otro, cuando
el día en su luz y el sol en su camino;
y el astuto Garilo, que en el blando
discurso a su jornada robó el tino
de un intrincado bosque en la espesura
se los dejó y halló la noche escura.

2. La catalana astucia, el bosque ciego,
la escura noche y el faltarles guía
a otorgar les forzó el dañoso ruego
de la traidora cautelosa espía;
y un caído alcázar, que del tiempo el fuego
convirtiendo iba ya en ceniza fría,
en sus rotos desvanes sin abrigo,
el que no tiene ofrece a su enemigo.

3. Fuese la noche entre quietud y sueño
y sabrosos olvidos de cuidados,
y al levantarse el día con risueño
semblante, y ojos garzos y dorados;
el castillo hallaron sin su dueño,
y los que en él estaban despojados
de arneses unos y otros de vestidos,
y a un modo en mil maneras ofendidos.

4. Suben a lo alto de una antigua torre
por descubrir lo que en el campo había,
cuando a la lonja que a la puerta corre
guardarla un hombre armado parecía;
el conde altivo que su arnés recorre
y el brioso Brilladoro en quien venía,
más del desprecio que del robo hecho,
fuego lanza la vista y rabia el pecho.

5. Cual espumoso río, que deshecha
la presa que enfrenado le tenía,
furioso rompe y por la puerta estrecha
lo mismo saca que antes le impedía;

y no de sus riberas se aprovecha,
antes furioso de ellas se desvía,
y de verse oprimir más enojado
lleva entre los pesebres el ganado.

6. Bien así la ira del francés caudillo
viéndose despreciado de un villano
no una almena le tira, ni un ladrillo,
mas furioso con una y otra mano;
la alta torre trastorna del castillo
que a estremecer bajó su estruendo el llano
donde si Brilladoro no huyera
muerto de un golpe y enterrado fuera.

7. Medrosos unos y otros admirados
del ademán con que a vengar sus quejas
muros envía, torres y tejados,
los hombros encogieron y las cejas;
y el torreón con sus mármoles labrados
aun las molduras todavía parejas,
así se vía entre árboles plantado
que nacer parecía do aquel prado.

8. Garilo que estar vivo cree apenas
al pie temblando del francés trofeo
y que tras él se vienen las almenas,
como tras de la música de Orfeo;
la sangre y brío se le heló en las venas
y arrepentido de su mal deseo
hierro al caballo mete en los costados,
que el miedo hace jinetes extremados.

9. Corrió una legua sin llamarle el freno
y aún allí alguna almena le hallaba
que como rayo a quien le falta el trueno
tras él venía volando y le alcanzaba;
hasta que en un espeso bosque ameno,
donde su oculta gente le esperaba,
se entró y quedó de Orlando el brazo duro
arrojando tras él deshecho el muro.

10. De los demás franceses despojados,
la burla más o menos celebrada,
de ellos furiosos, de él los reportados,
de unos reída y de otros suspirada;
por entre antiguos mármoles quebrados
de la arruinada torre desmochada
que el conde abrió y una encubierta escala
la luz les hizo señas de una sala.

11. Antecámara de otra parecía,
a cuya puerta estaban dos candados,
la arquitrabe y molduras de ataujía,
aunque ya de matices deslustrados;
las puertas de marfil y pedrería,

los pilares de pórfido labrados,
y en el témpano encima el frontispicio,
de la avaricia entretallado el vicio.

12. Puesto en las ondas del Estigio lago,
de sed el infeliz Tántalo ardiendo,
muriendo por tomar de ellas un trago
y por no le tomar también muriendo;
que de este injusto vicio es justo pago
vivir deseando lo que está temiendo
y tener las riquezas sin gozarlas,
para solo el tormento de guardarlas.

13. Viendo puertas con tantas cerraduras
no hubo francés que no alargase el paso
por si hallara detrás de sus pinturas
los tesoros de Midas y de Craso;
o algunas armas, ropa y vestiduras
para remedio del presente caso.
Llegan, y a dos vaivenes dan sin duelo
con puertas y candados en el suelo.

14. Y todos en montón confuso entrando
por la sala temblar se vio el castillo,
no iba con ellos el prudente Orlando
aunque bastó el rumor a divertillo;
donde en el muro estaba fulminando
con duras rocas al gascón caudillo
y la sala quedó cual de repente
los techos borda el sol del rojo oriente.

15. Del blanco mármol con relieves de oro,
o era labrado o serlo parecía,
y entre mosaicos lazos por decoro
un oriente de varia pedrería;
de acuñados escudos un gran tesoro
montones hecho por el suelo había,
si en la hidrópica sed del oro hubiera
fin y tasa, esta sala se le diera.

16. Alguno en su pajiza cama echado,
a quien necesidad quitó la cena,
rico durmiendo y pobre desvelado,
su choza vio de igual tesoro llena;
y de quien la noche antes fue olvidado
solo que sueña poco le da pena,
llenando grandes sacos de oro ardiente,
que en sombra volverá la luz siguiente.

17. Bien así a la francesa gente avino
el bello camarín de la riqueza,
donde apenas dio lumbre el metal fino
cuando a todos rindió su fortaleza;
y llevados en ciego desatino
de la hambrienta codicia sin pereza,

todos en dando un paso en el tesoro
vueltos quedaron en estatuas de oro.

18. Llegó a la sala el conde en el instante
que ya perdían el ser los delanteros,
y él sin osar mover el pie adelante
la codicia perdió de los dineros;
y a ellos en lo insensible semejante
sin sentido quedó y sin compañeros,
tan absorto en la máquina que vía
que otra estatua como ellos parecía.

19. No sabe si ellos o él está encantado,
porque si ellos lo están, él lo parece,
maldice y culpa su contrario Hado
que tanto sus intentos aborrece;
mas el suceso bien considerado,
«El pago -dice- tiene que merece
su locura, que gentes avarientas
hechas estatuas de oro están contentas.

20. »¡Oh cómo el interés del oro estraga
al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!
Un hombre entero su ambición se traga
y en los respetos los mejor nacidos;
así su vino turba, así embriaga,
que cual Circe los deja convertidos
en fieros brutos de ánimos atroces,
o sorda estatua al cielo y a sus voces.

21. »Entre la negra lama y turbia horrura
del Aqueronte lago está en tormento
un espíritu triste en noche escura,
seco de hambre y de calor sediento;
con el agua a la boca, que procura
entrarse dentro de él y él sin aliento
temiendo decrecer el río un trago,
en pena eterna está en su eterno amago.

22. »No en vano por blasón de esta su ciega
dorada sepultura el mármol tierno
da retratado al que a su puerta llega
este antiguo vecino del infierno.
¡Oh avaro inútil que en confusa brega,
de ayuna hambre y de temor eterno,
pasas la vida y gozas de sus bienes,
como los que te faltan los que tienes!

23. »La noche toda sin dormir velando
los sin fruto acuñados sacos de oro,
a quien tocar de miedo estás temblando
porque no hable su metal sonoro.
¿Qué importa estar, oh idolatra, mirando
que tus cofres de acero en su tesoro
de Libia guarden las riquezas juntas

y aren tus campos fértiles cien yuntas?

24. »¿Qué importa que la cueva de Arimaspes
el oro con que al mundo desafía
en tu casa trastorne? ¿Y el Hidaspes
cuántas drogas por él la Misia envía?
¿De la fría Scitia los vetados jaspes,
o el metal rojo que en su arena cría
el Ebro, el Indo, el Ganges, el Pactolo
y más que todos cuatro el Tajo solo?

25. »¿Qué importa que del Rojo mar la espuma
en perlas vuelta te la den sus playas,
y del rico Quinsay una gran suma
por ambos mares a tus puertas trayas?
¿Qué importa que en los ceros de tu pluma
se encierre el Tibar y por tuyas hayas
cuantas masas derriten y dan, llenas
de espanto los respaldos de sus venas?

26. »Si al fin temblando en medio tu tesoro
al rostro enfermo de la hambre ayuna
triste te rindes y en cuitado lloro
de imprudente condenas la Fortuna;
que te dio a tiento tantas cargas de oro,
mas sin fruto cual blanco de la luna.
Pues estar en tus cofres es lo mismo
que el no haberlas sacado del abismo.»

27. Dijo, y mil trazas prueba por si alguna
divertirlos podrá de aquel tormento,
mas no le acude a su intención ninguna,
que el oro es poderoso encantamiento;
y viendo tan trocada su fortuna,
«¡Oh cielos -dice- que en mi daño siento
no haber cosa en los hombres menos cierta
que el día más vecino a nuestra puerta!

28. Díste me la victoria de Girona,
y esta noble y burlada compañía,
con quien dejando el campo en Carcasona
ayer solo a buscar placer venía;
hallo menospreciada mi persona,
robado, triste, a pie, solo, sin guía,
mi gente a riesgo en medio esos desiertos
y al parecer mis compañeros muertos.

29. «Mas si es orden del brazo soberano
que el mar enfrena y las estrellas rige.
Él es el dueño. Corra de su mano,
a su cuenta está todo, ¿quién me aflige?»
Así decía el senador romano
y así de su imprudencia se corrige
buscando modos para ver si puede
hacer que allí su compañía no quede.

30. Mas si asir con un lazo procuraba
la estatua que más cerca parecía,
apenas el cordel dentro llegaba
cuando una sierpe de oro se volvía;
y del pedazo que de fuera estaba
su encanto la troncaba y dividía,
y en metiendo una vara por la puerta
la mitad de oro parecía enjerta.

31. Así de Etna en los hornos encendidos,
donde su bronce el cíclope derrite,
los robles caen en brasas convertidos
que con el oro su color compite;
y de los ramos de otro ser vestidos
hace que el tronco se desgaje y quite,
y que lo que antes era haya o pino,
el lustre herede del metal más fino.

32. Cansado el conde de trazar al viento
cosas que todas le salían en vano,
el castillo dejó y su encantamiento,
y a pie se entró por un florido llano;
por compañía solo su tormento,
cuando de lo alto de un collado enano
un humo descubrió y paredes viejas,
cabaña humilde de un pastor de ovejas.

33. Había llevado de su error la pena
tres días sin comer desalentado,
perdido el tino por la selva amena
y más que en ella dentro en su cuidado;
sin gusto el alma de congojas llena
cuando arribó confuso y destrozado,
ayuno, sin espíritu ni aliento,
del rústico pastor al fresco asiento.

34. Al rebaño llegó que unos ribazos
subía en las verdes faldas de un barbecho
y un merino carnero entre los brazos
a la estrecha cabaña fue derecho;
y a medio asar se le comió a pedazos
no del todo en su hambre satisfecho,
antes temió el pastor por lo que vía
que tras él los demás se comería.

35. Diole al deseo de reposar el prado
florido lecho, un césped almohada,
y a un flojo cuerpo del calor cansado,
las flores son alfombras regalada;
y el sueño y el descanso deseado,
vianda sin más salsas sazonadas
que aquél cansancio que en los miembros anda
del suelo duro hace cama blanda.

36. Al fresco silbo del templado viento
que entre álamos y alisos bulle ufano,
el sueño le borró del pensamiento
la antigua pena con sabrosa mano;
cuando en Sansueña el noble alcaide atento
a conocer el preso moro anciano,
«Este es -con nuevo sobresalto dijo-
el robador de mi perdido hijo».

37. Y como en triste llanto se disuelve
sin dar respuesta, en confusión metido,
con la medrosa vista le revuelve
y del doncel le preguntó perdido:
«¿A qué fin le hurtó? ¿cómo le vuelve?
y ¿a dónde hasta ahora le ha tenido?»
A quien con miedo, sobresalto y lloro
así le respondió temblando el moro:

38. «Mi muerte veo, señor, y no tu hijo,
yo le robé en un ciego bosque umbroso
acaso y sin pensar, pero bien dijo
quien la ocasión llamó ladrón forzoso;
no previne caverna ni escondijo,
ni flacas postas en que huir medroso
la suerte me llevó por los cabellos,
sin procurar sus lances, ni entendellos.

39. »Saliendo tú en Miduerna a caza un día
con el rey Casto y él con su sobrino,
con él tu hijo, y yo en su compañía
una nublosa tempestad que vino;
la caza nos deshizo y la alegría,
y a los dos nos llevó fuera de tino,
por entre incultos montes y vallados,
dos días sin ver por dónde derrotados.

40. »Hallé al tercero un hato de pastores
y allí tomando lengua vi que estaba
diez leguas de Miduerna y de sus flores
que pensando acercarme me alejaba.
¿Quién halló esclavo fiel a sus señores?
¿A quién la servidumbre no le agrava?
¿Quién no quiere ser libre? ¿Quién procura
quitar de sí para otro la ventura?

41. »Pidiole a la ocasión luego el deseo
mi libertad a costa de la ajena
y al fin por no hacer largo rodeo,
pues ya mi historia para nada es buena;
huyendo desde aquí empecé a ser reo
y desde aquí mi culpa me condena,
si el apetito natural es culpa,
o en mi delito puede haber disculpa.

42. »A Valencia de aquí me fui derecho
y a tu hijo lleve en mi compañía
que le hizo más daño que provecho
la desleal afición que en él tenía;
y viendo el no pensado yerro hecho
con quien igual satisfacción no había,
al rey Abdalla se lo di por paje
con la cuenta y razón de su linaje.

43. »Él le crió en su corte y su palacio,
yo desde allí a vivir vine a Toledo,
no sé de aqueste tiempo en el espacio
que sea de él, solo esto decir puedo.»
Y con triste semblante y rostro lacio
esperando la muerte estuvo quedo,
sin mirar a Roselio de turbado,
ni conocerle por estar mudado.

44. Pero su padre, a quien la sangre ardiente
ya la verdad del caso le decía,
llorando de placer en su alma siente
lo que decirle nadie no sabía;
y con gusto abrazando tiernamente
al que por muerto en su opinión tenía
cuenta le pide ya con regocijo
de sus desgracias y el mancebo dijo:

45. «Los trabajos, señor, en la memoria
tienen otro sabor que en los sentidos,
que la pena acabada es toda gloria
y los pesares buenos para oídos;
y así los casos de mi nueva historia
volverán el deleite, referidos,
que otro tiempo quitaron. Oye atento
el extraño suceso de mi cuento.

46. »Desde que a las ventanas de la vida
de la razón llegó la luz primera,
comenzando a aclarar con su venida
de la niñez dormida la ceguera;
al primer escalón de mi subida
me conocí cautivo de manera,
que quiso la ventura que perdiese
antes la libertad que la tuviese.

47. »Bien que un tibio recuerdo me quedaba
no de mi patria, padres, ni parientes,
sino de un no sé qué que me avisaba
haber venido allí de extrañas gentes;
mas luego con el gusto se olvidaba
solo atento a gozar de los presentes
de la corte de Abdalla, en quien tenía
padre, patria, regalo y compañía.

48. »Tiene Abdalla el gobierno de Valencia
con dominio tiránico usurpado,
aunque por poca sangre y descendencia
le quieren otros dar el principado;
y que sea el cordobés reino su herencia,
y el intruso tirano revelado
Aliatán, que hoy le goza y pone leyes,
guerreando en razón de esto ambos los reyes.

49. »Son grandes las cautelas y los tratos
que Aliatán y los suyos han movido
contra Abdalla y no menos los recatos
con que de esto en Valencia se ha vivido;
en cierto cuartel suyo por contratos
de gabela y servicio mal pedido,
y otros tributos graves y tiranos,
vivían como en prisión ciertos cristianos.

50. »Allí del segoviano san Vicente,
a quien Daciano dio por mortal vida
corona eterna, en un lugar decente
tenían cuerpo y parroquia conocida;
donde acudía de la cristiana gente
la más noble, devota y corregida
a un convento debajo del auxilio,
reglas y vocación del gran Basilio.

51. »Era Mauril prior de este convento,
en sangre ilustre y en costumbres santo,
cordobés en honrado nacimiento
y en nobles pundonores otro tanto;
de Aliatán primo, en cuyo fundamento
el rey quiso intentar con todo cuanto
calor le fue posible un trato doble
de gran riesgo a no ser Mauril tan noble.

52. »Está el convento al valenciano muro
en un fuerte lugar incorporado
para cualquier traición paso seguro,
si los de dentro venden el cuidado;
este intentó Aliatan comprar, seguro
que Mauril, por pariente o por privado,
gustaría de venderle y de esa suerte
daría a Valencia saco y al rey muerte.

53. »Mas si eran mármol las demás almenas,
aquellas halló el rey que eran diamante,
de más lealtad que de argamasa llenas
y el monje cordobés en ser constante;
esto en gran riesgo se trataba apenas
con el secreto y término importante
y Hambroz corría la costa con su armada,
por si se hallase a la traición entrada.

54. »Mas Berberuz, un moro su adversario,
que de Valencia la opinión seguía,
venció y quitó la vida a este corsario
encima el puerto Caridemo un día;
y ahora alguno del bando del contrario
descubriese el intento que traía
Hambroz y la secreta inteligencia,
con que pensaba echar gente en Valencia.

55. »O que por otra vía y otro modo
el peligroso trato se entendiese,
su inocencia mostró el cristiano godo
cuando no fue posible le valiese;
que nunca en el descargo se cree todo
por más que la verdad se ajuste y pese,
porque es disculpa al fin y la disculpa,
o mucha o poca presupone culpa.

56. »Quedó el rey con sospechas y recato
de Mauril que no pudo descargarse,
de no haber descubierto a tiempo el trato
que en la misma traición podía vengarse;
fue creciendo tras esto cada rato
la fama que Aliatán viene a juntarse
con los cristianos y otros que en Valencia
por contrato le han dado la obediencia.

57. »Y aunque nuevas de vano fundamento
pudieron con el suyo dar cuidado
y ocasión a un tirano mandamiento
contra el opreso pueblo bautizado;
que dentro de diez días mude asiento
en la ley o en el reino y que pasado
el término se prenda por esclavo
quien no llevare el bando real al cabo.

58. »Fue grande el repentino sobresalto
que en la rica ciudad causó este edito,
porque irse era perderse y quedar falto
en la ley de su dios, mayor delito;
si alguno se iba en popular asalto
en el daban los moros y por rito
de su Alcorán y secta malnacida
la hacienda le quitaban y la vida.

59. »Como hambrientos sabuesos que al que llega
humilde a demandar limosna al rico,
su importuno y confuso aullar le niega
de la mesa alcanzar un vil zatico;
y si huyendo su enfadosa brega
y aquel rabioso arremangar de hocico
da la vuelta arremeten denodados
a dar con rabia en el sayal bocados.

60. »Así a los valencianos los moriscos
con sus denuestos tratan y baldones,
y ellos por quiebres huyen y por riscos
de su misma hacienda y posesiones;
que cual hambrientos lobos que en apriscos
los corderos destrozan y vellones,
en hacienda y personas la ira aceda
muestran en el que va y en el que queda.

61. »El santo abad Mauril, contra quien junta
toda esta nube y tempestad llovía,
viendo que a sola su persona apunta
y a su humilde y devota compañía;
haciendo de ella una medrosa junta
propuso el riesgo en que su estado vía
el rigor del tirano, su inclemencia
y la morisca bárbara insolencia.

62. »Y viendo urgente y sin reparo el daño
que el cielo les envía por recuerdo
del sueño de su culpa y desengaño
mundano, sale de común acuerdo;
que huir del propio para el reino extraño
es en tal ocasión de ánimo cuerdo
y discreta ganancia echar perdida
la capa al toro por salvar la vida.

63. »Y que cuando otro bien ni causa tenga
esto más que librar al gran Vicente
de un segundo Daciano y que no venga
su cuerpo a manos de la maura gente;
que en hacer de él escarnio se entretenga
es sano acuerdo y causa suficiente
el ponerlo por obra, dando todos
para este intento los mejores modos.

64. »Al fin salen de acuerdo de embarcarse
con la santa reliquia al día siguiente,
y del nocturno luto aprovecharse
con traza oculta y paso diligente;
ya el sueño comenzaba a descolgarse
con su quietud hacia la humana gente,
de las estrellas que de en medio el cielo
rayos llovían de silencio al suelo,

65. »cuando los santos monjes ocupados
en huir del reino y la ciudad tirana
a dos barcos que estaban aprestados
llevan su mueble y prenda soberana;
yo el alma y los sentidos sepultados
en un pesado sueño y sombra vana,
sobre la blanda pluma de mi lecho
retrato estaba de la muerte hecho.

66. »Allí en trágico horrible y triste sueño
la confusa ciudad soñaba arderse
y todo el real alcázar con su dueño,
sin culpa mía sobre mí romperse;
cuando a este punto vi en rostro risueño
un santo bulto cabe mí ponerse,
así hermoso y de alegre luz vestido
que solo le pudiera ver dormido.

67. »Como el que con los ojos de repente
dio en las medallas del dorado techo
que con la húmeda luz resplandeciente
de la luna está una ascua de oro hecho;
si antes le iba a tragar una serpiente
queda viéndose libre satisfecho,
así yo me hallé y así me avino
llegando a mí aquel bulto peregrino.

68. »Conocí luego el rostro soberano
de mi abogado mártir san Vicente,
que muchas veces antes no con vano
cuidado, en su sepulcro vi presente;
y asiéndome la mía con su mano:
"Huye, hijo -me dijo diligente-
la odiosa tierra y servidumbre triste,
si ya te deseas ver donde naciste".

69. »Sobresaltome el sueño y temeroso
de angustia lleno y de sudor, despierto
y en mi sentido vuelto un doloroso
suspiro me dejó el cabello yerto;
salté del blando lecho receloso
y en el bulto encontré de un hombre muerto
que entre un gemido y otro en aquel punto
alma rendía y aliento todo junto.

70. »Llegué en turbado y temeroso paso
a conocer el bulto y vi tendido
en un sangriento lago ¡extraño caso!
del rey Abdalla al príncipe querido;
el gallardo Algaicel al cielo raso
de una estocada el corazón partido,
el alma me pasmó, el cabello yerto,
por un rato a sus pies me quedé muerto.

71. »Mas vuelto sobre mí con más recato
el peligro miré en que estaba puesto,
muerto a mis pies del príncipe un retrato
y del alcázar en quietud el resto;
yo solo a ser, del alevoso trato,
sin culpa alguna el agresor dispuesto,
¿quién me salvará el riesgo de la vida
si doy el muerto y no al que fue homicida?

72. »Comencé a discurrir por cuál camino
entrar pudo o salir el delincuente,
cuando a tiento y sin ver dónde camino
del real jardín me hallé cabe una fuente;
y entre la turbación y el desatino
de un postigo la puerta vi patente,
por donde vi que del suceso extraño
el sin piedad autor metió el engaño.

73. »Y a mejor confirmar la incierta duda
a la vecina playa salí atento,
buscando el rastro entre la sombra muda,
cuando oí de cerca apresurado aliento.
"Este es -dije- el traidor." Y con desnuda
espada y no advertido arrojamiento,
al bulto me llegué y en voz valiente,
"¿Quién sois? -le pregunté- Teneos, ¿Qué gente?"

74. »Hallé un coro de monjes que llevaba
un ataúd al vecino mar cargado
y Mauril que rezando las guiaba
en tono grave y paso moderado;
yo, viendo que de mí se recataba
en mi primer sospecha confirmado,
tan cargado me vi de desconcierto
que pensé que iban a enterrar mi muerto.

75. »Conociome el abad Mauril. O fuese
en la voz o, lo que es de creer más sano,
mi venida en espíritu supiese,
que a un amigo de Dios todo le es llano;
y humilde, "Oh mi Roselio -dijo- cese
el brío sin causa de tan noble mano,
que el cielo y no otro brazo de enemigo
es quien al reino ha dado este castigo".

76. »Fue causa el monje de mayor espanto
con su vista y palabras no entendidas,
hasta que entre el sonoro humilde canto,
"No es salvar todo -dijo- humana vidas,
que las reliquias de este mártir santo
aunque en esta urna estrecha recogidas
a salvar nos obligan su tesoro,
del cielo digno y no de un pueblo moro".

77. »Así dijo y a mi alma la memoria,
lo que antes entre sueños visto había
y del sagrado mártir la notoria
merced, que a cuenta de quien es me hacía;
sacándome del riesgo con victoria,
riesgo mortal que a dar en mí venía
su santo cuerpo adoro y el cuidado
de mí le di y con él me hallé embarcado.

78. »Cien cristianos sin niños ni mujeres
dentro hallamos ya de dos navíos
que con su pobre mueble y sus haberes
huían del reino infiel los desvaríos;
y antes que con dorados rosicleres
el alba tiña sus plumajes fríos,
de un fresco viento en vuelo arrebatados
el espumoso mar nos vio engolfados.

79. »Mas apenas la luz del nuevo día
el oriente sembró de rayos de oro
y la enemiga tierra que huía
la vista nos quitó del pueblo moro;
cuando una escura nube densa y fría
de aire impelida con rumor sonoro
en medio nos cogió, trayendo llenos
de ciega tempestad los turbios senos.

80. »Tres días fuimos sin luz confusamente
o tres noches en una, si hubo en ella
o pudo haber entre la humana gente,
día sin sol y noche sin estrella;
y al cuarto, cuando el alba en el oriente
su nueva tez mostró rosada y bella
de lejos vimos las alegres cumbres
del puerto de Marbella y sus alumbres.

81. »Del crespo mar el áspero camino
tan breve hecho en temporal tan vario,
del cielo pareció favor divino
a quien nunca sopló viento contrario;
ambos leños a un tumbo cristalino
como asidos de engace voluntario
a una surcan la mar sin riesgo, llena
de ocultas rocas y mudable arena.

82. »Y aunque era sin quietud ciega tormenta
de viento y agua en que íbamos metidos
en otra iban mayor y de más cuenta
mi memoria turbada y mis sentidos;
de mi vida los riesgos, la violenta
desdicha de Algaicel, los no entendidos
fines de mi viaje y dónde el viento
a dar iría a nuestro curso asiento.

83. »Fue por entonces el suceso incierto
del malogrado príncipe. Ni ahora
se sabe más que haber sin culpa muerto
siendo su hermana de su muerte autora;
y habiéndose la tierra descubierto
y un sol alegre tras la cuarta aurora
al encubierto abrigo de una sierra
a hacer llegamos agua y tomar tierra.

84. »Donde con gusto de recelos lleno
y alegría mezclada en temor vano,
aquel día nos dejó el tiempo sereno
en el favor de un pescador cristiano;
cuyas nudosas redes de aquel seno
polilla solían ser y en trato humano
fiel albergue nos dio y de su trabajo
las pobres sobras que tenía nos trajo.

85. »Era el intento, aunque en prolija vuelta,
buscar la humilde costa de Galicia
donde en tierra desnuda de revuelta
libres huir la alárabe codicia;
gozando en vida de ambiciones suelta
los dejos de la bárbara milicia,
que sin los sobresaltos de la guerra
nadie el bien sabe que la paz encierra.

86. »Ayudados del viento y las corrientes,
el día nos vio en la boca del estrecho
donde de los peñascos eminentes
del monte Ávila y Calpe vimos hecho;
el término del mundo y de las gentes,
y aquel inmenso golfo sin provecho
a la frecuentación del trato humano,
en que oscuro se extiende el océano.

87. »Entramos viento en popa por la puerta
con que el un mundo al otro comunica
de sus golfos las aguas y cubierta
de blanca espuma da su arena rica;
y del seguro puerto y playa abierta
de Algecira y Tarifa huye y pica
nuestra medrosa flota y mientras pasa
las ruinas de Carteya mide y tasa.

88. »Los rotos muros que de jaspes pardos,
ya fueron y hoy de tiempo son carcoma
donde hizo el Imperio a los bastardos
hijos de España una bastarda Roma;
dejando a mano izquierda los gallardos
jardines y arboledas de quien toma
nombre Afrodisia, vimos al remate
del día a Trafalgar sobre Barbate.

89. »Y allí en la cumbre de una aguda sierra,
los destrozos y mármoles gastados
del antiguo sepulcro, que hechos tierra
guarda del Gerión miembros doblados;
y al vecino Conil que haciendo guerra
con gente y atambor a los pescados
revuelve más atunes en su gracia
que Proteo focas en el mar de Tracia.

90. »Ya de la antigua Cádiz las almenas
a los rayos del sol daban ventanas
y a nuestros ojos de oro y lumbre llenas
noticia de las playas comarcanas;
cuando el viento empezó a calmar, que apenas
sus costas vimos con la espuma canas
ni a Guadalete ya en tinieblas denso,
ni a su puerto, a quien da cristal por censo.

91. »Al día siguiente nos halló el lucero
del gran templo mirando las ruinas,
que ya hubo consagrado en lo postrero
del Betis a sus luces cristalinas;
de aquí con infeliz y mal agüero
llena de gentes vimos peregrinas,
la jábega que en trato humilde y bajo,
ni la fortuna estima ni el trabajo.

92. »Y un viento allí se levantó tan vivo
que a correr nos forzó hasta Ayamonte,
donde de flores lleno el cuerno altivo
Guadiana pasa carcomiendo un monte;
a ver del hondo océano el motivo
con que a España da moros y horizonte,
y el cristal de sus hondas traga y cierra
el paso al mundo, el término a la tierra.

93. »Aquí ya un viento sur dejó revuelto
en remolinos de agua el mar hinchado
y un rebotado vendaval más suelto
que el tiempo prometía y el cuidado;
tormenta se volvió y el cielo envuelto
en el vellón de un lóbrego nublado
a romper comenzó de entre sus senos
roncos bramidos de confusos truenos.

94. »Fue creciendo la noche y la tormenta
tanto, del primer viento y del segundo,
que parecía que la mar hambrienta
de aquella vez tragarse quería el mundo;
rompe el árbol, la jarcia y racamenta,
la quilla y el timón en lo profundo
de un peñasco y el barco todo abierto,
el más vivo en la fe se dio por muerto.

95. »Más bien se vio que el mártir santo al celo
de sus fieles devotos, mostrar quiso
que para obedecer a los del cielo
no hay tiempo, viento acá, ni mar remiso;
pues cuando todo ya el caudal del suelo
sin remedio se hallaba, de improviso
el santo nos libró y solo el santo
pudiera en tal tormenta y tal quebranto.

96. »Hechos pedazos árboles, entenas,
velas, timones, jarcias y navíos,
en blancas playas de arboledas llenas,
de arrecifes, cercadas y bajíos;
encallados sin riesgo en sus arenas
entre dos claros y agradables ríos,
que más amena haz en su frescura
dejándonos se fue la noche escura.

97. »En medio la famosa corva punta
que para fin de Europa puso el cielo,
al sacro promontorio, en quien barrunta
el mundo que da fin y punto el suelo;
allí donde los mares hacen junta
de sus cristales y se mezcla el hielo
de Tile con los libios arenales
y al poniente las conchas orientales.

98. »Libres aquí del riesgo ya pasado
con notoria evidencia conocimos
que el santo este lugar nos había dado
por suyo y de su nombre le pusimos;
y si antes se llamó Cabo Sagrado
en esperanzas de lo que a él trajimos,
ya pues le goza, por la edad siguiente
cabo se llamará de San Vicente.

99. »Saltamos en la alegre playa y luego
de agradables bullicios se vio llena,
quien buscando agua, quien sacando fuego,
quien trazando el almuerzo, quien la cena;
quien sube el monte arriba y con sosiego
del bosque mira la espesura amena,
quien la leña acarrea y quien estaca
lugar en lo mejor a su barraca.

100. »El prudente Mauril del ya deshecho
bajel mandó sacar el cuerpo santo,
rodeando en procesión un largo trecho
de la ribera con piadoso llanto;
y puesto en tierra el venerable pecho:
"¡Oh padre! -dijo- cuyo eterno manto
abriga, cubre y da pasto fecundo
a cuanto hay de tu cielo a nuestro mundo.

101. »Tú que te has hecho cargo del sustento
de las vidas, del aire y de la tierra,
y sin que siembren das mantenimiento
a cuantos peces este golfo encierra;
Tú, señor, cuyo oculto y santo intento
al pie nos trajo de esta inculta sierra
por fin, del mundo al fin, que no sabemos,
que aquí a más no poder te obedecemos.

102. »Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,
admitiendo en sus culpas su descargo,
de nuevo a tu poder le restituyo,
todo es tuyo, señor, quede a tu cargo;
y vos, gran mártir de Valencia en cuyo
amparo hicimos un rodeo tan largo,
sednos propicio y dadnos pueblo estable
de aire benigno y tierra saludable".

103. »Dijo, y habiendo todos repetido
en lo interior del alma el mismo ruego
y adorando el patrón recién venido
a su oficio volvió cada uno luego;
cuando al santo Mauril ha parecido
humo en un risco que es señal de fuego
y una cruz en la cumbre de una peña
que de las señas es la mejor seña.

104. »Y acompañando alguno sus pisadas
hacia el farol nos fuimos de la vida,
por entre breñas de ásperas quebradas
buscando al cerro la mejor subida;
era todo de peñas encrespadas,
la altiva frente y falda guarnecida
de enhiestos pinos, palmas y algarrobos,
seca retama y frágiles escobos.

105. »Doblando al yerto monte la aspereza
su alta cumbre escalamos con trabajo
por donde alzando al cielo la cabeza
la invicta España humilde ve debajo;
y sobre el hombro de mayor grandeza
otro peñol levanta y otro gajo,
que de torres cercado y gruesas puntas
un rico y bello alcázar forman juntas.

106. »La cruz en una de ellas era hecha
de un altísimo pino desmochado,
de su nativo asiento en la derecha
peña sin más primor incorporado;
naciéndose ella cruz de su cosecha
con solo haberla de hojas desnudado
y pareciendo abajo tan pequeña
que apenas forma una visible seña.

107. »En frente de ella y de un estrecho llano,
que al ancho mar de mirador servía,
una humilde caverna hecha a mano,
o cavada del tiempo parecía;
de quien vimos salir un hombre anciano,
que la barba y cabello le cubría,
del color de la nieve todo el pecho,
alto, fornido, en proporción derecho.

108. »De aspecto grave, venerable en todo,
del tiempo y su aspereza consumido,
aunque en su traza, compostura y modo
bien daba a conocer lo que había sido;
un vivo resplandor del valor godo,
no de otro mendigado ni fingido,
que por sí mismo hizo desde luego
respetásemos todos su sosiego.

109. »Así el anciano Enoc o el santo Elías
tras tantos siglos y en igual sujeto
se mostraron al mundo si los días
alcanzan por allá a hacer su efeto,
y en robusta vejez por las sombrías
frescas ramadas del jardín secreto
a donde ahora están depositados,
de años irán y autoridad cargados.

110. »Y él con semblante real y pecho dino
de lo que estaba en él disimulado,
al sabio abad Mauril humilde vino
diciendo en rostro alegre, "¡Oh padre amado,
por cuán torcido y áspero camino
el cielo a este destierro os ha arrojado,
para consuelo a un amigo afligido
y remedio del alma de un perdido!

111. »Cien años hizo ayer que en esta tierra
con esperanza entré de este buen día,
regando con mis lágrimas la tierra
ajena ahora y otro tiempo mía;
donde conmigo en ordinaria guerra
cansada lucha y desigual porfía
siempre he vivido, pero ya se llega
el fin dichoso de tan larga brega.

112. »El santo mártir, que hoy con su tesoro
viene a hacer rico el pobre albergue mío
que libre me sacó del campo moro
para en este llorar mi desvarío;
a quien pensé labrar altares de oro
y templos de alabastro y mármol pío
días a que me dio de esta venida
la esperanza por alma de mi vida.

113. »Y ya que levantar en su memoria
como un tiempo pensé, muros no puedo,
ni en duros bronces entallar la historia
de su martirio en Córdoba y Toledo;
no le ha faltado a mi ánimo la gloria
de cumplir este voto, aunque con miedo,
que hombre que a su Creador ofendió tanto
pueda agradar con su ejercicio a un santo.

114. »Con él tengo y mis lágrimas ya hecha
una humilde capilla de mi mano,
que aunque sea a huésped tal posada estrecha,
la trazó Amor, obrero soberano;
esta es que veis y si esta no aprovecha
será altar este monte, España el plano
del templo, el sol la lámpara y el cielo
la bóveda en que dé la fama el vuelo".

115. »Dijo, y con reverencia y con espanto
atentos todos su discurso oímos
y desde luego en opinión de santo
en su vista y palabra le tuvimos;
y él guiando a la ermita, por el canto
de una tajada peña descendimos
algunos pasos a un pequeño llano
del cielo hecho por grandeza a mano.

116. »De veinte pies en proporción cuadrado
dentro de un risco un patio se hacía,
de un bastante pretil acompañado
por la parte de oriente y mediodía;
y por todas las otras abrigado
de un peñasco que al cielo se subía,
y hacia el frío norte una caverna hecha,
ancha en los senos y en la boca estrecha.

117. »Parece que el autor del mundo quiso,
cuando labró aquel risco de su mano,
un mirador hacer del paraíso
en lo escondido de su breve llano;
y en medio de él un templo de su aviso
cuyo altar y sagrario soberano
la estrecha cueva fuese y su capilla
de los siglos la octava maravilla.

118. »La parte superior que a la inclemencia
del riguroso tiempo está rendida,
la humana industria en sabia diligencia
de enjutas palmas la tenía vestida;
y del grave ermitaño la prudencia
así la estrecha cuadra repartida,
que era humilde oratorio y contra el viento
albergue sano y cómodo aposento.

119. »La limpia gruta que de altar servía
con tapices de palmas entoldada,
que el sabio anciano con primor tejía
para vestirse a sí y a su morada;
ya pudo usar mejor tapicería
un tiempo, pero aquella fue prestada
y así al mejor se le acabó, mas esta
eterna quedará en su templo puesta.

120. »Del sangriento calvario el gran trofeo
de flores recamado por de fuera,
al sacro altar devoto camafeo
y pía reverencia al lugar era;
y a los presentes general deseo
de conocer la majestad severa
del dueño, mas ninguno hay tan osado
que a decirle se atreva su cuidado.

121. »Mas viendo del altísimo antepecho
el mundo que a los ojos descubría
muda estatua el más sabio quedó hecho
absorto contemplando en lo que vía;
del mar profundo un largo y ancho trecho,
que mudables espejos parecía
y entre sus crespas olas de aire llenas
los delfines cruzando y las ballenas.

122. »El risco altivo en un diluvio entero
de luciente cristal las selvas moja,
que de aquel desigual despeñadero
con espantoso estruendo al mar se arroja;
y de una peña en otra a lo postrero
del monte hirviendo da su espuma floja,
haciendo antes pedazos por los riscos,
cristales, flores, perlas y lentiscos.

123. »Por otra parte el monte, cuyos pinos
parece que se esconden en el cielo
y entre tajadas peñas los espinos
de rocas cubren y boscaje el suelo;
trepa la yedra, suben remolinos
de flores y de yerba por señuelo
al presto gamo que por ellas salta
y de verlas temblar se sobresalta.

124. »Silban por entre almeces y algarrobos
las mirlas, las calandrias y jilgueros,
retozan por la grama y dan corcovos
las liebres y gazapos placenteros;
huyen los ciervos, rumian los escobos
las cabras y en las peñas y agujeros
el conejo se esconde y por sus quiebras
enroscadas asoman las culebras.

125. »Todo esto al son del bosque y del ruido
del río que por los riscos se despeña,
de las aves el canto no aprendido,
y del monte la verde y crespa greña;
desde aquel alto y abreviado nido
que labró el cielo en medio de una peña,
se ven sin otras nuevas maravillas
resacas de la mar y sus orillas.

126. »El contemplar la rústica hermosura
los sentidos tenía embelesados
y entre aquellos asombros la figura
del dueño de sus yermos olvidados;
cuando él en tono lleno de dulzura,
así al nuevo concurso de cuidados
que advirtió en nuestros ánimos atentos,
en su boca se formó graves acentos.

127. » "¡De cuán enano cuerpo y cuán menudas
son las humanas fábricas, medidas
a las grandezas que entre peñas rudas
suelen en un desierto estar perdidas!
¡Qué humildes las más altas, qué desnudas
de majestad y luz las más vestidas,
qué primor mendigado y qué pobreza,
las de más precio y de mayor grandeza!

128. »Los artesones de oro sustentados
en dóricas columnas y a par de ellos
ricos jaspes y pórfidos vetados
de azules venas y de lazos bellos;
a dos días de vistos y tratados,
si al principio admiraron, cansa el vellos,
enfadan los tapices y el aseo
del más pintado alcázar queda feo.

129. »Son tibios los colores y pinceles
que el mundo más celebra y solemniza,
puestos con las alfombras y doseles
con que mayo unos riscos entapiza;
el fino rosicler de sus claveles,
lo azul del lirio, la color pajiza
de un ya maduro trigo y aquel fresco
que con su aliento bulle en lo grutesco.

130. »Aquel confuso amontonar de cosas
arrojadas acaso y diferentes,
aquí yedra, allí espinas, allá rosas,
riscos, flores, peñascos, ríos y fuentes;
y unos lejos que vuelven más vistosas
las mismas cosas que se ven presentes,
un pedazo de playa, una montaña
que al cielo sube y a la vista engaña.

131. »Y donde sobre todo de su dueño
el gran tesoro y el caudal se infiere,
es que al grande, al mediano y al pequeño
todo se da de balde a quien lo quiere;
no hay puerta, no hay cancel, desvío, ni ceño
sea la hora, el lugar y el día que fuere,
que siempre para el gusto y el provecho
puesto se está el tapiz y el toldo hecho.

132. »Ora cruzando vayan los desierto
de algún inculto bosque o engolfado
en medio de los mares encubiertos
al frío Scita y al Burney tostado;
o en el del sur sobre peñascos yertos
el romper goce del cristal helado,
cuyos tumbos la playa y la arena
de blanco nácar da y mariscos llena.

133. »O bien se baje donde en vuelo ardiente
la línea equinoccial midiendo el día
con alas de oro encima de su frente
la suya enarca llena de alegría;
que allí entre aquellos páramos sin gente,
si el mundo aún tiene allí tierra baldía
sus solitarios y ásperos espacios
de los reyes humillan los palacios.

134. »Que aún contemplando aquí el humor fecundo
que sus anchos desiertos fertiliza
con ignorante miedo de que el mundo
allí el rojo calor le haga ceniza;
o que su ignoto piélago profundo
las crespas olas con que el tumbo eriza
entre las rocas quiebre y se consuma
trocada su altivez en blanca espuma.

135. »O imaginando estrellas nunca vistas
de Europa o sus peñascos no tocados
de humanas plantas, entre varias listas
de preciosos metales engastados;
en pastas de diamantes y amatistas,
siempre llenos he visto mis cuidados
del deleite que causan peregrino
estos rasguños del pincel divino.

136. »Un siglo entero que de nuevo un mundo
hacerle suele y trastornar la vida
del más robusto pecho y más fecundo
calor que en miembros de jayán se anida;
para gozar este balcón profundo
pequeña ha sido y corta su corrida,
qué mucho ahora os suspenda el alma entera,
siendo esta en que le véis la vez primera.

137. »Mas demos ya el asiento en lo importante,
que el tiempo huye del mundo por la posta
y si es digna de gloria semejante
esta humilde capilla y cueva angosta;
con himno santo en procesión triunfante
subamos el patrón de esta ancha costa
a este alcázar del cielo que hasta ahora
la cárcel fue de un alma pecadora.

138. »Y si tenéis quizá, como yo siento,
deseos de saber quién soy y he sido,
por qué culpas el cielo este aposento
me dio y en él los años que he vivido;
en dando al mártir en su ermita asiento
lo sabréis. Vos ahora, esclarecido
y sabio abad Mauril, sedme propicio
en que yo haga al santo este servicio".

139. »Dijo, y todos con ánimo dispuesto
de dar cumplido de su gusto el modo
a la ancha playa del peñol enhiesto
siguiendo fuimos al humilde godo;
que a los pies del invicto mártir puesto
en lágrimas de amor deshecho todo,
tierno lo besa y con su fe cumplida
hacer lo mismo a todos nos convida.

140. »Suplió la devoción y el placer mudo
el aparato, al triunfo soberano
y al encumbrado altar ya no desnudo,
el gran mártir subimos segoviano;
y bien que el pueblo en procesión menudo
en pecho grande fue y amor cristiano
donde en solemnidad, música y canto
la misa aquel día dijo el abad santo.

141. »Y el humilde ermitaño prevenido
al disfrazado Dios en pan de vida
con santa confesión y en encendido
fuego de amor y pena no fingida;
de sus pasadas culpas, con rendido
ánimo y lengua en llanto derretida,
antes del sacro pan, en el pajizo
templo esta general confesión hizo.

142. » "Pues ya el rector del cielo soberano,
que hasta ahora mis ofensas ha sufrido,
al término presente de su mano
para más gloria suya me ha traído;
sea el mundo testigo, sea escribano
la Fama ya otra vez como lo ha sido
de mis excesos y al pasado cargo
junte, si alguno tiene, este descargo.

143. »Y pues ofendí al cielo y puse al mundo
en riesgo y al infierno dejé abierta
para que a cuenta mía su profundo
vientre de almas engorde una ancha puerta;
pues fui el primero sin tener segundo,
ni haberle de tener, que vio desierta
a España de valor y sus regiones
asombradas de bárbaras naciones.

144. »Oigan los cielos, ángeles y santos
testigos y jueces de mi vida,
la tierra, el aire y mar, con todos cuantos
en ellos tienen parte conocida;
oiga el infierno en medio de sus llantos
y la caterva y plebe denegrida
de almas y negros bultos, que en eterno
dolor rodea y ciñe el lago Averno.

145. »Y todo finalmente el circuito
de la universal máquina creada
y sobre todo el español distrito
como parte más lesa y agraviada;
oigan todos, pues todos mi delito
saben, desde el zenit y zona helada
que ciñe a mi primer nación la frente
hasta del garamante el suelo ardiente.

146. »Como yo, el desdichado rey Rodrigo
por propias culpas mías declarado
para verdugo al celestial castigo
que a la infeliz España ordenó el Hado;
de rey que debía ser vuelto enemigo,
de Vitiza siguiendo el desenfado
y vicios que sembró, que yo debiera
escardar, si el que al reino debía, fuera.

147. »Sepan que yo fui solo el instrumento
y mi culpa la puerta a tantos males,
que aunque en el soberano entendimiento
de quien sus leyes toman los mortales;
para otro oculto y no sabido intento
en tablas estuviesen inmortales
con roja sangre escritos y sus nombres
inmudables al brazo de los hombres.

148. »Yo solo aceleré con mis delitos
la divina justicia, yo, imprudente,
graves excesos cometí infinitos
y airado hice al rey omnipotente;
todos contra mí solo están escritos,
yo solo fui de España el fuego ardiente
que al descuido de un rey, un reino viene
al triste estado que ahora España tiene.

149. »Y aunque todos son carga en mi memoria
y yo asombro por todos del infierno
si el que con su pasión compró mi gloria
no me da libre de su fuego eterno;
el que al discurso de tan triste historia
siempre mi corazón halló más tierno,
en mis ojos más lágrimas, más tiros
en mi alma y en mi boca más suspiros.

150. »Fue de Ataulfo el afeado gesto
que por leal sacó y por obediente
de la enemiga Atanagilda en esto,
como en pasarse en África insolente;
grave delito fue haber descompuesto
al rey Vitiza y siendo mi pariente
con el favor romano, y mis antojos
privádole del reino y de los ojos.

151. »Grave delito fue el voraz deseo
de entrar en mi usurpada monarquía
y de la torpe vida el vicio feo
que en mi ofendido reino permitía;
y el desnudar del belicoso arreo
la invicta España en quien su paz tenía
como que yo de intento al triste caso
del feroz mauro diera llano el paso.

152. »Y entre todas mis culpas la famosa
y que más se descubre y más campea
a los ojos del vulgo, la afrentosa
fuerza y estupro de una falsa idea;
que a un ciego antojo pareció hermosa
y a la triste memoria amarga y fea,
hija de un traidor conde, que en ser malo
aun yo, el mayor de todos, no le igualo.

153. »Y si fue culpa dar a la pureza
de mi gótica sangre la africana
y dejar Zara ley, reino y riqueza,
más por ser mía que por ser cristiana;
y la curiosa y bárbara fiereza
de abrir la antigua cueva toledana,
donde el Hado de España estaba oculto
en las espaldas de un mudable bulto.

154. »Y otras ocultas culpas y defectos
que al libro de mi vida harán cargo
en públicos sumarios o en secretos,
tras un discurso y un vivir tan largo;
aunque todos cien años imperfectos
me cuestan de dolor y llanto amargo,
siempre que a Ataulfo en la memoria miro
con nueva pena y confusión suspiro.

155. »Tanto a un leal criado se le debe
y cual este en lealtad nadie le tuvo,
ni si él viviera del vasallo aleve
la traición el efecto hubiera que hubo;
murió como español, mas murió en breve,
que el cielo que en la vida le mantuvo
mientras quiso que el reino mío fuese
por quitármelo hizo que muriese.

156. »Murió y no hallando en la agostada España
brazo a quien dar del campo el cetro honroso,
el salir yo con él a la campaña
en riesgo general me fue forzoso;
encuentro duro de fortuna extraña
que sobre el río Leteo dio espantoso
vaivén conmigo y a sus pies, con todo
el nombre y pundonor del valor godo.

157. »Ocho veces la lámpara febea
salió alumbrando el mundo y ocho veces
la negra sombra de la noche fea
de la luna alteró las blancas teces;
y tantos días la mortal pelea,
el sol y las estrellas por jueces,
en España duró sin durar ella
más en su libertad que en fenecella.

158. »De allí, ya viendo que el rigor del cielo
era y no otro el azote del castigo,
sin esperanza de favor del suelo
el campo dejé y reino al enemigo;
y aquí, de angustia lleno y desconsuelo
si conmigo venía, di conmigo
de un rústico vestido disfrazado
que compré por la púrpura y brocado.

159. »Cien cursos ha revuelto el gran planeta
que por doce escalones de oro mide
el cerco de la vida y de imperfeta
vuelta los demás círculos divide;
después que entré a la soledad secreta
que en este inculto páramo reside,
siempre pidiendo, aunque con lengua muda,
a mis culpas perdón y al cielo ayuda.

160. »Y es tan piadoso el Padre soberano
que sin mirar del pródigo perdido
la grave ofensa y término villano
con que a más no poder se ha reducido;
con favores de padre y padre humano,
regalado y en palmas me ha traído
hecho otro Benjamín hasta este punto,
que el premio espero de su sangre junto.

161. »Diome este río de néctar y el sustento
de estos almeces, palmas y algarrobos,
esta secreta cueva el aposento,
el suelo cama y colchas sus escobos;
despertando al cuidado soñoliento
de noche los aullidos de los lobos,
para enviar con dulce desconsuelo
por mis maitines lágrimas al cielo.

162. »De esta suerte he corrido el curso entero
de un siglo en vida dulce y sosegada,
llena de paz y de ánimo sincero,
bien que de algunos miedos asaltada;
mas fuera de aquel gusto verdadero
de verla en Dios y por su amor gastada
aún en lo natural así regala,
que la de más deleite no la iguala.

163. »En santa ociosidad vagando a veces
por los secretos ángulos del cielo,
o a sus cóncavos nudos y combeses
atento contemplando el curso y vuelo;
o a las palmas pidiendo y a las nueces
sustento y sombras, al florido suelo
verdes tapices, cantos a las aves,
aliento al aire, al mar bramidos graves.

164. »En esta ocupación y este ejercicio
la vida he preparado y la conciencia
para dar cuenta de ella en el juicio
de aquel en quien espero hallar clemencia;
y ahora más pues me vino a ser propicio
en tal trance el gran santo de Valencia.
Vosotros, de este bien nobles autores,
no me neguéis con él vuestros favores.

165. »Ayudadme a la fin de la jornada
los que el cielo hacer testigos quiso
de mi vida presente y la pasada
y séale al mundo general aviso;
que el rey Rodrigo, si dejó manchada
por incauto su fama y por remiso,
ya con cien años de continuo llanto,
si sus manchas lavó, no saldrán tanto.

166. »Toda esta magna conjunción que junta
favorece a los árabes furores
y en Sagitario y su primera punta
harán los dos planetas superiores;
el fin y el punto de mi muerte apunta.
Hasta ella sola llegan los mayores
términos del período de mi vida,
si antes no abrevia el cielo la partida".

167. »Así dijo y postrándose en el suelo ,
en lágrimas el pecho consumido
de humilde contrición, al Rey del cielo
en la hostia santa recibió escondido;
con tanto gusto y general consuelo,
que en un profundo rapto suspendido
y levantado de la tierra un codo
dio el alma a su Creador el postrer godo.

168. »Quedó ya con dos santos la capilla
hecha del cielo un singular retrato
y todos de tan nueva maravilla
llenos de admiración y de rebato;
viendo al rey godo que perdió a Castilla
morir tan sin grandeza ni aparato,
cuando en el mundo se tenía por cierto
que en él había cien años antes muerto.

169. »Hízose humilde entierro al rey potente
conforme el tiempo y ocasión pedía
en un sepulcro que por más decente
dentro labramos de la peña fría;
donde Mauril, que en todo era eminente
un epitafio puso, que decía,
"Aquí yace Rodrigo en este suelo.
Después que perdió a España ganó el cielo".

170. »Y en lo mejor del apacible llano
y más acomodado con la ermita
fundamos un humilde pueblo ufano
de tener prenda en sí tan exquisita;
contentos del asiento y temple sano
libre de la inquietud, tropel y grita
del morisco furor y la insolencia
del bárbaro gobierno de Valencia.

171. »Y ya contentos con la humilde suerte
que allí nos arrojó al rincón del mundo,
en vida quieta una agradable muerte
prometía a todos su calor fecundo;
cuando la ciega diosa que lo advierte
contraria nuestra en el desdén segundo,
cruel quiso acabar de dar sin duelo
con todo el edificio por el suelo.

172. »Tuvo el rey de Ayamonte Cardiloro,
padre del que me trajo a mí a la guerra,
por hija a Glaura del cabello de oro
y la beldad mayor que vio la tierra;
si el cielo al mundo trasladó el tesoro
alguna vez que en su pintura encierra
en esta mora fue y sin falta punto
allí con su pincel lo puso junto.

173. »Nacieron Cardiloro y esta hermosa
medalla de beldad y de desdicha
juntos, debajo alguna peligrosa
combusta radiación sin luz ni dicha;
solo Saturno en casa venturosa,
Venus del todo muerta y entredicha
y los demás planetas por los signos
menos proporcionados y benignos.

174. »Era Záfira de los dos infantes
tía y supersticiosa hechicera,
que por agüeros, rayas y semblantes
la ventura alcanzaba venidera;
esta entre varias cosas disonantes
una vino a sacar por verdadera,
que serían ambos muertos por engaños
de amor en lo más tierno de sus años.

175. »A Cardiloro ayer costó la vida
el cauteloso robo de mi hermana,
pues de la suya oíd la nunca oída
desgracia y sin sazón muerte temprana;
veréis que no hay lazada desasida
de nudo y de pendencia soberana,
ni a poder trastornar la orden del cielo
las fuerzas llegan ni el saber del suelo.

176. »Cuando Hércules abrió por el estrecho
de Gibraltar la puerta a los dos mares,
no quedó luego golfo hecho
ni hundidos de una vez tantos lugares;
que algunos altibajos, trecho a trecho,
hechos quedaron islas y lunares
de aquella su canal angosta y brava
donde no asentó el golpe de la clava.

177. »De estas islas Verdes fueron unas
que Afrodisias llamó la edad pasada
y en floridos vergeles a ningunas
iguales cercos dio la mar salada;
aquí entre estanques, flores y lagunas,
sobre una peña de cristal cuajada,
de la maga Zafira en largo espacio
la fábrica ocupó del real palacio.

178. »Aquí se retiró la astuta mora
con la hermosa Glaura su sobrina,
Glaura infeliz y desdichada autora
de una triste tragedia repentina;
criose oculta allí como la aurora
entre aljófares, rosas y neblina,
que cuando sale a despertar el día
cuantos la miran viste de alegría.

179. »Así sucedió a Glaura que escondida
en la isla Verde nadie supo de ella,
hasta que ya, la maga consumida,
el rey la trajo y a su corte en ella;
todo el deleite y gusto de la vida,
pues nadie la miró, que en solo vella
de sus alegres ojos al bullicio
el alma no ofreciese en sacrificio.

180. »Cuando su luz por todo el horizonte
hacía de la propia y gente extraña
rica la humilde corte de Ayamonte
y famosa en las de África y España;
un fiero nieto del antiguo Almonte,
a quien Roldán mató en una montaña
por incapaz de amor y hombre furioso,
llamado Boacel el desdeñoso.

181. »Este allá en Tremecén por Agolante
el principado de Aregol tenía,
cuando de Glaura oyó el nombre triunfante
que la Fama en su corte lo extendía;
y en tal punto le oyó, que fue bastante
a quitarle el sosiego en que vivía
y antojado sacarle de su tierra
a buscar la que ausente le hace guerra.

182. »En loco aplauso, en aparato y galas
tras su amorosa impresa salió el moro
y dando al viento de un navío las alas
a la corte arribó de Cardiloro;
donde por nuevas no del todo malas
supo que Glaura, del cabello de oro,
de la corte y su tráfago enfadada
en el Algarve estaba retirada.

183. »En una casa de placer, tratando
con sus damas de caza y montería,
sin saberse de cierto el tiempo cuando
a la ciudad del campo volvería;
Boacel que en su afición se está abrasando
en sus deseos más dentro cada día,
a un ciego antojo que razón no escucha,
cualquier pequeña dilación es mucha.

184. »Y así con nombre de ir también a caza
y conocer del reino las fronteras,
con gran tropel de gentes de su raza,
berberiscas, indómitas y fieras;
de Ayamonte salió buscando traza
de descubrir a Glaura sus quimeras.
Llegó a la casa de placer y hallola
por daño nuestro, el impaciente sola.

185. »Que un día antes la infanta había salido
por el áspero Algarve a montería
y el insufrible moro desabrido
de tanto azar como en su antojo vía;
haciendo del gallardo y atrevido
cercar el monte quiso y ver si había
modo para que su ánimo robusto
pues que todo es cazar, cazase gusto.

186. »Salió y el desvariar de la Fortuna,
que el mundo guisa del sabor del Hado,
huyendo el pantanal de una laguna
con él dio en nuestro pueblo descuidado;
de humildes chozas sin defensa alguna,
en triste sitio y puesto desgraciado
y a los que da en seguir la desventura
aún done ya no hay mundo los apura.

187. »Sobresaltose el moro de repente
viendo la humilde población y viendo
ser allí nueva y de cristiana gente,
furioso en ella dio un asalto horrendo;
destrozando la mísera inocente
que del peligro valenciano huyendo
por tantos mares y rodeo tan largo,
allí a buscar llegó su fin amargo.

188. »No dejó el mauritano furor ciego,
rastro de nuestro pueblo ni memoria
que de casas y gente a sangre y fuego
las luminarias hizo a su victoria;
algunos reservó, no humilde ruego,
mas pomposa ambición y vanagloria
de dar blasón a su sangrienta traza
y a Glaura los despojos de su caza.

189. »A mí, o fuese que el hábito de moro
con que salí de la prisión de Abdalla
me hiciese parecerlo y por decoro
de él me diesen la vida en la batalla;
o que el autor del cielo en quien adoro
quiso para traerme aquí guardalla,
yo al fin con otros dos salí del fiero
imprudente Boacel por prisionero.

190. »El resto, como en caza de inhumanas
fieras por entre peñas y agujeros,
a las manos murieron africanas
de aquellos implacables lobos fieros;
sin que el humilde ruego, ni a las canas
de Mauril, ni sus santos compañeros,
que de rodillas les pedían rendidos
las vidas diesen, ni piedad, ni oídos.

191. »El alarido y grita que volaba
del vulgo al cielo, a quien favor pedía,
aunque en quebrados ecos, donde estaba
Glaura llegó y su hermosa compañía;
y la que a ver medrosa se acercaba
de a dónde el triste lamentar salía,
viendo la mortandad, a rienda suelta
huyendo de temor daba la vuelta.

192. »Mas el furioso nieto de Agolante,
que conoció las cazadoras bellas,
con la victoria y el amor triunfante
alegre por el bosque entró tras ellas;
y en lo más fresco de él, poco distante
del asolado pueblo, halló entre ellas
el bello brío de Glaura, que en el mundo
por aquel tiempo no tenía segundo.

193. »Quedó el moro de nuevo sin sentido
y acariciado de la bella dama
por bien pagado dio lo que ha servido
hasta aquel punto a cuenta de su fama;
y ya en su mismo amor desvanecido,
en su alma adora la sabrosa llama
que allí le trajo y dichoso sino
que de gozar tal bien le hizo dino.

194. »Contole bravo el arrogante hecho,
presentándole todas las cautivas,
que dijo haber guardado por cohecho
de su gusto y no de otro intento, vivas;
y que a mí, de mi talle satisfecho
solo quería por paje y con altivas
palabras, lleno de su vano antojo,
dio a los suyo el resto del despojo.

195. »Puso la mora en mí los ojos bellos,
no sé si todo fue sospecha mía,
o gran descuido suyo, yo vi en ellos
que nada mi presencia la ofendía;
y en la inquietud de huillos y volvellos
ya la de su alma y corazón leía
entre algún quebrado ay, de aliento entero,
de su nuevo cuidado pregonero.

196. »Preguntome mil cosas con cautela,
hijas del gusto de hablar conmigo,
mi edad, mi patria, sangre y parentela,
y quién me hizo de aquel pueblo amigo;
cosas sueltas sin causa, en que revela
amor a veces más de lo que digo,
gustando de todo ello el ignorante
bárbaro inadvertido y ciego amante.

197. »Pasose en esto el resto de la tarde
y venida la noche el moro hizo
con sus vajillas de oro rico alarde
y banquete a su gusto antojadizo;
y como el fuego que en las venas arde
del amor con la gula se rehízo,
consumió la humedad y huyó el sueño
de las vivas congojas de su dueño.

198. »Y no hallando parte de reposo
en la pluma y quietud del blando lecho,
de su tienda salió el moro vicioso
a ver la de su dama sin provecho;
al tiempo que ella en un disfraz hermoso
con igual inquietud salía en el pecho,
quizá a buscar su antojo y devaneo
que esto y más que esto cabe en un deseo.

199. »No se pudo saber de la salida
a tal hora de Glaura cosa cierta,
ni a dónde en tal disfraz desconocida
iba de noche y sin por qué encubierta;
si ya no fue que sin pensar metida
en nuevo ardor de pretensión incierta,
tras el devanear del pensamiento
salía, sin saber dónde iba, a tiento.

200. »Descubrió el moro el bulto denegrido
de la amada beldad sin conocella
y viendo que al hablarle y al ruido
atrás volvió la temerosa huella;
sospechando traición, un prevenido
venablo le arrojó, que dio con ella
en el suelo, clavado el blanco pecho,
que al tiempo hizo hermoso sin provecho.

201. » "¡Ay de mí -dijo desdichada y muerta-
en lo mejor del gusto y de mis años!"
Acudió el homicida a ver la incierta
causa de desvaríos tan extraños;
y vio la luz de sus deseos cubierta
de sangriento arrebol y los engaños
de su imaginación deshechos todos
por tan contrarios y no vistos modos.

202. »Quedó pasmado, la color difunta
y todos juntos en desgracia tanta
corren a ver la miserable junta
que en torno se hace de su triste infanta;
y ella clavada en la acerada punta
tan bella está que aunque mortal espanta,
rodeada de sus damas cuyo llanto
es a la noche horror y al bosque espanto.

203. »Llegué también yo a vueltas, que la suerte
me llevó con los otros a ayudarla
y viéndome llegar trabome fuerte
de la mano y al tiempo de apretarla:
"¡Ay causa -dijo- de mi triste muerte!
Si la vida perdí yendo a buscarla,
no pierda..." y no acabó que en esto el filo
de la parca cortó al estambre el hilo.

204. »Quedamos todos muertos viendo muerta
la bella infanta. Mas Boacel furioso,
que en su muerte sintió la suya cierta,
ya con semblante horrible y pavoroso;
la aguda punta de arrebol cubierta
que caliente sacó del pecho hermoso,
que a tal trance le trajo y a tal punto,
en el suyo escondido y cayó difunto.

205. »Doblose el llanto, el alboroto y grita
tal con la nueva muerte, que un retrato
de infierno el bosque fuera, si infinita
su pena fuera y no de un breve rato;
fuese la noche y viose en sangre escrita
la celestial venganza al desacato
hecho al patrón de aquel dichoso suelo
que así a los de su corte venga el cielo.

206. »Quisieron dar los moros sepultura
del sacro monte en un florido cerro,
a los dos cuerpos juntos, fue locura
y el segundo añadir al primer yerro;
que la amistad de un malo no es segura
aún en la fría huesa y mudo entierro,
al contrario del bueno, que convida
como Eliseo al muerto con la vida.

207. »Y como a defender a los superbos
hijos de confusión el desacato
de dar del torpe amor a los dos siervos
sepulcro ilustre en fúnebre aparato;
un sombrío escuadrón de negros cuervos
a dar bajó sobre ellos cruel rebato,
de cuyos picos y ásperos artejos
el de más compasión huyó más lejos.

208. »Y ellos como verdugos enviados
para aquel fin del celestial gobierno,
los cuerpos, cuyas almas y cuidados
son lóbregos tizones del infierno;
en espantoso vuelo arrebatados
a un pardo risco por castigo eterno
de sus delitos y el furor tirano
del sin fe ni piedad rey Agolano.

209. »Los llevaron y allí sobre ellos puestos,
entre el carrizo y huecas espadañas,
con gritos atronando descompuestos
la postrera quietud de las Españas;
puerta a los fuegos dieron deshonestos
de que ya fueron hornos sus entrañas,
entrando con los picos dentro de ellas
hasta mostrar su hollín a las estrellas.

210. »Así en el yerto risco peñascoso
del inclemente Cáucaso se extiende
a roer el pecho al escultor curioso
el buitre horrible que sobre él desciende;
y el escuadrón de arpías asqueroso,
así en Arcadia al ciego rey ofende,
arremetiendo con las corvas presas
a asir el pan y trastornar las mesas.

211. »No están sobre el cadáver recién muerto
más importunas moscas asentadas,
cuando del asqueroso horror cubierto
el tibio humor le enjugan a picadas;
ni cuando el campo de Ilión desierto
dejaron las argólicas espadas,
de muertos lleno y de sangrienta espuma,
de cuervos vio ni buitres mayor suma.

212. »Dieron las corvas uñas a los ojos
y espanto a los que allí quedaron vivos
que fueran a no huir nuevos despojos
de sus presas y artejos vengativos;
pues si alguno con bárbaros antojos
de armas se visten y ánimos altivos
para librar su rey de aquel tormento
vencidos vuelven de su vano intento.

213. »Y no solo a ellos, más la corte entera
del rey, que allá en Zalema fue prolija,
y en triste luto y lóbrega litera
llevar el cuerpo quiso de su hija;
el negro enjambre y gente vocinglera
con importunos vuelos los cobija,
haciendo que de ver su horro medroso
huyendo vuelva el pecho más brioso.

214. »Dejáronlos allí al tormento horrible
y a libre voluntad de los soldados,
a guardar el alcázar invencible
del mártir de Segovia acostumbrados;
desde el sangriento golpe del terrible
Daciano, que sus miembros arrojados
en la playa dejó y negó a Valencia
para enterrarle en su arenal licencia.

215. »Allí el ave de Apolo hizo la vela
sobre el sagrado cuerpo y allí estuvo
en cuidosa y perpetua centinela
y campo a todos con su fe mantuvo;
y ahora también en su defensa vuela
sobre su sacro monte y al que tuvo
ánimo de ofenderle se presume
que en eterno tormento lo consume.

216. »Yo desde allí en poder de Cardiloro
quedé por suyo y él en noble trato,
sirviéndose de mí no como moro,
aquí me trajo, donde en el rebato;
de anoche quedó muerto y el sonoro
discurso de mi vida y su retrato
es este y este el áspero rodeo
al bien que ahora sin pensar poseo».

Alegoría.

Orlando, que saliendo a cazar queda tras el gusto de su novela perdido y engañado por Garilo, significa que muchas veces el entendimiento, por divertirse en curiosidades sin provecho, queda perdido y llevado de un error en otro hasta perecer. Y en el encantamiento de sus amigos convertidos en estatuas de oro, como la avaricia es un vicio tan torpe, que vuelve a los hombres estatuas, absortos en la sedienta codicia del dinero. En la historia de Roselio se ve lo mucho que importa el tener devoción con los santos; y cómo el desacato que se les hace y el agravio hecho al inocente, pocas veces deja el cielo de castigarlo y en el rey Rodrigo los soberanos efectos de la penitencia.

Fin del duodécimo libro

LIBRO DECIMOTERCIO DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Descríbese el gran aparato de las fiestas de Francia, la ferocidad de Morgante rey de Córcega y las bravezas que hizo, con las nuevas de la muerte de su hermano Bramante. Prosigue Orimandro en contar los monstruos de Creta. Llega Bernardo sobre una armada de cosarios, donde libra de prisión a Arcangélica la bella, princesa de Catay, y enamorado de su hermosura la pierde en una gran tormenta, de adonde él se escapa nadando sobre una entena.

1. Así Roselio en su sabrosa historia
los que oyéndole están entretenía,
en el sentido haciendo y la memoria
una mezcla de pena y de alegría;
del santo rey la conocida gloria,
el trágico furor de Berbería,
del uno y otro amante el desatino
y el justo premio de sus culpas dino.

2. En tanto con las fiestas aplazadas
el francés hinche de alegría la tierra,
desde el frío golfo y gentes apartadas
que el encubierto mar gótico encierra;
hasta donde sus ondas abreviadas
del Calpe rompen la encumbrada sierra
alborotando su clarín bastardo
la ardiente sangre al pecho más gallardo.

3. La gran Bretaña al templo de la Fama
dio en otro tiempo bellos resplandores,
cuando al guerrero dios la blanda llama
del dulce amor templaba los furores;
no había jayán feroz sin tierna dama,
casados con las armas los amores,
lleno aquel rico mundo de altos hechos,
de ilustres brazos y de heroicos pechos.

4. De héroes famosos llena la presencia
del siglo que hoy asombra su memoria,
del antiguo Merlín la grave ciencia,
de Artús la mesa, de Amadís la gloria,
del rey Perión la ilustre descendencia,
del triunfo del honor famosa la historia
viviendo aunque en dos cuerpos con un alma
el tierno mirto y la triunfante palma.

5. Por las selvas de Ardenia a sus venturas,
en pomposa beldad y altiva frente,
pasar solían tiernas hermosuras
tascando en oro el palafrén ardiente;
encerradas aún hoy no están seguras,
que a un rayo de metal resplandeciente
viene en la cuadra de mayor recelo
Dánae rendida y su recato al suelo.

6. Aún no el ciego interés con su codicia
la fe tenía cual hoy tiranizada,
ni había entonces parido la avaricia
los monstruos que hoy la tienen afeada;
ni del picante Momo la malicia
la casa deba del honor manchada,
todo era gentileza y gallardía
cuanto en el mundo y en su gente había.

7. El siglo de oro pudo ser llamado
de aquella edad el tiempo venturoso
cuando del mayor rey la honra y estado
en ser valiente estaba y generoso;
mas no, que el siglo nuestro es el dorado
y el mundo hoy en sus cosas más precioso,
donde el oro ha llegado a tanto lustre,
que es escura sin él la sangre ilustre.

8. El rey Carlos también gozó gran fama,
insigne corte y bravos caballeros,
mas como les faltó de amor la llama,
no pudieron llegar a los primeros;
que los que el vulgo paladines llama
y yo príncipes de ánimos guerreros
son hombres encantados, que su hechura
de humana tiene sola la figura.

9. Orlando el principal capitán de ellos
era, según la fama, hombre encantado,
velloso el cuerpo y ásperos los vellos,
de hombros metido, de color tostado;
turnios los ojos, duros los cabellos,
gruesa la barba, el pelo ensortijado,
de miembros más fornidos que elegantes
y de fuerza mayor que dos gigantes.

10. Reinaldos fue también un hombre esquivo,
de ánimo y corazón determinado,
ambicioso, sagaz, astuto, altivo,
colérico, atrevido y recatado;
pocas veces de amor se vio cautivo
ni supo a tiempo amar, ni ser amado,
Flordelís fue testigo y lo es con ella
el tierno amor de Angélica la bella.

11. Los demás belicosos paladines
de altivez fueron y soberbia llenos,
conquistando a la fama sus clarines,
su tierra al mundo y a la mar sus senos;
tibios al dulce amor, de cortos fines,
que para amores nunca fueron buenos
hombres duros, incultos y feroces,
de fieros pechos y ánimos atroces.

12. Si el gallardo Ruger fue tierno amante,
no era en nación francés, era africano,
si supo amar la bella Bradamante,
una temprana flor no hace verano;
esta sin otras dio causa bastante
de las hadas al claustro soberano,
que alegre acariciando al pueblo moro
contrario fuese de los lirios de oro.

13. Así también el ordinario oficio
que en la corte de Francia se sabía,
era de armas el áspero ejercicio,
que su nación colérica pedía;
y entre el cansado Marte y su bullicio
apenas rayo del amor salía
que mejor siempre las francesas flores
en armas aprobaron, que en amores.

14. Y en justas ahora de placer metidos
su tierra miran de alegría poblada,
los circunstantes reinos conmovidos
con grandezas la fama sobornada;
de la imperial ciudad por los ejidos
la milicia del mundo está sembrada
que a varios fines, por diversos modos,
a la voz de la fiesta acuden todos.

15. Lleno el país de pláticos soldados,
ricos penachos por los yelmos puestos,
sobre recios frisones de encrespados
plumeros de oro y chapería compuestos;
almas fogosas, pechos arriscados,
por cualquier aire a arriesgarse dispuestos,
que la francesa cólera, el más grave,
aunque la quiere reportar no sabe.

16. Quién de una bella infanta al diestro lado
lleva en su nuevo amor gusto cumplido,
quién en el bosque oculto el bulto amado
llorando halló el agravio recibido;
quién a cobrar el ya perdido estado
su brazo ofrece y su favor cumplido
y contra el gran poder fuerza bastante
de oscuro mago o descortés gigante.

17. Unos en negro luto, andas doradas
llevan, entre el bordado terciopelo
un muerto rey de tierras apartadas
que pidiendo venganza viene al cielo;
que siempre acude a fiestas tan nombradas
buscando fama, lo mejor del suelo,
donde se desagravian ofendidos
y se suelen cobrar reinos perdidos.

18. Otros de armas y yelmos encantados
nacen, viven y mueren en quistiones,
otros de tierna cera hombres cansados,
de duro cuerpo y blandos corazones;
de día por los desiertos abrasados,
de noche por estériles terrones,
que la guerra y amor piden de fuero
para sufrir su vida hombres de acero.

19. Cuál con la bella imagen de su dama
resplandeciendo lleva el ancho escudo,
cuál un pardo dragón en roja llama
despedazando un corazón desnudo;
cuál parlero clarín de altiva fama
vuelto por falta de una pluma mudo
que la lanza mayor por sí no alcanza,
sin quien ayude al cuento de la lanza.

20. Las selvas, los desiertos, los caminos
de desafíos llenos y revueltas,
combates, bregas, riñas, desatinos,
dulces pasiones en locuras envueltas;
unos lanzas buscando, otros padrinos,
otras justas de galas y otros vueltas
las espaldas a todos sus cuidados
van en el de su amor embelesados.

21. Está en medio París de Francia puesta,
ciudad insigne, corte populosa,
de edificios bellísimos compuesta
en letras y armas clara y poderosa;
y ahora en la voz de la aplazada fiesta
en placenteras galas tan vistosa,
que no hay rincón en ella que no sea
de este insigne aparato su librea.

22. Las torres, los balcones, las ventanas
ardiendo en luminarias inmortales
cuya luz a las máscaras livianas
alegre vista da y sombras iguales;
llama el clarín, responden las campanas,
al atambor sonoros atabales
y alegres chirimías y cornetas
al tropellado son de las trompetas.

23. Vanse por todas partes ensayando
hombres de armas, bridones y jinetes,
de relámpagos de oro el aire blando
cubriendo los grabados coseletes;
entre el bruñido acero tremolando
plumas, bandas, banderas, gallardetes,
ricos despojos del vencido moro,
de perlas llenos y de cifras de oro.

24. Las calles y las plazas tan cubiertas
a todas horas van de gente armada,
que el ronco estruendo y súbitas reyertas,
ni oír consiente, ni entenderse nada;
de la insigne ciudad las francas puertas
dando seguro paso y libre entrada
a varia gente en ciegos escuadrones,
sin mirar leyes ni aceptar naciones.

25. Aquí tablados hacen y estacadas,
allí palenques, acullá barreras,
altos andamios, firmes palizadas,
de varias trazas fuertes y maneras;
quién limpia el corvo escudo, quién grabadas
armas, sillas, penachos y testeras,
quién en jaeces de oro y paramentos
labra a su amor costosos pensamientos.

26. Quién da de tembladora argentería
a su plumero varios resplandores,
quién graba un limpio arnés, quién desafía
y vence la iris bella en sus colores,
quién la antigua bisarma que servía
de inviolable blasón a sus mayores,
descuelga ya de mármoles extraños
donde la guardó el tiempo largos años.

27. Es el concurso grande y la agonía
varia, varios los pechos valerosos
que en noble empresa es honra la porfía
y señores del mundo los briosos;
llegan mil aventuras cada día,
sucesos de armas, lances amorosos,
justas y desafíos de gigantes,
pruebas de amor y casos semejantes.

28. Al venidero mes que abre las flores
la fiesta principal está aplazada,
que entre las rosas brotan los amores
y fiestas sin amor no valen nada;
si algún azar no entibia estos furores,
gala al mundo no vio más señalada,
la Fama lo dirá, que un jayán fiero
ahora a mi pluma lleva el vuelo entero.

29. Está del mar Ligústico cercada
Córcega, dicha Cirno antiguamente,
áspera, peñascosa, mal sentada,
de mal clima, mal suelo y mala gente;
del gran jayán Morgante gobernada,
que en una roca sobre el mar pendiente
su inexpugnable alcázar se levanta,
con que a la isla enfrena, al mundo espanta.

30. Del pardo Bronte, que en la estrecha altura
de Meliguna un tiempo tuvo fragua,
por recta línea y sucesión no escura
así la suya el tiempo antiguo fragua;
a Scila en su primera hermosura
el cíclope gozó dentro en el agua
de su madre Anfitrite y de ella tuvo
al fuerte Ausón y al inclemente Onubo.

31. Mató Onubo a su hermano y de un pequeño
niño que de Dorisca dejó al mundo,
llamado Lípar, el humilde isleño
de Lípara heredó nombre segundo;
de este nació Ligusto, que en empeño
también dejó su nombre al mar profundo
naciendo Cirno de él y de este Almonte,
de Onubo abuelo y del segundo Bronte.

32. De Bronte fue dorisco descendiente
y Fulborando padre de Morgante,
que heredó el reino y la soberbia gente
de Córcega y fue hermano de Bramante,
que huyendo de él por de ánimo inclemente
a Toledo pasó y fue vano amante
de Galiana y este en este modo
es del rey corso el real linaje todo.

33. Hacia la áspera costa al mar profundo
hoy levanta un peñasco la cabeza
que en otro tiempo anduvo por el mundo
hecho hombre y de mortal naturaleza;
quien de su primer ser sacó el segundo
y sus miembros vistió de tal dureza,
yo lo diré después, que ahora quiero
al bravo corso retratar primero.

34. Era un marino risco en estatura,
cuerpo abultado, músculos fornidos,
anchas espaldas, gruesa la cintura,
larga y corva nariz, ojos torcidos,
verdinegro en color, basto en hechura,
barba y cabellos crespos y tupidos
y de tan firmes fuerzas que pudiera
mudar un monte, si mudable fuera.

35. Una ancha cimitarra que jugaba
de blancos filos un quintal tenía,
con que del primer golpe destrozaba
entero un hombre y dos y tres partía;
y a este respeto lo demás llevaba
del reforzado arnés que se vestía,
asaltando arrogante un campo entero,
ora armado de seda, ora de acero.

36. Trazando un día en su ánimo orgulloso
como en Francia esgrimir podría su maza
y en sus fiestas hacer su brazo airoso
el general espanto de la plaza;
a sus pies puesto un mensajero odioso
con triste nueva humilde los abraza
y el golpe le encarece furibundo
con que el cruel Bramante huyó del mundo.

37. Dejole el nuevo caso embelesado,
en el cómo y el cuándo cuidadoso,
más vuelto en sí de aquel primer cuidado
impaciente se muestra y desdeñoso
y de un cruel furor arrebatado
cuánto delante está rompe furioso,
todo lo hace igual, nada perdona,
gente, vestidos, armas, ni persona.

38. Cual sierpe antigua en siesta calurosa,
hacia el terrón que le arrojó el villano
se alza, silba y revuelve la escamosa
concha sembrando muertes por el llano;
y a la garganta y lengua ponzoñosa
del mortífero pecho saca en vano
la sed prolija que sufrió en su cueva
y oculta allí para matar la lleva.

39. Así del torpe desabrido pecho
del bruto rey de Córcega revienta
en rabioso furor veneno hecho
en que el confuso corazón alienta;
y al que la nueva trajo sin provecho
en debidas albricias de su afrenta,
las que le dio, den siempre al que se ceba
en ser correo de una mala nueva.

40. Del débil pie le coge, ¡extraño aliento!
y a dos veces que el brazo da la vuelta
en triste ruido por el sordo viento
va cual de rústica honda piedra suelta;
bajó buscando el húmedo elemento
y el agua blanda en crespa espuma vuelta
recibió el cuerpo en peña convertido,
ya por el aire enjuto endurecido.

41. Que cual de estrecho frío detenida
nube en el hueco viento congelada,
en blanca nieve baja endurecida
y en menudos vellones apretada;
o cuando a duros globos reducida
en aljófares gruesos cae llorada,
sin sangre el cuero así del miedo helado
en duro pedernal cayó trocado.

42. Y allí la humana forma consumida
quedó en medio la mar vuelto roquedo,
que quien por mucho andar perdió la vida,
justo es que para siempre se esté quedo;
así este cuento o fábula fingida
el vulgo canta en Córcega sin miedo
que lo tengan por tal, siendo lo cierto
que el correo fue sobre aquel risco muerto.

43. Que descendiendo por el aire blando
a quien la ira del cruel gigante
sin alas hizo penetrar volando,
nombre al risco le dio, bulto y semblante;
y en él todavía en su furor bramando
con ánimo impaciente y arrogante,
sin que respeto ni temor le ocupe,
torpes blasfemias contra el cielo escupe.

44. Mas por alegre ornato, o por decoro,
que por la religión ni su cuidado
de los Penates el casero coro
de su cuadra un altar tenía dorado;
y aunque en precio y valor era un tesoro,
de la avenida del furor llevado
la rabia estrenó en ellos de manera
que ninguna deidad le quedó entera.

45. De Júpiter un nuevo Ícaro hizo
que al turbulento mar bajó volando,
a Venus y a su hijo antojadizo,
dos Leandros que a Sesto iban nadando;
a Marte entre las manos le deshizo
y mejor lo hiciera peleando,
a Vulcano arrojó con tal enojo
que de ambos pies al caer le dejó cojo.

46. No hicieron tanto estrago los gigantes
del monte Pelion en su antigua guerra,
Licaón y otros monstruos semejantes,
que contra el cielo se levantó la tierra;
como en sus simulacros elegantes,
la ira que el pecho de Morgante encierra,
que en una hora rompió más dioses viles,
que en mil años criaron los gentiles.

47. Y de impaciencias lleno y de despecho,
una horrible venganza determina
contra la afrenta y el agravio hecho
del gran Bronte a la real sangre divina;
y en este fuego ardiendo el turbio pecho
a pie y sin armas para el mar camina
a destruir el mundo por España
y es poco el mundo en que vengar su saña.

48. Solo, sin lanza, espada ni escudero,
ni más que el ciego ardor que le seguía,
al turbio mar en un batel ligero
furioso se arrojó y furioso envía
el barco sin timón ni marinero
por el confuso piélago sin guía,
en señal que con ánimo iracundo
esta vez acomete a todo el mundo.

49. Mas ya el soberbio mar también hinchado
se fue en verse pisar embraveciendo
y el jayán de sus olas afrentado,
que haya otra mayor furia está temiendo;
y así, en su enojo cruel, precipitado
lanzarse quiere por el golfo horrendo
y a pesar de los vientos y su guerra
salir del ciego mar a hundir la tierra.

50. Mas viendo el sordo piélago que hervía
en perjuicio de su loco intento,
rabioso contra el cielo se volvía
contra su fe, contra la mar y el viento;
a sus cobardes dioses desafía,
al mar escupe, el destemplado aliento
del aire a grandes voces embravece,
con que su rabia y la tormenta crece.

51. Rompió ya de una vez Neptuno el freno
y a las turbias estrellas se levanta
corrido en ver que de su hondoso seno
la furia al mundo y no a un gigante espanta;
y el frío soplo de tormentas lleno
las velas hiere con braveza tanta,
que es su hinchada soberbia semejante
al ciego error del bárbaro Morgante.

52. Seis días anduvo sin ningún sentido
tras varias experiencias de Fortuna,
ya entre las crespas olas sumergido,
ya por la humilde arena, ya en la luna;
hasta que el turbio mar más corregido
del viento no mostró señal alguna,
poniéndole a él ente bajeles varios
de una enemiga flota de cosarios.

53. Corría a barlovento de un navío,
que a esperar su intención paró sin miedo
y el corso viendo el aparente brío
también por ver el fin se estuvo quedo;
cuando vio que en confuso desvarío
al barloarse con igual denuedo
como enjambre de abejas importuno
innumerables leños cercan uno.

54. Morgante que entendió la demasía
del duro asalto al combatir primero,
ardiendo en los deseos que traía
de abrasar con su llama el mundo entero;
contra toda la flota que venía
en su barquillo arremetió ligero,
que sin armas, a coces y a bocados
todos pensó dejarlos anegados.

55. La gruesa entena del primer navío
furioso toma cual delgada caña
y con mandobles de ella y de su brío,
destrozo hace y mortandad extraña:
cunde la rabia, crece el desvarío,
el furor ciego, la indomable saña
y de cualquiera de sus golpes fieros
deshace y hunde los navíos enteros.

56. Unos sin vida, otros sin figuras,
muertos deja unos y otros atronados,
otros los huesos, carnes y coyunturas,
molidos, hechos masa y aplastados;
árboles, gavias, jarcia, obencaduras,
grumetes, marineros y soldados,
como granizo, sin dolor ni pena,
derriba y caen a palos con la entena.

57. Así en la antigua Arcadia encina dura,
que a veces varear suele el villano
de gajos y bellota no madura
a recios golpes cuaja el fértil llano;
y fruta, ramas, hojas y verdura,
todo lo iguala su pesada mano
y si la hambre crece y la mohína,
desmocha y quiebra a palos media encina.

58. Echó un navío a fondo en dos pedazos
y a otros cuatro rompió jarcias y entenas,
a cuál sin piernas deja, a cuál sin brazos
y a cuál las manos de los sesos llenas;
atropellando estorbos y embarazos
la capitana asió por las cadenas
y si hubiera al saltar dentro por un lado,
si él no la enderezara, zozobrado.

59. De humilde vulgo y torpes marineros
sin defensa mayor la halló cargada
y de su entena a dos redobles fieros
toda en el primer círculo escombrada;
unos al agua y otros más ligeros
volando van por cima de la armada
a buscar su caudillo que se halla
del abordado barco en la batalla.

60. Con un gran capitán que en él trata
el supremo lugar por su braveza
y en su ancho escudo un rojo león que hacía
blasón a su invencible fortaleza;
y él con la diestra espada que esgrimía
por muestras de su brío y su destreza,
a sus sangrientos pies tenía rendidas
de los más bravos las mejores vidas.

61. Al tiempo que el jayán subió al navío,
en su contrario el franco caballero
hecho de un golpe dos con mortal frío
el orgullo ahogó en que entró primero;
y a este y a aquel y al otro quita el brío
manchando en roja sangre el limpio acero
en varios modos, que es su brazo fuerte
diestro en dar mil figuras a una muerte.

62. Cayó un mortal desmayo en el ruido
que en torno hacia la confusa armada,
viendo su incauto general caído
y su esperanza sin sazón cortada;
lo mejor de sus fuerzas destruido
del filo agudo de una sola espada
y del cruel jayán la fuerza altiva,
que ahora de nuevo en su favor arriba.

63. Y él heredando del contrario muerto
el corvo alfanje y el valiente escudo,
por entre la canalla sin concierto
sembrando muertes va su filo agudo;
cuál hasta las entrañas cae abierto,
cuál sin pies acabar de huir no pudo,
cuál sin brazos se halla, cuál se queja
con solo un brazo, un hombro y una oreja.

64. Aquel antes ocioso, ya ocupado
en volver las entrañas a sus senos,
mira otro que cabe él se halla admirado
de verse la mitad del cuerpo menos;
uno su diestro brazo destroncado
busca, y viendo sobre él tantos ajenos,
mientras le encuentra la segunda herida
el otro le arrebata con la vida.

65. El rudo Telamón, cuando en venganza
de su agravio asolaba el campo griego
y en furiosa locura su pujanza,
ni admitida excusa, ni escuchaba ruego;
ni hizo más riza, ni mayor matanza,
ni se vio con su cólera más ciego,
creyendo al golpe de su ira necia
ser los testuces príncipes de Grecia.

66. Que en igual o mayor carnicería
de Córcega se vía el rey brioso,
tal que a todos los ojos parecía
entre manso ganado león furioso;
y cuanto más la mortandad crecía,
más el combate crece peligroso,
que por mil partes los navíos corsarios
gente llovían infiel en los contrarios.

67. Seis medios signos el herir primero
durado a costa del corsario había,
cuando de lejos un navío velero
a dar sobre ellos vieron que venía;
ninguno lo juzgó por buen agüero,
lo más del caso se verá otro día,
que de Bernardo aquí la heroica fama
mi humilde musa a nuevas voces llama.

68. Con él dejé a Orimandro en su ejercicio
pintando en su aflición dulces dolores,
que este es de un triste el ordinario oficio
y el amor grande escuela de pintores;
déjele de escuchar porque es indicio
de no acabar jamás tratar de amores,
mas ya aquí me conviene oírle un poco,
pues no es él solo de este tema el loco.

69. Volvían a la gran Creta navegando
lo que en contrario tiempo han descaído
de un bordo y otro el crespo mar surcando
con el jaroque el tramontana asido;
y el rey de Persia su dolor contando
así a Bernardo lleva entretenido:
«La fatal brasa en aire consumida
sin resplandor quedó, Dulcia sin vida.

70. »De esta muerte infeliz el golpe extraño
los males dio que a Creta han perseguido,
de esta crueldad nacieron, de este daño
el reino está en desgracias consumido;
alzáronse las nubes con el año,
dejó su fuego el aire corrompido
y el fértil campo ya agostado y seco
de sus tributos hizo estéril trueco.

71. »Sembró Mercurio horrible pestilencia
de fieras sierpes y aires venenosos,
que la reina mataron sin clemencia
y fueron menos que ella rigurosos;
cumpliéndose del Hado la sentencia,
que a Creta dio en agüeros espantosos
de su llama infeliz una centella
a fin que su quietud se abrase en ella.

72. »Está el ignoto laberinto hecho
por la mano de Dédalo ingeniosa,
de la rica ciudad un breve trecho
al ciego amparo de una selva umbrosa
donde un real monstruo de doblado pecho
posada tuvo y cárcel engañosa
y al fin la luz de un hilo delicado
hacerlo pudo claro de intricado.

73. »De aquí espantosos nacen todavía
disformes bultos, sombras infernales,
este el fuego encendió que en Creta ardía
y parió en ella los presentes males;
sobre este oscuro laberinto un día
un rico templo de arcos inmortales
se vio nacido ardiendo su tesoro
en las basas de cien columnas de oro.

74. »De una arqueada bóveda era hecho
tan alta que en la vista se perdía
y con las piedras su dorado techo
un estrellado cielo componía;
con cien ventanas que de trecho a trecho
de luces la llenaban y alegría,
abiertos en molduras y perfiles,
balcones de oro, rejas y pretiles.

75. »En medio la alta fábrica preciosa
de un enlutado pórfido labrada,
una sombría tumba está pomposa,
sobre diez ninfas de cristal sentada;
y otra enlutada bóveda vistosa
de mosaicos follajes antorchada,
así en arcos levanta su tesoro,
que humilde hace en su respeto al oro.

76. »En hombros de estas ninfas se sustenta
la enlutada y funesta pesadumbre
y con sus diestras manos se alimenta
al templo una inmortal y eterna lumbre;
y así al mundo sus luces acrecienta
con la que al oro enciende en su techumbre,
que hizo bajando al mar que se dijese,
que el día en Creta a no morir naciese.

77. »Del real sepulcro en las doradas barras,
con que su arqueada bóveda crecía,
de un dragón de oro en las azules garras
una guirnalda daba lumbre al día;
brillando toda está luces bizarras
de flores de tan rica pedrería,
que igualar su tesoro a los de Craso,
es comparar la mar a un chico vaso.

78. »Por hojas, esmeraldas y por flores,
rubís ardientes, perlas cristalinas,
rubios topacios, iris de colores,
blancos jacintos, amatistas finas;
camafeos cubiertos de primores
y entre las agoreras amandinas
con esta letra un real carbunco frío:
"Por la venganza tuya y honor mío"

79. »En el hueco sepulcro otro letrero
la muerte entre diamantes descubría
y aunque amasado de oro el rostro fiero,
con el verso mataba, que decía:
"En cada luna una doncella espero
que aquí degüelle la venganza mía
hasta que ponga otra mayor belleza
esta hermosa guirnalda en su cabeza"

80. »Turbado del prodigio de la muerte
a ver el nuevo templo el pueblo vino,
confuso del rigor con que le advierte
su destruición el celestial destino;
ley sin piedad, cruel y adversa suerte
la juzgara el tirano más sanguino,
librarse quien todos del tormento
mas no poner ninguno el instrumento.

81. »Del consejo del rey salió acordado
que se ejecute lo que el cielo ordena
y el sacrificio, cual lo pide el Hado
se ofrezca cada mes la luna llena;
hasta que en sangre laven su pecado
y con la culpa quede igual la pena
y a este fin se procure por la tierra
la beldad que mayor caudal encierra.

82. »De los reinos de amor las más hermosas
a grande expensa y gastos son buscadas
y para las obsequias dolorosas
en pronósticos tristes alistadas;
aquí solas las feas son dichosas
y todas las hermosas desdichadas
si ser en algo venturosa quiere
váyase a Creta la que fea fuere.

83. »Sus gentes en las islas comarcanas
ni oro han dejado ni doncella hermosa,
escogiendo en las flores más tempranas
para su triste altar la mejor rosa;
al fin entre estas víctimas humanas
un día cautivaron a mi diosa
y el rey viendo la luz por quien yo vivo
de una cautiva se sintió cautivo.

84. »Pervirtió el nuevo amor los sacrificios
y la que iba a ser víctima sagrada,
en lugar de los dioses más propicios
por diosa instituyó fuese adorada;
mas ya el cielo cansado de sus vicios,
al nuevo altar de la beldad amada
dio por verdugo la disforme fiera
que le vengara si por mí no fuera.

85. »De allí, cual dije, liberté la vida
de quien la mía en pago me ha quitado
y en triunfo ilustre a la ciudad traída
nuevo decreto el real consejo ha dado
que a las primeras suertes sea admitida
y sujeta al rigor del duro Hado,
sin que mando de rey ni otra potencia
en algo altere esta última sentencia.

86. »De doce de la urna aborrecible
la última fue a salir mi amada diosa,
con que el cielo mostró en señal visible
ser la menos decente y más hermosa;
ya once altares corrían sangre horrible
de infeliz hermosura, ¡extraña cosa!
que más el hambre y mortandad crecía
cuando algún sacrificio se hacía.

87. »Un año en Creta me dejó encantado
el vano amor y mil me entretuviera
con un cabello sin quebrarse atado,
que es la esperanza dulce hechicera;
después que le quité en el fértil prado
mi bella diosa a la serpiente fiera,
porque me diese la enemiga suerte
con el fin de su vida el de mi muerte.

88. »Ya el enlutado día se acercaba
que al mundo había de echar en noche escura
y el sol que a él y a mí nos alumbraba
en la indigna y temprana sepultura;
ya el verdugo el cuchillo aparejaba
y la luna sin luz y sin figura
su variable curso apresurando
iba creciendo y mi placer menguando.

89. »Y aunque incierta su muerte, la sospecha
bastó a turbar el gusto de mi vida,
que un desdichado siempre da por hecha
contra sí la desgracia más temida;
la cadena arrastrando más estrecha
que en la prisión de amor fue conocida
de un mal en otro procurando en vano
un favor breve de su ingrata mano.

90. »Trazando de un dolor varios intentos
en uno me resuelvo y determino
que es no poner en duda mis contentos,
ni fiar más suerte a mi contrario sino;
mas romper del altar fueros sangrientos
y del robar el sacrificio indino
pensé acertar; y tiene Amor mandado
que no acierte a servir quien no es amado.

91. »Puse en el puerto a punto este navío,
mi gente por el bosque entretejida
y a pesar del cretense señorío
de la muerte otra vez libré a mi vida,
sin darle cuenta del intento mío
medroso, que de altiva y desabrida,
fuera el altar del sacrificio injusto
de más gusto en el suyo que mi gusto.

92. »Allí robé la que mi alma triste
donde quiera que está tiene robada
y aquí la traje y como tú la viste
siempre sin ocasión la vi enfadada;
que el dulce premio en que el amor consiste
es suerte, y fue la mía desgraciada,
no pida otra ocasión el que quisiere
si aborrecido de quien ama fuere.

93. »Si bien yo fuese donde nace el día
de nueva lumbre y resplandor vestido,
el poderoso sol flaco sería
contra las sombras de este ingrato olvido;
que de esta ausencia la tiniebla fría
en que me tiene el desamor metido,
ni donde sale el sol, ni donde acaba,
la luz podrá hallar que le alumbraba.»

94. Dijo, y al curso de su amor dudoso
cogió la rienda y aflojola al llanto
y sintiendo no en gusto desdeñoso
el leonés su dolor hizo otro tanto;
que es de cruel pecho, a un caso doloroso
tener el corazón de duro canto,
el rey su llaga aprieta en lo secreto
que aunque estaba afligido era discreto.

95. Con pecho heroico el grato mal reprime
del ardiente furor de su agonía,
aquella diosa en su memoria imprime
que tantos sacrificios le debía;
y porque el corazón no desanime
finge esperanza donde no la había:
«Quizá –dice- el dolor del mal que siento
será algún día especie de contento.

96. »Cual pecho avaro en allegar tesoro
con deleite el trabajo facilita
que la hambrienta codicia y sed del oro
a insufribles tormentos necesita,
tal esta dulce muerte en quien adoro,
mi vida alegra, mi alma resucita,
con el nuevo placer y el gusto nuevo,
que en morir por tan noble causa llevo.»

97. Así el rey persa al gran Bernardo hablaba
y entre esperanzas y temor moría,
que este con sobresaltos le ahogaba
lo que aquella adulando le ofrecía;
con nuevo miedo Amor su pecho agrava
y la confusa guerra en que venía
es no saber si la beldad robada
segunda vez a Creta fue llevada.

98. Que aquel divino brazo riguroso
que la robó con superior violencia
será en ambas desgracias poderoso
a ejecutar del Hado la sentencia;
todo tiene su fin triste o dichoso,
darse debe a los dioses la obediencia,
no es su poder como el del amo estrecho
mas siempre lo que el cielo ordena es hecho.

99. Bernardo afable aquel dolor consuela
«Todo –le dice- está en su sabia mano,
ni el pie se mueve, ni la pluma vuela
sin licencia y acuerdo soberano;
es fuerza que el dolor lastime y duela,
que es duro golpe en corazón humano,
mas la cordura en todas ocasiones
los gustos mide y templa las pasiones.

100. »Y esta funda mortal que al alma viste
es lumbre de esmaltada vidriera,
que si es dorada, azul, alegre o triste,
tal luz dentro en la sala reverbera,
y bien que el punto del valor consiste
en grave pecho de igualdad entera,
mas cuerpo humano de contrarios hecho
no puede al alma dar más firme pecho.»

101. Así el noble leonés y así el persiano,
uno sus cosas cuenta, otro las guía
y en blanda paz mitiga el pecho humano,
cual suele, la agradable compañía;
cuando del feo Tritón el reino cano
crespo se revolvió y se escondió el día,
braman los vientos, crece la tormenta,
perdido el norte, el cómputo y su cuenta.

102. Ahora es tiempo, oh luz del tercer cielo
que alegre llueves dulce amor fecundo
y tu resplandor quinto, cuyo vuelo
el ocio quita y flojedad del mundo,
que ambos templados enviéis al suelo
a mi pluma un feliz saber profundo,
con que cante en espíritu doblado
un tierno Amor y un fiero Marte airado.

103. Un ejercicio y otro son vapores
que al seso suben con la sangre nueva
y a la imaginación hechos furores
su mismo brío y su inquietud los lleva;
¿Qué armas hay en la tierra sin amores?
¿Qué gloria que al Amor no se le deba?
Oiga el mundo mi voz, que hace mi pluma
hoy de Marte y de Amor una gran suma.

104. Seis veces tras la lámpara febea
con la suya Diana alumbró el mundo
y siempre el viento en áspera pelea
feroz luchaba con el mar profundo;
cuando entre hinchados tumbos de marea,
impedido el primero del segundo
fue la persiana vela descubriendo
de un conflicto naval el ronco estruendo.

105. Y allí un gigante que en favor de un barco
contra todo un ejército pelea,
volviendo, de azul, rojo el hondo charco
un bauprés espantable que voltea;
y con más vidas a sus pies que el arco
derribar suele de la muerte fea,
al combatido leño saltó, cuando
los dos a ver su furia iban llegando.

106. Pusiéronse a mirar, mas ya informados
de la alevosa desigual batalla,
en favor del jayán, entre quebrados
bajeles pasan por la vil canalla,
cuando lloroso grito en los costados
de una galera fácil de abordalla
se oyó de presos, cuya voz aguda
a Dios pedían venganza, al mundo ayuda.

107. Saltó el diestro leonés en la aferrada
fusta buscando a quien favor pedía
y allí esgrimiendo su atrevida espada
rayo entre flacas mieses parecía;
uno hiende, otro parte, otro rajada
la cabeza por el medio al agua envía,
a cuál hiere de punta, a cuál de tajo,
y a cuál arroja al mar del bordo abajo.

108. Con tanta gallardía volteaba
la diestra espada el joven valeroso,
que ya el de más denuedo se apartaba
de sus mortales golpes temeroso;
así en el turbio Egeo la mar brava,
soplando hielo el aquilón nubloso
escombra de sus piélagos hinchados
navíos y navegantes destrozados.

109. Bajó donde la triste voz salta
sin temor del primer impedimento
que quien vivo quedó, más pretendía
que su propia venganza, su contento;
bajó y vio que en prisión estrecha había
de cerradas cadenas de tormento
una bizarra escuadra de doncellas
de tierna edad y de figuras bellas.

110. A Creta las llevaban los corsarios
cautivas para ser sacrificadas,
de islas diversas y de pueblos varios
o bien por fuerza o por traición robadas;
Bernardo, ya rendidos los contrarios
y las duras cadenas quebrantadas,
cercado salió de ángeles gozoso
como de estrellas el lucero hermoso.

111. Un bravo caballero halló entre ellas
de bello rostro y gracia soberana,
cuya gran perfección dio en las más bellas
menos perfecta su altivez lozana;
como la luna humilla las estrellas
o a los nortes la luz de la mañana,
él así desarmada la cabeza
con la beldad rendía y la braveza.

112. El cabello, que al oro oscurecía
en un nudo de perlas enlazado
el claro rostro como el nuevo día,
cuando sale de aljófares bañado;
y aunque armado un dios Marte parecía,
todavía su semblante delicado
mostraba entre caricias y desvíos
de dama más que de varón los bríos.

113. Los negros ojos con belleza armados
de unas largas pestañas retorcidas,
como el coral los labios delicados,
los dientes perlas de rubíes ceñidas;
las mejillas dos soles deslumbrados
de un claro y fino rosicler teñidas
y la serena frente tersa y pura
cielo donde se adora la hermosura.

114. Bellos arcos las cejas que a galanos
golpes la Muerte enarca y Amor tira
y las flechas sus ojos soberanos
con que enamora y mata a quien los mira;
el cuello altivo y las torneadas manos,
de quien la rara perfección se admira,
si aquel sustenta una techumbre de oro
estas de amor reparten el tesoro.

115. Traía descubierto el rostro bello
y todo lo demás del cuerpo armado,
dado al descuido un nudo en el cabello
descuido hecho para dar cuidado;
nadie lo vio que entre el placer de vello
no quedase en sus hebras marañado
y no a pocos también costó la vida
la red de mano del Amor tejida.

116. Quedó Bernardo viendo su hermosura,
si no del todo preso ya emplazado,
que a su grave y honesta compostura
cierto heroico valor sintió mezclado;
y en el brío, el donaire y la figura
de Angélica un vivísimo traslado,
solo que esta beldad le parecía
más tierna y de más lustre y gallardía.

117. No se engañaba el español con ella,
ni en lo que toca a su beldad se engaña,
que en el oriente de la reina bella
del gran Catay nació en una montaña;
o sea Medoro o sea la quinta estrella,
padre feliz de la belleza extraña
ella es hija de Angélica y por ella
la llaman Arcangélica la bella.

118. Corre por las regiones del oriente
ser de Marte feroz, hija de esta dama,
que en una alegre caza el dios valiente
de Medoro ocupó la blanda cama;
o sea cuento vulgar o sea aparente,
engaño mago o lisonjera fama,
la voz corre y los rastros de esta historia
así el tiempo los guarda en la memoria.

119. De un antiguo edificio en las ruinas
de la rica China, al pie de Palavedra,
dos torres conserva hoy en dos esquinas,
ya de grama cubiertas, ya de yedra;
y en sus cimientos de turquesas finas
tres bultos en tres arulas de piedra
y entre el témpano escrito y la cornija:
«Martes, la reina y su invencible hija»

120. Es tradición antigua y que concuerda
con la razón del tiempo en sus historias,
que una reina hermosa más que cuerda,
cuyas son de estas torres las memorias;
y guardan que la suya no se pierda,
por su mano alcanzó ilustres victorias
de príncipes y reyes del poniente
que por hija de un dios fue tan valiente.

121. Entre cuyos relieves peregrinos
parte de su beldad se goza impresa,
que aún las llamas del tiempo en los divinos
bultos no han hecho como suelen presa;
de Angélica la bella y de los finos
rayos de Marte el gran Quinsay confiesa,
que esta infanta nació, bien que del todo
si el tiempo ajusta no se alcanza el modo.

122. ¿Quién la medalla de beldad más fina
que el tierno sol miró dio a Marte ardiente?
O ¿quién con nombre y opinión divina
la forma se vistió del dios valiente?
Si fue del aire y su región vecina
algún incubo espíritu potente,
en contrahecho cuerpo cristalino
como a la madre de Merlín le avino.

123. Si fue embuste de mago o poderoso
aspecto de feroz planeta altivo
o en observado punto venturoso
traza del ermitaño fugitivo;
que de los labios de coral goloso
para hurtarles el desdén esquivo
Marte se hiciese y a su pecho frío
algún Reinaldos diese fuerza y brío.

124. Del todo la verdad está encubierta
solo se sabe que esta alegre hija
de la célebre Angélica cubierta
de hierros iba allí en prisión prolija;
más bella que la aurora descubierta
cuando al mundo su aljófar regocija
y a quien ahora la mira, más hermosa
que entre el rocío de abril temprana rosa.

125. Bien que toda esta gracia y hermosura
para mayor martirio le fue dada
que Venus, por serle madrastra, jura
que en amor ha de hacerla desgraciada;
y la beldad, faltándole ventura,
no es más que para lástimas criada
y pocas gozan de ambas en sus puntos,
que tantos bienes nunca acuden juntos.

126. Traía lumbroso arnés y armas grabadas
con rosas blancas y plumajes de oro,
de varia luz y pedrería sembradas,
de grueso aljófar oriental tesoro;
con roja sangre a golpes salpicadas
de braveza y beldad nuevo decoro,
desarmadas las manos y cabeza
por extremos de gala y fortaleza.

127. Sintió el tierno leonés su alma asaltada
de un ciego y no entendido pensamiento,
juzgando por de dama delicada
del gallardo donaire el movimiento;
su alegre mover de ojos, su rosada
color, su blando y dulce acogimiento,
si bien en brío parece de otra parte,
no hija suya, mas el mismo Marte.

128. La gallarda princesa que ha salido
con las demás en libertad amada
y el contrario poder halla rendido
a la altiva opinión de aquella espada;
el nuevo estrago mira repartido
por la enemiga gente destrozada,
los bravos golpes, las heridas fuertes
y de un solo vencer las varias muertes.

129. Uno hasta el resonante pecho abierto,
otro en dos medias partes dividido,
aquel a golpes desmembrado y muerto,
y este sin brazos y sin pies tendido;
el corazón tiene otro descubierto,
otro de un tajo hasta los pies partido,
este en sus brazos tropezó huyendo
y aquel se fue a pedazos consumiendo.

130. Con razón admirada del destrozo
del Catay la princesa delicada,
de envidia lleno el corazón y gozo
la invicta mira y valerosa espada;
y en nuevo sobresalto y alborozo
desea ver la visera levantada
al encubierto autor de tal proeza,
por ver, como su esfuerzo, su belleza.

131. Mas el confuso estruendo de la armada
que el abordado barco combatía,
a ponerse obligada otra celada
más que a quitarse la que ya tenía;
cuando la nao de Persia acelerada
por medio de las otras se metía,
hasta llegar donde pelea el gigante
y el rey ponerse al lado de Morgante.

132. Bernardo, que le vió, procura en vano
su barco enderezar a darle ayuda,
mas en un punto un áspero solano
de nuevo el grueso mar altera y muda;
el aquilón y el ábrego liviano
el día segunda vez vuelven en duda
y un descompuesto huracán de tierra
a todos puso en paz con nueva guerra.

133. De los confusos vientos esparcidos
y de las crespas olas arrojados,
iguales vencedores y vencidos
por el revuelto mar se ven sembrados;
todo es confusos golpes y bramidos
de los duros peñascos azotados
y de la destrozada plebe el llanto,
que de la confusión crece el espanto.

134. Solo en la tempestad que va cargando
la de Morgante y su rigor no cesa,
que más que el turbio vendaval bramando,
cual hinchado raudal rota la presa,
rompiendo, deshaciendo y desmembrando
a diestro y a siniestro vuelve a priesa,
lanzando al agua por los aires vanos
piernas, brazos, cabezas, pies y manos.

135. A uno parte por medio, a otro le alcanza
un revés que le vuela del navío,
a otro que con denuedo se abalanza
le deja de un ardiente golpe frío;
a este, al otro y a aquel hiere y se lanza
entre todos con tal destreza y brío,
que sin que el ser ligero a nadie preste,
aquí y allí revuelve a aquel y a aqueste.

136. Raudal tal vez así en veloz molino
furioso suele al levantar la presa
del espumoso tumbo el remolino,
a ancha rueda mover en igual priesa;
y el tierno pez, que al curso cristalino
del río por su desgracia se atraviesa,
hecho piezas le arroja y ni se para,
ni en lo que hace su furor repara.

137. No piensa dejar vivo hombre en el mundo,
que amigos y enemigos hace iguales,
y ya que su cruel brazo iracundo
haya igualado a todos los mortales,
bajar con sus bravezas al profundo,
y hacer guerra a las gentes infernales,
y a Lucifer quitar su asiento eterno
y ser él la soberbia del infierno.

138. El sabio Malgesí que allí venía,
viendo al corzo jayán alborotado
que en su favor primero combatía
y enemigo común se ha declarado;
sacó un secreto libro que traía
de rayas y caracteres tiznado
y del navío en el pañol oscuro
sus nuevos cercos comenzó y conjuro.

139. Lo que en el caso obró su encantamiento
quien le encaminó allí y a qué venía,
como tanto al navío creció el viento
que ya en los aires navegó algún día;
dónde fue a dar con su volar violento,
quién las bolinas y el timón regía,
qué gentes iban dentro y de qué modo,
en mejor ocasión lo diré todo.

140. Que ahora en golfo y tormenta tan deshecha
no es bien dejar al gran Bernardo solo,
que libres ya de la cadena estrecha
sacado había a gozar la luz de Apolo;
mil bellas diosas pero que aprovecha
si el cielo se turbó de polo a polo,
y el mundo envuelto en una niebla fría
la esperanza perdió de ver el día.

141. Ciérrase el aire de una nube escura
y en las tirantes cuerdas brama el viento,
suenan voces, llanto y desventura,
un triste son y doloroso acento;
unos toman la triza, otros la amura,
los más fuera de sí y todos a tiento,
cuál va a la escota cuál al chafaldete,
cuál busca la mesana y va al trinquete.

142. Las tristes damas fuera de prisiones,
viendo de nuevo el viento y la tormenta,
de nuevo comenzaron sus pasiones
y de nuevo cada una se lamenta;
ruegos, votos, plegarias, oraciones,
llantos, gritos sin número ni cuenta,
confusas voces, quejas y gemidos,
rompen el aire y hieren los oídos.

143. En ciegos y confusos torbellinos
los cuatro vientos hacen cruel batalla
del crespo Egeo los turbios remolinos
ya por sus playas el cretense halla;
y el Jonio sus embates cristalinos
por los riscos adriáticos encalla,
llevando el viento en otro igual espacio
las olas de las sirtes al Carpacio.

144. No se vio confusión tan temorosa
ni el mar sus ondas vio tan alteradas,
del norte con borrasca impetuosa
mil sierras de agua vienen levantada;
y del austro la fuerza poderosa
otras embiste en ellas más hinchadas,
dejando el barzo en medio sin hundirse
y el mar en duda a cuál furor rendirse.

145. Los rayos por los aires escupidos
en las olas causaban nuevos truenos,
en la nao nuevos gritos y alaridos,
en la mar nuevos montes de agua llenos;
que hasta las altas nubes impelidos
sin llover cogían agua de sus senos
y aún el barco tal vez encima de ellas
a su pesar vio el cielo y las estrellas.

146. Y no furioso azota un solo viento
el combatido golfo que hervía
que a defender cada uno el firme asiento
que el mundo en suerte le aplicó, porfía;
el austro al aquilón hiere violento,
el de levante al que se traga el día
y cada cual por sí la mar profunda
teme que su región le anegue y hunda.

147. Y de esta lucha la confusa brega
al combatido barco hacía provecho,
que si un golpe a través de mar le anega
otro le ayuda a navegar derecho;
y tan a plomo el viento y mar le llega
de aquí y de allí que en el confuso estrecho,
cuando en una ola zozobrando viene,
otra al contrario llega y le detiene.

148. Bien una milla fue metiendo un lado
a punto ya de zozobrar del todo,
las velas rotas y el timón quebrado
y el bordo dentro de la mar un codo;
y otro golpe tras él desordenado
lo enderezó por admirable modo
y le sacó de entre las olas como
ballena antigua sacudiendo el lomo.

149. Así un furor con otro se empalaga
y así sin orden va entre un mar violento,
que tantas temerosas muertes traga,
cuantas olas sobre él encrespa el viento;
ya por las nubes, ya en el suelo estraga
de las torcidas conchas el asiento,
ya metiendo de Lo, rota la rienda
cada cual a su santo se encomienda.

150. Quebrados ambos ejes parecía
venirse abajo la estrellada esfera
y que cuanto hay criado se volvía
al ciego caos y confusión primera;
así el diluvio universal sería
cuando la mar voló tan altanera,
que se tragó sus playas y arenales
y escondió el mundo a todos los mortales.

151. Bernardo en otra más grave tormenta
metido el corazón siente anegarse
y con los ojos y la vista atenta
el alma, sin saber de quién, robarse;
halla en mirar que el fuego se acrecienta
y a trueco de mirar quiere abrasarse,
no viendo más que si estuviera en calma
del cuerpo el riesgo en el que corre el alma.

152. Hermosa vista tiene el mar cubierto
de blanca espuma en olas encrespado,
hermoso es un gran golfo descubierto
y más hermoso cuanto más airado;
mas es a quien lo mira ya del puerto
y a su contrario desde allí engolfado,
que si hay tormenta deleitosa y bella
será mirando al enemigo en ella.

153. Iba la ciega noche amortiguando
la poca luz que sobre el mundo había
y el frío viento y tempestad cargando
la nao con nuevo miedo acometía;
y el montañés a todos animando
otro armado Santelmo parecía,
que aquí y allí sin descansar un punto,
provee, anima y acude a todo junto.

154. La hija de Marte, que con vista atenta
su desenvuelto brío y gracia mira
y que al ciego rigor de la tormenta
cada una en solo su valor respira;
que es su tesón quien el del mar sustenta
y al descompuesto viento enfrena la ira,
con halagüeño rostro se le llega
y así le dice y que descanse ruega.

155. «Bravo entre los nacidos si es posible
que de un revuelto mundo el peso junto
hacer no puede a tu ánimo invencible
que de su real valor descrezca un punto;
si humillar tu fortuna es imposible
y de un dios de la mar hecho un trasunto
quieres tener en peso nuestras vidas
que mil veces sin ti fueran perdidas.

156. »Descansa ahora y con tu alegre vista
regala nuestros ojos un momento
y ya que el tiempo a fuerzas nos conquista,
también no nos usurpe este contento;
alza un rato, señor, la sobrevista,
que estas damas y yo en su pensamiento,
deseamos conocer no por oídas,
a quien debemos la salud y vidas.

157. »No hay enemigo aquí con recelo
te pueda hacer que vivas cuidadoso,
que aún la inclemencia del airado cielo
basta a enfrenar tu brazo venturoso;
y así de estos azares el consuelo,
que a nuestros sobresaltos da reposo,
es tener de nosotros cada una
colgada su esperanza en tu fortuna.»

158. Dijo, y las blandas últimas razones
con voz fueron tan dulces y amorosa,
que mostró ser en su ademán y acciones,
no caballero sino dama hermosa;
y Bernardo más dentro en sus prisiones
«Contra la fuerza –dijo- poderosa
de Amor, si es enemigo verdadero,
poca defensa son armas de acero.»

159. Quitose el yelmo y aunque el pardo día
por oscuros celajes iba huyendo
su rostro así sembró nueva alegría
que suspendió a la noche el suyo horrendo;
su aire, de la española gallardía,
en los presentes ojos imprimiendo
cierto gusto y placer, que siempre agrada
cualquiera nueva perfección mirada.

160. Suele entre parda nube de aire oscuro
de oro estar una llama amortiguada
que a deshora, rompiendo el frágil muro,
toda la vuelve en claridad bañada;
y al que está en sus tinieblas más oscuro
la ociosa vista deja deslumbrada,
tal se halló la hija de Medoro
al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

161. Los blandos ojos con que amor cautiva
el virginal temor puso en el suelo,
el rostro de color de grana viva,
cual con celajes de oro el claro cielo;
tan bella, entre turbada y pensativa,
que arder hiciera un corazón de hielo
dando en la gravedad de su semblante
nuevo asalto a los ojos de su amante.

162. Ella los suyos en Bernardo a veces
como al descuido pone, calla y mira,
aquí y allí los vuelve y las combeses
del barco mide y sin querer suspira;
y viendo sus soberbias altiveces
rendidas sin pensar, cruel se aíra
que amor es blando fuego y donde prende
mientras que más le ceban, más se enciende.

163. Cual simple pajarillo, que en la fuente
de una falsa hermosura convidado
su presto vuelo entre la liga siente
sin ver cómo, impedido y atajado;
y mientras menos su prisión consiente
más revuelto se halla y más ligado,
hasta que al fin se deja de vencido
en el lazo quedar que le ha prendido.

164. Tal la princesa del Catay hermosa
sin conocer de quién se haya vencida
y como de una fuerza poderosa
el alma a un dulce sinsabor rendida;
y el leonés con su vista deleitosa
no tiene el alma con menor herida
que a cada encuentro de ojos por su palma
el corazón le ofrece y rinde el alma.

165. «¿Si son verdades –dice- o son antojos,
bellos ojos mostraros tan amigos?
¿Si es con cuidado darme los despojos
de que los míos son fieles testigo?
Mas no es posible que en tan bellos ojos
caber pueda celada de enemigos,
que ojos alegres de cualquiera suerte
son señales de vida y no de muerte.»

166. Esto en su corazón Bernardo siente
y en los libres espíritus del alma
cierta oculta virtud que, en fuerza ardiente
rendir le hace a su altivez la palma;
y la nueva beldad que ve presente
mientras le tiene su recelo en calma,
sin saber cómo, en un divino modo
en sí lo rinde y lo transforma todo.

167. Mas a este tiempo en la tormenta horrible
que de un revuelto infierno era el trasunto
a un tiempo el ciego viento y mar terrible
el flaco barco acometieron junto;
cuando el leonés con ánimo invencible
el diestro gobernarle asió en tal punto,
que salir le hizo en admirable modo
al tiempo que iba a zozobrar del todo.

168. A nadie le dejó color entero
en rostro y pecho la ocasión presente
que no hay tan esforzado caballero
que asirse a fuerzas con la mar intente;
pero con todo, el español guerrero
un punto no humilló su brío valiente
como si fuera sin zozobra alguna
el rey del mar o el dios de la fortuna.

169. La bella hija de Angélica llevada
de otra no menor fuerza poderosa,
en dulces pensamientos ocupada
ni en la tormenta ni en su mal reposa;
ya al timón, ya a la vela, ya cansada
del grave peso de la flecha ansiosa
mientras no puede más, toda rendida
por los ojos descubre la herida.

170. Cuando en el austro un negro torbellino
la triste nao acometió de lado,
con que el árbol mayor al agua vino
por la firme carlinga destroncado;
rompió el vaivén dos curvas de camino,
de una amura el bauprés quedó colgado,
rota la triza y fuera de su engaste
el cuadernal, roldanas y el guindaste.

171. De nuevo aquí el peligro hizo doblado
el miedo, el ansia y voces afligidas,
que ya el barco en rigor se vio anegado
por dos tablas de un golpe desmentidas;
nadie saldrá, si no es delfín, a nado,
las damas en sirenas convertidas
lloran la miserable humana suerte,
que en mar o en tierra no hay huir la muerte.

172. Así tal vez en la nevada altura
del helado Apenino hiere el viento,
los montes gimen, brama la espesura
y a los Alpes asorda el ronco acento;
y si la encina en su vejez madura
a fuerzas quiere conservar su asiento,
nunca la tempestad ni el viento pasa
hasta dejarla por el suelo rasa.

173. Un barco en esto al grueso bordo atado
del suyo el gran leonés vio que venía
nueva esperanza al pecho alborotado
que más fuerzas mostraba que sentía;
pues del confuso viento y su cuidado
nada en su alma sin tormenta había,
siendo el riesgo mayor en el que ahora
el recelo le pinta a su señora.

174. Mas no tan presto en la montaña de Ida,
de Júpiter el águila ligera,
tras de la amada presa conocida
de la encubierta nube salió fuera;
y a la tierna beldad troyana asida
con su robo a buscar volvió su esfera
como el brío español el barco puso
del bordo al agua y en el agua al uso.

175. Y sobre un firme cabo reforzada
su inquietud contra el sordo mar y el viento,
de las damas la escuadra alborotada
del bajel ocupó el humilde asiento;
y ayudando la hija regalada
de Angélica al autor de su contento,
en un punto dejaron el navío
de hermosura y de lágrimas vacío.

176. Solo faltaba el nuevo caballero
y de la bella china una doncella
por saltar dentro, cuando el viento fiero,
al cruel rigor de una enemiga estrella;
rompiendo el cabo le apartó ligero
que Venus sigue a su entenada bella
y tiene por de burlas la tormenta
si el soplo de la ausencia no la aumenta.

177. Así tal vez por la caverna oscura
del sacro monte Ténaro sin vida,
de Eurídice la sombra mal segura
a los ojos se fue desvanecida;
del amante de Tracia sin ventura,
que a detenerla con su amor asida,
los brazos le arrojó y saco en la mano
la ocasión sola de llorarla en vano.

178. Tal el barquillo lleno de hermosura,
de luceros, de estrellas y de soles,
por el espanto de la noche escura
sin ver dónde, escondió sus arreboles;
no hay persona en la mar ni hora segura
todo en ella es mudanza y tornasoles
que es reino de una dama que sin duda
de solo ser mudable no se muda.

179. Lo que allí sucedió al bajel hermoso
parte después será de un nuevo aliento,
que ahora veo en gran riesgo el más brioso
pecho que aró la mar, ni rompió el viento
a su arruinado barco perezoso,
sin gobernarle ya y sin movimiento,
cada golpe de mar que le da entero
de la Fortuna parecía el postrero.

180. Es el mudable Jonio un mar violento
de tempestades lleno y de bajíos,
de yertos arrecifes donde el viento
rompe y hace pedazos los navíos;
sus islas pobres y de mal asiento,
ásperas, escabrosas, de aires fríos,
donde Ítaca fue un tiempo celebrada
por el prudente Ulises patria amada.

181. Entre ella y el seno Ámbrico famoso
que ahora son los golfos de Lepanto
donde el hijo de Carlos poderoso
al espanto del mundo puso espanto;
al roto barco del leonés brioso
la luz le amaneció del cielo santo,
la mar algo tratable, el recio viento
no tan desconcertado ni violento.

182. Parecía que Fortuna ya cansada
de luchar con los aires se rindiese
y vencida a la fusta no domada
la palma y vencimiento concediese;
la tierra ya de lejos saludada
que el alto Epiro se entendió que fuese
por donde el vasto Jonio se atraviesa
y el firme pie al Acroceranio besa.

183. Mirando estaba el español valiente
de Alciono los jardines celebrados
y Leúcada engolfada al mar de oriente
siendo antes tierra firme sus collados;
y el promontorio Fálaro eminente
que en uno de sus riscos encrespados
(si debe ser la antigüedad creída)
la nao quedó de Ulises convertida.

184. La florida Zacintos y a su diestra
los altos montes de Cefalonia,
donde el reino Teleboe se le muestra
que por sus costas de robar vivía;
y la ondosa canal a la siniestra
que abrió a pesar de Italia estrecha vía,
para pasar sus olas enrizadas
de nobles terebintos coronadas.

185. Aquí el barco a la luz del nuevo día
perdido se halló, aunque no anegado,
ya sin fuerzas la gente que tenía,
si alguna en tanto riesgo había sobrado;
Olfa, que así la dama se decía
de la princesa de Quinsay dorado,
perdida su señora de improviso,
arrojarse en la mar turbada quiso.

186. Y mil veces sin esa lo hiciera,
si el nuevo amante no la reportara
y en discreto decir la pena fiera
que el alma le oprimió no le ablandara;
donde a vueltas también le ruega quiera
decirle algo de aquella beldad rara,
que a ambos dejó en confuso desconsuelo
quién sea, de qué nación, qué tierra o cielo.

187. Olfa, que en las grandezas del mancebo
ser algún disfrazado dios creía
«Marte invencible –dijo- a quien ya debo
mil vidas oye…» y proseguir quería
cuando con nueva voz y espanto nuevo
el roto barco en dos ven que se abría
que ya encallado en una firme peña,
la muerte a todos dio la postrer seña.

188. El sentarse en el áspero bajío
y hacerse a un golpe dos, ¡Extraña cosa!
fue todo a un tiempo y con un norte frío
bramar la mar de nuevo temerosa;
de todos solo el castellano brío
quedó entero en su fuerza poderosa,
que los demás con solo el temor ciego
por muertos se contaron desde luego.

189. Fuese hundiendo el barco destrozado
en ancho y espumoso remolino,
donde bien su valor mostró abreviado
del Casto Alfonso el sin igual sobrino;
que de su arnés lumbroso despojado
sobre la gruesa rosca de un gran pino
la bella china puso desmayada,
ya en sus mismos temores anegada.

190. Y dando con sus armas a la entena
rico peso, también por no dejallas,
donde el antiguo griego en nueva pena
por culpa suya trate de guardallas,
entre la crespa mar de espumas llena,
de sus olas rompiendo las batallas,
la playa busca cuando al turbio viento
Fortuna al parecer da nuevo aliento.

Alegoría

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos y cuán inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que sin guardar término ni razón, desenfrenadamente corre a su venganza. Y los monstruos de Creta lo son de la desorden de un reino donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcangélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza, figurado en Arcangélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos a dar al través consigo y quedar perdido.

Fin del decimotercio libro

LIBRO DECIMOCUARTO DEL BERNARDO

Del Doctor Don Bernardo de Balbuena

ARGUMENTO

Sale Bernardo arrojado de la tormenta a la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quién sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas y la opinión que hay de que sea hija del dios Marte, tocando a vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Temis, donde halla un admirable retrato de la vida humana y los monstruos que al mundo paren la ignorancia y el engaño.

1. Cual bello cisne sobre el crespo vado
de Meandro sin que en él se le consuma
del blanco pecho el tumbo levantado
cercos engarza de liviana espuma;
y en remolinos de cristal cuajado
humedeciendo va la hueca pluma
hasta que al fin entre la juncia verde
al suave son de su cantar se pierde.

2. Así luchando el español guerrero
por las saladas ondas discurría,
diestro piloto hecho y marinero
a la pesada entena en que venía;
dando consuelo al llanto lastimero
de Olfa, que en hermosura parecía
bella sirena, si de cuando en cuando
en cantar convirtiera el ir llorando.

3. Que sea el fuerte Tritón o el rey Neptuno
o la mudable imagen de Proteo,
el crespo mar sospecha, que ninguno
que sea mortal alcanza igual trofeo;
y así, por dios de mar, de uno en uno
cuantos los campos cruzan de Nereo
le rindieron debido vasallaje
y anunciaron el próspero viaje.

4. Hasta que la Fortuna ya afrentada
de verse de un mortal brazo vencida
en el tumbo espumoso disfrazada
de la ola de un lebeche embravecida;
a Olfa, su amparador y la aferrada
entena echó a la costa encanecida,
por donde de Beocia en corva raya
el río Cefiso rompe la ancha playa.

5. Por medio la región focense corre,
naciendo en las alturas del Parnaso,
Cefiso, en cuya orilla está una torre
rota y gastada ya del tiempo escaso;
templo antiguo de Temis, que socorre
con su saber el mundo a cada paso
o ya dando hombres nuevos, o medido
a la razón el gusto del sentido.

6. Aquí ya libre del rigor pasado
Bernardo afirmó el pie en la seca arena,
molido el cuerpo, el brío quebrantado
y Olfa con él de espanto y temor llena;
y el riesgo en verse libres olvidado,
sola la nueva ausencia les da pena
de aquella celestial belleza rara,
en cuya vista nada les faltara.

7. Y aún no del todo el enlutado cielo,
desnudo y libre del rigor pasado,
en nueva sombra y tempestad, el suelo
de agua tenía y vientos anegado,
cuando en un tibio y mudo desconsuelo
al antiguo edificio derribado,
que a la ancha boca está del turbio río,
a buscar van abrigo contra el frío.

8. Así en los mismos pardos arenales,
de otra mayor tormenta y desconcierto
echados, cuando el suelo a los mortales
de agua se vio y de confusión cubierto;
Déucalion y Pirra en los umbrales
fueron del sacro templo a tomar puerto,
pidiendo a Temis, pues lo sabe todo,
de la restauración del mundo el modo.

9. Mostrose el turbio día presuroso
más que otras veces lo es breve y pequeño,
por entre el aire lóbrego y nubloso
vanas fantasmas destilando el sueño;
cuyo silencio hizo del reposo
del mundo a la quietud sabroso dueño
y al amante español y a su doncella
huir con tristes pensamientos de ella.

10. Vino la noche, cuya niebla oscura
espantos a una parte y a otra lleva
y el frío cierzo cernido en nieve pura
en altos pinos sus bravezas prueba;
suenan los aires, brama la espesura,
crece el rigor y el viento se renueva
llenos el norte, helados ambos senos
de ardientes rayos y de roncos truenos.

11. Cuando sin otra prevención de cena
buscando amparo a la región nublosa
y abrigo al viento que en los bosques suena
una caverna vieron tenebrosa;
la oscura boca de maleza llena
que en su enlutada tumba sospechosa,
desde un rincón del carcomido muro
lugar da más secreto que seguro.

12. Fuéronse con escrúpulo bajando
al escalón primero de la gruta,
solo donde poder dormir buscando
un pequeño compás de tierra enjuta;
y como en parte extraña recelando
agudo silbo de serpiente bruta,
enroscado dragón o cama fiera
de rojo tigre o súbita pantera.

13. Hizo el leonés del sótano a la entrada
escrutinio en las ramas y malezas,
probando con la punta de la espada
del ciego seno su áspera estrecheza;
y hallando parte enjuta y abrigada
de yerba y secas cañas adereza
a la medrosa dama un breve lecho,
alivio a los cuidados de su pecho.

14. Y a par de ella sentado le suplica,
si le ha quedado aliento, le dé cuenta
de la ausente beldad que el alma rica
de esperanzas en gloria le sustenta;
¿Por qué o cómo al marcial furor se aplica?
¿Quién la trajo a tal riesgo y tal tormenta?
¿Cuál sea su patria, cuál su nombre y fama?
Dijo, y así le respondió la dama:

15. «Regalo celestial, fruto fecundo
de dulce amor y suertes de fortuna
la beldad dieron, que única en el mundo
adoró el Sol y respetó la Luna;
bella princesa, resplandor segundo
del reino que a la luz sirve de cuna
de Medoro y de Angélica la bella
parto feliz en venturosa estrella.

16. »Marte lloviendo belicosa lumbre
subía a la sazón con mayor brío
por sus dorados gonces a la cumbre
del austral Capricornio húmedo y frío;
y del carro acerado la vislumbre
en su mayor pujanza y señorío,
sobre el grado penúltimo subido
hasta los veinte y ocho había corrido.

17. »Venus con la blandura acostumbrada
le iba templando en parte la aspereza,
de los demás planetas rodeada,
cada cual en su punto y fortaleza;
solo Saturno, cuya frente airada
tristes anuncios daba a su belleza,
en veinte grados puso su tesoro
del enemigo vellocino de oro.

18. »Esta admirable conjunción de sinos
a la gran China dio esta real princesa
Arcangélica dicha, que en divinos
rayos de luz en tu alma vive impresa;
junto al Quinsay en muros peregrinos
por un bosque bellísimo atraviesa
el castillo de Mangi, de quien viene
al reino el nombre y el honor que tiene.

19. »De doce millas su torreado muro
de fino jaspe, en proporción cuadrado,
con mil torres altísimas seguro,
donde está un grueso ejército alojado;
en cada esquina de alabastro duro
un altísimo alcázar levantado,
cuyas torres y almenas por decoro
sustentan ricos chapiteles de oro.

20. »La altiva frente que al oriente mira
rica puerta abre de bruñida plata
que al sol sirve de espejo en que se mira,
y con sus rayos otro sol retrata;
esta al rey solo se abre y se retira
dándole paso, él solo pisa y trata
sus umbrales y en otros más escasos
el vulgo estampa sus humildes pasos.

21. »En medio del ancho muro, que cubierto
todo está de arboledas y jardines,
de fuentes y de estanques por concierto
puestos entre arrayanes y jazmines;
se ven por juncias y agua en vuelo incierto
briosos cruzar los bellos francolines,
y dar los cisnes músicas a las flores
y al alba fresca tiernos ruiseñores.

22. »Saltan los corzos y la liebre corre
por entre murta, sándalo y verbena,
libre de que le siga ni le borre
otro paso los suyos en la arena;
una a otra se sigue y se socorre
con fiesta y grita de retozos llena,
gozando de sus juegos y primores
la luz de los altivos miradores.

23. »En medio el real jardín sobre un collado
de cinamonos y canelas lleno,
a quien las rosas y azahar nevado
con menos costa vuelven más ameno,
está de verdes mármoles labrado
el imperial alcázar, cuyo seno
en ricas salas de oro y pedrería
eterno guarda y sin morirse el día.

24. »Yo no sé bien si la caverna o gruta
del peñascoso Ténaro deshizo
sus verdes jaspes y al Quinsay tributa
con lo que este vistoso alcázar hizo;
o de los bactrianos en la inculta
Scitia, el pueblo inconstante y movedizo
tiene alguna cantera de esmeraldas
mayor que el monte Acámaso en sus faldas.

25. »O las minas de Copto, que en Egito
a Tebas dan sus mármoles preciosos,
dieron a la India el bello circuito,
que dio a este real jardín lejos vistosos;
todo él cercado en torno de infinito
aparato de estatuas y colosos,
bultos, monstruos, figuras y medallas
y otras varias grandezas y antiguallas.

26. »Por cien torres en torno se dilata
con chapiteles de oro por cabellos
y mil balcones de luciente plata,
que heridos del sol deslumbra el vellos;
lo de dentro suspende y arrebata
con dibujos bellísimos y en ellos
llenas las salas, patios, corredores,
de guerra, cazas, fábulas y amores.

27. »Aquí el gran chino por su gusto tiene,
cuando la corte deja, su morada,
aquí a aliviar la grave carga viene
del cetro de oro y majestad pesada;
aquí en alegres cazas se entretiene
y goza quieta vida regalada
y aquí también entre frescura tanta
del Quinsay se crió la bella infanta.

28. »Ya quince vueltas el autor del día
en las balanzas de oro había ajustado
la clara luz con la tiniebla fría
y otras tantas el mundo renovado,
vistiéndolo de flores y alegría
después que el quinto círculo dorado
del cielo hizo en Angélica la bella
el divino retrato de él y de ella.

29. »Y estando la una y otra retirada
de este real bosque en la agradable vida,
una en correr las liebres ocupada
y otra en rendir las fieras divertida,
en el Canfú surgió una gruesa armada
y el ruido y temor de su venida
subió al jardín por la corriente arriba
de un río que al bajo mar Quinsay derriba.

30. »Zambrí, soberbio rey de la Moscana,
nieto del desdeñoso Radamanto,
a quien Roldán mató y con su temprana
muerte heredó su nieto imperio y llanto;
él, en que comenzó su edad lozana,
venía en ella a vengar trayendo cuanto
poder su reino alcanza y cuanto encierra
en aparato y máquinas de guerra.

31. »Quería arrogante a cuenta de su empresa
y la vertida sangre de su abuelo,
por su mujer ganar a la princesa
y de la China el ancho y fértil suelo;
llegando sobre el parque con tal priesa,
que antes que se tuviese de él recelo
había allanado ya su fortaleza
y preso, de las dos, la una belleza.

32. A Amgélica prendió y sus damas todas,
creyendo que iba la princesa en ellas
con que ya dentro de sus felices bodas
más que Atlante consigo lleva estrellas;
y sin temer las tristes tornabodas
con que la instable diosa hace mellas
en los más firmes gustos, con su gente
al mar se hizo la vuelta del poniente

33. «La gallarda Arcangélica acosada
del riesgo atroz y asalto repentino
de su mismo valor instimulada
un arnés se vistió de acero fino;
y no con flaca y femenil espada
la alta defensa de su honor previno,
mas cual bella amazona se arrebata
y con belleza y armas, rinde y mata.

34. »Sola su lanza, sin la humilde gente
que de encuentro llevó, quitó la vida
al jayán Madagascar que en oriente
el brazo fue y la espada más temida;
al rey de Gozurat, que la eminente
luz de los polos tiene por medida
de horizonte al de Albasia y al de Tíbar
y al negro y grueso monstruo de Zancíbar.

35. »Siguió el alcance y bella retirada
del incauto Zambrí, libre y dispuesta
de no volver a ver, si no es vengada
de Mangí los vergeles y floresta;
y en un navío que rindió embarcada
entre la flota que con grita y fiesta
del victorioso triunfo alza la vela
ciega se embarca y tras su agravio vuela.

36. »Como del Caspio mar en la ancha playa
hircana tigre de coraje llena,
antes que el cazador por pies se vaya
los suyos ella estampa en el arena;
y por el rastro que dejó se ensaya
a vengar el agravio de su pena,
y a bocados cuanto hay mata y destruye
y a seguir vuelve el cazador que huye.

37. »Así del blando chino la princesa
al seguimiento y presto alcance vino
del que a su dulce madre lleva presa
furiosa destrozando en el camino;
por cuanto al de sus golpes se atraviesa
y de morir en ellos se hace dino,
hasta abordar la rica capitana
del bárbaro Zambrí, rey de Moscana.

38. »Y allí a pesar de la enemiga gente
que en el naval ejército venía,
la suya dentro echó y cual rayo ardiente
por las contrarias armas discurría;
mató al rey vano y la arrogante frente
donde forjó imprudente fantasía
de ser su esposo, en un gallardo tajo
del confuso celebro la echó abajo.

39. »Y en tanto en gente y armas abundante
la voz llegó del general socorro
con fuerza tal, que al campo Radamante
fusta no quedó entera, ni hombre horro;
ni chino barco, que con brío triunfante
urca vencida no llevase a jorro,
debiéndose al valor de la princesa
la honra mayor de la importante empresa.

40. »Mas cuando ella en rendir la capitana
en dar muerte a su rey se detenía,
el príncipe de Ormuz que al de Moscana
de general por tierra y mar servía;
ardiendo en torpe amor su alma liviana
por la Angélica reina que traía
presa a su cargo, con el nuevo espanto
del muerto sucesor de Radamanto.

41. »En presta zabra con medrosa priesa
a vueltas del sangriento herir confuso,
la reina de Catay de nuevo presa
con lo más rico del despojo puso;
y cual presto alcotán que ha hecho presa
volando huye por el mar difuso,
ciego trocando honor, navíos y gente,
por un robado amor huye al poniente.

42. »La princesa que al triunfo y alegría
del vencimiento halló lo más precioso,
que allí en tan nuevo oficio la traía
robado del ladrón de Ormuz medroso;
hundir el mundo con furor quería
y de ira ciega en bando riguroso,
sin dejar ni una fusta reservada,
abrasar manda la enemiga armada.

43. »Ciento y diez velas que al rigor de Marte
parecieron sobrar, sin sacar de ellas
de enemigos despojos mayor parte
que las cautivas damas y doncellas;
barloadas todas de Vulcano el arte
en resonantes globos y centellas,
de sus grasientos senos subió en vuelo
los roncos gritos y la llama al cielo.

44. »Yo aquella pienso fue la vez primera
que el ancho mar temieron se abrasara,
que sus golfos el fuego consumiera
y en ceniza su arena se trocara;
y ardiendo la enemiga armada entera
la ciega noche escura volvió clara,
para que así mejor viese la Fama
sobre un golfo de mar otro de llama.

45. »Hecha por la princesa a su victoria
esta espantosa y triste luminaria,
en que no quedó rastro ni memoria
de la potencia y presunción contraria;
tras el corsario de su honor y gloria
que su alma lleva en huida temeraria
en un navío se arrojó velero
más de valor armada que de acero.

46. »Trájome sola a mí en su compañía
para el servicio suyo y dando al viento
las velas tras el bárbaro que huía
vencimos en correr al pensamiento;
pasamos por el Pilbo y la Zangía
de isla en isla tomando guía y tiento,
cruzando en vuelo al cristiano campo,
entre Japón y el cabo de Liampo.

47. »Dejamos ambos Liquios a la izquierda
y a la diestra la costa de Chincheo,
dando al camino y la congoja cuerda
hasta la alta Camboya y el Burneo;
a Gilolo de lejos se me acuerda
que vimos, y en bellísimo rodeo
las Malucas vistiendo con sus flores
los aires de aromáticos olores.

48. »La bella y rica Quersoneso de oro
con su ciudad y reino de Malaca,
en seguimiento del cobarde moro
de árboles nos mostró su costa opaca;
y entre la Taprobana y el tesoro
que por sus costas baña la resaca
la vuelta dimos sin alguna altura
a la punta y combés de Cincapura.

49. »De allí el rumbo siguiendo del piloto
que a la inquieta princesa, mal contenta
del mar presente y círculo remoto
que haciendo va en su viaje, daba cuenta;
a un descompuesto viento el árbol roto
corrimos la ancha costa alharaquienta
de Samatra, ciñendo nuestra frente
de la alta equinoccial el cerco ardiente.

50. »Y a la luz del Canopo, que allí claro
como un limpio carbunco se le muestra,
el peñasco de Cídara al reparo
de un abrigo quedó y a la siniestra;
el cabo de Naguacar, puerto raro,
donde aquel día surgió la barca nuestra,
y halló entre los que habitan por sus peñas
del corsario de Ormuz el rastro y señas.

51. »Seis días antes salió del mismo puerto
y nosotros aquel que en él entramos,
de Mengala cruzando el golfo abierto
hasta que a la isla de Ceylán llegamos;
y el promontorio Cori, descubierto
por Trabancor, hasta Cochín pasamos,
y allí hacia Calicut un bajel vimos,
que en lo alto ser de Persia conocimos.

52. »Fuimos le aquella tarde dando caza
con la siguiente noche y cuando el día
el triste luto al mundo desenlaza
que por la muerta luz puesto se había;
ya en sus señales claro y en su traza
ser vimos el de Ormuz en quien venía
la Angélica beldad sin culpa presa
y en su demanda la oriental princesa.

53. »Con nuevo regocijo y alboroto
embestimos con él y al abordallo
solo seis caballeros y el piloto
con las armas vinieron a estorballo;
quedó rendido y por la jarcia roto
del encuentro primer y al entrallo
encima, vieron del combés, cubierto
de tela de oro, negro un hombre muerto.

54. »Supimos que de Ormuz el rey Blancarte
tras quien se hacía la infeliz jornada,
era el muerto y que Angélica su parte
hizo en dejarse en su prisión vengada;
sobre el cabo de Cori el baluarte
de una florida selva da abrigada
de los vientos de oriente una bahía
donde el rey fugitivo llegó un día.

55. »Quiso cansado de la mar bajese
al margen de una fuente cristalina,
entre blancos jazmines, que a emboscarse
por su espesura el mismo olor inclina;
o por entretenerse o por holgarse
con la robada diosa de la China,
de quien había en sus deseos venido
de una esperanza en otra entretenido.

56. »Suspenso el día que pasó volando
en esperar sus reyes a la orilla
de Ormuz se vio el navio hasta cuando
al mar de Goa el claro sol se humilla;
que por la temerosa selva entrando
la fría imagen vieron amarilla
de su imprudente rey, que en el desierto
huyéndose su amor le dejó muerto.

57. »Créese que en el favor de su regazo
con dulce paz le degolló dormido;
torpe locura, peligroso lazo,
fiarse de mujer quien la ha ofendido;
entraron por la selva un gran pedazo,
mas cegoles el rastro y el sentido
la oscura noche y tierra no sabida
y la pena de ver su rey sin vida.

58. »Así el sordo navío en llanto amargo
degollado mostraba su rey muerto,
con quien al rico Ormuz por su descargo
de luto iba de lágrimas cubierto;
y al pasar de Trabancor el mar largo
haciendo escala en su vecino puerto,
de la vengada reina tuvo nueva
que de sus playas la salvó una cueva.

59. »Y en un navío para el llano Egito
dando las velas a un terral liviano,
ya libre se embarcó de su delito
si alguno fue matar un rey tirano;
así con triste y lastimoso grito
razón de sí nos dio el navío persiano
a quien la real princesa libremente
con su rey muerto le dejó y su gente.

60. »No le entregó a la tragadora llama,
como a la flota hizo su enemiga,
mas reservarlo quiso para fama
que la venganza de su agravio diga;
y tras quien le dio el ser, cual tierna gama,
al real piloto manda que prosiga
su derrota y en bello circuito
las arabias costee y vuelva a Egito.

61. »En la punta de Adén una tormenta,
de no menor rigor que la pasada,
la nao despedazó en furia violenta
sobre una roca en agua sepultada;
y sin que el intratable mar consienta
por su crespo cristal hacer jornada,
en seis siguientes lunas, que así estuvo
como en cerrada cárcel nos detuvo.

62. »Hasta que de la punta del mar Rojo
a dar fuimos por tierra a Alejandría
por entre rotos mármoles, despojo
del tiempo en que el gran Cairo florecía;
con nuevo rastro siempre y nuevo antojo
de la que reina donde nace el día,
que de allí en busca de su amado ausente
el rumbo había tomado del poniente.

63. »Ha muchos años que el gentil Medoro,
ausente de los ojos de su dama,
la dulce risa vuelta triste lloro
y desierta dejó su alegre cama;
la causa ni la alcanzo ni la ignoro,
o sea cierto rumor, o incierta fama,
yo la diré después, que ahora digo,
que a buscar fue de allí a su caro amigo.

64. »Dieronle nuevas de él en Tolomita,
donde se entiende que llegó primero,
con que el muerto deseo resucita
(si es mortal el amor que es verdadero)
a la madre también la hija imita
y en busca de ambos un navío ligero
al mar arroja y tras su sangre ardiente
los graves reinos busca del poniente.

65. »Arrojonos en calmas y en tormentas
de isla en isla rodando y puerto en puerto,
al mar Carpacio, que es de olas violentas
un importuno y ciego desconcierto;
y en el Egeo tras él playas sedientas
de Creta vimos y en el golfo abierto
de Corfú su arenal, por donde un día
el viento nos echó en Cefalonia.

66. »Allí por lances y peligros varios
la mar nos despeñó y allí perdimos
nuestro bajel, y en otro de corsarios
que en el puerto hallamos nos metimos;
andaban en sus robos ordinarios
de la hirviente costa a los arrimos
cien piratas a cuenta de un gigante,
gran capitán de Creta y rey de Jante.

67. »Era uno de estos el navío que digo
contra quien dos de la cercana tierra,
por peligroso y bárbaro enemigo
en trance entraron de sangrienta guerra;
donde de la princesa el brazo amigo
mostró bien lo que el bravo pecho encierra
siendo los aires de su ardiente espada
nueva tormenta a la enemiga armada.

68. »Retirolos a golpes insufribles
la bella sucesora de Medoro,
proezas haciendo y golpes increíbles
en favor del navío de Arcandoro;
mas hacer bien a bárbaros movibles
es sembrar por la mar arenas de oro
y este en las sirtes de África nacido,
había a mudarse en ellas aprendido.

69. »Vio a la princesa, hallose enamorado
y en torpe modo y con grosero estilo,
no del todo el combate sosegado,
corriendo aún sangre de su espada el filo
llevando de ignorancia en su cuidado
más que en sus siete bocas agua el Nilo
a recuestarla se atrevió en el brío
de hallarse humilde dueño de un navío.

70. »Pasó en donaire el loco atrevimiento
de su beldad la gravedad severa
y fue mucho en tan nuevo sentimiento
guardarse en su sereno rostro entera;
mas dando al gusto bárbaro otro viento
el alma y la intención mudó primera
y el mismo día que se mostró su amante
y ella a darle la vida fue bastante.

71. »Hallándola dormida de repente
en la prisión estrecha en que venía
con las fuerzas la puso de su gente
y cual me hallaste a mí en su compañía;
y esto en compendios hasta el día presente,
la historia es suya yla desdicha es mía,
y de Angélica hija y de Medoro,
la que ausente suspiras y yo adoro.

72. »Pondrate admiración que de dos pechos
tan blandos y amorosos por su parte,
solo a tiernas batallas de amor hechos
sin nombre ni opinión en las de Marte;
naciese el brazo invicto, que a despechos
del mundo así campea su estandarte
en los valientes de él; que con su sombra
lo más florido de su rueda asombra.

73. »Sabrás, oh invicto aliento de la Fama,
que el generoso Artildo, insigne en ciencia,
padre que fue del mío y yo la rama
más asida a su tronco y descendencia;
cuando más niña esta invencible dama,
o a mí a solas o a ella en mi presencia,
mil cosas de su esfuerzo le anunciaba,
que ahora las veo y antes las dudaba.

74. »Decía también que su animoso pecho,
donde aún a la materia vence el arte,
no era todo de humana masa hecho,
que tenía de divino una gran parte;
que de los dioses uno en nudo estrecho
de amor paterno, a su ánimo reparte
su natural furor y el caso todo
pasó, según Artildo, en este modo:

75. »"Dicen que Marte en condición severo
ya en otro tiempo fue de amor vencido,
sin que las armas de templado acero
defenderle pudiesen de Cupido;
y aunque el suceso es grave, es verdadero,
que el cielo lo confiesa, y él rendido
en las sutiles redes de su lecho
da por probado el adulterio hecho.

76. »Vulcano en ciegos nudos de oro atados
a su esposa y a él los halló un día
y aunque en sus lazos presos, más ligados
del lazo en que su hijo los tenía;
bajó los graves dioses convidados
a la gran presa que cazado había,
Dios hubo que tuviera a dicha buena
trocar su libertad por tal cadena.

77. »El sol lo descubrió, cosa notoria
fue por el mundo su amoroso cuento,
más envidiosos hubo de su gloria,
que dudosos habrá de lo que cuento;
olvidose la afrenta en su memoria,
aunque no la ocasión de su contento,
troncando el freno del primer recato
en desenvuelto y descubierto trato.

78. »Sobre la playa y secos arenales
que al mar Carpacio enfrenan la braveza
y a pesar de las ondas inmortales,
Siria levanta al cielo su cabeza;
hecha de rica pasta de metales
la antigua Chipre está, cuya belleza
aumenta el monte Acámaso y sus faldas
llenas de ricas minas de esmeraldas.

79. »Aquí sobre su concha cristalina
Venus del mar salió la vez primera
de la espumosa lluvia y sangre fina
que sudó al mundo la estrellada esfera;
aquí tiene su altar y su cortina
y en él su habitación más verdadera
y al fin aquí, como a su propio imperio,
se retiró después del adulterio.

80. »Un día que el dios sangriento a recrearse
al claustro vino de su alegre dama
(si a la Fama algún crédito ha de darse;
que estos son propios cuentos de la Fama)
Cupido comenzó a vanagloriarse
de los varios efectos de su llama:
'Qué dios, qué hombre, qué fiera se ha librado
de este arco duro y de su arpón dorado?

81. »Júpiter quiero que me sea testigo,
pues Marte con mi madre está ocupado,
si el rubio Apolo usó un desdén conmigo,
hable el laurel si me dejó vengado;
Mercurio y Baco mi mayor amigo,
el frío Neptuno y Radamanto airado,
dirán si desde el cielo al bajo infierno
hay pecho libre de este brazo tierno.

82. »No sé qué medio ninfa o medio estrella
ocupada en seguir el monte y caza,
se alaba de que está de mi centella
su alma libre y sin rendir su plaza;
mujer lozana, cazadora y bella
y sin sentir el lazo con que enlaza
es burla, que en la red más olvidada,
la que piensa cazar queda cazada.

83. »De los dioses ninguno se ha librado,
los hombres mal pudieran defenderse,
al rústico pastor tras el ganado
¿quién no gusta de verlo entretenerse,
proponer en ausencia su cuidado
y en presencia temblando retraerse?
Una vez arrogante otra se humilla
al brío de su lozana pastorcilla.

84. »Son varios los efectos y pasiones
que en corazones causo descuidados
conforme a las diversas ocasiones
en que los hallo y tengo encadenados;
quien quisiere salir de mis prisiones
y romper sus fortísimos candados,
rompa ocasiones, atará deseos,
que los demás atajos son rodeos.

85. »Gusto de ver llorar uno en ausencia
la fuerza que le hace su cuidado,
otro en celos perdida la paciencia
por lo que él en su cama ha fabricado;
a otro en medio los gustos de presencia
un antojo le doy que es ya olvidado,
con que viendo lo mismo que vía antes
a los enanos juzga por gigantes.

86. »En estos entremeses divertido
mi ociosa paso y descuidada vida,
de esperanzas y engaños mantenido
y sobornado de alegría fingida;
tráeme en sus ojos ahora entretenido
una reina adorada y perseguida
que en el mundo es escándalo y centella
y en el Catay Angélica la bella.

87. »Es tanta su beldad tanta su fama,
que quisiera por verla no ser ciego
aunque fuera la yesca de mi llama
con tal que se encendiera de su fuego;
no vi su rostro, mas urdía la trama
que a mil sirvió de muerte, a mí de juego
y su real brío, a quien faltó segundo,
de tropezón universal al mundo.

88. »¿Qué valor hubo en él digno de cuenta,
que no escandalizase su hermosura?
¿Qué riesgo, qué bonanza, qué tormenta,
qué presa, qué batalla, qué aventura?
¿Qué pecho libre, qué alma tan esenta,
que presa no pusiese en cárcel dura?
¿Qué ojos tan graves, pecho tan esquivo,
que si los suyos vio no esté cautivo?

89. »De reyes y de príncipes servida
¿qué cetro le negó su vasallaje?
Uno el juicio pierde, otro la vida,
otro el reino, otro el nombre, otro el linaje;
hasta que vio a Medoro y de él rendida
trocó un mundo de reyes por un paje,
si la agravié será disculpa mía
que ciego no miré lo que escogía.'

90. »Así braveando está el niño arrogante
mientras que atiento un arco nuevo encuerda,
gustando Venus y su altivo amante
del blasonar y del poner la cuerda;
Marte oyendo la fama resonante
de la oriental belleza, con izquierda
dicen que sin ver cómo fue herido
a escuso de su madre, de Cupido.

91. »Diole en el alma ociosa con destreza,
que es el amor sutil en demasía,
ya el tesoro de Venus es pobreza,
el sol tinieblas y la noche el día;
trueca inmortal por la mortal belleza
y a una diosa una dama prefería,
pero no hay que admirarse de estos juegos,
que en casa del Amor todos son ciegos.

92. »Las duras armas de bruñido acero
en el templo de Amor deja colgadas
y tierno amante de soldado fiero
a su entenado pide alas prestadas;
que aunque es un pensamiento, en ser ligero
antojos nuevos son glorias pesadas
que aunque en sus hombros ícaros los lleven
parece en el volar que no se mueven.

93. »Del frío geta en el helado clima
ocioso deja el carro en sangre tinto
y en la guerrera Tracia airado arrima
del corvo alfanje el tachonado cinto;
de su cruel rayo la espantosa grima,
que al mundo baja en resplandor distinto,
la frente limpia con que el aire empece
y en sangrientas vislumbres resplandece.

94. »Deja el grabado arnés cuya acerada
máquina su abrasado cielo oprime,
y la nublosa clava reforzada,
que el polo con su grave peso gime;
del corvo escudo y la tajante espada
las turbias luces que espantosa esgrime
con que la Libia enciende, abrasa a España
y al sol los claros rayos de oro empaña.

95. »Deja al fin el potente dios terrible
del acero el estruendo resonante
deja el ceño espantoso y vista horrible
a una sombra fantasma semejante;
volviendo blando amor, si esto es posible,
aquel su fiero y áspero semblante,
mas qué digo ¿un semblante solo fiero?
un pecho, un alma, un dios todo de acero.

96. »Sale volando y de un alegre viento
una nube formó resplandeciente,
parecida a su nuevo pensamiento
en lo hermoso, vano y transparente;
y en buscar la ocasión de su contento
presto, ansioso, colérico, impaciente
a un cabo y otro busca por la tierra
la que ha de poner paces en su guerra.

97. »Los ojos tiende por el bajo suelo,
de diversas naciones ocupado,
a Europa mira y su benigno cielo
su rico asiento, su vivir templado;
la fértil Libia, que con seco vuelo
sus blancas costas lleva al diestro lado
con las sirtes sin tez, a quien da cama
el mar, que en medio de ellas se derrama.

98. »Deja a la izquierda el norte y sus alturas
de un inmortal invierno acompañadas
y a sus verdes espaldas las llanuras
del Ponto y sus arenas escarchadas;
del frío Tanais las costas mal seguras,
de bárbaras naciones cultivadas
y del vecino Colcos el tesoro
si aún dura entero el vellocino de oro.

99. »Mira el boreal Zarambe peñascoso,
cercado de arrecifes inhumanos,
la antigua Troya y su Ilión famoso,
sepulcro ya de griegos y troyanos;
el Sigeo peñasco peligroso,
el Proponto, los Bósforos cercanos
con los que guardan las reteas almenas
de mil tragedias dolorosas llenas.

100. »A Zaistro y sus aguas espejadas,
que al son de blancos cisnes las despeña
Meandro de riberas marañadas
que de seguir un curso se desdeña;
y del río Pactolo las doradas
ondas con que en ruido alegre enseña,
que no hay bien ni favor más sin provecho
que la riqueza en avariento pecho.

101. »Del monte Ida la cumbre levantada
y el bosque donde Paris dio el juicio
sobre la competencia celebrada
que al mundo su furor saco de quicio;
aquí Marte con alma enamorada
dicen que dijo: 'Tengo por indicio
que a Venus se dio allí el premio de hermosa,
porque antes no nació mi nueva diosa.'

102. »De allí mira el gran templo de Cibeles,
su inútil gusto y vana hipocresía,
sus sacerdotes bárbaros infieles
de triste complexión y sangre fría;
los Zalibes incultos y crueles,
ricos del oro que su asiento cría
y el río Halis y su curso avieso
famoso por el hado del rey Creso.

103. »Mira también al Iris caudaloso
como su cristalino curso espacia
y el bravo Termodonte sonoroso
fines de Capadocia y de Farnacia;
el altísimo Latmo peñascoso
que a Endimión vio dormido en tanta gracia,
que la luna bajó a guardarle el sueño
y a gozar los amores de su dueño.

104. »Sobre la costa del Carpacio mira
la alta Cilicia con su monte Tmolo,
donde el dios Pan tocó su ronca lira
en competencia del dorado Apolo;
y el Tauro, que su cumbre en torno gira
y de la nieve de un collado solo
Cidno por sus vertientes se dilata
con limpias ondas de bruñida plata.

105. »Del Caspio mar las playas espumosas
mira y sus arrecifes espantables
cercados de naciones belicosas,
gentes bárbaras, fieras, intractables;
las hiperbóreas cumbres monstruosas
de vertientes y campos saludables
y a los que dan sus selvas acogida
en sabrosa quietud y larga vida.

106. »Mira entre los cerámicos y hipicios
las libres amazonas sin varones,
gente traída al mundo por indicios
más que por verdaderas relaciones;
los que habitan del Cáucaso los quicios
y cultivan sus fértiles terrones
al pie del risco altísimo y nevado
a que está el sabio Prometeo ligado.

107. »Los scitas sin república formada
sus ásperos desiertos conservando,
a quien de Batros la corriente helada
va con prolija vuelta rodeando;
mira al Austro en altura más templada
irse las dos Armenias dilatando
y sobre sus collados espaciosos
a Nifates y Tigris caudalosos.

108. »Mira cuál nacen de unas mismas fuentes
el Éufrates y Arajes sonoroso,
que por despeñaderos diferentes
el mar buscan en curso impestuoso;
este al Hircano lleva sus crecientes
y aquel al seno pérsico famoso
haciendo rica y fértil de pasada
la gran Mesopotamia celebrada.

109. »Cansado de mirar tantas regiones
sin ver en ellas la que va buscando,
los ojos vuelve y mira los rincones
del celestial incendio humeando;
las negras etiópicas naciones
y el mar sobre sus costas reventando
y el Nilo, si por dichas tiene fuente
entonces al dios Marte fue patente.

110. »Por Egipto y Arabia entremetida
vio del mar Rojo la delgada punta,
que aunque de playas ásperas ceñida
casi al Mediterráneo mar se junta;
y allí de blancos nácares tejida
la rica Tilos, donde amor barrunta
que fueron los primeros minerales
de las preciosas perlas orientales.

111. »Mirra la carcomida sepultura
del rey Eritrio sobre Ogiris puestas
y de la Siria la áspera llanura
toda a la sombra de su nube opuesta;
de Palestina adora la ventura
que a todo el mundo la hizo manifiesta
por haber muerto en ella un dios, que ahora
vivo y glorioso el cristianismo adora.

112. »De Jope mira el muro envejecido
que nació al mundo en su primer verano
y de Sodoma el campo convertido
en lago infame y a la diestra mano;
el noble río Jordán fresco y florido
y de Samaria el pedregoso llano,
los fértiles palmares de Idumea
y la encumbrada y alta Galilea.

113. »Mira hacia el sur las Návatras regiones
y en ellas las Arabias incluidas
la Pétrea y sus estériles mojones
y el Sinaí de selvas escogidas;
donde fueron por Dios las peticiones
de un profeta escuchadas y admitidas
y con estilo y nota verdadera
al mundo se escribió la ley primera.

114. »De la desierta Arabia los mudables
collados mira y su abrasada arena,
la Feliz y sus campos saludables
de rica mirra y cinamonos llena;
de Pancaya las selvas admirables
que al mundo sudan en copiosa vena
el incienso y el bálsamo oloroso
del saludable cielo don precioso.

115. »Mira en sus arboleadas deleitosas
la fénix de dorada plumería
que en solo aquellas selvas venturosas
y sus montañas se sustenta y cría;
allí entre frescas yerbas olorosas
vive sin otro amor ni compañía
y cuando la vejez tras sí la lleva
el fuego la consume y la renueva.

116. »Prosigue y mira en su ligero vuelo
entre el Tigris y Éufrates abreviada
la fértil tierra que parió en el suelo
la confusión de lenguas marañada;
la torre que pensó escalar el cielo
su ciudad de jardines coronada
y Nínive en un tiempo tan temida
ya por los duros scitas destruida.

117. »Los belicosos caspios, cuyas flechas
las caspias puertas guardan poderosas,
por un milagro de natura hechas
entrada a mil naciones monstruosas;
los que de Media labran las estrechas
yugadas y sus playas arenosas
y los que hacia el persiano señorío
a Parcoato beben el rocío.

118. »Los caducios, que en riscos escondidos
estrechos labran y avarientos llanos,
y los de Gorgiana más tendidos
de trato y condición menos humanos;
de Hércules los altares encendidos
que aún humean incienso de sus manos
y de Persia las fértiles llanadas
todas de ásperas cumbres rodeadas.

119. »La Partia con su gente aborrecible
del furor de los godos desterradas,
sin lealtad y sin fe, cruel, movible,
a guerra y sediciones inclinada;
y los que de la Hircania la invencible
tierra de inculta hacen cultivada
y en medio sus altísimos pinares
ligeros tigres cazan a millares.

120. »Las dos Carmanias, ambas monstruosas,
mira y la belicosa Cedrosía
los collados y selvas espantosas
de la estéril y helada Aracosía;
de Arbitios las vertientes caudalosas
y las aguas que al Indo claro envía
y los Paraponisos belicosos
en todo y no en olivas abundosos.

121. »Deja ya atrás el Indo las riberas
y el monte Imabo a la derecha mano
y sobre las sardónicas laderas
cual rayo va cortando el aire vano;
descubre el Gange entre naciones fieras,
que con dorada arena y curso llano
rompiendo los collados orientales
del mar busca los secas arenales.

122. »Mira el gran muro y raya que divide
del scita inculto el regalado china,
y dentro de ella el reino en que preside
la luz que sus deseos encamina;
los campos, bosques y los montes mide
y con cuidado y prevención divina
vuelve y revuelve, y con la vista atenta
hasta las ramas de las selvas cuenta.

123. »Descubre entre arboledas y espesuras
ciudades, pueblos, torres almenadas,
de huertas, de jardines, de frescuras
bastecidas, compuestas y adornadas
con chapiteles de oro las alturas
de las suntuosas puertas coronadas
y las murallas que la vista goza
de alegre pasta azul, de fina loza.

124. »El oro mira que en las ricas venas
de la avarienta tierra está perdido,
minas de pedrería y plata llenas,
tesoro a ojos mortales escondido;
'¡Tierras dichosas, fértiles, amenas,
-dijo Marte en su vista divertido-
hoy me ha bajado Amor del quinto cielo
a verme pobre en vuestro rico suelo!'.

125. »Mira el alcázar y el palacio ufano
que la belleza Angélica encubría
y ante la puerta real un fresco llano,
donde en concurso y tropa de alegría
la ilustre gente y pueblo cortesano
con gallardas libreas discurría
de campo y montería los ropajes
con varios y fantásticos plumajes.

126. »Los perros con sus saltos placenteros
de alegría llenan el florido llano,
los sacres y falcones altaneros
ya de placer se arrojan de la mano;
los caballos feroces, bravos, fieros,
los frenos muerden con braveza en vano,
nevando el campo con la blanca espuma,
que entre las manos hacen se consuma.

127. »Mil géneros de perros enseñados
todos a un fin, pero de mil maneras,
cuáles tras los prestísimos venados
diestros en abreviarles las carreras;
cuáles ligeros, cuales más pesados,
cuáles para aves, cuáles para fieras,
con galgos, con sabuesos, con ventores,
prestos jinetes, diestros corredores.

128. »De estos diversos ejercicios llena
de lo alto mira Marte la ancha plaza,
conoce que la causa de su pena
sin acordarse de ella sale a caza;
y dice contemplando la cadena
en que el tirano Amor su gloria enlaza:
'¿Hermosa cazadora de Cupido,
ya un dios entre tus redes ha caído!'.

129. »Asoma en esto a la grabada puerta,
vistiendo el verde campo de alegría,
de perlas, oro y pedrería cubierta,
cuánta belleza el mundo conocía;
dejó una nueva gloria descubierta,
suave el viento y apacible el día,
reconociendo a hermosura tanta
vasallaje del sol la lumbre santa.

130. »De tela de oro en rozagante vuelo
pendía la grave falda de brocado,
con cuanta pedrería al rico suelo
de oriente da y tributa el sol dorado;
en luces de diamantes dando el cielo
de su beldad al mundo retratado,
donde en cualquier desdén que andando hacía,
arderse en rubias llamas parecía.

131. »De la color del día sus cabellos,
del alba y de su luz las cejas bellas,
y amaneciendo un cielo de ellas y ellos,
aún se ven en sus ojos dos estrellas;
que al alma que las mira en rayos bellos
del pedernal de amor envían centellas,
los labios de un rubí, la boca enana
de un limpio aljófar engastado en grana.

132. »Cual suele en el rosado y fresco oriente
dando principios de oro al nuevo día,
la clara aurora con serena frente
barrer del mundo la tiniebla fría;
a la cansada soñolienta gente,
perlas lloviendo, rosas y alegría,
tal la reina salió y del mismo modo
su vista lo vistió de placer todo.

133. »Quedó Marte confuso y su cuidado
entre esperanza y miedo divertido,
de tanta hermosura deslumbrado
y de su misma pretensión corrido;
el día sereno, el viento sosegado,
de una templada nube el sol vestido,
dicen que el dios de celos lo hacía
porque no viese Apolo lo que él vía.

134. »Sobre fogosa y blanca hacanea,
de vistosos lunares remendada,
pequeña, recogida y que pasea
debajo el blando freno concertada;
con toda la beldad que por librea
de la suya dio el cielo retratada,
Angélica salió y salió tras ella
el día, que cobra su hermosura en vella.

135. »Aquel dichoso y regalado moro,
hijo es de Amor, nacido en Tolomita,
que en ojos negros y en cabello de oro
un tierno humano serafín imita;
el rey chino, el bellísimo Medoro,
cuya acabada perfección limita
que el poder natural pase adelante
a estampa más perfecta y elegante.

136. »Este en traje galán y hábito suelto,
de azul y plata a lo español vestido,
en oro, perlas y en olor envuelto
el triunfo del amor sacó cumplido;
sobre un frisón gallardo y desenvuelto,
despedazando el freno desabrido,
de cuerpo, talle y condición perfecto,
feroz, bravo, brioso y inquieto.

137. »Un rico manto por los hombros puesto
de la más fina púrpura de Tiro,
a quien mezclados dan soberbio peso
las perlas, el diamante y el zafiro;
con una ancha cenefa de oro grueso,
que alegre muestra en rozagante giro
el gran cerco de estrellas, por quien guía
la luz que arrastra tras su carro el día.

138. »Cual águila real que de lo alto
la deseada caza considera,
con gozo, con temor, con sobresalto,
revuela, sube, baja, vuelve, espera;
y codiciosa de acertar el salto
cercando va la descuidada fiera
aguardando sazón y coyuntura
de más descuido y parte más segura.

139. »Tal el soberbio Marte iba volando
entre torreadas nubes escondido,
al sol los rayos de oro deslumbrando
de otros más poderosos encendido;
nuevas trazas y modos fabricando
de ver su gusto y su deseo cumplido,
llegan al monte entre una y otra traza
y dan principio a la famosa caza.

140. »Libres de las pigüelas mil azores
a arrojarse comienzan de la mano
los diestros agudísimos ventores
a henchir de la escondida caza el llano;
con que los prestos galgos corredores
no hacen entre mil un lance en vano,
sigue este, alcanza aquel, el otro incita,
crece la caza, el alboroto y grita.

141. »Entre el tropel, ruido y barahúnda
de ciervos una tímida manada,
hizo que el campo alegre se confunda
tras el lance y la presa deseada;
que todo en voces de placer lo hunda
la trápala de gente alborotada
y por el bosque y selva a campo abierto
se siembre, corra y vuele sin concierto.

142. »Siguen aquello que se les antoja
con grita, voces, con furor y estruendo,
uno vuelve, otro pica, otro se arroja,
otros: 'Aparta, aparta' van diciendo;
'Ataja, ataja', aqueste; el otro 'Afloja'
'Barausta', 'Rompe', 'Salta', 'Vuelve', 'Huyendo',
'Sal', 'Cruza', 'Dale', 'Ten', 'Alarga' y 'Pica';
la grita y confusión se multiplica.

143. »Uno cae, otro huye, otro revuelve
perdido sin ver cómo en la espesura
otro siguiendo un ciervo va y se vuelve
confuso y anegado en la espesura;
este se apea cansado, aquel desvuelve
tras un tigre la selva mal segura
gamos, liebres, leones y venados
heridos, presos, muertos y atajados.

144. »Medoro o fuese fuerza o fuese acaso,
salió contra un ligero ciervo herido,
que aquel dios liberal o el tiempo escaso
le ofreció por llevarle divertido;
queda Angélica sola y llano el paso
a cuento el nuevo Marte ha pretendido
nuevo, porque era nuevo enamorado
y el amante no es más que su cuidado.

145. »Alterose la tarde al grueso aliento
que exhaló Marte de su nube escura,
brama el confuso bosque, brama el viento
de hojas desentoldando la espesura;
rásgase el enlutado firmamento
en humo y fuego, vuelta su hermosura;
agua, tormenta, rayos y granizos,
la alegre caza y su placer deshizo.

146. »Traenles los cielos ya de luto envueltos
la noche sin sazón en medio el día
y ellos en agua y confusión revueltos
cada cual sigue por su incierta vía;
volaban los caballos desenvueltos,
pero más la tormenta que traía
la oscura nube en sus hinchados senos
de ardientes rayos y confusos truenos.

147. »Gusta Marte de verlos anegados
su alegre fiesta en aire convertida
tales son los contentos más fundados,
todo tiene su fin en esta vida;
la dama por quien son estos nublados
en una cueva se quedó escondida
segura estoy que Marte sepa adonde
que a los ojos de dios nada se esconde.

148. »Entre un horrible y espantoso trueno
de ardientes rayos y de luz vestido
de gozo, espanto y de contento lleno
Marte bajó en Medoro convertido;
y al tocar su furor el valle ameno
tembló el gran mundo de su pie oprimido
pero la majestad en esto cesa
que ella y Amor no comen a una mesa.

149. »De aquel ayuntamiento milagroso
esta beldad nació gallarda y brava
si no es del todo vano y fabuloso
lo que mi sabio abuelo nos contaba;
perdiose en esa caza el rey hermoso
o sea que el dios que la honra le quitaba
con ella le quitó también la vida
entre medrosos celos consumida".

150. O sea otra oculta causa, no hay del suelo
quien no esté del secreto deslumbrado,
solo de la princesa el sabio abuelo
por sus mágicas artes informado;
alcanzó que la luz del quinto cielo
es quien tal nieta y tal beldad le ha dado,
y de Artildo el saber, que en mi memoria
como la he dicho aquí, puso esta historia.»

151. Así en la gruta la japona bella
la razón a Bernardo da cumplida
de su ausente afición y al fenecella
de un blando sueño se quedó vencida;
y él ocupada el alma en entendella
con tantas novedades divertida,
de la que el tierno amor hizo su dueño
hallar no puede, aunque lo busca, el sueño.

152. Parécele sentir o se le antoja
rumor de gente dentro de la cueva
o sea el pensamiento o su congoja
o el blando viento que las hojas mueva;
en pie se pone y con la limpia hoja
de la vaina desnuda, atienta y prueba
a entrar con lentos pasos sin ruido
al tiento de las señas del oído.

153. Fue al parecer bajando largo trecho
cuando dentro se halló de una ancha sala
de un medio globo de cristal el techo
obrando todo de artificio y gala;
el suelo de alabastro y jaspes hecho,
a quien ningún primor humano iguala
dos bellas puertas en el muro externo,
la una de marfil, la otra de cuerno.

154. En cada cual sobre una silla de oro
sentada una hermosa dama había,
la de la diestra mano en su decoro
un cielo de virtudes parecía;
con una poma que el mortal tesoro
del mundo en su respecto humilde hacía
labrada en un carbunco que enviaba
la luz que aquellas cuevas alumbraba.

155. Estaba la otra a la segunda puerta
con una taza de oro en las dos manos,
en una bella máscara encubierta
de lascivo mirar y ojos liviano;
de perlas toda y pedrería cubierta
de lustre, luz y resplandores vanos
por trono altivo un pobre cadahalso
de falsas piedras hecho y de oro falso.

156. Y de la sala en un rincón profundo
abrirse un ciego pozo parecía
por donde de hombres nuevos en el mundo
como de hormigas un montón salía;
así en Tebas se vio el campo fecundo
que un tiempo armadas gentes producía
cuando de Acteón el prudente abuelo
de serpentinos dientes sembró el suelo.

157. Mas si era admiración la nueva fuente
que hombres en abundante vena cría
mayor espanto daba la corriente
de ellos, que al trono de oropel subía;
a beber de la taza el mosto ardiente
con que la enmascarada diosa hacía
un brindis de venenos exprimido
al incauto escuadrón recién nacido.

158. Jamás de tantas olas asaltadas
vio el mar del sur sus carcomidas rocas
ni a las vadosas sirtes sobre aguadas
más arenas ciñeron y más focas;
ni por el fresco abril más apiñadas
aves de África a España vuelven locas
a cantar los agravios de Tereo
o a Tracia a oír la música de Orfeo.

159. Que al sitial van llegando de oro injusto
gentes de todas marcas y figuras
de las que el hondo pozo en brío robusto
escupe de sus cárceles oscuras;
¡extraño caso! que en tocando al gusto
del venenoso jugo las dulzuras
todos en fieras se iban convirtiendo
de espantable figura y bulto horrendo.

160. Quien en león, en tigre, en oso, en pardo,
en cocodrilo, en topo, en sierpe, en coso,
quien en fiero avestruz, quien en gallardo
pavón, quien en cabrón, quien en raposo;
uno en ligero ciervo, otro en buey tardo,
otro en torpe jumento perezoso
y en otras espantosas formas fieras
de esfinges, hidrias, scilas y quimeras.

161. Así de Circe el encantado vaso
un tiempo a Italia dio animales nuevos,
cuando a pisar las playas del ocaso
de Grecia trajo Ulises cien mancebos;
a quien en cuerpo horrible y bulto escaso
el Lacio entre sus flores y renuevos
brutos establos dio y albergue inmundo
para escarmiento y confusión del mundo.

162. Mas sin que nadie en el ajeno daño
del suyo halle sospechas, todos juntos
tras el goloso vino del engaño
ciegos renuncian del honor los puntos;
y hechos en nueva forma y traje extraño
de horribles monstruos ya nuevos trasuntos,
en tropa salen por la ebúrnea puerta
de un fresco viento a la campaña abierta.

163. Cuál, o cual de aquel número confuso,
mas que por elección por su ventura
de la trulla saliendo y del abuso
del vulgacho sin fe, ley ni cordura;
a la otra puerta, donde el cielo puso
de virtud un crisol y beldad pura
por las gradas subía del estrado
de ricas perlas y de luz sembrado.

164. Y la diosa gentil que allí alumbraba,
de ardiente caridad y amor vestida
al venturoso monstruo que llegaba
volvía la forma y la salud perdida;
y del lumbroso globo que manaba
la luz que daba claridad y vida
sacando al rayo una sutil centella
hacía milagros y finezas de ella.

165. Los antes torpes monstruos y quimeras
hombres los vuelve ya la luz divina
el contrahecho bulto y ser de fieras
en nueva humana forma y seso inclina;
y no con las demás sombras ligeras
la aparente beldad desencamina
su curso, mas por puerta diferente
la senda hurta a la engañosa gente.

166. Quedó admirado el príncipe de España
de tan extraño y necio encantamiento,
parécele que duerme y le maraña
algún confuso humor el pensamiento;
o que con sombras otra vez le engaña
de la sutil Alcina el hueco viento
que truecos de tan grandes novedades
ni pueden suceder ni ser verdades.

167. Y en este discurrir de fantasía
suspenso estaba y divertido acaso
deseoso de saber qué se hacía
la caterva de monstruos de aquel vaso;
a qué fin tales formas les vestía
o adónde van con su imprudente paso
cuando la diosa de la poma de oro
así le dijo en razonar sonoro:

168. «No temas, oh invictísimo guerrero,
honra de la española monarquía,
que en feliz paso y venturoso agüero
le trajo el tiempo a la presencia mía;
la diosa Temis, norte verdadero,
del mundo soy y la segura guía,
que con prudencia reglo el mortal gusto
para saber pedir y amar lo justo.

169. »Del cielo y de la tierra fui engendrada
y por bien de mi madre quedé en ella
en guarda de la luz que aquí encerrada
cual ves conservo en esta poma bella;
del que asombra en el Cáucaso robada
de un rayo fue de la mayor estrella
para dar vida y almas celestiales
a hombres de barro y bultos materiales.

170. »Fui en otro tiempo oráculo del mundo
mas ya mi casa y templo está olvidado
y yo huyendo de él a lo profundo
de esta gruta su altar he retirado;
y aquí encerrada desde aquí confundo
con mi presencia el vulgo desgraciado
y el ignorante enjambre que estas cuevas
y aquella taza dan figuras nuevas.

171. »Ni creas que es burla y vano fingimiento
lo que en estos desvanes aparece,
ciego y sombrío rincón del aposento
en que el Hado sus suertes establece;
que aquí las leyes traza y el aumento
con que allá el mundo se gobierna y crece
estos truecos que ves de hombres en fieras
aquí son sombras, más allá son veras.

172. »En la luz sola de esta poma rica
la discreción del mundo está en un cero
que ella por sí no es nada, y si se aplica
al seso humano lo hace verdadero;
el cielo al suelo dio de su botica
de esta ambrosía un adarme y casi entero
se está aquí sin tocar, que al gran rebaño
todo lo ha hecho suyo el necio engaño.

173. »Advierte en esas olas y crecientes
manantiales de la vida humana,
cómo las avenidas de sus gentes
a parar van a aquella dama ufana;
que en monstruos los convierte diferentes
con darles en su taza cortesana,
de ignorancia y de engaño una bebida
que dura su embriaguez lo que la vida.

174. »Y así impacientes salen de sus manos
a otros nuevos caminos más aviesos,
torpes, sin ley, sin traza, huecos, vanos,
de desvaríos llenos y de excesos;
cuál y cuál por gran dicha quedan sanos
con la luz de mi rica poma y esos
por estas cuestas suben mal trilladas,
siguiendo de los menos las pisadas.

175. »Tú seguirás también ese camino,
pues ya el cielo te hizo de mi bando
y ahora de nuevo este licor divino
te irá por donde fueres alumbrando.»
dijo, y como un aljófar cristalino
encendido en la luz de un fuego blando,
un claro rayo le arrojó a la frente
más que el bello del sol resplandeciente.

176. Y como con el alba el día vistoso
así quedó de luz acompañado
saliendo por la puerta deseoso
de ver lo que allí esconde y guarda el Hado;
de un fresco valle el campo deleitoso
de admirables tragedias vio ocupado,
mas vuelvo al conde Orlando que dormía
sobre las flores y es ya entrado el día.

Alegoría

En el templo arruinado de la diosa Temis, que lo es de la sabiduría y discreción humana, se muestra cuán caídas están estas dos cosas en el mundo. Por Arcangélica, hecha valerosa amazona, se descubre cuán hermoso es el apetito de la venganza en sus principios y cómo se enamora de él el brazo poderoso que la puede poner en ejecución, y cómo sin el fuego que arde en el pecho no se puede hacer perfecta venganza, que es lo que significa el incendio de la flota. El rayo de luz de la poma de la diosa Temis significa que la prudencia humana no es más que un rayo de la divina. Las dos puertas del templo son los dos caminos de la virtud y el vicio, y en el enamorarse Marte de la hermosura de Angélica, se ve cuán poderosa es la sensualidad en los que no huyen las ocasiones

Fin del decimocuarto libro